

EL CANON IGNORADO

La escritura de las mujeres
en Europa (s. XIII - XX)

Tiziana Plebani

Ampersand



EL CANON IGNORADO

La escritura de las mujeres
en Europa (s. XIII - XX)

Tiziana Plebani

Ampersand



El canon ignorado

Las escrituras de las mujeres en Europa (siglos XIII-XX)

Scripta Manent

Colección dirigida por Antonio Castillo Gómez

El canon ignorado

Las escrituras de las mujeres en Europa (siglos XIII-XX)

■

Tiziana Plebani

Traducción de María Teresa D'Meza y Rodrigo Molina-Zavalía

Índice de contenidos

[Portadilla](#)

[Legales](#)

[Introducción](#)

[Agradecimientos](#)

[Advertencia](#)

[Capítulo 1. Escrituras y textos medievales de las mujeres](#)

[Capítulo 2. El largo Renacimiento de las escribientes](#)

[Capítulo 3. Escrituras en un mundo transformado: desde la Guerra de los Treinta años hasta finales del siglo XVII](#)

[Capítulo 4. El siglo de las Luces](#)

Capítulo 5. Desde el siglo XIX hasta la plena alfabetización, a comienzos del siglo XX

Capítulo 6. A modo de conclusión, con una glosa final

Bibliografía

■

Plebani, Tiziana El canon ignorado : las escrituras de las mujeres en Europa, sig

■

Colección Scripta Manent

Primera edición, Ampersand, 2022

Cavia 2985, 1 piso (C1425CFF)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

www.edicionesampersand.com

Título original: Le scritture delle donne in Europa

©2019 Carocci editore

©2019 Tiziana Plebani

©2022 de la traducción, María Teresa D'Meza y Rodrigo Molina-Zavalía

©2022 Esperluette SRL, para su sello editorial Ampersand

Edición al cuidado de Diego Erlan

Traducción del italiano: María Teresa D'Meza y Rodrigo Molina-Zavalía

Corrección: Josefina Vaquero

Diseño de colección y de tapa: Gustavo Wojciechowski

Maquetación: Silvana Ferraro

Primera edición en formato digital: julio de 2022

Versión 1.0

Digitalización: Proyecto451

ISBN edición digital (ePub): 978-987-4161-84-0

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante el alquiler o el préstamo públicos.

INTRODUCCIÓN

UN MAPA, UNA BRÚJULA Y ALGUNOS PUNTOS DE AVISTAMIENTO

Este libro habla de la escritura y asocia esta palabra al género femenino. De partida ya se nos presentan dificultades desde todas partes, puesto que la compaginación entre ambos elementos no es de las más fáciles ni de las más lineales, el terreno se encuentra plagado de obstáculos y, sobre todo, allí alternan destellos de luces y sombras más o menos densas. Se hace necesario, pues, anteponer algunas premisas.

Si no estuviese muy trillado por haber sido empleado en repetidas ocasiones, habría que comenzar reformulando el conocido título de un libro de Raymond Carver: De qué hablamos cuando hablamos de escritura. No se asuste quien esto lee. No me mueve la ambición de trazar una historia de la escritura, ni de definir acabadamente el territorio donde esta se inscribe; de ser así debería tomar prestadas algunas consideraciones del diario de Amabile Broz, que encontrarán en el libro, respecto de lo que vivieron ella y los habitantes de un pueblo de un valle de Trentino durante la Primera Guerra Mundial y su explícita renuncia a describir cada cosa porque, como ella misma dijo: “me haría falta un gran libro”.
(1)

No obstante, es menester precisar el horizonte de esta investigación y hacer el intento de dar una respuesta a la pregunta implícita en la reformulación del título de Carver.

La escritura es un extenso archipiélago de funciones y prácticas diferenciadas, de usos múltiples, de técnicas y competencias que pueden presentarse de forma elemental, intermedia, experta y profesional. Contempla en sí una vasta gama de posibilidades incluidas entre dos extremos; la simple capacidad de sostener la pluma en la mano, justamente con la presión suficiente que permite trazar un signo o alguna palabra en una hoja, y la redacción de un texto literario. Como alguna vez se ha dicho, la escritura es “el lugar de las diferencias” (2) y por este

motivo exhorta a no separar los ámbitos que conviven dentro de ella. Ocuparse de la escritura quiere decir, de hecho, enfocarse en quienes escriben, en sus prácticas concretas y en aquello que les ha dado origen.

Por tanto, he intentado tender un puente o establecer un terreno de encuentro entre las escrituras corrientes y las escrituras literarias, entre las muchas mujeres que tomaron la pluma por necesidad de comunicarse, por exigencias administrativas o para conservar una memoria exclusivamente personal, y aquellas que, en cambio, ambicionaban ser conocidas por un “público” en virtud de sus creaciones, ya fuesen poesías, novelas, ensayos u otros géneros, procurando convertirse en partícipes de la escena literaria. Si las segundas son más conocidas (pero a decir verdad no demasiado), las primeras ya desde fines de la Edad Media dejaron huellas con la pluma de una realidad vivaz y todavía poco conocida en la administración de los bienes familiares o conventuales, en los contextos laborales, en los emprendimientos económicos, en las voluntades testamentarias, en el mantenimiento de relaciones a distancia por medio de la correspondencia: un conjunto de capacidades, actividades y habilidades individuales que ahora los historiadores definen con la palabra *agency* (‘capacidad y voluntad de intervención’) (3). Hay, sin embargo, otra buena razón que invita a combinarlas y atañe a la relación de la escritura con la subjetividad, un tema de fondo que recorre este libro. Escribir no es un acto neutro ni siquiera cuando se reduce a apuntar cuentas en un registro. Requiere de introspección, estimula pensamientos, induce a hacer un alto; es, en definitiva, un reflejo de sí. “Un texto autógrafo es siempre, de algún modo, autobiografía”, (4) concluye Antonio Gibelli en su investigación acerca de las escrituras de las personas comunes, y no se puede más que darle la razón. Aún más cuando se trata de las mujeres y del desarrollo de una relación estrecha entre su escritura y la confianza en el propio mundo interior que, con el transcurso del tiempo, ha ido en aumento, ya sea por los recorridos del disciplinamiento, o por el involucramiento femenino en las luchas religiosas y en la espiritualidad, o incluso por el confinamiento al ámbito privado.

¿Cómo conectar estos dos conjuntos? Me he apropiado de la teoría de los vasos comunicantes y por tanto me imagino dos recipientes: por un lado, mujeres capaces de emplear la pluma y, por el otro, escritoras, y he intentado reconstruir la dinámica entre ambos contenedores en los distintos períodos históricos, una dinámica que ha conocido momentos alternos, entre la fluidez y los bloqueos energéticos y funcionales.

¿Por qué traer a colación los bloqueos energéticos? Porque el deseo de escribir, de aprender, de atravesar territorios a menudo custodiados por guardianes poco generosos, si se lo estimula puede surgir con más facilidad y espontaneidad. Se dirá que esto, por cierto, no es un secreto y que vale para todos los ámbitos de la existencia. Precisamente por ello cabe recordarlo: la ambición se abre camino siempre y cuando alguien crea en uno, espere algo de tu inteligencia y te ayude a traspasar las angostas puertas. Es preciso reconocer que tal expectativa se mantuvo más bien lejos del alcance de las muchachas del pasado (y tristemente todavía brilla por su ausencia en varios países del mundo contemporáneo). A cambio ofrecían discreción y moderación, pero desde el comienzo este ha sido un juego amañado.

Alguien podría observar que un libro concerniente a la escritura y que además comienza en la Edad Media, no puede ignorar el aspecto gráfico y paleográfico. Estamos de acuerdo: sin duda no puede subestimarse la historia de las formas y de los estilos gráficos, que inevitablemente constituye una referencia y un parámetro, y va de suyo que el panorama muestra las diferencias de las habilidades en pugna; en este caso, empero, es justamente por aquella compaginación citada en el inicio que he querido renunciar a insistir en esta perspectiva, renunciar a proponer calificaciones, a adentrarme en tipologías, a dividir el mundo en cultos, semicultos, literatos y así sucesivamente, como se ha hecho durante mucho tiempo. ¿Por qué? Porque el género femenino queda mal parado, y así planteada la cuestión, se trata de una clave de lectura poco sensata.

¿Cuál es, en efecto, el relato tradicional que se nos ha transmitido acerca del vínculo entre la escritura y el género femenino? Que las mujeres han sido el componente mayoritario del pueblo de los analfabetos o de los escasamente alfabetizados, de poca y torpe escritura por estar excluidas de un tramo formativo canónico, salvo aquellas pertenecientes a la aristocracia y a los estamentos emergentes de la burguesía urbana (y ni siquiera todas); una brecha destinada a reducirse de manera sensible solo con el advenimiento de la escolarización masiva de mitad del siglo XIX. La educación femenina ha sido concebida hace ya mucho tiempo desde una óptica meramente “funcional”; también fue así para los hombres de los estamentos humildes, pero con precisas diferencias que nos advierten que tenemos que lidiar con una historia urdida por construcciones culturales sobre las identidades de género. Se quería proveer a las muchachas de los conocimientos suficientes a fin de que fuesen buenas esposas y madres, laboriosas y virtuosas, y para inducir las a “permanecer” dentro de los moldes de los roles familiares. Máxime a partir de la segunda mitad del siglo

XVI, cuando se les exige de modo cada vez más apremiante que cumplan con el rol de eje moral y religioso de la familia, con frecuencia a manera de ofrenda. Todo aquello que traspasaba los límites de estas restrictivas nociones por lo general parecía peligroso, como resultado de la conocida ecuación “poca instrucción = mayor obediencia”; más saberes = más autonomía y deseo de conocer y, en consecuencia, de transgredir. Leer sí, lo justo y necesario como para poder seguir la misa, las liturgias, orar, imitar las virtudes descritas en los libros de las santas; por lo demás, mejor ceñirse a coser, bordar y realizar todo el conjunto de las “labores de las mujeres”. Escribir, sin embargo, era otro asunto.

Así planteada, la historia entre la pluma y el género femenino, signada tan acusadamente por la lucha entre el disciplinamiento y la transgresión, entre las prohibiciones entrecruzadas y los espacios asfixiantes, induce a desalentarse y a rendirse. No obstante, basta mirar un poco más allá para cambiar el paisaje. La historia que cuento ha tomado intencionalmente otra dirección respecto de aquella que se acaba de resumir, la cual, si bien verdadera, ofrece una narración más bien superficial que además ha asimilado una óptica desde arriba, esto es, aquella que solo piensa que las personas pueden ser manipuladas por las instituciones y por las ideas predominantes, que no les concede recursos, respuestas, agency. La historia adquiere en realidad un ritmo muy diferente cuando se la observa desde cerca, cuando se combina con otras sensibilidades y fuentes: mucho más poblada y animada; no es lineal ni sosegada, posee divisiones, divergencias, aperturas y clausuras. Es tierra de conflictos, pero asimismo de alianzas entre hombres y mujeres, de padres que han querido ofrecer instrucción y oportunidades a sus hijas, de pensamientos de intelectuales que han nutrido el crecimiento de las mujeres y de textos femeninos que han iluminado la mente y el corazón del mundo masculino. Es sobre todo una historia que habla de deseos y de ambiciones no siempre contenibles y que valora más la voluntad de escribir que la calidad de la grafía.

MUJERES, ALFABETISMO E HISTORIA DE LA ESCRITURA

Ocuparse de la escritura conduce a tratar inevitablemente con el campo del alfabetismo, uno de cuyos indicadores es la capacidad de escribir, aunque es bueno recordar que no se trata del único. El alfabeto se impuso desde bien

temprano como el medio comunicativo por excelencia, mas también aquí es de rigor precisar que no fue así para todos los pueblos de la Tierra. En lo que atañe a nuestro horizonte, Occidente, es oportuno tener en cuenta que la civilización de la escritura se afirmó plenamente solo a partir de finales del siglo XVI. Han de considerarse por tanto dos elementos, y son aquellos que Armando Petrucci señaló en los albores de los estudios en este campo con el fin de que no se corriera el riesgo de enredarse en las cifras y en los porcentajes de los alfabetizados: por consiguiente siempre debemos recordar la función social “que la escritura en sí misma asume en el ámbito de cada sociedad organizada”. (5) Subrayémoslo en rojo: hasta la Edad Moderna se podía prescindir mayoritariamente de la escritura para desenvolverse en la vida cotidiana, para los compromisos comunitarios y hasta para los aspectos culturales, en gran medida todavía cubiertos por los circuitos de la oralidad. Su valor social, a excepción de algunos ambientes restringidos, era por consiguiente escaso y relativo. Mientras prevaleció el mundo de los sonidos, no se excluyó a las mujeres de los circuitos informativos y comunicativos ni de la producción de textos. Tenerlas por “analfabetas” sin restituirles la vasta gama de instrucción visual, matemática, contable, musical y del canto, es por tanto una operación bastante reductora.

El otro elemento es “la difusión social de la escritura, entendida genéricamente como simple capacidad de escribir incluso en el nivel más bajo, es decir, como porcentaje numérico de los individuos que en cada comunidad están en condiciones de emplear de forma activa los signos del alfabeto”. (6) Petrucci invitó a ampliar la mirada evitando referirse solo a escribientes de profesión, a circuitos librescos, a elites, a mundos que han dejado muchas huellas a su paso, a menudo autonarraciones. Es una historia harto más fácil de seguir, mientras que las escrituras de la gente común están diseminadas, sin catalogación, con frecuencia halladas por casualidad, con las que nos tropezamos al hacer otras búsquedas en los archivos. Por ende, todavía disponemos de pocas investigaciones, de datos reducidos y de distinta procedencia, y es necesario agradecer la etapa de los estudios sobre el alfabetismo que nos ha abierto un amplio panorama respecto de Occidente a lo largo de los siglos.

En esta obra he comparado los porcentajes de alfabetismo para ambos géneros en distintos períodos históricos, aun reconociendo los límites de tales indicadores, porque de todos modos ofrecen valiosas claves de lectura que expresan las diferencias en Europa entre el norte y el sur, el este y el oeste, los países protestantes y los católicos, la ciudad y el campo, políticas de los Estados e intervenciones de las Iglesias y, obviamente, entre hombres y mujeres, distintos

a su vez por estamento y profesión. La cronología posee su propia pertinencia, aunque el camino no ha sido del todo lineal, sino ondulante y dispar entre los diversos países: ha habido incrementos decisivos en algunos momentos y lugares de la historia y, en especial para las mujeres, la reaparición de hostilidades y resistencias.

Suspiremos aliviados: el alfabetismo en Occidente es una historia con final feliz, aun cuando el mundo contemporáneo parece presentarnos un cuadro regresivo y, en algunas regiones del mundo, de feroz resistencia a la educación femenina.

ALFABETIZACIÓN Y ESCOLARIZACIÓN

Será preciso dedicarle algunas palabras a esta relación. En la actualidad, concebimos la alfabetización como el producto de la escolarización. Para el pasado debemos dejar de lado esta ecuación, especialmente en lo que concierne a la instrucción básica. Pocos iban a la escuela, la cual en todo caso asumía formas bastante diferenciadas: preceptor doméstico, instrucción del párroco, o de la “maestra de infantes”, aprendizaje en el taller artesanal, lecciones impartidas por el maestro de la comuna o de la aldea, maestro ambulante que se prestaba a enseñar a leer y escribir, instrucción en el monasterio. Podían existir otras muchas variantes y oportunidades y, de todas maneras, el mundo de quien sabía leer y escribir, o dominar solo una de las dos habilidades, era el mismo mundo de quien no tenía ninguna de las dos competencias, y los grupos no eran monolíticos y aislados, sino que se frecuentaban: alguna “iletrada”, como Margherita Datini, a quien encontraremos muy pronto, se casaba con un alfabetizado y, a pesar de que era mucho menos usual, podía suceder lo opuesto. Las amistades, los parentescos, las afiliaciones corporativas y devocionales reunían y amalgamaban a los miembros de los dos conjuntos de personas que tenían un trato distinto con las letras. Por tanto, para ambos sexos tengamos en cuenta la teoría de los vasos comunicantes y el consiguiente intercambio de conocimientos.

Quedaba, pues, otra alternativa, que fue la de muchos y, sobre todo, de muchas: el autoaprendizaje. Se aprendía “sin gramática” —o sin escuela— imitando ejemplos de escrituras, aprendiendo a dibujar las letras desde una tablilla de

madera o desde hojas que llevaban las letras del alfabeto y circulaban primero como manuscritos y luego impresas, precisamente a tal fin. Si se había aprendido a dibujar las letras, de ordinario se quería ir más allá, tener ideas propias, leer y alimentar la curiosidad. Por lo demás, que se pudiese construir toda una cosmogonía teniendo a disposición solo un puñado de textos, lo atestigua la experiencia del molinero Domenico Scandella, apodado Menocchio. (7) No era difícil a la sazón crearse opiniones escuchando discursos, voces e informaciones que circulaban y tener trato con quienes sabían o leían más. Las mujeres –esta es una constante en la historia– siempre han deseado aprender y “robar con los ojos” aquello que podían. Christine de Pizan contaba, con una metáfora, que había recogido migajas, ramitas y moneditas que la gran cultura de su padre había desparramado alrededor de él. (8)

Fue un camino que exploraron a fondo: ladronas de cultura, hambrientas de libros, aventureras autodidactas, con frecuencia forjaban derroteros originales, transgresores, siempre corriendo el riesgo de invadir territorios y de producir interpretaciones por fuera de los cánones. Presentaban sus escrituras en voz baja, aduciendo el tópos de la inadecuación y de la modestia, mas no es necesario tomarlas demasiado al pie de la letra. La mayoría de las veces se trató de una estrategia, si no de una forma retórica, a fin de conseguir que los literatos las aceptasen con mayor benevolencia. Todo ello no impidió que afirmasen la voluntad de expresarse con voz propia y de confrontarse con las letras en el papel o impresas.

ESCRIBIR BIEN, ESCRIBIR MAL

Nos enfrentamos ahora a una cuestión que ya ha aparecido y a cuyos complejos aspectos regresaremos una y otra vez. Los paleógrafos a menudo han considerado que las escrituras de las mujeres son aquello que queda como resultado de una educación incompleta, marcadas por modelos gráficos anticuados, dispuestas de manera irregular sobre las hojas, garabateadas en el flujo de tinta mal dominado por la pluma y en el dibujo torpe y de letras grandes, con las palabras incorrectamente separadas entre sí. Si luego sucedía que aparecía una grafía experta firmada por una mujer, de inmediato resultaba lícito tener como hipótesis que se trataba de un ejercicio no autónomo, salido de la

mano de un escriba, de un secretario o de otro sujeto, con toda seguridad de género masculino. Sin indicios ciertos, con asiduidad se ha sustraído a la escribiente su producto que, aunque dictado, se presume que le pertenecía y era, de todas maneras, expresión de su voluntad. El alfabetismo, si bien pasivo, incluye y no excluye este aspecto.

En el caso de las mujeres, el acto de escribir por lo general se ha inscrito en la dimensión del esfuerzo, de un esfuerzo que suponía no solo la dificultad de trazar letras, sino que se hacía eco de un sufrimiento existencial más vasto. Esta transposición desde un plano de competencias prácticas hacia un plano simbólico puede ser legítima en algunos casos, pero no autoriza a hacer de ella una regla y tiende a ocultar cuanto de gratificante o de audaz contuviese de por sí el acceso a la escritura: además la comparación con los resultados gráficos de los hombres apenas alfabetizados y en el mismo nivel de educación en lo que atañe a la escritura no muestra diferencias significativas, ni entonces se las percibía de ese modo.

¿Qué se hace, pues, con los patrones gráficos que funcionan como referencia de la historia de la escritura? Se los ha tenido presentes por cuanto son indicios del grado de instrucción y transportan una historia de la cual se han imbuido asimismo las escrituras femeninas, si bien divergentes o atrasadas; sin embargo, se ha preferido insistir en otro camino, aquel que los estudiosos más sensibles de algún modo ya han emprendido: incorporar de pleno derecho las escrituras femeninas, redactadas con mano incierta o más avezada, en la historia tout court de la escritura y no arrinconarlas en un mundo aparte, marginal y aislado. En algunos momentos de esta historia, además, “apropiándose de ese instrumento y utilizándolo a su modo, las mujeres inconscientemente hacían que la historia del alfabetismo diese un nuevo paso hacia adelante”. (9) Sus escrituras espontáneas, sus libres expresiones gráficas, en especial en el campo de la correspondencia, “irrumpieron en ese marco, en apariencia ordenado por reglas precisas, gráficas y textuales, con impresionantes novedades que impregnaron [...] el contenido y el lenguaje epistolar”. (10)

Las mujeres contribuyeron pues a una más amplia libertad de escritura y de autoexpresión; también afirmaron, acaso más que otros, “el derecho a escribir en una sociedad en donde escribir era un privilegio”. (11) La historia de la escritura por ende agradece a las mujeres de plumas temblorosas, adalides de la libertad de expresión, y nosotros suscribimos a esta perspectiva.

A todo lo anterior añadimos el aspecto que más se ha querido subrayar: la voluntad de escribir, el deseo de adueñarse de un medio de comunicación y de expresión, espejo de la propia subjetividad. Escribir mal no era entonces tan importante.

LEER VERSUS ESCRIBIR

La alfabetización se fragmentó en un conjunto no previsto de trayectos dictados por las formas de instrucción en la historia, que por lo habitual hasta la contemporaneidad diferenciaron entre el aprendizaje de la lectura y el de la escritura, si bien, como es fácil de comprender, estas dos prácticas se influyeron una a la otra. Hasta la escolarización masiva, en promedio eran más las personas que podían leer que aquellas que mostraban destreza con la pluma, y este universo de lectores que no escribían, sobre todo hasta mediados del siglo XVIII, se componía en gran parte de mujeres, quienes en ocasiones demostraron que eran más capaces de leer que los hombres de los estamentos populares.

Con todo, la lectura nutre la escritura y las lectoras en esta historia cumplen un papel determinante, no solo porque leer crea confianza con el alfabeto y lleva a tomar la pluma, aunque solo sea para anotar algo en los márgenes de los libros, sino porque las escribientes por deseo, oficio o ambición, esto es, las escritoras, se dirigieron a las mujeres en condiciones de leer, a menudo pensando en historias que colocaban en el centro a las protagonistas femeninas, en tramas que las mujeres habrían acogido con placer. Las escritoras buscaron el apoyo de las lectoras y lo obtuvieron cada vez más, condicionando el mercado editorial desde finales del Antiguo Régimen hasta la actualidad.

Lectoras y escritoras, sobre todo desde la modernidad tardía, se han observado, se han reconocido y han establecido un pacto que ha premiado a unas y a otras.

ESCRITURA Y TIEMPOS DE LA HISTORIA

En los capítulos siguientes se recorre la historia de las mujeres escritoras en Europa desde la Edad Media hasta casi nuestros días, subrayando algunas fases decisivas que han tenido que ver con la historia de la alfabetización y con la transformación de los medios de comunicación. Sin duda lo que permitió el surgimiento de escrituras femeninas, así como las de hombres comunes, fue la posibilidad de expresarse en la lengua materna gracias al desarrollo de las lenguas vulgares en la Baja Edad Media y a una instrucción de base ya no centrada en el latín. Representan otro punto de inflexión el surgimiento y la expansión de la imprenta de tipos móviles y una mayor difusión y variedad de textos y géneros literarios dirigidos asimismo a un público femenino y compuestos además por mujeres. El nacimiento de los periódicos, de un mercado de la información y la experiencia del periodismo femenino, desde un primer inicio en el siglo XVII, al madurar las posibilidades de una carrera auténtica y retribuida, es un ulterior pasaje que preludia la consolidación de las novelistas, la dirección de los diarios y la entrada cada vez más relevante de autoras en los catálogos de las editoriales. Sin embargo, el giro más crucial para la propagación de los textos y la capacidad de escribir, campo de continuas reivindicaciones y estrategias femeninas con el objeto de conquistar el acceso a la educación, se produjo sin duda con la escolarización de masas de la segunda mitad del siglo XIX, si bien esta venía precedida de varios y constantes pasos hacia adelante y de algunos retrocesos.

Si vamos más allá de la escritura de naturaleza cotidiana, documental y administrativa, se notará además que las mujeres han tomado la pluma particularmente en los momentos de fermento social, cultural y político, y eso desmiente la leyenda de su papel marginal en la historia, mientras que otorga relevancia a la intervención de ellas en cada movimiento de renovación y de reforma religiosa, en tiempos convulsos y cambios de rumbo de la civilización: el surgimiento de la cultura mercantil y laica, el Renacimiento, la Reforma, las revueltas del siglo XVII, la Ilustración y la Revolución francesa, las “primaveras de los pueblos” del siglo XIX y la Primera Guerra Mundial. Las mujeres han entrado en disputa por la fe cristiana o por la protestante, han “afilado” la pluma como rebeldes o defensoras del orden social, como republicanas o monárquicas, como activistas en los movimientos de resurgimiento nacionalista y poetas de las barricadas.

Como quiera que sea, ellas han contribuido a la construcción de una opinión pública activa y dinámica. La voz de las mujeres, incluso cuando ha sido superada por las armas, ha intentado tomar partido, ha expresado puntos de vista

a través de canales y peculiares formas expresivas: han escrito panfletos, informes, peticiones, súplicas, memorias, novelas históricas, manifiestos y periódicos, escogiendo el medio de comunicación más eficaz y el género literario más en boga en cada época.

La historia aquí tejida insiste expresamente en estos vínculos, enraizando a las mujeres en la cultura y en los estilos comunicativos de su tiempo y subrayando que la escritura es una práctica afincada en la vida social, aun cuando no puede negarse que haya existido la dimensión de la escritura solitaria.

Es por consiguiente una narración cuyos sitios específicos tienen una gran importancia en cuanto espacios de integración y de intercambio –conventos, cortes principescas, escenarios urbanos, academias, salones, círculos, sectas religiosas, talleres artesanales, mercados, fábricas y cafés– y que se expande sobre todo cuando la esfera pública comienza a tomar cuerpo y a ampliarse.

La familia ha sido un contexto influyente y puede haber desempeñado un papel central en el acceso a la alfabetización y a la escritura o, por el contrario, haber cortado las alas a muchas jóvenes según la atmósfera cultural y religiosa que en ella se respiraba. La presencia de soberanas y de protectoras a menudo propició las condiciones para la creatividad femenina. Pero no podemos olvidar que además existía una vida social más subterránea encarnada en las redes epistolares, en las conversaciones a distancia, que ofrecieron a las mujeres el modo de cultivar relaciones, sentimientos, pensamientos, estilos literarios, que superaban obstáculos y rompían barreras de soledad.

Es necesario pues distinguir al menos dos niveles de intervención en las escrituras femeninas no generadas por la cotidianidad: el primero se vincula al horizonte de la contemporaneidad, como ya se ha dicho, por tanto, a los debates y conflictos que caracterizaron particulares momentos históricos, mientras que el segundo ha abarcado cuestiones que no podemos incluir en las clásicas divisiones de la historia. En efecto, las mujeres desde el comienzo apuntaron sus plumas contra los prejuicios, las mentalidades y las ideas que se enfocaron en ellas y que atravesaron los siglos, con tonos más o menos agresivos a tenor del estado de confrontación en cada momento determinado. Ha existido por ende una historia de larga data que pertenece peculiarmente a las mujeres y en la cual justamente su escritura, o la posibilidad de expresión y de creatividad, se hallaba en el centro de un conflicto, colocada en el banquillo de los acusados por un vasto bloque de acusadores, moralistas, padres de la Iglesia e intelectuales: ¿por

qué y sobre qué temas las mujeres jamás podían llegar a escribir?

La escritura femenina siempre ha sido asimilada al descubrimiento del cuerpo y, por consecuencia, a la respetabilidad y al código del honor. Para una mujer, escribir y, entiéndase bien, no exclusivamente en la Edad Media, sino quizá más aún en el siglo XIX y en el inicio del siguiente, equivalía a vérselas con esa “bendita” consigna del silencio que desde san Pablo en adelante se vino exigiendo con una frecuencia más que sospechosa. Y si ya la palabra de una mujer podía suscitar escándalo, en especial en el campo político, profético o místico, y rayar en la herejía, cuando se traducía en un cuerpo de letras redactadas en pergamino o papel, en forma manuscrita o impresa, cuando invadía por tanto el campo de la autoría contiguo a la autoridad, las cosas podían ponerse difíciles para las audaces escritoras.

Cabría decir que las mujeres han escrito siempre con el fin de rebatir la maledicencia y hostilidad de los hombres, mas no se haría justicia a su creatividad, que desde luego no se limita a ese propósito. Así y todo, más de una mujer ha combatido en igualdad de condiciones en la querelle des femmes, asumiendo el desafío y respondiendo a los ataques, cambiando de perspectiva con frecuencia, mientras que otras han elegido estrategias comunicativas más subterráneas y menos riesgosas, entre las cuales se cuentan el anonimato y la adopción de un seudónimo masculino. Este segundo plano de intervención ha configurado un tema de fondo, como un sonido grave continuo, ligado al diálogo, a la confrontación y al enfrentamiento entre hombres y mujeres sobre el poder, el dinero, la autonomía de vida, de trabajo y de carrera. En pocas palabras, en torno a la eterna interrogación sobre la diferencia de género. Este tema de fondo ha configurado por lo demás una de las grandes narraciones de la historia de la humanidad y la escritura ha sido uno de sus ámbitos privilegiados de expresión.

Con el paso del tiempo se ha desarrollado una escritura protofeminista, una voz más consciente de la libertad, los derechos y los deseos, que se ha vuelto una referencia para otras mujeres y que ha trazado una historia en la historia.

LAS REGLAS DE LA MEMORIA Y LAS DEL OLVIDO

La historia de la escritura femenina se enfrenta a potentes mecanismos de eliminación y de cancelación, máxime en lo atinente a la ambición literaria de las mujeres. Muchas de las escritoras que se encontrarán en las páginas siguientes eran conocidas en su época, tenían un público, y sus lectores o lectoras, pocos o muchos conforme a los acontecimientos de la historia del libro, del mercado editorial y de los gustos en boga; más de una logró ganar notoriedad, otras obtuvieron dinero además de fama. Pese a ello, fueron olvidadas. Y no se trató de una fatalidad, sino de una partida con dados amañados. Si no se las citaba, recordadas en las biografías de literatos, si no se las incluía en repertorios y no se las traducía, su presencia palidecía hasta desaparecer. No siempre fue así. En los siglos XV y XVI las obras de las mujeres se incluían en los circuitos literarios y gran parte de su legado pudo transmitirse; posteriormente, las reglas literarias fueron cambiando y los códigos sociales más restrictivos fraguaron el silencio.

Esta es una historia que por tanto tiene que ver con la transmisión de la memoria y con quienes la han manejado. En el curso de mi investigación, semejante más a una caza o, mejor, al desbrozamiento de una selva densa donde las plumas femeninas se habían quedado atrapadas, la riqueza y la variedad de los textos de autoras, en su mayoría desconocidas, no ha dejado de sorprenderme.

En determinado momento y cada vez con mayor frecuencia fueron, no obstante, las propias mujeres quienes miraron hacia atrás, siguieron los pasos de las escritoras que las precedieron y se encargaron de custodiar el recuerdo de ellas: la construcción de una genealogía femenina ha sido un poderoso instrumento de restitución y ha hecho que fluya la savia vital. Sin embargo, todavía hoy las autoras no ocupan espacios de relevancia en las historias literarias y, si se las incluye en ellas, quedan de algún modo flotando a la deriva.

Alguien podrá observar que han sobrevivido más escrituras masculinas, incluso en lo concerniente a documentos, y esto es innegable. Los puestos en registros y archivos oficiales eran ocupados por hombres, los notarios eran hombres, los magistrados eran hombres... La cantidad de escritos institucionales, desde luego masculinos, parece abrumadora. El objetivo de la historia aquí propuesta no es, empero, el de andar detrás de los números ni aspirar a igualarlos, sino ofrecer claves interpretativas y conocimientos más amplios. Además, una etapa de investigaciones alimentada por los estudios de género y de historia de las mujeres en fuentes menos exploradas, más pródigas en testimonios prácticos y usos cotidianos, domésticos y familiares ha permitido que afloren muchos

papeles escritos por mujeres como testamentos, libros de asientos contables, y en especial una extraordinaria cantidad de cartas. Se trata pues de una historia en devenir que induce a creer que muchas escrituras de naturaleza variada aún permanecen invisibles en los archivos y eso nos debe alejar de la tentación de hacer un balance cuantitativo, aunque sea provisorio.

LA APROXIMACIÓN A LOS TEXTOS

Podría preguntarse de qué manera se ha evaluado la calidad de la dilatada producción femenina, de la cual, por otra parte, se presentará solo una muestra reducida, sin intentar la realización de una antología. La cuestión no se plantea, como es obvio, respecto de la escritura usual –la empleada para hacer la contabilidad, registrar entradas, enviar cartas y redactar testamentos, peticiones, súplicas, que de todos modos tiene una relación precisa con la capacidad de generar literatura (me he referido, en efecto, a imaginarios vasos comunicantes)– y a la cual se ha reservado un espacio significativo. Conciérne en cambio a esos textos que nacieron con una pretensión literaria y que no se guardaban a toda prisa en un armario, sino que revelaban o expresaban el deseo de llegar a un público. ¿Con qué criterio me he acercado a la vasta producción literaria en que me he sumergido, que he investigado, examinado, explorado, a menudo en lenguas extranjeras y que por tanto me ha aconsejado que proceda con cautela?

Virginia Woolf, en su breve, inteligente y estimulante historia de la escritura literaria de las mujeres, explicó que ante la obra de una escritora su enfoque era el siguiente: “voy a atrapar primero el ritmo de sus frases” y declaró de forma más explícita que encaraba la tarea de constatar si en su mano tenía “una pluma o una piqueta”. (12) Su mirada crítica y exigente, de literata, la llevó a afirmar, no sin razones, que la escritura femenina en ocasiones ha transmitido “palabras volcadas en el papel que se secaban entre borrones y manchas”. (13) Confieso que no he tomado la senda de Virginia Woolf. La “calidad” no ha sido mi horizonte, la cual pertenece a otras disciplinas, sino más precisamente la perspectiva histórica: he buscado nexos con la realidad, relaciones y contextos, brindando claves de lectura; he investigado los entresijos de la escritura, lo que permite tomar la pluma y hacer que surja el deseo, ya bastante audaz en las mujeres. Me concentré en el acceso al alfabeto, en la posibilidad de contar con

papel y otras cosas materiales, que también Woolf nos enseñó a tener en cuenta.

Reemplacé el cómo escribían, si en la mano tenían la pluma o la piqueta, por el por qué escribían, por qué caminos llegaban a la escritura y qué escribían, qué géneros preferían y qué cosas querían contar, describir, narrar.

El volumen concluye en efecto con la alfabetización conquistada y con el impulso a la escritura de todos y todas a consecuencia de los traumas de la emigración y de la Primera Guerra Mundial. La historia literaria de las mujeres, al contrario, no tiene fin ni se restringe a una presunta caracterización “en femenino”, por lo demás ya rechazada, sino que la glosa final se dedica a este particular.

■

1. Para la memoria autobiográfica de Amabile Broz, cfr. capítulo 5.

2. Attilio Bartoli Langeli, “La scrittura come luogo delle differenze”, en Marina Caffiero y Manola I. Venzo (eds.), *Scritture di donne. La memoria restituita*, Roma, Viella, 2007, pp. 51-57.

3. Esta sería una traducción aproximada del término en inglés. De aquí en más, cuando aparezca será traducido simplemente como ‘capacidad’, pero queda hecha la aclaración. (N. del E.)

4. Antonio Gibelli, “C’era una volta la storia dal basso...”, en Quinto Antonelli y Anna Iuso (eds.), *Vite di carta*, Nápoles, L’ancora del Mediterraneo, 2000, p. 166.

5. Armando Petrucci, “Per la storia dell’alfabetismo e della cultura scritta. Metodi –Materiali – Quesiti”, en *Quaderni Storici*, 38, XIII, 1978, “Alfabetismo

e cultura scritta”, al cuidado de Attilio Bartoli Langeli, Armando Petrucci, p. 451 [ed. esp.: “Para la historia del alfabetismo y de la cultura escrita: métodos, materiales y problemas”, *Alfabetismo, escritura y sociedad*, Barcelona, Gedisa, 1999, pp. 25-39].

6. Ibid.

7. Vivencia narrada por Carlo Ginzburg, *Il formaggio e i vermi*, Turín, Einaudi, 1976 [ed. esp.: *El queso y los gusanos. El cosmos, según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Muchnik, 1999].

8. Christine de Pizan, *Le livre de la mutacion de fortune*, al cuidado de Suzanne Solente, París, A. & J. Picard, 1959, 1, vv. 453-456: “Des racleures et des paillettes / Des petis deniers, des maillettes / Choites de la tres grant richesse, / Dont il avoit a grant largece”.

9. Luisa Miglio, *Governare l’alfabeto. Donne, scrittura e libri nel Medioevo*, Roma, Viella, 2008, pp. 51-52.

10. Armando Petrucci, *Scrivere lettere. Una storia plurimillenaria*, Laterza, Roma-Bari, 2008, p. 102 [ed. esp.: *Escribir cartas. Una historia milenaria*, Buenos Aires, Ampersand, 2018, p. 116].

11. Bartoli Langeli, “La scrittura come luogo delle differenze”, op. cit., p. 168.

12. Virginia Woolf, *Una stanza tutta per sé*, Milán, il Saggiatore, 1963, p. 90 (ed.

or. *A Room of One's Own*, 1929) [ed. esp.: *Un cuarto propio*, trad. Jorge Luis Borges, Madrid, Alianza, 2004, p. 88].

13. Ead., *Le donne e la scrittura*, Milán, La Tartaruga, 1981, p. 46 (ed. or. *Women and Writing*, 1979) [ed. esp.: *Las mujeres y la literatura*, trad. de Andrés Bosch, Barcelona, Lumen, 1981].

AGRADECIMIENTOS

Para este libro resultó indispensable el cotejo de variadas fuentes y una extensa bibliografía en varias lenguas. Además, pronto se volvió evidente la necesidad y el provecho de ampliar la mirada hacia un panorama europeo que no es homogéneo y que justamente por este motivo ofrece indicios de sumo interés. Aunque fue inevitable omitir algunas autoras y contextos, creo, sin embargo, que las claves de lectura propuestas pueden brindar marcos que representan y consideran también aquello que falta.

Aparte de la bibliografía y de la gran cantidad de estudiosas y estudiosos con quienes entablé un fructífero diálogo, si bien a distancia, otras reflexiones me sirvieron de guía y son parte de mi formación histórica: en cuanto a la perspectiva, la sensibilidad y la mirada acerca de las escrituras comunes, soy deudora de la escuela de Armando Petrucci y de Attilio Bartoli Langeli, así como de los muchos que se han ocupado del alfabetismo. Con Virginia Woolf y Ellen Moers (14) mantuve, en cambio, una continua y estimulante “conversación”.

Asimismo, pude contar con el gran tesoro de la amistad de estudiosos y estudiosas. Por tanto debo agradecer de corazón la disposición de quienes leyeron y comentaron las primeras redacciones, brindándome así la oportunidad de rever y repensar: Mario Infelise, con quien el intercambio y el cotejo son hábitos cotidianos desde hace varios años; Marina D’Amelia, constante referencia para los estudios sobre las escrituras femeninas; Alessandro Arcangeli, refinado estudioso a quien estoy ligada por intereses de estudio compartidos; Lodovica Braida, estudiosa y valiosa amiga; Alessandra Rizzi, medievalista con quien he compartido varias experiencias didácticas. Mi gratitud también hacia Ricciarda Ricorda a la que recurrí por su competencia literaria: me reafirmó en mi decisión de concluir esta historia con la Primera Guerra Mundial y discutimos provechosamente el tema de la existencia de una “escritura femenina”. A mi lado estuvo, como siempre, Alberto Fiorin, lector atento y paciente.

Por último, no puedo dejar de nombrar aquí, con pesar, a Claudia Evangelisti, a quien le debo el nacimiento de este proyecto editorial: con ella el diálogo fue

continuo y afectuoso.

■

14. Ellen Moers, *Grandi scrittrici, grandi letterate*, Edizioni di Comunità, Milán, 1979 (ed. or. *Literary Women*, 1963).

ADVERTENCIA

Salvo en raras y breves excepciones, para seguir el tono y el estilo de las mujeres escribientes, he optado por referir los fragmentos de las escrituras en lengua italiana [aquí traducidos], a fin de facilitar la comprensión y el disfrute de los textos. Todas las traducciones de otras lenguas, si no se especifica lo contrario, son mías.

Acerca de las ilustraciones del texto: con el propósito de hacer algo de justicia entre las escribientes comunes y aquellas con ambiciones literarias, en quienes por obvias razones más me detuve, he preferido reservar a las primeras el honor de la visibilidad inmediata a través de la reproducción de sus grafías, ya fuesen cartas, cuentos, peticiones, testamentos, memorias o diarios. Tengo la esperanza de que esta muestra de escrituras usuales logre restituir las prácticas de un número bastante mayor de mujeres que dejaron pocos testimonios gráficos y escasa información sobre sí mismas, para recordar así que el terreno de la escritura es vasto, abarcador y diferenciado.

CAPÍTULO 1

ESCRITURAS Y TEXTOS MEDIEVALES DE LAS MUJERES

Te lo repito, y no dudes lo contrario, si existiese la usanza de enviar a las niñas a la escuela y se les enseñara ciencias como a los niños, aprenderían igual de bien y comprenderían las sutilezas de todas la artes, así como ellos lo hacen.

CHRISTINE DE PIZAN (15)

LOS INICIOS (SIGLOS X-XIII): ENTRE LAS ESCRITURAS COTIDIANAS Y EL ARTE DE LA COPIA

Sin duda no estamos adentrándonos en un terreno demasiado poblado. Por otra parte, ¿quién estaba en condiciones de tomar la pluma en los siglos anteriores a aquella que fue definida como la era de las catedrales, de las ciudades y de las universidades? Es fácil responder a la pregunta: la escritura se hallaba en manos de pocas personas. Así y todo, tampoco puede afirmarse que fuese un “asunto” de los hombres, sino de un círculo restringido de ellos: amanuenses, notarios, funcionarios, clérigos, con frecuencia al servicio de otros. Ser incapaces de trazar letras en algún soporte material, ¿equivalía acaso a vivir una mutilación o sufrir una penosa privación? De ninguna manera. Saber escribir de por sí no connotaba en absoluto un estatus superior, por lo general se consideraba a la escritura como una actividad ancilar y por tanto en ella no se interesaban los soberanos, los emperadores ni las cabezas reinantes. Los autores pues solían dictar sus composiciones. El vasto abanico de articulaciones de la oralidad, ligadas a un mundo de voces, sonidos y ritmos, garantizaba de forma eficaz la producción y la difusión de textos, saberes e informaciones.

Entonces es por completo inútil de momento afanarse en calcular los escribientes y preguntarse si existían diferencias significativas entre los hombres y las mujeres desde esta perspectiva. El valor social de la escritura en cuanto código de intercambio no era relevante ni lo era su valor práctico dentro de una sociedad estructurada de forma predominante en torno a la comunicación oral y a sus diversos registros (hablar, cantar, expresarse con el cuerpo), donde el alfabetismo era bastante reducido. Y en este universo sonoro las mujeres participaban como protagonistas.

Algunas, sin embargo, tomaron también la pluma. ¿En qué ámbitos podemos rastrearlas? En las transacciones de dinero y objetos, en la administración de los bienes, actividades que, particularmente en las viudas, animaban a las mujeres a apropiarse de la escritura al menos en medida suficiente como para ser capaces de administrar propiedades, transmitir herencias y manejarse entre recaudaciones de créditos y usufructos. La escritura raramente nace por fuera de un contexto determinado, y esta aclaración es harto más pertinente porque atañe a las épocas más pretéritas. Para el pasado remoto debemos olvidarnos del aura del genio y observar mucho más las exigencias y necesidades concretas que estimularon la práctica de la escritura, su aplicación y enseñanza específica: la familia, es bueno recordarlo, en el Medioevo y durante buena parte del Antiguo régimen, funcionó como una auténtica estructura económica y laboral. Esto permitió a una mujer, Alba, redactar en latín en 1044, en Cataluña, un documento de compraventa, y firmarlo inscribiendo su nombre en forma bien visible, separando las letras de módulo grande, dejando entrever quizás un orgullo apenas disimulado por esa pericia suya, escasa entre los hombres y todavía más escasa en las mujeres (cfr. fig. 1).

[illegible]

Fig. 1. La escritura de Alba.

Entre los rarísimos documentos redactados y firmados por una mujer que todavía se conservan, hay un acto de venta fechado el 16 de abril de 1044 escrito por Alba, hija de un gramático italiano y esposa de Guifredus, quien firma el pergamino de su puño y letra “Alba femina scripsit”. Su grafía, una elegante y regular minúscula carolingia, demuestra un notable grado de pericia.

Arxiu Capitular de Vic (Cataluña), gaveta 6, número 973b, en Michel Zimmermann, *Écrire et lire en Catalogne. IXe-XIIe siècle*, Madrid, Casa de Velázquez, 2003, vol. II, p. 100, fig. 4.

Es más fácil rastrear esta clase de escrituras femeninas en las partes de atrás de actas notariales: desde la década de 1280, la veneciana Guglielma Venier, esposa de un comerciante, hasta la muerte del marido y del padre resume en lengua vulgar los negocios emprendidos por los familiares en el reverso de los documentos redactados por los notarios, con el fin de tener más a la vista la situación patrimonial y de iniciar a su vez otras acciones jurídicas en calidad de heredera y fideicomitente. (16)

En ese bosquejo de la Edad Media de todas maneras podemos observar los comienzos de algunas peculiares tradiciones escriturarias femeninas y, a fin de identificarlas, debemos apuntar la mirada hacia las comunidades y los sitios de que se sirvieron y que legitimaron su empleo, incluso para las mujeres. Por consiguiente, no es una casualidad que la escritura femenina, como, por otra parte, la masculina, desde el inicio de la Edad Media hasta mucho después de su final, aparezca ligada a la historia y evolución de las comunidades monásticas. En especial antes del renacer y del desarrollo de las ciudades, eran las estructuras de vida asociativa que tenían más necesidad de escritura, ya sea por la obligación de copia que caracterizaba la organización interna del trabajo, ya sea con el objeto de satisfacer exigencias económicas, de gestión y contables. Un monasterio era una unidad administrativa situada en el territorio, con tierras y

propiedades: las monjas debían por tanto aprender a gobernar una entidad compleja, y la escritura era el instrumento indispensable de la gestión de compras, ventas, arrendamientos y rendiciones de cuenta de los gastos de la comunidad. Era entonces menester el trámite de la correspondencia ordinaria hacia los referentes externos, fuesen religiosos de la misma orden, señores locales o bien autoridades superiores. Registros y libros contables; formularios, testamentos, cartas: las abadesas y sus colaboradoras sin duda tenían los dedos manchados de tinta.

Los monasterios eran, además, los pocos sitios donde se mantenía una tradición de enseñanza y de iniciación en el conocimiento del latín, la lengua literaria y de la escritura hasta la Alta Edad Media, y de familiarización con textos y manuscritos; si bien con resultados no siempre de calidad y con competencias gráficas bastante diferenciadas, los monasterios eran lugares de promoción cultural, tanto para los hombres como para las mujeres, y en cualquier caso bastante más inclusivos respecto de otros ambientes de escritura como las cancillerías imperiales o ducales.

Aparte de eso, la actividad de copiado realizada en su interior tenía como finalidad la producción de libros que se utilizaban para necesidades litúrgicas, culturales y espirituales, pero a veces también en orden a cumplir con pedidos externos. Las investigaciones más recientes han echado nueva luz al mundo de las copistas, durante mucho tiempo ignorado o descuidado, con la obtención de resultados sorprendentes.

Si los especialistas en la Edad Media ya conocían un puñado de nombres femeninos que dejó su firma en los códices transcriptos, como la alsaciana Dulcia (siglo IX) o Guda (siglo XII), ahora ha surgido un número elevadísimo de “escribas” gracias a investigaciones más precisas que evidencian hasta qué punto la escritura era una práctica frecuente, usual y común para muchas mujeres. Cynthia J. Cyrus ha identificado bien a cuatrocientas dieciséis copistas en los conventos de área germánica desde el siglo XIII hasta el comienzo de la Reforma, la mayoría de las veces monjas y alguna legía: trescientas dieciséis dejaron sus nombres o iniciales, otras cincuenta y cinco son calificadas como scriptrix (‘mujer escribiente’) o soror (‘hermana’); de estas, cuarenta y ocho administraban un auténtico scriptorium con otras mujeres. Gerdrut, Sibilia, Vierwic, Walderat, Hadewic, Lugart, Derta y Cunigunt del monasterio benedictino de Munsterbilzen, cercano a Maastricht, hacia 1134 firmaron conjuntamente una copia de las Etymologiae de Isidoro de Sevilla, una de las

más difundidas enciclopedias del saber medieval. (17) (cfr. fig. 2).

titudo sed in caritate maior. que est q̄n-
tum ad alios extenditur inimicos karitas
et fortis contra illos. Hec tria operatur
karitas ubicumq; cum suam exercet.
Hec sūt nomina illarū q̄ scripserūt librū istū.
Gerdrut. Sibilia Dietwic. Walderat. Hadewic.
Jugart. Dīa Sunugunt. Ipse nāq; scripserūt mo-
nasteriensib; dñs q̄n̄ dñm p̄ eis rogant ut a pe-
nis eas liberet et in paradiso collocet. Q̄q; eis ab-
stulerit anatemati hāc sit. 1134

Incip̄ epla. ioh̄is Regis ind
regi grecorū missa. & ab ipso

Propter directā.
Prespit ioh̄is potentia & i-
nri ih̄u xpi. dñs dñm n̄rū.
natorū. salute gaude. 7 grā-
tiora t̄nsire. Nuntiabat
nrām qd̄ diligebas excellen-
tia altitudinis nr̄e erat ap̄-
sariū nr̄um cognouim̄. qd̄ q̄-
cunda uolebas nob̄ m̄tē. iu-
usticia nr̄a. Et enim si homo
& de nr̄is p̄p̄or̄isariū nr̄i
tim̄. dā seire uolum̄ & desid

Figura 2. La suscripción de las amanuenses alemanas.

En esta copia redactada entre 1130 y 1174 en littera textualis de las Etymologiae y del De natura rerum de Isidoro de Sevilla, las ocho copistas del convento benedictino de Munsterbilzen, cercano a Maastricht, dejaron sus nombres junto a una invocación para que Dios pudiese liberarlas de las penas y acogerlas en el Paraíso y, por último, un anatema dirigido a quien osara robarse el libro.

Londres, British Library, Harley ms. 3099, f. 166r.

Se trata de un territorio donde se cruzan el acceso a la alfabetización y a la instrucción en lengua latina con la escritura de las mujeres como trabajo y dedicación en la producción de textos dirigidos al circuito de lectores de aquel tiempo. Hasta el momento, la pesquisa ha arrojado más casos en el norte de Europa que en otras partes: tal vez corresponde a un grado más elevado de instrucción en los monasterios femeninos de aquellas regiones, asociado con la reorganización territorial llevada a cabo por el imperio, con el precoz desarrollo en el norte del monacato reformado o con la adhesión de las mujeres a aquellas exigencias. La presencia más antigua registrada hasta el momento en Italia es la de la monja Agnese Scarabella, copista de una monumental biblia latina realizada en el convento benedictino de Santa Ágata en Vanzo, provincia de Padua, y fechada en 1297; (18) sin embargo, de ese ambiente proviene asimismo uno de los primeros testimonios no fragmentarios del uso de la lengua vulgar. La abadesa Agnese del convento de San Michele in Campagna en 1326 envió una carta en veronés a Tedisio Ugorossi, canónico del capitolio de la catedral, con miras a asegurarle la buena disposición de ella y de las demás hermanas, con una caligrafía bastante experta, una minúscula documental y un texto que presenta signos de puntuación. (19)

No obstante, en aquella época un número no exiguo de copistas laicas ya estaba en actividad en talleres familiares; la boloñesa Cristiana, hija de Corradino, se había comprometido, como se desprende de un contrato registrado en 1268, a

entregar una copia de los decretos pontificios en una escritura libresca y codificada, prueba de su competencia. (20)

Con todo, lejos está el campo de haber sido plenamente sondeado y siempre es oportuno recordar que gran parte de esta historia depende de la supervivencia de los manuscritos al transcurso del tiempo, al saqueo, a la dispersión causada por innumerables razones.

¿Cómo escribían las monjas copistas en aquellos siglos? ¿Podemos acaso distinguir las peculiaridades, las habilidades y las competencias que identifiquen una línea escrituraria en femenino? Nada de todo esto es posible, lo cual, afortunadamente, nos impide delimitar la actividad de ellas. Las descripciones paleográficas y codicológicas muestran un panorama suficientemente diferenciado pero similar a la variedad que puede hallarse en códices producidos por manos masculinas. Algunas copistas exhiben un nivel cultural elevado que les permitió insertar notas y glosas, otras se circunscribieron a transcribir en pergamino el texto que tenían ante sus ojos. Se sirvieron de estilos de escrituras a la sazón en uso y por tanto prevaleció la *littera textualis*, la gótica articulada de diversas maneras según el género libresco que debía realizarse y con un *ductus* redondo (es decir, no cursivo) y regular o vacilante, en razón de las competencias de cada una de las escribas. Un códice litúrgico de gran formato exigía, en especial si era por encargo, una notable pericia, mientras que un texto para uso interno de las monjas podía requerir menor atención ya sea en cuanto a los materiales o a la *mise en page*. La habilidad en el dibujo de las letras se desarrollaba sobre todo si en el convento existía un auténtico *scriptorium*, que imponía un proceso formativo y carreras específicas previstas en la división del trabajo de las monjas, pero también intervenían características subjetivas, como el origen social y cultural de la hermana o conversa en cuestión.

¿Lograban comprender el latín que transcribían? Como en el caso de los hermanos, no hay una respuesta unívoca y habitual; como es sabido, se acusaba a los copistas de ignorancia y de transcribir corrompiendo los textos debido a su escasa familiaridad con el latín. De la misma suerte podemos encontrar errores de comprensión, imprecisiones, correcciones e irregularidades en el espaciado de las líneas, raspaduras de los pergaminos tanto en la producción masculina cuanto en la femenina. También el reparto del trabajo de copiado sucedía de los modos usuales, que preveían, en particular para los libros de volumen considerable, la alternancia de copistas, cada una responsable de una o más secciones.

LOS ALBORES DE LAS ESCRITURAS LITERARIAS

Pasar de la copia a la composición de obras, para las hermanas de las órdenes o para un circuito más amplio, no era demasiado arduo y en ocasiones las propias copistas dejaban en los textos apuntes, notas y memorias. No sorprende observar que, desde esos mismos ambientes habitados por mujeres que tenían soltura con la pluma, la voz femenina, a juzgar por los manuscritos que nos han llegado, se hizo sentir también con autoridad y éxito. El panorama se complejiza sobre todo entre el siglo XI y el siglo XII, a partir de Roswitha von Gandersheim (935-ca. 974.), Hildegard von Bingen (1098-1179) y Elisabeth von Schönau (1129-1164), autoras de obras que van desde líricas poéticas hasta visiones, desde dramas hasta crónicas históricas y tratados morales. Cabe subrayar que el estado religioso de estas mujeres no les impidió incursionar en otros tipos de escritura, entre los que estaban aquellos entonces en boga: desde los tratados enciclopédicos, médicos y musicales de Hildegard hasta la narración histórica de Roswitha, además de aquellos ligados a la dimensión espiritual, tan connatural, por lo demás, a la vida y a la mentalidad medieval. También los textos proféticos de estas autoras estaban, por otra parte, íntimamente entrelazados con las vivencias de su tiempo y connotados por una clara orientación filosófica y política, tendiente a la reforma de las costumbres y a la afirmación de la plenitud del ser humano femenino.

Una puerta se abre así al mundo para esas voces, ya no encerradas entre los muros de un monasterio; voces con frecuencia potentes y sin frenos, como se advierte en este pasaje del *Liber viarum Dei* de Elisabeth von Schönau:

“La cabeza de la Iglesia languidece y sus miembros están muertos. En efecto, la sede apostólica está dominada por la soberbia y caracterizada por la avaricia. Está llena de maldad y de pecado, escandaliza a mis ovejas y las lleva al error, en vez de conducir las y guiarlas con rectitud’. La palabra del Señor resuena con potencia: ‘¿Olvidará estas cosas mi diestra? [...] Si no se arrepienten y no enmiendan sus vías, Yo, el Señor, los aniquilaré’”. (21)

No nos debe engañar el reducido número de autoras que ha sido hallado, destinado, por otra parte, a aumentar por el incremento de los estudios de historia del género: la mayoría de los textos de la época altomedieval ha sido transmitida de forma anónima y debe subrayarse que el concepto de autor, así como se lo entiende hoy, en realidad fue gestándose a lo largo de los siglos y no tomó forma antes de la Edad Moderna avanzada. Quien escribía un texto se situaba y era percibido dentro de una concepción de autoría colectiva que se venía erosionando de manera progresiva –pero asimismo muy lentamente– desde las postrimerías de la Edad Media. Quien componía accedía a un patrimonio de citas de obras precedentes, y la distancia entre creación, integración y recreación o nueva versión era más bien acotada. La única auctoritas reconocida era, por lo demás, la de las Sagradas Escrituras.

Estudios recientes han atribuido a plumas femeninas algunas obras anónimas como los *Annales Mettenses priores*, el *Liber historiae Francorum* y la *Vita Mathildis reginae antiquior*, textos que reservan una especial atención a las figuras femeninas y que insisten sobre los entresijos del poder y sobre las vivencias familiares de los protagonistas, delineando una tradición escrituraria histórica en femenino que tenía como modelos de referencia la *Gesta Othonis* de Roswitha von Gandersheim, La *Alexiada* de Ana Comneno (1083-1153) y las crónicas monásticas.

Otros textos femeninos que han llegado hasta nosotros no pertenecen a los ambientes conventuales y nos muestran la faceta laica de la práctica, sin embargo nos remiten siempre a la “sociabilidad” de la escritura, a espacios concretos que le dieron origen y conformaron el circuito donde aquella podía disfrutarse. El *Liber Manualis* (siglo IX) de Dhuoda de Gascuña (803- ca. 843) no es solo un libro pedagógico dirigido a su hijo Guillermo II de Tolosa, sino que se sitúa en el seno del ambiente imperial y fue escrito para ser leído en la corte de Carlos II el Calvo: una escritura política más que un manual de comportamiento, enviado al hijo con el propósito de que aprendiese a moverse en medio de los violentos conflictos que dividían a la aristocracia. (22)

Los tratados de medicina y cosmética escritos por Trotula (siglos XI-XII) o inspirados en ella, entre los cuales está *De passionibus mulierum curandarum*, difundidos y traducidos en varias lenguas, se sitúan por el contrario dentro del espacio universitario de la Escuela Médica Salernitana. En ese centro de

codificación de las prácticas médicas algunas mujeres enseñaron y redactaron varias obras, tanto como para hacer que se acuñase la denominación colectiva de *Mulieres Salernitanae*: son recordadas Rebecca Guarna (siglo XIII) que escribió *De urinis*, *De febris* y *De embrione*, mientras que en el siglo siguiente Abella fue autora de *De atrabile* y de *De natura seminis humani*; la cirujana Mercuriade dejó en cambio libros sobre el tratamiento de heridas y fiebres.

Un conjunto de actividades femeninas y de escrituras científicas que posee dos aspectos interesantes: evidencia la apertura de las universidades y de las escuelas de alta formación a las mujeres en los comienzos de tales instituciones, una acogida y una promoción que luego no volverá a suceder y que configura, además, el surgimiento de manera calificada y organizada de la tradición de los saberes de las mujeres conectados a la práctica de la cura. Es un ámbito donde probablemente algunas competencias cotidianas dieron impulso también a la alfabetización femenina. Un testimonio extraordinario proviene de un contexto flamenco de la primera mitad del siglo XIV: una partera, que firmó “*Abstetrix Heifmoeder*”, agregó una nota manuscrita en un dialecto del oeste de Flandes en el margen de una enciclopedia médica, acompañada del dibujo de una gran cruz. Era el sello de la declaración jurada de devolución precisamente de ese libro que había tomado prestado (cfr. fig. 3). (23)

La gran transformación en el mundo de las escrituras femeninas y sobre todo para la entrada de las mujeres en la literatura, ya no en puntas de pie y a duras penas sino de lleno, sucedía, empero, con la autorización para expresarse en los circuitos literarios a través de la “lengua materna”, superando por tanto la fractura entre la lengua comúnmente hablada, aprendida entre las paredes domésticas por las amas de casa, y la comunicación escrita. Desde ese momento en adelante el panorama de los textos femeninos se irá complejizando y las mujeres podrán disponer de sus voces y anhelar la producción de literatura. Subrayémoslo una vez más: nos encontramos en presencia de un pasaje decisivo, crucial para todas las personas no incluidas en los restringidos círculos de los *litterati* –hombres de letras latinas– pero aún más para las mujeres y la historia de su escritura.

plere

Dat seluer en maket vrie
 En men pleent niet Ware der
 Perren dat is in onse tale
 Wort van nature hart also wale
 Dat alle ander nature veronnenet
 Och wone vintmen en kinne
 In hen die tranenheit van naturen
 Dat het niet ne an gheuren
 En vintmen in verden en in stene
 Dat nature ont allene
 In welc ne verheer al daer
 En monst suet nemmer so daer
 Och vint men ne sluyt
 En mekinghet ende begrapt
 Luttelke ene roet smett e
 Dat hem of comet grote lette

Dat maghe en gaer alsaen vint
 Wan het verroet en omkint

stiel

Sael machmen van plere malle
 Hoe groter pinen met suettere salte
 Et vele slagen met groeten vree
 En dus warden niet ander maniere
 De vintmen in sueteren lant
 En vint men alst vint
 In sinen andern hant spenbyr
 En maghet smelten alst wy ware
 Are en es te smedene niet so goet
 En dat merre punt toe doet
 In vanden die nature seuen

aphar

Het es belof van minen gheue
 Dat u beloude minen here
 In so met vint al die ere
 En het gont in gheue
 Van antichene hadde de werheit
 En het vintmen lude no stille
 En ne wart der sinen velle
 Dat maghe dieghet in desen welc
 An gheintden iof ghe loeken
 De voerden ghenen sine ghebede
 Dat selue dichten de
 En oer mede werden dichter
 Dat got alre zielen verlichte
 En si ghemadec ende verleene
 Dat luf daer goet an es ne gheue

hier sijn uet veecken malle
 Deuocienet niet so gheue
 En vi en xl. vree
 Ja dat u vree die vrede



bidē cruce dat hier seet
 Doe ic enen dieren seet
 Dien ic wale sal houden
 Onghelachtet en dgheloude
 Dat ic dit boec sal wed' gheue
 Op het ghebreit an mijn leue
 A blitter heilmoed



aphar

Exphat boetes
 Vson xvij. vi. + xl.
 Solen x. m.

Figura 3. La nota de la partera.

La partera que firmaba “Heifmoeder” dejó esta nota escrita con grafía de módulo grande y poco cursiva en un ejemplar del siglo XIV de la obra *Der naturen bloeme*, del poeta flamenco Jacob van Maerlant, una suerte de enciclopedia natural y bestiario, en versos. La gran cruz dibujada era el sello a su juramento de que devolvería el libro, bajo pena de muerte.

Londres, British Library, Add ms. 11390, f. 94v.

La primera en procurarse un espacio y conquistar fama fue Marie de France, una mujer proveniente de un ámbito, la corte anglo-normanda de Enrique II Plantagenet y Eleonora de Aquitania, que acogió y estimuló la producción de literatura en lengua vulgar. Recientes estudios indican que Marie, poeta de la segunda mitad del siglo XII, y de cuya identidad nunca se ha tenido absoluta certeza, era la hermana de Thomas Becket, primado de Canterbury. Se distinguió como fecunda autora de fábulas y textos hagiográficos. Una voz consciente, a juzgar por los inicios de sus composiciones que comienzan por ese insistente “Yo”, repetido con frecuencia en el texto para eludir el olvido de su persona – “Ici escriis mon nom Marie” –, y una autora de éxito: a ella debemos una de las primeras y más relevantes representaciones iconográficas de una mujer en su escritorio, que alimentó la autoridad de la escritura femenina en el plano visual y por tanto simbólico.

Con Marie de France se inauguraba un nuevo género literario gracias a sus *lais*: relatos breves en verso que tratan de amores y leyendas de origen bretón, ligados al mundo femenino pero que apuntaban a valorizar el patrimonio oral de narraciones que corrían el riesgo de dispersión. En efecto escribía: “Puesto que he empezado a ocuparme de *lais*, no abandonaré mi empeño y os contaré en verso las aventuras que conozco, que dieron origen a algunos de ellos”. (24) Y la elección de la lengua vulgar fortalecía todavía más su obra con ese acervo de historias y la dirigía también a quienes desconocían el latín, in primis a las

mujeres, gracias a la elección de la lengua materna, cumpliendo por consiguiente una extraordinaria operación de rescate y de reconocimiento de la producción poética y narrativa de las mujeres.

La obra escrita de Marie de France, apreciada, famosa y celebrada en la corte, debe atribuirse al hábito y al placer en boga en los ambientes aristocráticos y cortesanos de entretenerse con las líricas de amor y de disputa entre hombres y mujeres, donde se reprochaban los defectos y los vicios achacados a los dos géneros y de los cuales se hacían intérpretes también las *trobairitz*, poetas y músicas. Algunas de ellas eran harto conocidas: la Condesa de Die, Na Castelloza, Azalaïs de Porcairagues, Na Lombarda, Na Tibors de Sarenom, Iseut de Capion, Almuc de Castelnou y Marie de Ventadour. Sabemos de ellas a través de la fortuna de sus composiciones recogidas en manuscritos producidos incluso por fuera del área francesa, especialmente en Venecia, y que circulaban en otras regiones.

VOCES DE MUJERES, ESCRITURAS DE HOMBRES

Marie de France retomaba las temáticas de una tipología de textos de mujeres, baladas, canciones, relatos, rezos, bien presente en la sociedad de su tiempo en formas originalmente orales, como para que pueda hablarse de “feminización” de la lírica medieval, disfrutada no solo en ámbitos aristocráticos sino asimismo en las presentaciones públicas: desde las *chansons de toile* en lengua de oil, llamadas de ese modo porque la breve y triste historia de amor es contada por mujeres concentradas en tejer en el telar o en coser, hasta las “canciones de las malcasadas”, que narran las esperanzas de las jovencitas dirigidas al futuro esposo, seguidas luego por la amargura de un marido impuesto o engañador y por los padecimientos de la vida conyugal. Si los ejemplos más antiguos provienen de la Francia del siglo XIII, se trata en realidad de composiciones que hacen de sonido grave continuo a lo largo de toda la Edad Media y más allá de esta, rastreables un poco en todas partes en Europa: se conoce de ellas una versión árabe-andaluza en dialecto mozárabe, llamada *khargia*, a través de unos sesenta textos que pueden datarse entre 1042 y 1349, pero hay también algunas composiciones en hebreo. Estos textos tan difundidos, que ponen el acento en la pena a causa de un matrimonio sufrido, de maridos celosos y crueles, expresan la

rebelión y la protesta de las mujeres en contra de un destino establecido por las familias y sobre todo por los padres: voces literarias asentadas por tanto en la realidad concreta de las relaciones y en la concepción vigente del matrimonio como alianza entre familias.

Otro género emparentado son las cantigas de amigo de ambiente gallego-portugués, breves composiciones en rima centradas en el tema de la espera del regreso del amado que partió a la mar y de la nostalgia de las mujeres: “Ondas do mar de Vigo, se vistes meu amigo? E ai Deus!, se verra cedo?”. Las más antiguas se remontan a finales del siglo XII y han sido definidas como voces poéticas femeninas, si bien llevan en ocasiones la firma de autores masculinos o son anónimas, como la gran parte de la poesía medieval. Los estudios recientes por lo demás han propuesto que se las considere en modo más general de matriz femenina, con independencia de la presunta autoría, justamente por los temas tratados, el peculiar timbre y la tipología de textos líricos que expresan.

Estas pueden asociarse a la presencia en el contexto italiano de obras tales como el anónimo *Lamento della sposa padovana*, transcrito en el pergamino de un acto notarial de 1277, donde una esposa narra a otras mujeres las penas de amor por el marido que ha partido a la mar, hacia las Cruzadas, reza por su regreso, es escuchada por las demás y recibe consejos. También forma parte de este ámbito la producción de la florentina *Compiuta Donzella* de mediados del siglo XIII, a quien se tiene por la primera autora femenina que escribió poesías en italiano vulgar. Pese a que han sobrevivido solo tres sonetos de su obra de poeta, testimonian su importancia el recuerdo y la admiración suscitada entre los literatos contemporáneos, así como la transcripción y transmisión de sus composiciones líricas. *Compiuta Donzella* daba voz a la rebelión contra su padre –“entregarme quiere por la fuerza como esposa a un señor / y yo no lo deseo en absoluto, / y en suma ansiedad vivo de continuo; / por esto alegría no me causan ni las flores ni las hojas”–, (25) afirmando el valor del amor exento de intereses y el deseo de alejarse del mundo, por lo que prefirió la reclusión monástica.

Marie de France junto a *Compiuta Donzella*, a las “trovadoras”, a las tipologías de textos como las *chansons de toile* o las “canciones de las malcasadas” nos restituyen, pues, un universo de voces y textos femeninos en lengua materna solo en parte transferido al pergamino o al papel, puesto que usualmente se producía, se entregaba y se transmitía por vía oral, al cual los hombres solían recurrir, volcándolo por escrito y permitiendo de tal suerte su conservación.

Se destaca así una tradición textual de larga data, con firma femenina o masculina, que giraba en torno al tema del amor, pero asimismo a la mirada y a la crítica de las mujeres sobre el mundo de los hombres. Una tradición que, cantada, narrada y transcrita en códices que han llegado hasta nuestros días, estaba destinada a sobrevivir y renovarse, alimentando ya desde los inicios de la imprenta y más aún en los primeros años del siglo XVI la edición de opúsculos de pocas hojas con gran salida, destinada a un público transversal pero también objeto de interés de refinados humanistas.

Por consiguiente, merece subrayarse la existencia de una dinámica interesante: una parte de la producción de los textos orales de las mujeres fue salvada por los hombres gracias a su mayor acceso a la escritura, habiendo sido tanto trovadores cuanto poetas o transcriptores anónimos quienes, más o menos conscientes, llevaron a cabo un reconocimiento de la capacidad femenina de producir narraciones.

Un maravilloso ejemplo de esta particular dinámica a dos voces lo ofrece *Les Évangiles des quenouilles*, obra realizada por un clérigo en el siglo XV. Casi a modo de secretario, este transcribió por encargo, como señala el texto en su prefacio, las sesiones y el intercambio de saberes y opiniones de un grupo de seis sabias mujeres reunidas para pasar la velada hilando juntas. Al tiempo que los relatos y los preceptos para cada caso cotidiano y acontecimiento individual intentan demostrar la grandeza y la autonomía de la mujer, y estigmatizar los malos comportamientos masculinos, planteando castigos y el envío al “purgatorio de los maridos malvados”, (26) el anónimo escribiente introducía las divisiones de la trama atribuidas a las mujeres con comentarios irónicos y misóginos. El resultado es un texto que reproduce la dualidad de las voces, los recíprocos prejuicios y creencias. Una corriente de obras donde puede incluirse asimismo el bien conocido poema inglés de la misma época, *The Assembly of Ladies*, atribuido desde hace mucho tiempo a Geoffrey Chaucer, mas a estas alturas considerado de puño y letra femeninos, donde la voz narradora de una joven relata las conversaciones de un grupo de mujeres que se entretiene discutiendo acerca de la infidelidad e inconstancia de los hombres, en un marco festivo, entre bailes y canciones.

Detengámonos un instante a captar el efecto de lo que hasta ahora se ha puesto en evidencia. El nacimiento de las literaturas nacionales en lengua vulgar está estrechamente asociado al florecimiento de este patrimonio de textos y voces femeninas, posibilitado precisamente por la creciente autoridad y legitimidad de

la expresión poética y literaria en lengua materna respecto al precedente dominio del latín de los doctos. Sin embargo, hay algo más. Estos primeros pasos de las lenguas vulgares europeas nos restituyen la centralidad del acérrimo enfrentamiento entre hombres y mujeres, entre maledicencias, lamentos y deseos de amor, que fascinaba al público de los lectores, las lectoras y los oyentes: un enfrentamiento fundacional de la vida en común y de la expresión literaria que vehiculizaba la eterna interrogación sobre la realidad y sobre el significado de la diferencia entre los géneros.

No todas las épocas sabrán desvelarlo con la misma generosidad, riqueza y dualidad de voces.

LAS ESCRITURAS DE LO COTIDIANO EN LA CIVILIZACIÓN MERCANTIL

Si la primera transformación en la historia de la escritura femenina, como asimismo en la común, está ligada a la legitimidad de las lenguas vulgares, la segunda debe atribuirse al desarrollo de las ciudades y de la cultura laica y mercantil. Como se ha visto, en los siglos precedentes los monasterios, junto a las cortes aristocráticas, poseían el monopolio de la producción y conservación de los textos, en su gran mayoría en latín. Esa centralidad, desde finales del siglo XIII y en especial en el XIV, pasaba de mano a las ciudades y a las lenguas vulgares: los que dieron impulso a una ampliación y una diversificación de las prácticas escriturarias, de su circulación y disfrute fueron las necesidades que caracterizaban a la sociedad mercantil, el trabajo y el tiempo que a este se le sustrae, el incremento de los intercambios de bienes y técnicas, la complejidad de la vida urbana con las corporaciones y los hospitales, las fiestas y los ritmos de las colectividades. Así se abría paso toda una sociabilidad diferente de la escritura.

Una alfabetización más extendida, incluso de nivel básico, y no obstante en condiciones de satisfacer las responsabilidades cotidianas, necesaria para los oficios artesanales y para servir en los talleres que comenzaban a poblar las calles de las ciudades, creaba un “público” laico de libros, escrituras y textos, capaz de leer o escuchar obras en lengua vulgar, e impulsaba también a

individuos de estratos no aristocráticos y a algunas mujeres a tomar la pluma para diversos fines y con distintas voluntades, si bien con desiguales pruebas de pericia gráfica. Aun cuando para nosotros tiene una importancia relativa que escribiesen bien o mal. ¿Supone alguna diferencia sustancial el hecho de que usasen “formas de escritura por lo general anticuadas, elementales o rústicas”? (27)

Escribían, a pesar de aprender con sumo desnudo y con modelos gráficos arcaicos, pero eso no frenaba la imperiosa exigencia de comunicar. A menudo se excusaban por la impericia y los errores, sin embargo, se sentían legitimadas para escribir cada vez más: “hubo en la plena y baja Edad Media una auténtica irrupción femenina”, (28) sobre todo en lo tocante a la correspondencia. Por tanto, es este el dato sobresaliente que nos advierte de un momento de transformación.

El corpus de cartas de Margherita Bandini Datini (1360-1401) a su marido, Francesco, comerciante de Prato, es uno de los testimonios más conspicuos de escritura femenina surgidos del “tiempo de los mercaderes”, en que las mujeres eran convocadas a colaborar, como bien demuestra un interesante pasaje de una carta que su cónyuge le dirige, el 23 de febrero de 1385. En las recomendaciones que le hacía –irse a dormir de buena hora y levantarse temprano para supervisar todas las actividades– resaltaba que debía preferir de lejos “cuidar de todo y concentrarse en la casa y en la familia” más que dedicarse “al hilado y a la aguja”. (29) En ese “cuidar de todo”, también la pluma tenía su rol y la parábola de la experiencia de Margherita es, por lo demás, hartó significativa: partiendo como analfabeta que dictaba las cartas al escriba, de quien, por otra parte, en ocasiones también se servía el marido por comodidad, llegaba a una confianza gradual con el alfabeto hasta conseguir autonomía epistolográfica. Con toda probabilidad lo que facilitó a Margherita el aprendizaje fue justamente la cercanía con el escriba y el hecho de tener al alcance de la mano ejemplos de escrituras que podía imitar, repetir y copiar hasta que el dibujo de las letras resultaba más preciso.

¿Pensamos acaso que los analfabetos vivían aislados de aquellos que, algunos más, otros menos, entendían acerca de las letras? ¿Que no existían intercambios, ayudas, figuras de mediación y transferencia de conocimientos entre un grupo y el otro? Margherita se había casado con un hombre que por oficio debía manejar la pluma para hacer cuentas y cultivar relaciones con las personas con las que mantenía negocios. Eso obró de estímulo, para ella como para tantas otras, en la

familiarización con el papel y la pluma. Además, las ciudades de la Europa mercantil eran sitios de escrituras expuestas, visibles, que permitían ejercitarse en el uso del alfabeto; la instrucción básica, a veces impartida por las “maestras de infantes” estaba pues bastante más difundida que antaño. Por ejemplo, un varón que asistía a algún tipo de escuela comunal, de ábaco* o de gramática, podía enseñar a su hermana; una vecina podía ayudar a escribir una carta, una mujer llegaba a aprender algo sirviendo en un convento o un padre disponía que sus hijas recibiesen instrucción en la casa.

Se trataba siempre de un primer paso, pero algunas veces bastaba para ir más allá. La conquista de la escritura en efecto permitía a Margherita Datini no solo gestionar los asuntos y la administración de la casa, sino descubrir, tras el esfuerzo inicial, las posibilidades expresivas conectadas con la práctica (cfr. fig. 4).

Figura 4. Escritura de Margherita Datini.

Carta del 20 de febrero de 1388 de Margherita Datini a Francesco, su marido; la escritura al iniciarse el intercambio epistolar se muestra entrecortada, mientras que en el transcurso de casi un año ya exhibe mayor cursividad y seguridad.

Prato, Archivio di Stato, Fondo Datini, Carteggio privato, Lettere di Margherita a vari, sobre 1089.01, código 9302781 (con permiso del Ministero per i Beni e le attività culturali – Archivio di Stato di Prato).

Con la escritura, Margherita experimentaba la expresión de la propia subjetividad, haciendo que se filtrasen sentimientos y estados de ánimo, e instaba al marido a que cuidase de su propia alma y no únicamente del lucro y los negocios. Así le escribía: “Hoy tienes casi cincuenta años [...] y siempre has servido al mundo: ¡sería hora de que comenzaras a servir a Dios!”; y lo reprendía: “Si pensáramos en la muerte y en lo poco que estaremos en este mundo, no nos afligiríamos como lo hacemos”. (30) Para algunas estudiosas, en efecto correspondería a las mujeres el mérito de haber hecho que penetrara en la epistolografía de este período, marcada más por el comercio y por el seco lenguaje de las transacciones económicas, el registro de los sentimientos y de las tonalidades del afecto, ausente en cambio en las cartas masculinas. (31)

El caso de Margherita Datini vuelve evidente hasta qué punto la conquista del uso de la pluma sin dudas venía facilitada por el mundo urbano de los intercambios que favoreció la capacidad de las mujeres, esposas, hermanas y viudas para la gestión de las rentas familiares, la administración de los bienes, y en el ámbito del trabajo de los talleres, de los comercios y de las manufacturas. No por casualidad algunas exhiben la peculiar grafía nacida en el seno del mundo de los comerciantes, la “mercantesca”, como es el caso de Maria, una maestra veneciana que se prestó a redactar para Nicolina, una vendedora de legumbres, habitante como ella del populoso barrio Castello, un primer testamento por escrito en 1399 y el segundo, algunos años después. Con la

misma tipología escrituraria, Franceschina Corner apuntaba entre 1410 y 1411 la contabilidad doméstica mientras su marido, el comerciante Giovanni, se hallaba fuera de Venecia por negocios, precisando que se trataba de un “cuadernito mío, Franzeschina Corner, de ciertas cosas mías de las cuales [me sucede] tomar nota para mi memoria”. (32)

Insistamos: el alfabetismo femenino, como el masculino, registraba un neto incremento principalmente en las ciudades mercantiles y manufactureras, allí donde la pluma debía intervenir en computar, registrar y recordar. Lo documenta, algunos años más tarde, la mayor conciencia y amplitud con la cual se movía, también en un horizonte ya sea económico o político, amén de afectivo, Alessandra Macinghi Strozzi (1407-1470) a través de su abundante correspondencia a los hijos desterrados de Florencia.

La epistolografía que entre el siglo XIV y mediados del siglo XV iniciaba su andadura en manos femeninas para comunicarse con la familia, tratar los asuntos comerciales, subsanar distancias y afectos, y, no obstante, hacer sentir el propio yo, entrelazará una larga historia con los papeles de las mujeres: más adelante se volverá un instrumento si no prevalentemente femenino, sí uno de los tipos de escritura más practicados, que bien pronto acariciará o atravesará asimismo el ámbito literario, revelando la voluntad de rebasar la mera función informativa. No escapa de hecho un aspecto crucial al cual volveremos varias veces: la escritura nunca ha sido, ni lo es hoy, un instrumento neutro, y esta aclaración es tanto más oportuna para los siglos de alfabetización acotada y para las mujeres, cuanto para los humildes, que al empuñar una pluma sabían atravesar un territorio no transitado y en mano de otros; una práctica que también por esto era susceptible de presentarse como una valiosa ocasión para buscar un reflejo de sí y de la propia subjetividad, que no retrocedía ante la escasa pericia gráfica. Convendrá, pues, no perder de vista esta relación escritura-subjetividad femenina: esta constituirá un tema recurrente en la historia que estamos narrando, al cual regresaremos a menudo.

Una vez que ya se había aprendido a escribir, como se ha dicho, esta destreza no siempre se limitaba al envío de cartas. Alessandra Macinghi Strozzi dejó, por ejemplo, el Libro de deudores, acreedores y recuerdos, que se internaba en un territorio de remembranzas familiares que hasta hace algunos años se consideraba prevalente si no exclusivamente masculino y dominado por la patrilinealidad; recientes investigaciones en cambio han sacado a la luz un patrón no tan restringido de tales escrituras realizadas por mujeres sobre todo

después de la muerte del marido. En concreto, las de la florentina Bartolomea, esposa de Tommaso Sacchetti, o de la sienesa Bartolomea Francesca o incluso aquellas de la catalana Caterina Llul i Sabastida, de familia mercantil, sugieren por tanto remarcar el papel crucial desarrollado por la familia, en especial hasta el siglo XVII, como generadora de escrituras de varios tipos, recuerdos, cuentos, documentos, cartas, recetarios y súplicas. La contribución de las mujeres, aún solo parcialmente reconstruida, ha permitido afinar la puntería, conformando una dimensión de memoria más dilatada y de matriz bilineal, reflejando su pertenencia a dos mundos familiares, el de origen, que nunca abandonaban del todo, y aquel en el cual entraban con el matrimonio. Si juntamos estas escrituras femeninas con la relevancia cuantitativa y social de las viudas, tan frecuentemente “cabezas de familia” en la Europa del Medioevo y de la primera Edad Moderna signada por la mortalidad, las migraciones y las epidemias, es difícil pensar en las escrituras surgidas en el seno de la familia como expresión exclusivamente de la rama masculina.

Entre la documentación originada por la vida del núcleo doméstico, los testamentos han resultado ser un nuevo e interesante campo de indagación para investigar la relación de las mujeres con la escritura y en particular con esa clase de textos definidos como “egodocumentos”, capaces pues de transmitir una explícita voluntad de dejar memoria de sí. La práctica testamentaria se vuelve bastante común desde la tardía Edad Media, pero lo que interesa en especial es que marca un acceso medianamente parejo de los hombres y de las mujeres si no incluso, en algunos casos peculiares, una caracterización pronunciadamente femenina. Escritura biográfica, entonces, acto de voluntad y con frecuencia rara o directamente única ocasión, en especial para las mujeres, de hacer escuchar la propia voz, de narrar, si bien de manera escueta, la propia vida y de hacer un balance de ella, reparando errores, haciendo justicia, expresando afectos e ideas en armonía o en contraste con las expectativas de parientes y vecinos, encomendándose al notario. O incluso, en una elección que con el discurrir del tiempo irá aumentando, decidiendo empuñar personalmente la pluma con un acto de voluntad decidida, tendiente a evitar cualquier posible influencia y mediación. Comenzamos pues a encontrar a estas alturas narraciones redactadas con mano firme o al contrario incierta, con caligrafías precisas o desordenadas, mas en cualquier caso conscientes del poder de mitigar o contrastar, a través del poder de tal escritura, un sistema jurídico que a las mujeres atribuía escasa o reducida capacidad de acción (cfr. fig. 5).

La veneciana Dionora Contarini que en 1411 tomaba la pluma para que

trasluciera, a través del lenguaje de la transmisión de bienes y dineros, el amor por su hijo Andrea y por su nieto, y la inquietud por la hija Franceschina, recalca en su largo y sustancioso testamento autógrafo la decisión de disponer que se entregasen a Perazo, su marido, nada más que algunas cosas de poca importancia, a quien con ironía le dejaba las vejaciones sufridas de su parte: “dejo al dicho mi marido todos los reproches y las ofensas y los disgustos que me ocasionaba el día entero, recuérdenselas bien”. (33)

Algunos testamentos hológrafos resultan ser textos complejos, entretejidos de vocación narrativa y descriptiva: se encomiendan a una lengua eficaz, inmediata, colorida, que quería reconstruir no solo el hecho sino más aún la atmósfera en que se había producido, tal vez tomando como modelo la cuentística que a la sazón ya circulaba vastamente. La pluma de Maddalena Narducci, hija de ricos mercaderes y casada con un noble perusino, en el documento del 22 de marzo de 1476 trasluce su subjetividad en modo alguno atemorizada por el hecho de volcarse a las cartas en su expresiva habla local de Perugia. La cédula testamentaria hológrafa, donde dos veces repite el subrayado “escrita de mi propia mano”, (34) presenta un extenso relato que, al recorrer su vida tras la muerte del marido, se detiene con vívidos tonos y pericia de narradora en los conflictos con los hijos por la herencia, recordando el clima de hostilidad y las amenazas sufridas.

[illegible]

+ 14 ~ 21 ~ 28 giugno.

Al nome del nostro signor mi xpo / e / de la gloriosa madre madona
 sea maria o de la gloriosa uirgine mi se madacho p qe el nostro signor
 peccamada nel uirgino stato parati stando a la uirgine loza dela morte
 nostra pzo mi maria muer de la androl morexina sana del cor po o dela
 mente no uolendo che p al qm qaxo podesse occorre domi de i mie ben uolenti
 gnafe de for de na de uoto qe questo si e remigra mio frzmo testamento i quilo pto

Figura 5. Escribir el propio testamento.

La patricia Maria Zorzi, quien se había casado con Andrea Morosini en 1412, el 24 de junio de 1426, con aproximadamente treinta años, escribía de su puño el testamento, luego entregado al notario Giovanni Marin. Su escritura, visible en la sección inferior, demuestra una cierta precisión, aunque dentro de las vacilaciones ortográficas que, por otra parte, eran típicas de esa época. Puede compararse con la cursiva cancillerescas del notario en un testamento del mismo año, en la sección superior.

Venecia, Archivio di Stato, Notarile, Testamenti, b. 742, n. 71 (con permiso del Ministero per i Beni e le attività culturali – Archivio di Stato di Venezia).

Las mujeres conferían un mundo afectivo y de recuerdos autobiográficos a las escrituras testamentarias, convencidas del secreto del papel que garantizaba la libertad de expresión y favorecía confesiones de sentimientos, alegrías y ansias, a menudo escogiendo las formas lingüísticas más apropiadas para dar a estas agudeza y fuerza. Escrituras de deseo y de subjetividad, capaces de pedir caricias o de desheredar por agravios sufridos, los testamentos por consiguiente deben ser considerados en su potencia expresiva y desaconsejan que se recurra a una neta oposición entre escrituras literarias y escrituras excluidas de dicho ámbito: la pluma que se aproximaba a la hoja sabía encontrar los tonos más adecuados, aunque sin preocuparse demasiado por la calidad y pericia de la propia grafía.

LA CIUDAD Y LA ESCRITURA ESPIRITUAL DE LAS MUJERES

El nacimiento de las órdenes mendicantes supuso profundas implicaciones en la

vida y en el desarrollo de las ciudades: su mensaje evangélico, por su inclusión en la vida activa, a diferencia del monaquismo tradicional, atrajo un número creciente de mujeres, muchas de las cuales prefirieron vivir solas o en pequeñas comunidades sin tomar los votos, manteniendo el estado laico; una opción que, por la amplitud y la autonomía de movimiento, no tardó en preocupar a la jerarquía eclesiástica.

Es interesante señalar que precisamente desde esta nueva dimensión surgieron originales escrituras femeninas que interpretaron la autoridad de las mujeres en un terreno que entrecruzaba la espiritualidad con la política, gracias al vivo deseo de orientar las elecciones de los poderosos y la reforma de las costumbres. Se trata de exigencias radicales que todavía lograban expresarse en formas directas y harto menos mediadas que todo lo que luego sucederá a causa de las intervenciones cada vez más presentes de los padres confesores y de los consejeros espirituales.

Si en los siglos precedentes la “geografía” de las autoras remitía, como se ha visto, más al área germánica, las nuevas voces femeninas asentadas en la ciudad, en las realidades hospitalarias y asistenciales, y en general caracterizadas por biografías que narran el abandono o el rechazo de la vida matrimonial, provenían de todas partes de Europa y encontraban interés y escucha en los ambientes urbanos.

Un texto condenado como herético, quemado como su autora pero que no dejó de circular, es *El espejo de las almas simples*, de la flamenca Marguerite Porete (ca. 1250/60-1310), testimonio radical de la experiencia intelectual y cultural femenina autónoma vivida en la elección del beguinaje. Porete escribió con una extraordinaria libertad expresiva en lengua picarda el deseo de fundar una espiritualidad común y accesible a todos, instituida por el amor y no sometida a jerarquías eclesiásticas ni a dictámenes de la “razón”. La obra respondía a un sentimiento tan extendido que inicialmente llegó a ser aceptada, traducida al latín y aprobada por tres teólogos antes de su condena.

También *Las revelaciones*, de Brígida (1303-1373, canonizada en 1391) circularon masivamente en forma manuscrita. Nacida en Finsta, Suecia, tomó con el marido las órdenes franciscanas y fundó un hospital para pobres y luego, tras la muerte del cónyuge, realizó numerosos viajes a las ciudades que custodiaban reliquias. Refirió por escrito sus visiones en un grueso volumen, donde anunciaba que el juicio de Cristo estaba cerca y exhortaba a soberanos y

eclesiásticos a poner fin a la corrupción de sus estilos de vida.

La inglesa Juliana de Norwich (1342-1416, santa para la Iglesia anglicana, beata para la católica), considerada una de las mayores místicas de la historia, a los treinta años escogió vivir en un estado eremítico en la celda adosada a la iglesia de san Julián en su ciudad. Traspuso sus visiones en las Revelaciones del amor divino, el primer libro escrito en lengua inglesa por una mujer, y obtuvo una fama tan grande como guía espiritual que sirvió de referencia a otra mística coterránea, Margery Kempe (1373-1438), quien se dirigió a conocerla en persona en 1414.

Margery, cuyo apellido de soltera era Brunham, tras el matrimonio y el nacimiento de su primer hijo atravesó una profunda crisis que la llevó a vivir un conflicto con el propio estamento social, con la vida acomodada y los valores materialistas que la caracterizaban; eso la impulsó a abandonar la familia, buscar mantenerse y realizar viajes de peregrinación hacia lugares santos. Registró su trabajo y su elección de seguir a Cristo en un relato, El libro de Margery Kempe, que se considera la primera autobiografía en lengua inglesa.

Vale la pena subrayar que merced a estas escrituras femeninas se cumple un interesante pasaje desde el género hagiográfico hacia la autohagiografía, con una reinención del lenguaje y con el surgimiento de una subjetividad que narra la propia experiencia, vivida plenamente a través del cuerpo y de todos los sentidos. La libertad expresiva, que suele caracterizar a los textos femeninos, paradójicamente se originaba, en efecto, a causa del escaso acceso a un programa canónico de estudios y a la tradición exegética y doctrinal: estas escritoras revertían la desventaja de la que partían recurriendo al propio cuerpo como “documento” y fuente histórica. Su legitimidad no dependía de la mención de la tradición literaria, sino de la fidelidad a su sentimiento personal.

En todos estos escritos de mujeres se manifestaba el deseo de buscar una respuesta concreta a las exigencias existenciales por fuera de los dos destinos obligados, el matrimonio o el convento. Tal aspiración, gracias a las posibilidades y al amparo que ofrecía la ciudad, podía volverse realidad, brindando el modo de sustraerse a la vida familiar, a los deberes conyugales, a las constricciones físicas y sexuales, volviéndose a conectar en una línea ideal con los temas que las canciones de las malcasadas y de las trobairitz ya habían difundido. Por lo demás, las escritoras místicas parecían haber tenido amplia familiaridad con la lírica cortés y su tratamiento del amor: el conocimiento de

los estilemas de la cultura profana facilitó la expresión de la espiritualidad autobiográfica de las mujeres. La intensidad de lo vivido lograba de tal suerte erigir en los textos femeninos un puente entre la expresión del amor profano y el sentimiento del amor divino.

Con la sienesa Caterina Benincasa (1347-1380, canonizada en 1461, doctora de la Iglesia en 1970) alcanzamos el punto más alto de la potencia de la escritura femenina que se originó a partir de la plena integración con la voz de la ciudad que Caterina asumía, expresando las necesidades de la comunidad y de los estratos sociales más débiles, en un excepcional cruce entre la espiritualidad y la política. Nacida en una familia de artesanos –el padre, Jacopo, era de hecho un tintorero, sin instrucción de ningún tipo– Caterina quiso sustraerse, no sin conflictos, al matrimonio, y optó por vestir el hábito de las terciarias dominicas. Caterina, que no tenía vocación de eremita, nutrió influyentes cenáculos de la ciudad y gracias asimismo al contacto con algunos padres espirituales se acercó a la lectura y bien pronto comenzó la que se ha definido como una auténtica “carrera” política expresada en la escritura, autógrafa o dictada. En las cartas que enviaba a comerciantes, artesanos y personalidades de relevancia –señores y en particular papas– con frecuencia recurría a la expresión “Yo quiero” para dirigir a aquellos hacia la acción que ella deseaba, incluso en el caso de que el destinatario fuese un pontífice: “Quiero que seáis ese auténtico y buen pastor”, escribía a Gregorio XI, y le requería con energía y autoridad el regreso a Avignon, el comienzo de la cruzada, la paz entre las ciudades italianas y la reforma de la Iglesia. Una escritura de fuego, una escritura de sangre, directa, potente, que aguijoneaba a sus seguidores:

Sumergíos en la sangre de Cristo crucificado; bañaos en su sangre; saciaos de su sangre; embriagaos de su sangre; vestíos de su sangre; doleos de vos en su sangre; alegraos en su sangre; creced y fortaleceos en su sangre; perded la debilidad y la ceguera con la sangre del Cordero inmaculado; y, como valiente caballero, corred con la luz a buscar la honra de Dios, el bien de la santa Iglesia y la salud de las almas en su sangre. (35)

La imperiosidad con la cual ordena, advertida en su escritura, representa, por lo demás, la autoridad conquistada a los ojos del mundo e incluso de los propios pontífices.

A diferencia de Caterina, Constanza de Castilla (1405-1478), de ambiente aristocrático, poseedora de una refinada cultura humanística y priora del

monasterio de Santo Domingo el Real de Madrid, se sirvió de la escritura para componer una de las primeras obras femeninas en lengua castellana, el Libro de oraciones, conservado en un elegante códice en pergamino. Dedicada a sus hermanas en la fe, tenía un objetivo asaz más ambicioso: la valoración de la experiencia espiritual femenina, autónoma de las mediaciones masculinas, a través de la asunción de la figura de María y de su activa participación en la Pasión de Cristo.

LA GRAN AVENTURA LITERARIA DE CHRISTINE DE PIZAN

Es momento de introducir a la más grande escritora europea del humanismo, quien anticipó temas y experiencias del pleno Renacimiento: Christine de Pizan (1365-1430) nació en Venecia, de progenitores italianos y luego se trasladó a Francia. También en este caso podemos observar que su experiencia literaria se inició con la confianza conquistada a través del oficio de copista, compartido con muchas otras mujeres que desde el siglo XIV emergieron por fuera del ámbito monástico en los talleres de copistas, bibliotecarios, bedeles, junto a sus padres, maridos o hermanos, según la típica dimensión familiar del trabajo de la Edad Medieval y de la Edad Moderna.

Christine había aprendido del marido, canciller del rey de Francia, a dominar con maestría la escritura cancelleresca; con él compartía sus actividades de disposición de actos y documentos, y tras su muerte supo aprovechar esa enseñanza, y se mantuvo gracias a su trabajo de copista de libros de lujo para la corte, al demostrar gran competencia gráfica. La familiaridad obtenida, por cierto, le facilitó el pasaje de la pluma tomada por trabajo a la creación literaria, desde una escritura de oficio y de sustento económico hacia otra que encarnaba un medio expresivo. Además, había “robado” a su padre una parte o, de acuerdo con sus propias palabras, “migajas” de su gran cultura, (36) acumulando por tanto vastos conocimientos que le permitieron dedicarse a muchos tipos de literatura. En efecto, son varios los géneros que atravesó en su imponente y diversificada producción. Desde numerosos textos poéticos de carácter lírico, destinados a la corte de Carlos VI y de Isabel de Baviera-Ingolstadt, que expresan la tensión entre las damas y los caballeros y la nostalgia del amor, como las Cent ballades, los Virelais, los Lais, los Rondeaux, los Complaintes

amoureuses, hasta la defensa de las acusaciones a las mujeres en el pequeño poema moral y alegórico *Epistre au dieu d'amours* ("Difamar a las mujeres es un vicio villano, las defiende del hombre tanto como lo amo."), donde recuerda a los hombres que todos han nacido de mujeres. Una gran parte de la producción de Christine de Pizan es, por añadidura, una refinada deconstrucción de los basamentos misóginos de la tradición cultural y religiosa. También gracias al patronato de la realeza, Christine de Pizan cruzó los confines de su escritorio: participó en efecto en una disputa pública en torno a la querelle des femmes en que se habían involucrado los ambientes universitarios y los mayores literatos de su tiempo a propósito de los contenidos y del estilo del célebre y difundidísimo *Roman de la rose*, obra compuesta principalmente por Jean de Meun a fines del siglo XIII y criticada con lucidez por la escritora. Con Christine de Pizan la voz y la ambición literaria femeninas se imponían con una autoridad intelectual, moral y estética inéditas por la fama, la amplitud y la relevancia del debate en el cual se inscribía, ya sea con la *Epistres du Debat sur le Roman de la Rose* o con el *Dit de la Rose*.

Si entonces con Christine podemos identificar el inicio de una gran corriente de escritura femenina que tomaba posición en el enfrentamiento secular entre los dos géneros y refutaba los prejuicios con determinación y calidad literaria, con *La ciudad de las damas* nos encontramos en presencia de la primera construcción estructurada y elaborada de un punto de vista femenino en términos de los fundamentos éticos de la vida. En el diálogo que la autora mantiene en primera persona con tres damas que representan la Razón, la Rectitud y la Justicia, se dibuja una sociedad mejor construida sobre los saberes de las mujeres, motivo que la impulsaba a sostener la necesidad de su instrucción, y basada en una genealogía femenina de santas, heroínas, poetisas, científicas y reinas. Las tres damas acicateaban a Christine: "¿Por qué, muchacha estudiosa, nunca has respondido y has hecho callar el instrumento de tu intelecto, has dejado que se seque la tinta, la pluma y el trabajo de tu mano diestra, con el cual tanto has sabido deleitarte?". Era una incitación a proseguir, dirigida a todas las mujeres, y las damas insistían: "Toma tu pluma y escribe". (37) Christine de Pizan, retomando la obra de Giovanni Boccaccio sobre las mujeres ilustres, corregía la ambigüedad de esta y extendía su alcance: se trata por tanto de una obra de reescritura de la historia y de las fuentes literarias que se destacará como modelo y fuente de legitimación para las autoras sucesivas.

Intelectual en toda la extensión de la palabra, Christine intervenía en la escena política, no solo con reconstrucciones históricas, como en el *Livre des fais et*

bonnes meurs du sage roy Charles V, sino también con algunas obras dirigidas a los poderosos y con tratados de educación para los jóvenes príncipes, destinados a hacer hincapié en la necesidad del mantenimiento de la paz y en el rechazo de la guerra que, por el contrario, a la sazón reinaba.

Christine de Pizan fue una escritora de éxito y dejó un sello indeleble en la literatura: sus textos fueron leídos y transmitidos ampliamente, tanto que en la actualidad se conocen cuando menos doscientos de sus manuscritos: ella misma se ocupó de la conservación de sus obras y organizó un scriptorium de modo de producir muchas copias con una estrategia precisa:

Y así yo, Christine, un poco cansada por la prolongada escritura, pero feliz por la belleza de la obra [...] he decidido multiplicar las copias, cualquiera que fuese su costo, a fin de que se conozca en diferentes regiones por reinas, princesas y grandes damas, que así pueda recibir los honores y los elogios que merece y que de tal suerte ellas la hagan conocer a otras mujeres. Y cuando se haya llevado a cabo este proyecto al que aspiro y haya comenzado esa andadura, mi obra será difundida, distribuida y publicada en todos los países del mundo, a pesar de haber sido escrita en lengua francesa. (38)

No se ciñó a este aspecto sino que dirigió también la obra de los miniaturistas: hizo insertar numerosas figuraciones de su trabajo como escritora y escribiente, trasponiendo al plano visual su representación como mujer intelectual e iniciando así una relevante tradición iconográfica de la sabiduría en femenino: un verdadero arquetipo de las escritoras y, todavía más relevante y digno de subrayarse, una mujer que hizo de ese trabajo un auténtico oficio y fuente de ganancia. En esta historia nuestra también comienza a asomarse el dinero.

EL HUMANISMO DE LAS MUJERES

Si es cierto que la alfabetización en la lengua materna había aumentado, en

especial en las ciudades, haciendo participar asimismo a las mujeres de una mayor confianza con la lectura y más raramente con la escritura, la reforma de los estudios producida por el humanismo, que aspiraba al diálogo directo con los autores del clasicismo a través del conocimiento de su lengua, capaz de mejorar las cualidades humanas y transmitir sabiduría, colocaba sin embargo a la lengua vulgar en una posición inferior. El latín, depurado de la corrupción medieval, por consiguiente volvió a ser la lengua privilegiada de la producción literaria y de los intercambios epistolares de las elites, sobre todo debido a la relevancia adquirida por la filología y la retórica, mientras se redescubría el griego, cuyo aprendizaje se consideraba indispensable para el perfeccionamiento de un recorrido de estudios. Cobró relevancia la brecha existente entre la iniciación en la lectura y la escritura en lengua vulgar, más común y transmitida también en el hogar por vía materna, y la formación humanística; y si bien los ideales culturales no excluían la posibilidad que todos tenían de superarse, pese a ello pocos pudieron aplicarse y menos aún las mujeres, quienes no accedían a las escuelas ni a las universidades. Asimismo, el ejemplo de intelectual forjado por Petrarca, encerrado en su estudio, aislado del murmullo del mundo y concentrado en el diálogo con los antiguos, constituía para ellas, arraigadas en la vida familiar, un modelo completamente inalcanzable.

No obstante, algunas aceptaron el reto y, merced al apoyo de los padres que quisieron creer en las capacidades intelectuales de las hijas ya sea por adhesión a los valores humanísticos o para alimentar el prestigio de la familia, se volvieron literatas de gran fama. La experiencia del grupo de escritoras que optó por el latín y en ocasiones también por el griego para consolidarse en esta empresa, todas ellas concentradas en el centro-norte de Italia por la conexión con los lugares de origen del humanismo, evidencia una imagen no exenta de riesgos y de esfuerzos, de luces y de sombras, aun así rica en novedades que serán comprendidas por las literatas que les siguieron. Inauguraron en efecto verdaderas “carreras” de intelectuales, estuvieron en contacto con refinados círculos culturales, se cartearon con los mayores literatos y es bastante significativo que, también para la construcción y afirmación de un imaginario de la “escritora”, todas fuesen retratadas por célebres pintores o reproducidas en grabados. Algunas veces se las convocó para representar a las ciudades con discursos públicos, como sucedió a la veronesa Isotta Nogarola (1418-1466) y a la veneciana Cassandra Fedele (1465-1558) a quien se encargó que pronunciase un discurso ante las autoridades académicas de la Universidad de Padua, con el cual conquistó una extraordinaria notoriedad europea y recibió grandes elogios. Cassandra tuvo asimismo el honor de pronunciar una conferencia ante el dux

Agostino Barbarigo y el Senado veneciano. Como cierre ratificaba su total dedicación a los estudios que hacían que rehuyera de las ocupaciones domésticas: “Ese campo provee abundantes frutos exuberantes, muy agradables y que duran en el tiempo, son tantos que yo misma apenas los he probado, tras haber reflexionado un poco, dejé espontáneamente de lado la odiada rueca y la aguja, utensilios de mujercitas, y seguí mi vocación”. (39) El renombre conquistado garantizó que sus discursos, después de haber circulado mucho en forma manuscrita, fuesen impresos en los comienzos del arte tipográfico también en el exterior con amplia difusión. (40)

También Costanza Varano (1426-1447), ligada por línea materna a los Malatesta y a los Montefeltro, recitó en público un alegato muy elogiado por su elegante estilo en presencia de Bianca Maria Visconti, esposa de Francesco Sforza, en el nombre de la ciudad de Camerino, de cuya soberanía la familia Varano había sido despojada y cuya restitución reivindicaba.

Además de los discursos y los epistolarios, donde emerge la tenaz voluntad de estas literatas de salir del aislamiento conectándose a las redes intelectuales y ocupando lugares en ellas, entre los escritos más relevantes que nos han llegado se encuentra el Diálogo acerca del pecado de Adán y de la justa o injusta Eva, de Isotta Nogarola, una defensa de Eva que la exime de toda responsabilidad respecto del pecado original, que desmentía un tema de tradicional acusación a las mujeres, que circuló vastamente y luego fue impreso en 1563 por Pablo Manucio: un texto que Margaret King definió como “la obra más importante de todo el proyecto humanista femenino”, (41) fruto de una disputa pública con el patricio veneciano Ludovico Foscarini, a la sazón podestà de Verona.

De Cassandra Fedele, aparte de los discursos, han quedado más de un centenar de cartas dirigidas a soberanos, pontífices y literatos, como Sabellico o Poliziano; otras composiciones probablemente se perdieron en el naufragio del barco que la llevaba de regreso a Venecia, junto a su esposo médico, después de haber pasado algunos años en Creta. El tratado *De ordine scientiarum*, que estaba componiendo y al cual menciona en el epistolario, no nos ha llegado.

Costanza Varano, quien, por otra parte, murió demasiado joven, dejó numerosas cartas, poemas y discursos, mientras que Laura Cereta (1469-1499) expresó sus propias ideas sobre cada aspecto de la vida y de su época en un epistolario que tomó como modelo al de Petrarca y que circuló ampliamente en copias manuscritas, siendo impreso recién en 1640. (42) En una de estas cartas trató por

extenso la instrucción femenina y en polémica con Boccaccio esbozó una “república de las mujeres”, donde elogiaba esa instrucción y ofrecía una galería de mujeres ilustres, donde tenían lugar también las literatas de su tiempo como Nogarola y Fedele.

¿Cuáles eran las consecuencias veladas de la visibilidad de estas escritoras y literatas? Las ciudades veneraban a estas mujeres sabias, presumían de ellas, promovían sus palabras públicas y en algún caso políticas, aspecto muy relevante, pero a la vez las circunscribían en su excepcionalidad, pidiéndoles que renunciassen a las características comunes con las demás mujeres, asumiendo modos y costumbres ejemplares. Esta notoriedad asociaba indisolublemente su virtud con las obras de ingenio y no permitía excepciones al modelo.

ESCRITURAS DEL PODER Y LOS INICIOS EN LA IMPRENTA

Por fuera de la elite de los estudios y mucho más involucradas dentro de las experiencias políticas, numerosas mujeres de poder que, en Italia o en otros sitios, en el siglo XV gobernaron grandes y pequeños feudos, señoríos o castillos y que a menudo durante las múltiples guerras debieron incluso ponerse a la cabeza de ejércitos o defender las propiedades, usaron la pluma con frecuencia para tratar materias políticas y diplomáticas, más que para permanecer en contacto con maridos e hijos. Las correspondencias de algunas de ellas revelan ambiciones de poder, sabias mediaciones y estrategias, con frecuencia acompañadas de un estilo brillante y comunicativo, capaz de transmitir sentimientos, pero asimismo una firme voluntad: testimonio por tanto de escrituras de gobierno y de competencias políticas adquiridas que reflejan la particular posición de algunas mujeres de la aristocracia en el siglo XV. Un ejemplo de esas escrituras de poder puede hallarse en la correspondencia de puño y letra de Bianca Maria Visconti al marido, Francesco Sforza. Adviértase el tono de un fragmento de la carta del 7 de agosto de 1452 donde abordaba la cuestión de la posible alianza con el soberano francés:

Maestro Gasparo llegó aquí esta tarde, aproximadamente a las dos, con las cartas

credenciales de V.S. en las cuales me dice que el rey de Francia, según manifiesta su embajador, enviará pleno mandato para hacerse nuestro aliado. Al respecto me encuentro en buena disposición y contenta de que semejante señor sea nuestro aliado, mas si pudiese haber razones para vetar algún arreglo de parentesco que pudiésemos alcanzar con él, le ruego a V.S. quiera interceder para impedir las con el objeto de alcanzar el mejor fin. (43)

La correspondencia de Margaret Mautby (1423-1484) es testimonio de cuántos aspectos y de cuántas responsabilidades debía llevar sobre sus hombros una mujer que se encontrase gobernando las propiedades familiares –el castillo de Caister en el condado de Norfolk– y defendiéndolas de las voraces ambiciones de los poderosos duques mientras tenía lugar la Guerra de las Dos Rosas, y el marido, John Paston, se hallaba ocupado con su actividad de abogado en Londres. Margaret ha dejado la más abundante colección de cartas femeninas del siglo: más de ciento siete cartas en un corpus en el cual están presentes otras escribientes. (44) Para esta mujer, la pluma se convirtió en el instrumento principal para desarrollar y extender su acción de defensa armada del territorio, mucho más allá de las relaciones con el cónyuge y los hijos. ¿Escribió ella misma esa enorme cantidad de cartas? El carácter autógrafo de estas ha sido puesto en duda por los estudiosos a causa de una grafía que se despliega con seguridad, precisión y buen alineamiento en las hojas, trasluciendo un prejuicio pertinaz sobre la incompetencia femenina, aunque no existan indicios en un sentido ni en el otro; sin embargo, contamos con pruebas que indican que no era analfabeta, que poseía libros y variados conocimientos. Comoquiera que sea, el tono de sus cartas en que exhibe una notable capacidad de decisión concerniente a los asuntos domésticos, incluido el manejo de los matrimonios de los hijos, dirigido como un verdadero jefe de familia, el uso de la primera persona y de un estilo muy coloquial, donde aparecen proverbios y modos de decir, permite, incluso en el eventual dictado a un escriba, atribuir a Margaret la plena autoría de la correspondencia. La escritura por delegación, a la sazón bastante común, en especial entre los aristócratas, no socava en modo alguno la decidida expresión de voluntad y de capacidad de estos textos femeninos.

En ocasiones, la práctica escrituraria de estas mujeres de poder o de responsabilidades no se limitó a las cartas. Caterina Sforza (1463-1509), condesa de Imola y Forlì, madre de Giovanni dalle Bande Nere, se ocupó también de la alquimia y de la ciencia y durante su vida compuso un compendio de numerosos

recetarios de especiería, farmacia, medicina y perfumería, que ofrece un amplio marco de los conocimientos científicos de la época, con hasta cuatrocientas setenta y una recetas. En 1525 el conde Lucantonio Cuppano da Montefalco, capitán al servicio de Giovanni dalle Bande Nere, realizó una copia del original manuscrito y le dio el título de Experimenti de la Exellentissima Signora Caterina da Furlj madre de lo Illuxtrissimo Signor Giovanni de' Medici. (45)

A estas alturas de nuestra historia nos encontramos con otro punto de inflexión decisivo: el nacimiento de la imprenta de tipos móviles. Acerca del papel crucial de la imprenta en la promoción de la intelectualidad femenina, en la divulgación de las obras de las escritoras y, además, en la expansión de las lectoras, volveremos cuando abordemos el período sucesivo, pero es oportuno recordar de inmediato que ya en los primeros años de las prensas salieron composiciones firmadas por mujeres. Los tipógrafos, ajenos a las vacilaciones de los literatos o de los moralistas respecto del acceso de las mujeres a la educación y a las carreras literarias y más bien interesados en la ampliación de compradores, no tuvieron escrúpulos en publicar obras de mujeres: desde los inicios, en 1474, con Proba Falconia, escritora de la Antigüedad tardía, (46) hasta autoras italianas de textos religiosos como Catalina de Siena o la contemporánea y admirada Caterina de' Vigri, ambas publicadas alrededor de 1475 (47) y profusamente reimpresas, desde Brígida de Suecia con la editio princeps de 1475 (48) hasta las impresiones de humanistas y dramaturgas vivas, como se ha visto en el caso de Cassandra Fedele.

Hubo asimismo casos de particulares, precoces y prolongados éxitos de una autora, surgidos en especial por el interés del público lector hacia una literatura de entretenimiento y a la vez de devoción en lengua vulgar: los textos de Antonia Tanini Pulci (1452-1501), una mujer de extracción burguesa, esposa de Bernardo, poeta y dramaturgo inserto en el círculo florentino de Lorenzo de Médici, hicieron que se conociera y circulara un corpus de leyendas sagradas de tono popular y fantástico, destinadas a la lectura o a la representación pública también para el uso de las cofradías. Se trataba de opúsculos de seis u ocho hojas vendidos a un precio bajo, de los cuales los más valorados en su tiempo fueron la representación de Santa Domitila y la de Santa Guglielma. (49)

El dato más relevante, y que una vez más nos permite hacer ingresar en escena al dinero en relación con la escritura, es que Antonia hizo de su producción, donde siempre incorporaba su firma —“compuesta por dama Antonia, mujer de Bernardo Pulci”—, una fuente de ganancias y ello le permitió además remediar

las desastrosas finanzas de la familia del esposo. (50) Por otra parte, no fue un éxito pasajero, sino que la fortuna de sus representaciones se extendió más allá de mediados del siglo XVI.

Dirijamos ahora la mirada también fuera de Italia, donde encontraremos otras experiencias de los primeros textos femeninos impresos. El interés que todavía entre finales del siglo XV y principios del siglo XVI suscitaba el poder carismático de las mujeres, profetisas, consejeras de los príncipes y protectoras de las ciudades permitió la publicación de la obra de Isabel de Villena (1430-1490), considerada la primera escritora española en alcanzar fama y vasto reconocimiento. Hija natural del marqués Enrique de Villena y Vega, fue introducida en la corte y recibió una educación aristocrática; luego ingresó en el convento de la Santísima Trinidad de las clarisas, fundado en Valencia por la reina María, esposa de Alfonso el Magnánimo de Aragón, donde fue abadesa hasta su fallecimiento. Cultivó el estudio y escribió varios tratados, de los cuales sobrevive la *Vita Christi*, una obra que coloca en el centro de la escena a las mujeres que rodearon a Jesús, retratadas en su cotidianidad y en sus sentimientos, retomando incluso temas de la literatura profana y amorosa, en una empresa de redefinición y valorización de la imagen femenina y de su dignidad. Pensada para un público sobre todo de lectoras, se inscribía con autoridad en la *querelle des femmes* y se considera una de las obras mayores de los inicios del siglo de oro valenciano. Fue publicada en 1497 por la abadesa que la sucedió, sor Aldonça de Montsoriu, con una traducción al catalán. (51)

■

15. Christine de Pizan, *La Città delle Dame*, al cuidado de Patrizia Caraffi, edición de Earl Jeffrey Richards, Milán-Trento, Luni, 1998, pp. 150-153.

16. Vittorio Formentin, “Scritture femminili veneziane nel Medioevo”, en *Atti e Memorie dell’accademia Galileiana di Scienze, Lettere ed Arti in Padova*, 127, III, 2014-2015, pp. 69-75.

17. John W. Bradley, *A Dictionary of Miniaturists, Illuminators, Calligraphers*,

and Copyists, Londres, Bernard Quaritch, 1888, vol. II, p. 20.

18. Giordana Mariani Canova, “La miniatura veneta del Trecento tra Padova e Venezia”, en Mauro Lucco (ed.), *La pittura nel Veneto. Il Trecento*, Milán, Electa, 1992, vol. II, pp. 383-408.

19. Alfredo Stussi, “Una lettera in volgare veronese del 1326”, en *L’Italia dialettale*, LVII, 1994, pp. 1-8.

20. Giovanna Murano, *Copisti a Bologna (1265-1270)*, Brepols, Turnhout, 2006, p. 35; se citan, en las páginas siguientes, muchas otras mujeres copistas.

21. Elisabeth von Schönau, *Liber viarum Dei*, citado en Maria Burger, *Teologia, visione e profezia. Ildegarda di Bingen e altre donne teologhe*, vol. 3: *Il mondo delle scuole monastiche: XII secolo*, Roma-Milán, Città nuova-Jaca Book, 2010, p. 329.

22. Dhuoda de Gasuña, *Educare nel medioevo. Per la formazione di mio figlio. Manuale*, al cuidado de Inos Biffi, Milán, Jaca Book, 1997.

23. British Library, Add ms. 11390, Jacob van Maerlant, *Der naturen bloeme*, pergamino, circa 1300-1325, f. 94v.

24. Marie de France, *I Lais*, al cuidado de Luciana Cocito, Milán, Jaca Book, 1993, p. 71 [ed. esp.: *Los lais de María de Francia*, trad. de Ana María Valero de Holzbacher, Madrid, Espasa-Calpe, 1978].

25. Para el Lamento della sposa padovana y Compiuta Donzella, cfr. Gianfranco Contini (ed.), Poeti del Duecento, Milán-Nápoles, Ricciardi, 1960, vol. i, pp. 803-809, pp. 433-438.

26. Jacques Lacarrière, Les Évangiles des quenouilles, París, P. Jannet, 1855, vol. i, p. 16 [ed. esp.: Evangelios de las ruecas, Barcelona, José J. de Olañeta, 2001].

27. Armando Petrucci, Scrivere lettere. Una storia plurimillenaria, Laterza, Roma-Bari, 2008, p. 60 [ed. esp.: Escribir cartas. Una historia milenaria, Buenos Aires, Ampersand, 2018, p. 74].

28. Ibid., p. 73.

29. Francesco Datini, Le lettere di Francesco Datini alla moglie Margherita (1385-1410), al cuidado de Elena Cecchi; presentación de Franco Cardini, Prato, Società di Storia patria, 1990, carta del 23 de febrero de 1385, p. 34.

* Por lo general, después de una escolarización elemental para aprender a leer y escribir en latín y en lengua vulgar, se podía continuar la educación en escuelas de aritmética práctica (llamadas de ábaco), como preparación para el desarrollo de actividades mercantiles, comerciales y artísticas; o de gramática, para profundizar en el latín, las letras, la retórica y la lógica [N. de T.].

30. Diana Toccafondi y Gianni Cascone (eds.), Per la tua Margherita. Scrittura della distanza, lettere di una donna del Trecento al marito mercante. 32 lettere

scelte di Margherita a Francesco Datini, Prato, Comune-Archivio di Stato-Provincia, 2001, pp. 16-17 y 81.

31. Luisa Miglio, *Governare l'alfabeto. Donne, scrittura e libri nel Medioevo*, Roma, Viella, 2008, pp. 51-52.

32. Escrituras referidas con reproducciones en Vittorio Formentin, "Scritture femminili veneziane nel Medioevo", op. cit., pp. 87-98, y Linda Guzzetti, "Donne e scrittura a Venezia nel tardo Trecento", *Archivio veneto*, 5, 152, 187, 1999, pp. 5-32.

33. Tiziana Plebani, "Scritture di donne nel Rinascimento italiano", en Gino Belloni y Riccardo Drusi (eds.), *Il Rinascimento italiano e l'Europa*, vol. II: *Umanesimo ed educazione*, Costabissara (VI)-Treviso, Fondazione Cassamarca-Angelo Colla, 2007, pp. 255-258. El testamento de Dionora Contarini se conserva en Venecia, *Archivio di Stato, Notarile, Testamenti*, sobre 670, ficha nº 28 y fue publicado por Antonella Sattin, "Ricerche sul veneziano del sec. XV (con edizione di testi)", en *L'Italia dialettale*, s/n, XLIX, XXVI, 1986, pp. 36-39.

34. Tiziana Plebani, "Scritture di donne nel Rinascimento italiano", op. cit., pp. 257-258.

35. Fragmento de Catalina de Siena, *Vestitevi di sangue. Lettere ai fedeli*, al cuidado de Manuela Colombo, Milán, Rosellina Archinto, 1991, pp. 163-164, carta al hermano Raimondo da Capua.

36. Christine de Pizan, *Le livre de la mutacion de fortune*, bajo la dirección de Suzanne Solente, París, A. & J. Picard, 1959, 1, v. 455, p. 22.

37. Christine de Pizan, *Le livre de trois vertus*, citado en Jacqueline Cerquiglini-Toulet, “Christine de Pizan. Dalla conocchia alla penna”, en Patrizia Caraffi (ed.), *Christine de Pizan. Una città per sé*, Roma, Carocci, 2003, p. 77.

38. Christine de Pizan, *Le livre de trois vertus à l’enseignement des dames*, bajo la dirección de Charity Cannon Willard, París, Champion, 1989, p. 225.

39. Cassandra Fedele, *Orazioni ed epistole*, al cuidado de Antonino Fedele, Padua, Il Poligrafo, 2010, p. 71.

40. La *Oratio pro Bertucio Lamberto*, una recopilación de sus discursos acompañada de elogios y rimas dedicados a ella se imprimió en Venecia en 1488, el año siguiente en Núremberg y en 1494 en Módena, cfr. “Fidelis, Cassandra”, en *Incunabula Short Title Catalogue (ISTC)* on line: if00163000, if00164000, if00165000; el último discurso recordado, ya nonagenaria, para la llegada de la reina de Polonia, Bona Sforza.

41. Margaret King, “Petrarca, le prime scrittrici umaniste e la coscienza dell’io”, en Valeria Finucci (ed.), *Petrarca. Canoni, esemplarità*, Roma, Bulzoni, 2006, pp. 283-284. Muchas son las copias manuscritas de las obras de Nogarola: Isotta Nogarola, *Opera quae supersunt omnia. Accedunt Angelae et Zeneverae Nogarolae epistolae et carmina*, Eugenius Abel (edición y prefacio), Viena-Budapest, Gerold et Socios, 1886.

42. Laura Cereta, *Laurae Ceretae Brixienae Feminae Clarissimae Epistolae*, al cuidado de Jacopo Filippo Tomasini, Padua, Typis Sebastiani Sardi, 1640.

43. Nadia Covini, “Tra cure domestiche, sentimenti e politica. La corrispondenza di Bianca Maria Visconti duchessa di Milano (1450-1468)”, en *Reti Medievali Rivista*, x, 2009, 2, p. 30, en: http://www.rm.unina.it/rivista/dwnl/saggi_covini_09.pdf (último acceso en febrero de 2022). Las cartas se conservan en el Archivio di Stato di Milano, Sforzesco, Potenze sovrane.

44. Para la correspondencia más general: Norman Davis (ed.), *Paston Letters and Papers of the Fifteenth Century*, Oxford, Clarendon Press, 1971-1976.

45. El historiador Pier Desiderio Pasolini lo publicó completo como apéndice a la monografía dedicada a ella en tres volúmenes: Pier Desiderio Pasolini, *Caterina Sforza*, Roma, Loescher, 1893.

46. Autora de la Edad clásica tardía de *Carmina, sive Centones Vergilii*, publicado en Basilea en torno a 1474, ISTC ip00984000.

47. Ambas editadas por primera vez en Bolonia por Baldassarre Azzoguidi, respectivamente con *Il libro della divina dottrina*, ISTC ic00279000, y *Le sette armi spirituali*, ISTC ic00279000.

48. La publicación de las obras de Brígida de Suecia comenzó con el primer lanzamiento de las *Orazioni* en Venecia con Filippo di Pietro, 1475-1480, ISTC ib00677000.

49. La de Santa Domitila se publicó por primera vez en Florencia en 1483; en 1490 salió un conjunto de sus composiciones en la recopilación de representaciones sacras publicada en Florencia por Antonio Miscomini.

50. Bernardo Pulci era hermano del más celebre Luigi, autor del Morgante.

51. Isabel de Villena, Vida e mort del nostre Redemptor Jesus. Vita Christi, Valencia, Lope de la Roca, 1497, ISTC iv00276100.

CAPÍTULO 2

EL LARGO RENACIMIENTO DE LAS ESCRIBIENTES

En el nombre de Dios, yo, Belleze de Agnelo Ursini de Collevocio,
hago de mano propia este papel, que me ha hecho hacer el procurador [...]
Y no miréis mucho a la ignorancia en el escribir.

Belleze Ursini (52)

EL RENACIMIENTO EN FEMENINO Y LA ALFABETIZACIÓN

¿De veras tenía razón la historiadora estadounidense Joan Kelly cuando refutaba que las mujeres hubiesen tenido un Renacimiento? Después de haber planteado la pregunta “¿Tuvieron las mujeres un Renacimiento?” (53) del título de su célebre ensayo de finales de la década de 1970 y de haber examinado las fuentes a la sazón disponibles, llegó a la conclusión con una respuesta negativa, poniendo incluso en duda la pertinencia del uso de las clásicas periodizaciones históricas para indagar la vida de las mujeres. Sin embargo, el tiempo no ha transcurrido en vano y en la actualidad poseemos muchos más datos y contamos con estudios que componen un cuadro más complejo y sugieren una respuesta distinta al famoso interrogante. La participación femenina tanto en los dominios del arte y de la música, de la política y de los asuntos de Estado, de la economía y del trabajo, de la ciencia y de la medicina, así como en los movimientos de reforma religiosa, ha sido largamente comprobada por las investigaciones más recientes. Y si observamos nuestro interés específico, o sea el acceso a la escritura, a la alfabetización, a la edición y más en general al campo literario, podemos sostener que las mujeres no solo conocieron el Renacimiento sino que contribuyeron en él de manera significativa y en una dimensión que abarcó a toda Europa, si bien con diferencias locales. Pero podríamos ir mucho más allá,

afirmando que sin el aporte de las mujeres el Renacimiento, así como lo entendemos, no habría tenido las características que le atribuimos.

Carlo Dionisotti, en páginas a esta altura famosas, expresó el resultado de la época con una eficaz imagen: “se abrieron de par en par las puertas de una sociedad literaria restringida y bien diferenciada por jerarquías”. (54) Pues bien, esta apertura de par en par de las puertas de una morada antes estrecha, donde el salvoconducto era el latín, no solo liberó a las lenguas nacionales sino más bien las celebró, permitió que pasaran y se acomodaran discretamente un grupo tan nutrido de escritoras que dejó una marca indeleble incluso en las conciencias de los literatos de la época. Ludovico Ariosto, al revisar su insigne poema para la estampa de 1532, sintió la necesidad de añadir precisamente un comentario a tal propósito, explicando que ya “muchas, abandonando la aguja y el paño, habéis ido y vais a apagar con las Musas vuestra sed en la fuente de Aganipe” (55) y, puesto que eran tantas, se encontraba obligado a renunciar a nombrarlas a todas para no ser injusto con ninguna.

Nunca antes las escritoras habían sido tan famosas y renombradas en Europa como entonces, aceptadas por el consenso literario, plenamente incorporadas en el intercambio intelectual, orgullo de las ciudades que gracias a su visibilidad obtenían motivos de prestigio cultural y político. Y no fue posible olvidarlas: mucho hablaron de ellas sus contemporáneos y es así que han llegado hasta nosotros muchas huellas, memorias, textos y ediciones.

¿Cuáles son las razones de ese evidente incremento de la escritura femenina en el campo literario y cuáles los motivos de ese éxito duradero? En orden a buscar una respuesta acaso no debemos dirigir nuestra atención exclusivamente hacia las escritoras, sino abrir el foco y observar lo que estaba sucediendo de forma más general en el campo de la alfabetización y de las escribientes, imaginando por tanto la existencia de dos vasos comunicantes y de una dinámica correlativa: mientras más crecía la familiaridad con la lectura y la escritura, su significancia como prácticas sociales ligadas a las necesidades y a los usos de los intercambios cotidianos, en otras palabras, mientras más mujeres aprendían a escribir, más se estimulaba el empleo de la escritura incluso para fines creativos. Además, los recipientes de los dos vasos comunicantes, que en el pasado tenían dimensiones bastante modestas, desde el siglo XVI comenzaron a expandirse, se hicieron contenedores de prácticas variadas y expresiones de una multiplicidad de sujetos femeninos.

Por otra parte, si ya hemos subrayado la estrecha correlación del alfabetismo, la escritura y la producción literaria de las mujeres con el nacimiento de las lenguas maternas, el vínculo en este período se reforzaba aún más a causa de la plena consolidación de las lenguas nacionales en todos los ámbitos de la comunicación. Una legitimidad que en algunos países, y especialmente en Italia, tuvo una particular relevancia en virtud de la ausencia de un Estado unitario, de la fragmentación lingüística y del carácter elitista del humanismo latino y griego.

En este contexto irrumpía la “cultura tipográfica” como potente factor de cambio, estableciendo una relación singularmente fecunda y de recíproca utilidad con el desarrollo de la alfabetización. Y en efecto esta es otra de las etapas decisivas de nuestra historia.

La legitimación de la lengua vulgar, que implicaba una “democratización” de la circulación del saber y una ampliación de los géneros literarios, más que fruto de los debates entre intelectuales fue decretada por los intereses de los tipógrafos, deseosos de extender sus propios lectores al entregarles sus textos en lengua vulgar, tanto de argumento profano como religioso y devocional. Y las lectoras, a quienes el mundo de las imprentas miraba con atención, habían ido aumentando gradualmente y así orientando también la producción editorial. Las mujeres representaban, a los ojos de los impresores así como de los autores y, de manera opuesta, de los opositores a la difusión de los libros entre manos “incultas”, las principales exponentes del universo popular, confirmando una asociación asaz duradera con las necesidades, las prácticas y las modalidades expresivas de aquello que ya en la época medieval era definido con el término “pueblo”, también para la común exclusión de un proceso escolar canónico. Pero justamente la imprenta venía en socorro de los analfabetos o de los escasamente alfabetizados, al publicar instrumentos útiles para el autoaprendizaje o de ayuda para una enseñanza de base: opúsculos para aprender por sí solos a leer y escribir aparecieron ya a finales del siglo XV en Italia, como el Librito para aprender a leer, escribir y hacer cuentas, impreso en 1491 por Nicolò di Vimercate, pero asimismo en Estrasburgo y en Lyon, y en seguida se volvieron todavía más comunes y se difundieron por todas partes, dirigidos en los títulos explicativos a niños, a mayores y a las mujeres, como testimonia el Libro Maistrevole de Giovanni Antonio Tagliente. (56)

Estos ejemplos de letras del alfabeto, de sílabas y de escritura eran instrumento en manos también de las maestras, figuras muy presentes en el campo de la instrucción de los niños y sobre todo de las muchachas, como bien ejemplifican

la nota manuscrita de posesión y las “pruebas de pluma” de Angelica, hija de la “señora Anzola, maestra de escuela”, dejadas significativamente en la página de guarda de una copia del Libro nuouo d’imparare a scriuire tutte sorte lettere antiche et moderne di tutte nationi, con nuoue regole misure et essemi, de Giovanni Battista Palatino de 1540. La publicación de los manuales de escritura, que aparecieron en Europa en diferentes momentos, transformó el modo en el cual los niños y adultos aprendieron a escribir. Detrás del gesto de Angelica, el de tomar la pluma, trazar listas de letras y dejar memoria de sí, de su nombre, de su existencia, aunque traducida en esa sucinta nota y en una caligrafía elemental, se entreve la aparición en la escena de la escritura de un número creciente de sujetos “libres de escribir”, conforme a la bella definición de Armando Petrucci, (57) de la cual las mujeres constituían un universo emergente (cfr. fig. 6).

questo libro sie dimi anselica filiola
 de madona anzola majera dascola
 da in parare adegre & acuire easce
 La abce d d e f f f g g h h i k l m
 o o o p p q q r r s s s t t t u u x x x y y
 z z z
 Hilber & moi filij carari d'ia

5/5154
 6462



questo libro sie dimi anselica filiola
 de madona

PAVLVS PAPA III.

VNIVERSIS, & singulis, quibus hae nostra litera exhibentur, Sa-
 lutem, & apostolicam ben. Cum sicut dilectus filius Ioannes Baptista Palatinus Ci-
 uis Romanus nobis exponi fecit, ipse libellum suum artis scribendi omnia genera cara-
 sterum antiquorum, & modernorum, & omnium nationum, nouis cum regulis,
 mensuris, & exemplis, vna cum quodam tractatu Cistiarum, quas appellant, quem
 composuit ad publicam omnium commoditatem propediem Typis excudi facere inteno-
 dat, timeatq; ne alij lucrum ex alieno labore quarentes sumpto inde exemplo eundem
 libellum in detrimentum eius imprimant, & propterea nobis humiliter supplicari fe-
 cerit, vt eius indemnitati super hoc opportune providere de benignitate apostolica
 dignaremur. Nos honestis ipsius Ioannis Baptiste precibus inclinati, omnibus, &
 singulis per vniuersam Christianitatem constitutis, sub excommunicationis lata sen-
 tentie, in nostro autem, & S. R. E. statu temporalis existentibus, etiam sub am-
 fionis librorum, necnon Centum Ducatorum auri de Camera pro vna fisco nostro, &
 altera medietatibus eidem Ioanni Baptiste applicandorum parna inhibemus ne intra
 Decem annos futuros dictum libellum sine ipsius Ioannis Baptiste, aut eius here-
 dum, & successorum consensu imprimere, vel imprimi facere, vel vendere, aut
 venalem habere quoquo modo audeant, vel praesomant. Mandantes vniuersis locos-
 rum ordinarijs, & eiusdem status nostri temporalibus officialibus, vt praesentes nos-
 tras literas eidem Ioanni Baptiste iuris, & facti remedij opportunis obseruari fas-
 ciant, & curent, & contra eas non obseruantes iuxta eorum tenorem proces-
 sant. Constitutionibus, & ordinaticibus apostolicis, ceterisque con-
 trarijs non obstantibus quibuscumq. Datum Romae apud san-
 ctum Marcum sub Annulo Piscatoris, Die XVI,
 Augusti, M. D. XXXX.
 Pontificatus nostri Anno Sexto,

Blosius. pauli

Anchora con Privilegio de lo ILLVSTRISSIMO SENATO
 VENETO, che per Anni Dieci neffimo ardisca imprimirlo in essa
 inclita Città, ne per tutto lo Stato suo, ne altrove impresso vi si
 possi condurre, ò vendere, sotto la pena, che
 nel Privilegio si contiene.

A ii

anchora

Figura 6. Las pruebas de pluma de Angelica.

En esta copia del volumen de Giovanni Battista Palatino, Libro nuouo d'imparare a scriuere, impreso en Roma, para Baldassarre, hijo del perusino Francesco Cartolari, el día 12 de agosto de 1540, Angelica, veneciana como se desprende de su nota, en una cursiva inclinada y poco correcta, se ejercitó en la escritura de las letras del alfabeto, tal vez supervisada por su madre Angela (Anzola) maestra de escuela de muchachas, visto que enseñaba, como era habitual en la instrucción femenina, a leer, coser y escribir.

Venecia, Biblioteca nazionale marciana, 10 c 132.1, apostillas manuscritas en página de guarda, verso (con permiso del Ministero per i Beni e le attività culturali – Biblioteca nazionale marciana. Prohibida su reproducción).

El testimonio más asombroso de esta alfabetización creciente es la escritura de Bellezze Ursini, una viuda de aproximadamente sesenta años, habitante de un pequeño pueblo de la campiña del Lacio, quien se las arreglaba para vivir del servicio de sanación –“Yo curo y medico todos los males”, afirmaba ella misma– y afrontaba una acusación de brujería que desembocó en un proceso judicial ocurrido entre 1527 y 1528. Torturada y forzada a admitir maleficios y actos delictivos, se la convenció de escribir una confesión, luego trascrita en un acta judicial que modificaba incluso de modo sustancial sus palabras. Sin embargo, su confesión autógrafa, redactada a lo largo de ocho apretadas páginas con una grafía donde no hay huella de cursividad, con las letras dibujadas individualmente, separadas una de otra, afortunadamente se ha conservado y fue descubierta por Pietro Trifone dentro de un expediente tocante a un conjunto de procesos criminales en el Archivio di Stato di Roma.

No obstante, lo más extraordinario todavía es que Bellezze, al narrar los modos a través de los cuales había aprendido y enseñado el arte de convertirse en “hechicera”, parangonaba esa experiencia con el procedimiento de adquisición de la escritura: “Como quien aprende la letra se da el principio del leer y el

escribir, y luego se sigue según la inclinación de cada uno, algunos de una suerte y otros, de otra; algunos más y otros, menos”. (58) Se aprendía, algunos más, otros, menos; había quien se volvía experto y quien seguía siendo, como ella, solo capaz de trazar las palabras a duras penas. Con todo, no se puede sino concordar con el descubridor de este documento de veras excepcional: “Bellezze escribía mal, pero de todas maneras escribía” (59) (cfr. fig. 7).

En realidad, no sabemos cómo había aprendido Bellezze, así y todo sabemos que antes de que circularan los manuales de escritura impresos, podían comprarse, a los papeleros o a los vendedores ambulantes, hojas manuscritas que tenían el abecedario y ejemplos de escrituras con los cuales era posible ejercitarse copiando e imitando en un primer momento cada una de las letras, luego las sílabas, por último el trazo y la inclinación. Con vistas a agilizar tal recorrido, luego podían intervenir personas que poseían una mayor familiaridad con el alfabeto y la escritura: parientes, hermanos y vecinos de la casa guiaban a través de medios de acceso alternativos a la escuela; las jóvenes además podían ejercitarse bajo la vigilancia de maestras laicas o de monjas en los conventos.

Al nome d'io e della se de agnoscere i te c'ghe uero fa c'co
mano propria questa carta che m'ha l'la fa lo p'curatore, e
duroue l'la ha meo c'ghe che so stata e so fat' c'ghe, e la carta
no p'ghe da n'za d'hi gran male che a' fatto che meo m'ost
d'io, e meo no guardale n'la guara n'la d'io s'c'ghe.

Io no g'om' n'p'ata s'c'ghe relog' c'ghe d'ese mo v'late l'la m'ostre ja
t'ghe n'ullo yossemio d'ese n'no a chi jaramo p'ure lo v'ello d'io
come s'c'ghe e come facemio a s'c'ghe onne i'nte d'ese me e
s'c'ghe sparato e olo l'ullo m'p'are n' l'la t'ghe m'ina: una gran
v'ata d'io s'c'ghe l'la comanda t'ghe e p'rovincia e l'la p'c'ghe
p'ghe n'za s'c'ghe e p'ghe s'c'ghe s'c'ghe do s'c'ghe com'odita p'c'ghe
p'c'ghe d'io d'io castella e s'c'ghe s'c'ghe, e la mea e la v'ata e l'la
s'c'ghe e s'c'ghe p'c'ghe e s'c'ghe s'c'ghe s'c'ghe s'c'ghe s'c'ghe
e v'adagio e s'c'ghe m'ala t'ghe m'ulla s'c'ghe, e p'ghe si v'ere s'c'ghe
m'li d'io m'li p'c'ghe p'c'ghe s'c'ghe.

Deo de d'io p'c'ghe como m'ghe n'za s'c'ghe p'c'ghe
s'c'ghe n'za s'c'ghe e l'la m'li m'li m'li e l'la m'li
e l'la m'li e l'la m'li m'li s'c'ghe s'c'ghe da n'la s'c'ghe
n'la m'li n'la m'li, e l'la m'li che non b'asse v'adagio s'c'ghe
v'ia p'c'ghe lo v'adagio e m'li che m'ghe d'io s'c'ghe
che s'c'ghe m'li d'io e l'la m'li n'la p'c'ghe e l'la m'li
v'ia solo una gallina, e c'ghe s'c'ghe c'ghe s'c'ghe s'c'ghe
d'io m'li e c'ghe m'li m'li m'li e p'c'ghe m'li
al'la che p'c'ghe gallina s'c'ghe s'c'ghe e p'c'ghe m'li che
essa l'la m'li s'c'ghe s'c'ghe, e g'ghe che l'la m'li p'c'ghe
m'ghe d'io d'io la sua t'ghe e l'la s'c'ghe d'io d'io
s'c'ghe e d'io la gallina, e l'la d'io d'io v'adagio e l'la s'c'ghe
v'adagio e d'io, e l'la s'c'ghe d'io s'c'ghe s'c'ghe
e l'la d'io e l'la m'li d'io p'c'ghe l'la s'c'ghe s'c'ghe
s'c'ghe la d'io gallina p'c'ghe l'la v'adagio d'io s'c'ghe
e l'la d'io e l'la m'li d'io e l'la m'li d'io e l'la m'li d'io.

Io p'c'ghe d'io d'io a n'la s'c'ghe m'li, e l'la s'c'ghe s'c'ghe e l'la
e l'la s'c'ghe e d'io e l'la v'adagio e l'la m'li d'io e l'la m'li d'io.

Figura 7. La escritura de la “bruja” Bellezze Ursini.

La confesión de Bellezze Ursini evidencia una escritura de rasgos desarticulados, no cursiva, aunque regular y alineada.

Roma, Archivio di Stato, Tribunale del Governatore, Processi criminali del sec. XVI, vol. 6, proc. 1, fasc. n.n. en la anteportada. Imagen disponible gracias a la gentileza de Attilio Bartoli Langeli (con permiso del Ministero per i Beni e le attività culturali – Archivio di Stato di Roma).

El aumento de la capacidad de escribir, además de la capacidad de leer, de las mujeres, en el seno de una sociedad donde los códigos comunicativos orales de cualquier manera continuaban funcionando, se comprueba en la cantidad creciente de documentos redactados por manos femeninas, testamentos, cartas, libros de memorias o de contabilidad, como el que mantuvo Maddalena, una tendera romana entre 1523 y 1537, (60) que se conservan en los archivos y que demuestran una mayor confianza que antes con la pluma, a lo cual se añade que ya no era monopolio exclusivo de los estamentos urbanos sino también de los campesinos. En Piancastagnaio, un burgo de pocas almas en la alta colina de Siena, se redactaba en 1517 el inventario de bienes de la difunta doña Dorotea; amén de algunos libros tanto manuscritos como impresos, se halló asimismo un corpus escriturario de cuentas, contratos y otra documentación de su puño y letra. (61) Una habitante del poblado de Retascón, cercano a Zaragoza en España, Catalina Canero, casada con Juste Pardillos, en noviembre de 1523 entregó al notario su última voluntad redactada por ella misma en un pliego cerrado, un testamento por escrito, donde advertía que no debía abrirse antes de su muerte y sin su permiso. (62)

De esta “democratización” alfabética, lingüística y literaria, las mujeres fueron al mismo tiempo ya sea las destinatarias o las promotoras en su condición de lectoras y más aún en cuanto escribientes para usos corrientes y cotidianos, o en calidad de escritoras. El avance de las mujeres con la pluma se sostuvo por el

impulso del arte de la impresión y por los progresos de la alfabetización y de la instrucción femenina. Debemos pues evitar aislar tajantemente a las literatas de la masa de las escribientes e interpretarlas en cambio como la punta de un iceberg: el fenómeno de la floreciente literatura femenina se origina asimismo en esa dinámica de vasos comunicantes. La práctica de la escritura estaba volviéndose una experiencia más extendida que antaño y quien estaba en condiciones de registrar una venta o una compra podía sentirse estimulada a dejar una memoria, un pensamiento, una remembranza. Lo que impulsó y legitimó a las escritoras fue la mayor difusión de la escritura como práctica social, si bien con diversos resultados y con ambiciones desiguales.

Se trata de un subrayado importante y necesario a fin de conseguir delinear una historia que acerque en lugar de separar, como en general se ha hecho, las prácticas cotidianas de las literarias, buscando mirar la escritura, sobre todo para el pasado, como un terreno común y a la vez un cruce de experiencias, necesidades, deseos y expectativas variadas, distintas de acuerdo a los estamentos, las oportunidades intelectuales y en ocasiones también por la casualidad de los encuentros. Entre la escritura controlada y en rima de una mujer del estamento patricio y las notas más forzadas de una artesana se da una gran distancia de los trayectos formativos; aun cuando el medio de expresión es el mismo y el resultado gráfico es divergente, esto no quiere decir que la voluntad que las sostuvo lo fuese.

LAS ESCRITORAS QUE CONFORMARON “GRUPOS”

La difusión de la imprenta no constituyó solo un impulso para la alfabetización femenina sino que se impuso en otros planos: en las escritoras se abrió camino la conciencia del mayor estatus simbólico del nuevo modo de producir y hacer circular los textos que estaba operando profundos cambios, al proponerse como la mejor forma y la más noble para la transmisión y la tradición de las obras escritas, diferenciándose de los intercambios orales y separando circuitos altos y bajos, cultos y populares.

Aunque todavía al comienzo del siglo XVI la circulación manuscrita de sus composiciones y el envío e intercambio de rimas y cartas a través de la

correspondencia a algunas les pudiese parecer más apropiado a sus posiciones, en particular si eran aristócratas, como en el caso de Veronica Gambara, a mediados de siglo se había extinguido toda renuencia respecto de las imprentas. (63) Dado que la fama de las escritoras y el interés hacia sus obras iban en aumento en las ciudades de toda Europa, era menester decidirse a entrar en la palestra tipográfica en orden a controlar el respeto a las versiones originales, aparte de impedir sustracciones y apropiaciones indebidas. Laura Battiferri (1523-1589), en un primer momento reacia a entregar sus composiciones a las imprentas, al hacerlo en 1560 explicaba que había emprendido este paso “habiendo comprendido por personas dignas de fe, por lo cual es cosa harto segura, que algunos ya tienen una buena cantidad de obras y, tratando de conseguirlas de los demás, querían, no digo sin mi permiso sino a mis sabiendas, publicarlas”. (64)

La imprenta no solo promovió la intelectualidad de las mujeres sino que les ofreció, como a todos aquellos que quisieran consolidarse en el campo literario en lengua vulgar, una vasta gama de instrumentos indispensables para un mejor dominio de la lengua, léxicos, diccionarios y poemarios, realizando además un amplio proceso de normalización e integración de la lengua, con extensas repercusiones en el plano ortográfico, fonético y morfológico, si bien ello sin dudas fue limitando y uniformando la “libertad” de la escritura y sus modelos.

Pese a la existencia de preocupaciones y hostilidades en cuanto al ejercicio literario y doctrinal por parte de las mujeres, de cualquier modo la cultura de las elites funcionó de ulterior incentivo al ingreso de las escritoras en los ambientes intelectuales gracias a la promoción cultural y al impulso educativo inherente a los valores del humanismo, al influyente papel incluso a nivel político de muchas damas en las cortes de la llanura padana y de Europa, además de la relevancia del poder carismático y espiritual femenino.

Con todo, aún era necesario poseer la clave de acceso a los circuitos de patronato literario y las escritoras encontraron extraordinarios aliados tanto en Pietro Bembo, artífice de la reforma de la lengua, tutor del estilo y en contacto con muchas de ellas, como en el petrarquismo. La cultura colocaba en el centro de la reflexión al amor como experiencia universal y a la vez íntimamente individual, también por sus implicaciones neoplatónicas y éticas, y se nutría de la lección de Petrarca. El intercambio con las mujeres, legitimadas a hablar de amor por experiencia, estaba por tanto en el corazón del debate y era motor de una producción literaria que abrazaba sobre todo el metro poético.

No es por casualidad entonces que la poesía haya sido el campo donde la pluma femenina virtió más tinta y en el cual fue más premiada por la fortuna de las imprentas; no se trataba, empero, de simple imitación y reverencia a la moda literaria. El modelo petrarquesco fue un instrumento utilizado por las mujeres con el fin de abrirse paso y apropiarse de un repertorio que aún debía tomar forma y con el fin de activar procesos de autodefinición. Muchas investigaciones han puesto en evidencia una radical relectura del petrarquismo “en femenino”, durante mucho tiempo considerado un terreno fácil y poco innovador: el petrarquismo de las mujeres operó en cambio una “reescritura” o una sutil puesta en discusión del canon que extendía sus límites para expresar una subjetividad diversa.

El éxito de la elección nos lleva a que volvamos a subrayar el nexo entre la escritura y la sociabilidad, entre las prácticas sociales y la producción literaria. Por mucho tiempo se ha mirado a las escritoras como excepciones, como valiosas rarezas, aislándolas del contexto y sustrayendo su espesor existencial y cultural, mientras que cada vez más las investigaciones destacan la crucial trama de relaciones, de comunidades reales y virtuales que frecuentemente surgían del ambiente local y conectaban mundos distantes. La lírica del siglo XVI da fe de ello: fue, como Amedeo Quondam definió con eficacia, “una escritura con una alta tasa de socialización”. (65) Las antologías impresas de rimas eran en efecto operaciones que apuntaban a dar visibilidad a las redes y a los circuitos intelectuales; también los volúmenes de autores o autoras individuales incluían composiciones de otros y de otras de elogio, saludo, respuesta, con frecuencia en un juego de diálogo consistente. (66) Las dedicatorias confirmaban luego esa sociabilidad que salía a la luz haciendo del petrarquismo la connotación compartida que se exhibía incluso en los retratos: Laura Battiferri (67) se había hecho pintar por Bronzino con el pequeño libro de Petrarca entre las manos, así como muchos otros contemporáneos suyos, tanto hombres como mujeres.

Esos circuitos establecían el conquistado estatus de escritora para las laicas, autoras de género profano, y, si inicialmente se advierte la prevalencia del componente de clase aristocrática, como en los casos de la bresciana Veronica Gambara (1485-1551), señora de Correggio, o de la romana Vittoria Colonna (1490-1547), marquesa de Pescara, o hasta de la bresciana, luego residente en Nápoles, Laura Terracina (1519-1577), a pesar de la llamativa excepción de la cortesana Tullia d’Aragona (ca. 1510-1556), quien vivió entre Florencia y Roma, ya a mediados del siglo se abrían camino asimismo burguesas como la véneta Gaspara Stampa (1523-1554), hija de un joyero; Chiara Matraini (1515-1604),

nacida en Lucca, también ella de ambiente artesano; la urbinesa pero habitante de Florencia Laura Battiferri, casada con el arquitecto Bartolomeo Ammannati, y la cortesana de Venecia Veronica Franco (1546-1591).

La afirmación y la integración de la producción lírica femenina en el patrimonio cultural se constatan por la inserción en las academias: Laura Battiferri fue miembro de la Accademia degli Intronati de Siena, Laura Terracina de la Accademia degli Incogniti de Nápoles, Gaspara Stampa de la Accademia dei Dubbiosi de Venecia y así fue para muchas otras. A Laura Terracina y a Tullia d'Aragona se les ofreció que realizasen recopilaciones poéticas de autores egregios; algunas composiciones de Vittoria Colonna, Veronica Gambara y de la veneciana Francesca Baffo (68) se incluyeron en las *Rime diverse di molti eccellentissimi autori*, impresas por Gabriele Giolito en Venecia en 1545, edición bajo el cuidado de Ludovico Domenichi que en 1559 publicaba en Lucca una antología de más de cincuenta poetas mujeres.

Puede observarse al mismo tiempo que las escritoras estaban en comunicación entre ellas y forjaron redes de apoyo y reconocimiento, acogiendo también a pintoras, actrices y personalidades que habían obtenido fama por sus méritos culturales.

¿Para quiénes escribían entonces estas mujeres? ¿A quiénes se dirigían? Indudablemente buscaban aceptación en los circuitos de la intelectualidad masculina, y a menudo, como se ha visto, lo lograban; se dirigían también a las aristócratas y procuraban su protección, pero quizá podamos entrever una conexión, si bien de forma todavía germinal, con el público de lectoras que se estaba robusteciendo y que más adelante las observaría con mayor atención e interés.

La aparición de la “florecente literatura femenina” que aún en los tiempos de Dionisotti parecía un fenómeno que mantenía de todas maneras un carácter de excepcionalidad, hoy muestra por tanto la fuerza de los vínculos intelectuales y del particular clima cultural que estuvo en condiciones de apoyar a las escritoras bastante más y mejor que cuanto había sucedido en el siglo precedente, evitando el aislamiento y la necesidad de adoptar un estilo de vida austero al cual habían debido adaptarse las humanistas del siglo XV.

Otro riesgo que debe evitarse es, por otra parte, el de dejarse encandilar demasiado por la dimensión plural y colectiva de la intelectualidad femenina,

que ciertamente engeguació a los contemporáneos y, a continuación, a los estudiosos, y que Dionisotti eficazmente representó con su imagen “mujeres que conforman grupos”: la riqueza cuantitativa no debe oscurecer la variedad de sus recorridos literarios; a pesar de reunirse ciertamente en la compartida referencia petrarquesca, los recorridos personales eran diferentes, difícilmente superponibles o comparables. La experiencia de Laura Terracina, que recurrió a la imprenta también para obtener de ella ganancias materiales, podría asimilarse por el precoz éxito editorial a Tullia d’Aragona, ambas definidas por Virginia Cox como “una auténtica creación de la imprenta”, (69) y ambas alejadas de un modelo aristocrático; no obstante, tuvieron vidas muy distintas: mucho más movida, inquieta y no siempre suficientemente protegida de su fama de literata fue la de la cortesana Tullia respecto a la vida de la poeta napolitana.

RENACIMIENTO POÉTICO FEMENINO MÁS ALLÁ DE LOS ALPES

Si bien esta irrupción de las mujeres en el campo editorial, iniciada en 1538 por la publicación en Parma de las rimas de Vittoria Colonna y que se prolongó más allá del fin del siglo XVI, fue un fenómeno peculiarmente italiano y ya reconocido como tal en su momento –se censaron doscientas catorce italianas cuyos textos se dieron a la estampa entre 1500 y 1600–, (70) el impacto de esta nueva subjetividad y autoría literaria se irradió con fuerza también por fuera de los límites de Italia. El ejemplo italiano consiguió seguidores que favorecieron la expresión de la intelectualidad femenina allí donde se recrearon las mismas condiciones, a despecho del contexto geográfico diferente, o sea la existencia de una sociabilidad mixta incluso en las academias, la atención de los tipógrafos hacia un público de lectoras y el debate en torno al amor y al petrarquismo.

Es el caso de Lyon que, además de ser una ciudad mercantil caracterizada por una floreciente industria editorial, contaba con una considerable comunidad de italianos residentes, entre quienes se hallaba el arzobispo Ippolito d’Este y algunos importantes mecenas, y una consiguiente circulación de libros e ideas que atravesaban las fronteras. En las décadas de 1530 a 1560, Lyon muestra la decidida operatividad de un ambiente favorable a la autoría de las mujeres por medio de la convergencia de intereses e ideales de editores, impresores, círculos de humanistas, salones, academias y escritoras. En ese contexto, en el cual

comenzaron a publicarse hasta obras italianas, el petrarquismo conoció un rápido florecimiento, aumentado también por el presunto descubrimiento de la tumba de la Laura amada por el poeta, que Maurice Scève creyó haber identificado en Avignon en 1533. En 1545, el mismo impresor lionés publicaba tanto las obras de Petrarca cuanto las rimas de Pernette Du Guillet (1518/20-1545) que por ende se asociaron a la fama y tradición ya sea del célebre italiano, ya sea de la mujer a quien él cantaba. Pero a diferencia de Laura, Pernette tenía una pluma.

En un lapso de pocos años, en Lyon se publicaron así muchas obras de mujeres, en especial por parte de algunos tipógrafos que se volvieron reconocibles por esta inclinación editorial. Ese contexto mostraba interés por la efervescencia de la intelectualidad femenina italiana, hasta tal punto que en la carta dedicatoria dirigida a las damas lionesas antepuesta a la obra de Pernette Du Guillet, el poeta Antoine Du Moulin las incitaba a “participar de la gran e inmortal fama que las damas italianas hoy han conquistado”. (71) En las rimas de Du Guillet, imbuidas de neoplatonismo, el tema del conocimiento que aclara la noche oscura y permite un renacer a través de la iluminación amorosa se reafirma constantemente, relanzado luego por la coterránea Louise Labé (ca. 1524-1566), (72) cuyas obras reunidas salieron en 1555. La poeta, bautizada como la *nouvelle Sappho lyonnaise*, anteponía en sus composiciones un texto introductorio bastante osado, que podríamos incluir en los escritos protofeministas. El comienzo dedicado a la amiga Clémence de Bourges, dama noble de Lyon, era explícito:

El momento ha llegado, Mademoiselle, en el cual las rígidas leyes de los hombres ya no impedirán a las mujeres dedicarse a las ciencias y a las disciplinas; me parece que quien es capaz de ello debería emplearse en esta honorable libertad, que nuestro sexo tanto ha deseado desde hace mucho tiempo, estudiando estos temas y demostrando a los hombres el mal que nos han causado al privarnos de los beneficios y del honor que habríamos podido obtener. (73)

Continuaba rogando a las mujeres que elevaran el propio espíritu por encima de los quehaceres domésticos, explicando que respecto de otros pasatiempos el estudio procuraba un placer que dejaba en el ánimo un “*contentement de soi*” [‘autosatisfacción’], por ende, una complacencia y al mismo tiempo una

conciencia de sí no efímera. Antes de seguir en la lectura de la peroración de Louise acerca de la obra intelectual en relación con la propia subjetividad, debe señalarse pues una bella palabra asociada a la escritura femenina: “placer”, y es una clave valiosa para nuestra historia. Los bellos vestidos y las joyas no podían compararse con “el honor que la ciencia nos procurará” y que en orden a los bienes donados “será enteramente nuestro”. Tras esta premisa, Louise Labé lanzaba su desafío, incorporándose plenamente en la querelle des femmes: afirmaba, en efecto, que no en belleza sino en ciencia y virtud las mujeres podían superar o igualar a los hombres.

A mediados de siglo también en París encontramos el mismo particular terreno fértil capaz de sostener las ambiciones literarias de algunas mujeres y donde la sociabilidad tenía un peso relevante: el salon del matrimonio Morel, considerado el primero que inauguró la famosa temporada de los salones literarios parisinos, promovió la publicación de las composiciones de Antoinette de Loynes (1505-1567), casada con Jean de Morel, mientras que Madeleine (1520-1587) y Catherine (1542-1587) Des Roches, (74) respectivamente madre e hija, estuvieron en el centro de un círculo literario en Poitiers en la segunda mitad del siglo.

Al igual que en Italia, la presencia en Francia de mujeres en el poder contribuyó a sostener la intelectualidad femenina, cuya promoción asumieron y de la cual fueron asimismo sus intérpretes, comenzando por Ana de Francia, señora de Beaujeau, regente en sustitución de su hermano Carlos VIII desde 1483 hasta 1491, seguida por Ana de Bretaña, reina de Francia hasta 1514, y por Luisa de Saboya que ascendió al trono de Francia por su hijo Francisco I, tanto en 1515 como entre 1525 y 1526 y por su hija Margarita de Angulema, reina de Navarra desde 1527 hasta 1549. Ana de Francia publicó en 1521 un texto compuesto sin embargo más de veinte años antes y dedicado a su hija Susana, *Les enseignements d’Anne de France, duchesse de Bourbonnais et d’Auvergne*: un manual de comportamiento donde emerge la necesidad de vigilar atentamente el propio cuerpo y los propios estados de ánimo para no incurrir en las trampas seductivas de los hombres, venciendo en la batalla entre los géneros y manteniendo intacto el honor. Compuso asimismo una obra histórica, *Histoire du siège de Brest* (‘Historia del asedio de Brest’), reinterpretación de la Guerra de los Cien Años y reescritura de la obra de Antoine de La Sale. (75) Sin duda, mucho más renombrada como escritora fue Margarita, reina de Navarra, quien, en su *Heptamerón*, una recopilación de setenta y dos nouvelles publicada póstumamente en París en 1558, siguiendo el modelo del Decamerón de

Boccaccio, aunque en marco lúdico, lanzaba una mirada sobre la realidad de su época y el estado de las relaciones entre los géneros. Volveremos a Margarita de Navarra cuando nos ocupemos de las conexiones entre las literatas y la Reforma.

La antología de las escrituras de mujeres muestra en Europa altos y bajos que dependen de las condiciones histórico-culturales de los diferentes contextos. Si la luz de la intelectualidad femenina que llegaba a la imprenta se encendió en la primera mitad del siglo XVI en Italia y en Francia, permaneció todavía en las sombras en otros países, entre los cuales estaba incluso Inglaterra, situación que daría un vuelco decisivo en el siglo siguiente, pero que ya muestra un incremento en la segunda mitad del siglo. Merece señalar la aparición, en 1550, del primer libro inglés de una autora con la publicación del *Hecatodistichon*, (76) una copiosa selección de dísticos latinos compuestos por las cultas y aristocráticas hermanas Anne, Margaret y Jane Seymour, a las precoces edades de doce, diez y nueve años, tras el fallecimiento de Margarita de Angulema. Hijas de Anne Stanhope y de Edward Seymour, primer duque de Somerset, habían recibido una refinada educación humanística, como preparación para cumplir con el papel de princesas o consortes de príncipes, que conllevaba el dominio del griego y del latín. La obra es acogida de inmediato en Francia y allí traducida significativamente al año siguiente por Antoinette de Loynes, con el título *La tumba de Margarita de Valois*, reina de Navarra, donde además se incluían otras composiciones, entre las cuales había algunas de la propia poeta parisina.

ESCRITURAS, ¿SOLO DE AMOR?

La lírica de amor de modelo petrarquesco fue entonces la cabeza de ariete de la intelectualidad femenina, que se sirvió de él para emprender también otros caminos y experimentar una amplia variedad de tipologías textuales. Una de estas fue la poesía de ocasión, compuesta cuando moría alguna personalidad de la época, como la antes mencionada para la reina de Navarra. Otro caso concierne a la recopilación que salió en Venecia en 1561 en honor a la culta joven Irene di Spilimbergo, precozmente desaparecida. En ella contribuyó un cuantioso número de escritoras: Virginia Martini Salvi, Bianca Aurora d'Este, Cassandra Giovia, Diamante Dolfi, Lucia Albani Avogadro, Dianora

Sanseverina, Hippolita Gonzaga, Laura Battiferri y Laura Terracina. (77)

No obstante, las escritoras supieron expresar otras voces y argumentos, tomando la palabra en el campo político ya sea para representar las dolorosas consecuencias de las guerras, ya sea para reclamar la paz. Girolama Corsi, toscana de origen pero residente en Véneto, hacía oír su indignación por la entrada de Carlos VIII en Italia y la ocupación de Florencia en el soneto *Pro rege Franciae in Tuscia*, como hizo Camilla Scarampa, a quien le tocó presenciar la muerte de su marido. En efecto, escribía en 1498:

Mísera Italia, hasta el cielo te amenaza / una voz me recita en el oído / si tu antigua virtud no despiertas / que cada pompa tuya se deshaga. / Aún no te has soltado de los brazos / de unos bárbaros, que ya otros se preparan [...] / presa has sido de estos perros rabiosos, / que van rasgando tus bellos trofeos.

Vittoria Colonna escribió un lamento por el resultado de la batalla de Rávena, en que su padre y su marido fueron capturados. Veronica Gambara, durante su regencia en Correggio luego de la muerte de su marido, destinó varios sonetos al emperador Carlos V; en uno de ellos en particular, *Vencer los corazones más sabios y los reyes más excelsos*, al día siguiente del Tratado de Madrid de 1526 firmado con Francisco I, peroraba por la paz universal. Chiara Matraini, oriunda de Lucca, compuso la *Oración del arte de la guerra* para elogiar la tarea de defensa de la patria. (78) Algunas poetas sienesas, entre ellas Aurelia Petrucci, Virginia Martini Salvi y Laudomia Forteguerri, que escribió también las primeras composiciones lésbicas, (79) a mediados de siglo expresaron su amor patrio contra los invasores y entraron directamente en la contienda política al tomar partido por los franceses o por el emperador.

Experimentaron asimismo otros géneros distintos: Tullia d'Aragona acometió la reversificación en octavos del insigne romance caballeresco de Andrea da Barberino, *Guerrin Meschino*, expurgándolo de todos los pasajes donde se ultrajaba el honor femenino, en una edición publicada en 1560; algunos años antes, en 1547, había salido su *Diálogo sobre la infinidad del amor*, donde mantenía un coloquio filosófico acerca del amor con Benedetto Varchi, rehabilitando al cuerpo que, unido con la razón, sabía ir hacia un amor honesto

tanto en los hombres cuanto en las mujeres, provistas de iguales facultades intelectuales. Laura Terracina, amiga de Dianora Sanseverino, hija del príncipe de Bisignano, quien había editado en 1545 una recreación del lamento de Bradamante, en 1549 sacaba con gran éxito, y nueve reimpresiones sucesivas, el Discurso sobre todos los primeros cantos de Orlando Furioso, acompañado de ilustraciones. (80)

En Lyon, Hélienne de Crenne, seudónimo de la literata francesa Marguerite Briet (1510-1552), se dedicó a la prosa y, particularmente, a la novela sentimental, de entre las cuales la más conocida es *Las angustias dolorosas* que provienen de los amores, que retomaba la *Elegía de Madonna Fiammetta* de Boccaccio, publicada en 1538 y que conoció una docena de reimpresiones. La paduana Giulia Bigolina (1518-ca.1569) compuso algunas nouvelles y la novela *Urania*, que no obstante circuló solo en forma manuscrita. (81) Beatriz Bernal (1501-ca.1586) fue la primera escritora española en publicar un romance en clave femenina, el *Cristalián de España*. Impreso sin nombre en Valladolid por Juan de Villaquirán en 1545, pero con la indicación en el frontispicio de que la obra era de “una señora natural de la noble y más leal villa de Valladolid”, esta novela caballeresca conoció un gran éxito y fue traducida también en Italia, donde por primera vez aparece fuera de España, impresa en Venecia por Michele Tramezzino en 1558 con el título *La famosa et degna historia degli invitti cavalieri don Cristaliano di Spagna et Lucescanio suo fratello, figliuoli dell’imperatore di Trapisonda*.

Las competencias cotidianas en campos específicos, que en ocasiones se volvían especializaciones, autorizaron a algunas mujeres, en Italia como en Europa, a redactar libros de conservación de los alimentos, de administración de la casa, secretos de cosmética y medicina, interesantes textos de intersección entre la cultura culta y la popular. Isabella Cortese sacaba en 1561 la obra *Los secretos*, una antología de recetas de belleza y preparaciones alquímicas y domésticas, en continuidad con la tradición de los “libros de secretos”, que obtuvo un grandísimo favor, del cual dan fe sus numerosas reediciones. En 1565, impreso siempre en Venecia por Francesco Rampazetto y dedicado a la noble dama veneciana Benedetta Pisana, aparecía un pequeño tratado de adivinación o de suerte, *Le risposte della signora Leonora Bianca dove ingeniosissimamente et con mirabile arte, si pronostica, et risponde a diverse et molte curiose dimande et richieste circa le cose future. Per piacevolmente vedere quello che debba intravenire d’alcuna cosa che l’uomo cerca sapere, et intendere*. Se trata de un pasatiempo bastante habitual en esa época y firmado por una cierta señora

Leonora Bianca, tal vez el seudónimo de Bianca Aurora d'Este, cónyuge de Tommaso Porcacchi, compuesto por preguntas y respuestas en orden a las elecciones y las dudas de la vida cotidiana.

EN PUNTAS DE PIE: MUJERES Y TRADUCCIONES

En el siglo XVI se comienza a encontrar una forma de acceso femenino a la escritura y a la literatura que tendrá gran seguimiento en los siglos sucesivos: la traducción. Podríamos juzgarlo como ingreso a través de una puerta secundaria, pero en realidad la cuestión es hartó más compleja y cargada de implicaciones: con ese enfoque las mujeres operaron, en efecto, una elección estratégica que les permitió una menor exposición, aunque poniéndose a prueba como literatas y reservándose una amplia libertad de exportar y hacer circular textos e ideas. Se trata de una elección que se volverá una “tradición” femenina, que cubría además ámbitos científicos y experimentales, como ya deja entrever la traducción de la noble dama francesa Marie de Cotteblanche (1520-ca.1584), estudiosa de filosofía, ciencias y matemática, de la obra del enciclopedista español Pedro Mexía (1497-1551), quien mantuvo correspondencia con Erasmo de Rotterdam. Los Coloquios y diálogos, dados a la estampa en Sevilla en 1547, ofrecían una valiosa reseña de los conocimientos científicos de su tiempo, en particular astronómicos y cosmográficos; gracias a Marie de Cotteblanche, el texto apareció por primera vez en traducción extranjera y en lengua francesa en París en 1566 con el título *Trois dialogues de M. Pierre Messie, touchant la nature du soleil, de la terre et de toutes les choses qui se font et apparaissent en l'air*, y vuelve a publicarse veintinueve veces hasta la primera mitad del siglo XVII. (82)

Se identifica así una específica y peculiar dinámica de género de larga data; por un lado, se encuentra, la mayoría de las veces, un texto original de autor masculino y, por el otro, una traducción femenina. Una relación que a primera vista parece implicar pues un grado diferente de autoría e invención, pero que con asiduidad es empleado y subvertido por las escritoras para ganar legitimidad, entrar en los circuitos intelectuales y a un tiempo expresar su creatividad en formas menos explícitas mas no por esto privadas de potencialidades, volviéndose por tanto un instrumento de autoafirmación.

El debut del siglo XVI tiene además una singular contundencia porque en especial se refirió al crucial campo de la transferencia cultural de los ideales y de los estilos del Renacimiento italiano, que imprimió por ende una mayor dimensión europea a ese significativo movimiento cultural. Fueron muchas las francesas e inglesas que en la primera parte del siglo XVI se pusieron a traducir, y de ese modo impulsaron el redescubrimiento de autores del clasicismo que habían nutrido al humanismo: Hélistene de Crenne tradujo la Eneida; por su parte Lady Jane Fitzalan Lumley (1537-1578) tradujo por primera vez en lengua inglesa una obra de Eurípides, la *Ifigenia en Áulide*, y Catherine des Roches vio publicada su versión francesa de *El rapto de Proserpina*, de Claudiano. Otras, probablemente movidas por su valoración en cuanto lectoras, se dedicaron a los textos de los grandes escritores italianos como Petrarca y Boccaccio: Jeanne de La Font (1500-1532) y Anne de Graville (1490-ca.1540) realizaron reescrituras de la *Teseida* de las bodas de Emilia, de Boccaccio; Jeanne Scève tradujo al francés el *Decamerón*; Marguerite de Cambis (ca. 1500-después de 1556) escogió la *Epístola de la vida que debe llevar una viuda*, de Gian Giorgio Trissino, y la *Epístola consolatoria a Pino de Rossi*, de Boccaccio, y Marie de Romieu (1545-ca.1590) puso manos a la obra con el *Diálogo de la bella crianza de las mujeres*, de Alessandro Piccolomini, cuya versión ampliamente transformada se publicó en 1572.

Los títulos elegidos atestiguan un papel importante de las mujeres en la circulación de las ideas en Europa: conscientemente se convirtieron en transmisoras de otras culturas y pensamientos, construyeron puentes de conocimiento y favorecieron la difusión de una particular sensibilidad entre públicos y ambientes diversos. Además, la obra de traducción raramente se ceñía a la transposición lingüística: las escritoras interpretaron, reelaboraron y operaron verdaderas reescrituras, con frecuencia matizando rasgos misóginos y reorientando los textos, de acuerdo con su sentir y a su sensibilidad. La reescritura en ocasiones era de veras sobresaliente, tanto como para volverse una obra de autora por completo: así fue con *Espejo de príncipes y cavalleros* de Diego Ortúñez de Calahorra, publicada en 1555 en Zaragoza, y radicalmente reinterpretada por Margaret Tyler (1540-ca. 1590) en la primera aparición en Inglaterra de un romance español, que tuvo un grandísimo éxito y produjo un notable impacto en el gusto de los lectores del período isabelino. La que se publicó en 1578 con el título *The Mirror of Princely Deeds and Knighthood*, donde se indicaban la traducción y las iniciales de la traductora, now newly translated out of Spanish into our vulgar English tongue, by M. T. [‘ahora traducida por primera vez del español a nuestro inglés vulgar por M. T.’], fue

una reescritura radical, considerada protofeminista debido a la eliminación de los prejuicios sexistas, por lo demás presentada en su prefacio con audacia por la propia Tyler, al reivindicar su obra y su voluntad de volver deleitable la novela a un público más vasto.

Esta ocupación femenina en el campo de la traducción abre un acceso acaso insospechado al conocimiento de las lenguas extranjeras que poseían las mujeres; sin embargo, es importante recordar que los lugares de encuentro del Renacimiento eran ambientes multiculturales, gracias a los cuales las intelectuales con frecuencia se ponían en contacto con extranjeros, y que la circulación no solo de las ideas sino también de las personas fue una característica de ese amplio movimiento de relaciones e intercambios. Por otra parte, la imprenta proveyó los instrumentos para una alfabetización y una posible confianza en otras lenguas. No debe olvidarse pues el papel desarrollado por princesas, soberanas, regentes de origen italiano o extranjeras que llevaban en dote también sus culturas, sus libros, sus gustos, que a menudo desplegaron una obra de mecenazgo y de comisión de traducciones. Margarita de Navarra hizo traducir los tratados neoplatónicos de Marsilio Ficino y fomentó la recepción de los ideales renacentistas italianos. La traducción fue para las mujeres, por consiguiente, un campo crucial, y a través de este enfoque, como pronto se verá, tomaron parte también en los debates más espinosos y políticos de la época.

LA ESCRITURA DE CARTAS, ENTRE UNA PRÁCTICA COMÚN Y EL GÉNERO EPISTOLAR

En 1599, la viuda Isabetta Orsina en Venecia fue llamada a atestiguar sobre la presunta autografía del testamento de Pisana Pisani, condesa de Porcia y Brugnera. Isabetta, quien la frecuentaba como vecina, afirmó “haberla visto escribir muchas veces y haber encontrado sus cartas en la casa”. (83) Estamos en las postrimerías del siglo XVI y la práctica epistolar se encontraba bastante difundida entre las mujeres y no solo entre las aristócratas, gracias a una más extensa alfabetización favorecida por la imprenta. Comenzaron a circular en toda Europa, ya en la primera mitad del siglo, ejemplos de misivas que tuvieron una enorme difusión, algunas de las cuales, si bien su título no se dirigía a las mujeres, también les ofrecían una vasta gama de modelos epistolares específicos,

a tenor del estado y la condición en que estuviesen: en Cesena ya en 1527 Girolamo Soncino publicaba el Modelo de cartas de amor enviadas y respondidas, de Andrea Zenofonte, originario de Gubbio, que sería reimpresso varias veces también en Venecia; más adelante, en esta última ciudad, apareció en 1535 la Composición de diálogos, de Giovanni Antonio Tagliente, que citaba ejemplos de cartas que una madre podía dirigirle al hijo o a la hija y viceversa, o la mujer al marido, la hermana al hermano y una habitante a otra. En Zaragoza, en 1547, se publicó Estilo de escribir cartas mensageras sobre diversas materias y otras publicaciones de ese tipo aparecieron en muchos países. (84)

Dentro de esta producción, las obras que enseñaban a escribir cartas de amor gozaron de una considerable fortuna, entre las cuales se distinguió la redactada por Tagliente, reimpressa de continuo e imitada durante mucho tiempo, *Opera amorosa che insegna a componer lettere, et a rispondere a persone d'amor ferite, over in amor viventi, in tosha lingua composta, con piacer non poco, et diletto di tutti gli Amanti, la qual si chiama il Rifugio di Amanti*, de 1533, donde se aconsejaba a las mujeres, entre otras cosas, a manifestar su incompetencia en la escritura y a exhibir modestia.

Además, un aspecto que no ha de subestimarse es que manuscritos y libros impresos sobre mujeres ilustres –un género que ganó terreno por el impulso de Boccaccio pero asimismo por la renovada fortuna de las *Heroidas* de Ovidio– con frecuencia contenían representaciones visuales de mujeres consagradas a escribir, dotadas de pluma, tinta y tintero, reforzando así en el plano simbólico el acceso femenino a la escritura, difundiendo la representación de la escritora, en particular dedicada al género epistolar (cfr. fig. 8).



Et comence la premiere espue d'ouide de penelope adix

Durs que tu es du fetoir pareilleur
 D'ulixes de cuer trop angouisseur
 Penelope ceste espue t'enuioie
 Affin que tost tu te mettes en voie
 Ne mesfais rien mais pense de venir
 Seule a tor surs aiez en souuenir
 E roie gis las et remise en foiblesse
 Tant luy des pucelles de grace
 Plus ne lailloit ne priam son grant tor
 Que tant de gens y tussent leur arbor
 Or longuement pour faire vntre en amate
 Les nobles greeques dont en est morte meinte

Figura 8. La representación de las escritoras de cartas.

Penélope representada mientras escribe a Ulises.

San Marino, California, Hurlington Library, cod. 60, Ovidio, *Heroidas*, fol. 3.

Las mujeres escribieron una cantidad ingente de cartas, la mayoría de ellas referidas a las necesidades de información propias de los circuitos familiares, a los vínculos afectivos, pero también a redes de relaciones más dilatadas en las cuales se hallaban insertas, estimuladas por la organización más eficiente del servicio postal que se llevó a cabo un poco en todas partes y, en consecuencia, por la posibilidad concreta de acortar las distancias y mantener los contactos. Estos dedos femeninos manchados de tinta atestiguan una práctica social de relevancia que aún ha de explorarse y valorarse, en modo alguno replegada solo a los aspectos cotidianos: estas cartas son testigos de la mentalidad de la época, reveladoras de puntos de vista femeninos sobre embarazos, nacimientos y crianza de los hijos, que a menudo no concuerdan con la tratadística contemporánea, documentos de la capacidad de las mujeres en los campos de la economía y de la política. James Daybell ha estimado que existen diez mil cartas manuscritas de inglesas del período renacentista antes de 1642 (85) y no hay motivo para creer que en otros sitios ese número sea menor. Armando Petrucci habló en efecto de una “invasora producción epistolar”, que sucedió en Europa entera y que asumió, respecto de las más tradicionales normas gráficas y de contenido, un carácter “salvaje”, en especial justamente en lo que atañe a la “enorme mayoría de mujeres correspondientes”. Vale la pena retomar y subrayar estos datos: gracias al alfabetismo creciente, ya sea que se lo llame funcional o pragmático, nos hallamos en presencia de una verdadera “explosión” de la escritura epistolar ordinaria en mano de las mujeres; por tanto, ante todo debemos tener en cuenta (y en nuestros vasos comunicantes imaginarios) una cantidad significativa y en verdad sin precedentes de acceso y uso de la escritura por parte de las mujeres. Un segundo elemento, no menos importante, es que esa práctica se asociaba a formas gráficas y a expresiones textuales espontáneas,

libres, suficientes para aportar “inquietantes novedades” en el contexto de la escritura. (86) En esencia, las mujeres, como ya ocurría con los escribientes de extracción sociocultural medio-baja, aumentaron la libertad de la escritura, forzaron los esquemas para poder servirse de ellos, e hicieron por tanto una aportación de peso e innovadora a la historia de este medio de comunicación. A través de la correspondencia, la mayoría de las mujeres se asomó al mundo de la lengua escrita y se apoderó de ella conforme a las propias posibilidades y deseos, y esta “efervescencia” constituye otra división determinante de la relación mujer-escritura que estamos reconstruyendo.

La misiva de una española, María Bazán, a su hijo Pedro, fechada el 25 de abril de 1575, ilustra de manera notable esta “irrupción” femenina en la correspondencia, estimulada aún más, en este caso, por el fenómeno migratorio. Forma parte del corpus de casi mil cartas enviadas desde 1540 hasta finales del siglo XVII por los inmigrantes en América hacia sus familias de España: poco menos que 60 % escrito por mujeres. El dato es de una elocuencia extraordinaria al evidenciar además hasta qué punto el mantenimiento de las relaciones con los maridos o los hermanos embarcados hacia tierras descubiertas en Occidente o que habían permanecido en el Viejo mundo se depositaba en la correspondencia femenina, que no se interrumpía ni siquiera en razón de una escasa familiaridad con la escritura, como puede observarse por la grafía aislada, por el módulo grande y desordenado de María (87) (cfr. fig. 9).

Por desgracia, gran parte de este universo de papeles se ha dispersado o está sepultado en las sombras de los archivos familiares o monásticos que solo recientemente se han comenzado a indagar: esto impide que podamos restituir plenamente en qué medida esta práctica tan difundida entre las mujeres constituiría un instrumento de “representación” de sí capaz de trascender la mera necesidad de comunicación, en qué medida habrían superado la restitución del registro oral y asimismo en qué medida algunas de ellas en cambio, gracias a la difusión de los ejemplos impresos y a su lectura, se proyectarían más allá, buscando las palabras más adecuadas, una sonoridad, un ritmo y un reflejo de ellas mismas. ¿La escritura epistolar quizás ha estimulado el nacimiento o el desarrollo de una “tecnología del sí”, como algunos han supuesto? (88) ¿Ha sido esta práctica pues un instrumento a través del cual las mujeres han elaborado una intimidad reflexiva? La escritura, ya se ha dicho, es un potente acicate de la subjetividad y ciertamente más de una habrá respondido a esa invitación.

+
unzama do y de sea do
y como de m coram

• en la lengua es cila (am) co la do
de la potaca para se en os cabi
de y o os son cetas y po. O a se y po
vz. A la (om) buen ma y (o) O se
en de ceto no a rez tanto en y (a) O
de O m s cetas O se en es la do
en q de la o en yes como por m se ca
de melle do O a m d o (o) m
de y pe le to s po de O a s do to s
O de la mas es se y de s con o la m
de m m do y de s pue de s m m e r de m m
de y do tam to s pe de s y de s g r a c i a s
de m m y o v u n g a l q de de m m
O v a l a m c u t r o m s p e s o s m a e n z a d a c a s
f l a n o y l a m a s p e de l a y a z i e n d e s
f a n e n o de y no a b o n de el m a z o y se
a n d e a d o b r a c e a l o z e s c o n e l l a c o m
s o y m u j e r t o d o s e a p e r d i d o y a n m e l l e
m a m e l l e a m e l l e a m e l l e a m e l l e

Figura 9. Escritura femenina desde el Nuevo Mundo.

María Bazán escribía desde Tamalameque, en el Nuevo Reino de Granada, la actual Colombia, a su hijo Pedro Rodríguez de Medina, el 25 de abril de 1575: la carta muestra una escritura desarticulada, con letras separadas.

Sevilla, Archivo General de Indias, Indiferente General, b. 2087, n. 129, c. 1r.

También el campo literario, por lo demás, se involucró y reaccionó a su modo al surgimiento de esta exuberante producción corriente y cotidiana: la escritura epistolar en lengua vulgar recalaba en la década de 1530 en la producción impresa imponiendo así una transformación; con el Primer libro de las cartas, de Pietro Aretino, aparecido en enero de 1538, se inauguraba un nuevo género literario. La obra obtuvo, en efecto, un éxito inmediato, proclamado por las numerosas reimpresiones y reediciones: las misivas escritas a grandes y poderosos o a personas comunes con un tono de familiaridad y soltura, precisamente por la excelencia en la exposición, por la mezcla de cuestiones políticas y de asuntos cotidianos, sorprendían al lector volviéndolo partícipe de la vida del escritor, que al mismo tiempo proponía una suerte de autorretrato. Tal propuesta logró captar los gustos de un extendido sector de consumidores del mercado editorial y a la vez contribuyó a reducir las distancias entre el autor y su público, saliendo por tanto de los antiguos modelos retóricos y vigorizando el género con nuevos tonos y finalidades. A esas alturas ningún literato o escribiente pudo ignorar su ejemplo y muchos impresores se afanaron en publicar recopilaciones de cartas con la esperanza de replicar un éxito semejante. Y, dada la atención que estaban encontrando las literatas y la centralidad que había asumido la figura femenina en la escena cultural, polígrafos y editores incluyeron cartas escritas por mujeres o lanzaron recopilaciones solo femeninas, como la que dirigió Ortensio Lando, Cartas de muchas mujeres valientes, en las que claramente se ve que no son inferiores a los hombres ni en elocuencia ni en doctrina, publicada en Venecia por los Giolito en 1548, si bien el volumen, con toda probabilidad, presentaba mujeres reales, era un producto de la persona a

cargo de la edición con propósitos bien precisos.

Pocos años después, en 1552, apareció impresa en edición veneciana *Lettere della molto illustre sig. la signora donna Lucrezia Gonzaga da Gazzuolo con gran diligentia raccolte, et a gloria del sesso femminile nuovamente in luce poste*. Lucrezia (1522-1576) era hija de Pirro, señor de Gazzuolo (hermano de Luigi, conde de Sabbioneta), y de Emilia d'Annibale Bentivoglio (nieta del Señor de Bolonia, Giovanni II), y había sido educada en la corte de su primo, Luigi Gonzaga, marqués de Castiglione delle Stiviere. Lucrezia se convirtió en una mujer culta, tuvo como preceptor a Matteo Bandello y mantuvo con Ortensio Lando una relación de confianza. Continuó dedicándose al estudio, que la ayudó a soportar un matrimonio infeliz. Si en sus cartas Aretino proponía una imagen “natural”, Lucrezia Gonzaga ofrecía una escritura aún más espontánea, creando, podríamos decir, el artificio de la naturalidad. Redactadas entre 1546, al inicio del cautiverio del marido, acusado de haber conspirado contra la vida del duque de Ferrara, y 1552, fecha de la muerte del cónyuge, las cartas abordan varios temas y conversan con muchas personas, sean estas parientes o de círculos de literatos y poderosos, como el sultán Solimán I el Magnífico, y muchos otros señores, pero incluyen asimismo a su “licorero”, al palafrenero y a individuos de variada condición. Lucrezia les relataba su interés por las lecturas –“busco consumir una buena parte del tiempo en las cartas”– incluso para ocultar su disconformidad; reprendía al marido y lo exhortaba a modificar sus hábitos y pensamientos, narraba cuestiones cotidianas y de materia espiritual, escribía en orden a mitigar la muerte de los cónyuges o los hijos de otros. Los tonos son bastante variados, desde el consuelo hasta la diatriba incluso violenta, desde la conversación hasta la disertación. Son muchísimas las correspondientes femeninas y parece difícil atribuir totalmente estas cartas, como se ha pensado a menudo, a la pluma de un hombre, Ortensio Lando, y no atribuirles en cambio a Lucrezia por la presencia de temas ligados íntimamente a la vida de las mujeres. Véanse, por ejemplo, la respuesta a Camela Spinola a quien reprendía porque “hago que mis muchachas aprendan música”, sus hijas, o los consejos que dispensaba acerca de tomar o no marido, el elogio al rechazo de la monacación dirigido a Cassandra dei Polidori –“si vuestra niña no ha querido hacerse monja, sino que más bien ha escogido tener marido, de resultas vos no lleváis razón para lamentaros por esa elección”–, o hasta la aprobación de la elección por la castidad hecha por Lelia Sandella (“alabo vuestra intención [...] seréis incluso más libre al no tener un marido jurisdicción en vuestro cuerpo”). (89) Sorprende además la admiración expresada en una carta cuyo destinatario es precisamente Ortensio Lando hacia otras escritoras de su época, desde

Gaspara Stampa hasta la fallecida Veronica Gambara y Vittoria Colonna. Las cartas de sus años postreros abordan de manera evidente temas espirituales que rezuman la influencia de Erasmo: por lo demás, en los años siguientes se acusó a Lucrezia Gonzaga de herejía y padeció un proceso inquisitorial en 1567, que concluyó con su abjuración. No fue, por otra parte, la única literata y escritora en ser involucrada en este tipo de procesos, como veremos.

Si este era el comienzo en Italia, también en tierras francesas la escritura epistolar femenina dejaba una marca relevante: en 1539 apareció impresa con tipografía de Denys Janot la primera recopilación de cartas en lengua vulgar, Las epístolas familiares e invectivas, de Hélienne de Crenne, que conoció un gran éxito: el tono erudito, todo menos “natural” y bastante apartado del modelo de Aretino, con el empleo de latinismos, evidenciaba la voluntad de imponerse como autora culta, renunciando a anteponer debilidades femeninas y la habitual modestia; con la creación de misivas sin destinatarios reales sino totalmente ficcionales intentaba ubicarse en la gran tradición literaria, proveyendo modelos ejemplares de cartas y compitiendo con los escritores. Más aún, en una de las cartas Hélienne tomaba la palabra personificando a un hombre, forzándolo hacia el registro de la artificialidad y del enmascaramiento, que ya había escogido para su propia identidad personal.

ESCRITURAS DE LAS MUJERES Y REFORMA

Si alguien todavía piensa que la vida de las mujeres se ha desarrollado en los márgenes de la historia, encontrará ahora buenos motivos para cambiar de idea. La escritura femenina, como ya se ha visto hasta aquí, es testimonio de la continua toma de la palabra, de involucramiento, de propuestas y de rebeliones, de voluntad y de tenacidad. Las mujeres a la par de los hombres se comprometieron, participaron y tomaron posición en cada nuevo debate que se abría sobre los principios rectores de la vida en común, que inspiraban los ideales de fondo e interrogaban el sentido mismo de la existencia. Respecto de los hombres tenían, además, un interés ulterior que defender y sostener: en cada una de las fases históricas en las cuales se puso en movimiento un impulso renovador, las mujeres entrevieron también una oportunidad para redefinir su condición social y personal, para salir de construcciones culturales, adquirir

mayor autonomía y provocar un giro en el propio destino. Y cada uno de estos períodos de tendencia al cambio estuvo atravesado por la puesta en discusión de las relaciones entre los géneros, además de la relación entre los estamentos y el poder, y estimuló un aumento de la alfabetización y un extenso empleo de la escritura.

El movimiento que se define con el nombre de “Reforma” fue uno de esos momentos de tensión: su centralidad se relaciona ante todo con la extraordinaria capacidad de involucrar a amplísimas franjas de población que intuyeron que detrás y dentro de la discusión en torno a la gracia, a la confesión, a los ritos y la fe en las reliquias, a la necesidad de respetar los preceptos sobre los alimentos, al libre acceso a los textos evangélicos, estaba presente un anhelo de libertad, un pensamiento que libraba de culpas y penitencias y aspiraba a la interioridad, la conciencia y una nueva dignidad de sí. El tiempo del disenso religioso que apuntaba a la exigencia de profunda reforma de la Iglesia de Roma y al significado de la religión y de la fe implicó a muchísimas mujeres de diversa condición social, como han demostrado las investigaciones sobre los procesos inquisitoriales en varios países europeos: desde reinas, duquesas y gobernantes que, como Margarita de Navarra y Renata de Francia, ejercieron una suerte de patronato religioso y liderazgo femenino, hasta las “mujeres humildes”, lavanderas, tejedoras, artesanas, habitantes de las ciudades y de la campaña.

El impulso a la libre lectura de las Sagradas Escrituras en lengua vulgar, que puso en movimiento una más extensa y general familiarización con el alfabeto, entrecruzaba el deseo y el pedido, por parte de las mujeres, de acceso a la cultura y al saber, un constante leitmotiv en la historia femenina. Si ya los ideales del Renacimiento habían permitido que muchas mujeres escribieran, en este período de fermentos y de conflictos, la pluma, la tinta y las imprentas fueron instrumentos también en manos femeninas. Los tiempos estaban maduros para que las mujeres se iniciaran en un género escriturario de polémica, de disenso y denuncia –panfletos, peticiones, carteles– que luego no dejaron de cultivar en los sucesivos momentos de lucha y acción política, gracias a la ya plena consolidación de la imprenta y a su rol en la divulgación de ideas y demandas.

Fueron activas desde el inicio en el norte de Europa, donde se encendió la llama de la Reforma y donde tempranamente se pusieron manos a la obra como “panfletistas” alrededor de 1520, con cartas y opúsculos en los que se rebatían las enseñanzas de la Iglesia acerca del silencio de las mujeres, reivindicando la igualdad de los géneros en Cristo, como hizo Katharina Schütz Zell (1497/98-

1562) de Estrasburgo. Katharina, quien mantenía correspondencia con Martín Lutero, fue una prolífica escritora de inspiración reformista; comenzó con la publicación en 1524 de peticiones a la autoridad de la ciudad y de un breve tratado sobre el matrimonio de los eclesiásticos para después proseguir su actividad de polemista y dedicarse a un libro de meditación sobre los Salmos, pero asimismo a otros géneros, entre los cuales estaban las fábulas, los proverbios, las nouvelles y una recopilación de himnos. La culta Argula von Grumbach (1492-1554), hija del barón Bernhardin von Stauff, convencida partidaria de las tesis de Lutero, de quien había leído todas sus obras y con quien mantenía un intercambio epistolar, intervino en persona en los conflictos y posicionamientos que la Reforma estaba provocando en las instituciones: en 1523 escribió una carta de protesta a la Universidad de Ingolstadt a raíz del arresto de un joven profesor, alumno de Lutero y de Philipp Melanchton. La carta produjo mucho clamor y fue publicada, como tantos escritos polémicos de Argula que fueron muy exitosos.

Elisabeth von Meseritz (ca. 1500-1535) fue otra pluma femenina de la Reforma: abandonó el convento de Treptow an der Rega, en Pomerania, tras haber escuchado las prédicas de Johannes Bugenhagen, asistente de Lutero, y se trasladó a Wittenberg; allí se hizo amiga de Lutero y de su mujer Katharina von Bora, y se casó con Caspar Cruciger, profesor de teología. Escribió poesías e himnos, uno de los cuales fue incluido en la selección que Lutero publicó en 1524.

La escritura femenina de cartas sirvió asimismo a la difusión de las ideas, pero más aún a tejer los hilos de las redes de amistad y de sostén a la acción de los reformadores: un ejemplo sorprendente es la correspondencia que mantuvo Wibrand Rosenblatt (1504-1564), consorte de Johannes Oekolampad, con Anna Zwingli, Agnese Capitone y Elisabetta Bucero.

Si estas fueron mujeres que tomaron la pluma sin cargar con el peso de las aspiraciones literarias y una carrera en este campo, ¿cuál fue, en cambio, la aportación de las escritoras y literatas? Veremos que contribuyeron a hacer que esta marea no conociese fronteras, con frecuencia interpretando una particular caracterización autoral que valoraba la experiencia espiritual y existencial femenina.

En la vecina Francia, en 1531 salía en Alençon El espejo del alma pecadora, de Margarita de Navarra, un largo poema sobre el deseo de anulación de sí misma y

sobre la insignificancia de la vanidad humana respecto de la voluntad divina, todos temas del evangelismo francés ligado al cenáculo de Meaux organizado por el humanista y filósofo Jacques Lefèvre d'Étaples y por el obispo Guillaume Briçonnet. Margarita tradujo al francés la meditación sobre el Padre Nuestro de Martín Lutero y en algunos de sus poemas se encuentran ecos reformistas. Además, incansable defensora de la tolerancia religiosa, compuso un texto teatral satírico titulado *El inquisidor*. Fue una figura central en la sensibilización y en el sostén del mensaje evangélico, también a través de un vasto intercambio epistolar donde destacan muchas destinatarias, entre quienes estaban Renata de Francia y Vittoria Colonna.

Muchas literatas se pusieron a traducir obras que habían dado comienzo a la primera fase de la renovación espiritual, imbuida de los ideales del humanismo. Lady Margaret Beaufort (1443-1509), condesa de Richmond y Derby, madre de Enrique VII de Inglaterra, tradujo al inglés y publicó en 1504 el cuarto libro de Thomas von Kempen, *De imitatione Christi*, el texto que mejor representaba el fruto de la renovación religiosa de la devotio moderna proveniente de los Países Bajos y de Renania; Margaret Roper (1505-1544), la culta hija de Sir Thomas More, tradujo jovencísima y publicó en 1524 con elegancia y erudición la *Praecatio Dominica* de Erasmo, impresa en París en 1523, con el título *Un tratado devoto sobre el Padre Nuestro*, que recibió los elogios del propio autor. El frontispicio estaba acompañado de una xilografía que mostraba una mujer joven en su escritorio, rodeada de libros, una representación que contribuyó a reforzar el imaginario de la escritora.

En la siguiente fase, cuando el conflicto se hizo más ríspido, las mujeres entraron en la discusión tomando partido decididamente por una facción o por la otra, a menudo decidiendo reescribir la historia de los acontecimientos. La humanista Caritas Pirckheimer (1467-1532), abadesa de las clarisas de Núremberg, en 1523, cuando la ciudad abrazó la fe reformada, opuso una firme y al final victoriosa resistencia que narró en una vívida crónica de aquellos años, reproduciendo allí hasta las cartas que escribió al Concejo de la ciudad para impedir el vaciamiento del convento. (90) La neerlandesa Anna Bijns (1496-1575), hija de un sastre de Amberes, convertida en educadora de una escuela privada con el hermano, fue poeta y escritora. Animó las “cámaras de retórica”, lugares de competencia cultural y de debate de la ciudad y llegó a ver publicadas sus obras a partir de 1528. En ellas reivindicaba para las mujeres la elección de no casarse y de no ser subyugadas por un hombre, erigiéndose en adalid de la libertad femenina. Desempeñó el papel de “defensor de la fe” contra la Reforma,

a la que atacó repetidamente, haciendo de Martín Lutero su principal blanco, comparado con un anticristo en sus Frases, sobre todo en aquellos poemas que salieron de la estampa en 1548.

La duquesa Elisabeth von Brandenburg (1510-1558), defensora de Lutero, escribió entre 1542 y 1546, para difundir las ideas reformadas, varias canciones espirituales, publicó cartas dirigidas a los súbditos en las que los llamaba a la conversión y un manual de gobierno para su hijo Eric II, mientras que para su hija Anna Marie, casada con Alberto I de Prusia, redactó un libro de instrucciones sobre el matrimonio. Al final, viuda y expulsada a consecuencia de la derrota de las fuerzas que apoyaban la Reforma, publicó en 1555 *Trostbuch für Witven*, un libro de consolación para las viudas.

Marie Dentièrre, o d'Ennetières (1495-1561), nacida en la ciudad de Tournai, en Flandes, en el seno de una familia de la pequeña nobleza, abrazó en 1520 las ideas luteranas y huyó a Estrasburgo; allí se casó con Simon Robert, un exsacerdote y eminente hebraísta que se volvió predicador evangélico. En 1535 formó parte de una delegación que se desplazó hacia Ginebra y allí se dirigió al convento de las clarisas con el fin de convencerlas de abandonarlo; publicó en 1536, de forma anónima, *La guerra y la liberación de la ciudad de Ginebra*, donde describía la lucha desde 1532 hasta 1534 contra la facción imperial y papista del duque de Saboya, de los obispos y de los sacerdotes fieles al papa que, según Dentièrre, procedían a “extirpar y aniquilar” la verdadera palabra divina y las libertades y derechos ciudadanos, persiguiendo a los predicadores reformistas y a la población con linchamientos, hambre y guerras. La autora narraba la valerosa sublevación de los habitantes que se liberaban de la tiranía del duque y abrazaban las ideas reformadas. Ginebra, primero ciudad católica, se vuelve en 1536 una ciudad reformada y lugar de acogida de exiliados. Dentièrre entretanto forjaba una estrecha amistad con la reina Margarita de Navarra y le dedicaba en 1539 su Carta muy útil, impresa en Ginebra pero con la falsa atribución de Amberes. El texto es una dura crítica a las autoridades de la ciudad acusadas de hipocresía y de corrupción, como resultado de la persecución a Juan Calvino y Guillaume Farel, pero constituye asimismo un acto de reivindicación de la igualdad entre los géneros en la fe de Cristo y en la comprensión de las Sagradas Escrituras. Dentièrre lanzaba un reto también a los hombres reformados: “¿Tenemos dos Evangelios, uno para los hombres, y otro para las mujeres?”. Su obra apuntaba principalmente a las mujeres simples que deseaban conocer y escuchar la verdad: en ella se afirmaba el derecho de su género a predicar de forma pública, de tratar materias religiosas y de instruirse unas con

otras. El panfleto causó escándalo y la mayoría de los mil quinientos ejemplares fue retirada por el Concejo de la ciudad, y el impresor Jean Gérard, condenado y encarcelado por algunos días. La Carta muy útil fue el primer libro víctima de la censura reformada en Ginebra. (91)

Otra mujer, una de las clarisas del convento ginebrino, se tomó la molestia de responder a la reconstrucción histórica hecha por Dentièrre. Se trataba, para mayor precisión, de la amanuense, a quien Dentièrre había intentado convertir a la Reforma y persuadir de que se casase, y que luego fue expulsada de Ginebra con las demás: Jeanne de Jussie (1503-1561). Hija menor de una familia saboyana de la pequeña nobleza, a la edad de dieciocho años entró al monasterio en calidad de alumna, donde aprendió a leer y a escribir en francés. Quiso narrar la crónica de esos hechos y su obra tuvo un trayecto de formación en etapas: inicialmente se concretó en la Breve crónica de los acontecimientos dramáticos que se desarrollaron en Ginebra desde 1526: circuló en forma manuscrita, luego la amplió en la Historia memorable del comienzo de la herejía en Ginebra, más conocida como El germen del calvinismo, o Comienzo de la herejía en Ginebra, hecho por la reverenda hermana Jeanne de Jussie, impresa finalmente en Chambéry en 1611. Con todo, Jeanne no solo tenía la intención de denunciar las crueldades perpetradas por los luteranos, las destrucciones de iglesias y conventos, los abusos sexuales sufridos a manos de los soldados, sino asimismo de los propios maridos y quería representar a las mujeres como agentes de la defensa del credo católico, mucho más activas que los hombres. Apoyaba, además, las razones de la existencia de los monasterios femeninos como espacios de vida autónomos de las mujeres. (92)

La difusión de las ideas evangélicas y reformadas procedía a través de la traducción de los textos más significativos: una muy joven Elizabeth Tudor, futura reina de Inglaterra, traducía al inglés en 1545 El espejo del alma pecadora, de Margarita de Navarra; por su parte, la poeta Anne Vaughan Locke (1530-ca. 1607), hija del mercader protestante Stephen Vaughan, amiga del predicador reformista escocés John Knox, en su exilio genovés (por la presencia en el trono de la católica María I Tudor) traducía al inglés las prédicas de Calvino en torno al sueño de Isaías. Las publicó luego en 1560, ya de vuelta en Londres, con el título Sermones de Juan Calvino sobre el sueño de Isaías antes de estar enfermo y afectado por la mano de Dios, y las dedicó a la reina Isabel I; incluía en el volumen una recopilación de sus sonetos, Meditación de un pecador penitente, sobre el salmo 51, base del canto litúrgico Miserere, centrado en la penitencia y el perdón de Dios, temas cruciales para la cultura protestante; luego, en 1590,

habría traducido y hecho publicar *Las señas de los hijos de Dios*, del belga Jean Taffin, una historia del protestantismo en Bélgica y en los Países Bajos. Anne Cook (1528-1610), la madre de Francis Bacon, escribió una versión inglesa de las prédicas de Bernardino Ochino, reimprimadas en Londres en muchas ocasiones, a partir de su primera edición en 1548.

Una innovadora obra de propaganda culta, *Emblemas o divisas cristianas*, de la francesa Georgette de Montenay (1540-1581), prima y dama de compañía de la reina de Navarra (la protestante Jeanne d'Albret, hija de Margarita de Valois), se imprimió por primera vez en Lyon, en 1561, por Philippe de Castellans. Reimpresa y traducida a varias lenguas, presenta una recopilación de emblemas bíblicos en latín comentados en francés e ilustrados por espléndidos grabados de Pierre Woeiriot de Bouzey. Dedicada a la reina, en quien se inspiraba el primer emblema de tema femenino, la obra se acompañaba de una introducción y de una carta de la autora a los lectores.

En defensa de las ideas protestantes y para dar a conocer las masacres acontecidas en Francia durante las guerras de religión, incluida la noche de San Bartolomé, la poeta inglesa Anne Edgcumbe Dowriche (ca. 1560-1613), casada con un predicador puritano, decidió componer un largo poema épico-histórico, *La historia francesa*, publicado en 1589, y lo dedicó a la reina Isabel I, protectora de los protestantes franceses en fuga; acusaba en cambio a Catalina de Médici de haber sido la inspiradora de la masacre de los hugonotes.

La Reforma en Italia encontró en algunos sitios ya animados por intercambios culturales y por el deseo de renovación religiosa un terreno muy fértil, abonado especialmente por algunas cultas duquesas de los Estados de la llanura padana, amantes de las artes y modelos de la intelectualidad femenina: fueron sitios de crucial relevancia la Ferrara de Renata de Francia, que albergó también a Juan Calvino, Pesaro con Vittoria Colonna, Urbino con Eleonora Gonzaga, cuya guía espiritual era el cardenal Federico Fregoso en contacto con Bernardino Ochino y Antonio Brucioli, o mujeres de familias aristocráticas como Giulia Gonzaga, condesa de Fondi, a quien en 1536 Juan de Valdés dedicó su *Alphabeto christiano*, y Caterina Cibo. Las literatas, con frecuencia ligadas a estas mujeres y a las temáticas de los “espirituales” italianos, que infundieron vigor a gran parte del mundo de la cultura y de las altas esferas eclesiásticas, hicieron que en su producción se trasluciera la nueva sensibilidad religiosa. Ya nos hemos detenido en Lucrecia Gonzaga y los ecos en sus cartas, debemos dirigir ahora nuestra mirada hacia Vittoria Colonna: luego de la etapa de los poemas de amor

y la crisis personal que la llevó a retirarse en el convento romano de las clarisas de San Silvestro en 1531, donde recibió las visitas de los cardenales Reginald Pole y Giovanni Morone, en contacto con Bernardino Ochino y Juan de Valdés y con los ambientes de Nápoles y Viterbo, cumplió un papel central en la etapa de impulso de la renovación espiritual, no solo en las redes de relaciones que llegó a tejer, sino también gracias a su producción literaria. Desde 1537 su poesía abordó temas religiosos, de lo cual ya es testimonio la primera edición de sus Rimas, impresa en Parma por Antonio Viotti en 1538, donde se incluía una voluminosa selección de sonetos espirituales que aumentaría en las sucesivas ediciones por las prosas dedicadas a la Pasión de Cristo y al Ave María. Algunos indicios en las rimas –“Ciego es nuestro querer, vanas son las obras” o “Casi gema del cielo el alto Señor / por don sobre los demás eterno y entero / dio su libertad, y un corazón sincero / Solo entregándosela a él puedo honrar. / Nuestro propio arbitrio es nuestro error”– y sobre todo su red de amistades, cuyas huellas permanecen en el epistolario, atrajeron la atención de la Inquisición romana instituida poco antes. Vittoria Colonna murió antes de que se le iniciara un probable proceso.

En la corte de Correggio, donde gravitaba Ortensio Lando, la poeta Veronica Gambara no fue inmune a la influencia del mensaje valdesiano que hallaba expresión en alguna de sus rimas. También Laura Battiferri fue cercana a Valdés, como se trasluce ya sea en sus composiciones poéticas dirigidas a Caterina Cibo, ya sea en particular en la reescritura bastante libre de los Salmos, que en 1560 la familia de impresores Giunti sacó en Florencia con el título Los siete salmos penitenciales de David con algunos sonetos espirituales, que asimismo debía servir para el uso litúrgico en forma de canción y que parece introducir al lector en un recorrido de arrepentimiento, con ecos reformados: (93) una obra acogida con vivo interés, sostenido por las tres ediciones florentinas sucesivas.

La experiencia de la cultísima Olimpia Morata (1526-1555), oriunda de Ferrara, es, en cambio, testimonio de una atormentada toma de posición, del exilio y de las extremas dificultades de vivir en tierras marcadas por los conflictos político-religiosos. Gracias a la escuela femenina instituida por Renata de Francia, que se benefició con la presencia del humanista alemán Kilian Senf, Olimpia no solo estudió las lenguas clásicas y se convirtió en experta en latín y griego, retórica, gramática y geografía, sino que profundizó los conocimientos del Antiguo y del Nuevo Testamento, incluso con textos de interpretación reformada que circulaban sin trabas gracias a la duquesa. Convertida a la fe protestante, hacia 1550 se trasladó con su marido, el médico alemán Andreas Grunthler, a

Alemania, a causa del creciente clima de intolerancia religiosa. Compuso algunos diálogos y epístolas en latín que, junto a su nutrida correspondencia con amigos, familiares, intelectuales y reformistas, salieron póstumamente por primera vez en Berna en la década de 1580: una refinada y rica producción imbuida de una nueva sensibilidad espiritual, elaborada por una particular conciencia del papel moral de las mujeres.

DESPUÉS DE LA REFORMA: UNA ACTIVIDAD EDITORIAL Y UNA ALFABETIZACIÓN EN CRECIMIENTO, 1560-1630

Hasta hace pocos años se daba por descontado que las luchas religiosas sucedidas en Europa, la Contrarreforma, la censura y el control de las ideas habían reducido al silencio a las escritoras y obstaculizado su acceso a las imprentas y al mercado libresco.

Investigaciones recientes no solo han desmentido esta presunta disminución de las presencias de las mujeres en el campo editorial, sino que han erosionado por completo los cimientos de esa creencia, hasta tal punto que han hecho que surja un horizonte harto distinto. Tomemos, por ejemplo, el contexto italiano en el cual se desplegaron, más que en otros sitios, las constricciones operadas por la Inquisición, con la consecuente inspección de textos y de su circulación, sobre todo en los treinta años que van desde 1550 hasta 1580: en lo que concierne a las escritoras, nunca la presencia en el campo editorial fue más numerosa que en la segunda mitad del siglo XVI, en especial entre 1577 y 1600, pero sorprende aún más observar que en el período sucesivo (1601-1650) la cantidad disminuyó poco y que solo en lo que quedaba del siglo se redujo drásticamente. (94)

¿Cómo leer este dato? En particular, ¿cómo interpretarlo a la luz de los innegables efectos de la ola de endurecimiento que siguió a la restricción de los espacios de libertad femeninos, amén de los masculinos, al ocaso de los ideales que habían nutrido la “conversación” de Bembo y Castiglione con las damas, a la clausura y el control sobre los libros impuestos a los conventos y a las comunidades laicas femeninas, a las sospechas hacia el poder carismático de las mujeres? Se añaden luego el obsesivo énfasis, tanto dentro de ámbitos católicos como protestantes, en el rol de madre puesto bajo la autoridad del marido y del

padre espiritual, la difusión de manuales de comportamiento para cada estado y momento de la vida femenina que insistían sobre el deber de obediencia en el seno de la familia y sobre una conducta castigada y alejada de las miradas. Las mujeres fueron objeto de campañas de disciplinamiento, tanto en Italia como en los países reformados, y a tal fin se produjeron copiosos tratados, como el texto del cardenal Agostino Valier, *Instituciones de cada estado loable de las mujeres cristianas*, publicado en 1575, y la recopilación del anglicano inglés Thomas Bentley, *The Monuments of Matrones: Conteyning Seven Severall Lamps of Virginitie, or Distinct Treatises*: un volumen de preceptos y rezos impreso en 1582, donde se remarcaba la obligación de la sumisión de las mujeres invocando la autoridad de las Sagradas Escrituras. Sin embargo, la evolución del mercado editorial no permite comprobar la exclusión de las mujeres respecto de la cultura literaria desde la segunda mitad del siglo XVI hasta el inicio del siglo siguiente.

¿Qué elementos pueden explicar entonces esa aparente contradicción?

Ante todo es bueno tener presente que los discursos normativos, los escritos y publicaciones, y todo aquello que la reacción católica y los imperativos reformados montaron a fin de “contener” la autonomía y la intelectualidad femeninas, pese a los esfuerzos, encontraron resistencias y estrategias de supervivencia en la cotidianeidad. Hágase la comparación con lo que aconteció en el ámbito del trabajo de las mujeres en toda Europa: cuanto más incrementaba de manera exponencial la visibilidad de estas en el mercado laboral y de las actividades urbanas, al salir del ámbito doméstico y llevar adelante recorridos de autonomía empresarial y de oficios, tanto más los manuales de conducta les reclamaban que se ocupasen de asuntos domésticos, tenidos por pasatiempos “virtuosos”, para ahuyentar el ocio, ocultando su ganancia efectiva y su valor económico. En especial a partir de mediados del siglo XVI, la brecha entre la posición de la mujer en la realidad social y los dictámenes de la preceptística se amplió en razón de la presión ejercida por la pedagogía de la Contrarreforma y por el modelo de mujer y de familia que en todas partes buscaba imponerse.

Otras consideraciones deben venir a nuestra ayuda para comprender los datos de la producción literaria. Es plausible atribuir esta “efervescencia” a la larga oleada producida por el impulso, en los años precedentes, que inició el clima cultural y político conducente a que las mujeres intelectuales vieses reconocido su valor, consagrado gracias al momento “triumfante” del arte de la impresión; en la segunda mitad del siglo las imprentas se extendieron de manera más ramificada en el territorio de la península, haciendo que se conocieran las

escritoras ligadas a las diversas realidades urbanas.

Muchas de las escritoras además eran hijas, hermanas o mujeres de literatos, médicos, científicos, maestros, miembros de academias y círculos intelectuales o formaban parte de la elite aristocrática y a esas alturas estaba bastante establecido que a ellas les tocara una instrucción, si no igual, al menos no tan disímil a la que recibían sus hermanos. Hacia las postrimerías del siglo, los círculos culturales y las academias recobraron vigor y se volvieron referencias cruciales para el restablecimiento de la producción intelectual, sentando las bases para una “República de las letras”. La práctica escrituraria de las mujeres por tanto ha de verse siempre en relación con su realidad social y con las redes que apoyaban sus ambiciones y que eran en general espacios de sociabilidad además de circulación de informaciones, como bien lo testimonian las academias italianas con las cuales muchas literatas estaban en contacto, si no es que directamente ya pertenecían a ellas. Esta intelectualidad femenina de la escritura no era una realidad aislada: junto a ella debemos ubicar otras figuras de artistas emergentes como las pintoras Lavinia Fontana o Artemisia Gentileschi, por ejemplo, acogidas por las academias, y sobre todo tantas músicas, cantantes y compositoras de teatro, entre las cuales estaba Isabella Andreini, que representaban los nuevos ámbitos de expresión y del gusto de la época.

Si volvemos a observar los datos relativos a la segunda mitad del siglo XVI y al comienzo del siglo XVII, sería natural esperar que nos encontráramos, en el balance de los géneros más producidos por las escritoras en el período que siguió al Concilio de Trento, la prevalencia de obras de tema religioso y, sin embargo, no es así en absoluto. Si hasta mediados del siglo 53 % de la producción femenina se relacionaba precisamente con el ámbito religioso, después de 1551 el porcentaje caía a 27 % y permanecía así también en la primera mitad del siglo siguiente. Puede causar estupor hallar tal cantidad de la producción editorial religiosa femenina justamente a finales de la experiencia renacentista que consagró a las literatas laicas ligadas a las cortes y a los círculos culturales, no obstante es necesario recordar que el estrecho vínculo que mantuvieron con los fermentos espirituales las llevó a cultivar, como se ha visto, temáticas espirituales, que en los años sucesivos se tornaron, empero, bastante riesgosas y a esas alturas superadas por los acontecimientos.

Con todo, las escritoras no depusieron la pluma sino que la afilaron y cambiaron de dirección, a menudo apuntando más, como se advierte en las dedicatorias, a la recepción femenina, mientras que antes los destinatarios eran en gran parte

hombres. Vale la pena subrayar este aspecto: se trata en efecto de otro pasaje significativo, señal de un refuerzo de la ligazón con el público de lectoras, presagio de un apoyo recíproco.

La cima de la producción se sitúa en el intervalo de los años 1575-1600: también este dato hace comprender que, agotada la experiencia de las “mujeres que conformaron grupos” con la muerte de las mayores protagonistas y el cambio de clima, de expectativas y de estilemas, otras salieron a la palestra, testigos de su tiempo y no menos deseosas de ocupar un lugar en el sistema literario.

¿Un cuadro sin sombras, entonces? No, en absoluto: es innegable que en la década de 1570 y con la mayor presencia de escritoras del ámbito monástico, hasta ese momento del todo exigua, se asiste a un ordenamiento debido a los resultados del proceso de normalización. Mientras que las escritoras laicas comenzaban a ser objeto de ataques misóginos, los conventos, que siempre habían sido sitios de cultura, pero que raramente dialogaban con el mercado de la impresión, se convertían, por el contrario, en espacios donde la creatividad individual de las monjas en los territorios de la escritura, de la música y del teatro era estimulada, legitimada y apoyada por las comunidades locales y, aun cuando estaba sometida a controles, encontraba más que antes salidas en las imprentas. Algunas de ellas, como Teresa de Ávila en España, a quien será indispensable volver, las dominicas Anne de Marquets en Francia, Cornelia y Girolama Castellani del monasterio boloñés de San Giovanni Battista o Lorenza Strozzi, florentina pero recluida en el convento de San Niccolò en Prato, o hasta la canónica genovesa Battista Vernazza y muchas otras, que Virginia Cox (para el caso de Italia) e Isabelle Poutin (95) (para el caso de España) han pacientemente identificado, fueron autoras de obras poéticas, teatrales, diarios espirituales, hagiografías y elogios de la Virgen. En ocasiones participaron en la composición de antologías de rimas organizadas por fuera del claustro, como en el caso de la palermitana Onofria Bonanno incluida en las Rimas de los académicos encendidos, de 1571, o de la agustina Laura Beatrice Cappello y de sus madrigales, ofrecidos en la Guirnalda de la condesa Angela Bianca Beccaria, de 1595. Alguna fue más allá del territorio literario buscando hacer circular entre las hermanas en la fe obras de ciencia, historia y geografía: así procedió sor Fiammetta Frescobaldi (1523-1586), del monasterio dominico de San Jacopo en Ripoli, quien compendió *La esfera del mundo*, de Alessandro Piccolomini, que había ido a la estampa en 1540 y fue muchas veces reimpresso, junto a otros tratados del mismo tema; compuso asimismo obras geográficas, crónicas del convento y el importante *Las cosas prodigiosas y calamitosas* desde el principio

del mundo hasta el año 1000 después de Jesucristo, el cual retomaba la obra de Giovanni Tarcagnola Sobre la historia del mundo. Todos libros que quedaron en su forma manuscrita, como muchísimos otros textos de monjas que, por lo demás, la mayoría de las veces rehuían a los objetivos literarios y de mercado y se aferraban a la necesidad de convencerse de su elección monacal, de reforzar la identidad de grupo y de procurarse una dimensión individual y emocional. Por este mismo propósito, en los conventos era bien acogida la producción teatral, también ella manuscrita, a veces no privada de calidad, como es el caso de Amor de virtud, de la dominica Beatrice del Sera (1515-1585), (96) cuyo fin era crear momentos de agradable entretenimiento y a la vez promover la cultura en esos espacios, menos abiertos que tiempo atrás a causa de la imposición de la clausura. La gran cantidad de muchachas recluidas a raíz de la decisión familiar por lo demás sugería, incluso en la reforma católica, que se permitía el desarrollo de las posibilidades expresivas, aunque vigiladas, y que daba a los monasterios una nueva función e imagen en la sociedad (cfr. fig. 10).

Figura 10. Escritura, canto y música en los conventos.

La mano de una monja de un convento veneciano llenó las páginas de guarda con pruebas de pluma y fragmentos de laudas compuestas para canto en una copia de los Salmos de David.

Arrivabene, Venecia, 1548, Venecia, Biblioteca nazionale marciana, 146 C 71 (con permiso del Ministero per i Beni e le attività culturali – Biblioteca nazionale marciana).

Si bien con muchas limitaciones respecto de los trayectos instructivos, los conventos seguían siendo lugares donde se ejercía inevitablemente la práctica escrituraria de distintos tipos, contable, administrativa y epistolar. A veces las abadesas tomaban la pluma además para defender bienes y terrenos, espacios de maniobra y de autonomía, y hacer sentir la fuerza de su rango, como demuestra la experiencia de Elena Orsini y de sus cartas al cardenal Alessandro Farnese para que no se trasladase el monasterio, regresar a vivir en Viterbo y mantener la propiedad de algunos prados ante la codicia del prelado de Castro. En el proceso que la conduciría ante el tribunal romano del Auditor Camerae a causa del escándalo suscitado por la relación con el obispo y el nacimiento de un hijo, al indicar en la deposición los sitios donde habían sucedido los encuentros carnales, precisaba que habían tenido lugar en el studiolo “donde acostumbraba escribir”. La escritura de la abadesa es poco fluida pero también en este caso rige lo que ya se ha repetido en cuanto a las inseguridades gráficas: escribió y esto nos alcanza y, por si fuese poco, envió cartas a sus superiores (97) (cfr. fig. 11). “Escribir a los poderosos” es una práctica que ahora comenzamos a encontrar también entre las mujeres y se hará cada vez más consistente, ya a través de otra persona, ya en forma autógrafa.

Almo 1^{mo} 5^{to} mio gratia 5^{mo}

371.

Agostino mio dato la tua di c. s. 3^{ma}
e p. m. e. d. l. e. s. e. s. ho inteso
gratuito la s. e. s. m. sic d. e. g. n. e. o
f. a. m. i. s. e. p. e. r. e. i. n. t. o. r. r. o. a. l. l. a. e. n. d. e. z. a.
d. e. l. m. a. l. e. i. n. t. a. s. i. t. o. r. e. l. a. s. e. d. u. l. l. i. g. n. a.
m. i. s. e. d. e. l. i. t. o. g. e. n. t. o. e. n. t. o. i. n. t. o. l. e. r. a. b. i. l.
d. e. l. o. v. e. g. e. n. t. o. s. i. a. p. r. a. t. t. i. c. a. a. u. r. e.
s. e. r. v. e. n. t. o. u. b. l. i. t. a. t. o. g. e. n. t. o. s. o. n. o. i. o.
c. i. s. s. e. s. e. m. p. r. e. s. o. l. t. o. g. e. n. t. o. e. n. o. v. i. d. e. l.
p. r. o. t. e. c. t. i. o. n. e. i. t. o. s. e. r. v. e. n. t. o. s. i. a. p. r. a. t. t. i. c. a. d. e. n. g. n. i. t. a.
t. e. n. i. r. d. i. r. e. e. i. o. p. i. u. s. d. i. s. t. a. r. c. o. s. s. i.
d. e. l. m. o. r. d. o. m. i. s. e. r. c. o. n. t. r. a. r. i. a. t. o. e.
o. r. g. a. n. i. p. r. a. t. t. i. c. a. s. e. r. v. e. n. t. o. e. s. i.
t. u. t. t. e. g. e. n. t. i. i. n. f. i. l. i. c. i. e. m. i. b. u. t. t. o. c. o.
e. n. g. n. i. e. n. t. i. l. i. p. r. i. v. i. t. a. t. o. n. e. l. l. e. p. r. a. t. t. i. c. a.
d. e. l. s. i. m. p. l. i. c. i. t. a. t. o. s. e. n. d. e. i. n. g. u. a. l. l. o.
e. n. g. n. i. i. n. d. e. r. b. i. t. a. t. o. s. e. n. d. e. i. n. g. u. a. l. l. o.
e. n. t. i. l. m. e. n. t. e. e. i. s. e. r. v. e. n. t. o. d. e. n. g. n. i. c. d. e. l. l. a.
s. e. r. v. e. n. t. i. a. t. o. s. i. d. i. m. o. l. t. i. v. i. s. p. e. n. t. i. e. l.
s. e. r. v. e. i. d. i. o. c. o. z. e. r. v. i. l. i. t. a. t. o. e. n. t. o. e. l. l. a.
t. o. t. u. t. t. a. l. a. c. c. t. e. s. e. n. d. e. i. n. g. u. a. l. l. o.
s. i. l. i. c. i. e. e. n. t. i. l. a. p. r. o. m. e. s. s. a. r. e. v. i. b. u. t. i. o. n. e.
d. e. i. s. e. r. v. i. s. i. l. i. c. i. e. e. n. t. o. e. n. g. n. i. v. e. n. t. i. a. t. o.
l. i. b. e. r. i. o. t. e. n. e. n. t. i. a. l. l. i. n. i. s. g.

D. S. 3^{ma} e p. m.

Figura 11. La escritura de la abadesa Orsini.

La abadesa del convento de Castro escribe al cardenal Alessandro Farnese en noviembre de 1569: la escritura no es forzada, pero es deficiente, desde el punto de vista sintáctico y ortográfico.

Nápoles, Archivio di Stato, Archivio Farnesiano, b. 576, f. 371r. Lisa Roscioni, *La badessa di Castro. Storia di uno scandalo*, Bologna, il Mulino, 2017, al que se debe la reproducción del documento (con permiso del Ministero per i Beni e le attività culturali – Archivio di Stato di Napoli).

Un ejemplo del ámbito laico de este tipo de textos refiere a una singular protesta de las mujeres pertenecientes a la aristocracia en contra de las leyes suntuarias que, gestada en varios sitios como Venecia y Bolonia ya en el siglo anterior, llegaba a expresarse con más consistencia y resonancia a través de la impresión de un opúsculo que salió a la luz en Cesena en 1575 destinado al presidente de Romagna, monseñor Lattanzi. Aparte de la defensa del uso legítimo de los ornamentos del cuerpo y de todo aquello que podía hacer que resaltase su belleza y dignidad de rango, las autoras ponían en juego una cuestión eminentemente política que dirigía el foco hacia el distinto estatus social de los dos géneros:

No pueden ser legítimamente prohibidos las telas, los paños, los veros heráldicos y los otros ornamentos; con tanta más razón los necesitamos, reverendísimo monseñor, cuanto que a nosotras, que no somos admitidas en ningún cargo público, despojadas de todo magisterio y finalmente privadas por completo de cada una de las dignidades grandes o pequeñas, en orden a quitarnos tanta miseria se nos ha concedido este culto y estos ornamentos. Estos que tenemos (¡oh, hombres!) en lugar de vuestras dignidades, vuestros magisterios y vuestros cargos públicos. (98)

ALFABETISMO Y DISCIPLINAMIENTO DESDE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVI HASTA PRINCIPIOS DEL SIGLO XVII

Un estímulo que contribuyó a mantener vivo más en general el deseo de las mujeres de consolidarse con la pluma y mantener la eficacia de los vasos comunicantes de que hemos hablado, entre escritura ordinaria y literaria, derivó paradójicamente también de los efectos de las campañas de “aculturación” de los fieles llevadas a cabo por la Contrarreforma o en el área protestante, tendientes a contrastar herejía y desviaciones, a través de la actividad de las escuelas de catequismo, de caridad y la acción de grupos nuevos como las ursulinas. Se trataba de una alfabetización de base, como aquella que se recibía en los conventos o en las escuelas del domingo, que apuntaba a ofrecer los instrumentos para leer libros de doctrina y de oración y para poder escribir las propias experiencias espirituales bajo la dirección de los confesores o de los padres espirituales. Era un tipo de instrucción acotada y funcional que buscaba consolidar roles sexuales y posiciones sociales en los que estaban incluidas cada una de las personas, que no quería permitir un acceso femenino a conocimientos más elevados, sino que fue superficial. En 1597, una esclava siciliana de condición modesta escribió de su puño y letra desde Biserta, una ciudad costera de Túnez adonde había sido conducida, a una dama palermitana para que intercediese con el general de las galeras de Sicilia con el fin de que efectuase un intercambio: si se liberaba al hermano de su amo árabe, encadenado en una nave, ella habría podido recuperar su libertad. (99) Es este un ejemplo significativo de una alfabetización en expansión, de prácticas por lo general presentes a nivel elemental, funcional, todavía restringidas en la población y desiguales entre varones y mujeres, mas no privadas de una importancia social y cultural. Pese a estar vigilada y dirigida hacia fines morales, esta campaña de instrucción de matriz confesional católica –si bien se realizó del mismo modo en el área protestante– promovió en cualquier caso las capacidades de lectura y en parte de escritura de las mujeres y nutrió los procesos de concientización de sí y de autoafirmación.

El cuadro general es por tanto ambivalente: la Europa marcada por las luchas de religión, por la fragmentación del mundo cristiano, experimentaba un fuerte impulso hacia el disciplinamiento femenino en ambos ámbitos, sin embargo en

todas partes iba aumentando sobre todo la capacidad de leer y de escribir, aunque esta última en menor medida. No es por consiguiente en este ámbito donde podremos palpar los efectos sobre las mujeres de la Contrarreforma o de los dictámenes reformados. De una parte como de la otra se habría querido que fuesen, como lo sabemos, “castas, silenciosas y obedientes”, según las palabras de San Pablo, que a la sazón afortunadamente no se ocupaba de la lectura y de la escritura, pero ya era impensable privar a las mujeres, como a los estamentos de artesanos y de trabajadores, de instrumentos de comunicación que acompañaban la vida cotidiana y de los cuales todos y todas tenían alguna experiencia, como mínimo visual. Era imposible detener el flujo de la correspondencia, parar la escritura de las mujeres de letras, de libros contables, de registros mercantiles, en especial si administraban patrimonios, como el caso de la española María de Mendoza y de su cuaderno de pagos, elaborado entre 1575 y 1581. (100)

Además de las compras, sucedía cada vez con mayor frecuencia que se anotaban pensamientos, rezos, memorias personales. La joven inglesa Ann Bowyer de Coventry, cuyo padre era un artesano textil, al inicio del siglo XVII compiló un libro en el que transcribía fragmentos de poemas, textos satíricos, cuentos, ejercicios de caligrafía, (101) así como hizo en aquellos mismos años la friulana Sofonisba Antonini, dejando recuerdos de las diversas etapas de su vida. (102)

Las ciudades eran lugares de escrituras expuestas de variados géneros, comerciales, policiales, infamantes, jurídicas; los “avisos” habían comenzado a circular con el propósito de informar con celeridad, y a menudo se pegaban sobre los muros; cada vez más los intercambios ordinarios e impuestos por el Estado se regulaban por contratos formalmente redactados. La oralidad ya no era la forma predominante y las hojas escritas entraban en todos los ámbitos.

La lectura indudablemente fue la más golpeada: circulaba una cantidad bastante más reducida de libros, en particular los de la literatura profana, y pesaban sospechas sobre la lectura libre con el riesgo real de decomiso de los textos y la inclusión en el índice de los libros prohibidos.

Ni las restricciones ni la censura llevadas a cabo por el disciplinamiento y los dictámenes religiosos parecen haber tenido, empero, consecuencias directas en el alfabetismo y en la capacidad de escribir. La lectura intensiva de pocos y elegidos textos no operó en ese nivel, pero por cierto encauzó y debilitó las fuerzas expresivas, redujo los estímulos culturales y los horizontes mentales, en especial de las mujeres. Si la documentación conservada en los archivos muestra

hasta qué punto la práctica de la escritura atravesaba la vida de un número cada vez mayor de personas, hombres y mujeres, especialmente en Italia el estancamiento literario y las pocas voces femeninas presentes en los años sucesivos del siglo XVII parecen atestiguar un bloqueo en la dinámica de los vasos comunicantes: la presión ideológica y normativa junto a la separación de los circuitos, también en razón de la distancia entre la lengua literaria y la lengua corriente, a la larga volvieron arduo el pasaje hacia la escritura creativa y tal vez provocaron un debilitamiento del deseo y de la ambición.

NUEVAS EXPERIENCIAS LITERARIAS Y NUEVAS VOCES

Hacia el fin del siglo ya se había agotado además el impulso del petrarquismo, y por otro lado la celebración del amor era vista con mayor sospecha, mientras que un género que se ponía muy en boga era el madrigal, que por lo demás conservaba bajo la superficie temas petrarquescos y que se inscribía en las prácticas de la sociabilidad, en que la música y la exhibición del canto iban adquiriendo poco a poco una relevancia mayor, así como el teatro. Algunas mujeres comenzaron a dedicarse a él, como Maddalena Casulana (1544-1590), que fue compositora, instrumentista y cantante. En 1568 publicó en Venecia con Girolamo Scotto, tras ya haber participado en algunas recopilaciones, la primera obra que lleva su nombre *El primer libro de madrigales a cuatro voces*, con una dedicatoria a su mecenas, Isabel de Médici, donde afirmaba su voluntad de “mostrarle al mundo [...] en esta profesión de la música, el vano error de los hombres que se creen tan dueños de los altos dones del intelecto que a la par de ellos las mujeres no pueden poseer por igual”. (103) En 1570 y en 1583 salían otras recopilaciones, que junto a las presentaciones en varias academias consagraron la fama del madrigal. A ello se dedicaron también varias monjas como la benedictina Caterina Assandra, Vittoria Aleotti, de Ferrara, y asimismo Cesarina Ricci.

A raíz de la necesidad de encontrar otros canales expresivos, que respondieran al gusto que estaba cambiando, a la prudencia sugerida por el contexto histórico, a las emergentes sensibilidades barrocas que abrazaban la disimulación, el enmascaramiento, la ficción; también las escritoras fueron llevadas a sondear nuevos géneros, entre los cuales estaba el drama pastoral: Maddalena Campiglia

(1553-1595), ligada a la Accademia Olimpica de Vicenza, publicó en 1588 *Flores*, obra que tuvo una buena repercusión y que bajo las tranquilizadoras vivencias de parejas de pastores cantaba al amor entre las mujeres y expresaba una distancia de la institución matrimonial. El mismo año salía en Verona la fábula bucólica *La Mirtilla* de la paduana Isabella Andreini (1562-1604) del grupo de la Compagnia dei Gelosi ['Compañía de los celosos'], la más célebre actriz de la Comedia del Arte, que tomaba como referencia la *Aminta* de Torquato Tasso. (104) Poeta, conocida también en Francia donde se imprimieron sus rimas, en 1589 conoció un éxito extraordinario con la puesta en escena en Florencia, para la boda de Fernando I de Médici y Cristina de Lorena, de *Locura de Isabella*, que ella concibió, escribió e interpretó. Es preciso recordar que en Italia, a diferencia de Inglaterra, por fuera de los territorios del papado y bajo la influencia de España, las mujeres podían recitar, más allá de presentar sus trabajos en las academias.

Pocos años más tarde, en 1605, salía en Venecia una obra experimental de mano femenina: una novela de ambientación pastoril, *La Arcadia feliz*, de Lucrezia Marinella (1571-1653), una de las escritoras más prolíficas y más presentes en el panorama editorial de finales del siglo XVI y de la primera mitad del siglo XVII, hija de Giovanni, un médico de cultura humanista. En esa pieza narraba el establecimiento del emperador Diocleciano, tras su abdicación, en la región de Arcadia, y exaltaba el dominio de la razón y la renuncia al poder a cambio de la tranquilidad de ánimo. De esta manera se comenzaba a transportar a los lectores y a las lectoras hacia ambientes distantes de la realidad donde todo era posible, comprendidos incluso los trastrocamientos de los papeles masculinos y femeninos, y eso hallaba nuevas expectativas del público en Italia y todavía más en el exterior. Al comienzo del siglo XVII, la *Astrea* del francés Honoré d'Urfé se imponía como modelo de la novela pastoril, al tiempo que Sir Philip Sidney, uno de los más importantes personajes y escritores de la época isabelina, ya a finales del siglo XVI había hecho publicar la primera redacción de su *Arcadia*, bajo la influencia de *Diana* del portugués Jorge de Montemayor, publicada en 1559. En este contexto se insertaba Lady Mary Wroth (Sidney, de soltera, 1586-1652), condesa de Montgomery, sobrina de la literata y apreciada traductora Mary Sydney, condesa de Pembroke, y de Philip Sidney. A causa de la muerte de su marido en 1614 y de las consiguientes dificultades económicas, Mary Wroth decidió enviar a la stampa su novela *Urania*, que había circulado como manuscrito en años anteriores, con miras a obtener alguna ganancia. Es así como en 1621 se imprimió en Londres la primera novela escrita por una inglesa. La obra suscitó múltiples reacciones, ya sea por el intento de crear una nueva

imagen femenina que sustraía de los estereotipos de género, ya sea por las tramas amorosas que parecían referirse a lo que sucedía en la corte de Jacobo I Estuardo; la autora fue obligada luego a retirarla. El drama pastoral *El triunfo del amor* que ella compuso, cuyos protagonistas principales son Venus y Cupido, nunca fue impreso.

Otro género en el cual las escritoras se afianzaron fue el poema heroico: la primera en abordar la empresa fue la napolitana Margherita Sarrocchi (1560-1617) quien, educada en el monasterio de Santa Cecilia en Trastevere, tuvo maestros ilustres, entre los cuales estaba el matemático Luca Valerio, y luego se relacionó con los mayores literatos de su tiempo, como Torquato Tasso y Giovan Battista Marino. Su salón era muy frecuentado y fue acogida en prestigiosas academias romanas, escribió rimas y tradujo del griego, pero su fama sobrevino tras la publicación en Roma en 1606 del *Scanderbeide*: un poema en veintitrés cantos dedicados a las hazañas del héroe albanés Gjergj Kastrioti “Skanderbeg” contra los turcos desde 1443 hasta 1468 y que a la sazón se erigió para Europa en el defensor de la cristiandad, pero que, dado el expansionismo otomano aún amenazante para el continente, también entonces constituía un tema de acuciante actualidad. Además del sabio tratamiento de ambientes geográficos e históricos que demuestra la extensa cultura de la autora, el entramado construido permitía a Sarrocchi atribuir una gran relevancia a las presencias femeninas y al discurso de ellas sobre los hombres, infieles, inconstantes y engañadores. Confió la revisión del texto a Galileo Galilei, con quien mantuvo una prolongada relación epistolar y estuvo ligada a él por los intereses científicos que continuó cultivando hasta el final de su vida. La versión definitiva y completa vio la luz recién en 1623, al cuidado de su sobrino Giovanni Latini.

Con menor éxito, Lucrezia Marinella transitó este género: su poema heroico *Enrique, o la conquista de Bizancio*, publicado en 1635, narra la toma de Constantinopla de los venecianos guiados por el dux Enrico Dandolo. Moderata Fonte (1555-1592), en cambio, se empeñaba en la composición de un poema caballeresco, *Floridoro*, donde se contaban las aventuras de Risamante, una mujer guerrera, descendiente de los Médici, bastante más emprendedora y valiente que el joven caballero Floridoro. El valor de la protagonista le permitía introducir algunas consideraciones acerca de la supuesta inferioridad femenina, en especial en el canto IV: “Si cuando al padre le nace una hija / la pusiese con el hijo en una obra igual / no sería en las empresas altas y gráciles / inferior ni desigual al hermano / o la pusiese entre las escuadras armadas / consigo, o a aprender algún arte liberal: / pero por qué en otros asuntos se la enseña / y para

la educación es poco estimada”. (105)

Si la disimulación y el enmascaramiento en la escritura como en la vida se habían vuelto un estilo compartido y apreciado y a la vez una exigencia para protegerse, con mayor razón eran oportunos y convenientes a las mujeres de la pluma: un caso interesante es el representado por la inglesa Emilia Bassano Lanier o Lanyer (1569-1645). Descendiente de una familia italiana de origen judío, probablemente veneciana, pudo tener una instrucción elevada porque el padre se convirtió en músico de la corte y de tal suerte consiguió entrar en contacto con los ambientes de los lores que apoyaban a William Shakespeare, a quien conoció y de quien, según algunos estudiosos, fue amante. Se consolidó como poeta con la publicación en 1611 de *Salve Dios, Rey de los judíos*, dirigida a su mecenas Margaret Clifford, condesa de Cumberland: a través de más de doscientas estrofas en rima dedicadas a la pasión de Cristo, la autora compuso en realidad una imagen de la vida de las mujeres que estaban junto a Jesús, evidenciando su fidelidad y su presencia, a diferencia de los apóstoles, durante la Pasión, la deposición y hasta la Resurrección; concitó la atención de los lectores hacia muchas mujeres, defendiendo su valor y subrayando los maltratos y la maledicencia de los hombres, desde la mujer de Pilatos, quien intentó impedir el proceso y la condena, remontándose hasta Eva, acusada injustamente del pecado original, de cuya responsabilidad se sustrajo a Adán. Una obra que, ya desde la dedicatoria “a las mujeres virtuosas contra los detractores del sexo femenino”, y por las rimas ofrecidas a numerosas damas presentes en su círculo, volvía el argumento religioso en dirección de una apología femenina.

Dos escritoras merecen por último una mención especial, que se distinguen por su ubicación social y por sus escritos, que se apartaban de la “normalización” femenina: la inglesa Isabella Whitney (1540-ca. 1580) y la veneciana Veronica Franco (1546-1591). Las condiciones económicas de Whitney, a pesar de que había recibido una cierta educación y provenía de la clase media, la obligaron a emplearse como doméstica en una acomodada familia londinense, actividad que al mismo tiempo comenzó a compaginar con la venta a los impresores de sus composiciones poéticas. La primera recopilación, pedida por el editor Richard Jones, especializado en opúsculos populares, apareció en 1567 y se tiene por la primera impresión de una obra en versos escrita por una inglesa y por añadidura de extracción baja; comprendía cuatro largos poemas, casi baladas, que describían con vivacidad e ironía la vida cotidiana de las clases humildes, los trabajadores desempleados y las mujeres abandonadas por los amantes y en procura de trabajo, en particular la composición titulada *La copia de una carta*,

recientemente escrita en metro, por una joven gentildama: a su inconstante amante. En 1573 publicaba *Un dulce ramillete de flores o agradable bouquet*: contiene ciento diez flores filosóficas, versos sobre temas de la fortuna, del amor, de la pobreza y de la amistad que al final presentaba *La última voluntad y testamento*, una despedida de Londres donde describe minuciosamente la vida de la calle, de los talleres y de los oficios y de los cuales, ya sin empleo, debió irse: “El momento ha llegado, debo partir / de ti, ¡ah, famosa ciudad!”. (106)

Desde otro contexto “excedente” proviene la escritura de la veneciana Veronica Franco, cortesana, aunque en contacto con círculos culturales y ambientes aristocráticos; culta y muy hábil con la escritura, al punto de desafiar en un duelo literario al poeta Maffio Venier que la había ofendido, no tuvo una vida fácil. Los tiempos habían cambiado: el giro moralista y misógino requería menor visibilidad y mayor perspicacia, mientras que su posición la exponía a los ataques, tanto como para tener que presentarse ante el tribunal de la Inquisición. Veronica consiguió publicar en 1575 su cancionero, *Las terceras rimas*, donde renovaba los cánones del petrarquismo que incluía una brillante coloquialidad con admiradores y amantes, un diálogo en rima que aludía abiertamente a sus propias habilidades eróticas; es significativo, empero, que no se consignen datos del impresor ni del lugar de stampa, que ciertamente fue Venecia. Peculiaridades que se hallan asimismo en el volumen de cartas salido en 1580, sin nombres de destinatarios a excepción de la misiva dirigida al rey de Francia, Enrique III, quien había conocido a Veronica en Venecia, y otra a Tintoretto. Son cartas que han asimilado bien la lección de Aretino y se ubican en una dimensión social de conversación placentera y conocedora, a menudo de celebración de la ciudad, de elogio a la sabiduría y a la amistad, a la vez operando para transmitir de sí misma un retrato de intelectual –“pasaría todo mi tiempo dulcemente en las academias de los hombres virtuosos”– (107) y para defender su propio género.

Los epistolarios femeninos por otro lado habían conquistado una plaza en el mercado editorial y no solo en Italia: en 1586 se publicaron en París *Las misivas de las señoras Des Roches*, madre e hija, que dan testimonio de la red intelectual y de amistad del salón conducido por madre e hija, y del estilo refinado y erudito de ambas.

Un lugar aparte merecen, en cambio, las memorias de la reina Margarita de Valois (1553-1615), hija de Catalina de Médici, testigo de las cruentas luchas de religión y de las intrigas políticas, cuyo punto culminante se manifestó en la masacre de los hugonotes precisamente durante las fiestas en honor a su

matrimonio. Rodeada de una fama negativa, Margarita comenzó a escribir en 1594 a fin de responder al retrato que Brantôme le había dedicado, reconstruir su imagen y forjarla en términos de heroísmo aristocrático. En la introducción de la obra, para afirmar la veracidad de su relato, escribió: “Yo trazaré mis memorias, a las cuales no atribuiré un título más glorioso, si bien merecerían el de historia, por la verdad desnuda que en ellas hay contenida, sin ornamento alguno”. (108) Su obra, cuya intención era poner en evidencia la conducta del rey Enrique IV, sin embargo traspasa los polémicos objetivos, ya sea por calidad literaria y los influjos de su cultura renacentista, ya sea por su trama histórica y política, al ofrecerse a un público general de lectores. Escrita en primera persona del singular, inauguraba un nuevo género, la autobiografía aristocrática, y al mismo tiempo se presentaba como la primera narración de este tipo realizada por una mujer francesa. Publicadas póstumamente en 1628, las Memorias de Margarita de Valois, reina de Francia y de Navarra fueron saludadas desde la naciente Académie française como algo único en la literatura francesa, conocieron un grandísimo éxito con una treintena de ediciones en el siglo XVII y se convirtieron en un modelo de referencia seguido por otras escritoras que comenzaron a considerar la historia como un campo de posibilidades expresivas.

Signo de la transformación de los tiempos y de la apertura de nuevos territorios vinculados asimismo a algunas profesiones es la aparición de libros de ciencia, puericultura y cocina firmados por mujeres: Oliva Sabuco de Nantes Barrera (1562-ca. 1622), escritora y filósofa española, daba a la estampa en 1587 en Madrid el tratado Nueva filosofía de la naturaleza del hombre, dedicado al rey Felipe II de España, una extensa recopilación de tratados médicos y psicológicos sobre la naturaleza humana y los efectos de las emociones en el cuerpo y en el alma, en los que se buscaba la salud y la felicidad alcanzable incluso por medio de la conversación y el equilibrio entre las pasiones y la razón.

Louise Bourgeois (1563-1636), que fue la partera más famosa y apreciada de Francia, redactó el manual para la enseñanza de la obstetricia Observaciones diversas sobre la esterilidad, el aborto, la fertilidad, el parto y enfermedades de la mujer y los recién nacidos, publicado en 1609 y dedicado a la reina María de Médici, su principal patrocinadora, revisado y ampliado algunos años después.

Anna Keller (ca.1550-1596), casada con el médico y físico suizo Jakob Wecker, además de ser una poeta colaboró con su marido en la formulación de medicamentos, y tras la muerte del cónyuge publicó una ampliación de su obra Antidotarium speciale, que había visto la luz en Basilea en 1586. Compuso al

final de su vida el primer libro de cocina escrito por una mujer aparecido en el área germánica: Un nuevo y delicioso libro de cocina, que se publicó en 1597 y se reimprimió muchas veces.

Dorothy Kempe Leigh fue autora de un popular manual de instrucción sobre la educación de los hijos, *La bendición de las madres*, cuya primera edición data de 1616, así como Elizabeth Brooke Jocelin (1596-1622): su *El legado de una madre a su hijo por nacer* apareció póstumamente, en 1624.

He aquí pues que el panorama de las escrituras femeninas, los géneros recorridos y atravesados, nos muestran en la práctica el despliegue del deseo de las mujeres de salirse del ámbito del corazón y de lo doméstico y de aventurarse en muchos otros campos y dominarlos como autoras.

MODELOS FEMENINOS DE ESCRITURA Y DE SANTIDAD EN LA CONTRARREFORMA

La experiencia y la escritura de Teresa de Ávila (1515-1582) se desarrollaron en el clima de intransigente represión del disenso político y religioso instaurado en España por Felipe II, sucesor de Carlos V. Si en la primera mitad del siglo los alumbrados,* entre los cuales muchas mujeres estaban activas –por ejemplo Sor María de Santo Domingo, conocida como la beata de Piedrahita, María de Cazalla e Isabel de la Cruz–, todavía estaban presentes en los fermentos culturales junto a las corrientes erasmianas y espirituales, luego sospechas y procesos inquisitoriales arrasaron con los movimientos no plenamente ortodoxos.

Teresa, nacida en una familia de ricos e instruidos comerciantes de origen judío, aunque convertidos, debió defenderse, como muchos otros conversos, y muchas veces atrajo la atención de la Inquisición. Con apenas veinte años decidió, contrariamente a la voluntad del padre, entrar en el monasterio de las carmelitas, comenzando un penoso tránsito de enfermedades e inquietudes personales, hasta la decisión de trasladarse a otra institución de costumbres más rigurosas. Comenzó entonces su lucha, muy resistida, por una reforma de la orden, involucrando a la línea masculina de los carmelitas gracias a la adhesión de Juan

de la Cruz: a tal fin fundó nuevos conventos en varios sitios de España, si bien la orden de las Carmelitas descalzas sería aceptada recién en 1580, poco antes de su muerte.

Lectora apasionada en la juventud de novelas caballerescas que eran la pasión de su madre, con una gran valoración de la cultura, hizo de su escritura un extraordinario instrumento comunicativo gracias a un estilo directo, original, comprometido, pero a la vez bastante contenido. Su autobiografía, que le había sido requerida por los confesores, tuvo varias redacciones entre 1562 y 1565 a causa del control del texto, como explica en el exordio: “Me han mandado y dado larga licencia para que escriba el modo de oración y las mercedes que el Señor me ha hecho”. (109) La obra narraba tanto las etapas de su toma de conciencia cuanto su experiencia de oración mental, que le importaba explicar de manera de poder orientar concretamente a los lectores, ya que afirmaba “estas cosas de oración todas son dificultosas y, si no se halla maestro, muy malas de entender”. (110) Se colocaba pues como maestra, respecto de tantos confesores que a menudo la habían desilusionado, aconsejando ante todo que había que partir del conocimiento de sí. Para ejercitarse indicaba que una metáfora útil era la del jardinero, que con gran esfuerzo e inútiles intentos debía sacar agua de un pozo profundo: “y muchas veces le sucederá de no tener fuerza ni siquiera para levantar los brazos, o sea de tener un buen pensamiento, entendiendo que este sacar agua del pozo es lo mismo que obrar con el entendimiento”. (111) O animaba a ocuparse de la imagen de Cristo en el huerto de los olivos, esforzándose por sentirse próxima a él, a sus sufrimientos y a su empeño. Teresa conseguía volver accesibles, gracias a una escritura sabia y expresiva, sus sensaciones de estar “invadida” por el vivo sentimiento de la presencia de Dios, y anotaba: “Creo que lo llaman teología mística [...] el alma suspendida de tal modo que está toda fuera de sí: la voluntad ama, la memoria me parece estar casi perdida, el entendimiento no discurre, a mi parecer, mas no se pierde”. (112)

La autobiografía, junto a sus otras obras, entre las cuales está la notable *Castillo interior*, que ya circulaba en versión manuscrita, se publicó de manera póstuma en 1588 en Salamanca y se tradujo rápidamente a otras lenguas, mientras que Teresa era beatificada en 1614 y declarada santa por el papa Gregorio XV en 1622.

Con este texto dio inicio un modelo de autobiografía femenina de gran éxito y de referencia sucesiva para toda la escritura espiritual de las mujeres, que, empero, raramente llegó a igualar su estilo límpido, decidido y plenamente autoral; al

mismo tiempo se inscribió como modelo literario en la tradición textual española del Siglo de Oro.

Otra figura femenina se impuso en esta dimensión a fines del siglo, la florentina María Magdalena de Pazzi (1566-1607). Ya a los dieciséis años quiso entrar en un monasterio, primero en el de San Giovannino delle Cavalieresse de Malta, luego, desilusionada por el poco rigor, solicitó ser aceptada en el monasterio carmelita de Santa Maria degli Angeli, marcado por la tradición de Girolamo Savonarola y donde se custodiaba con devoción el cuerpo de Maria Bartolomea Bagnesi, una terciaria dominica muerta en 1577 en olor de santidad. De inmediato comenzaron los éxtasis, en los cuales, además de correr, bailar o permanecer inmóvil durante prolongadísimos períodos, hablaba a Cristo o refería las palabras que recibía de él, o a Dios, o incluso narraba sus visiones místicas. Por voluntad del padre confesor algunas hermanas se alternaban en el esfuerzo de citar sus locuciones, organizándose de modo de estar presentes siempre en un número tal que les permitiese ser capaces de verificar la exactitud de lo transcrito, con un resultado muy original, intercalando transcripciones con comentarios acerca de sus posturas y silencios: “Y puesto que ella no nos ha podido decir otra cosa a excepción de lo que se ha escrito, no obstante escribiremos aquí esas palabras en el modo en que surgieron de su boca. Y dejaremos el espacio de una a la otra para que se vea cuándo estaba en silencio y cuándo recomenzaba”. (113) Lo realizado en esta peculiar manera fue entonces una escritura mediada, fruto de testimonios y del esfuerzo colectivo que involucraba a la comunidad que a través de ella se valorizaba y se representaba.

María Magdalena raramente empuñó ella misma la pluma; lo hizo hacia el final de su vida cuando quiso ocuparse más allá de los muros del convento en una reforma de la Iglesia, enviando cartas al papa Sixto V, al arzobispo de Florencia, a otros prelados, que, sin embargo, raramente salieron de los límites de la clausura, también por el desconcierto que provocaron, lo que le causó desazón. El proceso de beatificación comenzó inmediatamente después de su fallecimiento y concluyó en 1626; en 1669 fue proclamada santa. La recopilación de los textos transcritos, al cuidado del hermano Lorenzo Maria Brancaccio, salió por primera vez en Nápoles en 1643 y se reimprimió en varias ocasiones.

ESCRITURAS PROTOFEMINISTAS

La crisis de los valores renacentistas a finales del siglo XVI, seguida por el fin del universalismo cristiano, por las guerras, inquietudes y temores, erosionó las certezas y produjo dudas. Acaso no sea casualidad que en esa atmósfera bastante menos serena y con una renovada misoginia aparecieran los primeros escritos reivindicativos de las mujeres que confiaban su vis polémica a la prosa y ya no solamente a los versos. El surgimiento de tal disenso representa una conciencia que trascendía los confines y este fenómeno se ha constatado en varios contextos europeos. Lo más interesante de todo es que fueron mujeres no aristocráticas quienes se convirtieron en intérpretes de ese disenso.

La primera obra de este género en aparecer está firmada por una inglesa de quien poco se conoce porque se ocultaba bajo el significativo seudónimo de Jane Anger, un apellido que significa “ira”. En 1589, publicaba en Londres *Protección para las mujeres*, como respuesta a los ataques de Thomas Orwin en su *Boke His Surfeit in Love*. Anger criticaba el dominio masculino con mordaz y por momentos cómica ironía, rechazando todas las acusaciones y los prejuicios para devolverlos al remitente: son los hombres, escribía, por ejemplo, quienes poseen una lengua indisciplinada y descontrolada. Enfatizaba la superioridad moral del género femenino, que los hombres debían reconocer y estar agradecidos porque vienen al mundo, son curados en sus enfermedades, alimentados y vestidos gracias a las mujeres. Alertaba a estas de la fingida amistad, los halagos y las ansias sexuales de los lobos vestidos de ángeles, y sostenía las capacidades intelectuales femeninas y su necesaria educación.

Diez años después salían en Venecia dos tratados que no se circunscribían a refutar las acusaciones y a responder a las calumnias, sino que desplegaban un elaborado pensamiento político de crítica a la sociedad y a los límites impuestos a las mujeres, entrando con voz autorizada en la querelle des femmes: *El mérito de las mujeres*, de Moderata Fonte, y *Las noblezas y excelencias de las mujeres*, con defectos y faltas de los hombres, de Lucrezia Marinella; ambos fueron publicados en 1601 por el sienés Giovanni Battista Ciotti, impresor de la influyente Accademia Veneziana Seconda.

Tras la muerte de Moderata, el primero se imprimió antecedido de una biografía de la autora, debido al interés de su tío Giovanni Nicolò Doglioni: notario y magistrado veneciano, bien integrado en los circuitos intelectuales de la ciudad y miembro de la academia, fue el promotor de la carrera intelectual de la sobrina.

La obra posee una estructura de diálogo, referente a las conversaciones desarrolladas en un agradable rincón de un jardín entre siete mujeres venecianas de diferente estado civil, lo que permitía que ellas discutiesen de los valores y los defectos del matrimonio, de la libertad de la viudez, del placer de dedicarse a las letras sin tener que someterse a un marido. Si por un lado se elogiaba la libertad que la República de Venecia concedía a sus ciudadanos, por otro se denunciaba que esa misma libertad hubiese sido quitada a las mujeres por un “abuso que se ha instalado en el mundo, que luego, con el correr del tiempo, se ha vuelto lícito y habitual”, hasta tal punto que se las convirtió en esclavas. “¿Qué tenemos que ver, os ruego, con magistrados, tribunales de palacio y tales desviaciones? ¿O no desempeñan todos los hombres estas ocupaciones en nuestra contra? ¿No nos exigen, a pesar de que no tenemos obligación hacia ellos? ¿No procuran su beneficio en nuestro daño? ¿No nos tratan como extranjeras? ¿No se hacen precisamente de nuestro pecunio?”. (114) En la conversación se pasaba revista a los agravios de los hombres, en especial de padres y hermanos hacia hijas y hermanas, en contra de las numerosas y meritorias cualidades femeninas. En el segundo día, las siete mujeres tratan, en cambio, la alquimia, la botánica, la medicina y la dietética: las nociones a las que se hace referencia representan mucho más que una enciclopedia de saberes populares y por el contrario se ubican en el proceso de nacimiento de la ciencia y demuestran la clara voluntad de Moderata Fonte de participar, y de hacerlo desde una perspectiva de género. No podía faltar en el texto la acusación hacia el negado acceso a la cultura:

También a este propósito muchos suelen prohibir a sus mujeres –continúa Leonora– aprender a leer y a escribir, alegando que es la ruina de muchas mujeres, como si de la virtud no siguiese sino su opuesto, el vicio [...] y con mayor razón ha de decirse sobre el aprendizaje de alguna ciencia, puesto que ha de suponerse que más fácilmente pueda caer en el error un ignorante, que un sabio e inteligente; la experiencia indica que son muchas más las impúdicas ignorantes que las doctas y virtuosas. ¡Cuántas criadas que no saben leer, cuántas campesinas y mujeres de pueblo se dejan vencer por sus amantes con poca resistencia! (115)

El tratado de Lucrezia Marinella nacía asimismo en el seno de la Accademia

Veneziana Seconda, como demuestra la dedicatoria dirigida a uno de sus miembros, el médico y literato Lucio Scarano; quizá se pidió a la autora que respondiese a una serie de obras misóginas, entre las cuales estaba aquella que había salido el año anterior, siempre en Venecia, de Giuseppe Passi, *Los defectos de las mujeres*. En ella, el autor sostenía la inferioridad femenina apelando a la autoridad de Aristóteles, pero Lucrezia Marinella ante todo desmontaba el análisis de la estructura fisiológica de la mujer hecha por el estagirita: ya no solo materia, sino principio de vida y de espíritu; de naturaleza templada, no fría y húmeda como había afirmado el filósofo. Partiendo del tratamiento de las cualidades del cuerpo femenino, Marinella procedía a sostener la superioridad de las mujeres, evidenciando las contradicciones de los textos citados por la tradición misógina. Además de Aristóteles, blanco principal, descargaba golpes contra Boccaccio, Torquato Tasso, Sperone Speroni y Passi, y presentaba una galería de mujeres egregias por méritos varios, entre las cuales había conductoras de ejércitos y de empresas heroicas por amor a la patria. Cada afirmación se apoyaba en fragmentos extraídos de fuentes históricas, incluso en latín, o de poemas y rimas. Marinella proponía ejemplos de otras culturas en que las mujeres eran tratadas con valor y respeto, rechazando así que la subordinación femenina supusiese una presunta ley natural, sino que más bien debía interpretarse como un mero derivado de falsas opiniones y sobre todo el acceso a la cultura que se les negaba: “Dado que los hombres, por temor a perder el señorío y devenir siervos de las mujeres, a menudo prohíben a estas incluso el saber leer y escribir”. (116) El tratado de Marinella fue acogido con amplio interés: reimpresso al año siguiente con añadidos y cambios, se reeditó en 1621.

Otra voz protofeminista fue la de la literata Marie Le Jars de Gournay (1565-1645) a quien se debe la edición más conocida de los *Ensayos* de Montaigne, salida en 1595. Nacida en Picardía, en el seno de una familia noble, pero de medios modestos, se apasionó por la lectura, se procuró una cultura de manera autodidacta y aprendió latín y griego. Se sintió conquistada por la obra de Montaigne, a quien conoció personalmente en 1588 y desde ese momento se mantuvieron en constante correspondencia y el escritor la convirtió en su hija adoptiva. Fuertemente motivada por ideales éticos y de justicia, decidida a reivindicar la educación femenina que con muchas penurias había debido ganarse, Gournay abordó el tema de la desigualdad de los géneros en algunas obras como, por ejemplo, el tratado *Igualdad de los hombres y las mujeres*, publicado en 1622. A diferencia de otras, como Fonte, Marinella y otros autores intervinientes en la querelle des femmes, no proclamaba la superioridad de las mujeres: la naturaleza, a su entender, no establecía superioridad ni inferioridad,

sino dignidad y capacidad iguales, y para fundamentar su afirmación citaba fuentes antiguas como Platón, Plutarco, Séneca y pensadores modernos como Erasmo, Poliziano y Heinrich Cornelius Agrippa. Era solo a causa de una deficiente instrucción que las mujeres eran vistas como inferiores y débiles, pero en realidad nada podía hacer suponer una naturaleza diferente: “Además, el animal humano no es hombre ni mujer”, el sexo era un accidente, bueno “solo para la reproducción”. (117) Recurría luego al acostumbrado recuerdo de mujeres ilustres, desde las amazonas hasta figuras de la Biblia y de los Evangelios, y otras filósofas o figuras históricas como la romana Cornelia. La cultura y la instrucción habrían por tanto demostrado la falta de fundamento de la desigualdad.

■

52. Bellezze Ursini, “Confesione”, Roma, Archivio di Stato, Tribunale del Governatore, Processi criminali del sec. XVI, vol. 6, proc. 1, fasc. n.n.

53. Joan Kelly, “Did Women Have a Renaissance?”, en Renate Bridenthal y Claudia Koonz (eds.), *Becoming Visible: Women in European History*, Boston (MA), Houghton Mifflin, 1977, pp. 174-201.

54. Carlo Dionisotti, “La letteratura italiana nell’età del concilio di Trento”, en id., *Storia e geografia della letteratura italiana*, Turín, Einaudi, 1967, p. 192.

55. Ludovico Ariosto, *Orlando furioso*, Ferrara, Francesco Rosso, 1532, canto XXXVII.

56. Tiziana Plebani, *Il “genere” dei libri. Storie e rappresentazioni della lettura al femminile e al maschile tra Medioevo ed età moderna*, Milán, FrancoAngeli, 2001, p. 42.

57. Armando Petrucci, *Scrivere lettere. Una storia plurimillenaria*, Roma-Bari, Laterza, 2008, pp. 87-88, [ed. en español: *Escribir cartas. Una historia milenaria*, trad. de María Julia de Ruschi, Buenos Aires, Ampersand, 2018, p. 101].

58. He preferido citar la transcripción normalizada de Attilio Bartoli Langeli, *La scrittura dell'italiano*, Bologna, il Mulino, 2000, p. 123.

59. Pietro Trifone, “La confessione di Bellezze Ursini ‘strega’ nella campagna romana del Cinquecento”, en *Contributi di filologia dell'Italia mediana*, 2, 1988, p. 187.

60. Armando Petrucci, “Scrittura, alfabetismo ed educazione grafica nella Roma del primo Cinquecento. Da un libretto di conti di Maddalena Pizzicarola in Trastevere”, en *Scrittura e civiltà*, nº 2, 1978, pp. 163-207.

61. Duccio Balestracci, *Cilastro che sapeva leggere. Alfabetizzazione e istruzione nelle campagne toscane alla fine del Medioevo (XIV-XVI secolo)*, Pisa, Pacini, 2004, p. 109.

62. María Luz Rodrigo Estevan, *Testamentos medievales aragoneses. Ritos y actitudes ante la muerte (siglo xv)*, Zaragoza, Ediciones 94, 2002, pp. 68 y 298.

63. Las composiciones de Veronica Gambara se publicaron solo tras su fallecimiento: Virginia Cox, *Women's Writing in Italy 1400-1650*, Baltimore (MD), The Johns Hopkins University Press, 2008, pp. 45-82, 113-114 y 196-197.

64. Laura Battiferri, *Il primo libro dell'opere toscane*, Florencia, Giunti, 1560, c. [2]r, dedicado a Eleonora de Toledo, duquesa de Florencia y Siena.

65. Amedeo Quondam, "La letteratura in tipografia", en Alberto Asor Rosa (dir.), *Letteratura italiana*, vol. II: Produzione e consumo, Turín, Einaudi, 1983, p. 682; ed. en esp.: *Historia de la literatura italiana*, edición e introducción de Alejandro Patat, traducción de Florencia Fosatti, Buenos Aires, Asociación Dante Alighieri, 2007.

66. Véase, por ejemplo, Laura Battiferri, *Il primo libro dell'opere toscane*, op. cit.

67. Alessandro Cecchi, "Ritratti a Firenze nel secondo Cinquecento", en Gloria Fossi (ed.), *Il ritratto. Gli artisti, i modelli, la memoria*, Florencia, Giunti, 1996, p. 125.

68. Existe escasa información acerca de ella, quizás era una cortesana aunque bien integrada en los ambientes de los polígrafos y literatos, protagonista del diálogo amoroso *Il Raverta*, de Giuseppe Betussi, impreso en 1544 en Venecia por Gabriele Giolito: Virginia Cox, *Lyric Poetry by Women of the Italian Renaissance*, Baltimore (MD), The Johns Hopkins University Press, 2013, pp. 24-26.

69. Ibid., p. 25.

70. Datos recogidos por Axel Erdmann, *My Gracious Silence: Women in the*

Mirror of 16th Century Printing in Western Europe, Lucerna, Gilhofer & Ranschburg, 1999, pp. 199-226; la cuenta que realicé de las presencias de la lista de autoras en el catálogo arroja: 17 para Inglaterra, 29 para Francia, 19 para Alemania, 214 para Italia, 3 para los Países Bajos, 13 para España y Portugal. Comentarios en Virginia Cox, *Lyric Poetry by Women of the Italian Renaissance*, op. cit., p. 2.

71. Pernette Du Guillet, *Rymes de gentile, et vertueuse dame D. Pernette Du Guillet Lyonnoise*, préface d'Antoine Du Moulin, épitaphes par Maurice Scève et Jean de Vauzelles, París, Jean de Tournes, 1545, p. 3. Uno de los temas de Pernette es “la perfecta amistad” entre hombres y mujeres.

72. Louise Labé, *Oeuvres de Louise Labé*, Lyon, Jean de Tournes, 1555. En el curso de dos años aparecieron otras tres ediciones. El debate sobre la presunta inexistencia de la poeta, cuyo nom de plume era “La Belle Cordière”, sostenida por Mireille Huchon pero refutada por otros, se halla todavía abierto. La publicación de la obra demuestra de todos modos un ambiente favorable a la intelectualidad femenina.

73. Louise Labé, *Oeuvres de Louise Labé*, op. cit.; la carta dedicatoria está en las pp. 3-7.

74. El soneto más conocido “À ma quenouille”, “ayant dedans la main, le fuzeau et la plume”, en Catherine Des Roches, *Les oeuvres de Mesdames Des Roches, de Poitiers, mère et fille*, París, A. L'Angelier, 1579.

75. Véase la reedición de los dos textos: Anne de France, *Enseignements à sa fille. Histoire du siège de Brest*, Tatiana Clavier y Éliane Viennot (eds.), Saint-Étienne, Publications de l'Université de Saint-Étienne, 2007.

76. Su título completo es *Annae, Margaritae, Ianae, sororum virginum, heroidum anglarum, in mortem divae Margaritae Valesiae, Navarrorum Reginae, Hecatodistichon Accessit Petri Mirarii, ad easdem virgines, epistola una cum doctorum aliquot virorum carminibus*, París, ex officina Regnault & Claude Chaudière, París, 1550; fue promovido por el ex tutor Nicolas Denisot. Cfr. la edición facsimilar al cuidado de Brenda M. Hosington, Nueva York, Asgate, 2000.

77. *Rime di diversi Nobilissimi, et Eccellentissimi autori, in morte della Signora Irene delle Signore di Spilimbergo. Alle quali si sono aggiunti versi Latini di diversi egregij Poeti, in morte della medesima Signora*, Venecia, Domenico & Gio. Battista Guerra, fratelli, 1561.

78. Ibid., pp. 7-8.

79. Laudomia Forteguerri tuvo una relación de amor correspondido con Margarita de Austria, duquesa de Parma y de Plasencia, hija natural del emperador Carlos V.

80. Su objeto es el lamento de Bradamante: Laura Terracina, *Stanze sopra una stanza di messer Ludovico Ariosto, quale sono state fatte dalla figliuola del Principe di Bissignano chiamata la signora Dianora, en ead., Stanze Transmutate dell'Ariosto con una bellissima Canzone et altre cose pastorale*, [Venecia], Per Leonardo detto il Furlano, et il Ferrarese compagni, 1545. Véase la actual reedición: Rotraud von Kulesa y Daria Perocco (eds.), *Discorsi sopra le prime stanze de' canti d'Orlando furioso*, Florencia, Cesati, 2017.

81. Giulia Bigolina, *Urania. A Romance*, Valeria Finucci (ed.), Chicago (IL),

University of Chicago Press, 2005. La nouvelle “Giulia Camposampiero e Tesibaldo Vitaliani” se imprimió en 1794.

82. La edición fue dedicada a la marquesa de Saluces y la traductora explicaba que respondía al pedido de las damas doctas.

83. Tiziana Plebani, “Scritture di donne nel Rinascimento italiano”, en Gino Belloni y Riccardo Drusi (eds.), *Il Rinascimento italiano e l’Europa*, vol. II: *Umanesimo ed educazione*, Costabissara (VI)-Treviso, Fondazione Cassamarca-Angelo Colla, 2007, pp. 259-260.

84. Antonio Castillo Gómez, *Dalle carte ai muri. Scrittura e società nella Spagna della prima Età moderna*, Roma, Carocci, 2016, p. 40 [edición original en español: *Entre la pluma y la pared. Una historia social de la cultura escrita en los siglos de oro*, Madrid, Akal, 2006, p. 35].

85. James Daybell, “Introduction”, en id. (ed.), *Early Modern Women’s Letter Writing (1450-1700)*, Hampshire-Nueva York, Palgrave, 2001, p. 3.

86. Armando Petrucci, *Scrivere lettere. Una storia plurimillenaria*, op. cit., p. 102-104; edición en español, p. 116.

87. Antonio Castillo Gómez, *Dalle carte ai muri*, op. cit., pp. 27-28; edición en español, pp. 51-52.

88. James Daybell, “Letters”, en Laura Lunger Knoppers (ed.), *The Cambridge*

Companion to Early Modern Women's Writing, Cambridge, Cambridge University Press, 2009, p. 188.

89. Lucrezia Gonzaga, *Lettere della molto illustre sig. la signora donna Lucrezia Gonzaga da Gazuolo*, Venecia, Giolito, 1552, citas respectivamente en las pp. 5, 93, 34 y 44. Sobre la autoría de las cartas, que algunos estudiosos han atribuido a Lando, pero que dejan pensar tal vez mayormente en su intervención en el campo editorial, cfr. Renzo Bragantini, "Introduzione", en Lucrezia Gonzaga. *Lettere: con appendice di nuovi documenti*, al cuidado de Renzo Bragantini y Primo Griguolo, Rovigo, Minelliana Edizioni, 2009, pp. XIII-XXVII.

90. Paul A. MacKenzie (ed.), *Caritas Pirckheimer: A Journal of the Reformation Years, 1524-1528*, Cambridge (UK), D. S. Brewer, 2006.

91. El texto venía acompañado al final con una pequeña gramática hebrea, compuesta por la hija.

92. Véase la edición comentada: Jeanne de Jussie, *The Short Chronicle: A Poor Clare's Account of the Reformation of Geneva*, al cuidado de Carrie F. Klaus, Chicago (IL), University of Chicago Press, 2006.

93. Cfr. la edición Laura Battiferri, *I sette salmi penitenziali di David con alcuni sonetti spirituali*, al cuidado de Enrico Maria Guidi, Urbino, Accademia Raffaello, 2005.

94. Virginia Cox, *The Prodigious Muse: Women's Writing in Counter-Reformation Italy*, Baltimore (MD), The Johns Hopkins University Press, 2011, pp. 1-50; datos recogidos en Guillaume Alonge, "Le scrittrici nella prima età

moderna”, en Sergio Luzzatto y Gabriele Pedullà (eds.), *Atlante della letteratura italiana*, vol. II: Dalla Controriforma alla restaurazione, al cuidado de Erminia Irace, Turín, Einaudi, pp. 124-125.

95. Virginia Cox, *The Prodigious Muse*, op. cit.; Isabelle Poutrin, *Le voile et la plume. Autobiographie et sainteté féminine dans l’Espagne moderne*, Madrid, Casa de Velázquez, 1995.

96. Beatrice del Sera, *L’Amor di virtù. Commedia in cinque atti*, 1548, al cuidado de Elissa B. Weaver, Ravena, Longo, 1990; la obra de Beatrice del Sera testimonia la posibilidad del acceso a libros profanos que aún existía, como los textos de Boccaccio y de Petrarca, luego prohibidos.

97. Experiencia narrada por Lisa Roscioni, *La badessa di Castro. Storia di uno scandalo*, Bolonia, il Mulino, 2017.

98. Texto en Tiziana Plebani, *Scritture di donne nel Rinascimento italiano*, op. cit., pp. 243-245.

99. La carta está en Salvatore Bono, *Schiavi musulmani nell’Italia moderna. Galeotti, vu’ cumprà, domestici*, Nápoles, Edizioni Scientifiche Italiane, 1999, pp. 418-419.

100. Antonio Castillo Gómez, *Dalle carte ai muri*, op. cit., p. 79; edición en español, p. 76.

101. Victoria E. Burke, “Ann Bowyer’s Commonplace Book (Bodleian Library Ashmole ms 51): Reading and Writing Among the ‘Middling Sort’”, en *Early Modern Literary Studies*, 6, 3, 2001, pp. 1-28.

102. Laura Casella, “Forme della memoria quotidiana. I ‘libri’ femminili come oggetti materiali (Friuli, XVI-XVIII secc.)”, en Alessio Fornasin y Claudio Povolo (eds.), *Per Furio. Studi in onore di Furio Bianco*, Udine, Forum, 2014, p. 134.

103. Maddalena Casulana, *Il primo libro de madrigali a quattro voci*, Vinegia, Girolamo Scotto, 1568; cfr. ahora ead., *I madrigali di Maddalena Casulana*, al cuidado de Beatrice Pescerelli, Florencia, Olschki, 1979, p. 7.

104. Isabella Andreini, *La Mirtilla*, al cuidado de Maria Luisa Doglio, Lucca, Pacini Fazzi Editore, 1995.

105. Moderata Fonte, *Tredici canti del Floridoro*, Venecia, Rampazetto, 1581, c. 17r.

106. Isabella Whitney, *Sweet Nosegay or Pleasant Posy*, Londres, s/e, 1573, c. E1.

107. Veronica Franco, *Lettere familiari a diversi*, Venecia, s/e, 1580, pp. 28-29.

108. Marguerite de Valois, *Memoires de Marguerite de Valois, reine de France et de Navarre*, Lieja, François Broncart, 1713, p. 53.

* En castellano en el original [N. de T.].

109. Teresa de Ávila, Libro della mia vita, al cuidado de Luigi Borriello y Giovanna della Croce, Milán, Edizioni Paoline, 2006, p. 27.

110. Ibid., p. 115.

111. Ibid., p. 99.

112. Ibid., p. 88.

113. María Magdalena de Pazzi, Le parole dell'estasi, al cuidado de Giovanni Pozzi, Milán, Adelphi, 1984, cita del Coloquio nº 25, p. 61.

114. Modesta dal Pozzo, Il merito delle donne, scritto da Moderata Fonte in due giornate. Que chiaramente si scuopre quanto siano elle degne, e più perfette de gli huomini, Venecia, Domenico Imberti, 1600, pp. 119-210.

115. Ibid., p. 144.

116. Lucrezia Marinella, Le nobiltà, et eccellenze delle donne co' difetti, e mancamenti de gli huomini, Venecia, Giouan Battista Ciotti Senese, 1600, c. 11v.

117. Marie de Gournay, *Egalité des hommes et des femmes*, s/l, s/e, 1622, p. 18.

CAPÍTULO 3

ESCRITURAS EN UN MUNDO TRANSFORMADO: DESDE LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS HASTA FINALES DEL SIGLO XVII

El espíritu no tiene género y si el de las mujeres fuese cultivado como el de los hombres y si se dedicase a educarlas el mismo tiempo y con iguales recursos, ellas podrían igualarlos.

MARIE MEURDRAC (118)

UN SIGLO DE TINTA

La idea de que las mujeres siempre han vivido en los márgenes de la historia ya ha sido desmentida en los capítulos precedentes; ahora este siglo lo comprobará de modo definitivo. Ya hemos anticipado que luego ellas se interesaron en la historia como género escriturario; de aquí en adelante vendrá una sucesión de confirmaciones al respecto. Es indudable que la historia predomina en la narración de este período cargado de revueltas y revoluciones; pese a ello será necesario dar la palabra también a la geografía porque existen zonas que se alumbran con una luz potente y permiten identificar mejor la acción y las escrituras de las mujeres, y otras que permanecen más en sombras, menos involucradas, más o menos aparentemente, en los procesos de renovación de la sociedad moderna. El panorama europeo muestra en efecto diferentes intensidades y paisajes no uniformes. En las zonas “calientes” se destaca un protagonismo femenino estrictamente político, por otra parte, del mismo modo en que este siglo se halla impregnado de política. No obstante, ha de observarse que este protagonismo se alimentaba de un impulso a la información, a la circulación de noticias, al crecimiento de una más vasta opinión pública en

condiciones de participar, leer y escribir, que sin embargo alcanzaba incluso a los países apartados de la escena de las revueltas y de las revoluciones. El incremento de las escrituras expresa por tanto un nuevo pasaje ligado al aumento de la esfera pública y a un consecuente reclamo de participación política, cultural, de reforma espiritual, aspectos a menudo íntimamente entrelazados, que involucraba asimismo a individuos, hombres y mujeres, no aristocráticos.

Las mujeres, vale la pena recordarlo, también en los sitios menos turbulentos, continuaban usando la pluma. Por lo demás, basta tener contacto con la masa de escritos autógrafos y corrientes conservados en los archivos privados y públicos, las notas manuscritas de posesión colocadas en los libros, el incremento de los testamentos ológrafos y los numerosos recetarios y cuadernos de remedios, para percatarse de aquello que Armando Petrucci señaló como uno de los dos hechos de destacada relevancia para este siglo, o sea “una progresiva ampliación del alfabetismo de las mujeres”, en particular en el ámbito del trabajo femenino, junto a la creciente unificación y simplificación de los modelos gráficos. (119) La enseñanza de la escritura, gracias a las escuelas de caridad y a las nuevas órdenes, había echado profundas raíces y de ello se beneficiaban asimismo la calidad gráfica y la cursividad del trazo (cfr. figs. 12 y 13).

1656 adi 11 agosto in uenetia

Oricuro io madalena caotora figliola
del sig. comaro et ora conuote del
sig. zanno benzon da (B)mo & France
no mactini noluro ueneto il mio
testamento in dicto da me present
ati adi 10o maio 1675

io madalena caotora
di mano propria

Figura 12. El recibo de Maddalena.

La veneciana Maddalena Caotorta, el 11 de agosto de 1676 escribía de puño y letra el recibo de restitución del testamento entregado al notario Francesco Marcellini.

Venecia, Archivio di Stato, Notarile, Testamenti, b. 669 (con permiso del Ministero per i Beni e le attività culturali – Archivio di Stato di Venezia).

the marks Apollinarijs vs in these Bills

Cochal Aspoonful

Is a sufficient quantity

per A quart

Is a small Handful

in a great Handful

Is half a pound

Is A pound

Is a quart

Is an ounce

Is a dram

Is a scruple

Is in number

Is A grain

92688

4229

1238

X For the Factions in a Horse never failing H
A Pennyworth of Anniseed soaked the same quantity of Juice
of Houseleek well mingled put half into one ear & half in the
other eye the ears & watch the Horse 12 hours that he lye
not downe this will expell the Humors out of the body because
my the sores to runn abundantly the man that used this would buy
any Horse that had it at any reasonable price with the presumption
he could cure it with this

John Johanna S^r John
Here Books

X B For A Bullock that pisseth blood
This inward Bark of an oke boyled in a quart of rain
water to a pint & strain it when tis almost cold
put in 2 pennyworth of Bolax monake give it blood
warmer if ones doe not give it 2 or 3 days cure
again

D X To cure any inward sickness or disease in a
dog or a man that is bit with a mad dog
A pint of new milk & 6 of crabs claws the black tripple of
them make them into powder then take raw bloodwort &
Liwewort each half a handfull boyle this til it comes to
3 quarts of a pint then put in a spoonfull of good oyle the
like of Juice ofcelandine & powder of Turmeric
it will serve three times for a dog fasting 2 hours
after it

X For the Itch in man or woman or many in a dog
Take a pound of flowers of Brimston or sulphur & a quart of
shilaine put together give a wine glass to a man or woman
or a little dog 2 spanful to a horse & so on

X Cow piss will cure in M
a dog of the mang washing
this with

A certain cure is some Gun powder
beat very fine & put it in scalding Hogs lard
& noyme it as hott as can be endured 3 time
or more

Figura 13. Las recetas de Johanna.

Libro de recetas culinarias, cosméticas y sanitarias de Johanna Saint John (1631-1705), hija de un parlamentario vinculado a Oliver Cromwell; manuscrito datado en 1680, escritura cursiva, redacción en varios momentos.

Londres, Wellcome Library, ms. 4338.

En las mujeres crecía la confianza con la pluma, las clases de papel y de tintas, todo lo cual hizo posible que experimentasen usos diferenciados y que atravesaran campos poco frecuentados por ellas. “Al honor y gloria de Dios. Libro de cuentas llevado por mí, Isabeau de Giraud, desde la muerte de mi buen marido, y comenzado el mes de abril de 1671”: (120) la nota puesta por Isabeau no es un caso aislado: de hecho se vuelve más habitual encontrarse con una mano femenina que continuaba o comenzaba un libro contable de familia o anotaba gastos en los registros de trabajo de los talleres, de los comercios y de las manufacturas. Además de esto, las mujeres comenzaron, especialmente a fines del siglo, a enviar a los gobernantes, a título personal, solicitudes, súplicas y protestas escritas de su puño y letra: se trataba de un notable acto de toma de responsabilidad que dejaba atrás delegaciones y mediaciones, saliendo de la identidad familiar que se interponía en las relaciones políticas y públicas (cfr. fig. 14).

Figura 14. La súplica de Bianca.

Súplica del 13 de julio de 1686 a los Inquisidores del Estado de la anciana Bianca Gritti, viuda y albergada en el convento di San Vito en Burano, para solicitar clemencia para el hijo preso.

Venecia, Archivio di Stato, Inquisitori di Stato, Suppliche, b. 714 (con permiso del Ministero per i Beni e le attività culturali – Archivio di Stato di Venezia).

Ya se ha hablado de la expansión de la correspondencia en manos de las mujeres, mas no puede dejar de señalarse el ulterior crecimiento exponencial y lo mucho que este ha sido usado en orden a explicar la capacidad de ellas en varios campos, desde los asuntos familiares hasta los consejos a los hijos, desde el manejo del matrimonio hasta la conducción de los bienes materiales, llegando al ámbito espiritual. Las aristócratas europeas buscaban manipular la política, y con frecuencia lo conseguían, o promover artistas y literatos desde su escritorio, una suerte de brazo armado de los salones; daban vida a verdaderos “trabajos en equipo”, camarillas influyentes aunque poco visibles: alcanza con observar los manejos de las Médici o de las romanas Spada, urdidos a través de las misivas, para defender sus opciones de vida y construir redes de amistades y de asociaciones. La repercusión de esta práctica femenina en el campo de la iconografía, particularmente en la pintura flamenca, tan atenta a la representación de lo cotidiano, es muy conocida, pero no debe tomarse como una moda artística sino como el testimonio de la cantidad a esas alturas ya extraordinaria de correspondencia que viajaba y cuya gran parte exhibía una firma de mujer. Por lo demás, escribir cartas no comportaba riesgos a la “respetabilidad” y muchas emprendieron este camino con ímpetu y ambición porque, como nos recuerda con su habitual agudeza Virginia Woolf, “era un arte que una mujer podía practicar sin renegar de su género. Un arte que podía llevarse a cabo en ocasiones inusuales, junto al lecho de un padre enfermo, entre cientos de interrupciones, sin suscitar comentarios, de forma anónima, por así decirlo, y frecuentemente con la intención de que sirviese a un propósito de

alguna utilidad”. (121)

Siglo de la epistolografía por excelencia, al punto de inspirar incluso a la novela, acogió en efecto sin demasiada resistencia a las autoras de voluminosos intercambios epistolares, más o menos conocidos, de mayor o menor renombre. Es asimismo mérito de Virginia Woolf recordarnos una presencia singular, la de la inglesa Dorothy Osborne (1627-1695) y la razón de su actividad escrituraria: “Si hubiese nacido en 1827, Dorothy Osborne habría escrito novelas; si hubiese nacido en 1527, nunca habría escrito nada. Pero nació en 1627, y en esa fecha, aunque escribir libros se consideraba ridículo en una mujer, no había nada indecoroso en escribir cartas”. (122) Por otra parte, Dorothy Osborne no practicó ningún otro género de escritura a no ser el epistolar y lo dirigió a su futuro marido, William Temple, antes del matrimonio, para el cual demostró, no obstante, un claro talento literario. (123)

LA POLÍTICA Y LA ESCRITURA

Si hasta aquí Italia había absorbido mucha de nuestra atención con su largo Renacimiento y el impulso a la escritura de las mujeres, ahora debemos cambiar de perspectiva y mirar hacia otros sitios, allí donde se producían nuevos tipos de escrituras, emancipadas de las luchas en defensa de o en conflicto con la tolerancia religiosa o libres de la voluntad de frenar el poder y los abusos de los Estados. Gran parte de Europa fue teatro de batallas, con ejércitos que pululaban por doquier saqueando pueblos y llevándose consigo epidemias además de muertos, con gobernantes que establecían por la fuerza un impuesto tras otro con el objeto de financiar la guerra, haciendo surgir levantamientos y represalias. A la vez se desplegaba una gran transformación de las estructuras de los equilibrios de dominio y de los intercambios comerciales causados por las modificaciones de las rutas marítimas, con consecuencias trascendentales para la época que contribuyeron a corroer una idea que había prevalecido durante mucho tiempo: a esas alturas ya no había muchos que creyesen que la soberanía era una investidura divina, y la decapitación de Carlos I, rey de Inglaterra, ordenada por el Parlamento, constituía una prueba elocuente en tal sentido. En todas partes, desde España hasta Flandes, el poder se encontraba sofocando revueltas y teniendo que sopesar la necesidad de trabar negociaciones mientras que

comenzaba a madurar el pensamiento de que el origen de todo derecho residía en el pueblo.

Todo esto no resultaba ajeno a la vida de las mujeres, y su participación, sobre todo a partir de mediados del siglo, ya comenzaba a no limitarse a aspirar a un puesto en los milieux literarios, sino a querer formar parte de esa opinión pública que se fortalecía, pretendía ser escuchada y entablaba con el poder acciones de lucha y resistencia, expresando sus pertenencias sociales y religiosas. Nos hallamos pues en presencia de otra fase decisiva de la historia de la escritura femenina y de un cuerpo a cuerpo con la escena de la política.

La imagen de la duquesa de Montpensier, Ana María Luisa de Orleans, que desde la rampa de la Bastilla ordenaba que se cañoneara al ejército del rey de Francia durante los enfrentamientos de la Fronda de 1652, aunque comúnmente se dice que fue ella misma quien encendió la mecha, es más bien emblemática. Pero las mujeres no solo participaron en las acciones de las revueltas y las rebeliones que tachonaron los años centrales del siglo, sino que utilizaron vastamente la pluma para hacer conocer sus opiniones, dejar memorias y a menudo, como se verá, para reescribir la historia de aquellos borrascosos momentos. Lo hicieron distanciándose de los estilemas de la historiografía oficial e inaugurando una narración histórica original que colocaba las pasiones humanas como protagonistas principales, legitimadas por ser al mismo tiempo testigos y activas participantes en el centro de los acontecimientos. Se sirvieron de la capacidad de circulación de los textos manuscritos que en este siglo volvió a surgir con renovada vitalidad, ya sea para escapar a los obstáculos del invasivo y ubicuo ojo de la censura, o para aligerar los costos y los tiempos de la imprenta.

Por consiguiente, será preciso no mirar únicamente la producción editorial para medir el arraigo de las ideas o el éxito de un autor, como pasaba en los años anteriores. En el siglo XVII europeo, debemos evitar entonces juzgar la copia a mano como una arcaica sobreviviente, sino más propiamente valorarla como un canal alternativo de producción y distribución que iba en paralelo a la tipografía; tal cautela es aún más indispensable en el tratamiento de la escritura femenina que, a diferencia del siglo precedente, podía contar mucho menos con figuras de mediación, patronato, financiamiento de ediciones y el aura de la mujer ilustre.

Desde esta perspectiva, no puede más que saltar a la vista la comparación con el siglo anterior: si las escritoras en el siglo XVI habían firmado sin problemas sus

obras y sus nombres sobresalían en los frontispicios, en el siglo siguiente, al contrario, tendieron a ocultar la audacia de su escritura con el anonimato de las publicaciones o con el recurso de un seudónimo. Con frecuencia tuvieron que preocuparse por equilibrar la fuerza de las ideas, de las reivindicaciones, de su creatividad, sumando a la habitual declaración de modestia la constante garantía de no querer invadir el campo masculino, ni socavar las posiciones de los hombres.

Hay que decirlo y reafirmarlo: se empleó mucha energía y creatividad femeninas para defenderse y rebatir una cultura misógina y el intento de disciplinar la vida de las mujeres. Virginia Woolf las acusó de no haber logrado volar alto con la pluma, recargadas con ese lastre, pero es un reproche que hoy suena antihistórico. Comoquiera que sea, las mujeres se aplicaron con todas sus fuerzas y, amén de contar con la circulación manuscrita, recurrieron asimismo a formas de impresión menos prestigiosas y más populares, que se convirtieron entonces en peculiares instrumentos de las batallas de ideas y de las reivindicaciones, modificando e innovando los circuitos de la comunicación, develando los “arcanos” y los asuntos de los poderosos: los panfletos y las peticiones. Se trataba de opúsculos de pocas hojas, si no de solo una, medios de comunicación eficaces, al alcance de todos, económicos e ideales para la amplia difusión en un mercado de las noticias a la sazón bastante extendido. Aparecidos ya a fines del siglo XVI, ocuparon el centro de la escena política durante la Revolución inglesa, las revueltas irlandesas contra Inglaterra –de gran impronta femenina– y en la guerra civil en Francia. Las mujeres, incluso algunas esposas o hijas de impresores, de distribuidores de libros o editoras por su propia cuenta de hojas periódicas y políticas como Elizabeth Alkin (1600-ca. 1655), llamada “Parliament Joan” por su actividad de cazadora de noticias acerca de los parlamentarios, comenzaron a utilizarlos para hacer sentir sus voces respecto de las experiencias del país. No por casualidad muchas de ellas eran llamadas Mercury Women y tanto a muchos de esos boletines informativos que se vendían en las calles como a sus vendedoras se les llamaba Lady Mercury. Y lo más interesante todavía es que quienes tomaban la pluma ya no eran exclusivamente las aristócratas.

La primera en construirse una auténtica carrera de “panfletista” de corte profético fue la inglesa Eleanor Touchet Davies (1590-1652), nacida en una familia aristocrática, pero de escasos medios económicos. Comenzó en 1625 con Una advertencia al dragón y todos sus ángeles, donde preanunció la llegada del juicio universal diecinueve años y medio más tarde, revelación que le había sido

ofrecida por una “voz del Cielo”. A esta primera salida le siguió una producción de cerca de setenta panfletos, en los que apuntaba a los políticos y al propio rey, a causa de los cuales obtuvo una advertencia. Preveía la decapitación del soberano, en un escrito que luego se volvió muy célebre, y reprendía en particular al arzobispo de Canterbury, el poderoso William Laud. En contra de este y del rey, que lo apoyaba, redactó en 1633 junto con otras mujeres una petición para la abolición de su episcopado dentro de la batalla que exigía la separación de la Iglesia y el Estado así como la libertad de religión; por este motivo fue enviada a prisión dos veces en cinco años, pero no dejó de escribir y, al salir de ella, prosiguió, no sin dificultades, su actividad de profetisa y libelista.

Eleanor conquistó una notable visibilidad al distinguirse por una escritura innovadora no ligada a sectas religiosas y, aunque utilizara metáforas de matriz religiosa como el advenimiento de la “Nueva Jerusalén” y un lenguaje adivinatorio, en realidad su estilo era fuertemente político y harto original, hasta el punto de no poder ser incluido en ningún género preexistente. La relevancia de su actividad alcanzó su cumbre y se desarrolló entre 1641 y 1646, cuando el enfrentamiento entre los realistas y el Parlamento se volvió más agudo. En 1641 se dirigió al Parlamento con Su apelación al Tribunal del Parlamento para incitarlo a quitarle más poder al rey; apoyó la acción de Oliver Cromwell e hizo que su voz fuese escuchada durante todas las fases de la Revolución inglesa. (124)

No fue la única y muchos vieron con preocupación que numerosas mujeres intervinieran en estos asuntos, quienes desde 1640 en adelante comenzaron a escribir y publicar peticiones al rey y al Parlamento, y por si fuese poco se hacían presentes en Westminster con la intención de entregarlas en persona. Tomando como ejemplo la petición firmada por quince mil londinenses el 11 de diciembre de 1640 y llevada por una gran muchedumbre al Parlamento con el fin de que aboliese el episcopado, una gran cantidad de mujeres de Londres presentaron una petición al Parlamento en apoyo de la Cámara de los comunes, contra el rey y la Cámara de los Lores, a principios de 1642. En La decisión de las mujeres de Londres al Parlamento, escribían que su determinación de hacer pública su voz estaba justificada por el momento de crisis que atravesaba el país, y que las mujeres estaban interesadas a la par de los hombres por la suerte de la población y no podían, por tanto, permanecer en silencio. Ilustraban los motivos de suma preocupación que las movían: la decadencia de los comercios, el alza de los precios, la falta de trabajo, las economías familiares agotadas, y reclamaban la paz (cfr. fig. 15a).

A esta primera y bastante histriónica salida a la prensa le siguieron muchas otras peticiones de mujeres que afrontaban temas como la reconciliación de las dos cámaras del Parlamento, la reforma religiosa, la condena del arzobispo Laud y la captura de los malvivientes. Todo ello no dejó de poner nerviosos a los Lores y a los moralistas, que reaccionaron con una campaña de libelos satíricos sobre el poder femenino que ridiculizaba la posibilidad del advenimiento de un Parlamento de mujeres (cfr. fig. 15b). Pero esos ataques al mismo tiempo demostraban que de todas maneras las mujeres habían conquistado una posición en la opinión pública y en la lucha política.

14

THE RESOLUTION

Of the Women of *London* to the Parliament.

Wherein they declare their horzeale in sending their husbands to the warres, in defence of King and Parliament, as also the proceedings of the King at York, with their full determination in maintaining this their Resolution, to the admiration of the Reader.

With their desires to the Parliament that this may be printed.



Aug. 26

a)

220

THE Parliament of Women.

With the merrie Lawes by them newly Enacted. To live in more Ease, Pompe, Pride, and wantonneffe: but especially that they might have superiority and domineere over their husbands: with a new way found out by them to cure any old or new Cuckolds, and how both parties may recover their credit and honesty againe



London, Printed for W. Wiffon and are to be sold by him in Will-yard in Little Saint Bartholomewes. 1646.

Aug. 14. London 1646.

b)

Figura 15. Escribir peticiones.

a) La petición de las mujeres inglesas, *The Resolution of the Women of London to the Parliament*, Londres, 1642. Londres, The National Archives.

b) Un opúsculo satírico sobre la posibilidad de que las mujeres ocuparan un escaño en el Parlamento. Londres, British Library.

Las más activas en la divulgación y en las reivindicaciones a través del instrumento de la petición fueron las mujeres de los Niveladores, movimiento que apoyaba los derechos del pueblo; además de escribir numerosas apelaciones por la liberación de maridos o miembros presos o sobre algunas cuestiones económicas, aquellas fueron mucho más allá: respaldadas por la idea compartida en el seno del movimiento de una perfecta igualdad espiritual entre los sexos, el 5 de mayo de 1649, guiadas por Elizabeth Lilburne, Mary Overton y Katherine Chidley, miles se presentaron ante el Parlamento para entregar una petición firmada por diez mil mujeres, impresa en Londres, con el título *The Humble Petition of Divers Well-Affected Women of the Cities of London and Westminster* (cfr. fig. 16).

TO THE
Supream authority of this Nation,
the Commons assembled in PARLIAMENT:

The humble
PETITION
Of divers well-affected
WOMEN

Inhabiting the Cities of *London, Westminster,*
the Borough of *Southwark, Lamb-*
lets, and Places adjacent;

(*Affecters and Approvers of the late large Petition*)
of the Eleventh of September, 1648.

In behalf of
Lieutenant Col. *John Lilburn,* Mr. *William*
Walwyn, Mr. *Thomas Prince,* and
Mr. *Richard Overton,*
(Now Prisoners in the TOWER of London)

And Captain WILLIAM BRAY,
Close-prisoner in *Windsor-Castle;*

And Mr. WILLIAM SAVVYER,
Arrested Prisoner at *White-Hall,* 12 4

Imprinted at *London,* 1649.

Figura 16. La afirmación de la igualdad

En la Humble Petition (‘La humilde petición’), las mujeres del movimiento de los Niveladores exigían la igualdad de las mujeres.

The Humble Petition of Divers Well-Affected Women of the Cities of London and Westminster, Londres, 1649.

Se trata de la primera reivindicación pública y política de igualdad entre los hombres y mujeres que se conozca. A pesar de que en el título comenzaran con la tradicional retórica femenina de la debilidad y la humildad, afirmaban con resolución que debían ser escuchadas, puesto que el bienestar y la defensa de la paz de la nación se repartían equitativamente entre hombres y mujeres y que su pedido era legítimo dado que:

[...] con certeza sabemos que hemos sido creadas a imagen de Dios, de un interés en Cristo, iguales a los hombres, así como de una parte proporcional en la libertad del bien común [Common wealth] [...] ¿No tenemos un igual interés con los hombres de esta nación en las libertades y seguridades, contenidas en la Petición de derechos y otras buenas leyes del país? ¿Pueden tenerse por menos nuestras vidas, artes, libertades o bienes que la de los hombres [...]?

No recibieron una respuesta adecuada, ya que los diputados rechazaron aceptar una petición proveniente de mujeres, hecho que consideraban una extrañeza. Las mujeres respondieron que también era una extrañeza que se hubiese cortado la cabeza a un rey, tras lo cual continuaron publicando y enviando sus peticiones. Aun cuando los miembros del Parlamento las remitieron a sus maridos como única contraparte aceptable, pese a todo las mujeres se habían impuesto en un

embrión de representación pública y habían puesto en discusión su confinamiento a la esfera doméstica.

Esta efervescencia tuvo secuela y muchas mujeres de las sectas religiosas, baptistas y en especial cuáqueras, publicaron numerosos libelos para ratificar su opinión. Todo tabú sobre la legitimidad de su escritura, nacida del impulso de una fuerte pertenencia identitaria, ya estaba roto.

Unas interesantes memorias de los días de la Revolución inglesa, si bien contados por la parte realista y aristocrática, son las que dejó Lady Anne Halkett (1621/22-1699), hija del tutor de los hijos del rey Jacobo y de la institutriz de la casa de Carlos I; en *The Autobiography of Lady Anne Halkett*, impresa en 1677, (125) narraba sus maniobras para salvar miembros de la nobleza ligados al rey, como vestir al duque de York con ropas femeninas, y asimismo recordar sus amores en aquellos años turbulentos: una historia que privilegiaba la perspectiva de quien se ponía en el centro de las vivencias históricas, haciendo de lo privado la clave para comprender las razones de los acontecimientos y socavando los principios de la construcción historiográfica que a la sazón regía.

Desplacémonos ahora hacia otro escenario de tumultos. La guerra civil, que se desencadenó en Francia desde 1648 hasta 1653 a consecuencia tanto de los aumentos en el cobro de impuestos producidos por la entrada en guerra contra la potencia de los Habsburgo, cuanto de las maniobras dirigidas a centralizar el poder de la monarquía desautorizando a la vieja clase nobiliaria, vio una singular participación de algunas mujeres de la aristocracia, que de hecho fueron definidas como frondeuses. Si las revueltas de los príncipes fueron acompañadas de sublevaciones populares en las que fue considerable la presencia de mujeres que además contribuyeron como impresoras o vendedoras en la extensísima campaña de publicaciones informativas o satíricas en contra del cardenal Mazzarino y la regenta Ana de Austria, las así llamadas mazarinades, una singular producción escrituraria femenina, comenzaron en este clima como instrumento de lucha política y propaganda. Madame Anne-Geneviève de Bourbon de Longueville publicó algunos libelos en 1650 para huir de la censura en Bruselas, donde se había refugiado luego del arresto del marido, de los hermanos y de otros príncipes jefes de la Fronda, comenzando por la Apología por los señores Príncipes, seguido del Manifiesto de la señora duquesa de Longueville, para llegar a Razones del tratado de madame de l'Ongueville y de monsieur de Turenne con el rey católico, impreso en cambio en La Haya, donde presentaba el proyecto de un tratado con el rey de España para acabar con

Mazzarino. Sin embargo, la joven no se detenía en los libelos: había atravesado a caballo toda Francia incitando a las provincias a sublevarse y cerrando alianzas con las ciudades rebeldes. Al año siguiente, para destituir al cardenal que, forzado a la fuga, estaba regresando a París, pidió ayuda a España que fue en apoyo de los ejércitos de los frondistas que alcanzaban a ocupar la capital francesa.

Las mujeres de la aristocracia francesa de la corte no ambicionaban la notoriedad que la publicación de las obras comportaba; no obstante, lo que llevó a algunas por ese camino fue la coyuntura histórica unida a la decidida reivindicación del valor de los propios actos de heroísmo, distintivos de su nacimiento y tradición familiar, y a la decidida voluntad de que se las recordara, lo que contrastaba con el intento de borrar la gran participación femenina en la época de la Fronda. La mayoría de las veces se basaron, para hacer conocer sus textos, en la muy probada red de circulación manuscrita, cuya eficacia aprendían desde muy jóvenes a través de la correspondencia, una de las actividades que una dama debía saber practicar con garbo, conocimiento de la lengua y brío. Así, algunas memorias, por lo general inéditas o publicadas póstumamente, redactadas varios años después de los acontecimientos, pero difundidas y bien conocidas gracias a la divulgación de copias manuscritas, constituyen relevantes documentos para comprender las modalidades y los propósitos de la participación de estas mujeres en la Fronda.

Las extensas Mémoires de la duquesa Ana María Luisa de Orleans (1627-1693), llamada la “Grande Mademoiselle” por ser la primera hija del mayor de los hermanos vivos del rey Luis XIII (Gastón de Francia, llamado “Grand Monsieur”), editadas por primera vez en Ámsterdam, son la obra más representativa de esta reescritura de la historia en femenino: además de narrar en detalle situaciones y ambientes, expresan el orgullo de la acción militar liderada por una mujer, como realmente hizo la Gran Mademoiselle, que se puso a la cabeza de un ejército propio, desmintiendo lugares comunes y prejuicios, y sostuvo que cuando había necesidad de hacerlo “no hay dama que no dirija muchos ejércitos”. (126)

El fin de sus memorias era bastante ambicioso: reconstruir las impetuosas experiencias históricas, dar cuenta de las propias acciones y defenderse del clima instaurado a continuación por Luis XIV. La decidida impronta absolutista del soberano no admitía esa llamativa injerencia de las mujeres en los asuntos políticos que por el contrario había caracterizado al período precedente, y se

dedicaba a realizar una sistemática destrucción de archivos y documentos de la Fronda.

Si la narración de la gran frondeuse quería conmover y hacer partícipes a quienes leían en una suerte de época ideal de luchas y batallas, las *Mémoires pour servir à l'Histoire d'Anne d'Autriche* de Madame Françoise Bertaud de Motteville (1615-1689), dama del círculo de la reina, narraban con espíritu de aguda observación y en minucioso detalle lo que había sucedido durante la regencia y el período de los motines, preocupándose siempre por indicar sus fuentes de información. Una obra que se ve influenciada por el nacimiento de la erudición histórica, con una meticulosa investigación de la prueba y del tratamiento de la ambientación: supo en efecto hacer revivir incluso los matices psicológicos de los protagonistas en una especie de diario que deja traslucir también la subjetividad de la escribiente. Anotaba, por ejemplo, hacia comienzos de 1649, que el estado de las cosas era tal que no había más que dos opciones: que el rey retomase su poder o que los príncipes se lo quitaran por completo. El rey, sostenía, “era débil; los príncipes, muy fuertes; el ministro estaba desacreditado y el Parlamento conspiraba en contra de la autoridad real. Todo se encontraba por fuera de lo habitual”. (127) Concluía que era indispensable que una parte prevaleciera por sobre la otra. Sus memorias, extensamente leídas en copias en los salones y otros sitios, conocieron una primera edición en Ámsterdam en 1723 para luego ser reeditadas en varias ocasiones.

LAS RAÍCES DEL PROTAGONISMO Y DE LA ESCRITURA FEMENINA

¿De dónde nacía la capacidad de las mujeres que hemos visto actuar en Inglaterra y en Francia y que encontraba canales de expresión en la escritura, pero que gracias a ella al mismo tiempo se reforzaba? Las luchas religiosas, la Reforma protestante y, sobre todo, los ambientes de las sectas radicales, puritanas, cuáqueras y baptistas atrajeron e involucraron a las mujeres porque daban espacio a una nueva discusión general que abarcaba la redefinición de los roles de género, los límites entre la esfera doméstica y la pública y se nutría de una igualdad espiritual compartida. Como ya se ha visto, en cada momento de confrontación o de conflicto social, de ampliación del intercambio entre los

estamentos sociales, gobernantes y súbditos, entre concepciones políticas o religión, las mujeres se insertaron y utilizaron la pluma.

Entre ellas, un número elevado tomó la palabra al participar en las controversias religiosas también por medio de la escritura, manuscrita e impresa, y a menudo usaban la primera persona del singular, desde la alemana anabaptista Anna Ovena (1584-1655), que vivió mayormente en Suecia y publicó textos religiosos, hasta la puritana Anna von Medum que en 1646 dio a la imprenta un tratado que quería convencer a los judíos de convertirse al cristianismo y favorecer su integración. (128)

Ese clima suscitó un género escriturario peculiarmente cultivado por las mujeres: los “relatos de conversión”, intensos textos autobiográficos que dan cuenta de una suerte de renacer producido en el pasaje desde una fe hacia la otra o en un mayor y más íntimo arraigo en la propia, como los de las protestantes inglesas Jane Turner, Anna Trapnel, Katherine Sutton y Sarah Davy. Una gran parte de estos textos se ha conservado solo en forma manuscrita, destinada a una circulación en ámbitos restringidos, algunos en cambio ya sea por la calidad, ya sea por el renombre de las autoras terminaron en la imprenta, como es el caso de la católica flamenca Antoinette Bourignon (1616-1680). Había nacido en Lille y llevó una vida errante y aventurera huyendo de todo vínculo matrimonial y exaltando la soltería. Su iniciativa la impulsó a adquirir en 1669 una pequeña prensa tipográfica con la cual imprimía y distribuía en las ferias y en los mercados sus textos de cuño profético: allí narraba la particular misión de reforma a la cual Dios la había llamado, a la búsqueda de una Iglesia invisible y tolerante, despojada de cultos exteriores. Sin embargo, algunos años después le confiscaron la prensa. Tuvo muchos seguidores, pero otros tantos detractores que llegaron incluso a acusarla de brujería. Este atormentado recorrido confluyó en una narración autobiográfica, *Su vida exterior*, publicada por primera vez en Ámsterdam en 1663, y ampliada en redacciones sucesivas. Todos sus libros se incluyeron en el *Index librorum prohibitorum* (‘Índice de libros prohibidos’).

Este género de escritura está estrechamente emparentado, hasta tal punto que es difícil diferenciarlos, con las autobiografías espirituales, tipologías textuales privilegiadas también por las mujeres y presentes tanto en el campo reformado como en el católico. Ambos entran en la categoría de los “egodocumentos”, testimonios de recorridos de experimentación y reflexión de la propia subjetividad en busca de una forma de religiosidad íntima, ceñida a las vivencias de cada una y con la cual interpretar las experiencias de la vida y a la vez

representarse a sí mismas. La neerlandesa Elisabeth Strouven (1600-1661), cuyo padre era un zapatero, vivió en la Maastricht española, tras haber fundado en 1628 junto a otras mujeres la comunidad de Calvariënberg dedicada a las obras de caridad, y escribió una autobiografía. Intentaba explicar su particular camino espiritual, que la había conducido a querer vivir en una casa independiente y no en un monasterio sometido a órdenes y reglamentos. En 1722 apareció una traducción en francés de la autobiografía con el título *Vida de la venerable madre Elisabeth Strouven, fundadora y superiora del monasterio llamado Monte Calvario en Maastrich*. Otro ejemplo proviene de la viva y rica *Vida de Madame Guyon*, escrita por ella misma, compuesta en la cárcel por la mística quietista francesa Jeanne-Marie Bouvier de la Motte-Guyon (1648-1717), autora asimismo de un influyente manual de rezos. Se conocen muchas otras narraciones de este género, en su mayoría redactadas bajo el impulso de un confesor, como en numerosos casos de diarios italianos y españoles, siempre con el riesgo de ser acusadas de una pretendida santidad (cfr. fig. 17).

7 / 4
+
Primeros que ^{seguir} y obedecer
a vuestro ^{señor} si lo mi ^{señor}

y para onrra y gloria suya como y para
desnudar la cara y darle mil honras
fijas o que diese en defender sus cosas
con este seguro de verdad o profeso
emanado y dado si en pre ^{mi} y por
tu a todos los barones doctos y otras
med guido a las suces de sus ^{mi} mis
tros y el diadema los y por obedeciendo
a todos no dándole caso de nada ni
tan do me amas de la es su su ^{mi} su
lun tad amarte sobre todo lo criado
is i en pre sedien ^{mi} a mi alma q todos
mis ^{mi} proximos a gan lo mis ^{mi} me
este fin es lo tanto sin poder
me con tener en el con ^{mi} con
des ^{mi} plirte grandes y otras me ^{mi} proce
dio de un sueño y ^{mi} pirizna q ^{mi} tude en
la oracion a bra ^{mi} seis años ^{mi} si a ^{mi} segun
mi ^{mi} en la ^{mi} con in ^{mi} finira
se ^{mi} imnifad ^{mi} rigido ^{mi} me ^{mi} pido a ^{mi} gna
para ^{mi} refrigerar la ^{mi} go ^{mi} m ^{mi} se ^{mi} pable ^{mi} pica
hora con ^{mi} pa ^{mi} de ^{mi} co ^{mi} mi ^{mi} co ^{mi} ra ^{mi} con ^{mi} (le ^{mi} que
a ^{mi} d ^{mi} se ^{mi} la ^{mi} im ^{mi} m ^{mi} es ^{mi} pondio ^{mi} no ^{mi} a ^{mi} paga
ant ^{mi} su

Figura 17. El memorial de la beata Bautista. Confesión autobiográfica.

Memorial autobiográfico de la beata Maria Bautista, escrito en la cárcel, hacia 1639, como autodefensa de la acusación de fingimiento de santidad.

Madrid, Archivo Histórico Nacional, Inquisición, leg. 102, fasc. 2, f. 17r.

La religión constituyó pues un terreno preferente de actividad y escritura de las mujeres, y un ámbito de legitimación de tal práctica que asociaba el propio yo individual con instancias colectivas. Esto no debe sorprender: en un tiempo en el cual las identidades religiosas estaban fuertemente entrelazadas con las políticas nacionales y los conflictos entre los estados, además de ocupar todavía un primer plano en la mentalidad individual y colectiva, tomar la palabra y empuñar la pluma equivalía a querer forjarse un espacio en la escena pública, en el debate intelectual y teológico como “madres” o referentes espirituales, a la vez interviniendo en los equilibrios de las relaciones entre los sexos.

Debe subrayarse asimismo que la esfera de la religiosidad, a la sazón campo de batallas cruciales, fue el terreno donde se expresaron con escrituras autobiográficas, sobre todo, muchas mujeres de estamentos de condición modesta, que tenían tras de sí recorridos muy dispares de instrucción, entre el autoaprendizaje y la escolarización parcial. Podemos pensar que era el único territorio donde podían expresarse y la única materia sobre la cual se sentían motivadas a hacerlo, y es difícil apartar la sospecha de que esa dirección acabó por absorber toda la energía creativa impidiendo otros resultados, a diferencia de lo que sucedía con los hombres. Comoquiera que sea, no puede escapársenos que todo eso puso en movimiento una particular relación de las mujeres con la escritura interior, con una práctica doméstica que las habituaba a explorar pensamientos, sensaciones y sentimientos, y los confiaba, a pedido o por propio impulso, al papel. Una escritura que creaba y a un tiempo modelaba la subjetividad y se calificaba como actividad peculiarmente femenina, presagiando esa “invención de la intimidad” marcada por un desarrollo todo en femenino del

registro íntimo y en forma de diarios que encontraremos más adelante. Sin importar el modo en el cual se la quiera interpretar, sin duda esta tensión espiritual contribuyó a estimular a las mujeres a emprender la práctica de la escritura.

Un trasfondo muy diferente tenían las acciones y los textos de las frondeuses, que en cambio se habían nutrido de la sociabilidad de los salons, ambientes a cargo de mujeres y de gran influencia cultural: cada uno de estos salones era una *académie femelle* [‘academia femenina’], según el apelativo al uso, en particular el primero y más influyente lugar de encuentro en la cámara azul de la marquesa de Rambouillet. Allí se leían las vidas de las mujeres insignes del pasado o del presente y en especial los elogios de las heroínas, guerreras y amazonas, en textos como *La galería de las mujeres fuertes*, del jesuita Paul Le Moyne, o *La mujer heroica*, de Jacques Du Boscq y hasta *Las mujeres ilustres*, de George y Madeleine de Scudéry. Esta imagen de mujeres emprendedoras y valientes se vio extendida ulteriormente por las tramas de las novelas más en boga, en especial la *Astrea*, de Honoré d’Urfé o la novela-río *El Artamenes o el gran Cyro*, de Madeleine de Scudéry (1607-1701) que se comenzó a publicar en 1649. Sus publicaciones acompañaron y a la par representaron los acontecimientos de la Fronda, leídos de manera colectiva y ajustados a las experiencias históricas en el salón de Madame de Rambouillet y más tarde en la reunión organizada entonces por la propia escritora. En la figura de Mandane no era difícil reconocer los rasgos de la Gran Mademoiselle. La escritora no solo reelaboraba la imagen de las amazonas como ejemplos de coraje y a la vez de moralidad, sino que les insertaba la historia y un elaborado elogio de Safo, a quien sustraía del aura de inmoralidad en que la tradición la había encasillado. Elaboró así el retrato de una mujer que reivindicaba para todas sus semejantes no solo el derecho al acceso a la cultura, sino sobre todo la posibilidad de vivir con arreglo a sus propios deseos en plena libertad, sin constricciones sociales y en rechazo al matrimonio.

Una conspicua literatura filofeminista, que replicaba los ataques misóginos prevalecientes en los años precedentes, circulaba en los ambientes de la aristocracia francesa, producida por varios autores, entre los cuales había varios eclesiásticos que apoyaban la participación de las mujeres en la vida social y política, elogiaban a las *femmes savantes*, la cultura femenina y la amistad entre ellas. Esta literatura y este género de sociabilidad tuvieron por tanto un papel determinante en legitimar y espolear la acción política de las mujeres.

A pesar de que las *salonnières* no ambicionaban la publicación de textos, que

chocaba contra el espíritu aristocrático, mientras que al contrario se reservaban el papel de portadoras del gusto y del rumbo cultural, esos ambientes funcionaron, sin embargo, como dínamo de la fortuna de géneros literarios como la novela, que comenzaba su transformación en instrumento de educación moral, y de autoras como Madeleine de Scudéry. La más conocida y prolífica escritora abrazaba la novela de ambientación histórica, pero hacía de esta el contexto para discursos sobre el presente, casi para dar razón de las conversaciones de los salons y de la cultura de los círculos “preciosistas”. En *Clelia*, aparecida en 1654 y acogida con gran éxito, aunque enmarcada en la historia romana, la autora trasponía una representación de los ideales de la sociedad galante y un estudio de los sentimientos, precursor de la novela psicológica. Retomaba la decidida condena del matrimonio ya extensamente tratada en *Artamène*, testimonio también de su elección personal, compartida con otras mujeres y literatas, luego definidas con sarcasmo como “preciosistas”, para proponer relaciones marcadas por la amistad, el respeto y el reconocimiento, al amparo del peligroso “mar de la pasión”, y llegar de manera brillante a traducir en clave topográfica estos ideales en la célebre *Carte de Tendre* (‘Mapa de la ternura’), grabado incluido en la primera parte de la novela. Al no tener ingresos a su disposición, Madeleine de Scudéry hizo de la escritura una profesión que le permitió mantenerse, y su valor fue hasta tal punto reconocido que pudo gozar de una pensión real, promovida por Madame de Maintenon. Mereció la publicación por parte de la Académie française y fue recibida en la Accademia dei Ricovrati de Padua.

En su *Clelia* traslucía el retrato de una amiga y escritora “preciosista”, Marie de Rabutin-Chantal, marquesa de Sévigné (1626-1696): viuda con apenas veintiséis años, no quiso volver a casarse y comenzó a frecuentar los salones más prestigiosos donde estableció relaciones con literatos como Boileau, Racine, Bossuet, La Rochefoucauld, dando inicio así a su gran obra literaria condensada en una vastísima correspondencia: un corpus de más de un millar de cartas de estilo animado, coloquial, ocurrente, capaz de pasar de tonos galantes a sentimentales e introspectivos hasta ponerse el traje de cronista de los eventos de la corte y de la vida de los salones, de los cuales era asidua. Un talento del que ella misma se volvió consciente solo sobre la marcha, descubriendo en ello un particular placer y predisposición, así como obtuvo de él un inmediato reconocimiento. Eran cartas que se leían en los salons, copiadas a mano, que circularon profusamente y que permanecieron inéditas hasta una primera y parcial publicación clandestina en 1725, seguida luego por otras ediciones.

Su vida gozó de una larga amistad con Marie-Madeleine Pioche de la Vergne,

condesa de La Fayette (1634-1693), que en 1659 la describió en una recopilación de retratos solicitada por la Gran Mademoiselle y con quien compartió la aspiración a la independencia femenina, que la había conducido a vivir lejos del marido. La Princesa de Clèves, que se publicó en forma anónima en 1678 y fue anunciada por *Le Mercure Galant*, después de otras obras publicadas bajo un nombre falso, (129) y que es considerada la primera novela de la modernidad, se convirtió de pronto en un éxito extraordinario, gracias a su brevedad y consistencia, así como por el encendido debate que suscitó. El renunciamiento de la protagonista a la pasión de amor, que en cada una de sus formas, matices, acepciones y expresiones estaba en el centro de las conversaciones de los salons, representaba un recorrido de distanciamiento de las formas de compromiso emotivo y sensorial que conducía por último a la opción de una vida solitaria de autogobierno, basada en la reflexión y en una conducta que se alejaba de las reglas dictadas por la mundanidad y por la apariencias. Un modelo bastante audaz como propuesta para la vida femenina, influido por la lectura del tratado de Descartes sobre las pasiones del alma y por la corriente jansenista.

ESCRIBIR UN DESTINO DIFERENTE

Si hubo escrituras nacidas de la confrontación directa con la historia, otras en cambio vinieron a robustecer la respuesta femenina a las limitaciones y constricciones específicas que pesaban desde siempre sobre la vida de las mujeres, buscando incidir en los prejuicios y en los procesos de construcción cultural de las identidades sexuales, que en este período se hicieron cruciales. Crecía así en todas partes la intolerancia, debido a la imposición de un destino que había de realizarse forzosamente dentro de los márgenes del matrimonio o de la entrega monacal, ambos elegidos por la parentela y ambos causas de sufrimientos, sacrificios y mortificaciones, como testimonia la súplica de la joven Gracimane Contarini (130) (cfr. fig. 18).

No deben por tanto tomarse como desahogos literarios las afirmaciones de tantas escritoras que pintaban el matrimonio como un yugo o esclavitud: exhiben en realidad el creciente malestar en la sociedad, del cual daba fe el aumento en la cantidad de separaciones y divorcios. Por tantas confinadas en conventos contra

su voluntad, ignorantes de lo que les esperaba, o que fueron a parar allí en razón de su pobreza, (131) se alzaba la pluma cáustica de la veneciana Arcangela Tarabotti, cuyo nombre seglar era Elena Cassandra (1604-1652), quien nunca se sometió a su condición de monja “forzada”, ni se dejó arrastrar hacia un estado de inacción o disolución de la propia voluntad al cual se abandonaban muchas de sus hermanas. En cambio, hizo del locutorio del convento de Santa Anna un punto de reunión de amigos, intelectuales y eruditos que la proveían continuamente de libros y de las novedades del mundo. Su batalla a favor del libre arbitrio, que debía garantizarse a todos y en particular a las mujeres, cruzó el terreno donde se movía la prestigiosa Accademia degli Incogniti [‘Academia de los desconocidos’], que la apoyó y le permitió publicar alguna de sus obras, auténticos actos de acusación en contra del régimen de los padres y de la tradición misógina. La primera obra que salió en Venecia en 1643 fue el Paraíso monacal, de tonos sosegados por haber sido compuesta al final de su producción, pero que le valió una cierta notoriedad y estimación por la calidad literaria del escrito. El texto más controvertido y elaborado, La simpleza engañada, que en un comienzo llevaba como título La tiranía paterna, que ya circulaba como manuscrito, en cambio salió póstumamente a la luz en 1654, con un lugar de impresión falso para no incurrir en la censura, gracias a la intervención del príncipe de los Incogniti, Giovan Francesco Loredan.

Perire il mio nascere la disgrazia sensibile della morte del Padre, onde nata è
postuma, nel 1714 teneri^{ma} l'anni due è me^{ra} collocata nel monastero di S. Marco
di Padova, fu poscia destinato più luoco alla mia educatione il Monastero di S. Mar-
tino di Murano acciò sotto la custodia d'una già Poterna e con l'esempio de' costumi
Angelici delle nri di quel recinto, hauesero ottima directione i primi passi della
mia infanzia. Abbandonata anco dalla Mre passata alle seconde nozze ho con-
tinuata la mia dimora in questo Monastero, giunta hora la mia età
al anno diciottesimo.

Figura 18. La súplica de Gracimana.

Súplica de 1688 de la joven patricia veneciana Gracimana Contarini, en que solicita a los Inquisidores de Estado que tutelen su “libre arbitrio” y que atiendan su voluntad de no casarse con el candidato escogido por su tío.

Venecia, Archivio di Stato, Inquisitori di Stato, Suppliche, b. 714 (con permiso del Ministero per i Beni e le attività culturali – Archivio di Stato di Venezia).

Tarabotti mostraba una fuerza expositiva inhabitual: hablaba en efecto directamente a los hombres de familia con una lengua franca, y a la vez sabia, acusándolos de usar los monasterios a modo de “sentina de nave, donde arrojan todas sus inmundicias”, abandonando en ella a las hijas menos bellas o a las que no se quería proveer de una dote. Ilustraba los tormentos, las infelicidades y el infierno que vivían cada día y reivindicaba la posibilidad de disolver los votos, así como se concedía la posibilidad de salir de otras condiciones impuestas, dado que, escribía, en el matrimonio “con justas causas se concede el divorcio [...] ¿por qué deben estar condenadas las monjas, con inapelable decreto al sacramento de su profesión?”. (132)

En realidad, existía esta posibilidad, que Tarabotti parecía desconocer: así como podía presentarse una “súplica” –otro género escriturario con el cual las mujeres comenzaron a ganar confianza en este siglo– para requerir a la Penitenciaría Apostólica que anulase un matrimonio o celebrar uno impedido por las familias, de igual modo los religiosos podían apelar a la comisión específica de la Sagrada Congregación del Concilio para liberarse del voto. Se trataba, empero, de un expediente largo, de resultado incierto y requería de la ayuda de un abogado y de testimonios probatorios; así y todo, ciento setenta y una monjas recurrieron a él entre 1668 y 1798. (133) Una de ellas fue la francesa Gabrielle Suchon (1632-1703), quien huyó del convento para dirigirse a Roma a solicitar la disolución de sus votos, confirmada por el papa.

Tarabotti en *La simpleza engañada* señalaba una alternativa válida a los dos únicos caminos ofrecidos a las mujeres, “casarse o tomar los hábitos”: la de vivir en la casa familiar, si bien en “modesto retiro”, o como beata y en comunidades de mujeres. El celibato era una opción que podía aliviar a las familias de la obligación de la dote y al mismo tiempo permitir una vida independiente, decorosa, a menudo ligada a labores, por lo general en el hogar, pero no solamente allí; si en el pasado esta alternativa era objeto de críticas y de incomprensiones, en la realidad de la época era una vía transitada por muchas mujeres y más aceptada que antes en la dimensión familiar y social, que comenzaba a verla como una ayuda al cuidado parental aportada por las hijas no casadas. Aumentaba además el número de viudas que no volvían a casarse y que contaban con una mayor libertad y capacidad de acción que aquellas que el derecho y la costumbre les concedían. Un destino que no estuviese constreñido entre dos únicas opciones no solo se volvía imaginable sino también practicable para las mujeres, aparte de serlo para los hombres; el porcentaje de solteras y célibes en Europa, sobre todo desde finales del siglo XVI, en efecto fue aumentando de manera significativa: a fines del siglo siguiente en Inglaterra el 56,6% de las mujeres y el 59,7% de los hombres se hallaban en el estado de no casados, superando por tanto la mitad de toda la población.

Luego de dejar el convento, Gabrielle Suchon se estableció en Dijón, donde, para mantenerse, se dedicó a la enseñanza de los niños, estudió y escribió obras como *Sobre el celibato voluntario*, publicada en 1700, que con una rica elaboración daba firmeza y autoridad a la tercera vía que se entreabría a las mujeres. De ella no había podido gozar Camilla Faà, quien tras un matrimonio ficticio con el duque Ferdinando Gonzaga y el nacimiento de un hijo de quien fue apartada, por no querer esposarse había debido aceptar los votos en 1622 “con poca o ninguna satisfacción”, según sus propias palabras, y retirarse al convento de las clarisas del Corpus Domini de Ferrara. Gabrielle denunciaba la atormentada experiencia vivida en sus *Memorias*, una de las primeras autobiografías de mano femenina en Italia, que durante mucho tiempo permaneció inédita y aun así se la conoció en su época. Su escritura evitó que su historia se perdiese en el olvido y de algún modo, gracias a su texto, ella misma obró para procurarse justicia.

Con todo, fue Mary Astell (1666-1731) quien proyectó y teorizó por completo un desarrollo de la autonomía femenina, basada en la autosuficiencia económica y en una vida comunitaria; la inglesa hizo de su educación, bastante más elevada respecto de la habitual para una mujer burguesa, un medio para sustentarse, al

haber decidido firmemente que permanecería soltera. En Londres, adonde se mudó buscando mantenerse, estableció relaciones de amistad y apoyo con un círculo de mujeres influyentes y aristocráticas, en su mayoría solteras o viudas, como las ladies Elizabeth Robinson Montagu, Catherine Jones, Elizabeth Hasting y Ann Coventry, quienes financiaron sus publicaciones, entre las cuales se cuenta *Una seria propuesta a las mujeres para el avance de su verdadero y más grande interés*. El texto salió en Londres en 1694 en versión anónima, aun cuando en su interior se hacía evidente que quien lo había escrito era una mujer que, por otro lado, se dirigía a todas las demás en primera persona: “Mi más sincero anhelo es que ustedes, Señoras, seáis tan perfectas y felices cuanto este imperfecto estado permite”. (134)

Comenzaba con una invitación a las mujeres a abrazar y financiar la conformación de una comunidad exclusivamente femenina cuyas reglas proponía, y que denominaba Congregación, dedicada al desarrollo personal, al estudio, a la amistad entre las mujeres y a obras productivas con el objetivo de autofinanciarse: un espacio donde valorar la verdadera felicidad, que comparaba con un jardín de las delicias. En el tratado *Algunas reflexiones sobre el matrimonio*, publicado en 1700, exhortaba más aún a las mujeres a que rechazasen el matrimonio y la esclavitud que de este seguía o, de desear hacerlo, las incitaba a examinar con cuidado la elección del partner [‘compañero’], dejándose guiar por la cualidad del alma y por la reciprocidad en cada aspecto y no por la atracción física. Astell definía al matrimonio como “un convenio mutuo”, con una interesante visión contractualista que predecía una concepción que se desarrollará en pleno siglo XVIII: sus bases debían residir en el “amor, honor, y devoción, civilidad y respeto”. (135)

Escritora y polemista, también a través de una cuantiosa correspondencia con intelectuales y personalidades de relevancia, en su tiempo fue bastante conocida por sus posturas, conservadoras en cuanto a la religión y al deber de obediencia, pero radicales en lo atinente a la igualdad intelectual y moral de las mujeres, que la expusieron a críticas, hasta tal punto que siendo anciana la obligaron a retirarse a la vida privada para ocuparse de la organización de una escuela para niñas pobres. Sus ideas y sus obras no obstante dejaron un sello indeleble en la cultura inglesa y en la genealogía del pensamiento femenino: a mediados del siglo XVIII los círculos de *The Blue Stockings Society*, que promovían la emancipación cultural y social femenina, se inspiraron en sus enseñanzas.

LA IGUALDAD DE LEER, PENSAR, ESTUDIAR Y ESCRIBIR

La idea de la igualdad entre hombres y mujeres, como se ha visto hasta ahora, se iba arraigando y fructificaba en especial en la segunda mitad del siglo, gracias asimismo a la aportación de científicos y filósofos cartesianos como François Poullain de La Barre, que en 1673 dio a la luz *Sobre la igualdad de los dos sexos*, donde proclamaba que “el espíritu no tiene sexo”, seguido el año siguiente por *Conversaciones sobre la educación de las damas para la conducta del espíritu en las ciencias y en las costumbres*. Si, por ende, las capacidades intelectuales no eran distintas según el sexo, el problema residía en otra parte, en el denegado acceso a los estudios y sobre todo en la coartación del deseo de conocimiento. Subrayémoslo enfáticamente: en la batalla de las mujeres por recibir educación en este período se produce un salto de calidad, de conciencia y de pensamiento, nutrido por un trasfondo cultural fortalecido por las nacientes ideas acerca de los derechos naturales y sobre la ciencia.

No es pues una casualidad que todas las escritoras que hemos encontrado hasta aquí reivindicasen para ellas y para el universo femenino el derecho a una instrucción que no se ciñese a proveer las pocas nociones tenidas por útiles para una mujer de su casa. La ignorancia era la razón de los defectos que se atribuían a las mujeres y al mismo tiempo el origen de su sometimiento. Tarabotti lo había denunciado con firmeza en *La simpleza engañada*: “consideráis que las mujeres son tontas porque no pueden ser sabias, las priváis de estudios y de maestros [...] las educáis y nutrís como si no tuviesen juicio ni sentimientos, y les dáis como directora en la enseñanza a otra mujer, aunque tampoco es erudita y malamente las instruye en los primeros elementos, que conciernen a saber leer, sin conocimiento alguno de filosofías, de leyes ni de teologías”. (136) Cada vez más, la aspiración de escribir se tornaba una pretensión inconcebible: “si las véis con la pluma en la mano, pronto irrumpís en gritos, imponiéndoles, bajo pena de la vida misma, que omitan la escritura y atiendan las labores femeninas de la aguja y de la rueca”. (137)

Con todo, estando así las cosas, algunas pensaron con justeza no circunscribirse al lamento y a la protesta sino, convencidas de que debían arreglarse por sí solas, se pusieron a concebir planes de formación femenina, programas de estudios y metodologías educativas. De esto se encargó la intelectual neerlandesa, nacida en Alemania en el seno de una familia calvinista, Anna Maria van Schurman

(1607-1678) quien, en virtud del clima de tolerancia, libre pensamiento y desarrollo del alfabetismo del país, había recibido una educación superior que continuó cultivando cuando decidió permanecer soltera. Su fama de erudita, dotada de un vasto conocimiento que abarcaba desde las ciencias hasta la teología, pasando por la música, el dominio de muchas lenguas tanto clásicas como contemporáneas, la pericia en la pintura, el grabado y la escultura, le ganó el apelativo de “Minerva holandesa”. Mantuvo un intercambio epistolar con los mayores pensadores de la época, entre los cuales se hallaba Descartes, quien quiso conocerla en persona. El rector de la Universidad de Utrecht la invitó a escribir una oda laudatoria para la inauguración de la sede universitaria y seguidamente le permitió asistir a las lecciones, si bien se la mantenía oculta por un biombo, contrariamente a la habitual prohibición. En 1639, publicó en París con su nombre el tratado *Dissertatio de ingenii muliebris ad doctrinam, et meliores litteras aptitudine* que luego se tradujo a muchas lenguas y apareció en inglés con el significativo título *The Learned Maid or Whether a Maid may be a Scholar?* (‘La joven instruida o ¿puede una joven ser una erudita?’). Proponía allí un rico programa de estudios humanistas para las mujeres, donde no se excluían la matemática, la física, otras artes liberales, la teología y las lenguas como el hebreo y el griego para comprender mejor las Sagradas Escrituras: su intención era conciliar la cultura y la religión y demostrar que las mujeres cultas no representaban amenaza alguna para la sociedad y el poder, puesto que podían, así dotadas, consolidar aún más la fe y la moralidad del país, aunque permaneciendo alejadas de la arena pública. Al final de su vida tuvo una deriva mística, abandonó los estudios, se asoció al movimiento del predicador francés Jean de Labadie y vivió en esa comunidad, todas experiencias de las cuales dio cuenta en su autobiografía salida en 1673, *Eucleria*, o la elección de la mejor parte.

Anna Maria van Schurman estaba en contacto con la cultivada inglesa Bathsua Reginald Makin (1600-1675), poeta y gran erudita también gracias a la educación impartida por su padre, quien la introdujo en los estudios clásicos, las ciencias y numerosas lenguas. No se trataba de una aristócrata y por tanto hizo de su cultura una profesión: fue institutriz de Isabel Estuardo (1635-1650), hija de Carlos I, luego fundó en 1673 en Tottenham una escuela para las hijas de los caballeros. Ese mismo año salió de forma anónima su obra más conocida *Ensayo para revivir la antigua enseñanza de las damas...*, que le sirvió asimismo de publicidad para la escuela, y donde exponía sus principios educativos y una detallada descripción del programa pedagógico, criticando las atenciones reservadas solo a la belleza del cuerpo, demostrando las actitudes y

competencias femeninas en las diversas disciplinas de estudio y presentando figuras del pasado y del presente. El final del texto ofrece una eficaz lista de afirmaciones tradicionales contra la educación de las mujeres seguida por la brillante, aguda e irónica respuesta de la autora, por ejemplo: “Si educamos a nuestras hijas nadie se aventurará a casarse con ellas. Respuesta: muchos hombres, más bien estúpidos, [...] creen que son sabios y no se atreverán a casarse con una mujer sabia por temor a ser superados por ella”. (138)

Reivindicaba por tanto iguales oportunidades educativas para las mujeres que podían fructificar en provecho de la nación, sin por esto querer competir con los hombres. Lo hizo con una pluma perspicaz y desenvuelta.

En 1693, Gabrielle Suchon publicó en París, bajo el seudónimo de G. S. Aristophile, el Tratado de la moral y de la política. En el prefacio explicaba que para oponerse al prejuicio en el cual vivía la mayoría de las mujeres, quienes creían que su propio estado de constricción, ignorancia y sujeción era “natural” y los sufrimientos, irremediables, había decidido demostrar que todo ello era un efecto de las costumbres más que una “imposibilidad natural de estudiar, gobernar y de obrar con libertad”. En la segunda parte del texto, tras haber demolido cada uno de los argumentos sobre la inferioridad femenina y mostrado las razones de una libertad igual, también bajo la influencia de Poullain de la Barre, con citas de las Sagradas Escrituras y de ejemplos de mujeres egregias, demostraba la necesidad de instrucción femenina en cada campo de lo cognoscible, comprendidas las ciencias exactas.

Algunos años más tarde, en 1697, apareció el segundo volumen de la obra de Mary Astell, *A serious Proposal to the Ladies*, el cual ilustraba que, como anuncia el subtítulo, “se ofrece un método para el mejoramiento de sus mentes”. Detallaba el modelo de aprendizaje orientado a la comunidad y un programa de estudios específicamente pensado para las mujeres deseosas de conocer, que se basara no en la acumulación de nociones sino en la retórica y el arte de conversar, discutir y hablar juntas de los temas abordados por filósofos como Descartes, y por autoras como Anne Dacier y Madeleine de Scudéry. Explicaba en la introducción, con cierta ironía, que el objetivo de las mujeres no consistía en oponerse a los privilegios de los hombres sino en ser plenamente soberanas de sí mismas: “our only endeavour shall be to be absolute Monarchs in our own Bosoms”. Ni se quería “competir con los autores ni hacerse pasar por bibliotecas ambulantes”, sino aspirar solo a conocer de veras sus propios corazones, “we’ll aspire no further than to be intimately acquainted with our own Hearts”. (139)

UNIVERSIDADES, ACADEMIAS, CÍRCULOS E INTELECTUALIDAD FEMENINA

A lo largo del siglo el debate sobre la instrucción de las mujeres y de su acceso a la cultura fue bastante amplio y parte de los intelectuales y del mundo religioso estaba a favor, prueba de ello fue el aumento de los colegios religiosos para señoritas y el nacimiento de algunas nuevas instituciones, desde la Congregation of Jesus de Mary Ward hasta la Maison Royale de Saint-Louis, en Saint-Cyr, fundada en 1684 por voluntad de Françoise d'Aubigné, Madame de Maintenon, para la educación de las hijas de la nobleza empobrecida.

La educación superior, sin embargo, permanecía vedada a las mujeres. Tarabotti había señalado la exclusión de las mujeres de las aulas universitarias: “a nosotras no nos es dado llenar las aulas de las universidades, nunca se nos ha concedido escuchar lecciones en escuelas públicas”. (140) Si alguna había logrado entrar en ellas, como Anna Maria van Schurman, lo había hecho de forma clandestina. La graduación en Derecho de la española Juliana Morell (1594-1653), en Lyon, en 1608, y sobre todo la de Elena Lucrezia Corner Piscopia (1646-1684) en Filosofía, en Padua, en 1678, un evento que se conoció en todo el mundo, narrado por todas las gacetas y hojas informativas, fueron excepciones que no sirvieron para abrir las puertas a otras. Los títulos habían sido conseguidos por la merecida fama de erudición y cultura, pero sin asistir nunca a las aulas; ambas fueron estimuladas por la ambición paterna y aceptadas por la condición de oblata o por la fama de devota. Solamente otra mujer, Carla Gabriella Patin, siempre por el orgullo paterno, solicitó a la Universidad de Padua poder doctorarse. Los magistrados venecianos que presidían la prestigiosa institución conminaron a los rectores a que cortasen de raíz esas aspiraciones femeninas. El título de Corner Piscopia y su resonancia contribuyeron, empero, a que surgieran algunas dudas acerca de la “natural” exclusión de las mujeres de las instituciones del saber y empujaron a otras a intentarlo o a relacionarse con tales ambientes.

Una muy diferente y mejor acogida era la que a ellas les dispensaban las academias que ganaban prestigio por incluir a mujeres ilustres entre sus filas. La prestigiosa y exclusiva Académie Royale de Peinture et de Sculpture en París, aunque no recibía escritoras, reconoció el valor de algunas, concedió premios a

autoras y promovió la publicación de sus escritos, como en el caso de Anne Dacier (1654-1720), erudita, gran filóloga, traductora de Homero y editora de textos clásicos.

En Italia la red de las academias, que fungía de barrera de contención a la cerrazón de espacios mentales y físicos, experimentaba nuevos modelos y prácticas culturales, cultivaba la relación con las mujeres intelectuales, compensando parcialmente la falta de desarrollo de salones a la francesa. Por lo demás, las academias hacían del serio ludere (literalmente, ‘jugar en serio’) un principio de su modo de encarar el saber, y la “conversación” representaba su punto de apoyo; en algunos casos se explicó que los diálogos se originaron precisamente en un intercambio acontecido entre mujeres y hombres en una reunión en Siena. (141) Corner Piscopia fue acogida entre los Infecondi de Roma, los Intronati de Siena, los Erranti de Brescia, los Dodonei y los Pacifici de Venecia y la Accademia dei Ricovrati de Padua, que fue particularmente pródiga en nombrar, entre sus miembros, a escritoras incluso extranjeras. Ya se ha subrayado el papel crucial de la Accademia degli Incogniti para conservar terrenos de libertad de expresión, al apoyar a Arcangela Tarabotti, y no sorprende que en la correspondencia de sus miembros figurara otra figura femenina que se oponía al clima contrarreformista, la judía veneciana Sara Copio Sullam. Poeta, mujer de letras, animaba una tertulia que no se acotaba a temas religiosos, si bien reivindicaba con firmeza su pertenencia al judaísmo y su rechazo a la conversión en el célebre Manifiesto de Sara Copio Sullam, judía, impreso en Venecia en 1621.

La poeta pisana Maria Selvaggia Borghini (1654-1731), que dedicó su vida a los estudios y a las letras y rechazó el matrimonio, fue aceptada entre los Apatisti de Florencia, los Ricovrati de Padua, los Pigri de Bari, los Stravaganti de Pisa y los Spensierati de Rossano, y al final del siglo estuvo entre las primeras inscritas en la Accademia della’Arcadia de Roma. Se tiene noticia además de una academia por completo femenina nacida en las postrimerías del siglo XVII en Siena, la Accademia delle Assicurate, (142) que acaso emulaba experiencias similares en el área germánica en la primera mitad del siglo con la Académie des Loyales y la Tugendliche Gesellschaft.

En Italia sobre todo, donde no se conoció la efervescencia y promoción cultural de la cual gozaron los ambientes femeninos franceses e ingleses, se prestó una especial atención a las figuras emergentes en la escena pública, intérpretes del nuevo gusto y de más eficaces y agradables modalidades de transmisión de

contenidos culturales: cantantes, músicas y actrices eran huéspedes de los salones y las academias, ganando fama y prestigio social, testimonios de carreras independientes y aclamadas por el público del teatro, lugar central de la comunicación cultural. Hasta en la Roma de los papas, que jamás había concedido a las mujeres que subieran a un escenario, la culta y desprejuiciada Cristina de Suecia, escritora asimismo de dos tratados de máximas morales a la manera de La Rouchefoucauld, en su salón-academia convocó a numerosas cantantes para que actuaran en un teatro público.

El otro polo de atracción estaba constituido por pintoras y escultoras, también ellas recibidas y promovidas por las muchas academias que cultivaban las artes figurativas y por las crecientes filas de coleccionistas y amantes del arte. A ellas se les permitió el acceso a prestigiosas academias tal como la Académie Royale de Peinture y de Sculpture de París, que acogió en 1663 como primera afiliada a la pintora Catherine Girardon; muchas se inscribieron en la Accademia di San Luca en Roma. No obstante, estaban excluidas de los cursos porque no era admisible que pudiesen frecuentar las aulas de desnudos. Elisabetta Sirani (1638-1665), quien enseñó en la Accademia di San Luca de arte, decidió por tanto fundar una escuela femenina de pintura, la Accademia del Disegno.

Para las escritoras italianas la verdadera apertura se materializó en los últimos años del siglo con la fundación de la Accademia dell'Arcadia, sobre la cual volveremos cuando sigamos su desarrollo en el siglo XVIII.

UNA CIENCIA COMO AMIGA

Existen numerosas pruebas de que las mujeres no se ceñían a anhelar retazos de cultura que les permitiesen componer versos más doctos o a hacer gala de más lecturas en sus cartas, sino que consideraban a la ciencia, esa que estaba transformando el modo de ver las cosas y el mundo, como un territorio donde podían ejercer provechosamente. Obras cruciales de la revolución científica y filosófica estaban dedicadas a damas que se hacían promotoras de la renovación cultural: Galileo había dirigido una misiva a Cristina de Lorena en 1615 en torno a las relaciones entre la ciencia y la religión; Descartes había dedicado a Isabel de Bohemia, quien cultivaba el intercambio de ideas con Anna Maria van

Schurman, los Principios filosóficos de 1644 y Las pasiones del alma de 1649 y había decidido abandonar el latín y escribir en francés el Discurso del método a fin de que pudiese ser comprendido por un público de lectoras. Otras obras científicas fueron dirigidas a Cristina de Suecia, quien se interesaba activamente en la química, la medicina y la alquimia, e invitaba y apoyaba a estudiosos en su academia. El filósofo platónico Henry More mantuvo una abundante correspondencia con Anne Finch Conway (1631-1679) sobre temas cartesianos, y el pensamiento de la estudiosa, de quien se publicaron póstumamente, de forma anónima y en traducción latina en 1690 los Principios filosóficos antiquísimos y muy recientes, influyó en las ideas de Gottfried Leibniz. Para Conway, la materia en efecto estaba constituida por un conjunto de mónadas, divisibles al infinito.

A mediados del siglo estaban en actividad círculos de mujeres que discutían de filosofía y ciencia en Francia y en Inglaterra, mientras hacía su entrada un nuevo género editorial, cuya finalidad era la divulgación científica dirigida en particular a las mujeres. Este género alcanzó la consagración con la publicación, en 1686, de las Conversaciones sobre la pluralidad de los mundos de Bernard Le Bovier de Fontenelle, que explicitaba su orientación a un público femenino con la dedicatoria a una marquesa y con el grabado de apertura que representaba a un hombre y una mujer, ambos concentrados en observar el cielo estrellado: era el símbolo de una nueva alianza y no por azar la obra fue traducida en Inglaterra por la insigne escritora y periodista Aphra Behn, de quien nos ocuparemos enseguida, a solo dos años de su aparición en Francia. También las novelas, lecturas preferidas por el público femenino, a menudo incluían nociones históricas, geográficas, filosóficas y científicas, incrementando de forma eficaz la difusión del saber.

Además, el universo femenino tenía gran interés en mirar con atención los descubrimientos científicos que desmontaban los fundamentos aristotélicos: la mujer ya no era “un varón imperfecto” sino que estaba dotada de intelecto, capacidad racional aparte de sensibilidad.

Por consiguiente, algunas comenzaron a contribuir al conocimiento científico a través de la obra de traducción, otras se volvieron colaboradoras de sus maridos o de sus padres en los estudios y experimentos, como fue el caso de Elisabeth Koopmann Hevelius o de Margarethe Winkelmann-Kirch, pero en algunos casos se comprometieron en primera persona en la redacción de textos científicos divulgativos, como la francesa Marie Meurdrac (1610-1680), que en 1666

publicó *La química caritativa y fácil*, en favor de las damas. La obra, aprobada por la Universidad de París, pronto se volvió muy popular, conoció muchas reimpressiones, se tradujo al inglés y al alemán, y en 1682 apareció en italiano en Venecia. En ella se trataba el arte de la destilación, secretos medicinales, recetas de cocina y de cosmética. En el prefacio, Meurdrac explicaba que a pesar de no ser una profesional, se había convencido de la necesidad de publicar la obra para permitir un aprendizaje a las mujeres, a quienes consideraba iguales en las capacidades intelectuales, usando una fórmula retomada algunos años más adelante por Poullain de La Barre y que de cualquier manera comenzaba a aparecer en muchos textos: “Los espíritus no tienen sexo”, y remarcaba que, si el de las mujeres se cultivase como el de los hombres y se emplease igual cantidad de tiempo y recursos a instruir las mujeres, las mujeres podrían igualarlos. (143)

Nacida en Fráncfort del Meno, Maria Sibylla Merian (1647-1717) se dedicó en cambio a la botánica. Hija de un grabador y editor suizo, perfeccionó su pericia en el dibujo bajo la guía del segundo marido de la madre, un pintor de naturalezas muertas. Se casó con un artista y se puso a observar y a pintar insectos, una de sus verdaderas pasiones; en 1675 publicó su primer libro con el título *Nuevo libro de las flores*, rápidamente actualizado, y en 1679 *La maravillosa transformación de las orugas y el extraño alimento de las flores*, donde describía con minuciosidad, con textos y excelentes dibujos, la vida de las orugas y una gran variedad de mariposas. En 1685 se separó del marido, se mudó con las hijas a una comunidad labadista de Holanda. Allí conoció al gobernador de Suriname, la colonia neerlandesa en Sudamérica, y pudo observar algunos ejemplares de mariposas provenientes de esa tierra. Tras alejarse de la comunidad por no tolerar las rígidas reglas de vida, se mudó a Ámsterdam, donde montó su laboratorio, punto de encuentro de naturalistas y estudiosos. Y allí empezó a proyectar el riesgoso viaje hacia Suriname.

Consiguió un préstamo para alistar la nave y partir en 1699, esperando saldar las deudas contraídas con los ingresos de la venta del libro que proyectaba escribir. Llegada a la colonia, se sirvió de guías locales para explorar el territorio y poder describir, dibujar y conservar ya no solo insectos sino toda suerte de flora tropical y un nutrido grupo de animales exóticos. Los indios y los negros de Suriname, en especial las mujeres, se convirtieron en valiosos informantes a quienes ella escuchó desprejuiciada, y sus saberes contribuyeron a nutrir su visión vitalista de la naturaleza. De regreso en Ámsterdam en 1701, reprodujo sus preciados hallazgos de plantas y animales con la técnica de la acuarela sobre pergamino, para luego volcarlas en sesenta grabados en cobre que acompañaron

al volumen *Metamorfosis de los insectos de Surinam*, publicado en 1705 con texto en holandés y en latín: una obra extraordinaria que la volvió muy famosa por la belleza de los dibujos, de los colores, la precisión descriptiva y la novedad de las especies catalogadas.

No obstante, fue Margaret Cavendish (de soltera Lucas, 1623-1673) la mujer más determinada en su intención de transitar los territorios del pensamiento científico, buscando imponerse incluso en los ambientes masculinos que se ocupaban institucionalmente de ello, autora de muchas obras que aparecieron con su nombre y no de manera anónima. Nacida en el seno de una familia de la pequeña nobleza inglesa, a despecho de una educación acotada pudo acceder a bibliotecas bien provistas, también gracias a su hermano John Lucas, estudiante de derecho, de filosofía y de ciencias naturales, conocedor de las lenguas clásicas, luego miembro fundador de la Royal Society. Su deseo de conocimiento, de fama y su pasión por la lectura permitieron a Margaret adquirir una dilatada cultura. Se ofreció como dama de compañía de la reina consorte Enriqueta María y cuando esta tuvo que exiliarse en Francia la siguió allí. En ese país conoció a William Cavendish y se casó con él, quien fue un relevante político y a la vez poeta, un escritor, relacionado con intelectuales del calibre de Hobbes, Gassendi y Descartes; Margaret pudo conocer en persona a este último en París.

Esta autora trabajó intensamente y escribió sobre ciencia natural y mecánica de los cuerpos: su pensamiento gira en torno a una visión materialista y antiaristotélica que restituía a los cuerpos, respecto de la tradición, pensamiento, inteligencia y belleza. También el alma tenía una esencia corpórea como todas las cosas: “La naturaleza es material o corpórea, y así son todas sus criaturas, y cualquier cosa que no sea material, no forma parte de la naturaleza ni pertenece a la naturaleza en absoluto”. (144) Publicó muchas obras, entre las cuales están *The Worlds Olio* de 1655, conversaciones sobre varios temas de retórica, poesía, ciencia y diferencias entre los sexos, en 1656 las *Philosophical and Physical Opinions* y en 1664 las *Philosophical Letters*. Estaban siempre acompañadas de presentaciones a los lectores en las que, si por un lado justificaba su audacia y se excusaba por eventuales errores, por el otro, sin embargo, sostenía la sustancial igualdad intelectual de las mujeres y la necesidad de una comunicación accesible capaz de hacer comprensible a todos los conceptos más difíciles. También para esto escogía una escritura que privilegiaba un enfoque narrativo, un estilo que utilizaba metáforas y que a la observación le añadía elementos fantásticos e híbridos. Fue sobre todo con las *Observations upon Experimental Philosophy* de

1666, donde criticaba la ciencia experimental y mecanicista practicada en la Royal Society, que concitó la atención del mundo científico y, a pesar de las múltiples resistencias de los detractores y críticos de sus obras, consiguió finalmente participar en mayo de 1667 en una sesión de la prominente sociedad científica inglesa, que nunca antes había abierto sus puertas a una mujer, evento que provocó mucho alboroto y escándalo. En esa ocasión siguió con vivo interés los experimentos sobre “colores, imanes y microscopios”. Al año siguiente salió *Grounds of Natural Philosophy*, pero en seguida regresaremos a Margaret Cavendish.

AVENTURERAS DE LA PLUMA

Un siglo de luces y sombras, de censura y pensamiento libertino, de un público cada vez más ávido de informaciones y del inicio de formas de periodismo y de mercado de noticias impulsaba asimismo a las mujeres a emprender vidas y carreras inusuales, y a servirse de la pluma para ganar dinero o para legitimar comportamientos por fuera de las normas. Por otra parte, en las novelas de las escritoras a menudo las heroínas se debatían entre la respetabilidad y la impostura, violaban las leyes sociales, cuestionaban el matrimonio, practicaban el adulterio o se hacían adalides de la castidad. Algunas figuras de escritoras, como aquellas de las que ahora nos ocuparemos, parecen salidas de esas páginas y el juego de espejos entre narración, vidas vividas y luego contadas por las mismas protagonistas es convincente, lo cual nos indica que nuevos modelos femeninos conquistaron un espacio real, aparte de literario.

Un ejemplo en tal sentido es el de Elizabeth Alkin, propagandista y espía durante los años de la Revolución inglesa, pero quien personifica más que nada esta nueva figura es sin duda Aphra Behn (1640-1689), cuyo nacimiento está rodeado de misterio, tal vez creado por ella misma. Ciertamente no tuvo orígenes aristocráticos ni en la alta burguesía, y algunas fuentes señalan que era hija de un barbero. Vivió varios años en la colonia inglesa de Surinam, experiencia que la marcó profundamente: por consecuencia reelaboró sus vivencias allí para escribir la novela *Oroonoko*, o el esclavo del rey, publicada en Londres en 1688. En ella denunciaba la realidad de la esclavitud, cuyos efectos había constatado en persona, por lo que se había convertido en promotora del abolicionismo.

Hacía de Oroonoko, un noble y joven africano arrancado de su tierra de origen y vendido como esclavo en Surinam, un modelo de virtud y belleza, mientras que el capitán inglés era descrito como un inescrupuloso especulador, lo que constituía una clara denuncia por parte de Aphra Behn del colonialismo de su madre patria.

De regreso en Inglaterra, tras un breve matrimonio, Aphra fue presentada en 1666 a la corte de Carlos II, de quien aceptó el encargo remunerado de espía política en Holanda, con el nombre clave de Astrea, con el que por espacio de nueve meses firmó despachos e informes desde Amberes. Otra vez en Londres, cargada de deudas, para mantenerse se puso a escribir obras teatrales para la Duke's Company y para la King's Company que habían vuelto a ofrecer espectáculos –luego de la guerra civil y lo que se conoce como Interregno– gracias a la reapertura de los teatros. Debutó en 1670 con *El matrimonio forzado*, un tema, como se ha visto, bastante discutido en la época. La obra consiguió un gran éxito y le procuró renombre y una buena ganancia. Su carrera de autora teatral prosiguió con *El príncipe amoroso* y *El amante holandés*.

En 1680 publicó dentro de la antología de los Poems de John Wilmot, segundo conde de Rochester, un breve poema, “La decepción”, donde se ridiculizaba la ambientación pastoril para narrar acerca de un pastor que, habiendo atrapado a la doméstica Cloris para satisfacer sus deseos, resultaba ser impotente, abordando un tema sexual que raramente era tratado.

Behn fue la escritora más prolífica que jamás hubiese aparecido en la escena literaria, incluso porque tenazmente hizo de la escritura un oficio: se cuentan casi una veintena de obras teatrales, además de novelas, composiciones poéticas y numerosos textos de su actividad como seudoperiodista e informante; para mantenerse comenzó a trabajar como traductora de trabajos literarios y científicos, dado su conocimiento de varias lenguas. Pese a que su vida estuvo acompañada de maledicencias, escándalos y problemas con la justicia, incluso por sus críticas al rey, los contemporáneos no pudieron dejar de reconocerle sus múltiples talentos literarios, hasta tal punto que se aceptó que fuese sepultada en la Abadía de Westminster, donde también descansan Chaucer y Spenser. Podemos comprender pues las razones por las cuales Virginia Woolf la admiraba y expresaba un cálido reconocimiento, al subrayar justamente su autonomía económica como escritora. (145)

No tenían necesidad de escribir para vivir, en cambio, las dos bellas, cultas y

célebres sobrinas del cardenal Mazzarino, Ortensia y Maria Mancini, pero que compartieron con Aphra Behn, aunque de diverso estamento y relaciones sociales, la fama de aventureras. Las dos Mancini alimentaron esa fama con sus agitadas vidas transcurridas entre Francia e Italia, con el apasionado amor de rey Luis XIV por Maria, con los matrimonios que el cardenal les impuso, las fugas de sus respectivos maridos y las sucesivas peripecias, las persecuciones, los continuos desplazamientos, incluidas las paradas más o menos obligadas en algún convento. Ambas emplearon la escritura de memorias de modo estratégico concebidas para ser publicadas y ofrecidas a una amplia circulación con el fin de defender su reputación, atacando a los detractores y sobre todo construyendo pruebas en contra de sus cónyuges para obtener la separación. Las *Mémoires de Ortensia Mancini* se imprimieron en Colonia en 1676 con inmediata fortuna, hasta el punto de ser traducidas prontamente al inglés para la edición londinense del año siguiente y al italiano en 1677. En 1678 vio la luz *Apologie, ou les véritables mémoires de madame la Connétable de Colonna Maria Mancini*, que intentaba desmentir las memorias apócrifas que con su nombre habían salido algunos años antes. Las dos narraciones, en las que un espacio considerable está reservado al relato del episodio que las tuvo como protagonistas de una fuga combinada, en carroza y hasta a caballo, disfrazadas de hombres, tienen un ritmo de novela de intriga y misterio, bien representado por la escena descrita por Maria Mancini; en ella las dos mujeres, perseguidas por los maridos, esperaban ocultas en un bosque la llegada de una embarcación al puerto de Civitavecchia para embarcarse en ella hacia Nápoles, con su hermana lista a desenfundar sus pistolas. Pero si estas memorias nos hacen revivir las intrigas de la corte francesa y los ambientes aristocráticos de Francia e Italia con un estilo dinámico, asimismo restituyen con precisión la real dificultad con la que se encontraban las mujeres de clase alta en caso de querer separarse de sus maridos: arrestos, confinamientos, impedimentos de todo tipo, incluida la desposesión de sus recursos económicos. A pesar de todos estos obstáculos, jurídicos, sociales y culturales, el deseo de libertad que anhelaban se reafirma constantemente en estas memorias. Maria Mancini, que había iniciado una demanda contra su marido con resultados desfavorables, concluía: “Sin embargo, el fracaso de mis dos primeras empresas por la conquista de la libertad, no me hizo desistir; atento a que ese es el más dulce bien de la vida y a que, para recuperarlo, no había nada que un espíritu noble y generoso no debiese intentar, me dispuse otra vez a procurarme el medio de obtenerla”. (146)

Ambas querían mostrar sus transgresiones como una búsqueda de independencia de las constricciones sociales, del yugo de uniones matrimoniales no deseadas y

de los límites jurídicos impuestos a las mujeres.

NARRAR LA HISTORIA

No fueron pocas las mujeres que, como se ha visto, tuvieron la ambición de abarcar la historia: no era una decisión nimia, puesto que significaba legitimarse en la escritura sobre la cosa pública. Aun así, fueron en general olvidadas por las antologías literarias y es necesario ponerle remedio presentando cuando menos a algunas de ellas. Hubo quienes se inspiraron y escogieron temas a partir de la vida de los maridos, como Lady Lucy Hutchinson (1620-1681), mujer culta y traductora al inglés del *De rerum natura* de Lucrecio, que redactó las *Memoirs of the Life of Colonel Hutchinson*, las cuales permanecieron en forma manuscrita hasta que la British Library las adquiriera y recibieran un sucesivo interés de los estudiosos. Narraban las peripecias del consorte, quien había participado en el derrocamiento de Carlos I y por haberse opuesto a posteriori al ascenso de Cromwell, terminó en la cárcel; su reconstrucción, no obstante, tenía mayores ambiciones, al describir con precisión los ambientes puritanos y transformar una experiencia familiar en una historia política. Lady Ann Harrison Fanshawe (1625-1680), de la facción contraria, de familia y marido realista, debió viajar y vivir un tiempo prolongado en el exilio durante la guerra civil, al seguir a Richard, su marido, en sus diversos cargos diplomáticos y políticos; tras la muerte de este, regresó a Inglaterra y volcó en 1676 el relato de sus aventuras y del tumultuoso período en *Memoir of Him*, dirigido a su único hijo varón sobreviviente, impreso recién en 1829.

No obstante, quien quería presentarse con derecho pleno para la escritura histórica y anhelaba la publicación y circulación de las propias obras fue sin duda Margaret Cavendish, a quien es preciso volver: con su *Life of William Cavendish*, biografía del marido dada a la stampa en 1667 y traducida al latín al año siguiente, se imponía como historiadora, por hacer explícitas sus fuentes y por su condición de testigo. En su extenso prefacio distinguía tres tipos de historia, la general, *General History*, que trata de los pueblos y de los países y es útil a los viajeros, navegantes y mercaderes; la nacional, *National History*, reservada a los políticos, y la *Particular History*, la historia y las acciones de una persona específica. Esta última le parecía un tratamiento singularmente veraz por

estar ligado a la contemporaneidad y por tanto sometido a la verificación de los hechos. A su juicio la historia particular no era pues un género menor y la consideraba apropiada a su naturaleza femenina, no apta para ocuparse de las guerras. Insertaba comentarios y documentos de primera mano, demostrando que estaba al corriente de los nuevos métodos historiográficos. La obra no es solo testimonio del vínculo afectivo con el marido, sino una relectura de la historia inglesa desde la Guerra civil hasta la Restauración.

Margaret Cavendish aplicó la misma intención, a la vez de defensa y de restauración de la verdad histórica, en *Verdadera narración de mi nacimiento, crianza y vida*, que vio la luz en 1665 para responder a calumnias y maledicencias acerca de su persona, donde reconstruía su vida ya sea con claro propósito político, al no aprobar los desórdenes de la Guerra civil y como férrea partidaria de la monarquía, ya sea para reafirmar su figura de pensadora y estudiosa de la ciencia. Pese a las habituales demostraciones de modestia, respondiendo al final de la obra a la pregunta “¿Por qué esta señora escribe su vida?”, la autora descubría el propio deseo de obtener fama y reconocimiento.

El creciente interés que las escritoras mostraron por la narración histórica, nutrido por lecturas y conocimientos, puede comprobarse asimismo en las obras de Madame de La Fayette, tanto en la *Histoire d’Henriette d’Angleterre*, escrita a pedido de la propia Henriqueta Ana Estuardo, cuya agonía mortal se relata al final del texto, cuanto en las *Mémoires de la Cour de France pour les annés 1688 et 1689*. Ambas obras, que circularon en forma manuscrita, se publicaron de forma póstuma.

La escritura de la española María de Guevara Manrique (?–1683) tuvo un verdadero carácter histórico-político; fue ella quien tomó la pluma con determinación para hacer conocer, marcada por el peculiar sello de una mujer de estirpe aristocrática, los malestares causados por la guerra entre España y Portugal, a causa de los propósitos expansionistas del rey Felipe IV. Comenzaba con el Memorial de la Casa de Escalante y servicios de ella, al Rey nuestro Señor, publicado en Valladolid en 1654 y reimpresso dos años después, seguido por el Tratado y advertencias hechas por una mujer celosa del bien de su Rey y corrida, que circuló en forma manuscrita, y por *Desengaños de la corte y mujeres valerosas*. Compuesto por un autor moderno, poca experiencia y grande celo, publicado en 1664, donde se reivindicaba para las mujeres, además de la instrucción y las actividades intelectuales, el acceso a carreras políticas y militares.

Las narraciones históricas de las mujeres se diferencian por registros y contextos de procedencia: constituye un ejemplo de escritura “popular”, sin implicaciones literarias, aunque instrumento de representación de la propia vida y del propio mundo, el caso de la judía alemana Glückel Hameln (1646-1724), quien empezó a componer un diario en ídish tras la muerte del marido, comerciante como su padre, y en sus memorias, cuyos destinatarios fueron sus hijos, escribe: “Comencé a escribir en el año 5450 [1690-1691] [...] con vistas a levantar un poco el ánimo cuando me asaltaban pensamientos melancólicos y las preocupaciones me oprimían”. Sus recuerdos vertidos en siete libros partían desde su infancia para llegar al presente, después de la muerte de su segundo marido, poniendo en primer plano las vivencias de una comunidad judía, la vida cotidiana del gueto de Hamburgo, las fiestas religiosas, entremezcladas con fábulas y leyendas, y un recuento de su actividad como mujer de negocios. Viuda, “no ahorra las fuerzas, viaja en verano y en invierno y todos los días corría de un lado para el otro en la ciudad”, (147) se sacrificaba para criar catorce hijos, cuyos nacimientos, matrimonios y hasta muertes registraba por extenso en su diario; fue copiado una y otra vez a lo largo de las generaciones hasta que fue impreso en 1896.

No eran únicamente las escritoras laicas las que se dedicaban a la historia. En los conventos se producían crónicas y escrituras de fundación de instituciones religiosas, no privadas de valor historiográfico. El diario de Clara Staiger (1588-1656), monja y luego priora del convento agustiniano de Marienstein en Eichstätt (Baviera), cubre un lapso de veinte años en que narra minuciosamente la vida cotidiana que allí transcurría y las dificultades a las que tenían que enfrentarse debido a las frecuentes irrupciones de los soldados suecos durante la Guerra de los Treinta Años, los saqueos, las pérdidas, hasta la destrucción del convento, de los campos, del jardín y, por consiguiente, de los medios de sostén de la comunidad. El diario se detiene en ilustrar las estrategias de supervivencia, desde la búsqueda de limosnas y donaciones hasta la participación en las fiestas ciudadanas, registrando al detalle los créditos y los débitos y evidenciando la dinámica relación de intercambio con la ciudad.

Angelica Baitelli, Giulia como seglar (1588-1657), de familia noble bresciana, entró en el prestigioso convento benedictino de San Salvatore y Santa Giulia de su ciudad natal, donde, aparte de las habituales tareas, se dedicó a la escritura celebratoria de la historia del convento. Su trabajo demuestra un riguroso método histórico: a pesar de contar con un exiguo número de volúmenes, dada la restricción posconciliar, sin embargo, logró consultar fuentes y textos gracias al

contacto con los parientes, a la vasta biblioteca familiar y a la ayuda de su hermano Lodovico, protector del convento. Tanto en la Vida, martirio y muerte de santa Julia de Cartago, crucificada, impresa por primera vez en 1644, como en los Anales históricos de la edificación, erección y dotación del serenísimo Monasterio de san Salvador y santa Julia, editados inmediatamente después de su muerte, en 1657, buscaba la fiabilidad de los documentos, seleccionaba la información, presentaba y transcribía fuentes; confrontaba su intervención con los más célebres historiadores del pasado y del presente, a menudo citaba los Annali de Cesare Baronio, y se mostraba confiada y segura de su trabajo. La suya era una escritura consciente, enraizada en la identidad comunitaria cuya historia quería transmitir, pero al mismo tiempo no olvidaba la propia subjetividad y el valor de su escritura. Se preocupaba, en efecto, por diferenciarse de las otras monjas: solo ella con sus capacidades y la paciente búsqueda lograría evitar la dispersión de los documentos conventuales.

Muchas escritoras, como ya se ha visto, prefirieron en cambio aventurarse en la novela histórica que parecía ser una vía alternativa a la historiografía oficial, aunque se mantenían en contacto con la materia; una elección de muchas literatas francesas, como Mademoiselle de Scudéry, Catherine Bernard y Marie-Catherine Desjardins, más conocida como Madame de Villedieu: se trataba de un género que fue recompensado con creces por la entusiasta acogida del público de lectoras que estaba incrementándose y condicionando al mercado editorial. Poco interesadas o adversas a las crónicas de batallas y a las narraciones heroicas, las lectoras premiaban las obras de las escritoras que se detenían en la cotidianidad, en las pasiones, en la historia vista desde cerca y a través de los detalles. Entre las lectoras y las escritoras se producía por tanto una suerte de pacto de reconocimiento recíproco que apuntaba a contrastar los valores masculinos de intriga y misterio, favoreciendo el surgimiento de una nueva sensibilidad, más femenina.

Merece una mención aparte la novela de Margaret Cavendish El mundo resplandeciente, escrita en 1666 y publicada en 1668, la primera narración utópico-fantástica escrita por una mujer. La protagonista es raptada y embarcada por la fuerza en un navío que va a dar al Polo Norte a causa de una tempestad, sobrevive a un naufragio y llega a un mundo paralelo donde es nombrada emperatriz, habitado por hombres-animales. Sus ciudades eran construidas por arquitectos expertos, muchos de los cuales se dedicaban a la ciencia, y la forma de gobierno era la monarquía. La emperatriz preguntaba a los habitantes acerca de cada aspecto y le solicitaba a la autora, presente en la trama, que se

convirtiese en su escriba. En el prefacio, dedicado a todas las mujeres, Cavendish explicaba que la obra era un apéndice de sus observaciones sobre la filosofía experimental, pero dado que a la mayoría de las señoras no les gustaban las argumentaciones filosóficas, había concebido la narración dividiéndola en tres partes: la primera novelada, la segunda científica y la tercera fantástica. En efecto, la parte central la ocupa una conversación entre la emperatriz y los expertos de cada campo, físico, químico, natural, filosófico, lógico, médico y cósmico, implementando de este modo un innovador instrumento de divulgación que precedía en veinte años las Conversaciones acerca de la pluralidad de los mundos de Fontenelle. En la parte final, Cavendish imaginaba mundos posibles, los comparaba con aquel en el cual vivía y no ocultaba su ambición de ser “autora de un universo entero” de naturaleza racional y pacífica, privilegiando “la paz antes que la guerra, el ingenio antes que la política, la honestidad antes que la belleza”, un mundo unificado bajo una misma religión y una misma lengua. Afirmaba que, antes que a los héroes de la tradición, prefería “la figura de la honesta Newcastle” y se preocupaba por precisar que en lo concerniente a la materia filosófica tratada, ella misma era su propia emperatriz: “Yo soy emperatriz de mí misma”. (148) No cabe duda alguna: Margaret Cavendish infringía el tópos femenino de la modestia, desafiaba los prejuicios sexuales y afirmaba una plena subjetividad anhelante.

OTROS GÉNEROS: NOUVELLE, POESÍA Y TEATRO

Para concluir este panorama sobre las escrituras femeninas del siglo, aludiremos a otros textos que evidencian la variedad de derroteros, géneros y escenarios, pero que sin embargo confirman que, como resultado de un horizonte muy poblado, se ha dejado que un olvido cómplice se deslice sobre muchas escritoras. También en este caso buscaremos rescatar a algunas de ellas de las sombras, aunque tendremos que dejar atrás a muchas otras.

Ante todo, es conveniente preguntarse adónde fue a parar la poesía, que tanto había ocupado a las mujeres en el siglo precedente. La historia y otros géneros tienen mayor presencia, como se ha visto, en el corazón y en la atención de las mujeres; no obstante, la escritura poética seguía siendo un género todavía cultivado, si bien en una medida mucho menor que respecto del siglo XVI, dado

el ocaso del petrarquismo: en su momento se destacó Margherita Costa (1600-1657), cortesana y apreciada virtuosa que recitó en varias cortes, la única escritora laica italiana que encontró una amplia recepción y pudo ver su obra impresa. En 1638 se publicaron dos de sus recopilaciones poéticas, *La guitarra* y *El violín*: en la primera incitaba a las mujeres a vengarse de los hombres infieles y trataba sobre la maternidad de manera muy poco habitual, con un sello bastante humorístico y original. “Niña amorosa / de las entrañas mi parto adorado / así, así te miro / encantadorcita mi bella, / ¿esparces con el llanto el lánguido suspiro?”; en el segundo, polemizando con Giambattista Marino, cantaba el amor conquistado sin violencia y la libertad de los afectos. Al año siguiente publicó *El armario*. Se trasladó a París y con el patrocinio de Mazzarino consiguió que en 1647 se publicaran dos volúmenes de versos, *La selva de Diana*, con rimas dedicadas a muchas mujeres, entre las cuales estaba Cristina de Suecia, y *La trompeta del Parnaso*.

En Inglaterra, Katherine Philips (1632-1664), apreciada traductora de Pierre Corneille, se destacó por la recopilación *Poems by the Incomparable Mrs. K. P.*, de 1664. Entre las francesas, la culta Antoinette Deshoulières (1638-1694), du Ligier de La Garde de soltera, bien inserta en los círculos literarios y en contacto con Madeleine de Scudéry y Madame de Sévigné, tan admirada por sus contemporáneos, que la definieron como la “décima musa” o la Calíope francesa, como para ser incorporada a la Académie d’Arles en 1689. Katherine escribió églogas, canciones y madrigales, pero obtuvo la fama sobre todo por sus idilios, muchos publicados por la revista *Le Mercure Galant* en la década de 1670, mientras que la primera recopilación, *Poésies de Madame Des Houlières*, apareció en 1688. Poetizar por tanto aún era una actividad honorable y poco peligrosa.

La novelística fue un género desarrollado particularmente por las escritoras en la península ibérica, como la lisboeta Leonor Meneses Noronha, conocida por el seudónimo de Laura Mauricia, cuya novela *El desdeñado* más firme se publicó en 1655, o la española Mariana de Carvajal, cuya obra más apreciada es *Navidades de Madrid y noches entretenidas*, impresa en Madrid en 1663. Entre todas se destaca por calidad, inventiva y fama, al punto de ser traducida e imitada incluso fronteras afuera, María de Zayas y Sotomayor (1590-1661), celebrada por la Academia de Madrid y muy admirada por el público español y otros públicos: se distinguió por su estilo vivaz, influido por la narrativa picaresca pero asimismo por el *Decamerón* de Boccaccio. En los enredos amorosos que desplegaba en sus composiciones, las mujeres eran las

protagonistas de sus vidas, figuras positivas o negativas, pero en todo caso siempre libres, hasta en los comportamientos sexuales, en el esfuerzo de superar y denunciar los límites que se les imponían. Acaparó la atención con Novelas amorosas y ejemplares publicadas en Zaragoza en 1637, seguido de otra recopilación de novelas breves Parte segunda del sarao y entretenimiento honesto (1649), luego reeditada como Desengaños amorosos.

No obstante, otro género parece haber resultado cada vez más atractivo a la pluma de las escritoras, que reconocieron la fuerza del nuevo medio cultural: el teatro. Más aún, este campo ofrecía una perspectiva de ganancia y una carrera retribuida, aspecto al cual ellas no eran indiferentes. También en este campo las escritoras españolas del Siglo de oro fueron muy activas: María de Zayas y Sotomayor compuso en 1630 La traición en la amistad y Leonor de la Cueva y Silva (1611-1705), La firmeza en la ausencia, escrita alrededor de 1635, donde se desmontaba la tradicional acusación de inconstancia atribuida a las mujeres. De Ana Caro Mallén de Soto (1590-1650) se conocen dos comedias que se representaron y ganaron el aplauso y el vivo interés del público, El conde Partinuplés, publicada en 1653, y Valor, agravio y mujer. En ambas obras la protagonista se disfrazaba de hombre para mofarse de los varones, y lo conseguía.

La francesa Marie-Catherine Desjardins, antes de convertirse en novelista, se dedicó al teatro: la tragicomedia Manlius, la tragedia Nitétis y la tragicomedia Le Favori fueron llevadas a la escena con éxito entre 1662 y 1665.

Por último, debe señalarse el comienzo femenino en la escritura de fábulas a cargo de Madame Marie-Catherine d'Aulnoy, tras el gran favor que cosecharon los Cuentos de Charles Perrault: publicó Los cuentos de hadas, cuatro volúmenes en 1697, seguidos el año siguiente por Nuevos cuentos o las hadas a la moda, universalmente aclamados como obras maestras del género fantástico.

■

118. Marie Meurdrac, La chymie charitable et facile en faveur des dames, París, Jean d'Hoüry, 1674, "Avant-propos", p. [2].

119. Armando Petrucci, “Questa mostra”, en id., *Scrittura e popolo nella Roma barocca (1585-1721)*, Roma, Quasar, 1982, p. 10 y los ejemplos en el catálogo.

120. Sylvie Mouysset, “Souffrir, panser, aimer. Écriture et conscience de soi au féminin (Europe, XVe-XXe siècle)”, en *Rives Méditerranéennes*, n° 44, 2013, p. 21.

121. Virginia Woolf, *Voltando pagina. Saggi 1904-1941*, al cuidado de L. Rampello, Milán, il Saggiatore, 2011, p. 558 (ed. or. *Collected Essays*, 1967, donde se reúnen una selección de artículos y ensayos publicados en el curso de varios años).

122. Ibid.

123. La correspondencia se publicó en Dorothy Osborne, *Letters to Sir William Temple, 1652-1654, Observations on Love, Literature, Politics, and Religion*, edición, introducción y notas de Kenneth Parker, Aldershot-Burlington (VT), Ashgate, 2002.

124. Esther S. Cope (ed.), *Prophetic Writings of Lady Eleanor Davies*, colección *Women Writers in English, 1350-1850*, Nueva York, Oxford University Press, 1995.

125. Suzanne Linda Trill (ed.), *Lady Anne Halkett: Selected Self-Writings*, Aldershot, Ashgate, 2007.

126. Anne-Marie-Louise-Henriette d'Orléans de Montpensier, *Mémoires de Mademoiselle de Montpensier, seconde partie*, en *Collection des Mémoires Relatifs à l'Histoire de France*, tomo 42, París, Foucault Libraire, 1825, p. 191.

127. Françoise B. de Motteville, *Memoires de Mme. de Motteville pour servir à l'histoire d'Anne d'Autriche*, en *Collection des Mémoires Relatifs à l'Histoire de France*, tomo 38, París, Foucault Libraire, 1824, vol. III, p. 128.

128. Merry E. Wiesner, *Gender, Church and State in Early Modern Germany*, Londres, Longman, 1998, p. 44.

129. Acerca de la reticencia de las aristócratas y salonnières a publicar con sus nombres, véase Linda Timmermans, *L'accès des femmes à la culture (1598-1715). Un débat d'idées de saint François de Sales à la Marquise de Lambert*, París, Champion, 1993, pp. 178-180.

130. El caso de Gracimana Contarini de Simon Piero, se trata en Tiziana Plebani, "Se l'obbedienza non è più una virtù. Voci di figli a Venezia (XVII-XVIII secolo)", en Cheiron, número monográfico "Generazioni familiari, generazioni politiche", al cuidado de Laura Casella, 49, 1, 2008, pp. 159-178.

131. Es menester recordar que los conventos reproducían en su seno las diferencias de estamentos vigentes fuera de sus muros y que, por consiguiente, había gran disparidad de condición entre las monjas del coro y las conversas; además estaban las siervas, mujeres pobres y solas.

132. Arcangela Tarabotti, *La semplicità ingannata*, edición crítica y comentada de Simona Bortot, presentación de Daria Perocco, Padua, Il Poligrafo, 2007, vol.

i, citas en las pp. 201 y 213.

133. Fueron sobre todo los varones (más de ochocientos siete) quienes pidieron masivamente la disolución de los votos, y así se desmiente que solo las mujeres fuesen las únicas forzadas a entrar en los conventos, datos en Anne Jacobson Schutte, *By Force and Fear: Taking and Breaking Monastic Vows in Early Modern Europe*, Ithaca (NY)-Londres, Cornell University Press, 2011, pp. 2-4.

134. Mary Astell, *A Serious Proposal to the Ladies for the Advancement of Their True and Greatest Interest*, Londres, R. Wilkin, 1694, p. 13.

135. Mary Astell, *Some Reflections Upon Marriage*, Londres, Impreso para John Nutt, cerca de Stationers-Hall, 1700, p. 44; publicado en forma anónima.

136. Arcangela Tarabotti, *La semplicità ingannata*, op. cit., vol. II, pp. 283-284.

137. Ibid., p. 184.

138. El texto de Bathsua Makin *An Essay to Revive the Antient Education of Gentlewomen* se publicó en Frances N. Teague, *Bathsua Makin: Woman of Learning*, Baltimore (MD), The Johns Hopkins University Press, 1988, pp. 109-150, citas en las pp. 128 y 137.

139. Mary Astell, *A Serious Proposal to the Ladies*, Londres, R. Wilkin, 1697, vol. II, pp. 170 y 180.

140. Arcangela Tarabotti, *La semplicità ingannata*, op. cit., vol. II, p. 292.

141. Giovanni Battista Alberti, *Discorso dell'origine delle Accademie pubbliche e private*, Génova, Giovanni Maria Farroni, 1639, pp. 63-64; cfr. Tiziana Plebani, "La civiltà della conversazione a Venezia (XVII-XVIII secolo)", en *Memorie di lei. Corsi di storia delle donne*, enero-abril de 2003, Provincia de Venecia, Venecia, 2003, p. 41.

142. Carolina M. Scaglioso, *Le carte delle assicurate, un'Accademia femminile senese del XVII secolo*, Città di Castello (PG), Marcon, 1993.

143. Marie Meurdrac, *La chymie charitable et facile en faveur des dames*, op. cit., "Avant-propos", p. [2]; la autora señala que a la sazón las mujeres se distinguieron asimismo por el gobierno de los Estados.

144. Margaret Cavendish, *Observations upon Experimental Philosophy*, Eileen O'Neil (ed.), Cambridge, Cambridge University Press, 2001, p. 137.

145. Virginia Woolf, *Le donne e la scrittura*, Milán, La Tartaruga, 1981, p. 89 (ed. or. *Women and Writing*, 1979). Sobre el hecho de que las mujeres comenzaran a ganar dinero escribiendo, Woolf expresa que tal cuestión, "si estuviese reescribiendo la historia [...] me parecería más importante que las Cruzadas o la Guerra de las Dos Rosas" (ibid.) [ed. esp.: *Las mujeres y la literatura*, trad. de Andrés Bosch, Barcelona, Lumen, 1981].

146. Véanse las ediciones de las dos memorias al cuidado de Daria Galateria: Ortensia Mancini, *I piaceri della stupidità*, Palermo, Sellerio, 1987; Maria Mancini, *I dispiaceri del Cardinale*, Palermo, Sellerio, 1987, cita en p. 127.

147. Véase la edición italiana: *Memorie di Glückel Hameln*, introducción de Piero Stefani; traducción de Vanna Lucattini Vogelmann, Florencia, Giuntina, 1984, citas en las pp. 1 y 14.

148. Margaret Cavendish, *The Blazing World and Other Writings*, Londres, A. Maxwell, 1668, citas en las pp. 184-189.

CAPÍTULO 4

EL SIGLO DE LAS LUCES

La humanidad es la misma en todas partes: como las cerezas o las manzanas, las formas pueden diferir en proporción, forma o color, a causa de los distintos terrenos, climas o culturas, siempre en esencia son la misma especie.

Mary Wortley Montagu (149)

MUJERES QUE ESCRIBEN DIARIOS, MUJERES QUE ESCRIBEN A LOS DIARIOS

Hemos cerrado el siglo XVII introduciendo el teatro, un eficiente vehículo de transmisión cultural, de nuevos gustos y géneros, que había entreabierto la puerta a un público más vasto. Ahora esta puerta, con el siglo XVIII, se abrirá de par en par al entrar la prensa periódica, que no solo constituyó un poderoso motor de renovación de contenidos, sino que sobre todo activó una relación inédita y dinámica entre los lectores y el mundo de la información. Por otra parte, toda transformación en los medios de comunicación provocó (y sigue provocando todavía hoy) giros, aceleraciones y nuevos equilibrios ya sea en la configuración de la esfera pública más general, ya sea en la relación con los individuos, incluidas las lectoras y las productoras de textos y escrituras. Mujeres, periódicos y periodismo, otro de los pasajes cruciales que indagaremos y cuyos inicios será oportuno identificar, los cuales quizá podrán sorprender a quien lee: las columnas, las cartas al director, el periodismo del corazón, que comúnmente se consideran creaciones del mundo contemporáneo del papel impreso, aquí ya encuentran, en cambio, su debut.

“Hemos recibido esta semana una carta bastante cándida de una mujer del pueblo que deseaba saber si también las personas de su sexo podían enviar preguntas y obtener respuestas como sucede con los hombres”. Quien insertaba esta noticia en The Athenian Mercury en el número 13 de 1691 era John Dunton, el fundador del periódico que salía dos veces por semana, construido precisamente alternando interrogantes planteados por los lectores y respuestas de una imaginaria “Sociedad ateniense” de expertos. Este modelo “participativo” de organización de un periódico es harto revelador acerca del rol que los lectores estaban asumiendo, no solo en la edición sino especialmente en la dirección de los primeros movimientos del periodismo moderno. A caballo entre dos siglos, el comienzo sucedió en Inglaterra, allí donde el enfrentamiento entre la monarquía y el Parlamento se había hecho sentir más en favor del segundo y de la función representativa, al abrir mayores espacios de crecimiento de la opinión pública, interesada esta, sin embargo, no solo en la política sino en un más amplio abanico de informaciones y curiosidades, y en dialogar de manera dinámica con las fuentes de las noticias. El éxito de The Athenian Mercury testimonia por extenso esta suerte de reciprocidad, pero permite asimismo palpar la presencia de las lectoras y la gran atención de los editores hacia el público femenino. Tengamos muy en cuenta estos dos aspectos porque nos darán la clave para leer algunas novedades.

John Dunton respondió incorporando las preguntas recibidas de su interlocutora, una de las cuales tenía por objeto la pertinencia de la erudición para el bello sexo, hacia la cual el periodista mostraba su apoyo explícito. Pero a continuación las misivas firmadas por mujeres que llegaron al periódico, cuya dirección postal era la de una cafetería, fueron tantas que Dunton decidió reservar al público femenino el primer número de cada mes; cada salida, por otro lado, presentaba poesías enviadas por mujeres o enigmas y rimas dirigidas a ellas, y muchos temas tratados se referían a las relaciones entre los sexos. Nació así la primera “columna femenina” de la historia.

Ahora bien, hay un aspecto que merece nuestra atención justamente porque se asocia en particular con el desarrollo del periodismo y más en general con la esfera pública, en su articulación entre espacios de encuentro, instrumentos de comunicación y géneros. La vida pública londinense, pero también de otras ciudades inglesas, giraba en torno a las cafeterías, lugares de reunión entre clases y personas de diversa proveniencia, profesión y cultura, donde a cambio del irrisorio gasto de un penique, el costo de un pocillo de café, podía disfrutarse libremente de conversaciones, intercambios de opiniones y la lectura de los

periódicos. Las mujeres no tenían acceso a ellos, se trataba de sitios caracterizados por prácticas de sociabilidad masculinas, que al consolidarse habían encontrado una decidida oposición femenina, que desembocó en la petición al Parlamento de 1674: *The Women's Petition against Coffee*.

Los periódicos recogían las voces y las ideas corrientes en las cafeterías que en ellas encontraban su sitio y domicilio, como surge aún más en los encabezados de Richard Steele, Joseph Addison y Jonathan Swift, aparecidos poco después; por tanto la exclusión de las mujeres de esta crucial arena pública, dado su creciente peso como lectoras y ciudadanas, debía compensarse a través de la participación activa en la vida literaria de los periódicos que, de tal modo, les restituiría un mundo al cual no tenían ingreso: a través de la lectura y la correspondencia con los redactores, las mujeres podían conocer así las novedades y tomar parte en los debates del momento, a partir de su tea-table talk.

John Dunton hizo algo más. En 1693 lanzó *The Ladies Mercury* que, no obstante, sobrevivió pocos números. ¿Cuál fue la razón? En realidad, las lectoras no estaban interesadas en quedar encasilladas en cuestiones de amor, como prometía el primer número, sino que deseaban gozar de la vasta gama de informaciones que ofrecía *The Athenian Mercury*; así, archivada la publicación femenina, el periódico original continuó manteniendo secciones dedicadas a las mujeres.

Obtuvo un gran éxito, en cambio, *The Ladies' Diary*, de pequeño formato, fundado por el matemático John Tipper en 1704 y que continuó hasta su cierre en 1841. Si en los primeros años incluía, además del almanaque propiamente dicho, informaciones domésticas, recetas, consejos sobre la salud y la belleza, como asimismo cuentos y poemas, desde 1707 viró con decisión hacia el campo matemático, gracias a los enigmas, a los acertijos y a los rompecabezas, prometiendo a las mujeres el cultivo de sus mentes y desmintiendo con las ventas un presunto desinterés femenino por esos temas. Promovió perceptiblemente la instrucción matemática de las mujeres, aun cuando se trataba de una lectura que no tenía límites de género, y con *The Ladies' Diary* también muchos hombres se ejercitaron.

En abril de 1709 comenzó a salir tres veces a la semana *The Tatler*, fundado por Richard Steele, que intercalaba crónicas con sátiras costumbristas, y tras dos años fue sustituido por el más afortunado y de muchísima aceptación *The*

Spectator, en colaboración con Joseph Addison. Ambos periódicos se dirigían también al público femenino y hacían lugar a cartas y pedidos provenientes de mujeres. Steele, para atraer sobre todo al público femenino, introducía piezas escritas firmadas por una hermana ficticia: Jenny Distaff. (150)

El 8 de julio del mismo año apareció *The Female Tatler*, la primera publicación no solo pensada para el bello sexo sino firmada por una autora con un seudónimo: Mrs. Crackenthorpe. ¿Quién se ocultaba detrás de ese nombre ficticio que quería dialogar a la par con el periódico gemelo, y que se repartía las tareas a fin de mejorar la sociedad, ocupándose uno de los hombres, el otro, de las mujeres? Se presume que a cargo de *The Female Tatler*, si bien apoyada por otros miembros de la Sociedad que se presentaba como “de caballeros”, (151) estaba Delarivier Manley (citada a menudo como Mary de la Rivière, ca. 1663-1724), la primera “periodista” verdadera que encontramos. Su carrera ilustra bien el comienzo del oficio que todavía se movía en un terreno de intrigas políticas y de censura relativa, estimulando al público con chismes y escrituras audaces, incluso con trasfondo sexual. Para mantenerse y alcanzar notoriedad, Mary escribió novelas escandalosas y siempre fue corriendo el riesgo de estrepitosos fracasos económicos, de aventuras judiciales, con una vida llevada por fuera de los carriles habituales. Fue arrestada por difamación a causa de la novela *The New Atlantis*, donde había desacreditado a muchos exponentes tanto del Partido Whig como del Tory. Padeció la cárcel y mientras tanto *The Female Tatler* dejó de salir. Concluida la desventura judicial, gracias al apoyo de Jonathan Swift dirigió por un breve período *The Examiner*, que este había fundado y que se dirigía a un público de ambos sexos.

Si incluso las biografías de los primeros periodistas atestiguan las dificultades del nuevo oficio, que dependía de los mecenas y que siempre estaba pendiente de la respuesta del público burgués, indudablemente todo fue aún más difícil para las mujeres. Delarivier Manley finalmente abandonó su trabajo en los periódicos con el propósito de concentrarse en la más remunerada y menos expuesta escritura teatral.

De todas maneras, fue gracias a este mercado y al universo de lectores que se estaba ampliando que las mujeres comenzaron a invertir, pese a las dificultades, en esta nueva carrera que parecía permitirles tener un oficio y mantenerse con la escritura. Y para muchas de ellas, si no para todas, supuso alcanzar una posición desde donde difundir sus ideas sobre la sociedad y sobre la subordinación femenina.

Este surgimiento no es pues un fenómeno de poca importancia, si consideramos qué otras carreras entonces podían emprender las mujeres. De hecho, el teatro era la única alternativa que les permitía una autonomía económica y un “estatus”, en los perfiles de actriz o cantante. No por azar algunas de estas periodistas provenían precisamente de estos ámbitos y estaban entrenadas por tanto en conocer los gustos del público, sujeto que de manera decisiva se imponía en el rumbo del mercado de la comunicación y de los consumos culturales (cfr. fig. 19).

Por consiguiente, debemos registrar el nacimiento del periodismo femenino como una de las mayores novedades en nuestra historia y el testimonio del crecimiento, en algunas, de una ambición hasta el punto de que les pareciera posible realizar una carrera con la pluma. Carrera que, por añadidura, pudiese procurarles una retribución. Y el dinero, desde ese momento, ya no es un visitante ocasional entre estas páginas y nos induce a hacer de la literatura y de la escritura también algo más concreto y tangible. No tiene gran relevancia que en ese momento las ganancias que entraban en las carteras de las periodistas y gacetilleras fuesen exiguas. El paso se había dado y no era poca cosa. Virginia Woolf, siempre atenta a recordarnos el peso de los aspectos materiales en la literatura, subrayaba la transformación histórica que sucedía en el siglo XVIII: “[al final del siglo] las mujeres podían hacer dinero escribiendo”. (152)



Figura 19. Gaceteras y periodistas hacen su entrada en la representación iconográfica.

“La belle Gazetiere”, grabado incluido en el almanaque Bureau D’adresse pour les Curieux, où ils trouveront les principaux événemens de l’année 1696 et les heureux presages pour l’Année, París, Chez P. Landry, 1697. En la hoja que sostiene en su mano dice: “La belle Gazetiere dans son bureau en distribua[n]t et donnant des nouvelles aux Curieux” [La bella gacetera en su escritorio distribuyendo y ofreciendo noticias a los curiosos].

Histoire générale de la presse française, vol. i: Des origines à 1814, París, PUF, 1969, p. 144.

Por otra parte, no nos encontramos ante un reducido número de periodistas: su presencia se ha documentado en cierta medida por toda Europa, a pesar de que a menudo su trabajo todavía no alcanzaba un gran despliegue y las publicaciones no sobrevivieron durante mucho tiempo, como por lo demás era entonces la regla. Se trataba en su mayoría de mujeres burguesas y de escasos recursos económicos, aunque excepcionalmente alguna aristócrata se consolidó en ese oficio. (153) La protestante francesa Anne-Marguerite Petit Dunoyer (1663-1719) escribió desde 1707 en Holanda, adonde se había mudado tras la separación del marido, *Lettres historiques et galantes*, un periódico en forma de correspondencia que mantenía en secreto la identidad del responsable, pero que afirmaba que era producto de una dama parisina; luego se ocupó del *Nouveau Mercure galant des Cours de l’Europe*, y en 1711 tomó la dirección de *La Quintessence des nouvelles historiques, critiques, politiques, morales et galantes*, con gran respuesta entre los lectores.

El hecho de haber pertenecido a familias que operaban en el mercado de la información y de las imprentas constituyó para algunas un útil aprendizaje y un trampolín que daba sus frutos y sustentaba sus ambiciones: la española Francisca de Aculodi, que había colaborado con el marido en el ámbito de las gacetas, a la

muerte de este fundó y dirigió en San Sebastián Noticias principales y verdaderas, desde 1683 hasta 1689. La holandesa Anna Margareta von Bragner (1702-1772), casada con el periodista sueco Peter Momma, contribuyó en la redacción de sus gacetas y dirigió un periódico político. La romana Caterina Cracas (1691-1771), hija del impresor Luca Antonio, colaboró en las empresas editoriales del padre y tras su fallecimiento, en 1723, continuó editando durante toda su vida el renombrado Diario romano, hasta 1771.

Mientras que, en los primeros pasos de la carrera, las escritoras, al igual que los escritores, estaban abiertamente alineadas en política, especialmente en Inglaterra, y, aunque bajo un seudónimo, anhelaban insertarse en publicaciones dirigidas a todos y ocuparse de debates y polémicas en curso, luego prefirieron seguir una vía diferente. Al orientarse solo a las mujeres y usar la forma de revista, y ya no del periódico, de hecho recortaron un “recinto” femenino, estableciendo con el campo político una relación más indirecta pero no ausente. El más claro ejemplo de esta orientación se halla en *The Female Spectator* de Eliza Fowler Haywood (ca. 1693-1756). Tras un largo aprendizaje en otros periódicos (*The Tea Table* de 1724 y *The Parrot* de 1728, en los que firmó con el seudónimo de Penelope Prattle), Fowler Haywood lanzó el periódico en abril de 1744, mientras continuaba su actividad de actriz, escritora de teatro y novelista. *Love in Excess*, su primera novela, de 1719, debió rápidamente reeditarse en tres ocasiones y le dio una enorme popularidad.

The Female Spectator, de periodicidad mensual, se dirigía a las mujeres con el objeto de instruir las, alentarlas al estudio y orientarlas hacia la felicidad conyugal, huyendo de las insidias de la vanidad, de amores fáciles y de matrimonios precoces. El primer número se presentaba con un grabado que representa a cuatro mujeres con plumas para escribir y concentradas en discutir; simbolizaban las identidades femeninas de las cuales la periodista se servía para afrontar diversos problemas: la heredera felizmente casada, la viuda íntegra, la joven hija de un comerciante acomodado y la propia escritora. Compuesto, al igual que *The Tatler* y *The Spectator*, de un único artículo para cada número, proponía relatos de vida que reproducían las distintas situaciones en que podía encontrarse una mujer de clase media, de modo de proveer modelos de comportamiento a través de experiencias vicarias. Si bien recomendaba la obediencia al marido, más por razones realistas que ideológicas, impulsaba a las mujeres a ocuparse del desarrollo de la propia conciencia individual y del propio puesto en la sociedad, en particular a través de la lectura y el estudio incluso de las materias científicas y de la filosofía,

sobre la cual afirmaba: “Hubo muchas mujeres que se distinguieron en este campo y sin duda habrían sido más aún, si no se hubiese desalentado cualquier interés que excediera la costura”. (154) Fue el primer periódico donde apareció la *agony aunt*, o sea la consultora sentimental, con la intención de dar vida a una suerte de comunidad entre las lectoras cuya redactora se proponía como su portavoz, insertando muchos fragmentos extraídos de la correspondencia.

Las mujeres por lo demás ya habían ganado familiaridad con la correspondencia a los periódicos: desde sus casas hacían sentir apoyo o disenso, expresaban opiniones y deseos, y presentaban peticiones.

The Female Spectator se volvió muy popular también en otros países europeos y llegó a América; fue copiado, plagiado y reimpresso sucesivamente en volúmenes (cfr. fig. 20).

¿Qué supuso su éxito en solo dos años de existencia? Estamos en presencia de algunas novedades de relevancia que merecen ser destacadas. La fortuna que le sonreía a *The Female Spectator* representaba la consagración del público femenino, su contundencia en el panorama editorial, la demostración de su poder adquisitivo y de direccionamiento en los consumos, incluso en el papel impreso: un fenómeno que ya no podía seguir siendo ignorado. Las mujeres además formaban parte de ese vasto sector del mercado en aumento que había reaccionado de forma positiva a la transformación de la comunicación comenzada por *The Spectator*: menos intrigas y escándalos políticos y mayor interés en los aspectos ligados al “gusto”, a los consumos literarios, teatrales y de moda, y sobre todo a las exigencias de una vida social en expansión. Los periódicos asumieron para sí la tarea de proveer las coordenadas para una vida que cada vez más se desarrollaba en el ámbito público, fundando una nueva cultura de las costumbres, a la cual los dos sexos, de manera diferente, tenían el deber de contribuir. Que las lectoras emergiesen cada vez más como un público al cual dirigirse, lo demuestra el hecho de que muchos hombres invirtieron en los periódicos orientados a las mujeres, ya sea como editores, ya sea como autores, en ocasiones con un peculiar juego de enmascaramiento: si ya Steele había adoptado la apariencia de Rachel Woolpack en *The Spinster* en 1714, e incluso antes se había ocultado bajo el nombre de Jenny Distaff, el propagandista y dramaturgo Oliver Goldsmith firmó las páginas de *The Lady’s Magazine*, publicado desde 1759 hasta 1763, con el seudónimo femenino de Mrs. Caroline Stanhope. Así, mientras las periodistas publicaban a menudo en forma anónima o con un nombre femenino ficticio, sus colegas varones se apropiaban de una

identidad de mujer como estrategia para acercarse mayormente a las lectoras.



THE
Female Spectator.

V O L I.

*All Customs, by Degrees, to Habits rise,
All Habits soon become exalted Vice.*

DRYDEN.



L O N D O N :

Printed and published by T. GARDNER, at
Cowley's Head, opposite St. Clement's Church,
in the Strand, MDCCXLV.

Figura 20. The Female Spectator de Eliza Fowler Haywood.

Frontispicio de la primera etapa reunida en volumen en 1745. El grabado muestra a las cuatro protagonistas inventadas por la autora para tratar sus temas: la heredera felizmente casada, la viuda íntegra, la joven hija de un comerciante y la propia escritora.

A mediados de siglo, el “cuarto poder” ya mostraba dos direcciones bien diferenciadas por sexo más que por estamento, con repercusiones en los modelos de construcción de la identidad de género, que se volverán más relevantes con el transcurso del tiempo, en especial en el siglo siguiente. Además, si los periódicos y las revistas para el público masculino como *The Gentleman’s Magazine* continuaron dando cabida a textos femeninos y eran leídos por mujeres como fuentes de información y de curiosidad, los periódicos que nacieron en gran parte de Europa para el bello sexo no atrajeron a lectores varones si no al círculo de sus redactores, de sus críticos literarios y de los editores.

Fue un mundo compuesto principalmente de hombres el que se dirigió con la pluma al nuevo mercado de lectoras de periódicos para mujeres, ciertamente intuyendo el negocio o pensando en un cómodo campo de entrenamiento literario. Queda demostrado que la empresa no debía tomarse a la ligera por el devenir del *Journal des Dames*, el periódico francés más importante y de mayor duración: casi veinte años a pesar de algunas interrupciones. Fue fundado en enero de 1759 por un hombre, el escritor Charles Thorel de Campigneulles, quien prometió a las lectoras que les ofrecería un mundo “delicioso”, hecho de poemas, nouvelles y “productos placenteros”, pero recibió una respuesta airada del público de las mujeres que rechazaba el encasillamiento en las frivolidades. Buscó remediarlo con la inclusión de fragmentos de *Madame du Boccage* y la defensa del valor de las mujeres literatas. Finalmente, tras solo seis meses dejó el periódico en manos de un joven literato de escasos medios, Jean-Charles de Relongue de La Louptière, que comenzaba con un estilo galante. Ofrecía el periódico, sin embargo, a las escritoras y las mujeres que enviaban cartas,

quienes se apresuraron en responder mandando textos, de los que publicaba extensos fragmentos, reivindicando los derechos literarios de las mujeres, muy lejos no obstante de extender el alcance del valor femenino más allá del ámbito de las cartas. Jean-Charles se convenció con suma rapidez de la dificultad del empeño y en octubre de 1761 el periódico pasó a la dirección de una periodista, Madame de Beaumer: una hugonota ligada a Holanda, con algunas experiencias en los periódicos y contribuciones al mismo *Journal des Dames*, imprimió un viraje –y no solo eso– en clave feminista. Según Beaumer, el principio de respeto e igualdad entre los sexos era un espejo de las relaciones que debían instaurarse entre las clases sociales, pero asimismo entre las naciones. Consideraba la sumisión de las mujeres como una “tragedia universal”, así como era igualmente favorable a la justicia social, a los derechos de los pobres y a la tolerancia religiosa. Alentó a las mujeres a escribir, hizo conocer literatas y artistas poco conocidas y afirmó que se definía como “autora o editora”, rechazando el neutro auteur. Haber asociado la causa de las mujeres a las reivindicaciones sociales le costó a Beaumer, sospechosa de masonería, la suspensión del periódico, y luego de vanos intentos de conseguir que se le levantara la censura y en total bancarrota, decidió refugiarse en Holanda, asegurando empero la vida del periódico al dejarlo en manos de otra mujer: Madame de Maisonneuve. Esta última lo relanzó en mayo de 1763 y lo convirtió en una publicación exitosa, acompañada de grabados, e invitó a colaborar en ella a muchos escritores. Sus páginas evitaban las frivolidades y se mantenían distantes de la política.

Los abonos crecieron velozmente, pero fue con el mayor aporte de Charles-Joseph Mathon de la Cour que aparecieron artículos más combativos sobre la libertad y la justicia y así el periódico fue nuevamente suspendido al año siguiente. Una tercera directora se hizo cargo, Madame de Montanclos, quien contaba con conexiones en la corte y logró que María Antonieta aprobase el proyecto y de ese modo recibió la licencia para relanzar el periódico en enero de 1774. Admiradora de Rousseau, en particular de sus ideas pedagógicas, Montanclos apreció las temáticas que asociaban el valor de la maternidad con el patriotismo. Buscó la colaboración de Louis-Sébastien Mercier, a cuyas manos de hecho pasó el periódico en mayo de 1775, el cual se convirtió en caja de resonancia de las ideas iluministas, de las polémicas literarias y teatrales del escritor, aunque junto a ellas publicaba noticias más tranquilizadoras con relación a la higiene y publicidades de productos de belleza. A finales de 1776, los ataques sufridos lo convencieron de cederlo: el *Journal des Dames* concluía sus días con Claude-Joseph Dorat, un insípido conductor que de todos modos no

logró evitar su suspensión en junio de 1778.

Pese a todas sus desventuras, el periódico fue un modelo que se retomó en otros países, y un poco por todas partes nacieron publicaciones dirigidas a las mujeres en la década de 1770, como los periódicos italianos *La Toeletta*, *Il Giornale delle Dame* y *La Biblioteca Galante* que aparecieron en Toscana en consonancia con el lema “instruir entreteniéndolo”; las redacciones fueron todas masculinas, si bien se lee entre líneas la presencia de alguna colaboradora o corresponsal. Se prestaban a acoger contenidos bastante variados, ideas inocentes o innovadoras, abogando en cada caso por la educación femenina y el cultivo de la lectura.

Ha llegado el momento de sacar alguna conclusión de este comienzo de carrera: las mujeres que escribieron en los periódicos, provistas de esa ambición femenina que fermentó durante el siglo, dieron los primeros pasos en un terreno todavía muy cambiante e inestable; comprendieron que tenían ante sí un instrumento importante para abrirse camino en el mundo de las letras, para promover la intelectualidad de sus compañeras y participar en la transformación de las costumbres al insertarse en los debates iniciados por la Ilustración. Procuraron ganar dinero y sacar provecho del mercado que se había abierto de par en par. Este ímpetu se vio acompañado por la respuesta de las lectoras que a menudo hicieron sentir sus voces, cuando tomaban la pluma y escribían a los periódicos.

Estas experiencias no se perderán y poco después surgirán, en el apasionado clima de los últimos veinte años del siglo, las plumas más maduras del periodismo femenino: Elisabetta Caminer y Eleonora Fonseca Pimentel en Italia, Olympe de Gouges en Francia y Mary Wollstonecraft en Inglaterra, de quienes nos ocuparemos enseguida. Aun cuando primero será necesario dar un paso atrás y echar un vistazo a los números y porcentajes.

LA ESCRITURA EN LA ÉPOCA DE LAS LUCES

Nos hemos cruzado con lectoras de periódicos que decidían no acotarse a la lectura y que tomaban la pluma para rechazar, responder, indignarse o apoyar las ideas expresadas en los artículos. Quien escribía sabía que debía lidiar con esta

influyente presencia que seguía de cerca al literato, sin importar si era varón o mujer. El caso más asombroso de esta relación atañe a la recepción de la novela de Jean-Jacques Rousseau, *Julia, o la nueva Eloísa*, publicada en 1761, que fue un verdadero best seller, con setenta ediciones y traducciones solo en el siglo XVIII. Una gran cantidad de lectores y lectoras de toda condición social envió cartas al autor comunicándole la propia participación emotiva, la conmoción y la identificación con los personajes. En este panorama de distintas expresiones humanas, muchísimas eran las mujeres, más o menos jóvenes, casadas o viudas, que prefirieron permanecer anónimas o, al contrario, pusieron bien visibles su nombre y dirección al pie de la misiva, con la esperanza de obtener una respuesta del escritor.

La novela, el género literario que tuvo más éxito en el siglo, creaba familiaridad con el público y, puesto que la gran mayoría se presentaba en la forma de narración epistolar, el efecto producido era más aún el de entregar la pluma a los lectores, estimulando la imitación y la práctica de la escritura. En *Pamela o la virtud recompensada*, de Samuel Richardson, otra obra muy difundida, justamente las cartas y el diario redactados por la protagonista llegaban a transformar a un muy creíble y cínico seductor en un enamorado a quien la belleza de la prosa de la joven había conquistado. Ello inducía a las lectoras también a deducir que escribir recompensaba.

Conviene pues detenerse y delinear un cuadro de la alfabetización, si bien sumario, que se reflejaba en dos prácticas centrales: saber leer y sobre todo saber escribir. Un decidido incremento de la capacidad de lectura en el siglo XVIII es un dato extraído de muchas fuentes y que halla confirmación, aunque indirecta pero bastante significativa, en el campo iconográfico, que experimentaba una verdadera invasión de la representación de hombres y sobre todo de mujeres retratados con un libro entre las manos. Después de mediados de siglo, muchos estados iniciaron campañas de alfabetización, buscando quitar a la Iglesia el monopolio de la instrucción; algunas escuelas elementales o profesionales se pusieron en marcha también por parte de hombres y mujeres “ilustrados”. Entre estas, es menester recordar el nacimiento de las escuelas de obstetricia en toda Europa, desde la primera surgida en 1735 en Estrasburgo, seguida poco después por las de París, Londres y Berlín y de muchas ciudades italianas en la segunda mitad del siglo, para instruir y escolarizar a las obstetras, a menudo analfabetas, que debían obtener la certificación de que eran capaces al menos de leer y, en algunos casos, también de escribir (155) (cfr. fig. 21).

VENETIA
DI S. MARCO

28 Luglio 1798

Attesto io sottoscritta con mio giuramento, come D^{na} Lucietta
Biancardi dall'anno 1792 a questa parte fu in mia compa-
gnia in qualità di Allieva, onde apprendere la professione
dell'Estetricia; e secondo il mio debole discernimento la giudico
atta ed idonea di esercitare una tal arte. In fede di che ec.

Teresa Trois Comare Approv.

uata Dalla Sanità

17

Figura 21. La escritura de la partera Teresa.

Certificado de la partera Teresa Trois respecto de la alumna Lucietta Biancardi. Las escuelas de obstetricia surgidas en Europa confirmaban la capacidad de leer y escribir de las parteras; en este caso se trata de la escuela del Collegio Medico Chirurgico di Venezia. La maestra exhibe una escritura bien formada, si bien con algunas vacilaciones y correcciones. Venecia, Biblioteca nazionale marciana, Cod. It. vii, 2368 (= 9743) (con permiso del Ministero per i Beni e le attività culturali – Biblioteca nazionale marciana).

Además, la vida en sociedad ya colocaba a las personas en continuo contacto con la cultura escrita, gracias a los letreros de las tiendas, las publicidades en las calles, los carteles injuriantes y las proclamas, pero asimismo gracias a contratos y reglamentos de los oficios; gran parte de las comunicaciones entre gobernante y gobernados se desarrollaba pues a través del recurso al papeleo, avisos, boletines, actos, disposiciones y leyes, impresos o de algún modo escritos. Y este flujo no tenía una sola dirección, sino que también los súbditos enviaban memorias, recursos, súplicas, solicitudes de toda clase: entre las mayores novedades del siglo, en especial en la segunda mitad, se constata la aparición de pedidos a las autoridades, provenientes de hijos e hijas respecto a sus progenitores que no respetaban sus voluntades, sobre todo en asuntos matrimoniales. En 1760 la veneciana de veintitrés años Giovanna Peller dirigía una carta con una grafía bastante segura al párroco Domenico Zuliani, quien estaba en conocimiento de sus conflictos familiares, donde solicitaba que le enviase al patriarca el pedido de boda secreta (156) (cfr. fig. 22).

La lectura había avanzado a pasos agigantados, aun cuando es difícil pensar que el porcentaje de 93% de hombres y 91% de mujeres en condiciones de leer encontrado en 1740 en una diócesis sueca pueda representar el cuadro general. (157) En cualquier caso, no podemos hacer de ese porcentaje un parámetro de la capacidad de trazar palabras sobre papel y de expresarse con el lenguaje de las letras. ¿Qué impresión obtenemos de los estudios y de las fuentes a disposición sobre esta materia? ¿Podemos hacernos una idea de la extensión de la práctica de

la escritura en manos masculinas y en particular femeninas?

Illmo Sig. Sig. Don Collino

Suplico infinitamente la carità di V.S. Illma di presentare
con la maggior sollecitudine le mie umilissime suppliche a S.
B. Rev. ma Monsig. Daviara per ottenere dalla di lui
maxima carità la permissione di maritarmi colla persona
lei nona, perchè non posso assolutamente più soffrire
molestie delle sorelle, e del Padre stesso, che tutto giorno
mi tormenta, e mortifica, volendomi tener dritta
da quello a cui mi sono volontariam.^{te} legata, cosa che
non soffrirò certamente a costo di abbandonare la propria casa,
e allora Dio sa cosa sarà di me, onde la suplico nuovame-
nte quanto posso, che se gli stà a cuore la quiete dell'
anima mia, di liberarmi da tante angustie, altrimenti
queste mi ridurranno a prendere qualche disperata risoluzione;
dirò anche di più ma non voglio sedarla, solo vivanda
lo mi presento rispettosamente.

Di V.S. Illma

Di casa no 2 the 1760

Um. ma ma ma
all. a Infeliss
Giouanna Pelle

Figura 22. La solicitud de Giovanna.

La veneciana Giovanna Peller de veintitrés años, en 1760 dirigía, con una grafía más bien segura, una carta al párroco Domenico Zuliani para que apoyase su pedido de matrimonio secreto.

Venecia, Archivio Storico del Patriarcato, Sezione Antica, Archivio segreto, Matrimoni segreti, b. 30, fasc. 69 (con permiso de la Curia patriarcale di Venezia).

Las investigaciones llevadas a cabo han evidenciado un notable avance, especialmente a mitad de siglo, si bien la situación muestra diversidad entre los distintos países europeos, y los diferentes contextos geográficos: ciudad, campo y zona de montaña, norte y sur. Además, los índices, por lo general identificados en la suscripción de los documentos, constatan solamente el requisito de saber o no saber firmar, y los resultados por tanto pueden ser engañosos, incluso porque ofrecen cantidades y no matices cualitativos. No pueden decirnos, por ejemplo, si se sabía manejar la pluma, aunque torpemente, pero ante el notario, el sacerdote o un funcionario faltaba el coraje o el tiempo de atreverse a escribir, siquiera forzadamente. Así y todo, son los únicos datos disponibles y será necesario resignarse a echar mano de ellos, interpretándolos, empero, con prudencia.

He aquí, pues, las cifras que tenemos a disposición y que permiten un cotejo con el pasado: en Ámsterdam a mediados del siglo XVII, un hombre de cada tres no sabía poner su propia firma en el contrato de bodas; la proporción se invertía en el caso de las mujeres: de tres solo una sabía firmar. En 1780 la situación había sufrido un cambio significativo: 85% de los hombres escribía su nombre, así como 64% de las mujeres. En Lyon, a mediados del siglo XVIII 80% de las mujeres burguesas estaba alfabetizada, entre las mujeres del estamento artesanal el porcentaje descendía al 50% y solo el 20% (pero cuando se reflexiona este porcentaje no parece tan reducido) de las de clase baja sabía leer y escribir. (158)

En Baja Sajonia (Alemania), en ese mismo período 43,8% de las mujeres dominaba la lectura y la escritura, y solo 1,5% era analfabeta. (159) No obstante, debemos recordar que mucho dependía de las oportunidades, de las personas a quienes se frecuentaba y de las posibilidades de trabajo. Daniel Roche ha señalado que en torno a 1700, entre quienes realizaban quehaceres domésticos, que vivían en contacto con personas en promedio de nivel superior, 85% de los hombres y poco menos de las mujeres sabía firmar y esta discreta alfabetización de la servidumbre ha sido verificada también en Italia a fines del siglo XVII. (160) Lady Mary Wortley Montagu, en una carta de octubre de 1749 enviada a su hija desde Lovere, un pequeño centro a orillas del Lago D'Iseo, describía con admiración el nivel de instrucción de su empleada doméstica de dieciséis años, hija de un comerciante: "Escribe con una bella caligrafía y le han enseñado a llevar las cuentas, lo cual hace con gran pericia". (161)

La brecha entre las competencias masculinas y las femeninas seguía siendo grande, pero iba achicándose, también en razón de una mayor atención a la instrucción femenina vehiculizada por las ideas iluministas. En 1780, en Busto Arsizio, entre los escolares había seiscientos niños y seiscientas treinta niñas, y para las muchachas había a disposición trece maestras que les enseñaban a leer, coser, hacer calceta y cualquier otro trabajo doméstico, pero asimismo a escribir. (162)

Los resultados de las recientes investigaciones sobre los así llamados egodocumentos y en particular aquellas sobre los *écrits du for privé* –memorias, diarios de viaje, libros de contabilidad, recetarios y diarios– experimentaron un aumento exponencial de estas prácticas escriturarias en el siglo XVIII (cfr. fig. 23).

Los datos disponibles, relativos al contexto francés pero buenos indicadores también para los otros países señalan que, si en el pasado estos escritos provenían prevalentemente de hombres, en este siglo la parte de obras femeninas conoció un relevante pico de aumento.

(3)
padding to backe

(Ladys backe)
5

Take a towpeny loaf or more. a pound of raisins
a pound of Coarsh. a pound of beefe Soate thred smale
a grated nutmeg. put to this a quart of three pints of
beating milke and cover it close. and let it stand
all night in the morning. put to this 6 Eggs with
all the whites. and bake the Diske and backe it.

A rice pudding

(Mother)

Take 10 ounces of rice. lay it in water all night
then take 2 quartes of milke and boile your rice
till it be very tender. with 3 blades of mace. and
let it stand till cold. then take 8 ounces of beefe
Soate thred smale. half a pound of Sugar.
5 Eggs with all the whites. a penny worth of Saffron
a quarten of rose water. steep your Saffron in
rose water. and beat it in your Eggs before
you put them in. but your Saffron must first be
boyled before the fire and then backe it in
baked Dish. but it must not be baked so much

good

Figura 23. Deborah y la receta del rice pudding.

Libro de recetas de la inglesa Deborah Bragge Branch de 1725, página con dos recetas de pudding cuya procedencia apuntaba: la primera, de la suegra; la otra, de su madre. Grafía segura aunque poco alineada.

Londres, Wellcome Library, ms. 1343.

La percepción de no vivir más dentro de un tiempo inmóvil sino sometido a distensiones, fracturas, aceleraciones, así como el surgimiento del miedo y a la vez de la esperanza de un futuro de cambios radicales, un mundo por tanto de emociones desconocidas a las generaciones precedentes y que se hacían más agudas en la segunda mitad del siglo y más aún en los últimos años, impulsaron a muchas personas a dejar huella de los propios pensamientos, de la propia intimidad. El mercado editorial, con la invasión de almanaques y calendarios, enfatizaba más aún la nueva relación que se establecía con el tiempo. Hasta las personas corrientes comenzaron a sentir la necesidad de transmitir un recuerdo de ellas mismas desligado de las vivencias familiares y más una expresión de la esfera de la subjetividad: las mujeres experimentaron este deseo de manera más marcada que en el pasado, al testimoniar el compromiso femenino en el proceso de afirmación del individualismo y el desarrollo de una mayor autonomía respecto de las pertenencias anteriores, de estamento, de confraternidad y de familia. Es así que, si por un lado el maestro cristalero Jacques-Louis Ménétra narró su vida, (163) por el otro, una pintora veneciana de extracción burguesa, Rosalba Carriera, testigo de los caminos a la sazón disponibles a las mujeres, invitada a Francia para retratar no solo a personajes de la aristocracia sino asimismo al jovencísimo rey Luis XV, advirtió la urgencia de dejar huella de su experiencia en un diario escrito por el espacio de dos años. El 25 de junio anotaba: “Fui con mi cuñado [el pintor Antonio Pellegrini] a terminar con el Rey, a quien le sobrevinieron tres pequeños accidentes: se le cayó la escopeta; se le murió el periquito y se le enfermó la perrita”. (164) Notas esenciales, que no se desarrollaban pero que captaban el significado de esos tiempos y del acceso a

un mundo exclusivo que Rosalba iluminaba en su cotidianidad. Las memorias y recuerdos femeninos de finales de siglo tendrán un tono muy diferente, en medio del clima revolucionario.

LA PLUMA DE LAS VIAJERAS

El diario de Rosalba Carriera nos conduce a explorar otra novedad del siglo referida al tipo escriturario femenino que produce la dimensión del viaje. Podría objetarse que las mujeres siempre han viajado. No existe nada más cierto, basta pensar en las peregrinas medievales. No obstante, a lo largo del siglo XVIII toma la delantera una experiencia que presenta una sustancial diversidad en relación con los siglos precedentes, y que tenía poco o nada que ver con lo que para ambos sexos había supuesto en general el desplazamiento: en el pasado viajar significaba emigrar, huir, desplazarse con el objeto de buscar trabajo o refugiarse de las guerras, de las persecuciones religiosas o políticas, o bien, para las mujeres, seguir al cónyuge o reunirse con él. Se trataba de viajes forzados, emprendidos por necesidad, faltos de conocimientos geográficos y de esa curiosidad y disposición de ánimo de quien se mueve por el placer del descubrimiento, para cultivarse y abrirse a otras gentes y culturas. En el siglo XVIII, en cambio, las ideas iluministas, acogidas hasta en las novelas, devolvían dignidad y respeto al “otro”, y alentaban una observación y un acercamiento más real a las costumbres de los diversos pueblos; por otra parte, muchos hallazgos arqueológicos invitaban a recorrer sitios cruciales de la historia de las civilizaciones. El Grand Tour, gracias a una mejora de los transportes y a un período de paz, se tornó una experiencia formativa para los jóvenes aristocráticos que podían contar con guías de viaje y una específica literatura que se incrementó durante el siglo, también gracias a sus narraciones. Se viajaba en efecto con el pincel o la pluma en la mano, para cultivar el aspecto emocional además de la sed de conocimientos sobre los sitios transitados.

¿Existió un Grand Tour de las mujeres e involucró asimismo a las literatas y a sus narraciones? Para responder debemos desglosar la pregunta. Si observásemos la repercusión en la escritura, podríamos estar tentados a dar una respuesta afirmativa: mientras que la mayoría de los textos de viajes mostraba una firma masculina hasta el umbral del siglo XVIII, es indudable que a partir de

entonces tomó cuerpo una literatura femenina de viajes que se profundizó sensiblemente con el paso de los años y explotó a finales de ese siglo. Sin embargo, es inadecuado utilizar este parámetro de comparación, si se atiende a la naturaleza diversa de la educación y los límites de la autonomía de las jóvenes. El viaje femenino no se caracterizó por ser una experiencia formativa juvenil sino como oportunidad de conocimiento para mujeres de edad más madura o predominantemente casadas, que seguían al marido enviado al exterior por motivos diplomáticos o militares. Y podríamos distinguir dos fases, la primera caracterizada por textos producidos por mujeres instruidas pero no literatas, con una clara prevalencia de matriz inglesa, quienes escribieron estimuladas por las novedades que estaban viviendo, pensando en una circulación restringida de sus reflexiones y comentarios; a partir de la década de 1770, por el contrario, entraron en escena las escritoras y literatas de varias partes de Europa, con la firme intención de hacer literatura a partir de sus escritos y que por tanto apuntaban a su publicación.

El viaje fue una posibilidad accesible sobre todo a las aristócratas, si bien no con exclusividad, que hicieron de ella un vehículo de informaciones y de apertura mental también para todas las demás mujeres que no estaban en condiciones de vivirlo en persona. A través de relatos lograron comunicar a las lectoras el significado de esa experiencia excepcional, no solo como vía de superación de barreras y de mayor conciencia de sí mismas, sino que, al dirigir su atención en especial a las extranjeras que encontraban, ofrecieron un estímulo para confrontar el estado de las relaciones entre los sexos y juzgar las costumbres del propio país y de los otros. Además, la mirada de las viajeras parece menos interesada en captar lo “sublime”, prefiriendo demorarse en el transcurrir de la vida cotidiana y sus detalles, a causa de ello recompensadas por el aprecio del público común.

Como era costumbre en la época, recurrieron al género epistolar, narrando sus observaciones y descripciones a amistades y parientes, aunque no faltan auténticos diarios de viaje.

El comienzo corresponde a la inglesa Celia Fiennes (1662-1741), hija de un coronel y educada en la moral puritana, independiente y firmemente decidida a permanecer soltera. Desde 1698 hasta 1712, en varias ocasiones atravesó sola toda Inglaterra y Escocia a caballo, en compañía de dos sirvientes. Atenta a cada innovación técnica, al estado de las calles y las viviendas, a las manufacturas y a los yacimientos mineros, volcó sus impresiones en un diario de viaje, donde

incluso anotó sus caídas del caballo, las comidas y las bebidas que probó. En el prefacio al lector, aun cuando señala que su texto probablemente sería conocido solo dentro del círculo familiar, dejaba traslucir la esperanza de que aquel pudiese ser de utilidad a un público de gentlemen y ladies: insistía en la necesidad de que estos visitaran su propio país, conocieran sus costumbres, producciones y ambientes, con el fin de desterrar la holgazanería y robustecer las mentes. Consideraba que ese ejercicio de observación era de utilidad sobre todo a los parlamentarios, quienes debían tomar conciencia de las condiciones reales del territorio del Estado; sin embargo, no resultaba menos provechoso para las mujeres. Concluía en efecto con una recomendación dirigida a todos, pero en particular a ellas, sus semejantes, para que se aplicasen “al estudio de aquellas cosas que tiendan a mejorar la mente y hagan nuestras vidas placenteras y reconfortantes así como provechosas en cada edad y condición, y vuelvan soportables el sufrimiento y la vejez, la muerte menos terrible y un estado futuro más feliz”. (165) La felicidad, gran tema y objetivo del siglo, podía alcanzarse también a través del viaje y la observación de la realidad.

Si bien la edición del texto completo se hizo esperar, su relato circuló vastamente: algunas de sus secciones fueron publicadas por el escritor Robert Southey que obtuvo una copia manuscrita a inicios del siglo XIX.

Celia estuvo entre las pioneras, ya sea como viajera, ya sea como escritora de un diario, pero pronto surgieron émulas entre sus connacionales. Un caso particular es el de Elisabeth Justice y su *A voyage to Russia: Describing the Laws, Manners and Customs of That Great Empire*, fruto de su empleo de gobernanta en una familia inglesa enviada a Rusia, que comenzaba con el relato del viaje por mar. Evidentemente, el interés por aquellas tierras lejanas movió al editor a publicarlo por medio de suscripciones y la obra salió en 1739, recibida con cierto éxito, como para que fuese reimpresa en 1747. Estaba, por ejemplo, entre los volúmenes que Vittorio Alfieri había reunido en su biblioteca de Londres. (166)

En especial después de la mitad del siglo aparecieron varios reportajes de viajes de mujeres que tenían a Italia como meta, entre los cuales se cuenta *Letters from Italy, describing the Manners, Customs, Antiquities, Paintings*, publicado en Londres en 1776, de Lady Anna Riggs Miller, que prefería ocultarse en el frontispicio bajo la expresión “Por una mujer inglesa”. Había viajado con el marido por Italia en 1770 y 1771. En 1789 se publicó *Journey through The Crimea*, de Lady Elizabeth Craven, que había emprendido un viaje en 1785 hacia Constantinopla, acompañada de su sobrino, para huir de las maledicencias tras el

repudio por parte de su marido, quince años mayor que ella, y del consecuente divorcio por las infidelidades que se le atribuyeron. Visitó Florencia y Venecia, luego se encaminó hacia Viena, Varsovia, San Petersburgo, Crimea y Constantinopla, y desde allí llegó a Grecia y sus islas, quedando negativamente sorprendida por las condiciones en que se hallaban las mujeres turcas.

Como ya se ha dicho, en la segunda mitad del siglo las profesionales de la pluma, figuras emergentes en el panorama cultural, entraron con resolución en el escenario de la literatura de viaje que conocía un notable éxito de público, deseoso de conocer los lugares y las costumbres foráneas.

La primera fue Lady Mary Wortley Montagu (de soltera Pierrepont, 1689-1762), culta, desprejuiciada, al punto de oponerse a un matrimonio impuesto por el padre y de huir con Edward Wortley Montagu, un miembro del Parlamento pero de escasos medios, con quien se casó en 1712. Brillante y prolífica pluma, ostentada en ensayos y numerosos poemas, fue amiga de literatos de fama como Addison y Steele, Alexander Pope, el abate Conti, John Gay, Mary Astell y de varios políticos. Acompañó al marido en una misión diplomática concerniente a las guerras Habsburgo-otomanas, para la cual en 1716 él había sido nombrado embajador en el Imperio Otomano; el viaje los condujo inicialmente a Viena y a muchas localidades alemanas, y continuaron por Budapest, Belgrado y Adrianópolis (actualmente Edirne), hasta que alcanzaron su meta: Constantinopla. Durante el trayecto y sobre todo ya en Constantinopla, Mary Wortley Montagu envió cartas a su hermana, a su círculo de conocidos y a los amigos literatos, en especial a Pope y a Conti, y respondió también a sus preguntas y pedidos con un estilo animado e ingenioso.

Fue particularmente al escribir sobre la condición de las mujeres turcas que Mary Wortley Montagu demostró un espíritu de observación penetrante y libre de prejuicios, que exponía los tópicos y ciertamente producía desconcierto en sus ilustres interlocutores. Refiriéndose al gran valor atribuido al matrimonio y a la maternidad, incluso en segundas nupcias, entre los musulmanes, escribía al abate Conti: “¿Qué se volverían vuestras santa Catalina, santa Clara y toda la camarilla de vírgenes y viudas que, si fuesen juzgadas según este sistema de virtud, serían tenidas por criaturas infames, cuyas vidas transcurrieron en un abominable libertinaje?”.

Viviendo el mundo femenino de cerca, percibió muchos aspectos inaccesibles a otros viajeros: consideró el velo como una comodidad que permitía una mayor

libertad de movimientos; compartiendo los espacios privados femeninos de conversación, el hábito del café y los baños de vapor, describió la belleza femenina, la desenvoltura en la desnudez sin inhibiciones, sin embargo evitó entregarse al exotismo y la sensualidad; observó la autonomía económica de la cual gozaban esas mujeres que derivaba de la división de los bienes conyugales y la posibilidad de divorciarse. Apreció la práctica de inoculación de la viruela, enfermedad que le había desfigurado el rostro: describió por extenso esa intervención, gestionada in situ por mujeres, y luego batalló a fin de que se adoptase en Inglaterra. Concluía: “En suma, considero que las mujeres turcas son las únicas personas libres del imperio”. (167)

Las cartas que Wortley Montagu concibió para la publicación fueron leídas y circularon ampliamente, y la volvieron célebre, pero aparecieron impresas en Londres solo después de su fallecimiento, para contrariedad de la hija, bastante más moralista y conservadora, en una edición no autorizada en 1763, con prefacio de su amiga Mary Astell; (168) desde aquel momento se convirtieron en una referencia imprescindible tanto para quienes quisieran escribir sobre viajes como para los orientalistas.

Las escritoras ya consolidadas tenían un interés aún mayor en salir de viaje: podían en efecto palpar su popularidad y promoverse luego en círculos culturales en la figura en ascenso de la viajera literata; en los viajes recibían, además, nuevos estímulos para sus creaciones. La dramaturga Anne-Marie du Boccage (1710-1802), a quien Voltaire admiraba, fue verdaderamente consagrada en todos los sitios a los que llegó; en particular en Italia, donde su tragedia en verso *Les Amazones* había sido traducida y publicada en 1756 por la poeta veneciana Luisa Bergalli. Se cree que esta la conoció en Venecia, ciudad donde también recibió los tributos de Carlo Goldoni y de Gasparo Gozzi, entre otros. Sus observaciones acerca del viaje por Europa, vertidas en *Lettres contenant ses voyages en France, Angleterre, en Hollande et en Italie*, escritas con la conciencia de su rol y con la intención de dejar una marca precisa en el panorama de la literatura de viaje, se publicaron en Dresde en 1771.

En dirección opuesta, realizó un viaje bastante anticipado respecto del cuadro italiano femenino, la condesa Paolina Secco Suardo Grismondi (1746-1801). Culta *salonnière* y poeta bergamasca, amiga de Ippolito Pindemonte, conocida en la *Accademia dell’Arcadia* con el nombre de Lesbia Cidonia, quiso instalarse en Francia en la primavera de 1778 con el propósito de conocer a los protagonistas de la cultura y de las ideas que estaban transformando la

mentalidad europea y animando los salones y la opinión pública también en Italia. Se trasladó en compañía de su marido y de algunos amigos, y apenas cruzados los Alpes halló el modo de encontrar al renombrado naturalista Georges-Louis Leclerc, conde de Buffon, mientras que en París conoció a Voltaire, Diderot, Antoine-Marín Le Mierre, Madame Du Bocage y Carlo Goldoni, quien se había trasladado a la capital francesa. Contó su extraordinaria experiencia en un epistolario, en parte todavía inédito, desplegando su habitual competencia poética, exhibida en el soneto “En el paso de los Alpes” y en el breve poema en verso “Viaje a Génova y a Toscana”, inspirado por el viaje que luego realizó, en 1788, por Liguria, Toscana y Emilia.

La inglesa Hester Lynch, ya conocida en el mundo literario por su amistad con Edmund Burke, la novelista Fanny Burney y Samuel Johnson, a quien le había dedicado en 1786 una suerte de biografía, *Anecdotes of Samuel Johnson*, con vasta repercusión, decidió entregar a la stampa el diario de su viaje por Italia, comenzado en 1784 para escapar de las maledicencias tras su segundo matrimonio con el músico italiano Gabriele Piozzi. Un itinerario que duró dos años y medio, realizado junto a su marido con estancias en muchas ciudades italianas, desde el norte hasta el sur, durante el cual escribió lo que llamó *Italian Journey*.

Visitó los entonces recientes hallazgos de las excavaciones arqueológicas en Pompeya y Herculano que suscitaron en ella una profunda impresión:

Los habitantes de ciudades enteras fueron borrados por una catástrofe tan imprevista como inevitable. Dado que esas mismas ciudades habían sido construidas sobre la lava de erupciones precedentes, parece imposible que los habitantes no hubiesen pensado que calamidades de ese tipo podían repetirse. Y, sin embargo, es precisamente así: la vida debe continuar, aunque todos sepamos que la muerte llegará más tarde o más temprano. Es así que el pan se estaba cociendo en el horno, la carne todavía caliente echaba humo en los platos, ya se había servido un poco de vino... (169)

Si bien dejaba ver su incertidumbre acerca de la respuesta del público y sobre todo acerca de la dificultad de ser apreciada tanto por los británicos como por los

italianos, Lynch decidió publicar el relato del viaje a Italia junto con aquellos resultantes de la visita a otros países del continente, confiándolos a la editorial de Thomas Cadell que le prometió una gran suma. Así, salió a la luz en 1789 *Observations and Reflections Made in the Course of a Journey through France, Italy and Germany*, un volumen que se tradujo rápidamente al alemán.

Al atravesar la frontera de su país, a la alemana Sophie von La Roche (1730-1807) ya la acompañaba la fama por su novela *Geschichte des Fräulein von Sternheim*, publicada en 1771 y apreciada por Goethe; además era redactora de la revista *Pomona*, donde a menudo elogiaba el viaje como medio de educación tanto para los hombres como para las mujeres, a quienes aconsejaba que leyesen las cartas de Mary Wortley Montagu. Primero visitó Suiza en 1784; al año siguiente, Francia, donde conoció a Louis-Sébastien Mercier y a la escritora Madame de Genlis, para finalmente dirigirse a Inglaterra y Holanda en 1786, mientras componía sus relatos poco a poco en varios cuadernos, esforzándose en captar el espíritu de cada nación.

Estos viajes de mujeres que escribían tuvieron por consiguiente varias y relevantes repercusiones. Si por una parte contribuyeron a consolidar su estatus de escritoras y personas de cultura, al construir una tradición femenina en la literatura de viajes, por la otra brindaron un indudable servicio a la circulación de las nuevas ideas, del gusto y de la sensibilidad en toda Europa, acercando países y alimentando un común suelo fértil intelectual y emotivo. Una acción valiosa, por tanto, de transferencia cultural y una mirada que con frecuencia supo captar aspectos descuidados por otros viajeros.

“EL SIGLO DE LAS MUJERES” Y LA AMISTAD ENTRE LOS SEXOS

El libro de Rebecca Messbarger, *The Century of Women*, (170) tiene un título efectista, pero si uno se sumerge de veras en este siglo, en el cual se hablaba mucho de ciencia, de filosofía y de reformas y en el cual la naturaleza de los hombres y de las mujeres se volvió a discutir profusamente, tenemos que darle la razón. Sobre todo por esa especial revalorización de las relaciones entre los sexos que ponía fin a un estilo de vida que tendía en cambio a separarlos y a confinarlos dentro de ámbitos definidos. Tal vez el mérito deba atribuirse a esa

singular aspiración a la felicidad que en el lenguaje de las Luces asumió casi la naturaleza de un derecho, unida a la conciencia de que aquella podía alcanzarse de veras solo en la mezcla, en las prácticas sociales articuladas y libres, y de que la presencia de las mujeres era uno de sus ingredientes fundamentales.

A medida que el siglo avanzaba, especialmente después del fin de las guerras en Europa y gracias a un período de paz que favoreció una fase de expansión económica y de crecimiento de las ciudades, esta propensión hacia una sociabilidad expandida produjo una “feminización” de los espacios públicos; en particular los lugares de la cultura que antes se hallaban firmemente en manos de hombres y de la cultura erudita se abrieron a las mujeres, se “salonizaron”, asumiendo formas modeladas por el encanto del intercambio compartido. La velocidad y los modos con los cuales la consolidación de la sociabilidad mixta procedió en toda Europa se diferenciaron conforme fuese la geografía política y cultural de cada país, pero el proceso fue común y extendido. Por todas partes crecía la sensación de pertenecer más a la sociedad que a las corporaciones, estamentos, vecindarios o ámbitos domésticos, cuyos confines las mujeres en especial anhelaban traspasar. Si en Francia los salones de las damas se hallaban en el centro de la organización de las nuevas modalidades culturales, en Inglaterra ambientes más burgueses y ligados al periodismo y al dinámico mercado editorial impulsaron la producción y el disfrute de contenidos que conciliaban lo útil con lo placentero. En otros sitios, como Italia, fueron las academias de distintos tipos, la vivacidad de la cultura local, la importancia del teatro y de la música, los que se hicieron intérpretes de las exigencias de las Luces y del protagonismo de las mujeres. Las capacidades femeninas tenían modo de ser ejercidas en la amplia gama de sociabilidades que excedía los espacios dedicados institucionalmente o no a las prácticas culturales para permear los diversos momentos de encuentro, cafés o salones de té, promenades, teatros, salones y círculos burgueses, tiendas, lugares de devoción y de oficios.

Que esta mixité interviniese en la manera por medio de la cual ambos sexos percibían las relaciones entre sí, teniendo modos de frecuentarse y de conocerse más que en el pasado, al reconocer rasgos comunes y diferencias, es indicio de una particular repercusión en el ámbito de la escritura. Nunca como en el siglo XVIII, ya sea por la cantidad o la calidad, los hombres escribieron a las mujeres y viceversa, fundando un régimen de amistad que instituía un “pacto epistolar”, nutrido de cartas frecuentes, si no cotidianas.

La amistad fue un tema muy presente en la elaboración filosófica y en la

expresión literaria desde la Antigüedad, pero el siglo XVIII, cuando se redescubría el interés en el tratado de Cicerón Sobre la amistad –lo cual llevó a que se reimprimiera en numerosas ocasiones–, se dedicó a ella con renovada pasión y nuevos enfoques. Se consagraron muchos tratados a este tema, que por lo demás expresaba una necesidad de intimidad tendiente a contrabalancear una vida mucho más inmersa en la vida social respecto del pasado. Mientras que los pensadores hacían de la amistad un fundamento del vínculo social, asimismo en lo atinente al encuentro con el otro, el inferior, el extraño, era posible mantener relaciones amigables, las cuales en el pasado habían constituido un monopolio absoluto de la exclusiva relación entre hombres, también con las mujeres: una experiencia casi inédita. Si a fines del siglo XVII Jean de La Bruyère había afirmado que una amistad profunda y duradera, que no derivara en el amor, podía nacer a través de la recíproca frecuentación, quien reflejó esta idea en toda su extensión fue la escritora Anne-Thérèse de Marguenat de Courcelles, más conocida como Madame de Lambert (ca. 1647-1733), que condujo uno de los salones parisinos más influyentes de principios del siglo XVIII. Se preocupaba mucho por la educación de su sexo y la de los jóvenes, a la cual dedicó obras pedagógicas innovadoras, pero asimismo intentó señalar algunos caminos para equilibrar las relaciones entre los hombres y las mujeres. Desde su punto de vista, la amistad representaba la mayor conquista y a la vez uno de los mayores placeres que la vida podía regalar. En el ensayo dedicado a este tema escribió: “¿Puede existir la amistad entre personas de distinto sexo? Es rara y difícil pero la amistad ejerce una mayor fascinación. En ocasiones este tipo de unión comienza con el amor y culmina en amistad [...] Sin duda, de todas las uniones esta es la más exquisita”. Si el estado de incultura en que por lo general se mantenía a las mujeres impedía que vivieran una relación de esa clase con otras mujeres, ello no sucedía entre los dos sexos, aunque la autora precisaba que tal experiencia no se hallaba al alcance de personas mediocres. Era en efecto necesario que fuesen castos, buscaran la virtud y el perfeccionamiento común que podía realizarse al aunar los diversos talentos: “Los hombres hablan al espíritu; las mujeres, al corazón”. La amistad entre los sexos, dotada de “una especial vivacidad que no se encuentra entre las personas del mismo sexo”, se basaba en la naturaleza misma que “ha predispuesto todo para la amistad”, (171) a través de conexiones invisibles, nudos secretos, simpatías y una dulce atracción. Concluía afirmando que en esta amistad “se halla todo: un bien tan deseable es siempre la recompensa del mérito”. (172) Madame de Lambert sustentaba una “metafísica del amor” en esos mismos cimientos de virtud, intelecto y sentimiento, separando los vicios de los placeres, para gozar de lo mejor. (173)

Un nuevo estatus en las relaciones entre los sexos dentro de las elites cultivadas se abría paso en virtud de la mayor interacción entre estos, de los ambientes de los salones presididos por las mujeres y de la cultura de la sensibilidad que avanzaba gracias a la música, al teatro, a la literatura y a las ideas de la ciencia. En tal contexto, había lugar para la amistad entre hombres y mujeres; una amistad que rozaba el amor, se ubicaba junto a él o se arriesgaba a explorarlo, pero siempre con la intención de cultivar la inteligencia; aunque estimulaba los sentidos, sin embargo, no se dejaba atrapar por estos. Aventura del cuerpo, del corazón y del espíritu, según Diderot, esta amistad galante, libertina, refinada y cómplice era una invención del siglo y un signo de esa libertad de comportamiento y de desenvoltura sexual que campeaba en el siglo XVIII y que será sofocada, malinterpretada o censurada en el clima posrevolucionario, con la imposición de esferas separadas entre los sexos y de un modelo conyugal por completo alternativo a la mixité.

Este impulso en las relaciones entre los dos sexos, que borraría identidades y modelos de construcción de los géneros, tuvo una vasta repercusión literaria, puesto que esa amistad se nutría, se sostenía o en algunas ocasiones incluso se construía a través de la correspondencia, del flujo de cartas que generaba o regeneraba el tono del afecto. Y si los dos polos de esta atracción, que evocaba esa electricidad que era objeto de estudio y de curiosidad en el siglo, tenían familiaridad con la pluma y estaban dotados de ambiciones literarias, el intercambio epistolar no quedaba solo en sus manos, sino que surgía más fácilmente como modelo de un nuevo vínculo social: las cartas se compartían, se leían en cenáculos y se copiaban una y otra vez.

Es difícil escoger entre estos epistolarios; son muchos los que han dejado los hombres y las mujeres del siglo como testimonio de esta inédita complicidad: quizá la correspondencia entre el erudito y brillante Ferdinando Galiani y la culta salonnière Louise d'Épinay (1726-1783) puede ejemplificar mejor uno de los matices de la amistad, aquella entre iguales, nacida de la frecuentación y que, luego del regreso a Italia del abate napolitano, debió confiarse a las misivas que intercambiaron por el espacio de trece años. En vísperas del fallecimiento de ella, Galiani, ya delicado de salud, en la última carta le escribió, excusándose por la menor asiduidad de la correspondencia: “Debéis saber que nunca he dejado de conversar con vos”. Y de inmediato le confió que su lectura preferida era “vuestra obra *Les Conversations d'Émilie*”, (174) publicada en 1773. En ella había recogido los propios escritos pedagógicos que, aunque estimulados por la cercanía con Rousseau, se distanciaban de este respecto a las ideas sobre la

naturaleza femenina, de la entrega de las mujeres a la esfera doméstica y de su exclusión tanto de las trayectorias de estudios como de carreras. Eran el fruto de años de estudio y de debate en torno a la educación con el pensamiento de varios intelectuales y con el propio Galiani, a quien le había confesado, ya en 1770, que quería concebir la obra como “una especie de testamento, un modelo que deseo dejar a mi hija sobre mi manera de educar a su hija”. (175) El abate respondía a las indicaciones pedagógicas de Louise en su estilo vivaz y agudo, y le recordaba un tema particular: “Ya no tendremos grandes hombres si primero no tenemos grandes niñeras: por tanto, vayamos a fondo, con todas las fuerzas, con las nodrizas”. (176) Si por un lado Louise narraba los acontecimientos parisinos, las representaciones teatrales, las indisposiciones de su salud, las adquisiciones de libros y objetos hechos para el napolitano, los amigos comunes, la desazón por la muerte de Claude-Adrien Helvétius, o mencionaba noticias sobre el divino Voltaire o sobre su amante Melchior Grimm, caro a Galiani, por el otro gran parte de su correspondencia refería a la publicación de nuevos textos, a los debates y a las controversias. Ya desde el comienzo de la correspondencia ocupaba un sitio primordial el valioso trabajo de revisión que el abate había pedido a Louise, juntamente con Diderot, de su manuscrito de los Diálogos sobre el comercio de granos. En efecto, en su primera carta del 26 de julio de 1769, Louise hacía saber a Galiani, quien estaba todavía de viaje, que “a partir del día siguiente, nos hemos encerrado, el filósofo y yo, y hemos leído y corregido con el mayor cuidado, desde la once de la mañana hasta la medianoche, sin un instante de descanso”. (177) Louise luego se ocuparía de todas las cuestiones referidas a la publicación, aparecida sin indicación de autor, siguiendo el procedimiento de la censura, las ventas, la expedición de los ejemplares, las polémicas y los elogios suscitados, de los que participaba al amigo. Cartas llenas de ideas, de pensamientos, de reflexiones, de pequeñas alegrías y preocupaciones cotidianas, pero asimismo de afecto y atenciones.

Los intercambios epistolares documentan otras tonalidades de la amistad que la condición intelectual de muchas mujeres “cultivadas” suscitaba en hombres eruditos y comprometidos con las letras y con la reforma de la sociedad. Las correspondencias entre Madame Du Deffand con Voltaire y de Sophie Volland con Diderot son demasiado conocidas como para detenerse en ellas; por tanto vale la pena abrir una rendija para observar algunos ambientes italianos que, en especial en la segunda mitad del siglo XVIII, mostraban un indudable dinamismo cultural, con la presencia de salones, academias, y un protagonismo femenino documentado también en las cartas enviadas y recibidas entre hombres y mujeres. Un intercambio nacido de la estima intelectual del escritor boloñés

Francesco Albergati Capacelli por una joven periodista y escritora veneciana, Elisabetta Caminer, comprometida en la reforma del teatro, a través de la traducción y puesta en escena de obras de la nueva dramaturgia francesa, que difundía por medio de los periódicos en que colaboraba para luego asumir su dirección, se prolongó durante algunos años, desde 1769 hasta fines de 1771. Y si la intimidad desarrollada con la correspondencia pareció que podía virar hacia otro sentimiento y conducir al matrimonio, las cartas posteriores a la aclaración reestablecieron las posiciones iniciales. El amor, descartado, no debía menoscabar aquello que había hecho que se encontrasen: “Entonces, querida Bettina, puede y debe permanecer intacta nuestra amistad y nuestra cariñosa correspondencia”. (178) Observando justamente el secreter de esta intelectual, se vuelve evidente toda una gama de relaciones de amistad sostenida por medio de la pluma y con ellas la complejidad de los intereses mezclados con los afectos, la capacidad, bastante nueva, de mantener con determinación relaciones de igualdad, sostener polémicas, discusiones cuando no abiertas disputas. El largo carteo de Elisabetta con el florentino Giuseppe Pelli Bencivenni, editor de *Novelle Letterarie* y de *La Toelletta*, comenzó en octubre de 1770 a partir del reconocimiento del talento de la joven, aunque sugería correcciones a los textos del periódico que ella componía. Estas eran aceptadas con sinceridad, sin demostración de falsa modestia –“De ahora en más me cuidaré de caer en los errores lingüísticos que me habéis señalado”– (179) y el intercambio seguía distanciándose de la dimensión maestro-alumna para darse en un plano de directo cotejo de ideas acerca de las recíprocas iniciativas editoriales, no privado de disensiones, si bien mediadas por el afecto y la estima mutuos. Elisabetta traducía y tenía la intención de publicar un drama de Louis-Sébastien Mercier, *El desertor*, que el florentino no apreciaba y, como cierre a una serie de misivas en torno al asunto, le respondía: “Dejamos entonces las disputas sobre el propósito de *El desertor*; me alcanza con que no os pronunciéis abiertamente opuesto cuando lo imprima en el primer tomo de mi recopilación. No obstante, entendámonos bien: nunca violento el juicio de los demás, y siempre y cuando no destrucéis el drama, os dejo en libertad de decir sobre él aquello que os parezca”. (180)

Estas amistades literarias fueron determinantes en el sostenimiento de las ambiciones femeninas de construirse una carrera de escritora y en ofrecer a las mujeres los espacios e instrumentos concretos para expresarla; dada la posición consolidada en el mundo de las letras, los hombres en efecto podían facilitar el ingreso de ellas y compartir proyectos. El caso de Samuel Richardson y el círculo de escritoras que promovió, entre las cuales estaban Sarah Fielding,

Charlotte Lennox, Frances Sheridan y Hester Chapone, es ejemplar: llegó a querer construir con las aportaciones de ellas la continuación de su novela *Sir Charles Grandison*, convirtiéndola en una obra coral. (181)

Otras variaciones de la amistad, que también exploraban la dimensión erótica, la franca confidencia de las emociones, la posibilidad de transformar una relación nacida en el seno de las prácticas de sociabilidad en una pasión amorosa, pero nunca exclusiva y totalizadora, y dirigirla luego por el canal del cariño amistoso, hacen de alguna correspondencia documentos extraordinarios de las experiencias que los dos sexos podían vivir, por fuera de esquemas familiares, al superar incluso los confines de las comunes licencias del estilo de vida aristocrático. Los intercambios epistolares de Paolina Secco Suardo Grismondi y de Elisabetta Mosconi Contarini (1751-1807) con el abate Aurelio de' Giorgi Bertola, con quien ambas habían mantenido una relación amorosa, son un vívido ejemplo de ello.

La experiencia de la amistad, sin embargo, no se limitaba a los dos sexos. A pesar de que Mary Wollstonecraft, como Madame de Lambert, considerase que las mujeres no estaban preparadas para vivir entre ellas relaciones de estima y de solidaridad, divididas por una tradición educativa que las predisponía solo a que los hombres las quisieran, tanto la literatura cuanto las huellas documentales desmienten la ausencia de estos sentimientos y testimonian el desarrollo de una conciencia femenina más solidaria, corroborada además por esas mismas novelas que las mujeres leían con avidez y que presentaban casos de amistades y de recíproco apoyo. Son numerosas las correspondencias conservadas que comprueban tales conexiones, como el largo intercambio epistolar entre la culta Elizabeth Carter (1717-1806), que volveremos a encontrar más adelante, y la escritora Catherine Talbot. (182) También Paolina Secco Suardo Grismondi y Elisabetta Mosconi Contarini mantuvieron una amistad real y epistolar que salía indemne de la rivalidad amorosa por Bertola. Y en las cartas de Mosconi Contarini descubrimos el vínculo que existía asimismo con la culta y literata veneciana Giustiniana Wynne.

EL SITIO DE LAS INTELECTUALES Y LAS ESCRITORAS: PASTORELAS Y NOVELISTAS

¿Cuál era el estatus que gozaba la intelectualidad femenina y sobre todo la escritura de las mujeres a mediados del siglo?

Regresemos a la salida de los primeros números del *Journal des Dames*. Si el primer redactor había defendido la consagración obtenida por las escritoras en la academia parisina, por su parte el segundo, Jean-Charles de Relongue de La Louptière, se entregó a elogiar la *Accademia dell'Arcadia*, fundada en Roma en 1690, trazando una breve historia de ella y conectándola con el patronato de Cristina de Suecia. La razón del elogio se relacionaba con la apertura a las escritoras, italianas o extranjeras: muchas en efecto fueron recibidas pocos años después de la fundación, luego de las primeras integraciones de carácter honorario, en esa academia que había asumido la misión de reconstruir y revigorar un circuito literario de dimensión nacional. La contigüidad con los salones presididos por damas y la modalidad de reunión que se organizaba sobre la conversación favorecieron la participación en dicha academia de las mujeres, que contemplaron ese centro de integración como espacio para redefinirse y retomar un papel relevante en el intercambio intelectual.

La cantidad de mujeres incorporadas a la academia creció y en 1700, diez años después de su nacimiento, se decidieron algunas reglas para participar en ella: si a los hombres se les requería que fuesen competentes en al menos una ciencia, a las mujeres se les prescribía que “profesasen la poesía”, un género que se prestaba bien a incentivar y a reconocer una de las vetas más explotadas por las literatas. Así, las “pastorelas” –poetas pastoriles– jugaron bien sus cartas al sacar el máximo provecho del espacio y la fama concedidos, desde Faustina Maratti Zappi y Petronilla Paolini Massimi de la colonia romana hasta la veneciana Luisa Bergalli y hasta las improvisadoras de versos, como la célebre Corilla Olimpica. La invitación a que ejercitasen este género literario no suponía por otra parte una marginalización: la poesía en el siglo XVIII había recuperado en toda Europa una posición de excelencia dentro de la comunicación literaria y social, puesto que a ella se confiaba la tarea de vehiculizar contenidos no solo estéticos sino asimismo culturales en todos los ámbitos, alcanzando a transmitir la nueva ciencia y las ideas filosóficas. Si por tanto el estatus de la poesía adquiría un alto valor, también el estatus de las literatas y poetas en el siglo XVIII parece estar decididamente en alza respecto del pasado, e incluso a ellas, y en ocasiones sobre todo a ellas, era a quienes les correspondía la función más propiamente comunicativa y mediadora de la poesía reformada en el “gusto”, para gozar en los momentos de entretenimiento y de reunión.

Señal de esta clase de interés era la publicación en Venecia en 1726 de dos volúmenes, que exploraban extensamente el campo de la producción poética femenina, *Composiciones poéticas de las más ilustres rimadoras de cada siglo*, reunida por medio de un conspicuo trabajo de recuperación por Luisa Bergalli, (183) la árcade Irminda Partenide, que sacaba del olvido a tantas figuras relegadas en virtud de una nueva y más integrada posición de las literatas y de ella misma, a quien el año anterior se habían rendido honores por su debut como autora del melodrama *Agide, re di Sparta*, puesto en escena en el teatro de San Moisè, promovido por Apostolo Zeno en una complicidad por completo arcádica. A ella se debe un importante paso para la reconstrucción de una genealogía literaria femenina.

Además de las numerosas “colonias” arcádicas que habían surgido un poco por todas partes, en Padua la *Accademia dei Ricovrati* había continuado en su tradición de afiliar escritoras y por lo demás justamente en su ámbito, el 22 de abril de 1723, se desató una disputa en torno a los estudios de las mujeres, cuyo resultado fue vastamente favorable a ellas, también por el estímulo del príncipe de la academia, el científico y médico Antonio Vallisneri. En las actas que se publicaron, esperadas incluso en el exterior por el renombre del evento, se incluyó una contribución de la árcade sienesa Aretafila Savini de' Rossi, *Apologia in favore degli studi delle donne*, que reivindicaba para todas las mujeres –independientemente de su condición social– el acceso a la educación, y una oración en latín escrita por la jovencísima y cultísima milanese Maria Gaetana Agnesi, de apenas diez años, que ya conocía muchas lenguas, antiguas y modernas, y que, poco después, se convertiría en una gran científica. (184)

Pero si en Italia se pensaba en la *Accademia dell'Arcadia* para promover a las escritoras, en Europa las novelistas se aseguraban un sitio en primer plano, trabando un pacto de hierro con las lectoras.

El siglo XVIII es el siglo de la novela, de su explosión como género literario, de su invasión en el mercado editorial, de su extraordinaria actualidad para captar las transformaciones de la vida, las características de un mundo urbano en fermento por la expansión económica y demográfica, aparte de la fascinación y los peligros de estructuras sociales menos rígidas. Y sobre todo para captar las nuevas formas de vinculación entre los sexos, merced a la cultura de la sensibilidad, marcada por la *tenderness* –‘humanidad’, ‘compasión’–. No por casualidad este género literario habla sobre todo inglés, y los lectores de otros países esperaban ansiosos las traducciones.

Lo más significativo es que fueron las mujeres quienes vertieron ríos de tinta. La mayoría de las novelas dieciochescas fue obra femenina; en particular desde la década de 1770 la cantidad de autoras superó la de los hombres, y en 1780 incluso hasta los doblaron en número, felizmente acogidas por el público de lectores. Más allá de las cifras, hay que preguntarse la razón por la cual las mujeres escribieron sobre todo novelas. Las respuestas pueden ser varias, pero más que pensar que “la trama misma de la novela se asemeja a los trabajos femeninos”, (185) se siente el impulso de concordar con la explicación de Virginia Woolf: “Todas las formas más antiguas de la literatura estaban endurecidas y rígidas cuando ella comenzó a escribir. Solo la novela era lo bastante joven para tener blandura en sus manos”. (186) Podríamos añadir que la pluma de las mujeres parecía captar con mayor profundidad y variedad de matices los estados de ánimo, los conflictos entre las aspiraciones individuales y las normas sociales, y expresar con fineza y una rica paleta de emociones la complejidad de las relaciones personales.

Las escritoras participaron intensamente en la así llamada “guerra de la Mancha”, la cual hizo que por éxito editorial, traducciones y reimpressiones, se revalorizaran las novelas inglesas en oposición a las francesas; si en una parte se alineaban Eliza Fowler Haywood, Sarah Fielding (1710-1768), Fanny Burney (1752-1840) y Charlotte Lennox (1730-1804), la otra parte respondía con Jeanne-Marie Leprince de Beaumont (1711-1780), Marie-Jeanne Riccoboni (1713-1792) y Françoise de Graffigny (1695-1758).

Fue pues un magnífico proscenio donde muchas quisieron exhibirse, haciendo de ello un oficio y buscando dinero y fama, y recibieron tanto valoraciones como críticas. De esa manera comenzaron a publicarse tantas novelas y de una calidad hasta tal punto discutible que la crítica demolió a algunos autores y manifestó su desaprobación del género: se habló de una auténtica “peste” que estaba corrompiendo a los lectores y a las librerías. En las postrimerías del siglo, en 1795, en Suiza se llegó a lanzar un reclamo, “Llamado a mi Nación sobre la peste de la literatura alemana”, en orden a prohibir la publicación del género, tan saturado estaba el mercado y cautivados, los lectores. (187) En consecuencia, los autores redujeron su visibilidad en los frontispicios y si parte de las escritoras habían sacado sus obras a destajo acompañándolas con sus propios nombres, hacia finales del siglo prevaleció el anonimato que ocultaba a autoras tanto como a autores. La mala fama en torno a la novela provocó que, en el declive del boom editorial, a fines de la década de 1820, el 80 % de ellas apareciese de forma anónima.

¿Quiénes eran las mujeres que escribían novelas y por qué se empeñaban en ello? Un análisis de sus biografías y de su ubicación social nos coloca ante el hecho de que en esa época una carrera de escritoras de este género narrativo, en un proceso que podríamos definir como “profesionalización”, era buscada con tenacidad en especial por mujeres burguesas, sin fortunas familiares, en procura de la estabilidad económica que les procuraría los ingresos de sus obras, que se volvieron posibles por la efervescencia del mercado y por la expansión del público. Sarah Fielding era hija de un oficial que se casó varias veces y tuvo muchos hijos; Sarah vivió con el hermano en constantes penurias financieras y ambos escribieron con miras a mejorar sus condiciones económicas. Fanny Burney provenía de una familia acomodada pero no aristocrática: el padre era un conocido crítico y compositor musical, que aun así desalentó el deseo de escribir de su hija, cuya primera novela en efecto apareció de forma anónima. Charlotte Lennox, que en su tierna infancia fue llevada por su familia a Nueva York debido a la posición militar de su padre para pronto regresar a Inglaterra, primero fue dama de compañía y luego actriz, antes de dedicarse a la escritura. Anna Maria Bennett (ca. 1750-1808), hija de un oficial de aduana, trabajó en un negocio de droguería y luego para mantenerse se convirtió en gobernanta. Marie-Jeanne Riccoboni, que vivió una infancia difícil a causa de la bigamia del padre y de su obligada permanencia en un convento, comenzó una carrera de actriz en la compañía de su marido. Jeanne-Marie Leprince de Beaumont trabajó como institutriz en la corte de Lorena hasta su matrimonio. Françoise de Graffigny era hija de un militar de carrera de temperamento despótico y violento; casada muy joven, debió afrontar las deudas del marido de quien se separó y se las ingenió para hacerse aceptar como dama de compañía de la duquesa de Richelieu.

Para casi todas, la escritura no fue por tanto una vocación precoz sino que recalaron allí tras varias experiencias de vida: la fortuna que le sonrió al género, las generosas tiradas editoriales, la relativa facilidad con la cual muchos y muchas emprendían esta carrera, el talento y la capacidad de hacerse expresión de una particular sensibilidad y estímulo moral impulsaron a un número considerable de mujeres hacia esa senda con la esperanza de éxito y de bienestar económico, que efectivamente algunas alcanzaron. Para otras, viudas y cargadas de hijos, que se lanzaron a la pelea editorial para sobrevivir, como Anna Maria Mackenzie y Eliza Parson, escribir representó una posibilidad de ganarse la vida con obras que, al cabo de una primera distribución, quedaban olvidadas en los anaqueles, como las propias autoras que, por lo demás, no ambicionaban la celebridad ni hacer conocer su nombre, y preferían el anonimato.

Para comprender la apuesta de este asunto literario que tan singularmente tuvo una clave femenina, al punto de que en italiano se acuñara un término para las mujeres que escribían novelas: *romanziera* –como femenino del ya existente *romanziere*, ‘escritor de novelas’– es bueno saldar cuentas con la economía, en otras palabras, hablar abiertamente de dinero: una dimensión que nos hace palpar el paso dado por la escritura femenina: del ímpetu y placer personal, confinada sin embargo dentro de circuitos aristocráticos o de todas maneras elitistas, a ser medio de sostén y de ganancia en el mundo de la industria editorial en expansión. Fanny Burney obtuvo para su novela *Camilla*, publicada en 1796, la muy apreciable cifra de dos mil libras esterlinas. Podemos comprender la relevancia de la suma al compararla con la retribución que recibió gracias al puesto de dama de corte de la reina, que se le otorgó precisamente por la fama lograda con esa obra: doscientas libras esterlinas al año. (188) Se trata por cierto de un caso particularmente feliz, no obstante para juzgar importes menores –por ejemplo, el que obtuvo Jane Austen en los primeros años del siglo XIX al venderle al editor Thomas Egerton por ciento diez libras esterlinas los derechos de *Orgullo y prejuicio*– (189) debemos tener como referencia la única carrera entonces disponible a las literatas o a las mujeres instruidas, o sea el trabajo de gobernanta e institutriz, con el cual podían ganar como máximo de veinte a treinta libras esterlinas al año. El salario de una empleada doméstica en la segunda mitad del siglo XVIII variaba, según fuesen las mansiones, entre cuatro y diez libras al año, mientras que la servidumbre masculina recibía unas retribuciones un poco superiores. Escribir novelas podía, por ende, cambiar para mejor la vida de las escritoras o aspirantes a serlo y la de sus hijos (cfr. fig. 24).

La mayoría de las escritoras escogió la forma de la novela epistolar, que, por lo demás, fue el camino principal del género, con mucha diversidad de enfoques. Si por un lado *Evelina* (1744) de Fanny Burney, que inspiró muchas obras de Jane Austen, siguió las huellas de Richardson y del rescate de una joven de orígenes humildes que, después de una serie de pruebas, equívocos y vacilaciones, narrados por la protagonista en las cartas, ascendía en la escala social por sus cualidades, por el otro las *Cartas de una peruana*, de Graffigny, publicadas en 1747, tenía más bien el sabor de un relato filosófico. Semejantes a las *Cartas persas* de Montesquieu, ofrecían el punto de vista de Zilia, una joven princesa inca raptada por los españoles. En el comienzo se denunciaban la brutalidad y las masacres de los conquistadores –“la crueldad es la única guía de sus acciones”– mientras que a continuación, tras el rescate de Zilia del barco español vencido por los franceses en combate naval, la llegada a Francia y la hospitalidad recibida en la casa del noble capitán, la novela se detenía en el descubrimiento

de las costumbres de los franceses, definidos como salvajes, la observación de la vanagloria de los anfitriones hombres, que se encontraban en el mismo nivel que la ignorancia y la superficialidad de las mujeres. Conducida a un convento, la protagonista se sorprendía por la ignorancia de las monjas: “El culto que rinden a la divinidad del país exige que renuncien a sus más valiosos favores, a los conocimientos del intelecto, a los sentimientos del corazón y creo incluso a la razón”. Zilia, que reseñaba la organización de la sociedad francesa y el flagelo de la pobreza, expresaba un juicio severo de ella: “Al contrario del jefe inca que se halla obligado a proveer a la subsistencia de su pueblo, en Europa los soberanos consiguen la propia del trabajo de sus súbditos; también los crímenes y las desgracias se originan en estas necesidades insatisfechas”. (190)

La novela de Madame de Graffigny conoció un éxito arrollador. Durante el primer año desde su salida se había reimpresso once veces, con tres ediciones en inglés; pero no se trataba de una fortuna pasajera; se cuentan otras ciento cuarenta ediciones aparecidas en cien años y traducciones al italiano, alemán, portugués, ruso, castellano y sueco. Goldoni obtuvo de ella materia de inspiración para su comedia *La peruviana*, puesta en escena en 1754.

En Europa conquistó gran fama Marie-Jeanne Riccoboni con sus novelas epistolares de índole sentimental, como las *Lettres de Mistress Fanny Butler* de 1757, donde la autora interesaba a los lectores en la complejidad emotiva que acompañaba el nacimiento de una pasión y sus tormentos, subrayando incluso la diferencia entre el sentir femenino, auténtico y absoluto, y el masculino, más realista y condicionado por las ambiciones sociales. Justamente esta capacidad de suscitar la empatía o la *sympathy* constituía un particular valor de las novelas, que sabían orientar una sociedad en gran desarrollo que corría el riesgo de agudizar un individualismo desenfrenado hacía una ética común y una sensibilidad hacia el prójimo. Según Adam Smith, Riccoboni estaba, junto a Voltaire, Racine y Marivaux, entre los escritores que logrando “describir los refinamientos y delicadezas del amor y la amistad y de todos los demás afectos privados y familiares [...] son en tales casos, muchos mejores maestros que Zenón, Crisipo o Epicteto”. (191)



Dorothy Mercier
Printseller, and Stationer,
at the Golden Ball,
in Windmill Street, facing Silver Street, Golden Square,
London.

Sells all Sorts of Italian, French, and Flemish Prints.

Buys & Sells all manner of Old Prints

Likewise Frames Prints, in the Neatest & Gentilest Taste.
Where may be had all Sorts of Paper for Drawings &c.

The best Black Lead Pencils, Black, Red & White Chalk.

Variety of Water Colours, and Camels Hair Pencils.

The best Dutch Sealing Wax

Sells Flower Pieces, in Water Colours, Painted by her self, from the Life.

And Fanns for Ladies, in a New & Elegant Manner.

Also Teaches Young Ladies to Draw Landscapes, Figures &c.
either at home, or abroad, on Reasonable Terms.

Figura 24. El aviso publicitario de una librería inglesa.

Hoja publicitaria de la librería y editora Dorothy Mercier, que la retrata dentro de su tipografía con clientes, 1745-1770.

Londres, British Museum, D, 2, 3396.

También la prosa no epistolar de la novela de Sarah Fielding de 1744, *Las aventuras de David Simple*, conducía al lector a lo largo de las peripecias del protagonista en una obra con claros fines morales. David, tras haber experimentado en carne propia la corrupción, la injusticia y el miserable egoísmo del estilo de vida londinense, al final conseguía encontrar virtud y honestidad en algunos amigos, realizaba incluso un sueño de amor y vivía con ellos en una suerte de comunidad utópica y feliz.

Por su dinámica e invención, podríamos trazar un paralelo entre la novela de Fielding y la de Charlotte Lennox *La mujer Quijote*, que rendía un homenaje explícito al héroe de Miguel de Cervantes. Con todo, la intención es bastante distinta y una ironía más bien acre acompaña la descripción de las experiencias de Arabella que, aislada en un castillo pasa las horas leyendo obsesivamente las novelas francesas del siglo anterior, basadas en héroes de capa y espada y fascinantes amazonas, y que tras la muerte del padre continuaba con la mente atrapada en el mundo de esas mismas novelas, transfigurando la realidad.

En resumen, había novelas para todos los gustos y para todos los bolsillos y en los estantes de las librerías o en los baúles de los vendedores ambulantes estos pequeños volúmenes permitían vivir distintas y profundas experiencias de inmersión en la interioridad humana, llorando, conmoviéndose, sonriendo y meditando, compenetrándose en las desgracias de los demás y construyendo un “yo social”. Y en las lectoras asimismo hacía nacer el deseo de convertirse principalmente en protagonistas de la propia vida, como sugerían los personajes femeninos de las novelas. Las impulsaban a desear aventuras y viajes que

realizaban las heroínas de Ann Radcliffe (1764-1823), que escalaban cumbres inalcanzables, atravesaban bosques infestados de bandidos, caminaban en senderos desolados, todas experiencias que excedían los habituales límites impuestos a la vida femenina. Si luego eran improbables las descripciones de los sitios e inexactas las coordenadas geográficas, por completo fruto de la imaginación de la escritora, apoyada a lo sumo en algún relato de viaje y en esporádicas incursiones en atlas, poco importaba, porque las lectoras no habrían distinguido las imprecisiones, o las habrían considerado irrelevantes al final de la historia.

“¡QUÉ GRACIA TIENE LA FÍSICA CUANDO ESTÁ BIEN PEINADA!” (192)

En este panorama sobre el estatus social de las intelectuales dieciochescas falta, no obstante, una pieza todavía importante y, si volvemos a hojear los otros números del *Journal des Dames*, en especial aquellos al cuidado de las redactoras, de inmediato esto nos saltará a la vista. A menudo encontraremos mencionados algunos nombres de mujeres, entre ellos el de Laura Bassi (1711-1778) y el de Gabrielle Émilie Le Tonnelier de Breteuil, marquesa de Châtelet, con frecuencia recordadas juntas como representación de los mejores puestos conquistados por mujeres en los campos de la ciencia, ya sea como autoras o como traductoras. El caso italiano transmitía la llegada a una meta extraordinaria puesto que algunas lograron derribar las barreras interpuestas a su acceso a la universidad e incluso consiguieron que se les confiaran puestos de enseñanza remunerados. Laura Bassi, hija de un abogado, tras una formación conducida por el médico de la familia, profesor de la casa de estudios de Bolonia, defendió en esa ciudad una discusión pública de tesis filosófica con la que obtuvo no solo un título en Filosofía en abril de 1732, sino también, y es lo que más cuenta, una plaza de docente de *philosophia universa*, y un importante estipendio anual de quinientas liras. Recibió la afiliación a la prestigiosa *Accademia delle Scienze* de Bolonia, lo cual constituye un caso único en Europa, mientras toda la ciudad le manifestaba su admiración, hasta con un coro de elogios poéticos: tres recopilaciones impresas y otros contenidos en hojas volantes, impresas o manuscritas, acompañaron su consagración como filósofa pública. Algunas rimas dedicadas a ella fueron compuestas por literatos italianos y extranjeros que

saludaron esta noticia como augurio de la vindicación de la inteligencia femenina. Luisa Bergalli fue una de las primeras en enviarle una canción de elogio, donde alentaba a todas las mujeres a seguir su ejemplo: “Que propicias sean también para gloriosas empresas”. (193)

Primera mujer en formar parte, en 1745, de la Accademia delle Scienze, Laura estableció junto al marido un gabinete de ciencia en su casa, donde enseñaba y experimentaba en química, física y electricidad, de acuerdo con el método newtoniano. Mantuvo correspondencia con los mayores científicos europeos de su tiempo, entre los cuales se hallaban Alessandro Volta y el propio Voltaire, quien quiso conocerla en persona. Sus obras, las memorias y parte de sus lecciones se volvieron referencia obligada para los estudios sucesivos.

No hay duda de que se buscó circunscribir su fama a la excepcionalidad y al orgullo local, a pesar de que esta se había extendido fuera de su país. Sin embargo, su personalidad, los resultados de sus estudios y la presencia de otras mujeres en la academia boloñesa contribuyeron a consolidar la posición femenina en el ámbito universitario. Si antes de Laura Bassi en Bolonia, tras un consenso inicial, se había finalmente rechazado el otorgamiento de su título universitario a otra mujer, Maria Vittoria Delfini Dosi, a partir de la década de 1730 se abría una época mucho más favorable a la aceptación de las mujeres en las instituciones culturales, también gracias a los debates en torno a la educación femenina y al eco suscitado por la disputa paduana. Bolonia se convirtió entonces en un centro de promoción de la cultura femenina dentro de las universidades y colegios universitarios.

En 1747 se le concedía a Cristina Roccati, natural de Rovigo, por la fama de su ingenio, el privilegio de ser admitida en la Universidad de Bolonia entre los estudiantes artistas, primera alumna forastera, y en mayo de 1751, después de haber mantenido algunas arduas discusiones sobre lógica, matemática, física y metafísica, ante la presencia incluso de Laura Bassi, obtuvo su título. Semejante reconocimiento, seguido por dos estudios de perfeccionamiento en Padua, le procuró que la prestigiosa Accademia dei Concordi de Rovigo le confiara un curso público de lecciones de física, que dictó por más de veinte años.

La Universidad de Bolonia ofreció una cátedra en 1750 a la milanese Maria Gaetana Agnesi, quien se había distinguido, tanto en el salón familiar cuanto en las reuniones de academias literarias, por sus competencias en materia filosófica y matemática, ratificadas por la publicación en 1738 de sus Propositiones

Philosophicae y sobre todo por la salida en 1748 del primer libro de matemática firmado por una mujer, *Le istituzioni analitiche per uso della gioventù italiana*. Impreso en dos volúmenes en Milán y dedicado a la emperatriz María Teresa de Austria, obtuvo un notable éxito y fue traducido y publicado en primer lugar en francés en 1775 y luego en inglés, seguidas de una edición londinense en 1801.

Si en el siglo anterior el caso de la titulación de Elena Lucrezia Cornaro Piscopia había sido fácilmente acotado con el fin de no crear émulas, su recuerdo sirvió, en cambio, en el siglo XVIII de los salones de las damas, de las novelistas, de las literatas y de las periodistas, de una opinión pública feminizada, para reforzar el estímulo al acceso y para refutar los prejuicios. La noble y culta veneciana Caterina Dolfin Tron, que tuvo su propio círculo cultural en Padua, fue nombrada Patrona de la Universidad de la ciudad y, con un acto harto simbólico, hizo colocar dentro del ateneo, en 1773, una estatua de Cornaro Piscopia, dejando así una marca tangible de la presencia femenina en el mundo de los estudios.

El ejemplo de Laura Bassi animaba a la alemana Dorothea Christiane Leporin Erxleben (1715-1762), hija de un médico que la instruyó en la materia y la inició en la profesión, a luchar con gran vigor y resolución para poder rendir los exámenes y obtener el título en Medicina, lo que en un primer momento le había sido denegado; por ello se dirigió a Federico II el Grande, quien en 1741 otorgó su dispensa a fin de que ella pudiera seguir con los cursos en la Universidad de Halle. Al año siguiente publicó en Berlín, con su nombre en el frontispicio, un tratado donde sostenía el derecho de las mujeres a la educación superior. Dorothea finalmente logró obtener en junio de 1754 el doctorado en Medicina, con la presentación de una tesis en latín acerca de las prácticas de la curación, discutida y publicada ese mismo año en Halle.

En Valencia, algunos años después, en 1779, otra mujer, María Pascuala Caro Sureda (1768-1827), de familia aristocrática de gran cultura, realizó un recorrido similar por diferentes instituciones en su formación, bastante poco frecuente en la península ibérica: recibió un título en Filosofía y publicó un útil manual en 1781, *Ensayo de Historia, Física y Matemáticas*. Una audacia que años antes no había podido permitirse otra española, la matemática María Andresa Casamayor y de La Coma (1720–1780), quien hizo publicar en 1738 sus dos obras divulgativas *Tyrocinio Arithmetico* y *El parasi solo*, con el seudónimo masculino de Casandro Manes de la Marca y Arioa.

Sin embargo, no solo los cursos y las enseñanzas universitarias representaban la presencia femenina en el campo de la ciencia: la red entre literatas y damas cultas dentro del vasto mundo de la sociabilidad –círculos, academias, salones y sociedades culturales– y el saber universitario y experimental, eran activos y fecundos asimismo fuera de Bolonia. En Nápoles, Giuseppa Eleonora Barbapiccola frecuentó el círculo intelectual de Giambattista Vico y de su hija Luisa, donde tuvo modo de participar en agudas discusiones en torno al pensamiento de Descartes. Estudiosa de la ciencia, decidió aplicarse a la traducción de los *Principia Philosophiae* para hacerlos conocer a muchos y en particular a las mujeres. Traducida del francés, esta obra se publicó en edición turinesa en 1722 con el título *Los principios de la filosofía de Renato Descartes*, con el nombre de Barbapiccola resaltado en el frontispicio, seguido de su apelativo en la *Accademia dell'Arcadia*: Mirista. El texto venía introducido por una larga carta de la traductora dirigida a los lectores donde se esperaba que, percatándose de que se trataba del trabajo de una mujer, no sucediese que “la hayáis mandado a las ruecas, a los husos y a los tejidos”, (194) y, a efectos de reforzar su condición de autora, presentó a continuación una galería de mujeres ilustres en muchos saberes y competencias. También en Nápoles, la literata y poeta Maria Angela Ardinghelli (1730-1825), bien incorporada al ambiente intelectual ligado al príncipe de Tarsia que cultivaba intereses científicos, tradució los trabajos del inglés Stephen Hales, entre ellos el célebre *Vegetable Staticks*, publicado en 1756, que corregía los errores en que había incurrido Buffon en la versión francesa.

En toda Europa, amateurs, damas y diletantes discutían acerca de ciencia, en los salones se recitaban poemas en los cuales se asimilaba la terminología científica y se hacían asimismo experimentaciones prácticas. Ello contribuyó a introducir cambios en la percepción social de los géneros que iban a desgastar las precedentes jerarquías sexuales y comenzaron apasionadas colaboraciones en este campo entre hombres y mujeres, tanto en el ambiente familiar como en el de las amistades.

La figura de Gabrielle Émilie Le Tonnelier de Breteuil (1706-1749) representa un ejemplo de esta provechosa colaboración y de un protagonismo inédito en este campo. Gracias a la visión de futuro del padre y a la posición social de la familia, Gabrielle Émilie pudo gozar de una educación semejante a la recibida por sus hermanos: ello le permitió tener contacto con muchas lenguas e iniciarse en el conocimiento de materias científicas y filosóficas. El matrimonio en 1725 con Florent Claude, marqués de Châtelet, reforzó su ubicación social y le

consiguió mantener privilegiadas conexiones e intercambios en el ámbito científico, que se convirtió en su principal interés, con los mayores estudiosos, entre ellos Pierre Louis Moreau de Maupertuis. Aun así, a pesar de que su fama de científica iba en aumento, las puertas de la prestigiosa Académie des Sciences de París siempre permanecieron cerradas para ella y lo mismo sucedió respecto de los cafés donde se establecían discusiones filosóficas y matemáticas, sitios que eran, de hecho, inaccesibles a las mujeres. De tal suerte que, luego de haber sido rechazada en 1733 por el Caffé Gradot, frecuentado por Maupertuis, Gabrielle Émilie se presentó allí en ropas masculinas, donde bajo esa apariencia fue admitida.

El largo lazo amoroso y el intercambio intelectual con Voltaire, en especial en el retiro del Château de Cirey, donde juntos cultivaron la experimentación científica y el interés compartido por las ideas de Isaac Newton, la animaron a afrontar la ardua traducción de los Principios matemáticos de la filosofía natural de este último, a la que se dedicó hasta su fallecimiento, tomando para sí la responsabilidad de volver el texto comprensible y más accesible. Mientras tanto, a fin de superar las barreras impuestas a las mujeres envió de forma anónima el ensayo *Dissertation sur la nature et la propagation du feu* para competir en el premio convocado en 1737 por la Académie des Sciences; no resultó vencedora pero el valor de la memoria hizo posible que la propia academia decidiera su publicación. Se dedicó luego a la traducción de partes del poema de Bernard Mandeville, *La fábula de las abejas*, al cual atribuía un alto valor moral.

En 1740 salieron sus *Institutions de physique*, que contenían una vasta y clara exposición de las ideas de Leibniz, todavía poco conocidas al público francés, a partir de entonces con dos ediciones dentro de los siguientes dos años y traducciones al alemán y al italiano. Un embarazo de riesgo la convenció en septiembre de 1749 de entregar al abate Claude Sallier, bibliotecario del Cabinet des manuscrits de la Bibliothèque Royale, los manuscritos de su traducción de la obra de Newton. (195) Fue una premonición que por desgracia resultó exacta: murió en efecto debido a las consecuencias del parto ese mismo mes. Luego de una edición parcial aparecida en 1756, bajo la dirección del matemático Alexis Claude Clairaut y un prefacio de Voltaire, la obra completa salió a la luz en 1759. También permaneció inédito su *Discours sur le bonheur*, hasta la publicación de 1779, un texto cautivante, una profesión de laicidad y de sabiduría libertina:

Para ser felices es necesario deshacerse de los prejuicios, ser virtuosos, mantenerse saludables, tener gustos y pasiones, ser sensibles a las ilusiones, porque debemos la mayoría de nuestros placeres a la ilusión, y es infeliz quien la pierde [...] Es necesario comenzar diciéndose a uno mismo y de veras convenciéndose de que nada tenemos que hacer en este mundo a no ser procurarnos en él sensaciones y sentimientos agradables. Los moralistas que dicen a los hombres: reprimid vuestras pasiones y dominad vuestros deseos si queréis ser felices, no conocen el camino de la felicidad. (196)

Gabrielle Émilie du Châtelet, cuya biografía encarna un ideal de vida femenino nutrido del espíritu ilustrado, de pasiones intelectuales y de placeres mundanos, cultivados con determinación y a la vez sensibilidad, hizo un aporte decisivo a la divulgación de las nuevas corrientes filosóficas y científicas que pusieron en jaque los esquemas de pensamiento retrógrados, incluida la doctrina cartesiana.

Aunque su figura de gran intelectual se destaca en el panorama del siglo XVIII, no fue la única en dedicarse a la probada experiencia de las mujeres en el campo de la traducción, favoreciendo de ese modo la circulación de las nuevas ideas. A menudo poco visibles, excluidas de los frontispicios, han de buscarse en los pliegues de los prefacios, bajo acrónimos o seudónimos, mientras que otras, insertadas en círculos intelectuales que las incentivaban, dejaron una huella más visible. Es el caso de la poeta y cultísima inglesa Elizabeth Carter –miembro del célebre círculo femenino The Bluestockings Society, formado en torno a Mrs. Elizabeth Robinson Montagu–, amiga de Samuel Johnson que no solo tradujo del griego a Epicteto, Obras completas de Epicteto (1758), y buscó restablecer una conexión entre el cuerpo y la mente en el pensamiento filosófico, sino que tempranamente vertió al inglés la obra de Francesco Algarotti, *Il Newtonianesimo per le dame*, publicado en junio de 1739, a solo dos años de la primera edición italiana.

Regresemos ahora a la pregunta que nos planteamos al inicio acerca del estatus de las escritoras e intelectuales e intentemos dar una respuesta. El sitio de las literatas era bastante más sólido e integrado que en el pasado gracias a las alianzas culturales entre hombres y mujeres, el comienzo de carreras periodísticas, el papel de la difusión de la ciencia, la notoriedad de las novelistas, el aprecio de su público y el dinero que ganaban con la escritura. ¿Hay alguna prueba adicional que constata estos datos? A diferencia del siglo anterior, es más

raro hallar en el siglo XVIII prólogos justificativos de la audacia de la propia escritura y de nuevo florecían en los frontispicios los nombres de las poetisas, de las escritoras, de las novelistas y de las científicas, menos obligadas al anonimato.

ESCRIBIR LA REVOLUCIÓN

Con tales premisas, ¿podía esperarse que las mujeres se mantuvieran calladas y no tomaran la pluma durante los turbulentos años de la Revolución francesa? Ciertamente, no. La impresión general por lo demás era la de estar viviendo un tiempo extraordinario, acelerado, electrizante y que presagiaba grandes cambios. Los contemporáneos en muchas ocasiones se refirieron a él como “un espectáculo nunca antes visto en el mundo”. (197) La historia les dio largamente la razón ya que en un puñado de años toda Europa salió transformada de ese proceso. Si en el pasado todos los momentos de tensión política y religiosa habían ofrecido a las mujeres la ocasión de participar y de volver a discutir a propósito de la relación entre los sexos, en este período su ímpetu fue fabuloso y desbordante, unido a una conciencia amplificadora por el vigor polémico y utópico de ese clima, fortalecido por las ideas y los debates que circulaban en torno a los derechos, la libertad y la ciudadanía.

Ya mucho antes del asalto al arsenal de la Bastilla, en vista del llamado a los Estados Generales, evento excepcional y muy esperado, a partir de 1787 comenzaron a circular escritos de mujeres que se inscribían en la efervescencia general del momento y que desembocaron al año siguiente en la publicación de pedidos de admisión de las mujeres en dicha asamblea. La exclusión de la participación directa ya no era aceptada como algo “natural”. En la Petición de las mujeres del Tercer Estado al Rey, de enero de 1789, se dejaba constancia de que “en un tiempo en el cual diferentes órdenes del Estado se ocupan de sus intereses [...] las mujeres en esta común agitación ¿tampoco podrían hacer sentir su propia voz?”. Exigían por tanto que el soberano interviniese en los graves problemas que afligían al sexo que no podía expresarse y lo invitaban a remediar la ignorancia a la que estaban destinadas, a garantizarles una ocupación digna y a impedir “que los hombres en caso alguno puedan ejercer oficios que son inherentes a las mujeres”. Servían a tal efecto las escuelas gratuitas para

“liberarnos de la ignorancia” y trabajos dignos “para hacer valer los talentos que la naturaleza ha querido proveernos” y evitar de ese modo la prostitución o la reclusión en los monasterios. La elección de las palabras es significativa: “Pedimos ser iluminadas”, porque, afirmaban, “también nosotras somos ciudadanas”.

Una vez reunidos los Estados Generales, las mujeres ya no enviaron “cuadernos de reclamos” al soberano sino a los diputados; algunos de los cuales provenían de corporaciones femeninas: floristas, vendedoras de pescado, comerciantes de ropa, que reivindicaban prerrogativas y derechos, pero otros, como el que firmó Madame B. B., abordaban cuestiones más políticas, que iban al meollo de la discusión sobre la ciudadanía. En primer lugar, el tema de la representación: así como un “noble no puede representar a un plebeyo y viceversa, del mismo modo un hombre no podría, con mayor equidad, representar a una mujer, dado que los representantes deben tener absolutamente los mismos intereses que sus representados”. Era necesario pues “establecer un equilibrio entre los dos sexos” con “la balanza de la justicia y la antorcha de la filosofía”, cambiar las leyes de sucesión, abolir los prejuicios, instruir a las mujeres.

Ya no nos eduquéis como si estuviésemos destinadas a convertirnos en placeres de un serrallo. Que nuestra felicidad no dependa solo de daros placeres a vosotros, puesto que deberemos compartir un día vuestra buena o mala suerte. No nos privéis de esos conocimientos que pueden ponernos en condiciones de ayudaros, ya sea con nuestros consejos o con nuestro trabajo. (198)

Madame B. B., quien por el estilo de la escritura elaborada debía de ser una burguesa provista de una discreta instrucción, formulaba además propuestas sobre el saneamiento de la deuda pública, con la confiscación de los bienes eclesiásticos; y sobre la justicia, temas concernientes al bienestar de la nación y que habían motivado la convocatoria de los Estados Generales.

La historiografía de la Revolución ya ha puesto el foco en la capacidad de las mujeres, sus voces, las iniciativas, los proyectos legislativos, la asidua presencia en las tribunas, la autonomía y la relevancia simbólica de sus acciones, en particular durante los primeros años, y la combativa actividad de los numerosos

clubes femeninos, luego cerrados en octubre de 1793. En el centro de la escena revolucionaria destaca sobre todo su absoluto protagonismo en la marcha hacia Versalles del 5 de octubre de 1789. Las casi seis mil o siete mil trabajadoras de los mercados de Halles que acudieron al palacio real asumieron un papel crucial y simbólico en el desarrollo de los acontecimientos sucesivos, un papel que excedía el desempeñado a menudo en el pasado en los levantamientos por el pan y el aumento del costo de la vida, para adquirir una mayor relevancia política. Existe, sin embargo, un aspecto todavía oculto que vale la pena subrayar: las mujeres acogieron en gran medida la invocación general a la escritura y a la comunicación de sus propias ideas que esta enorme disrupción puso en movimiento, aceptando el desafío hasta el punto de no contentarse con simples proclamas para decidirse a emprender, en cambio, una elaboración más madura y una expresión de su subjetividad pensante y deseante.

Fueron años de muchísima producción de libelos, panfletos y proclamas, que circulaban por todas partes y se fijaban en los muros de las ciudades: el alfabetismo, también el femenino, tuvo un notable avance. No fue por casualidad que en noviembre de 1790 una cierta Madame de Bastide solicitara el establecimiento de una escuela gratuita de tipografía exclusivamente para mujeres, con un liceo cívico anexo, una biblioteca, un taller de fundición de tipos y todo aquello que pudiese ser necesario al arte librario con miras a “contribuir a esta revolución”. (199) Si por un lado ciudadanas comunes se convirtieron en redactoras de llamamientos, peticiones, propuestas y pedidos de instrucción, divorcio, acceso a las carreras, o si se erigieron en auténticas activistas, al pronunciar discursos públicos, como Etta Palm, de origen holandés, Claire Lacombe, la chocolatera Pauline Léone y Anne-Josèphe Théroigne de Méricourt, vestida de amazona, por el otro, las literatas no tardaron en saltar a la palestra con la calidad y la fineza de sus plumas.

Hubo un florecimiento de periódicos escritos por mujeres, entre los cuales algunos tenían una naturaleza específicamente política como el *Journal d'État et du citoyen* creado el 13 de agosto de 1789 por Louise de Kéralio (1756-1822), quien era su redactora a cargo. Erudita, traductora y editora de una colección de obras de autoras, luego se convirtió en colaboradora de otros periódicos de impronta republicana. Olympe de Gouges (1748-1793), culta, habitué de salones, escritora prolífica de novelas y dramas teatrales para la *Comédie Française*, que se hizo conocer por *Zamore et Mirza* ou *l'Esclavage des Noirs*, de 1785, una audaz toma de partido contra la esclavitud, comenzó tempranamente a publicar artículos en el *Journal général de France* entrando así con vigor en el

fermento prerrevolucionario. A *Lettre au peuple ou projet d'une caisse patriotique*, par une citoyenne de 1788 siguió en mayo de 1789 *Le cri du sage*, par une femme, donde, en protesta por la exclusión de las mujeres, establecía su firme resolución de estar presente en todas las sesiones de la Asamblea nacional y a redactar sus reseñas; una promesa que mantuvo al sacar a tambor batiente una conspicua serie de opúsculos informativos. Continuó interviniendo sin tregua en los periódicos, luchando por la ciudadanía femenina y en 1791 firmó la Declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadana, dirigida a la reina María Antonieta. Allí retomaba la formulación del texto de la *Déclaration des droits de l'homme et du citoyen* de agosto de 1789, para verter sus contenidos en femenino, a partir del primer artículo: “La mujer nace libre y tiene los mismos derechos del hombre. Las distinciones sociales solo pueden fundarse en la utilidad común”. Igualdad de instrucción, de propiedad, acceso a los cargos públicos, libertad de reunión y representación política, divorcio y el derecho de denunciar la paternidad de los hijos extramatrimoniales, constituían las principales reivindicaciones del texto. También el preámbulo era harto explícito:

Las madres, las hijas, las hermanas, representantes de la nación, exigen poder constituirse en Asamblea nacional. Considerando que la ignorancia, el olvido o el desprecio de los derechos de la mujer son las únicas causas de las calamidades públicas y de la corrupción de los gobiernos, han resuelto exponer, en una Declaración solemne, los derechos naturales, inalienables y sagrados de la mujer, para que esta declaración, constantemente presente para todos los miembros del cuerpo social, les recuerde sin cesar sus derechos y sus deberes; para que los actos del poder de las mujeres y los del poder de los hombres, al poder cotejarse en todo momento con la finalidad de toda institución política, sean más respetados y para que las reclamaciones de las ciudadanas, fundadas desde ahora en principios simples e indiscutibles, redunden siempre en beneficio del mantenimiento de la Constitución, de las buenas costumbres y de la felicidad de todos. En consecuencia, el sexo superior tanto en belleza como en coraje, en los sufrimientos de la maternidad, reconoce y declara, en presencia del Ser supremo y bajo sus auspicios, los siguientes Derechos de la mujer y de la ciudadana.
(200)

Olympe continuó más adelante publicando opúsculos, artículos y proclamas, y se

convirtió en una incansable adversaria del giro antidemocrático y sanguinario, y al final los manifiestos que pegó en los muros en contra de Robespierre le costaron la vida: encarnó hasta en el patíbulo el reclamo de igualdad que había sostenido en su *Déclaration des droits*.

Anne-Louise-Germaine Necker (1766-1817), hija culta del banquero y ministro de las finanzas del rey, conocida como Madame de Staël por el matrimonio con el barón y embajador sueco en París, que en los años de la Revolución mantuvo un salón muy célebre, quedó impresionada por el encarcelamiento de la reina y la amenaza que pesaba sobre su cabeza ya a comienzos de 1793. Por tanto, en orden a exonerar de culpas a María Antonieta, Madame de Staël publicó un libelo, que, aunque salió anónimo, de inmediato se le atribuyó: *Réflexions sur le procès de la Reine par une femme*. Dirigido a las mujeres “de todas las clases de la sociedad”, se las invitaba a reflexionar sobre el hecho de que la belleza de la reina y su alegría de vivir y de amar no debían transformarse en una inculpación y les lanzaba un llamado: “Vosotros, republicanos, constitucionalistas, aristócratas, si habéis conocido el dolor, si habéis tenido necesidad de piedad, si el porvenir os suscita miedo, reuníos todos para salvarla”. (201)

Tres años más tarde, Madame de Staël publicó con su nombre en Lausana *De l'influence des passions sur le bonheur des individus et des nations*, una obra que era fruto de sus amargas consideraciones a lo largo de los dos años del Terror en torno a lo sucedido, precisamente “en un siglo que se había prodigado en reflexionar profundamente acerca de la naturaleza de la felicidad individual y política” y cuyo resultado por último había sido “la espantosa reunión de todas las atrocidades humanas”. (202)

La experiencia de la Revolución, excitante, traumática, excesiva, produjo una “explosión narrativa”, una literatura de memorias, recuerdos, relatos autobiográficos, incluso de carácter defensivo o justificativo de aquellos que fueron detenidos, interrogados e inculcados. Uno de los documentos más interesantes por su vivacidad y amplitud de recuerdos que reconstruye toda una vida, desde la infancia hasta la educación en el convento, desde la chocante experiencia sexual de la primera noche conyugal hasta la detención en prisión la noche del 31 de mayo de 1793, proviene de la pluma de Marie-Jeanne Philipon (1754-1793). Convertida en Madame Roland por el matrimonio con Jean-Marie Roland, vizconde de la Platière, economista, ministro del Interior de Luis XVI en 1792, compartió sus pasiones políticas y ambos fueron fervientes girondinos: “La Revolución llegó y nos inflamó: amigos de la humanidad, adoradores de la

libertad, creímos que ha venido a regenerar la especie humana”. A pesar de haber colaborado con la obra del marido, el tiempo de la detención se volvió una oportunidad propicia al acceso a una escritura del todo autónoma, concebida como legado a la posteridad de su propia imagen, amenazada por la pérdida de un escrito apologético anterior. La autobiografía, donde varias veces se nombra a Rousseau como referencia de lecturas y pensamientos, intentaba, sin embargo, mostrar la distancia de las ideas abstractas respecto de la vida real de una mujer. Gran parte de las memorias, dedicada a los primeros años de vida y a su juventud, acompaña al lector con una vivacidad y un entusiasmo bastante bien conducidos, interrumpida por los pasajes donde el relato transporta al lector a su condición de prisionera y a un sombrío cuadro de la traición de los ideales de la Revolución.

Al final del texto dejaba notas redactadas poco antes de subir al patíbulo que testimonian hasta qué punto tal experiencia escrituraria, que duró dos meses, la marcó fuertemente, lo que alimentó la conciencia de su capacidad narrativa, adecuada para afrontar por tanto otras empresas de la pluma, truncadas empero por la certeza de la muerte. En efecto escribía: “Si me hubiese sido concedido seguir viviendo, habría tenido una tentación: la de dedicarme a los Anales del siglo y de ser la Macaulay de mi país o el Tácito de Francia”. Se trata de una cita interesante que da cuenta no solo de su ambición sino asimismo de sus lecturas, entre las cuales se incluía la voluminosa obra histórica en ocho tomos de la escritora inglesa Catharine Macaulay (1731-1791) *The History of England from the Accession of James I to that of the Brunswick Line*, traducida también al francés. Y en cuanto a Tácito, la conclusión de las notas más que una triste resignación expresa la confirmación del auténtico resultado del espíritu de las Luces: “¿Es la vida un bien que nos pertenece? Creo que sí [...] Nacemos para buscar la felicidad y para ser de utilidad a la de los demás”. Pese a que su tiempo mostrara el terror que “extiende su espectro de hierro a un mundo postrado” y la ciudad “alimentada de sangre y de mentiras” pareciera aplaudir las abominables medidas de proscripción, Madame Roland expresaba la seguridad de “que el reino de los malvados no puede durar mucho”. El coraje de la verdad hacía que considerara un honor subir al patíbulo, incluso por la imposibilidad de vivir todavía en contacto con “esta generación transformada en feroz por los predicadores de los estragos que consideran a los amigos de la humanidad como conspiradores”. (203)

La Revolución apasionó a muchas intelectuales y escritoras extranjeras que vieron en sus comienzos y en la *Déclaration des droits de l’homme et du citoyen*

una esperanza concreta de consolidación de un tiempo nuevo para todos, hombres y mujeres. La propia Macaulay, que era una republicana radical, escribió en 1790 Observaciones del Honorable Edmund Burke sobre la Revolución en Francia, en una carta al conde Stanhope, donde defendía la Revolución de los ataques del famoso escritor y daba cuenta del clamor suscitado:

No sorprende que el evento más importante para los intereses más estimados de la humanidad, el más singular en su naturaleza y el más extraordinario en sus medios, no solo haya atraído la curiosidad de todas las naciones civilizadas, sino que haya involucrado las pasiones de todos los hombres reflexivos. Ya se han conformado dos partidos en este país, que contemplan la Revolución francesa desde tesituras opuestas: para uno inspira sentimientos de júbilo y embeleso; para el otro, indignación y desprecio. (204)

Pero hubo también quien, entre las intelectuales, se sintió atraída y estimulada al punto de salir de viaje con el propósito de observar con sus propios ojos lo que estaba sucediendo en Francia y luego acercar las propias reflexiones a un público más vasto gracias a la escritura. Entre las primeras en movilizarse estaba la inglesa y ferviente pacifista Helen Maria Williams (1759-1827), traductora, poeta y novelista, que se hizo conocer por sus obras contra la colonización española y la esclavitud. Se desplazó sola hacia Francia en 1790 y celebró la Revolución en *Letters Written in France during the Summer of 1790*, publicadas en Londres ese mismo año y en su novela *Julie*. Tras haber regresado por un tiempo a Inglaterra, volvió nuevamente a París, donde, en septiembre de 1792, quedó pasmada ante las masacres de los prisioneros de las Tullerías que presencié y sobre las cuales comenzó a expresar su disenso. Asidua concurrente a los círculos girondinos, fue arrestada en el período del Terror; una vez liberada se refugió en Suiza donde años después redactó una crítica minuciosa en *Sketches of the State of Manners and Opinions in the French Republic* que se publicó en 1801.

Los mismos ambientes parisinos de Helen Maria Williams y Thomas Paine también fueron frecuentados por Mary Wollstonecraft (1759-1797), escritora, traductora y periodista que había celebrado con entusiasmo el inicio de la

Revolución y había respondido a la condena de Burke con una punzante polémica en el libelo *A Vindication of the Rights of Men, in a Letter to the Right Honourable Edmund Burke; Occasioned by His Reflections on the Revolution in France*, impreso en Londres en 1790. Dos años después, a pedido de Charles-Maurice de Talleyrand-Périgord, que había expresado ciertas perplejidades sobre la exclusión de las mujeres de los derechos políticos, escribió para la Asamblea nacional *A Vindication of the Rights of Woman: With Strictures on Political and Moral Subjects*, que rebatía la acusación a las mujeres de escasa moralidad, considerada constitutiva de la naturaleza de ese sexo, y a su presunta inferioridad, para atribuir los defectos a la falta de educación y responsabilidad social; todo el sistema educativo debía ser reformado a fin de evitar que las mujeres fuesen tratadas desde jóvenes como “frívolas libélulas”, enseñándoles la razón, el amor por el orden y la virtud, temas a los cuales ya había dedicado su primer escrito, *Thoughts on the Education of Daughters: With Reflections on Female Conduct, in the more Important Duties of Life*, de 1787 –traducido en español como *Reflexiones sobre la educación de las hijas*–. El tratado, mucho más estructurado, articulado y radical que el de Olympe de Gouges, donde se reconocía la tiranía masculina como causa de las locuras femeninas y se contrastaban abiertamente las ideas de Rousseau, de inmediato conoció un gran suceso: en efecto, siguieron una segunda edición el mismo año, la traducción al francés, y fue impreso hasta en Estados Unidos. Pero a Mary Wollstonecraft no le alcanzaba comentar desde lejos e incitar a los hombres de la Revolución a compartir con las mujeres los derechos y las libertades adquiridas. Deseaba ver con sus propios ojos, asistir a las sesiones, estar presente mientras se hacía historia y así, cuando en el verano de 1792 el amigo y editor Joseph Johnson le propuso que se desplazara al sitio de los acontecimientos para escribir una serie de reportajes, aceptó con entusiasmo y se preparó a partir. A pesar de las alarmantes noticias acerca de las matanzas de septiembre, no se desanimó y emprendió el viaje a París, adonde llegó sola en diciembre. No obstante, lo que vio atemperó bien pronto su admiración y la desconfianza se dejó traslucir en el único informe enviado desde Francia, *Letter on the Present Character of the French Nation*, fechado en febrero de 1793, mientras que a su regreso a Inglaterra trabajó en un vasto examen de las razones de la distorsión de los principios que habían inspirado la rebelión. *An Historical and Moral View of the Origin and Progress of the French Revolution and the Effect It Has Produced in Europe* se publicó en Londres en 1794, dos años antes de su muerte. Según Wollstonecraft, gran parte de los errores y de los excesos residía en los siglos de despotismo que habían debilitado y corrompido los ánimos de los franceses y en el demasiado acelerado pasaje a un estado de libertad para el cual no se hallaban

preparados: “Desde un estado indiscutido de obediencia a los soberanos, los franceses de improviso pasaron a ser todos soberanos”. Llevar a cabo las reformas de manera gradual y adoptar un sistema bicameral habría evitado la anarquía y contenido la barbarie: “Las revoluciones de los Estados deberían ser graduales; puesto que durante los cambios violentos o materiales no tienen éxito tanto la sabiduría de las decisiones, cuanto la popularidad que estas adquieren al adaptarse a los puntos débiles de la mayoría de la comunidad”. (205) Se trata de un texto agudo, escrito con maestría, que aún hoy lleva un mensaje muy actual, revelador de la grandeza de Mary Wollstonecraft.

La Revolución no solo constituyó un polo de atracción, sino que traspasó las fronteras de varios modos y en ocasiones lo hizo con voces femeninas, como en el caso de la propaganda de Suzette Labrousse, la profetisa y curandera que desde Francia llegó a Roma en 1792 con el fin de convencer al papa de que renunciase al poder temporal, aprobase la constitución civil del clero y reformase la Iglesia volviendo a los orígenes. Arrestada, fue liberada durante la breve experiencia de la República romana de 1798-1799, donde fue muy activa en la prédica, pronunciando frecuentes discursos públicos que se editaron en 1798 con un texto bilingüe, francés e italiano, *Discours prononcés par la citoyenne Courcelle Labrousse*.

Algunas italianas respondieron a las urgencias de los acontecimientos: la periodista Elisabetta Caminer, ferviente iluminista, siguió de cerca el despliegue de los movimientos revolucionarios franceses y defendió la buena fe de los philosophes. En mayo de 1792, en el *Nuovo Giornale Enciclopedico d'Italia*, exculpaba a Rousseau de la acusación de ser uno de los responsables de la Revolución y al año siguiente, aparte de reseñar libros de crítica a los sucesos de Francia de carácter sin embargo moderado y no contrarrevolucionario, tomaba distancia del uso peligroso de las palabras, que juzgaba “pomposas”, como libertad, igualdad y soberanía del pueblo, e invitaba a “prevenir la anarquía que amenaza con invadir toda sociedad”. (206)

La Revolución en marcha y la ocupación del suelo italiano también produjeron escritos a menudo contrastantes, a veces de euforia inicial, luego rápidamente disipados. Elisabetta Caminer no pudo comentar el epílogo; murió en 1795 y no asistió a la caída de la República veneciana ni a la ocupación francesa que la condesa vicentina Ottavia Negri Velo, por el contrario, registró al detalle. El *Giornale* 1797-1814, un documento de veras único, que ella comenzó a escribir el 25 de abril de 1797, es una fuente inestimable por su riqueza de

informaciones, incluso de tipo militar, y asocia la crónica ciudadana y los comentarios populares con la transcripción de noticias provenientes de los despachos, con un enfoque exento de emotividad, distante por completo del registro del diario íntimo. Sobre el cambio de gobierno, el 28 de abril apuntaba: “Esta mañana con sorpresa, engaños y clamores, se creó la Municipalidad. Vicenza, tranquila, sufría cada cosa con paciencia y a duras penas los patriotas encontraron un discretísimo aplauso”, mientras que el 7 de agosto comentaba: “Que Dios nos ayude, mientras todo es un gran caos. Me parece ver muchos locos que dan vuelta. Quien habla como político y de eso no entiende nada, quien entra en los asuntos y no conoce sus principios, quien quiere ser militar y se demuda por todo, y en más tiempo apenas sabe hacer el ejercicio. Todos moralistas, todos legisladores”. (207)

Se hallan en cambio ecos de un género completamente distinto, llenos de esperanza en la fuerza regeneradora de los procesos revolucionarios que portaban las tropas francesas, en la escritura de la napolitana Eleonora Fonseca Pimentel, de raíces portuguesas, quien alentó al gobierno provisorio, sobre todo con el periódico bisemanal que dirigió, *Monitore Napoletano*, pese a la breve vida de esa experiencia y de la propia autora. El trienio revolucionario italiano, desde 1796 hasta 1799, estimuló por lo demás una gran participación de las mujeres en la época de las municipalidades provisionarias, en las sociedades patrióticas y en los círculos constitucionales y dio impulso a la escritura femenina de libelos y contribuciones a las numerosas empresas periodísticas que poblaron ese período, reanimando el debate acerca de los derechos de las mujeres. Dos son los textos más relevantes: el primero, *La esclavitud de las mujeres*, es un discurso pronunciado el 1º de julio de 1797 en la *Accademia di Publica Istruzione* de Mantua, y publicado poco después. Su autora fue Carolina Airenti Lattanzi (1771-1818), futura fundadora con el marido en 1804 del exitoso semanario *Corriere delle Dame*. Se trata de un vehemente alegato a favor de un nuevo régimen entre los sexos y del fin de la tiranía paterna, compartida por las madres, que tanto causó “la deplorable suerte de las mujeres”, los matrimonios odiosos, la exclusión de la herencia y de los empleos. “Ciudadanos, si vosotros queréis romper las cadenas de los reyes, nosotros también queremos romper las nuestras [...] Si vosotros estuviésteis a favor de excluírnos de la revolución, esta no se haría más que para la mitad del género humano”. (208) El otro documento, editado el mismo año y atribuido a la veneciana Annetta Vadori (1761-ca.1837), se intitulaba *La causa delle donne* y reivindicaba la superioridad espiritual de las mujeres respecto de los hombres. Proponía añadir a la Constitución republicana cisalpina de 1797 dos artículos con la finalidad de

colocar a las mujeres “a la par de los hombres en todos los intereses públicos de la reforma universal”; advertía a los conciudadanos: “Estos son, hermanos cristianos, nuestros innegables derechos, y estas, nuestras justas pretensiones”. En el cierre Annetta Vadori lanzaba un desafío profético: si tales derechos no hubiesen sido reconocidos, “las dulces palabras de libertad y de igualdad” habrían constituido solo un engaño. (209) A estas escrituras apasionadas, por desgracia no siguió la tan requerida igualdad política, si bien se obtuvieron algunos derechos civiles, pero en todas partes el final de siglo traía vientos de reordenamiento, un nuevo léxico moral que giraba en torno a una familia regenerada y nuevos y distintos deberes para los dos sexos que los años por venir volverán más explícitos y más adecuados. Es tiempo, pues, de dejar el siglo de las Luces, de la mixité y de las grandes esperanzas y adentrarnos en el siglo XIX.

■

149. Mary Wortley Montagu, *Cara bambina. Lettere dall'Italia alla figlia* (1747-1761), al cuidado de Masolino D'Amico, Milán, Adelphi, 2014, p. 120 (ed. or. *Letters*, 1764); se trata de una de las 1.718 cartas escritas desde Italia que constituyen una valiosa fuente de informaciones acerca de la vida del norte de Italia.

150. Jenny Distaff en *The Tatler* firma artículos y responde a las cartas de las mujeres: Richard Steele, *The Tatler*, Lewis Gibbs (ed.), Londres, Dent, 1953, pp. 259-260; otras cartas de mujeres en las pp. 32-34 y 169-171.

151. El aporte de Bernard Mandeville y de la propagandista Abigail Baldwin es un hecho comprobado, cfr. Manushag N. Powell, *Performing Authorship in Eighteenth-Century English Periodicals*, Lewisburg (PA), Bucknell University Press, 2012, pp. 59-61.

152. Virginia Woolf, *Una stanza tutta per sè*, Florencia, il Saggiatore, 1963, p. 72

(ed. or. *A Room of One's Own*, 1929) [ed. esp.: *Un cuarto propio*, trad. de Jorge Luis Borges, Madrid, Alianza, 2004, p. 71].

153. Lady Mary Wortley Montagu comenzó a escribir un semanario político en 1737, *The Nonsense of Common-Sense*, del cual, sin embargo, salieron solo nueve números.

154. Mary R. Mahl y Helene Koon (eds.), *The Female Spectator: English Women Writers before 1800*, Bloomington (IN)-Londres-Old Westbury (NY), Indiana University Press-The Feminist Press, 1977, p. 231.

155. Claudia Pancino, *Il bambino e l'acqua sporca. Storia dell'assistenza al parto dalle mammane alle ostetriche (secoli XVI-XIX)*, Milán, FrancoAngeli, 1984, pp. 92-117.

156. Tiziana Plebani, *Un secolo di sentimenti. Amori e conflitti generazionali nella Venezia del Settecento*, Venecia, Istituto veneto di Scienze, Lettere ed Arti, 2012, pp. 269-271.

157. Robert A. Houston, *Cultura e istruzione nell'Europa moderna*, Bolonia, il Mulino, 1997, p. 15 (ed. or. *Literacy in Early Modern Europe. Culture & Education 1500-1800*, Reading, Addison Wesley, 1988).

158. *Ibid.*, pp. 172-173.

159. Marie-Claire Hoock-Demarle, "Leggere e scrivere in Germania", en

Georges Duby y Michelle Perrot (eds.), *Storia delle donne in Occidente*, vol. IV: *L'Ottocento*, al cuidado de Geneviève Fraisse y Michelle Perrot, Roma-Bari Laterza, 1991, p. 249 [ed. esp.: *Historia de las mujeres*, vol. IV: *El siglo XIX*, trad. de Marco Aurelio Galmarini, Madrid, Taurus, 2000, p. 154].

160. Carlo Romeo, “Servi e scrittura”, en Centro Studi “Antonio Genovesi” per la storia economica e sociale, *Sulle vie della scrittura. Alfabetizzazione, cultura scritta e istituzioni in età moderna*, Nápoles, Edizioni Scientifiche Italiane, 1989, pp. 619-627.

161. Mary Wortley Montagu, *Cara bambina*, op. cit., carta del 1º de octubre de 1749, p. 69.

162. Xenio Toscani, *Scuole e alfabetismo nello Stato di Milano da Carlo Borromeo alla Rivoluzione*, Brescia, La Scuola, 1993, p. 140.

163. Jacques-Louis Ménétra, *Journal de ma vie*. Jacques-Louis Ménétra, *compagnon vitrier au XVIIIe siècle*, presentación de Daniel Roche, París, Montalba, 1982.

164. Rosalba Carriera, *Lettere, diari, frammenti*, al cuidado de Bernardina Sani, Florencia, Olschki, 1985, vol. II, pp. 762-763.

165. Celia Fiennes, *Through England on a Side Saddle in the Time of William and Mary*, Londres, Field & Tuer, The Leadenhall Press, 1888, p. XI.

166. Sobre el ejemplar de Alfieri, véase William Spaggiari, *Geografie letterarie. Da Dante a Tabucchi*, Milán, LED Edizioni Universitarie, 2015, p. 114.

167. Mary Wortley Montagu, *Tra le donne turche. Lettere 1716-1718*, con introducción de Anita Desai, Milán, Rosellina Archinto, 1993, citas en las pp. 89-90 y 96.

168. Mary Astell abría su prefacio con este augurio: “I confess, I am malicious enough to desire, that the world should see to how much better purpose the ladies travel than their lords” [Confieso que soy suficientemente maliciosa ya que deseo que el mundo vea cuánto mayor sentido tienen los viajes de las damas respecto de los viajes de los caballeros].

169. Lucio Fino, *Donne del Grand tour a Napoli e dintorni tra il XVIII e il XIX secolo*, Nápoles, Grimaldi, 2014, p. 49.

170. Rebecca Messbarger, *The Century of Women: Representations of Women in Eighteenth-Century Italian Public Discourse*, Toronto, University of Toronto Press, 2002.

171. En este pasaje la marquesa de Lambert anticipa el pensamiento de David Hume sobre la “natural” amistad entre los dos sexos.

172. Anne-Thérèse de Marguenat de Courcelles, *Traité de l’amitié*, en ead., *Oeuvres choisies*, París-Lyon, Chez Brunot-Labbé-Chez Rolland et Rivoire, 1808, citas en las páginas pp. 136-137, 138 y 140.

173. La obra en torno a la metafísica del amor, *Réflexions nouvelles sur les femmes, ou Métaphysique d'amour*, se imprimió en 1727. Otra mujer, la científica y literata francesa, Marie-Charlotte Thiroux d'Arconville (1720-1805), dedicará atención al mismo tema en su tratado *De l'amitié*, publicado en 1760.

174. Louise d'Épinay y Ferdinando Galiani, *Epistolario* (1769-1782), al cuidado de Stefano Rapisarda y prefacio de Giuseppe Giarrizzo, Palermo, Sellerio editore, 1996, vol. 2, carta del 22 de septiembre de 1781, p. 1046.

175. *Ibid.*, vol. 1, carta del 2 de septiembre de 1770, p. 78. La obra obtuvo en 1783 el prestigioso premio Montyon otorgado por la Académie française a un texto que hubiese prestado el mayor servicio a la humanidad, tras haberlo disputado con Adèle et Théodore de Madame de Genlis.

176. *Ibid.*, vol. 2, carta del 3 de abril de 1773, p. 639.

177. *Ibid.*, vol. 1, carta del 26 de julio de 1769, pp. 4-5.

178. Roberto Trovato, "Lettere di Francesco Albergati Capacelli alla Bettina (Nov. 1768-Nov. 1771)", en *Studi e problemi di Critica Testuale*, 28, 1984, carta del 6 de septiembre de 1769, p. 163.

179. Elisabetta Caminer, *Lettere di Elisabetta Caminer* (1751-1796) organizzatrice culturale, al cuidado de Rita Unfer Lukoschik, Conselve, Think ADV, 2006, carta del 17 de noviembre de 1770, p. 99.

180. Ead., carta del 9 de noviembre de 1771, p. 133.

181. Ellen Moers, *Grandi scrittrici, grandi letterate*, Milán, Edizioni di Comunità, 1979, p. 181 (ed. or. *Literary Women*, 1963).

182. *A Series of Letters between Mrs. Elizabeth Carter and Miss. Catherine Talbot, from the Year 1741 to 1770, to Which Are Added, Letters from Mrs. Elizabeth Carter to Mrs. Vesey, between the Years 1763 and 1787*, Londres, F. C. and J. Rivington, 1809.

183. Luisa Bergalli, *Componimenti poetici delle più illustri rimatrici d'ogni secolo*, Venecia, Antonio Mora, 1726; véase la reedición facsimilar, nota crítica y biobibliográfica de Adriana Chemello, Milán, Eidos, 2006. He identificado por mi parte a Luisa Bergalli como la autora de un almanaque conmemorativo de las mujeres, sobre todo de escritoras, fruto de la antología de 1726, publicado en Venecia en 1750: Tiziana Plebani (ed.), *L'Almanacco delle donne*, Venecia, Ippocampo, 1991.

184. *Discorsi accademici di varj autori viventi intorno agli studj delle donne, la maggior parte recitati nell'Accademia de' Ricovrati di Padova*, Padua, Stamperia del Seminario presso Giovanni Manfrè, 1729.

185. Walter Siti, "Il romanzo sotto accusa", en Franco Moretti (ed.), *Il romanzo*, vol. i: *La cultura del romanzo*, Turín, Einaudi, 2001, p. 139.

186. Virginia Woolf, *Una stanza tutta per sè*, op. cit., p. 86. [ed. esp.: *Un cuarto propio*, trad. de Jorge Luis Borges, Madrid, Alianza, 2004, p. 84].

187. Nathalie Ferrand, *Livre et lecture dans les romans français du XVIIIe siècle*, París, Presses Universitaires de France, 2002, p. 23.

188. Ellen Moers, *Grandi scrittrici, grandi letterate*, op. cit., p. 185.

189. El monto total de ganancias de todas sus obras fue de ochocientas cincuenta libras esterlinas por el espacio de su corta vida. El caso de Jane Austen es bastante significativo porque, dada su limitada disponibilidad económica, en sus novelas detalló ingresos y capitales de sus personajes y la importancia del dinero siempre está subrayada. Además, redactó precisas memorias acerca de las ganancias provenientes de la publicación de sus obras y de sus gastos, cfr. Robert D. Hume, "Money in Jane Austen", en *Review of English Studies*, New Series, 64, 264, 2013, pp. 289-310.

190. Françoise de Graffigny, *Lettres d'une Péruvienne*, París, Peine, 1747, citas en las pp. 4, 161 y 167-168.

191. Adam Smith, *Teoria dei sentimenti morali*, Milán, Rizzoli, 1995, p. 304 (ed. or. *Theory of Moral Sentiments*, 1759) [trad. esp.: *Teoría de los sentimientos morales*, trad. de Carlos Rodríguez Braun, Alianza, Madrid, 1997, p. 267].

192. Se trata del juicio del científico Jean-Antoine Nollet sobre la irrupción de las mujeres en la ciencia: Tiziana Plebani, *Un secolo di sentimenti*, op. cit., p. 41.

193. Las rimas de Bergalli en honor a Laura Bassi en *Rime per la conclusione filosofica nello Studio Pubblico di Bologna tenuta dall'illustrissima et*

eccellentissima signora Laura Maria Caterina Bassi cittadina bolognese dottorata in filosofia ed aggregata al Collegio, Bologna, all'insegna della Rosa sotto le Scuole, 1732, pp. 9-11.

194. Giuseppa Eleonora Barbapiccola, *I principi della filosofia di Des-Cartes*, Turín, Mairesse, 1722. Su voluntad de divulgación, que intervenía extensamente el texto original, se advierte en un interesante pasaje de la carta a los lectores en el cual se augura que el libro se leería como “una novela o una fábula” (ibid., p. XXIV).

195. El manuscrito autógrafo se encuentra ahora en la Bibliothèque Nationale de París, Manuscrits, Fr. 12267.

196. Madame du Châtelet, *Discours sur le bonheur* (1779), edición crítica y comentarios de Robert Mauzi, París, Les Belles Lettres, 1961, p. 4.

197. Frase de Luigi Martorelli Osimano: cfr. Luciano Guerri, *Uno spettacolo non mai più veduto al mondo. La Rivoluzione francese come unicità e rovesciamento negli scrittori controrivoluzionari italiani (1789-1799)*, Turín, UTET, 2008, p. 197.

198. *Cahiers de doléances. Donne e Rivoluzione francese*, introducción de Paule-Marie Duhet, Palermo, La Luna edizioni, 1989, citas en las pp. 26, 60-65 y 99.

199. Ibid., p. 63.

200. Ibid., pp. 123-124.

201. Madame de Staël, *Réflexions sur le procès de la Reine*, París, s/e, 1793, pp. 6-7.

202. Ead., *De l'influence des passions sur le bonheur des individus et des nations*, Lausana, Jean Mourer (&) Hignou, 1796, p. 6.

203. Jeanne-Marie Roland, *Mémoires particuliers*, en *La fabrique de l'intime. Mémoires et journaux de femmes du XVIIIe siècle*, textos establecidos, presentados y anotados por Catriona Seth, París, Laffont, 2013, citas en las pp. 668, 672 y 673-674.

204. Catharine Macaulay, *Observations on the Reflections of the Right Hon. Edmund Burke on the Revolution in France*, in a Letter to the Earl of Stanhope, Boston (MA), I. Thomas, E. T. Andrews, 1791, p. 3.

205. Mary Wollstonecraft, *Scritti sulla Rivoluzione francese*, al cuidado de Roberta Adelaide Modugno, Soveria Mannelli (CZ), Rubbettino, 2007, pp. 257 y 257-258.

206. Elisabetta Caminer, *recensión a Sebastiano Ayala, "Della libertà e della eguaglianza degli uomini, e dei cittadini"*, en *Nuovo Giornale Enciclopedico d'Italia*, septiembre de 1793, p. 5.

207. Mitro Sardo (ed.), *Il giornale di Ottavia Negri Velo*, con la revisión de

Maria Letizia Peronato, en Adriana Chemello, Giovanni Luigi Fontana y Renato Zirona (eds.), *L'aristocrazia vicentina di fronte al cambiamento (1797-1814)*, Vicenza, Accademia Olimpica, 1999, pp. 93 y 114.

208. Carolina Lattanzi, *Schiavitù delle donne. Memoria della cittadina L. letta all'Accademia di Pubblica Istruzione di Mantova, 14 Mietitore, Anno i della Libertà d'Italia, Mantua, All'Apollo, 1797.*

209. *La causa delle donne. Discorso agl'italiani della cittadina***, Venecia, presso Giuseppe Zorzi, 1797.*

CAPÍTULO 5

DESDE EL SIGLO XIX HASTA LA PLENA ALFABETIZACIÓN, A COMIENZOS DEL SIGLO XX

Quieran las mujeres felices y honradas de los tiempos futuros dirigir de cuando en cuando el pensamiento a los dolores y a las humillaciones de las mujeres que las precedieron en la vida y recordar con alguna gratitud los nombres de aquellas que las iniciaron y prepararon el camino a la nunca antes gozada, acaso apenas soñada, felicidad.

CRISTINA TRIVULZIO DI BELGIOIOSO (210)

LAS RAÍCES DE EUROPA EN EL ESPÍRITU DE UNA ESCRITORA

Es el siglo de la Historia, con mayúscula. Historia que se cernía sobre el presente con una larga sombra y lo hacía aparecer bajo el signo de la discontinuidad con relación al pasado y de la incertidumbre del devenir. Se asomaban y conquistaban el centro de la escena las multitudes, si no incluso las masas, ya fuesen aquellas participantes en las guerras napoleónicas, o las que se agitaban en las plazas y en las calles durante las turbulencias que cíclicamente atormentaban toda Europa, o aquellas otras que eran engullidas todos los días por las fábricas o que componían el universo de los pobres, niños de la calle y prostitutas, protagonistas de las novelas de Charles Dickens. Y de historia se nutrían asimismo las escrituras de las mujeres, cuya pluma se empaparía en la tinta de las cuestiones sociales y de las primaveras de los pueblos. Porque también los pueblos entonces hacían su aparición y las mujeres, además de formar parte de ellos, cada vez más eran llamadas a asumir su papel de tutoras,

de educadoras y de afectuosas institutrices.

Napoleón había obtenido dos efectos: unificar gran parte de las entidades territoriales en un imperio que, como consecuencia indirecta, impulsaba a los pueblos a hermanarse gracias a un léxico común que hablaba de “libertad” y reivindicaba la autonomía de comunidades que se reconocían en otra palabra fuerte del momento: “nación”. Había algunas naciones más conscientes que otras, y quien lo señaló con mayor lucidez y efecto fue una escritora que mucho más que Napoleón, a pesar de no tener armas ni ejércitos, logró reunir o imbuir de la misma sensibilidad romántica gran parte de Europa: Anne-Louise-Germaine Necker, que, ya mencionada antes, es conocida como Madame de Staël. Era una mujer que encarnaba la modernidad, la tensión cosmopolita y la fuerza del sentimiento combinada con una visión de futuro: con un puñado de escritos destrozó viejas ideas y jerarquías literarias y políticas, colocándose en colisión con la grandeza napoleónica. Con el enfoque comparatista del ensayo *De la littérature considérée dans ses rapports avec les institutions sociales* de 1800 analizó las tradiciones de las diversas naciones: la influencia del clima, del ambiente geográfico, las relaciones entre las diversas culturas y la caracterización nacional de las sociedades en condiciones de incidir en la felicidad de un pueblo, sus intereses y costumbres, llevando al ámbito cultural el tratamiento político de Montesquieu.

Me he propuesto examinar cuál es la influencia de la religión, de las costumbres y de las leyes en la literatura, y cuál la de la literatura en la religión, las costumbres y las leyes [...] Quiero en primer lugar examinar la literatura bajo un aspecto general, en sus relaciones con la virtud, la gloria, la libertad y la felicidad; y si es imposible dejar de reconocer el poder que ella ejerce en los grandes sentimientos, primeros motores del hombre [...] Intentaré mostrar el carácter que una u otra forma de gobierno da a la elocuencia, las ideas de moral que una u otra creencia religiosa desarrolla en el espíritu humano, los efectos imaginativos que se producen por la credulidad de los pueblos, las bellezas poéticas propias del clima, el grado de civilización más favorable a la fuerza o a la perfección de la literatura, los diferentes cambios introducidos tanto en los escritos como en las costumbres por el modo de existencia de las mujeres antes y después del establecimiento de la religión cristiana, por último el progreso universal de las luces por el simple efecto del paso del tiempo; ese es el tema de la primera parte. (211)

Su perspectiva contribuía a poner en tela de juicio la idea de la existencia de un canon de belleza eterno e inmutable, en favor de una visión historicista y de un criterio anticlásico que reivindicaba la preeminencia de lo moderno respecto de lo antiguo, del futuro respecto del pasado. De Staël invitaba a los intelectuales de todos los países, y se dirigía en particular a los italianos todavía demasiado anclados en un patrimonio erudito, a traducir y acoger obras de otros países y culturas, no solo porque ello constituía “el más eminente servicio que pueda prestarse a la literatura”, (212) sino porque contenía en sí un principio fuertemente antihegemónico y de educación en la libertad. Exiliada en Suiza y en sintonía con los otros exponentes del grupo de Coppet, De Staël apuntaba a trasladar los ideales del liberalismo político al espacio literario y artístico. Desarmaba simbólicamente a Napoleón, cuando este aún se hallaba firmemente en auge, ilustrando la grandeza del pensamiento alemán en otra de sus obras, *De l’Allemagne*, por tanto desplazando el eje cultural hacia el este; evitaba a la vez cualquier elemento que pudiese hacer renacer ideas de predominio, al insistir en el respeto de las diferencias: “La sumisión de un pueblo a otro va en contra de la naturaleza”. (213) Este mensaje contribuyó de manera significativa al desarrollo de todos los movimientos europeos de autonomía de los pueblos y de la propia Unificación italiana, no obstante también contenía en sí antídotos referentes a los riesgos de la emergencia de una suerte de nacionalismo agresivo; recordaba en efecto que “las naciones deben servir de guía una a la otra”. (214)

Su novela *Corinne o Italia*, cuya protagonista encarnaba en sí misma el espíritu cosmopolita, hija de madre italiana y de padre inglés, nutrida de literatura francesa, capaz por consiguiente de apreciar y reunir diferentes culturas y avivar el fuego de la razón iluminista con los arrebatos del corazón, se volvió el breviario del alma europea y un best seller, traducido enseguida a muchas lenguas. (215) A la inspiración europeísta que recorría el texto, se añadía el rescate intelectual de las mujeres. A través de la aclamación en el Campidoglio de Corinne, improvisadora poética, artista, en condiciones de leer y comunicar el valor del patrimonio cultural, independiente económica y moralmente, De Staël celebraba a la mujer de genio y al mismo tiempo la autonomía femenina, a despecho de las restricciones que el Código napoleónico había aplicado a los derechos civiles de las mujeres respecto de las iniciales conquistas de la Revolución francesa. Su novela además transmitía a las lectoras el derecho a la pasión y se relacionaba con *Julia o la nueva Eloísa*, de Rousseau, pero potenciando su mensaje liberador, fundado en la legitimidad del sentimiento que

se desvinculaba de los lazos sociales.

Madame de Staël murió en 1817, pero antes de continuar corresponde rendirle un debido homenaje, idealmente semejante al que Virginia Woolf invitaba a hacer a Aphra Behn, dejando flores sobre los restos de quien indicó a las mujeres el camino de la escritura por oficio. No lo haremos por las mismas razones. Germaine contaba con ingresos y no debía preocuparse por llegar a fin de mes como Aphra, pero lo que nos ha legado es asimismo de inmenso valor para nuestro presente y el actual horizonte geopolítico, como ha subrayado Luisa Passerini, haciendo hincapié en su esperanza en “una Europa laboratorio de la convivencia pacífica, tolerante y pluricultural [...] liberada de nacionalismos”. (216) Madame de Staël y el grupo de intelectuales próximos a ella diseñaban una Europa unida pero plural, rica en sus propias diferencias e invitaban a los escritores a ponerse al servicio de tal ideal: “En el estado actual de Europa, los avances de la literatura deben servir al desarrollo de todas las ideas generosas”. (217)

Un patrimonio de ideas y sentimientos que ha nutrido la creación de Europa que ahora parece una utopía en vilo.

LA GENEALOGÍA EN ACCIÓN

En los umbrales de las oleadas revolucionarias nos encontramos, casi de repente, en presencia de grandes escritoras, universalmente reconocidas. Aquellas que quedan en nuestra memoria, aquellas que sobrevivieron al olvido. Porque, como ya se ha dicho, bastó poco para que quedaran en el camino mujeres que se hicieron fuertes en la escritura. Para perder sus huellas, ha sido suficiente no mencionarlas en los ensayos, en los manuales, en las historias literarias. Ha requerido de un cierto empeño la recuperación de los nombres en que nos hemos detenido en los capítulos precedentes, pero no para estas que dieron un paso delante enseguida en este inicio del siglo. Con ellas el juego de la dispersión de las huellas no alcanzó, dado el calibre de Jane Austen, de las hermanas Brontë, de George Sand, de Elizabeth Cleghorn Gaskell, de Elizabeth Barrett Browning, de George Eliot y de Bettina von Armin Brentano. Se dirá: inglesas, francesas y alemanas, ¿y las de los otros países? Un poco de paciencia y llegarán también

ellas, algunas páginas más adelante y cronológicamente algunos pocos años después.

“Hemos llegado a los comienzos del siglo XIX. Y aquí, por primera vez, encuentro varios estantes dedicados enteramente a obras de mujeres”. (218)

Nosotras no podemos compartir la sorpresa con la cual Virginia Woolf señalaba el descubrimiento de textos de mujeres en el gran mar de la biblioteca del British Museum porque tenemos conciencia de lo que hay detrás de estas autoras, que Virginia conocía poco. Hagamos hincapié en ello, pues vale la pena: antes las escritoras tampoco constituían un número tan exiguo, pero es indudable que aquí nos encontramos ante un salto de nivel y un estado de profesionalidad de la pluma inédito, con la cual en primer lugar los editores sabían que podían contar, y darles crédito. Las obras de este grupo de escritoras son reeditadas y estudiadas todavía en nuestros días, y no ocupan, de ese anaquel, una esquina apartada, polvorienta y solitaria. Y si a Virginia le parecía que tal producción consistía por lo general en novelas, es fácil darse cuenta, apuntando la lente hasta comprender la mitad del siglo, de que en realidad las mujeres llenaron muchas páginas también de otros géneros, más aún: de muchos géneros. Constataremos dentro de poco que escribieron de todo y, sobre todo, y que la realidad fue para ellas una óptima fuente de inspiración. Comoquiera que sea, incluso tomando en consideración solo las novelas, las diferencias son tan relevantes que nos desafían a querer reagrupar a las autoras dentro de una única línea femenina de escritura. Intentemos hacerlo aproximando el espíritu inquieto, fantástico y profético que anima a Frankenstein o el moderno Prometeo, de Mary Shelley (1797-1851), publicado en 1818, al fresco realista y sin adornos del mundo burgués de Orgullo y prejuicio, de Jane Austen, publicado en 1813: cruzarán miradas torvas sobre el estante del librero. Quien a la sazón hubiese tomado en sus manos esos dos libros, ambos salidos de forma anónima, ¿los habría reunido en una misma categoría? No, y tampoco nosotros estamos autorizados a hacerlo. Disfrutemos las diferencias radicales ya desde el comienzo:

Es una verdad universalmente aceptada que todo soltero poseedor de una gran fortuna necesita de una esposa. Aunque apenas se conozcan sus sentimientos u opiniones cuando llega a un vecindario, esa verdad está tan arraigada en la imaginación de las familias conocidas de su ambiente social que lo consideran propiedad legítima de una u otra de sus hijas. (219)

El foco de Austen es un horizonte de confines acotados, que no aspira tampoco a atravesarlos sino a pintar con ironía y lucidez los comportamientos, los estereotipos, las estrictas relaciones con las posibilidades económicas y el estado social. Escuchemos ahora el comienzo de la otra obra, una novela epistolar, apenas más allá de las primeras frases dirigidas a la destinataria de la primera carta:

Me encuentro ya mucho más al norte que Londres, y andando por las calles de Petersburgo siento en las mejillas una fría brisa boreal que azuza mis nervios y me llena de gozo. ¿Entiendes ese sentimiento? Esta brisa, que viene desde aquellas regiones hacia donde me dirijo, me anticipa sus climas helados. Animado por este viento prometedor, mis esperanzas se vuelven más fervientes y reales. En vano intento convencerme de que el Polo es la morada del hielo y la desolación. Para mi imaginación sigue siendo la región de la hermosura y el deleite. (220)

Tierras inmensas y en sitios hostiles, mezcladas con la belleza de la aventura y del riesgo: Mary Shelley sale de los confines de Austen para emprender un viaje envuelto por tinieblas e incertidumbres, trazando un futuro nacido de los fantasmas de los progresos científicos y de la crudeza de la sociedad industrial.

Vayamos en orden y volvamos a afrontar la cuestión del olvido y del sitio en el estante. Virginia Woolf brinda una explicación particular que encaja a la perfección con su modo de concebir la creación literaria: sucedió porque finalmente las mujeres comenzaban a escribir con la pluma y no con la piqueta, en el sentido de que abandonaban la urgencia de reivindicar, que dejaban de protestar por las limitaciones sufridas y se expresaban ellas mismas sin obstáculos, logrando encontrar una lengua que superase el hecho de ser mujeres para dejar fluir palabras liberadas de las jaulas del género. (221) El hecho de que la mayoría de las veces firmasen con nombres masculinos y que sus novelas no suscitasen de inmediato la duda de que la firma ocultase en realidad a una autora parecería darle la razón.

Podríamos, en cambio, optar por otro razonamiento, más histórico que estilístico.

Las escritoras decimonónicas contaban con el legado del siglo XVIII, un precioso legado de escrituras femeninas, construido en su mayor parte, mas no solamente, por las novelistas, como se ha visto. Era una tradición de autoría a esas alturas ya consolidada, un camino que podía transitarse con mayor seguridad respecto del pasado, pero del cual desviarse con igual desenvoltura, sin voltearse, sabiendo que detrás de ellas el mar no se habría cerrado y que siempre se podía regresar a aquella fuente. En suma, la genealogía femenina entonces comenzaba a contar y a funcionar seriamente. Confería robustez y soltura al acto de escribir, ofrecía modelos y a la vez empujaba a la audacia de romperlos, a emprender sendas inexploradas, y a hacer avanzar la imaginación a rienda suelta. Todo esto se percibía, y se percibe, en la calidad de los textos y se premiaba con el reconocimiento y el éxito editorial.

Sabemos que las escritoras leían literatura femenina, que investigaban los textos de las mujeres, ya sea los pasados, ya sea aquellos de sus contemporáneas con las cuales deseaban relacionarse y conocer en persona. Jane Austen admiraba las obras de Fanny Burney y se había inspirado en ellas, retomando incluso los nombres de algunos personajes de esta en sus novelas; además su Emma comenzaba con una cita no explícita, pero a la sazón bastante reconocible, de Madame de Genlis. La salonnière, escritora y epistológrafa Rahel Levin Varnhagen (1771-1833), (222) con su círculo berlinés, discutía las ideas de Madame de Staël, al tiempo que Elizabeth Gaskell adoraba a Jane Austen; además invitó a su casa a Charlotte Brontë y a la estadounidense Harriet Beecher Stowe, quienes entre ellas estrecharon una amistad epistolar. Elizabeth Barrett Browning, así como muchas otras, rendía culto a Corina de Madame de Staël. Las escritoras de los años subsiguientes bendecían a George Sand.

Se había instaurado pues un circuito virtuoso que daba sus frutos.

No obstante, es menester tender un puente con otra dimensión que siempre hemos asociado al campo literario, la representada por la metáfora de los vasos comunicantes, que recuerda una proporción infalible en este campo: si el número de mujeres en condiciones de escribir aumentaba, crecía el total de aquellas que aspiraban a usar la escritura también como recurso expresivo. Saber leer y escribir no es suficiente, se dirá. Sin duda, pero es un óptimo primer paso, como si se dijera, una *conditio sine qua non*. Debemos esperar a bien entrada la segunda mitad del siglo para hablar de leyes y medidas que un poco por doquier se orientaban hacia la alfabetización y la escolaridad masivas; sin embargo, los ideales y las reformas de la Europa de las Luces y el efecto de la Revolución

francesa habían echado raíces en lo que concierne a la educación, si bien con relación al impulso del siglo XVIII hacia la alfabetización de las mujeres también crecían los temores por las posibles consecuencias. En los primeros años del siglo XIX, de todos modos, en varios Estados se habían iniciado campañas de escolarización e instituido la enseñanza obligatoria; en 1816, en el Reino Lombardo-véneto, el Reglamento para las escuelas elementales de 1818 preveía para los varones y las mujeres un primer ciclo obligatorio de tres años de educación. Ya la emperatriz María Teresa en 1774 había presentado un proyecto de instrucción de ambos sexos aplicado asimismo en los territorios del ducado toscano y en los ducados borbónicos de Parma y Plasencia, y en esos mismos años en Prusia Federico II había concebido un plan similar.

Se trata todavía de un marco muy dispar y que a menudo ve una serie de sujetos privados asociados a la acción de los estados y que muestra picos de crecimiento en el norte de Europa, en los países del área germánica e inglesa, con un norte protestante más instruido en relación con un sur católico más frenado por las preocupaciones acerca de los resultados de la educación en mano de las clases trabajadoras.

A pesar de todo, las mujeres se las ingeniaban con la pluma más que antes, apuntaban recetas, copiaban patrones de vestidos de las revistas de moda, escribían a su médico de cabecera confiándole incluso su estado de ánimo; (223) además, cada vez con mayor frecuencia en un contexto de fuerte emigración y de desarrollo industrial, el encargo de correspondencia familiar a parientes e hijos alejados, como gran parte de la escritura doméstica, se les confiaba a ellas. Es necesario evitar, entonces, la confusión del plano de la tratadística, de las declaraciones de los intelectuales y moralistas, harto escépticos y desconfiados en cuanto a la práctica de la escritura femenina, con la realidad. La ironía expresada por el poeta Giuseppe Gioachino Belli ofrece un ejemplo de este enfoque deformante, que invitaba a las muchachas a que desistiesen de tomar la pluma, al imaginar como único empleo el de las peligrosas notas de amor: “¿Y de qué te sirve pues este escribir y leer? / Deja que lo hagan curas y doctores [...] / Es daño menor que en las familias / aprendan los hijos varones / pero en las hijas es gran escándalo. / De esas plumas y esos libros malditos / ¿cuánto hace falta que entiendas de lo que en ellos nace? / Un hervidero de ideas y un montón de cartitas de amor”. (224)

Belli debió pues cambiar de opinión y beneficiarse de la capacidad que demostraba su mujer, Maria Conti (1780-1837), al describirle con entusiasmo y

detalle sus jornadas y los acontecimientos romanos cuando él estaba lejos, incluso durante meses, como en la carta de octubre de 1831:

Ayer por la noche quería ir al Teatro, porque, aun cuando es bastante mediocre, quería verlo siquiera una vez, pero se negaron a darme un palco de mala muerte en la tercera planta por menos de tres escudos; lo que provocó que pronto se me pasaran las ganas, y me quedé en casa a jugar al tres sietes,* que de veras fue un lío, ya que se armó un alboroto inmenso, y me reí mil veces más de lo que nos habríamos reído en el teatro. (225)

Y si el poeta se alegraba al recibir cartas de la mujer, nosotros nos alegramos aún más por esta escritura que ilustra en potencia la acción de los vasos comunicantes en un ámbito definido, como se verá más adelante, con la expresión “escrituras de los semicultos”. Ahora bien, si tuviéramos que juzgar con el metro de Virginia Woolf, cabría decir que Maria Conti escribía con la piqueta, pero sería más bien injusto. Pese a las imprecisiones léxicas, el escaso manejo de la ortografía, por otra parte muy común entonces, todos elementos que revelan una educación elemental, la señora se aproximaba sin incomodidad a la escritura, si bien con sincera vivacidad, y desplegaba una expresividad capaz de dominar varios registros. Y si las cartas que enviaba al hijo ya adulto eran corregidas por Belli, que añadía o quitaba apóstrofes, puntuación, letras dobles ausentes, ello no le restaba frescura y comunicabilidad a su estilo.

Los progresos en este campo serán lentos y obstaculizados por prejuicios sobre la naturaleza femenina –que en el siglo XIX volvían a ser más bien virulentos–, pero no se detendrán. Otro aspecto de la genealogía en acción, no menos relevante para ambos sexos y mucho más para las niñas, es que las madres, cuya delicada y fundamental tarea de transmisión cultural y moral se convirtió en un leitmotiv del siglo, en promedio tenían más instrumentos que en el pasado, sabían leer y en gran medida escribir. Hasta el siglo XVIII, los promotores del empoderamiento femenino habían sido los padres, que ostentaban el poder de hacer entrar a las hijas en sus bibliotecas, de estimular su curiosidad e incentivarlas a usar la pluma, pero en este siglo veremos a las madres en acción, y la correa de transmisión pasará también por las manos de la relación madre-hija, con mayor motivo en el caso de las literatas.

LEER PARA ESCRIBIR, ESCRIBIR PARA LEER

Si siempre hemos buscado evidenciar la relación entre lectoras y autoras, ahora es el turno de focalizar todavía más nuestra atención en esa dirección: se ha dicho que en el siglo XVIII, a juicio de los autores y de los editores, las lectoras representaban un mercado en expansión; en el siglo siguiente, el mercado se hallaba bien consolidado y las mujeres ya constituían una porción muy considerable del consumo de libros. Por tanto, si a la educación le costaba abrirles la puerta por completo, mucho de lo que aprendían se colaba por la ventana a través de la lectura. El rescate individual sucedía por “transposición de experiencia” gracias a las vidas de los personajes de las novelas, que se convirtieron en la única vía de acceso al mundo externo negado a la experiencia directa: la libertad, la desobediencia, el deseo de conocer, la pasión sin los límites de la moral burguesa, la geografía y la historia, iban a su encuentro desde las páginas de las autoras.

Intentemos ponernos en el lugar de una joven de los primeros años del siglo XIX que encontraba entre sus manos *Jane Eyre* de Charlotte Brontë y leía este pasaje en el cual la protagonista observaba el horizonte desde el ventanal de Thornfield Hall:

Anhelaba el poder de una vista que pudiese superar ese límite, que pudiera alcanzar ese mundo bullicioso: ciudades, regiones llenas de vida de las que he escuchado hablar, pero nunca he visto; deseaba entonces más experiencia práctica de la que poseía; más trato con personas semejantes a mí, relacionarme con personas de orígenes más diversos de las que aquí había a mi alcance [...] Muchos, sin duda; y me llamarán descontenta. No puedo hacer nada al respecto: la intranquilidad era natural en mí, y en ocasiones me perturbaba hasta el dolor [...] Es inútil decir que los seres humanos han de contentarse con la tranquilidad: necesitan acción y si no la encuentran, se la inventarán. Existen millones condenados a un destino más sosegado que el mío, y millones se rebelan en silencio contra el que les toca. Nadie sabe cuántas rebeliones, además de las políticas, fermentan en las masas de vida que pueblan la Tierra. A menudo se

supone que las mujeres son muy calmadas, pero las mujeres sienten lo mismo que los hombres; necesitan ejercer sus facultades y encontrar un campo para sus trabajos, en igual medida que sus hermanos; sufren de constricciones muy rígidas, de un estancamiento demasiado absoluto, exactamente como sufrirían los hombres; y sus semejantes que gozan de más privilegios dan muestras de estrechez de miras cuando afirman que deben ceñirse ellas mismas a hornear budines, tejer calceta, tocar el piano y bordar bolsos. (226)

Podemos razonablemente suponer que estas páginas que tenían entre sus manos despertaban en las jóvenes y menos jóvenes un vivo interés, mientras que los budines, los bordados y las vidas acotadas les provocarían aburrimiento. Se me objetará que los libros costaban y que no todas podían permitírselos. Es cierto, pero precisamente desde comienzos del siglo, ya desde antes en algunos países como Inglaterra, podía contarse con el alquiler de libros y con la presencia en las ciudades de gabinetes de lectura y bibliotecas circulantes. No obstante, es lícito preguntarse si estos eran sitios frecuentados por las mujeres. Para algunos países la respuesta es decididamente afirmativa: los registros de usuarios de la Public Library de Mánchester indican que las mujeres representaban la mayoría, así como en Brístol, y que tomaban en préstamo un número muy alto de volúmenes. (227) En Francia, especialmente en París y en las ciudades más grandes, no solo tenemos numerosos testimonios de presencias femeninas ya desde los primerísimos años del siglo sino asimismo sabemos que muchos de estos cabinets eran dirigidos por mujeres, llamadas Maitresses de cabinet de lecture ('Administradoras del gabinete de lectura'), entre las cuales una buena cantidad eran modistas, peinadoras y costureras. Podemos entonces imaginar que con seguridad tenían una amplia provisión de publicaciones femeninas y de revistas de moda.

Al consultar los catálogos de algunos gabinetes de lectura estamos en condiciones de hacernos una idea de las obras a disposición: las novelas, cuyas firmas muchas eran femeninas, proveían la oferta más significativa; con todo, las mujeres tenían modos de ponerse al día también a través de los periódicos, de incrementar sus conocimientos con literatura de viaje, de historia y de ciencias. En Ginebra, Viena, Fráncfort y Dresde había bibliotecas de préstamo con salas anexas de lectura y también las Public Libraries en Gran Bretaña albergaban lectoras, en general en una sala separada, la Ladies' reading room, o una sección en la sala mayor. Va de suyo que estos espacios de circulación de las ideas

imprimieron una importante aceleración al desarrollo de los movimientos populares y de las luchas por la emancipación femenina.

En Italia, las primeras sociedades de lectura habían surgido en el siglo precedente, en Plasencia, en Padua y otras que las siguieron, como el famoso Gabinetto Vieusseux en Florencia que abrió sus puertas en 1819, pero no eran espacios que acogieran mujeres. Tal vez no existía una prohibición explícita contemplada por los reglamentos, pero la atmósfera erudita no era la apropiada; por lo demás, tampoco habrían estimulado que entraran los hombres de clases modestas. Los salones ayudaban a las mujeres acomodadas y aristócratas a entrar en conocimiento de las obras más interesantes, los textos ligados al gusto y el debate del momento; de ser necesario, para proveerse de libros podía contarse con las redes de amistad y epistolares. Paolina Leopardi a menudo solicitaba libros nuevos a las amigas boloñesas Anna y Marianna Brighenti, sobre todo novelas, no admitidas en la biblioteca paterna. (228) Además no debemos olvidar la contribución de los vendedores ambulantes a la circulación de materiales de lectura populares.

No hay estudios acerca del ingreso de las mujeres en calidad de lectoras en las grandes bibliotecas públicas, ya bien presentes en todos los países, y es difícil recuperar una huella de interés por el sexo femenino a través de los reglamentos, en particular en Italia, que siempre nombran en masculino al público de usuarios. ¿Habría habido solicitudes? ¿Preguntas de admisión? ¿Algún formulario que debía rellenarse con la autorización del padre o el marido?

En ausencia de investigaciones generales y comparadas, tenemos, sin embargo, una fuente valiosa en lo concerniente a la biblioteca del British Museum que inició su andadura con la célebre Round Reading Room en el barrio de Bloomsbury el 2 de mayo de 1857, donde en noviembre de 1905 se presentó por primera vez Virginia Woolf, entonces Adeline Virginia Stephen. Las lectoras se aceptaban tras la presentación del pedido de admisión que hacía el jefe de familia y pagando, o no, una tasa de inscripción. En el caso de la solicitud de Virginia, fue Thoby, el hermano mayor, quien la firmó y la inscripción se concedió sin cargo.

Regresemos al momento de la inauguración de la monumental sala de lectura que convocó a muchas lectoras, en especial institutrices y maestras, que presentaron sus solicitudes de admisión, al punto de provocar asimismo algún reclamo por medio de una carta publicada en *The Times*, porque tendían a no

quedarse en el espacio que se les había asignado y parloteaban. La cercanía de los cuerpos creaba distracciones en los lectores y se decía que la Biblioteca nacional corría el riesgo de convertirse en una flirting gallery (‘galería de coqueteo’).

Más allá de estas reacciones, nos interesa observar que quienes comenzaron a sacar provecho del acceso a la sala de lectura fueron mayormente las escritoras, ya sea las que se mantenían colaborando en revistas y proyectos editoriales, o aquellas, ya afianzadas, que tenían necesidad de obtener informaciones para crear los contextos donde ubicar y hacer que actuaran los personajes de sus novelas. George Eliot en noviembre de 1861 abonó la inscripción bajo su verdadero nombre de Marian Evans Lewes. (229) En esa época estaba construyendo el entramado de la ambiciosa novela histórica *Romola*, (230) ambientada en la Florencia renacentista tras la muerte de Lorenzo de Médici, cuando la ciudad se hallaba aquejada por tumultos, obra en la que se evocan las tensiones en curso en Inglaterra: antes de partir hacia Italia y permanecer por un largo período en la ciudad toscana, consultó pues en la Biblioteca los volúmenes de historia que aportarían sustancia a su narración.

Se han localizado huellas de otras escritoras, literatas, periodistas y traductoras en los registros de la National Library, como la poeta Christina Georgina Rossetti y su hermana Maria, pedagoga y ensayista, pero un nombre destaca entre el de otras: Eleanor Marx (1855-1898), la hija del insigne Karl, que, además de ser una activista del socialismo, se mantuvo como redactora literaria y traductora. Suyas son tanto la primera versión inglesa de *Madame Bovary* de Gustave Flaubert como las traducciones de algunas obras de Henrik Ibsen, que ella tanto admiraba por sus concepciones sobre las mujeres, al punto de sentirse estimulada a aprender noruego.

En octubre de 1877 dirigió una carta al director de la biblioteca del British Museum: “Señor, deseo obtener una tarjeta de admisión a la sala de lectura del British Museum, y estaré muy agradecida si muy gentilmente pudiese enviarme una. Ignoro si es necesario presentar referencias. Si así fuese, supongo que será suficiente decir que mi padre, el doctor Karl Marx, durante casi 30 años ha visitado la sala de lectura todos los días”. Eleanor recurrió a la biblioteca porque recibió, al igual que su padre, la comisión remunerada de redactar entradas para el *New Oxford English Dictionary*, cuyo editor era Frederick James Furnivall. En efecto, Eleanor escribió a su hermana: “Después de todo el trabajo es lo principal. Al menos para mí es una necesidad. Este es el motivo por el cual amo

hasta mi aburrida tarea en el Museo”. (231) Por otro lado, las dos hermanas mayores de Eleanor ya frecuentaban la Round room para llevar adelante investigaciones por cuenta del padre.

Y en ese espléndido edificio algunas escritoras se conocieron y trabaron amistad.

EN LA ESCUELA DE LA REALIDAD

Era necesaria la historia, la que fermentaba y crecía en aquella serie de años revolucionarios, que aceleraba los pensamientos y las expectativas, unida al verdadero sentimiento de pertenencia y de ser partícipe de ella, para activar relaciones productivas de escritura entre la conciencia individual y la memoria colectiva de aquellos tiempos. De ese modo, la necesidad de recurrir a lo escrito para dejar huella de sí se volvía apremiante también en quien tenía poca confianza con la pluma. Por lo demás, junto a la hasta entonces limitada oferta escolar, nacían desde abajo experiencias alternativas a la educación codificada, que era poca y mezquina, como aquellas inspiradas en la enseñanza mutua, promovida por Andrew Bell y Joseph Lancaster, que desde Inglaterra a partir de los primeros años del siglo XIX se difundieron hacia muchos países europeos, entre ellos, Italia. O aquellas dictadas por modelos educativos igualitarios, fruto de las ideas de los socialistas utópicos o de nuevas corrientes pedagógicas, entre las cuales se destacaba el pensamiento de la sobrina de Madame de Staël, Albertine Adrienne Necker de Saussure (1766-1841).

Fueron en particular los movimientos que se interesaban en la emancipación femenina, como el sansimonismo, los que atrajeron a muchas mujeres y les brindaron estímulos para conquistar el alfabeto y la escritura como expresión de sí y de comunicación de su pensamiento. Uno de los casos más interesantes concierne a Suzanne Monnier Voilquin (1801-1877), hija de un sombrerero parisino cargado de deudas, obligada desde bien temprano a trabajar como bordadora para mantenerse a sí misma y a la hermana menor. En el convento había recibido una educación que ella definía como “rudimentaria”, pero su hermano Philippe, que estudiaba en el seminario con el objetivo de convertirse en sacerdote, le enseñó algunas nociones de historia y Suzanne ocupaba las noches leyéndole a la madre “todo lo que ofrecía el gabinete de lectura cercano”,

principalmente novelas de la vieja tradición flamenca y española. Años después se acercó a textos bien distintos, impulsada por la agitación de los tiempos: “Vivía en medio del pueblo y compartía sus sentimientos”; conoció así las obras de Voltaire, Rousseau y sobre todo quedó fascinada por Julia o la nueva Eloísa y admitió que “tras esta lectura ya no me sentí la misma”. Las lecturas preferidas pronto fueron las firmadas por mujeres, Madame Cottin, Madame de Genlis y Madame de Staël, en especial Corina: “Estas obras, que exaltaban el amor, se volvían cómplices de la naturaleza, al agitar impetuosamente mi imaginación y llenar mi corazón de deseos desconocidos”. (232) Luego se convirtió en obrera y se casó; en 1830 tomó conocimiento junto al marido de las doctrinas sansimonianas, a través del contacto con los tipógrafos que trabajaban en la célebre imprenta Firmin-Didot, y comenzó a participar con asiduidad en las conferencias públicas dirigidas a todos, donde se trataban muchas materias, particularmente las cuestiones económicas y sociales. Era por tanto una escuela de progreso social, de circulación de conocimientos y estímulo a adueñarse de instrumentos culturales. Desde 1832, Suzanne abrazó el sansimonismo y a la vez se dedicó a la escritura; comenzó a colaborar en el periódico feminista *La femme libre*, fundado por Marie-Reine Guindorf y Jeanne-Désirée Véret, completamente dirigido por mujeres, cuyo primer número, aparecido el 25 de agosto, comenzaba con un llamado: “En el momento en que todos los pueblos se agitan en nombre de la Libertad, y que el proletariado reclama su liberación, nosotras, las mujeres, ¿nos quedaremos pasivas ante este gran movimiento de emancipación social que se produce bajo nuestras miradas? ¿Nuestra suerte es tan feliz que nada tenemos que reclamar?”. El llamado recordaba la necesidad de salir del estado de tiranía y de explotación al cual desde siempre estaban sometidas las mujeres: “Nosotras nacemos libres como los hombres, y la mitad del género humano no puede ser, sin injusticia, esclavizada por la otra. Comprendamos pues nuestros derechos; comprendamos nuestra potencia; poseemos el poder de la atracción, el poder del encanto, arma irresistible, sepamos emplearlo”. (233)

Tras la partida de las fundadoras del periódico, Suzanne se transformó en su directora, al que rebautizó *La Tribune des femmes*, que tuvo una vida de casi dos años. Ya separada del marido, emprendió largos viajes con estancias en América, Rusia y Egipto, y en ese tiempo se aplicó a los conocimientos médicos, aprendió homeopatía y por último consiguió el diploma de Obstetricia en París, y fue gracias a estas competencias que pudo mantenerse. Luego de la fallida Revolución de 1848, durante la cual había hecho oír su voz en el periódico *La voix des femmes*, se dirigió a Luisiana para regresar a Francia recién en 1860.

En 1866 publicó su autobiografía, que narraba su vida hasta el fin de los dos años transcurridos en Egipto: *Souvenirs d'une fille du peuple: ou, la saint-simonienne en Égypte*. Se trata de un raro testimonio de memorias de una mujer de extracción popular, que no obstante demuestra la eficacia de este recorrido de crecimiento cultural y expresivo.

¿Piqueta o pluma? No hay duda alguna, ¡pluma! En efecto, es un texto que difícilmente se abandona antes de la última página. Dirigido a la sobrina, la obra de Suzanne narra con frescura los diversos pasajes de su existencia y comunica con talento descriptivo sus agudas observaciones en torno al ambiente y las costumbres de los hombres y de las mujeres en Egipto.

La realidad también cumplía un papel protagónico en las escrituras privadas de las mujeres, en particular en la correspondencia, donde tenían modo de expresar su adhesión o su oposición a los movimientos populares y los miedos que suscitaban los “resurgimientos” que inflamaban Europa. La romana Teresa Fioroni (1799-1880), miniaturista, de una familia de la pequeña burguesía de origen perusino, dotada de cierta instrucción, casada con el berlinés Carl Friedrich Voigt, medallista y grabador en piedra, en 1830 siguió al marido a Múnich por un encargo de la casa de moneda, y desde allí enviaba cartas a la familia donde con frecuencia proveía y pedía informaciones acerca de la situación política. En mayo de 1848 demostró su apoyo al papa Pío IX, que ya había defraudado las esperanzas de los liberales y demócratas de que respaldase al movimiento unitario italiano: “¡Qué ingratitud! Ahora desearían convertir en fango, si pudiesen, todas las acciones luminosas que ha realizado en su primer año de pontificado”. Los desórdenes de ese año no perdonaban a Austria y Teresa le describía a su hermana la dureza de los tiempos:

No, mi querida Angelina, ¿quién habría creído que las cosas se arruinarían tanto? ¡Qué trastorno en las residencias, qué tiempos difíciles para hacerlas salir adelante! Ya no se obtiene ningún beneficio económico, de todas partes contribuciones, de todas las maneras se quita dinero del bolsillo, ¡los pobres que asedian la casa! [...] ¡Quién sabe cómo nos irá! Italia se encuentra en una mala posición, como Alemania en una difícilísima situación. Podemos asistir a una guerra general. Dios sabe; ahora se espera todo del parlamento de Fráncfort, pero si no se llega a un acuerdo, si no se unen, ¿cómo terminará? ¡Ay, qué desarrollo de cosas que deben verse! (234)

La observación de la realidad y el deseo de participar en la regeneración del pueblo en lucha contra las injusticias sociales, esclavitud, prostitución, explotación de los trabajadores y las mujeres, y analfabetismo, armó las plumas de algunas escritoras, verdaderas defensoras de los derechos civiles y de la vía democrática. Lo hicieron a menudo inventando nuevos modos de comunicación y entrecruzando géneros literarios: la inglesa Harriet Martineau (1802-1876), que debió mantenerse ya sea traduciendo, ya sea con obras comisionadas y contribuciones en periódicos, inventó un estilo narrativo y novelado para explicar la economía política que había llegado a imponerse en la vida cotidiana. Había estudiado las obras de los economistas Adam Smith, James Mill, Jeremy Bentham y David Ricardo, impulsada también en esto por el deseo de comprender las razones del fracaso de la empresa textil familiar. Se dio cuenta, sin embargo, de que estos textos eran de difícil lectura y por ende se convenció de la necesidad de cambiar el registro y de adoptar un lenguaje atractivo para explicar la relación entre la vida cotidiana y la esfera económica, y ofrecer a los lectores de a pie, como explicaba en el prefacio, “la ciencia en una forma familiar y práctica”.

Observemos de cerca su método, de veras original. Cada fascículo comenzaba con un resumen esquemático de los principios que allí se ilustraban. En el primero, cuyo contexto era la vida en tierras salvajes, en contacto con los bienes de la naturaleza que, no obstante, tenían necesidad del trabajo del ser humano para volverse consumibles, las nociones concernían a la definición de riqueza –“La riqueza consiste en bienes útiles, esto es necesarios o agradables a la humanidad”– y pasaban luego a la relación con el trabajo: “La riqueza debe obtenerse con el empleo de trabajo aplicado a los materiales provistos por la naturaleza”. Seguía luego la pregunta sobre los límites del trabajo y sobre el desarrollo de la inteligencia humana y la afirmación del principio de que “el trabajo productivo posee un poder beneficioso, y cualquier cosa que estimule y dirija este poder es beneficioso”. En el esquema se pasaba a discutir acerca de la distinción entre trabajos productivos y trabajos no productivos, también estos útiles; luego acerca de los medios que permitían hacer más provechoso el trabajo, ya sea siguiendo las características individuales o mecanizando el proceso, de modo de liberar al ser humano para otras actividades. En fin, los modos de asegurar al trabajo su libertad natural.

No hay duda de que la transformación de este conjunto de conceptos densos en

una narración agradable constituía un desafío para nada fácil. ¿Cómo se logró? La narración empezaba con la descripción de un asentamiento de una comunidad inglesa en Sudáfrica, sacudida por un ataque de bosquimanos. La autora explicaba la razón de ello: “Los nativos eran cazados como tantas bestias salvajes. Esta práctica naturalmente los hizo feroces y activos en su venganza”. Es así que destruyeron e incendiaron la aldea, mataron hombres, mujeres y niños, y todos los enseres quedaron carbonizados. Bajo la dirección del señor Adams, del capellán y maestro Stone y de su esposa, activa y resuelta, se encaminó la reconstrucción: se inventaron instrumentos, se adaptaron elementos naturales como vajilla, utensilios para la edificación y para la búsqueda de alimentos, con una minuciosa división y organización del trabajo según cada talento, fuerza y predisposición de los miembros de la comunidad. Por una parte, todo ello forzaba a un regreso al estado primitivo de civilización, aunque tenía a su favor los saberes acumulados a lo largo de la historia de la humanidad, en condiciones pues de inventar las mejores soluciones. Concluida la fase de reconstrucción de las bases primarias para la supervivencia de la aldea, la narración avanzaba con la reflexión y las decisiones sobre la organización social y sobre la distinción entre las diversas clases de trabajadores: “Pronto nuestro asentamiento estaría en ruinas [...] si tuviésemos un gran número de soldados, dos o tres pastores, cuatro o cinco cirujanos y varios sirvientes en cada hogar”. Especificaba, en efecto, que el bienestar de un imperio depende “de que sus recursos productivos sean suficientemente abundantes para satisfacer las necesidades y los deseos razonables de todas las personas”. (235) La narración continuaba con las vivencias de muchos protagonistas de la comunidad y sus discusiones a propósito del mejor modo de establecer las reglas de transmisión del patrimonio, el funcionamiento de la justicia y de las artes.

Harriet Martineau intervenía de forma similar en los fascículos sucesivos, inventando personajes y contextos peculiares donde hacerlos actuar, abordando el tema de la pobreza, de la vida en las fábricas y de las huelgas, de la emigración, del dinero y de los bancos, de la Bolsa, del gasto público destinado a la seguridad y el progreso de una comunidad, y, finalmente, de los impuestos. En la conclusión de la serie, en el último número, hizo hincapié en su confianza en el progreso constante: pese a todas las injusticias, la pobreza y la esclavitud, la sociedad habría evolucionado y el final habría sido “la consecución de la felicidad de la mayor cantidad de personas, si no de todas”. (236)

En el lapso de dos años, desde 1832 hasta 1834, Harriet Martineau publicó veinticinco fascículos de frecuencia mensual, reunidos en nueve volúmenes; el

primero, *Life in the Wilds* ('La vida en la tierra virgen'), salió el 1º de febrero de 1832, se agotó en solo diez días y fue necesario reimprimir diez mil ejemplares por cada salida, superando por lejos las ventas de las novelas más populares de Charles Dickens. Harriet Martineau escribió muchas otras obras donde se enfocó en temas como la educación y abogó por la instrucción femenina; además, convencida abolicionista, trató acerca de la esclavitud en su novela sobre los haitianos, *The Hour and the Man: An Historical Romance*. Tras una larga estancia en Estados Unidos publicó en 1837 *Society in America*, un texto que cobró sumo interés y ha suscitado una intensa polémica con la obra de Alexis de Tocqueville, *De la démocratie en Amérique*, cuya primera parte había sido publicada poco antes, en 1835.

No fue la única que encaró temas espinosos: la socialista Flora Tristan (1803-1844), nacida en París de padre español de orígenes peruanos, se trasladó a Inglaterra a fin de visitar las barriadas obreras de Londres y observar las transformaciones sociales aportadas por la Revolución industrial. En 1840 salieron sus *Paseos en Londres*, un aguafuerte sobre la patria del capitalismo y del pauperismo; en ellas no solo se describía la condición obrera, sino que se profundizaba la ilustración de la vida en los barrios alejados de las residencias elegantes, receptáculos de marginados y desdichados, que mostraba la otra cara del desarrollo, las prisiones, los manicomios, las viviendas suburbanas y sobre todo los burdeles y la plaga de la prostitución. Si ante la grandiosidad y el ajetreo del puerto y las calles ordenadas, llenas de tiendas abarrotadas de mercaderías, sin duda podía uno quedarse con la boca abierta, Flora Tristan sacudía al lector y le señalaba el verdadero rostro de la ciudad que se manifestaba con la puesta del sol: "El extranjero bien pronto sale de su encantamiento: cae del mundo ideal a todo lo que el egoísmo tiene de más árido y la existencia, de material". (237)

En aquellos mismos años la escritora Bettina von Armin Brentano (1785-1859), consolidada por su célebre correspondencia con Goethe y la novela cuyo tema era el suicidio, realizó una investigación sobre los barrios pobres de Berlín, de la cual extrajo materiales para el *Armenbuch* ('Libro de los pobres') de 1844, tan apremiante en su momento que se impidió su publicación y recién apareció algunos años más tarde.

Muchas escritoras pusieron a disposición su talento literario para derrotar la esclavitud. Antes de que *La cabaña del tío Tom*, de la estadounidense Harriet Beecher Stowe, publicado en Nueva York en 1852, sacudiese al mundo entero con su mensaje abolicionista, voces de mujeres europeas ya se habían

adelantado: una de las más apreciadas escritoras en lengua castellana, Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873), una española, nacida en Cuba, ambientó una novela entre las plantaciones de azúcar, *Sab*, publicada en Madrid en 1841. Se trataba de una auténtica acusación respecto de la explotación de los negros y los criollos y, al mismo tiempo, una proclama en contra de todo sometimiento, en particular el de las mujeres. La escritora escandinava Fredrika Bremer (1801-1865) (238), considerada en su época una suerte de Jane Austen sueca, tan afianzada estaba que a su llegada a Nueva York en 1849 encontró una fila de personas que esperaban por ella en la entrada de su hotel para pedirle un autógrafo o estrechar su mano. Viajó sola para comprobar con sus propios ojos el estado en que se hallaba la democracia en Estados Unidos, fue a encontrarse con indios, navegó a lo largo del río Mississippi con el fin de observar la vida en los latifundios y las condiciones de los esclavos e incluso llegó a Cuba. Además, Bremer presenció debates en el parlamento de Washington acerca de las controvertidas concesiones de la ley vigente respecto de los derechos de propiedad sobre los esclavos. De regreso a Suecia, publicó en 1853 la obra que rápidamente fue traducida al inglés por Mary Howitt, *Homes in the New World: Impressions of America* ('Hogares en el Nuevo Mundo: Impresiones de América'), que echaba sombras sobre el mito estadounidense. (239)

En 1843 salió en el *Blackwood's Edinburgh Magazine* el poema de la inglesa Elizabeth Barrett Browning "The Cry of the Children" ('El llanto de los niños') sobre el drama de los niños empleados en las minas y en las fábricas. Estaba en curso una investigación parlamentaria a propósito de las terribles condiciones de trabajo de los menores que había producido un grueso dossier, pero el alboroto y la ola de emociones suscitados por el breve poema hicieron que se produjese un decidido avance en el camino de las reformas hacia un mayor control del empleo de los menores y de los horarios en los establecimientos fabriles. (240) Fue Elizabeth Gaskell (Stevenson de soltera, 1810-1865), con su primera novela, *Mary Barton*, ambientada en Mánchester, quien supo comunicar eficazmente la dureza de la condición obrera, situando por primera vez la escena literaria en una fábrica. Publicada de manera anónima en 1848, provocó una vasta reacción entre los conservadores porque al describir la atmósfera de miseria y de tensión, la crudeza de la explotación capitalista, la mercantilización de las personas, describió el homicidio de un rico, fruto de la dureza del enfrentamiento de clases. Se inspiraba en episodios reales de la lucha de los obreros de una fábrica textil, asociados al movimiento cartista que se desarrolló en la década de 1830, cuyo nombre derivaba del *People's Charter* ('Carta del pueblo') donde se redactaron las reivindicaciones de democracia política, comprendido incluso el

reclamo de sufragio universal masculino. En 1839 el rechazo del Parlamento de dar cabida a los reclamos, de los cuales se hacía portavoz el padre de la protagonista de la novela, el obrero John Barton, provocó tumultos y arrestos.

Elizabeth, casada con el pastor William Gaskell, al igual que ella activo en el campo de la solidaridad social, luego escribiría muchas otras novelas, centradas en la difícil comunicación entre personas de condiciones diversas, como asimismo la biografía de Charlotte Brontë, a quien la ligaban la amistad y una gran estima. Sin embargo, fue con Mary Barton que logró acertar de lleno, al restituírle a Inglaterra su imagen y a la vez una conciencia social. Consiguió además amalgamar los anhelos de un clima político con una vivencia familiar: la obra gira en torno a la bella y cortejada Mary, la hija de John, y a su recorrido de liberación de la atracción del dinero y de la riqueza hacia el reconocimiento de los dones y las virtudes humanas.

En la introducción, Elizabeth explicaba la génesis de su obra; si inicialmente había pensado escribir un cuento que tuviese como trasfondo un paisaje campestre, en seguida cambió de idea: “Se me ocurrió pensar en el hondo carácter novelesco en la vida de algunas de las personas con quienes me cruzaba a diario en las populosas calles de la ciudad donde residía. Siempre había sentido una gran conmiseración por esos hombres agobiados por las penas, que parecían condenados a luchar a lo largo de sus vidas, alternando extrañamente entre el trabajo y la necesidad”. Intentaba pues ilustrar la condición y las expectativas de ellos: “No me corresponde a mí juzgar si sus amargas quejas acerca del desdén que recibían de la gente adinerada –sobre todo de los patrones, cuyas fortunas ellos habían ayudado a amasar– tenían o no fundamento”. Lo que la movía era luchar precisamente contra esa indiferencia y “dar expresión a la aflicción que, de vez en cuando, se abate sobre esas personas mudas; aflicción que sufren sin la conmiseración de las personas felices”. (241)

Mary Barton salió poco después del Manifiesto del Partido comunista de Karl Marx y Friedrich Engels, (242) al cual con frecuencia se asoció en el año de las revoluciones de Europa y contribuyó a mantener alta la antorcha de la protesta social.

He aquí que nos encontramos el caso de una novela capaz de liberar una fuerza que irrumpía en el presente. Volvamos a las observaciones de Virginia Woolf en torno a las escritoras decimonónicas: las bendecía porque habían sabido superar el muro del relato amoroso y de la vida doméstica cuando señaló: “Ha sucedido

algo de suma importancia”. (243) Lo que entró en juego fue la pasión por la realidad.

Y SUCEDIÓ UN CUARENTA Y OCHO

Es momento de dirigir la mirada hacia Italia, donde, pese al clima de la Restauración y en una sociedad que había conocido un decidido detenimiento en el desarrollo cultural respecto del siglo anterior, fermentaban los ideales románticos junto a un deseo de rescate político e identitario. Habían sobrevivido en particular los salones que mantuvieron el intercambio y la actualización cultural, y que nutrieron a la oposición liberal y democrática; algunas *salonnières*, como la veneciana Giustina Renier Michiel y la milanese Bianca Milesi Mojon, habían empleado egregiamente la pluma, en especial en el campo de la historia, mientras que otra veneciana, Isabella Teotochi Albrizzi, con sus célebres retratos, consiguió expresar del mejor modo el nuevo gusto literario nutrido de ideas del otro lado de los Alpes. Fue el legado de la Accademia dell'Arcadia lo que garantizaba aún el ejercicio poético femenino, incluso en la corriente de la improvisación, frecuentemente exhibido en los salones y en las reuniones familiares; la poetización femenina retomó impulso en el clima patriótico a partir de la década de 1820 y adquirió un color intenso de patria con matices sentimentales, de nación desgarrada y dividida. Una producción que creció a ritmo lento para luego acelerarse hacia mediados del siglo XIX, durante los años más intensos del período de la Unificación italiana y que, a diferencia de otros planes de participación de las mujeres en el proyecto político unitario, resultó alentada y valorada, considerándosela una competencia exquisitamente femenina. Las rimas de Angelica Palli, Giuseppina Guacci Nobile y Caterina Franceschi, entre otras, circulaban en los periódicos dirigidos al público femenino, impresas en antologías y cancioneros patrióticos de la Unificación. Por desgracia, ya habían bebido del veneno con el cual se contagiaría la cultura italiana y que tuvo en estas y en otras escritoras a las apologetas del papel doméstico, de la dedicación a la familia, de la pedagogía del sentimiento que tendía a moralizar y disciplinar el género, para cumplir con la formación de las “madres-ciudadanas” que habrían actuado sobre todo priorizando la relación madre-hijo varón. Algunas, empero, como Laura Solera e Ismenia Sormani, demostraron una cierta combatividad y encontraron modos más apropiados a los

tiempos: la estampa de hojas volantes con las propias poesías y su distribución en las barricadas milanesas de 1848. (244)

¿Fue este todo el aporte de las mujeres a la Unificación? No, hay bastante más. Aparecieron a la sazón los primeros periódicos enteramente redactados por mujeres, como *La Tribuna delle donne* de Palermo e *Il Circolo delle donne italiane* de Venecia y se iban formando un conjunto de periodistas y de literatas involucradas en la industria editorial. Las escritoras extranjeras que penetraron en Italia alteraban su contexto moderado y ofrecían modelos mucho más desprejuiciados, ya sea con sus biografías como con sus obras, donde a menudo el adulterio se presentaba como reacción justificada a matrimonios infelices e impuestos. George Sand, republicana, socialista y todo menos disciplinada, partidaria de la República parisina de 1848, visitó Italia en varias ocasiones, que por lo demás constituyó el marco de muchas de sus novelas, que cosecharon un gran éxito y admiración asimismo entre los escritores en la península. Sus artículos acerca de las condiciones de retraso cultural y dominación extranjera, así como las cartas sobre el heroísmo de la defensa de la República romana de 1849, concitaron la atención de Giuseppe Mazzini, de quien se convirtió en amiga y correspondiente; había sido, por otra parte, una de las lecturas más estimulantes para Suzanne Voilquin. (245)

Con una inédita carrera de corresponsal al servicio del *New-York Daily Tribune*, en 1846 llegó a Europa con el objetivo de seguir los movimientos revolucionarios la estadounidense Margaret Fuller (1810-1850), ya conocida por su obra de declarado feminismo, *Woman in the Nineteenth Century*, publicada en 1845. Tras pasar por Londres, donde conoció a Mazzini, y por París para entrevistar a George Sand, Fuller se encaminó a Roma para desde allí relatar a los lectores del otro lado del océano la atmósfera de esperanza que se había producido con la elección del papa Pío IX. Desde las páginas del periódico ponía al día la evolución de la situación interna de los Estados italianos, y solicitaba el apoyo de la opinión pública estadounidense a la causa de la península: “Esta causa más que ninguna otra es nuestra; debemos demostrar que sentimos que es así”, (246) escribió el 17 de octubre de 1847. Su compromiso no se circunscribió a la actividad periodística, sino que la impulsó a participar en persona en la fortuna de la República romana, codo a codo con Cristina Trivulzio di Belgioioso en la obra de socorro a los heridos durante el asedio francés a la ciudad del papa.

Es así que llegamos a encontrar una de las grandes plumas italianas de la

Unificación y una mujer, separada del marido y autónoma en sus elecciones y sus movimientos, que excedía por completo el esquema de la madre-ciudadana, que era todo familia y sacrificio: Cristina Trivulzio di Belgioioso (1808-1871). Ya exiliada en París debido a su adhesión a la sociedad secreta de la Carbonería, regresó a Italia para apoyar los movimientos de 1848 y al concluir la experiencia milanesa y aún en vida la otra, más duradera, de Venecia, Cristina escribió la historia de ambas revoluciones. No era novata en lo atinente a proyectos de escritura: había publicado varios ensayos, traducido a Giambattista Vico, dirigido periódicos y colaborado en revistas de prestigio. Se impuso como una intelectual en todos los sentidos, caracterizada por un estilo personal y directo.

Cristina Trivulzio di Belgioioso, quien también escribió una novela y memorias de un viaje por Oriente, captó por completo el papel crucial de la prensa periódica y de las hojas informativas por el aumento de la conciencia política y social: “La experiencia me había enseñado que una idea justa se beneficia al servirse sin descanso de todos los medios de difusión y de publicidad” y a tal propósito fundó periódicos y publicó muchos escritos también en los años posteriores. Por último, no dejó de señalar en 1866, alcanzada la unificación del país, en el primer número de Nuova Antologia, que necesitaba de inmediato remediar el estado de “sometimiento y envilecimiento de la mujer” y que los legisladores habían de comprender que “la obra que, a mi parecer debe preceder a la justicia, la cual anhelan algunas mujeres, puede comenzarse hoy”. (247)

Si Belgioioso en 1848 encontró material para sus ensayos, por el contrario, hubo quien restituyera esa atmósfera y esas tensiones en una obra literaria original. La *rivoluzione in casa*, de la oriunda de Treviso, pero mucho tiempo residente en Venecia, Luigia Codemo (1828-1898), es una novela que, con un tono brillante y animado, hace descender la historia desde el plano superior de los grandes acontecimientos hacia el cotidiano y común del entramado de los deseos, de los intereses, de los ideales y de las diversas proveniencias de los tantos personajes que animan el relato, cuya convergencia desataba conflictos. Cada cual se hacía portador de experiencias que justamente el clima revolucionario tendía a extremar. De tal suerte, en la pareja conformada por Teresa y Lorenzo, mucho más maduro y dotado de recursos económicos, Codemo conseguía transponer no solo las opuestas facciones políticas sino asimismo los impulsos divergentes de los sexos, que parecían representar bien la situación de Italia.

Ella, ardiente, febril, provocadora; él, frío, una verdadera mosca muerta: bueno y pasivo, todo lo opuesto que antes de la revolución, en la cual era manifiestamente avaro y tiránico. Él, tímido, expectante, alimenta irreverentes dudas secretas en torno a la pronta y entera redención de Italia; tácitamente encerrado en el cuadrilátero de sus derechos. Artero en eso y en no hacerse notar por ser favorable a Austria, apoya, de manera sobria, el gran movimiento. También había vestido el conde Lorenzo el uniforme de todo buen italiano, en el tiempo de 1848 [...] Esto, de dientes afuera, porque en el alma palpitaba la causa del orden, esa que podía darle apoyo seguro contra la bella infiel, por lo que antes prefería ser traicionado que apartado de ella. Ella, quiero decir Teresa, sentía todo eso con el instinto del miedo y de sus rencorosas pasiones. Allí estaban los dos: el ejército austríaco y el italiano encarnados en dos individuos; los reportes, enviados desde ambos campos de batalla, como balas de cañón frías, iban a parar a esos dos míseros corazones. (248)

Nutrida por la experiencia de esos años borrascosos, que suscitaban deseos de emancipación incluso en el convento donde había sido recluida por la fuerza, cuya dispensa había solicitado repetida e inútilmente y que abandonó pese a la vigilancia y los arrestos, la napolitana Enrichetta Caracciolo (1821-1901) dio vida a una novela histórica autobiográfica: *Misteri del chiostro napoletano*. Desarrollada con maestría, amplia documentación y una expresión a lo Alejandro Dumas que atrapa todavía hoy al lector, cosechó un gran éxito: ocho reimpresiones entre 1864 y 1873, dieciséis mil ejemplares vendidos, traducciones a seis lenguas, leído y apuntado por Dostoievski y celebrado por Manzoni con comentarios elogiosos. Comenzando por la narración de las primeras etapas de su existencia, desde la infancia hasta la muerte del padre, los primeros amores y la reclusión en el convento por la falta de dote, pasaba a describir la condición de las monjas que, aunque de buena familia, eran dejadas en la ignorancia y en el aislamiento cultural:

Criadas por tal motivo lejos de toda doctrina que ampliase adecuadamente la esfera de sus ideas, para disciplinar y fecundar sus sentimientos, para refinar sus costumbres; sin estar informadas de otra cosa del mundo a no ser de leyendas, milagros, visiones, ascéticas fantasmagorías, obtenidas en la lectura de los escasos libros hagiográficos, que les ha concedido la biblioteca de la familia, ya

sea dentro o fuera de la casa; ni en contacto con otra persona que no fuese un familiar cercano o el propio confesor.

Con agudeza, Caracciolo se lanzaba contra la confesión, que en la vida asfixiante del convento asumía una relevancia extraordinaria para las reclusas –“Con el andar del tiempo la confesión ha llegado a ser para ellas la condición sine qua non de su existencia”–, pero para ella se convirtió en “una especie de camorra, que tiene sus adeptos, sus reglamentos tácitos, sus jefes, su código penal”. Y la relación de estas pobres mujeres con su confesor, única conexión con el mundo y desahogo de sus sentimientos reprimidos, en el brioso relato de Caracciolo asumía un costado sentimental: “Existían allí Eloíisas que consumían más horas en dulce demora con sus Abelardos en sotana”. (249) Mas la descripción de las condiciones de los conventos pretendía ser una metáfora del clima de represión y violencia presente en el reino borbónico, y en aquellas páginas Caracciolo encontró el modo de expresar sus ideas republicanas y anticlericales, que se habían nutrido de forma clandestina de la prensa patriótica. Tras huir del claustro, se casó, se convirtió en partidaria de Garibaldi, quien le confió el encargo de inspectora de los colegios napolitanos de señoritas y se comprometió con la causa por los derechos de las mujeres también a través del trabajo periodístico y la actividad literaria. (250)

LAS MUJERES DE EUROPA ASISTEN A LA ESCUELA

“De los dos –el voto y el dinero– me ha parecido mucho más importante el dinero”. (251) Esta frase de Virginia Woolf se torna útil para consolidar una relación que corre el riesgo de escapárseles y en cambio atañe de cerca a aquello que nos ocupa, es decir, el acceso a la escritura y más en general a la educación. A despecho de lo que escribía Virginia Woolf, estos dos elementos –el voto y el dinero– en la historia han estado íntimamente conectados, de manera concertada, con un tercer elemento: la escuela. Y este temible trío ha mirado con desdén a los estratos medio-bajos y más aún a las mujeres, mucho más todavía en el momento en el cual las bases del sufragio masculino se estaban ampliando. La instrucción estaba destinada a los hombres, que tenían derechos de propiedad,

que por lo tanto estaban censados, y que, merced a esta condición, podían votar. Debían pues estar en condiciones de hacerlo, comprender las preguntas y descifrar los enunciados sobre los cuales deberían expresar su voto. Hay entonces un nexo necesario, aunque opaco, que ha asociado los derechos políticos con la instrucción y que en el caso de las mujeres ha obstaculizado mucho el camino para alcanzar ambos. Bien mirado, el otorgamiento del voto a las mujeres en efecto siguió de cerca, con diferente retraso según el país, el acceso de las mujeres a la plena educación y al ejercicio de las profesiones.

Voto, dinero e instrucción de hecho han ido de la mano en la historia y de esto las mujeres del siglo XIX, que habían asimilado algunas nociones sobre los derechos, gracias también a sus abuelas y madres, se dieron cuenta de ello, ¡y vaya que se dieron cuenta!, y en la segunda mitad del siglo comenzaron asimismo a actuar. Los movimientos políticos femeninos no descuidaron esta conexión, y la educación, junto al voto, a la administración directa de los bienes propios y a la paridad salarial, se coloca en el centro de las demandas y de las iniciativas del feminismo europeo, insistiendo en el nexo entre su ausencia y la continuación de las mujeres en un estado de sometimiento, incluso bajo el impulso del texto de John Stuart Mill. En *The Subjection of Women*, Mill, que reelaboraba la materia tratada junto a su mujer, la filósofa Harriet Taylor, revelaba la cadena existente entre la subordinación del pasado y la escasa oposición femenina a causa de la ignorancia, al observar que en el presente por el contrario las mujeres habían comenzado a expresarse y a no consentir más su subordinación:

Desde que las mujeres pueden dar a conocer sus sentimientos por medio de sus escritos (único medio de acción pública que la sociedad les consiente), cada vez en mayor número han registrado sus protestas contra su actual condición social. Recientemente, millares de mujeres, encabezadas por las más eminentes que las gentes conocen, han dirigido al Parlamento peticiones encaminadas a obtener el derecho de sufragio en las elecciones parlamentarias. Las demandas de las mujeres pidiendo una educación sólida y en las mismas áreas de conocimiento que las del hombre son cada vez más insistentes, y cada vez más seguras las posibilidades de éxito de su pretensión. Al tiempo que la exigencia de ser admitidas a las profesiones y ocupaciones que hasta hoy les fueron vedadas año a año se vuelve más imperativa. (252)

Aunque no hubo adelantos en el terreno del sufragio femenino, a mediados de siglo en todas partes se avanzó con decisión hacia la escolarización masiva y sobre todo la de las niñas, si bien los pasos dados no fueron exhaustivos ni de conquista inmediata, frenados además por el conflicto entre el Estado y la Iglesia. Apuntemos la mirada a las leyes sobre la educación obligatoria nacional, precedidas por recorridos en cierto modo diversos y con picos de alfabetización más altos en los países de religión protestante: con la Education Act de 1870 el gobierno inglés se comprometió en impartir a todos los niños una educación elemental desde los cinco hasta los trece años, que no obstante se convirtió en gratuita recién desde 1891 y en obligatoria dos años después. En Francia se dictaron leyes entre 1881 y 1886 que establecían que la escuela primaria fuese laica, gratuita y obligatoria. En el Imperio Habsburgo se llegó, luego de un camino de precoz escolarización pública en el siglo XVIII y un sucesivo retroceso con la devolución a manos eclesiásticas, a la ley de 1869, que sancionó la educación primaria obligatoria hasta la edad de catorce años. En 1872, Prusia aprobó el primer reglamento general sobre la escolarización básica, mientras que España, que contaba con la tasa de analfabetismo más alta de Europa y un notable desinterés por la instrucción femenina, la ley Moyano de 1857 instituyó la educación obligatoria gratuita para los pequeños desde los seis a los nueve años, pero la delegó a las comunas, dejándola de hecho a cargo de los entes religiosos y será necesario llegar a los primeros años del siglo XX para un cambio de rumbo. Italia demostraba que tenía buena voluntad: necesitaba, sin embargo, “hacer a los italianos”, luego de haberlos unido bajo un mismo techo. De acuerdo con los datos del censo poblacional realizado tras la creación del nuevo Estado, muy pocos sabían escribir y leían apenas algunos pocos más, con una diferencia interesante: si las mujeres eran menos capaces de emplear la pluma, en general se arreglaban más en la lectura respecto de los hombres. (253) Del problema se hizo cargo la ley Casati de 1859, que con una medida orgánica se ocupó de todos los órdenes y grados de la educación, actualizada por la ley Coppino de 1877, que establecía la educación obligatoria durante dos años, a partir de los seis años de edad.

Se trataba solo del primer paso y aún se necesitaría esperar un poco para la educación secundaria de las jóvenes, rigurosamente separada, pero mientras tanto se había abierto camino la idea más bien nueva de que la educación era un bien absoluto y no algo que debía ajustarse reproduciendo las jerarquías sociales y de sexo. Detengámonos a subrayar este giro histórico de gran alcance que

liberaba la educación de una perspectiva meramente funcional que hasta ese momento descansaba en un interrogante: a cada estamento, a cada categoría de personas y a cada sexo, ¿qué cosas les sirve saber y qué cosas saber hacer?

Se comprendió entonces que la educación equivalía a una riqueza ya sea para los individuos, ya sea para la sociedad, comprobación definitoria del bienestar de los estados; en una sociedad en pleno desarrollo económico la escuela se volvía, en efecto, un espacio crucial para la emancipación cultural de hombres y, desde luego, asimismo de las mujeres, aunque siempre con algún refunfuño e inevitable distingo. Debemos imaginarnos cientos de miles de niñas que traspasaban los umbrales de las escuelas como legítimas alumnas, adueñándose del alfabeto y al mismo tiempo de un lenguaje que podía ayudarlas a comprenderse mejor a sí mismas y al mundo donde vivían, y a alimentar la idea de que ese mundo también podía ser mejorado y más aún de que para ellas había un sitio en él. Además, estas miles de pequeñas a menudo encontraban una maestra que las esperaba en la escuela, y así asociaban una autoridad “pública” en el campo del saber y del conocimiento con una figura femenina. A pesar de que se buscaba hacer confluir la imagen de las maestras y de las docentes de las escuelas superiores femeninas, instituidas en un segundo momento, dentro de una suerte de “maternidad social”, (254) de prolongación de la tarea educativa del hogar, a cuya identidad femenina se pretendía que se conformasen cada vez más –domesticación a la cual se prestó incluso una parte del feminismo moderado y sobre todo católico–, la novedad en el plano simbólico y social fue relevante. Para la percepción de las niñas, la figura del magisterio debió de abrir sendas en un imaginario que era monocromo.

Analicemos este giro que involucró a toda Europa y comenzó a incrementar el porcentaje de la población que podía aproximarse a un libro, a un escrito, a un documento, a la carta de un hijo y a un aviso del estado sin sentir desconcierto y verse forzado a recurrir a otra persona para descifrar el texto y, más aún, para escribir. En esta experiencia hay mucho más que nos atañe íntimamente. Es un punto que ya no tiene vuelta atrás y desde ese momento la historia de la escritura femenina, como nunca antes, se acercaba a la historia, lisa y llana, de la práctica escrituraria y, en unos pocos años, justo los necesarios para que la obligación de asistir a clases avanzara y fuera de veras respetada en todas partes, se basará en ella. Ya no será menester añadir siempre el adjetivo calificativo del sexo en las estadísticas de los escolares, de los alfabetizados, de los escribientes. Desde entonces rastrear las escrituras corrientes o literarias de las mujeres no será sinónimo de una caza del tesoro, sino del paso de un paisaje habitado y

diferenciado, como veremos dentro de poco.

Queda mencionar las etapas de la educación secundaria femenina, no obstante con una premisa general. ¿Qué se hizo, en este ámbito, de toda la celebración dieciochesca de la amistad entre los sexos y de la mixité? Un verdadero borrón y cuenta nueva, por tanto, un paso hacia adelante, pero otro hacia atrás. En el siglo XIX, en efecto, se insistía que cada sexo debía permanecer en su sitio y era conveniente que las mujeres se mantuviesen alejadas de la sociabilidad pública, e impensable que compartiesen los pupitres de las escuelas con los varones. La obsesión del sexo, que en su hora tanto influyó en las doctrinas de comportamiento y hasta en la ciencia médica de la época, dejaba entrever un gran peligro en que los cuerpos masculino y femenino compartieran las mismas aulas, aun cuando se tratara de niños. En el siglo XIX, “promiscuidad” era una palabra que rezumaba pecado y rimaba con inmoralidad. Las aulas escolares se crearon con la finalidad de ser usadas por separado, mejor todavía si se recurría a edificios diferentes, y así para cada nivel de la educación superior alcanzado, si bien existieron corrientes pedagógicas (Pestalozzi, Necker, de Saussure, Fröbel, y posteriormente Montessori) favorables a la coexistencia de los sexos.

Aun cuando la obligatoriedad escolar había sido sancionada y comenzaba a ser aplicada, varios obstáculos se interponían en lo concerniente al desarrollo de conocimientos superiores y técnicas que excedían las del papel maternal y de las competencias requeridas por los trabajos de baja calificación, los únicos a los cuales se destinaba la mano de obra femenina. La brecha, más marcada que en el pasado, entre la escolarización y la educación, era completamente desventajosa para el sexo femenino, que además sufría una segregación de sus coetáneos. Las jóvenes de las clases superiores perdieron las ventajas de su estatus: mientras que hasta el siglo XVIII o incluso los primeros años del XIX en las familias aristocráticas o de la burguesía acomodada las muchachas podían contar con una educación a veces también vasta, impartida a domicilio, a menudo compartida con los hermanos, el pasaje a la educación pública las privó de la formación superior, a la cual solo accedían los varones. (255)

En Inglaterra, el Movement for Women’s Educational Reform se movió precozmente y de manera autónoma respecto del estado a fin de promover, desde mediados de siglo, la apertura de las escuelas secundarias para niñas, una suerte de colegios para las muchachas de los estamentos medio-altos, y preocupado asimismo por la formación de las profesoras. En España, en 1858 se abrieron las puertas de la primera Escuela Normal Central para Maestras; en 1870 en Berlín

(Prusia), se inauguraron los liceos que conducirían a las jóvenes a la enseñanza secundaria. En Francia, en 1880, dentro del paquete de leyes sobre la educación, se instituyeron los liceos femeninos, impulsados por la acción de Élisabeth Lemonnier, quien en mayo de 1862 había fundado la Société pour l'Enseignement Professionnel des Femmes; en Italia, la ya mencionada Ley Casati de octubre de 1867, que en continuidad con la Ley Lanza de 1858, se ocupaba de establecer escuelas normales para la formación de los maestros, a las cuales accedían las muchachas un año antes que los varones, a los quince y no a los dieciséis años de edad. No obstante, en Europa los programas curriculares para maestros y maestras no coincidían en todas partes. Allí se habían incorporado como materia de enseñanza los trabajos “propios del sexo femenino” y en lo tocante a las nociones científicas se recomendaba una cierta “simplificación”.

Diez años más tarde, algunas jóvenes fueron esporádicamente admitidas en los liceos y esas mismas se convirtieron en las primeras graduadas del Reino de Italia, pero la señal de vía libre llegó solo con las circulares de la década de 1880. Debemos imaginar que se requería de una justa dosis de coraje y determinación, aparte de la necesaria aprobación de los progenitores, en particular del padre, para solicitar la admisión. Giulia Sacconi, primera mujer admitida en el liceo Dante de Florencia, era hija del director de la Biblioteca Nacional de la ciudad, y no hay duda de que el incentivo provino de la familiaridad en el hogar con los libros y la lectura. No es por azar que Giulia fuese una de las dos primeras bibliotecarias estatales empleadas en las bibliotecas gubernamentales italianas. (256)

Pese a las diferenciaciones y las cautelas, en el lapso de pocos años por todas partes se asistió al aumento exponencial del personal femenino docente en las escuelas primarias y secundarias, que tuvo notables consecuencias en la vida de muchas mujeres: correspondió a la obtención de la autonomía económica, de un estatus social reconocido, aunque modesto, e hizo de acicate a muchas maestras y enseñantes para que escribiesen, redactaran manuales, libros de lectura y ensayos de pedagogía, campo en el cual las mujeres se distinguieron significativamente.

¿Y la universidad? Siguió siendo el mayor escollo. En todo caso no era tampoco el último porque, aunque se superara el obstáculo y se obtuviese un diploma, no daba acceso sin más a las profesiones, aún vedadas a las mujeres. Para emparejar las cuentas sería necesario esperar a que estuviese bien entrado el siglo XX.

La Association for Promoting the Higher Education of Women (‘Asociación para promover la educación superior de las mujeres’), fundada en 1873 en Cambridge, comenzó a actuar en la opinión pública con el fin de obtener la apertura de los cursos universitarios para las muchachas y se logró asegurar que en algunas universidades, aunque no las más cotizadas, (257) ellas pudiesen asistir a las lecciones y conseguir diplomas en algunas disciplinas. En Oxford se graduaron las primeras mujeres en 1884 en Matemáticas, Historia y Ciencias Naturales. Con todo, fue recién con la Sex Disqualification Act (‘Acta de Discriminación Sexual’) de 1918 que se aprobó el ingreso y se permitió el acceso a casi todas las carreras. En Francia, la presencia de estudiantes femeninas siguió siendo esporádica y restringida a algunas universidades: en 1861 Julie-Victoire Daubié logró graduarse en la Facultad de Letras de Lion, mientras que la Universidad de París le había cerrado sus puertas. Pese a esto, las estudiantes crecieron en número tras la promulgación de la ley de 1880 de educación superior. Muchas de ellas provenían de países que, como Polonia, no admitían mujeres en los claustros universitarios. Maria Skłodowska (1867-1934), la futura Madame Curie, abandonó Varsovia y pudo inscribirse en 1891 en la Sorbona, donde se graduó en Física y Matemática. El ambiente cosmopolita de Suiza acogía desde 1875 a jóvenes extranjeras en las universidades de Zúrich y Ginebra. Las leyes rusas impedían a las mujeres el acceso a las universidades, con más razón si provenían de familias judías: Ernestina Puritz-Manasse Paper (1846-1921) partió del gueto de Odessa para llegar a Zúrich e inscribirse allí en la carrera de Medicina. No obstante, cursó su especialización en Italia, en Pisa, donde recibió su título en 1877, inaugurando así la serie de mujeres graduadas. El mismo recorrido realizó Anna Kuliscioff (1854-1925), nacida en Crimea, quien con el propósito de continuar los estudios debió trasladarse a Zúrich donde asistió al Politécnico y tomó cursos de Filosofía. Su actividad de militante socialista en un primer momento le impidió obtener el título; volvió a empezar en Berna donde se inscribió en la Facultad de Medicina para luego graduarse en 1886 en Nápoles. Polaca y también judía, Rosa Luxemburgo (1871-1919) pudo estudiar en Zúrich en la Facultad de Filosofía y en 1892 se pasó a Jurisprudencia, cuyo título recibió en 1897.

No debemos olvidar el binomio voto-educación, que estaba en el centro de los intereses de muchas protagonistas de las luchas europeas por el empoderamiento femenino; desde las inglesas Anne Jemima Clough y Alice Bonham Carter hasta la italiana Anna Maria Mozzoni, todas sufragistas y promotoras de la educación superior para las mujeres. Y no olvidemos mencionar el audaz acto de Maria Montessori (1870-1952), tercera mujer italiana en graduarse en Medicina, en

1896, con la especialización en neurosiquiatría obtenida en Roma. El 26 de febrero de 1906 escribió un artículo en el semanario *La vita* donde invitaba a todas las mujeres a que cumplieran con todos los requisitos que la ley exigía a los varones (veinte años, obligación escolar aprobada y pago de impuestos por una suma no inferior a veinte liras) a inscribirse en las listas electorales; un gesto que apoyaba a los comités prosufragio y a la concomitante petición en ese sentido que Mozzoni dirigió al Parlamento y que las estudiantes amplificaron fijando en las paredes su proclama. (258) Nada se obtuvo, pero al cotejar las fechas de otorgamiento del voto a las mujeres con las del acceso a la educación superior y a las profesiones, salta a la vista (259) el indudable vínculo entre el voto y la educación.

A estas alturas, corresponde desempolvar nuestra metáfora de los vasos comunicantes y constatar su veracidad: a más mujeres capaces de escribir, más mujeres que emplean la escritura para expresarse y atravesar las puertas de la literatura. En la segunda mitad del siglo XIX, y máxime en las postrimerías del siglo, cuando la obligatoriedad de la enseñanza por fin logró su cometido, encontraremos escrituras femeninas corrientes, literarias, comprometidas, ambiciosas, replegadas, descaradas, íntimas, públicas, periodísticas y ensayísticas, como nunca antes había sucedido.

EL CALEIDOSCOPIO DE LAS ESCRITURAS

Ya se ha dicho que las mujeres producían escritos de toda clase en esta segunda mitad del siglo XIX. ¿Hay alguna diferencia con la primera mitad que no se refiera exclusivamente a la cantidad, aun cuando este dato es un asunto por completo respetable?

Para comenzar, podría responderse con una serie de elementos sociológicos e históricos. La literatura de las mujeres se colmaba entonces de historias de lavanderas, costureras, obreras, maestras, institutrices, reformadoras, viajeras, socialistas, anarquistas y lesbianas. (260) Con el auge revolucionario europeo ya en declive y habiéndose terminado de cantar a la patria y a los pueblos, he aquí que se hacía evidente la transformación de las vidas femeninas, los nuevos destinos, imágenes e identidades que se imponían en el espacio público gracias

al trabajo, es más: a los trabajos. También trabajaban antes, ya lo sabemos. Pero llegado ese momento los oficios tradicionales se sumaban a las varias posibilidades de empleo, así como de explotación, que se abrían con el cambio de la organización total de la producción y del consumo producido por la sociedad industrial y por el desarrollo del sector terciario. Por lo cual, si incluso persistía el trabajo doméstico, las mujeres, no obstante, prestaban servicio en muchos más sitios, ya fuese en actividades comerciales o artesanales, si no de oficina, y por tanto se concentraba una visibilidad mucho mayor en la figura de la trabajadora, con intensos debates, preocupaciones y proyectos de ley de tutela:

En la fábrica de lana donde áspero clamor
sombriamente la bóveda amplia resuena,
y entre estridentes mecanismos
de miles de mujeres se explota el vigor [...] (261)

Trabajo, por lo demás, es la palabra clave del siglo y las mujeres componían una dilatada parte de este universo que se esforzaba y procuraba vivir de él. Algunos datos nos ayudarán a comprender por qué la literatura, y especialmente la de las mujeres, estaba investida de la fuerza expansiva del trabajo: en Lombardía, por ejemplo, en 1881 las mujeres representaban 54% de la fuerza de trabajo activa, con una contracción del número de amas de casa. (262) Si en el pasado la categoría de las empleadas domésticas absorbía el mayor porcentaje, hacia el final del siglo prevalecían las nuevas ocupaciones: obreras, secretarias y archivistas de firmas comerciales, dependientas, telegrafistas, linotipistas, maestras, docentes y enfermeras. Alrededor de 1906, en Francia las mujeres constituían 40% de los empleados. (263) Cuando describía las instituciones caritativas napolitanas de la década de 1870, Teresa Filangieri Fieschi Ravaschieri (1826-1903) ofrecía un espejo ejemplarizador de la transformación de los empleos femeninos: nombrando, en efecto, una reciente fundación destinada a mantener a mujeres trabajadoras, enumeraba “maestras, telegrafistas, contables, camareras, obreras y hasta ayudantes de cocina”, (264) aparte de las huérfanas.

Nos encontramos ante un pasaje interesante que revela el efecto de la escolarización, sobre todo de la asistencia a las escuelas para convertirse en maestras: si hasta la mitad del siglo habían sido las escritoras sensibles a los temas sociales quienes se ocupaban de las menos afortunadas, haciéndolas entrar en el mundo de la representación literaria –George Sand narraba acerca de la joven Consuelo, dotada de una voz cristalina que se ganaba la vida con la aguja; la Marchesa Colombi o Maria Antonietta Torriani (1840-1920), seguía las vivencias de Nanna, que se agotaba trabajando en un arrozal– (265), desde los años ochenta de ese siglo prevalecía significativamente un “hazlo tú misma” de la escritura. Matilde Serao (1856-1927) se inspiraba en la experiencia que había vivido en carne propia para afrontar el calamitoso estado de la economía familiar: tras haber obtenido el diploma de maestra, se empleó en los Telégrafos del Estado y con eficacia y energía trasladaba a su novela corta *Telegrafí dello Stato* (Sezione femminile) aquellos cuatro años que pasó allí, gracias a los cuales entró en contacto con muchas otras jóvenes de temperamentos, aspiraciones y orígenes diferentes:

En silencio, aquellas enfilaron hacia su escritorio y se dirigieron a las máquinas. En plena luz del salón, iluminado por tres ventanas, se veían las caras soñolientas de las que habían dormido demasiado poco, las caras pálidas de las ateridas, las caras desvaídas de las enfermizas; y todas daban la impresión de sosegada resignación, de aburrimiento indiferente, de apatía casi serena. Comenzaban su jornada de trabajo, sin reír, todas ocupadas de manera mecánica en aquellos primeros aparatos: encorvadas sobre las máquinas, había quien desenroscaba la cuchilla de acero que imprimía los signos, otra colocaba el rollo nuevo de papel, alguna impregnaba de tinta, con un pincel, el rodillo, y alguna otra más sentía la ductilidad del teclado. (266)

Matilde Serao, como algunos personajes femeninos del relato que esperando la llegada de los telegramas leían o escribían, logró cultivar en el tiempo que le quedaba libre su pasión por la literatura, luego pasó a colaborar en revistas y fundó un diario, *Il Mattino*.

Las telegrafistas se transformaron en personajes dignos de novelas (267) y las maestras, personalidades de referencia de la vida del barrio, del pueblo y de la

aldea, poco a poco sobrepasaron en número a sus colegas varones (268) y no perdieron la oportunidad de entrar de pleno derecho en la escena literaria. Eso pensaron las maestras de pluma fácil para narrarse a sí mismas, superando, aun así, el límite de la pura autobiografía. Siguiendo las huellas de esta producción es posible volver a recorrer la gradual ascesis de una carrera que iba desde la aceptación, con picos de resistencia o de hostilidad, hasta una más relevante posición social, digna también de jóvenes mujeres burguesas y anunciadora de impulsos emancipatorios. Del heroísmo de la joven Ginevra en su primer encargo lejano de casa, confinada en una habitación vacía anexa al aula, se ocupaba Clarice Gouzy Tartufari (1868-1933) con *Maestra*, de 1887, mientras que, con su pluma de escritora y periodista prolífica, Ida Baccini (1850-1911) alcanzaba la apoteosis. Hija de un director de tipografía, había sentido precozmente el olor de la tinta, más por necesidad había debido seguir el oficio de maestra, como escribió en la autobiografía: “Para resumir, en tres meses me preparé para dar el examen que hizo de mí una de las tantas maestruchas del bello reino itálico”. (269) Descubrió, no obstante, una verdadera pasión por la didáctica y la pedagogía en las cuales invirtió muchas energías, junto a la producción de cuentos, novelas y traducciones así como a una intensa actividad periodística. Sin embargo, no olvidó sus comienzos, como da fe *Il romanzo di una maestra*, publicado en 1901.

Eran identidades nuevas que pedían ser contadas, subjetividades femeninas que tocaban a la puerta de la representación, del nuevo abanico de vidas posibles, entregadas a la legitimidad de la autonarración. Y la escolarización alcanzada ampliaba sus posibilidades y permitía que también lo hiciesen las obreras y las trabajadoras más humildes de la cadena social. Algunas asalariadas inglesas dejaron huella de sus penosas vidas en las memorias escritas para el Gremio Cooperativo de las Mujeres y la combativa Jeanne Bouvier (1865-1964), que desde tierna edad había debido arreglárselas en una serie de trabajos diferentes – empleada doméstica, obrera, cocinera, modista–, convertida en sindicalista ofrecía un rico testimonio al final de su larga vida con *Mis memorias* o 59 años de actividad industrial, social e intelectual de una obrera (1876-1935). (270) Un derrotero compartido por la obrera vienesa Adelheid Popp, luego dirigente del partido socialdemócrata, quien decidió escribir *Recuerdos de juventud* de una trabajadora con el objetivo de alimentar la esperanza de sus compañeras: “He escrito la historia de mi juventud porque he hallado en mi destino el de miles de mujeres y muchachas salidas del proletariado”. (271)

El trabajo entendido como sufrimiento y embrutecimiento, pero también como

identidad, oportunidad, opción de libertad y medio para expresar la propia dignidad de persona, aunque de ordinario pagada a un precio alto. Todo esto confluía en las escrituras de numerosas mujeres que se hicieron intérpretes de las luchas y de las reflexiones en torno a la condición obrera, que entrelazándose con la femenina provocaba más de un cortocircuito, incluso en las organizaciones sindicales y de los trabajadores. Son tantos, muchísimos los nombres de las mujeres que mojaron sus plumas en la tinta de las batallas para reducir la esclavitud del trabajo, pero recordemos al menos algunas que dejaron una estela más luminosa: Anna Maria Mozzoni, Anna Kuliscioff y Clara Eissner Zetkin.

Para seguir hablando del trabajo, no debe olvidarse aquel que se halla estrechamente emparentado con la literatura y que se presentó a las mujeres como una de las vías principales para realizar su aprendizaje de escritura, para darse a conocer, pero también para colocarse mejor en el seno del poderoso medio de comunicación: las publicaciones periódicas. Ya se ha visto que habían hecho sus contribuciones a ellas en los años precedentes, pero en particular en esta segunda mitad del siglo XIX quien mejor representó la producción cultural, en asociación con la expansión de los géneros de consumo, fue la “cultura periodística”. Formar parte de ella significaba ingresar en los circuitos profesionales, ser legitimadas y, algo no menor, además retribuidas.

Algunas empezaron a escribir para los periódicos, comenzando por la inglesa Eliza Lynn Linton (1822-1898), a quien pareció corresponderle la ventaja de haber sido la primera periodista encuadrada y pagada como tal por The Morning Chronicle, si bien colaboró con muchos otros; escribió asimismo novelas con una actitud decidida, por otra parte sin conceder nada a las posiciones feministas. Un enfoque diferente tuvo Marguerite Durand (1864-1936), quien colaboró con La Presse, periódico francés grande y popular, para luego pasar a Le Figaro en 1895, aunque poco después se marchó para fundar La Fronde, primer diario feminista, dirigido y escrito solo por mujeres, el cual salió desde 1897 hasta 1905. La figura de la corresponsal se insinuaba en el oficio también en ropas femeninas: Jessie Jane Meriton White (1832-1906) era la enviada de The Daily News a Italia, la española Emilia Pardo Bazán (1851-1921) mandaba sus artículos a El Imparcial desde Roma, París y Venecia, Emily Crawford (1831/32-1915) firmaba las “Cartas desde París” en Truth desde 1877 hasta 1915, la rusa Anastasia Vasílievna Kairova (1845-1888) para Golos escribía desde Serbia, Turquía, Grecia, Austria y Hungría, firmando sus notas con iniciales, mientras que Maria Cederschiöld (1856-1935) fue la primera mujer periodista en Suecia

en ser jefa de redacción del departamento de noticias internacionales de un periódico.

Muchas, deseosas de labrarse una carrera en el ámbito literario, realizaron prácticas en las publicaciones dirigidas a las familias, como *The Englishwoman's Domestic Magazine*, cuyo espíritu era cuidado por Isabella Mary Mayson Beeton (1836-1865), o en las de moda, sectores editoriales en plena expansión: estos asumieron la tarea de transmitir el nuevo código burgués que disciplinaba el cuerpo y toda la vida femenina en una “normalización” por completo doméstica, dejando, empero, amplios márgenes de información y de circulación de textos literarios femeninos. Los modelos, por lo general tomados de Francia, se pasaban de mano en mano en todos los talleres de modistas y sastrerías europeas, y dentro de estas hojas ilustradas filas cada vez más cuantiosas de escritoras se entregaban con denuedo, preparándose para el lanzamiento como novelistas, y ocupaban posiciones cada vez de mayor jerarquía en la industria editorial, en especial en Italia, donde las más emancipadas parecían, sin embargo, competir en el mantenimiento de las otras dentro del conformismo. En las páginas de la elegante Margherita, nacida en 1878, que no por casualidad presentaba como subtítulo Periódico de las señoras italianas, firmaban artículos Matilde Serao, Neera (Anna Radius Zuccari, 1846-1918), Cordelia (Virginia Tedeschi-Trèves, 1849-1916), Contessa Lara, o contribuían en las de Cordelia, dirigido por Ida Baccini.

Otras fueron periodistas mucho más combativas ya sea en el campo de la emancipación de las mujeres y de las trabajadoras o de la defensa de la paz: la paduana Gualberta Beccari fundó en abril de 1868 el periódico *La Donna* que durante muchos años fue el punto de referencia del movimiento para la emancipación femenina en Italia, donde colaboró, entre otras, Anna Maria Mozzoni, que dio vida también a diferentes empresas periodísticas.

Eran aguerridas la española Concepción Arenal (1820-1893), a menudo vestida de hombre y de ideas progresistas: trabajó en las prisiones femeninas como inspectora y colaboró activamente en *La voz de la caridad* de Madrid; o la cretense Kallirhoe Parren (1861-1940), que fundó en 1887 en Atenas el Periódico de las mujeres. Se trataba de una publicación enteramente dirigida por mujeres que se prolongó hasta 1916. Parren, que también escribió varias novelas, creó en 1896 la Unión de mujeres griegas. Una mención especial merece la praguense anticlerical y pacifista Bertha von Suttner (1843-1914), quien, aunque de familia aristocrática, debió mantenerse trabajando de institutriz y luego con

las ganancias de la escritura, gracias al éxito extraordinario de su novela, publicada en 1889, ¡Abajo las armas!, (272) que recibió elogios de Tolstói. La vivencia se centra alrededor de Martha, una mujer fervientemente contraria a la guerra y a la educación masculina basada en el militarismo. Suttner se dedicó al periodismo en particular para difundir sus ideas en pro del desarme y fundó con el marido el mensuario homónimo a la novela que se lanzó en 1892 y salió hasta 1899; juntos promovieron la Conferencia de Paz de La Haya, patrocinada por el zar Nicolás II, y durante la conferencia trabajó como enviada de Neue Freie Presse. Su incansable compromiso internacional en la causa del desarme hizo que consiguiera en 1905 el Premio Nobel de la Paz, a solo dos años de distancia del logrado por Marie Curie en física.

UN SIGLO PEDAGÓGICO Y PROLÍFICO

El siglo XIX fue un siglo pedagógico porque tras la caída del antiguo régimen y las explosiones revolucionarias, en efecto se necesitaba edificar la moral adaptada a los nuevos tiempos, que debía alejarse a grandes pasos de los modelos aristocráticos y repensar por completo las identidades de hombres y mujeres. Salieron a la luz las fuerzas religiosas de toda tendencia y en este terreno las mujeres brindaron una gran ayuda y de buen grado se les concedió espacio como recursos regeneradores de la sociedad, intérpretes de un poder correctivo y moral respecto de los hombres: un poder formidable, no obstante disciplinado y sobre todo disciplinador. Muchas mujeres católicas o protestantes entrevieron allí grandes posibilidades de mostrar su capacidad y se lanzaron de cabeza a la filantropía y a las actividades sociales. Pronto aprendieron a organizarse y a mostrar un protagonismo eficaz y probablemente muy gratificante y, si a las otras mujeres les enseñaban el sagrado valor de la domesticidad y de la familia, por lo general en sus jornadas el trabajo las mantenía durante largas horas fuera de casa. No rehusaron añadir la pluma a esta vasta obra, sea por medio de las colaboraciones en los periódicos, sea a través de la redacción de ensayos e instrucciones para jóvenes y no tan jóvenes. Mathilde Lippens Bourdon (1817-1888) fue una de estas plumas al servicio del catolicismo que, como otras, no quiso engalanarse con el título de autora. Más bien a ellas les correspondía la calificación, alejada de las costumbres mundanas, de “madres educadoras”. Escribió para *Le Journal des Demoiselles*, Le

Dimanche des familles y otros impresos, pero lo más interesante es que se dedicó con indudable habilidad a crear un modelo de novela popular católica, tendiente a enfrentar la competencia de otras lecturas mucho más temibles con las cuales las mujeres ya estaban familiarizadas. Su producción fue harto fecunda, orientada especialmente a las muchachas, y en las novelas exponía a sus protagonistas a una serie de pruebas impuestas por la integración de hombres y mujeres en el mundo del trabajo y en la modernidad, como en *La hija del granjero* o *Marthe Blondel* o la obrera de la fábrica, con el fin de demostrar que solo la inocencia y la discreción de las jóvenes podían preservar al mundo del caos.

La filantropía decimonónica adoptó un rostro decididamente femenino en la corriente de la maternidad social, y la escritura tenía la intención de sustentar su accionar: la napolitana Teresa Filangieri, nieta del insigne filósofo, al introducir su monumental obra *Historia de la caridad napolitana*, tras una breve pero culta y documentada historia de las tradiciones napolitanas de socorro a los pobres, subrayaba el papel de las mujeres: “La historia de nuestra caridad es de ejemplos de generosidad, de humildad, de sacrificios, producidos por reinas, princesas, patricias, burguesas y plebeyas”. Quería transmitir al mundo entero el mensaje de que las mujeres napolitanas: “también quieren hoy ser las madres de los pobres, de los huérfanos y, más aún, de quienquiera que sufra”. (273)

Otra tesitura, resueltamente más feminista, exhibían las escritoras que animaban el ambiente protestante, activas también ellas en el asociacionismo dirigido a las cuestiones sociales, en especial en el compromiso a favor de la abolición de la prostitución, del cual se hacía portavoz la inglesa Josephine Grey Butler (1828-1906). Acompañaba sus fervientes batallas con una copiosísima producción de libelos y escritos; en efecto, más de noventa títulos llevan su firma, entre los cuales se destacan *El trabajo de la mujer y la cultura de la mujer* de 1869 y *Pureza social* de 1879. Con *Profetas y profetisas*, publicado en 1898, a la reivindicación de la educación y el sufragio femeninos Butler añadía un lugar paritario en el ámbito religioso, con miras a obtener el acceso a la ordenación y a la predicación para las mujeres. En esto seguía las huellas de la educadora estadounidense Frances Elizabeth Willard (1839-1898), quien había publicado en 1888 *Mujer en el púlpito*. Butler además se consideraba a sí misma una profetisa. (274)

La escritura de las mujeres, ya se ha visto, no nacía de la nada y en cada país se nutrió de las respectivas tradiciones culturales; por consiguiente, si en Inglaterra

la novela había prendido pronto en la producción femenina, en otras partes se prefirió incursionar en los géneros allí consolidados. En el caso de Italia, el sector histórico y erudito que tenía un influyente arraigo en el mundo de la cultura, alimentado por las academias locales, conoció una amplia contribución por parte de los literatos, sobre todo después de la Unidad: se censaron más de 1850 escritos femeninos de tema histórico publicados desde 1861 hasta 1920, (275) en los que predominaban las biografías. Algunas estaban firmadas por italianas de adopción y dedicadas a las vidas de los grandes patriotas del panteón de la Unificación, como las que salieron entre 1882 y 1894 de la periodista inglesa Jessie White Mario (Meriton White de soltera) sobre Garibaldi, Mazzini, Bertani, Nicotera, Cattaneo y Dolfi. Había llegado a Italia para seguir al héroe de los dos mundos y para entonces ya había traducido al inglés la obra del conspirador Felice Orsini, *Las prisiones austríacas de Italia*, con un éxito de ventas increíble, alrededor de treinta y cinco mil ejemplares, y había participado activamente en las iniciativas de propaganda mazziniana. En Italia, donde conoció a Alberto Mario, con quien se casó, apoyó la Expedición de los Mil, continuó su tarea periodística y publicó *La miseria en Nápoles*, una investigación acerca del estado de la ciudad que salió por entregas en *Il Pungolo*. Evelyn Lilian Hazeldine Carrington, nacida en Bocking (Inglaterra), firmemente interesada en la Unificación, de muy joven se trasladó a Italia, donde frecuentó los ambientes de los patriotas, donde conoció a Giuseppe Garibaldi y, en casa de Goffredo Mameli, a Eugenio Cocchetti (conde Martinengo-Cesaresco) con quien contrajo matrimonio. Mandó a la imprenta *Historia de la liberación de Italia*, luego *Patriotas italianos* y una biografía de Cavour. Zellide Fattiboni (1811-1891), oriunda de Cesena, hija de un patriota que había sufrido de largo la cárcel y el exilio, publicó en 1888 *Memorias histórico-biográficas* dedicadas a su padre, en tres volúmenes, donde además de reconstruir la figura del progenitor, hacía lo mismo con toda la generación que había colaborado a forjar Italia, un esfuerzo apreciado por Giosuè Carducci.

Otras más moderadas, que pasaron a la historia al transitar desde géneros diferentes y al mantener estrecho contacto con los periódicos, se dedicaron a estudiar glorias locales, como hizo la parmesana Caterina Pigorini Beri (1845-1924), que en la década de 1880 comenzó a publicar en *Nuova Antologia* numerosos artículos sobre acontecimientos y personajes ligados a la corte de Parma. Anunciaba su proyecto al director del diario: “Allí aparecerá Canossa, luego vendrán las invitaciones a almorzar en los siglos XIV y XV, luego una serie de duquesas de la Marca comenzando por Teodora y Marozia, pasando por Matilde y Lucrecia Borgia para llegar a Costanza Varano. Hay que ver qué

bellezas, querido señor: pero estos son trabajos largos y cansadores y yo soy una holgazana”. (276) ¿Cómo debía escribirse la historia para que el pueblo que lentamente se estaba alfabetizando experimentase interés y curiosidad? ¿Cómo mantenerlo atraído a las vivencias del pasado? Caterina Pigorini Beri daba mucha importancia al éxito con el público y aventuraba una solución: “Para hacer que el pueblo se interese en la historia nacional sin duda se necesita aliñarla con esos hechos dramáticos y anécdotas agradables por medio de los cuales los franceses han sabido adueñarse de las mentes y de los corazones. Con esto no digo que yo sepa hacerlo, ¡Dios me guarde!, digo que a partir de la acogida de mi artículo puede repetirse una vez más que todos los géneros son buenos, salvo el género aburrido”. (277)

A ella debemos, sobre todo antes de que pasara a escribir de historia, notables aportaciones a la etnografía que entonces comenzaba a robustecerse: en sus viajes a regiones apartadas recogía imágenes y discurría acerca de la miseria, la injusticia y las peculiares reacciones populares. “Usi e costumi dell’Appennino Marchigiano” e “In Calabria” aparecieron en las páginas de Nuova Antologia entre 1879 y 1883.

Mientras que algunos literatos, desde los hermanos Grimm hasta Tommaseo, habían comenzado a dirigirse a las campesinas y montañesas para recoger la voz de las mujeres que custodiaban relatos, leyendas, fábulas, dichos y proverbios, algunas escritoras fueron un poco más allá en la obra de conservación de la literatura popular, que mucho le debía a la creatividad femenina. Era además un campo aún relativamente despejado, donde las escritoras y viajeras podían labrarse un espacio de interés y de notoriedad. Maria Savi-Lopez (1846-1940), docente y amante de la música, en efecto lo alcanzó con *Leggende del mare*, que vio la luz en 1894. Nacida en Nápoles, siendo todavía una niña tuvo que dejar esa ciudad con su familia y dirigirse a Turín debido a que su padre estaba mal visto por los borbones. En aquella obra había agrupado, al igual que había hecho algunos años antes para *Leggende delle Alpi* de 1889, todas las leyendas referidas al mar, ya sea las mediterráneas, ya sea las nórdicas y oceánicas. Sin traicionar el espíritu de etnógrafa y estudiosa del folklore, infundía en esos libros un aliento poético con el escrúpulo de no “transformar las leyendas, dado que el pueblo es poeta soberano, y la obra debe respetarse por el artista que admira la sublime poesía que se forma a través de los siglos”. (278)

Incluso las extranjeras que llegaban a Italia, de viaje o por la aventura de la Unificación, contribuyeron a la recuperación del patrimonio folclórico: Evelyn

Carrington Martinengo-Cesaresco, siguiendo los pasos de Giuseppe Pitrè, publicó en Londres Ensayos en el estudio de canciones folclóricas, y le siguió Rachel Harriet Busk con Canciones folclóricas de Italia.

EL RIESGO DE LA MEDIOCRIDAD

Escribían de todo y acerca de todo, ya se ha dicho, pero será bueno matizar el cuadro que podría parecer sin conflictos. Las obras de las escritoras se acogían sin demasiadas objeciones en los catálogos de las editoriales que avanzaban a todo ritmo, ellas podían tener ingresos y hacer de su escritura un oficio. Aún así, la firma femenina todavía desentonaba, la respetabilidad burguesa que el siglo exaltaba sugería cautela, insinuaba que el puesto de las mujeres en realidad era otro, indudablemente no entre las prensas y caracteres tipográficos. Muchísimas recurrieron así a firmar con nombres masculinos, en ocasiones sirviéndose del anagrama del apellido del marido. Más que el anonimato, preferían encubrirse detrás de una figura de hombre, confundir los papeles, ocultar la identidad femenina, que parecía ser equivalente a mostrar y exhibir el cuerpo y, por tanto, se limitaban a asomar la cabeza en tímidos prefacios. (279)

Rosalía de Castro (1837-1885), pese a ser una celebrada poeta y prosista gallega, muy conocida por sus Cantares gallegos, en una ficción literaria escribía a su amiga Edoarda aconsejándole guardarse sus poesías y sus novelas: “tú no sabes lo que es ser escritora” porque “serlo como Jorge Sand, vale algo, pero de otro modo, ¡qué continuo tormento!”. ¿En qué consistía el tormento?

por la calle te señalan constantemente, y no para bien, y en todas partes murmuran de ti. Si vas a la tertulia y hablas de algo de lo que sabes, si te expresas siquiera en un lenguaje algo correcto, te llaman bachillera, dicen que te escuchas a ti misma, que lo quieres saber todo. Si guardas una prudente reserva, ¡qué fatua!, ¡qué orgullosa!; no te rebajas a hablar como no sea con literatos. Si te haces modesta y, por no entrar en vanas disputas, dejas pasar desapercibidas las cuestiones con que te provocan, ¿en dónde está tu talento?; ni siquiera sabes entretener a la gente con una amena conversación. Si te agrada la sociedad,

pretendes lucirte, quieres que se hable de ti... (280)

Las escritoras habían acumulado experiencia; valiéndose de la genealogía, habían atravesado los umbrales de las escuelas superiores, la industria editorial en fermento estaba detrás de las lectoras y de alguien que les supiese hablar, pero sobre la práctica literaria de las mujeres aún se cernía una prohibición, lo que constituía una contradicción con el ideal de domesticidad cultivado en el siglo, a pesar de que a esas alturas las mujeres que escribían en todas partes eran una realidad cada vez más numerosa: (281) “¡Qué pobres mujeres somos!, las únicas dos carreras que se nos han abierto, la enseñanza y la literatura, para nosotras están plagadas de espinas”, escribía la traductora, escritora de novelas y de obras educativas, a menudo bajo seudónimos masculinos, Sophie Ulliac-Trémadeure (1794-1862) en su autobiografía, *Recuerdos de una anciana*, de 1861. (282)

Aún así la contribución de las mujeres era buscada: estas se habían familiarizado con las redacciones de los periódicos, diarios y revistas, ya distribuidos también en los quioscos. Es más, muchas de ellas formaron parte de las redacciones, algunas asumieron sus direcciones o fueron sus columnas vertebrales y escribían secciones fijas. (283)

¿Entonces todo está bien? Sí y no. Sí, porque ya no había periódico, antología poética o de prosa que no tuviese la aportación del “punto de vista” femenino, pero, ante la gran diversidad de las voces y de las personalidades de las autoras, se tendió a reunir las en una única dimensión, marcada más por su pertenencia de género que por el análisis sobre la escritura, como si existiese una “estética femenina” invariable. La ya aclarada presencia de las autoras en los ambientes más abiertos de la crítica literaria y de la industria editorial, que de vez en cuando desembocaba en un verdadero protagonismo, chocaba por ende con la tendencia, más o menos consciente, a encerrarlas en ese recinto que circundaba la escritura femenina.

El otro riesgo, conectado a esta “marca de fábrica”, se relacionaba con una autolimitación en la elección del género literario. La “paradoja” de la mujer autora encontraba un parcial alivio y aceptación en la orientación hacia algunas materias, en especial la literatura infantil y los manuales de comportamiento: “¿Hay algo más natural que el hecho de que las mujeres escriban de educación?”, afirmaba Alfred François Nettement en la introducción a *De*

l'éducation des femmes de la prolífica Anaïs Lebrun, condesa de Bassanville (1802-1884). (284) Y en efecto muchas escritoras se aseguraron así tanto una vida más tranquila como notables éxitos editoriales, estimulados también por la urgencia de llegar a los pequeños lectores. Escribir para la infancia parecía disimular la dimensión literaria, haciéndola aparecer en su calidad más tranquilizadora de actividad destinada a un fin social, si bien algunas, como Emma Perodi y sobre todo Ida Baccini, en particular con *Le memorie di un pulcino*, supieron remozar el género de moralismos y retórica, añadiendo frescura y originalidad. Significativamente, salvo raras excepciones que pretendieron volver a ligarse con las robinsonnades, como la producción de la francesa Eugénie Foa (1796-1852), los textos femeninos dedicados a las muchachas cuando más presentaban aventuras que se consumaban en la cotidianidad de la existencia. En cualquier caso, no se dejaba escapatoria a un cierto destino, aunque reclamando la educación: “Amas de casa debemos ser nosotras, esto es verdad: pero ya no con orejas de burro”. (285) Palabra de Ida Baccini.

En los últimos años del siglo XIX creció la legión de las escritoras que, sin embargo, no lograron igualar el éxito del grupo que había aparecido en la primera mitad, y el polvo volvió a acumularse sobre sus libros en los anaqueles.

¿Qué había sucedido? Podríamos tal vez proponer la hipótesis, siguiendo el punto de vista de Virginia Woolf, de que usaron más la piqueta que la pluma, pero sería poco generoso. Es más probable que el clima de moderación en no menor medida condicionase su expresividad. Y las escritoras, constreñidas por la contradicción de su posición de autoras, a menudo se resignaron a aceptar una cierta “mediocridad”. Aun cuando pueda parecer una renuncia, si se presta atención esta tesitura en realidad resulta ser una determinación a escribir superior a los obstáculos, las presiones sociales y los propios límites, verdaderos o supuestos. “Pero, ¿sabéis?, no es una novela. Es un trabajo modesto, absolutamente íntimo, delicado e inmensamente simple”, escribía Neera a Angiolo Orvieto, director de *Il Marzocco*. (286)

Detrás de las vacilaciones a la hora de presentar sus escritos, en realidad se lee el irrenunciable deseo que con ellos se cumplía. Escribían mucho, escribían acerca de todo, escribían en cualquier diario que les abriese las puertas y corrían el riesgo de que se las considerase escritorzuelas. ¿Qué podían hacer? Solo tener paciencia. No bajaban los brazos. “Temo precisamente no conseguir tomar mis libros en serio. Algunas veces me han satisfecho, pero muy frecuentemente no.

No obstante, siempre he sentido placer en escribir una buena pieza”. La autora de estas líneas es la escocesa Margaret Oliphant Wilson (1828-1897), sin duda una de las escritoras más prolíficas de todos los tiempos, con casi cien novelas, varios relatos históricos, biografías y guías de las ciudades de Europa, quien fue muy popular y uno de los pilares del Blackwood’s Edinburgh Magazine. En su autobiografía narra la congoja que le provocaban los rechazos de los editores o las dificultades que vivía al intentar obtener anticipos, visto que con la pluma se mantenía a ella misma y a sus hijos y debía procurar “negociar el precio”. Sin embargo, y volvemos al punto, de sus páginas surge el dato más relevante, o sea el deseo de escribir que la sostenía, más allá de todo: “He escrito porque me gustaba, porque se me daba de modo natural, era como hablar o respirar, además del hecho de que necesitaba trabajar para mis hijos”. (287)

Matilde Serao nos brinda la más clara manifestación de esa ambición: “Como salud moral me encuentro en un período de febril productividad que da miedo: escribo en todas partes y acerca de todo con una audacia única, conquisto mi lugar a fuerza de golpes y codazos, con el pleno y ardiente deseo de llegar, sin la ayuda de nadie o de casi nadie”. (288)

Escritorzuelas, se ha dicho, y a menudo cultoras del “arte de la mediocridad”. Lo tuvieron en cuenta, querían este oficio y vivir de él, al precio de alguna imperfección y pérdida de estilo. Son un grupo más bien cuantioso, pero limitémonos a algunas representantes ilustres de la categoría: la alemana Eugenie John (1825-1887), más conocida con el seudónimo E. Marlitt, con el cual firmó en 1865 su aparición en el mundo literario para luego lanzar su primera novela Goldelse, que de inmediato obtuvo un gran éxito, a punto tal que el diario en el que salía por entregas, La Glorietta. Periódico ilustrado de la familia, conoció una verdadera explosión de ventas. Siguieron muchas otras, centradas en torno a protagonistas burguesas y desprejuiciadas, que sin embargo solían entrar en los modelos domésticos gracias al final feliz, con una curiosa mezcla de radicalismo y conservadurismo, acaso una de las claves de su éxito.

La inglesa Mary Elizabeth Braddon (1835-1915) fue autora de más de noventa novelas, muchas aparecidas por entregas y firmadas con las iniciales M. E. para no revelar la identidad femenina, además de ciento cincuenta cuentos y numerosos artículos periodísticos. La primera, Lady Audley’s Secret (1862), fue un verdadero best seller, a tal punto que con los ingresos obtenidos con ella llegó a adquirir una valiosa residencia; tras lo cual se publicó Aurora Floyd. Se trataba de historias bastante sombrías, que violaban las convenciones victorianas y

exponían a los lectores a continuos giros argumentales y revelaciones. En el último período prefirió narrar acerca de fantasmas y de enredos policiales, estilo que la aproxima a la última de este reparto de escritorzuelas: Carolina Invernizio (1851-1916). Esta última, oriunda de Voghera, tuvo un ritmo de producción acelerado: se le calculan ciento treinta novelas. Ayudada por la hermana, que mantenía los hilos de los personajes de tramas complejas, a menudo enredadas, sensacionales, precursoras del amarillismo, chorreantes de truculencias, adulterios e incestos, con frecuencia provistas por la crónica negra y provocadoras de miedos cautivantes, produjo cuatro o cinco novelas al año, incluso siete en 1892. Desde la primera, publicada en 1877, *Rina o El ángel de los Alpes*, su casa, sobre todo después de 1885, se transformó en una fragua incansable, en un imparable crescendo. La expectativa de los lectores, hasta la de aquellos más allá de los mares, parecía imposible de satisfacer, a quienes el editor Salani enviaba cantidades enormes de ejemplares, en particular de *Beso de una muerta*, de 1886. Tramas colmadas de todo lo que la respetabilidad burguesa condenaba, al tiempo que los resultados de las historias servían, en el espíritu de la misión educadora que se había dado la escritora, para llevar orden y hacer justicia por mano de sus protagonistas, no obstante concediendo a las lectoras, porque a ellas se dirigía en primera instancia, el placer de estremecerse con historias turbias, prohibidas, con pasiones ilícitas, violencias y asesinatos. Carolina Invernizio se apropió de la materia de la novela de folletín y realizó una versión italiana y toda en femenino, sellando un pacto con las lectoras, sobre todo con las obreras, las trabajadoras y las mujeres habitantes de las ciudades, público al que frecuentemente hacía referencia en sus textos: “Si alguna de mis lectoras ha tenido la ocasión de visitar un cementerio en la noche, sabe cuán triste y fúnebre impresión se obtiene de la experiencia. El solemne silencio que allí reina, sagrado para el reposo de los muertos, los árboles añosos, las cruces mortuorias, todo es propicio a las más desquiciadas y delirantes visiones”. (289) Fue tal vez la “reina” de las escritorzuelas, de estilo común y de enredos cojos, una “gallina honesta”, como comentó Gramsci. Había abrazado el oficio de la pluma como un trabajo a tiempo completo y se rió a mandíbula batiente de las críticas que se le dirigieron. El público la amaba y ella sabía cómo cautivarlo.

El lector seguramente ha conseguido darse cuenta de una característica singular que ellas tienen en común: no el tipo de escritura, sino el éxito y el dinero conseguidos.

PLUMAS DEFECTUOSAS, PLUMAS IMPERFECTAS, PLUMAS DE CADA DÍA..., ¡PLUMAS!

Hemos llegado a los últimos veinte años del siglo, cuando la población femenina ya había conocido una escolarización, por parcial que fuese, pero aún así una iniciación en la lectura y sobre todo en la escritura. Ahora no queda más que verificar si nuestra teoría de los vasos comunicantes de veras se sostiene y tiene un sentido también para las mujeres menos afortunadas o no incorporadas a circuitos intelectuales. Podemos sin embargo anticipar de inmediato la existencia de un particular tipo de escritura que, precisamente a causa de la escuela y de una alfabetización más extendida, parece constituir una experiencia “puente”, es decir compartida por las periodistas, las emancipadas, las escritoras y gran parte de las demás mujeres: el diario personal. Llevar un diario se volvió una costumbre bastante difundida y un ejercicio que podía conciliar la expresión de sí con una ambición literaria más o menos consciente. Mientras perduraban las sospechas sobre la escritura pública femenina, las muchachas en especial acogían, alentaban y apoyaban esta práctica. El diario podía seguir siendo la única producción “realizada” por una joven o menos joven, aparte de la correspondencia, pero igualmente podía suscitar el deseo de arriesgarse en otras.

Bien mirado, muchas escritoras en las autobiografías citaban sus diarios y en ocasiones los usaban como fuentes, extrayendo fragmentos y trasladándolos a sus textos. En especial si se escribía el diario en la madurez, en efecto era una experiencia generadora de otras escrituras y solía nutrirse de ellas: en el diario o journal intime se transcribían extractos de cartas, conversaciones, artículos de periódicos y revistas. También en contextos burgueses y no literarios se volvió usual regalar cuadernos a las jovencitas con el objeto de estimularlas a escribir y a mejorar su grafía, y para ello se comenzaron a producir materiales peculiares más o menos elegantes; por lo demás, desde mediados del siglo los textos pedagógicos proponían a las muchachas modelos de escritura de diarios. En ellos podría entreverse un cierto vínculo con la tradición de los diarios espirituales que ya hemos encontrado en el ambiente católico así como en el protestante, en particular en el siglo XVII; no obstante, es oportuno marcar su diversidad y sobre todo su ausencia de esa especial urgencia nacida de los conflictos religiosos: la época era, a pesar de todo, más laica. Esta práctica en realidad se inclina más hacia la corriente del ejercicio de escritura y de la familiaridad con el papel, la pluma y la tinta, materiales bastante más disponibles que en los siglos

precedentes. Más que para forjar un yo orientado espiritualmente, se manifiesta como técnica educativa a través de la caligrafía y la crónica de los estados de ánimo suscitados por el mundo circundante.

Vale la pena, sin embargo, destacar una observación de género: si el journal intime había conocido una cierta difusión en la cultura europea del siglo XVIII en las manos de algunos intelectuales varones, desde la segunda mitad del siglo XIX y a continuación todavía más la narración de la esfera afectiva y de la intimidad se volvieron materia y monopolio femeninos, dentro de un proceso de “división sexual de la escritura”. En definitiva, cosas de mujeres. El diario, bien posicionado en este agrupamiento de escrituras “femeninas”, era una de las prácticas más difundidas y habituales, y si bien estaba confinada al ámbito privado, terminaba legitimando de todos modos el uso de la pluma por parte de las mujeres.

¿Cuál era el desencadenante que daba inicio a la actividad de escritura de un diario? A menudo surgía de un evento particular, como un cambio de vida radical. Eleanora Hallen (1823-1846) tenía doce años cuando con su familia dejó, en 1835, el poblado de Rushock en Worcestershire y afrontó un peligroso viaje para llegar a una nueva residencia en Ontario, Canadá. Narró esta aventura con humor y brío en su diario, trazando una grafía de letras grandes, que colmó densamente las páginas salpicadas de correcciones y acompañadas de dibujos. Durante la travesía por mar apuntaba los alimentos escasos y repetidos: “No nos han servido papas y solo de vez en cuando plum pudding y arroz” (290) (cfr. fig. 25).

When we are having our meals
the Captain sits at the top
of the table and looks so mis-
all the time he never asks a person
to have any more. We got to
have no potatoes and the plum
pudding and rice comes very
seldom. These The Staridge passengers
are some of them very dirty and a few
very tidy. There is a Mrs Davis in
the Staridge or she says she is a Irish
woman but she does not speak at all
like she is quite has much of a
lady has miss Taylor who is in the
cabin. Mr. Doud got up in the rigging
one day directly some sailors came and
tyed him up till he promised to give
them some rum this he did they then
let him loose what made him get up was
because the sea to large Island of ice was
was about a mile long One day upon another ship
was with this was some ~~more~~ done there was not half
enough for us all. At dinner there was only a steak each
and one left when there commenced a quarrel between
Mrs. Moley and Mr. Moley who should have it at last

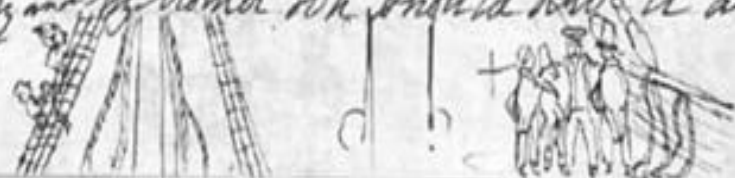


Figura 25. El diario de la joven Eleanora.

Una página del diario de Eleanora Hallen, escrito durante el viaje en transatlántico en 1835.

Ottawa, Library and Archives Canada, Eleanora Hallen, Diaries, 1834-1836, 1844-1846, R10700-14-5-E, MSS2331.

En el caso de otra jovencita, la quinceañera veneciana Leticia Pesaro Maurogonato (1851-1912), el estímulo para comenzar el diario fue la guerra: “El momento que nosotras tanto esperábamos parece haber llegado. La guerra está por comenzar. Y yo en la medida en que me lo permita el ánimo exaltado por este acontecimiento, iré recogiendo mis memorias sobre ella”, anotaba al inicio de la tercera guerra de independencia, en abril de 1866. (291) No se trataba de una muchacha sin cultura, pero su joven edad nos advierte de cuán imperioso era el estímulo que la impulsó a escribir como a muchas otras de condición social inferior.

Ahora sí llegó el momento de hacer la verificación de los vasos comunicantes y de poner a prueba la idea de la difusión de la experiencia-puente del diario. Afortunadamente, tenemos algunas fuentes e investigaciones a nuestra disposición, pero de su existencia debemos agradecer a quienes se han tomado la molestia de conservar cuadernillos deteriorados, repletos de escrituras poco legibles, redactados con tintas ya desvanecidas, y a quienes han vislumbrado en materiales corrientes y frágiles un bien de valor para la historia de la escritura y de la subjetividad. Entre las grandes instituciones que han valorado estos textos se cuentan la National Library of Scotland y la National Library of Wales (Aberystwyth), que los han recogido en la sección Women’s Diaries and Related Sources, en el marco del proyecto Women’s Language and Experience (1500-1940); por su parte, la Bibliothèque Nationale de París ha reunido los journaux intimes franceses en un campo de investigación específico que ha sido el terreno de búsqueda de Philippe Lejeune. (292) El destacado estudioso de autobiografías

y de este género textual particular ha dado a conocer un gran número de esos diarios, aun cuando casi todos provienen de jovencitas de familias burguesas, como en el caso de las fuentes inglesas. Existe una explicación: se relaciona con los criterios de evaluación y conservación de los textos originados en ambientes medio-bajos, que raramente han sido considerados dignos de atravesar los umbrales de las bibliotecas o de los archivos. (293)

Aún así, en la segunda mitad del siglo XX, con alguna anticipación en los casos de Polonia y Finlandia, una mayor sensibilidad dio vida en Europa a una etapa historiográfica y políticamente interesada en la cultura popular que se ha orientado en algunos países hacia la indagación y la recuperación de textos producidos por estratos que en un tiempo eran definidos como “subalternos” y que ha dado lugar al nacimiento de centros de recopilación de materiales autobiográficos. (294) Fue así que en Italia se crearon el Archivio della scrittura popolare de la Fondazione museo storico del Trentino, conectado con las memorias del Museo storico italiano della guerra de Rovereto, el Archivio ligure de la scrittura popolare y, por último, con el Archivio diaristico nazionale de Pieve Santo Stefano, promovido por iniciativa de Saverio Tutino.

Por las exigencias de nuestra verificación hemos privilegiado al Archivio diaristico nazionale de Pieve Santo Stefano y esto por una buena razón: a diferencia de los demás centros, que dan cuenta prevalentemente del acceso a la escritura tras el trauma de la Primera Guerra Mundial y del gran fenómeno de la emigración, el de Pieve Santo Stefano conserva materiales que se remontan en el tiempo, con algunos testimonios del siglo XVII, otros del siglo XVIII y, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, una discreta abundancia de materiales, pero sobre todo una rica presencia de textos femeninos.

Antes de adentrarnos en ellos, debemos preguntarnos qué representa este género de textos y cómo ha sido considerado. Terreno de estudios en un primer momento de los historiadores del folclore o de la escritura, y de antropólogos del alfabetismo, con posterioridad atrajo el interés de los estudiosos de la historia de la lengua italiana que inicialmente definieron esta tipología bajo el rótulo “escrituras de los semicultos”, mientras que más recientemente se ha preferido nombrarlas, con un apartamiento que testimonia un cambio sustancial de rumbo, “escrituras no literarias” o en ausencia de una “específica educación literaria”. Por tanto, se ha llegado a querer salir, y con razón, de la dura dicotomía que contraponía las producciones de los literatos a las de todos los demás, hipotetizando la existencia de un continuum y en particular con vistas a su

calidad comunicativa. En cuanto a esta definición de escrituras no literarias, que a nuestro juicio parece demasiado acotada, valdrá la pena regresar a ella más adelante. Por ahora resulta útil referir de inmediato que los estudios han acertado en la conexión existente entre los procesos de alfabetización y la producción de estos textos: “A medida que se avanza en los siglos, la base social de aquellos que se hallan en condiciones de producir textos, y para quienes se presentan ocasiones de hacerlo, se va ampliando notablemente”. (295) Un riguroso análisis que se ha desarrollado con los materiales del Archivio diaristico nazionale de Pieve Santo Stefano que entran en la categoría de la competencia promedio de escritura confirma dicha correlación. Un gradual pero significativo aumento de escrituras ya se advierte a partir del intervalo que va desde 1860 hasta 1888, aunque la presencia se extiende entre 1888 y 1923 hasta el ulterior y más marcado incremento en el último período tomado en consideración, 1923-1945. Si observamos luego la incidencia del sexo, la constatación se cumple cabalmente: “Cuanto más alto es el nivel de escolarización, más fácilmente las mujeres se deciden a escribir (pasando de 20 a 38% de los textos en los respectivos grupos por escolaridad)”. Cabe tener en mente el dato que sigue y que se refiere al comportamiento de esta correlación entre el sexo, la escolarización y la producción textual en el siglo XX y que está íntimamente ligado con la historia que estamos narrando. ¿Qué se desprende en efecto de esta investigación? Mientras que en las generaciones más ancianas, antes de los primeros años del siglo XX, “las mujeres representan la séptima parte del total de las personas que escriben, he aquí que en las generaciones más jóvenes los dos sexos tienen más o menos el mismo peso”. (296) Estamos, pues, ante una igualdad numérica en lo que concierne a la producción. Si exploramos las distintas tipologías de textos advertiremos que las escribientes se concentran luego justamente dentro de la categoría de “diarios” y en un porcentaje menor en la de “memorias”, mientras que están ausentes en la crónica y en otras formas textuales. Otro dato interesante es la relación con la densidad demográfica: hay más escribientes que provienen de localidades medias y grandes que de sitios más aislados y rurales. (297) El papel de la cultura, de los intercambios y de los contactos es todo menos indiferente.

Había entonces óptimos motivos para una visita al Archivio diaristico nazionale de Pieve Santo Stefano, más aún cuando la consulta del catálogo indicaba la presencia de más de veintidós escritos de mujeres redactados entre los años 1851-1899 respecto del número total para ese período de ochenta y siete, del cual la mayoría, setenta y dos, fueron escritos entre 1870 y 1899, cuando la instrucción obligatoria había comenzado a dar sus frutos.

En función de la experiencia que hemos definido como puente y margen de confianza con la escritura encontramos en el archivo de Pieve Santo Stefano varios testimonios, entre ellos el de la muy precoz Margherita Garrone (1882-1971) de la provincia de Vercelli: tenía solo once años cuando en julio de 1893 empezó a redactar lo que ella llamó “diarito”. Su precisión en el comienzo –“jueves en el estudio de papá”– es indicio de la profesión del padre, profesor universitario. Algunos días después apuntaba: “Viernes 26. Hace ocho días que te escribo, mi querido diario, y estoy muy contenta por ello; me parece que hasta ahora no te he descuidado, ¡y de no haberme repetido! Hasta dentro de dos días o doce años”. Progenitores y parientes incitaban a las muchachas a ejercitarse entregándoles cuadernos, favoreciendo una especie de intimidad con esta suerte de amigo. Margherita contaba a su “diarito” que debía traicionarlo porque una amiga de la madre “extrajo de su cartera un elegante cuaderno recubierto de piel y, al dármele, me dijo: “Margherita, tú debes complacerme. Durante las vacaciones me escribirás tu diario, y en septiembre me lo devolverás”. Los años transcurrían y Margherita, aunque no de manera cotidiana, vertía los acontecimientos más relevantes de sus jornadas y ratificaba su afecto en agosto de 1899: “¡Mi diario! ¡Qué fiel amigo todavía! ¡Lo quiero tanto! También Gina quiere mucho al suyo, me lo ha escrito el miércoles”. El siguiente año anotaba tanto el clamor por el asesinato del rey, Humberto I, como su compromiso matrimonial, transcribiendo la declaración de amor del primo y el diálogo que había tenido lugar entre ellos. (298)

De una edad y condición social completamente distintas proviene, en cambio, la breve memoria de la veronesa Carlotta Castiglioni, quien a los diecinueve años –había nacido en Minerbe el 4 de octubre de 1874– tras la muerte de su padre, un humilde sastre, se embarcó en 1891 con la madre y los hermanos para unirse a los parientes emigrados a Brasil y trabajar en una fazenda de propietarios portugueses, donde fue tomada como “costurera de ropa blanca”. Carlotta había asistido a clases de primer y segundo grado de primaria y a modo de premio había recibido, como era habitual, un libro de cuentos morales; se imprimían y reimprimían varios con tal fin, como aquel publicado en Treviso en 1861 por el taller tipográfico Longo, Cuentos cortos, lecturas morales y poesías sacras de varios autores. Colección para usar como premio en las escuelas elementales. Carlotta se había apegado tanto al libro que lo llevó consigo a Brasil en su escaso equipaje, y dos años después, a causa de la muerte de su madre Giacinta por enfermedad, decidió escribir en las páginas de guarda una suerte de resumen de su vida:

Carlotta Castiglioni / Venida a América / En la provincia de Minas / Geraes Ciudad Juiz de Sora / en el año 1891. / Partida de Italia / embarcada día 10 noviembre/ en el piróscafo Sur-America. / Llegada a Río de Janeiro día /30 noviembre / Permanecí en la Emigración de / de la Isla de las Flores. 10 días. / Partida de allí fui a la emigra- /ción de Juiz de Fara allí me / quedé 20 días. Finalmente me / encaminé hacia la facenda de / Santa Ana y allí me asenté. / Con mucho disgusto / sufro la lejanía de / Minerbe, pero ¿está muerte la fe? / ¿de mi regreso!...

En otra página, Carlotta componía un recuerdo anagráfico de sí misma y de todos los integrantes de su familia. (299)

Carlotta no poseía los instrumentos culturales ni la comodidad para escribir un diario como el de Margherita, pero, semiculta o como se la quiera definir, había usado su modesta instrucción escolar para dejar una memoria autobiográfica que logra, pese a su brevedad, comunicar ya sea su esforzada vida, sus sentimientos y esperanzas, ya sea su vínculo con la historia familiar. Pocas palabras que aún así saben ponernos en contacto con ella, con su experiencia entregada deliberadamente a la fuerza de la escritura y en condiciones de superar el tiempo.

A diferencia de Carlotta, Giuseppina Croci (1863-ca. 1948) a los veintisiete años y por sí sola partió de la provincia de Milán hacia China, y en el viaje no le faltó tiempo para escribir. En su destino la esperaba, en una hilandería de su empleador, la tarea de enseñar a las obreras chinas a producir la seda, aun cuando no conocía el idioma ni nada más de ese país. Desde la partida, el 9 de junio de 1890, comenzó a llevar un diario al cual tituló *Descrizione dun viaggio da Milano ha Sganghai* [sic]. China, apuntando los puertos, las ciudades y las costumbres de los pueblos que observó con interés y genuina curiosidad durante los treinta y siete días de navegación. Volcó lo que veía y experimentaba en un lenguaje vivaz, rico de interlocuciones y de apelaciones a los lectores: “¡Pero!... debéis saber que el mayor peso del viaje es tener que hablar con las personas que no conocen la lengua de Italia [...] en definitiva, muchas veces de tanta rabia vienen ganas de darles bofetadas”. Llegada a Shangai, confiaba al diario su desconcierto hasta por la inmensa dificultad para comunicarse que debía afrontar: “¡Dios! Una muchacha que no comprende nada de lo que decían. Una

muchacha muy tarde en una calle abarrotada solo de chinos, en tierras tan extranjeras”. (300) No detenía su prosa la vacilación ortográfica y sintáctica que la forzaba a continuas correcciones y borrados, ni la dificultad para gobernar el flujo de tinta: procedió a llenar su cuaderno a rayas con una grafía de tamaño grande, muy inclinada, así como había aprendido en la escuela, dejándonos un documento de extraordinaria immediatez y de confrontación sin filtros con ambientes y hábitos del todo desconocidos (cfr. fig. 26).

Descrizione

del viaggio

~~Solo~~ Milano a Shanghai
~~China~~ Shanghai

Sul Hwangpoo

La mia partenza
dall'Italia, ~~che~~ ~~fu~~ ~~il~~ ~~giorno~~
no 9 Giugno 1890, però ~~la~~
~~partenza~~ dalla casa paterna
~~fu~~ il giorno 7 del ~~20~~
mese.

A voi tutti lascio
il riflettere l'ostacolo, nel
aver lasciato gli amati
genitori, e tutte le care
sorelle, parenti e amici

Figura 26. El diario de Giuseppina.

Giuseppina Croci comenzaba a escribir el diario tras su partida hacia China, el 9 de junio de 1890.

Pieve Santo Stefano, Archivio diaristico nazionale, Adn-4390 dv/03.

Además de los diarios, son abundantes los epistolarios; entre estos vale la pena señalar las cartas que la jovencísima Bianca Alessandrini (1868-1885) enviaba desde el colegio religioso de Tarquinia, en la provincia de Viterbo, a partir de 1879, cuando tenía once años, hasta su fallecimiento. Los progenitores se habían mudado tras la Unificación de Italia desde Montalto di Castro hacia Nápoles y habían puesto en un internado a Bianca con sus hermanas Olga y Gisella. En una de las cartas a la madre, Bianca se excusaba por la impericia gráfica asegurándole que “con la presente he procurado escribir mejor de lo que sabía”. En 1884 componía una suerte de retrato de familia, indicando la altura, las facciones y los datos anagráficos de todos los integrantes, incluida ella misma: “Yo ahora tengo casi dieciséis años, ni alta ni baja, cabellos castaños y los ojos casi negros, me parezco a mi mamá y, más aún, me dicen que he heredado su simpatía”, mientras que de la hermana Olga escribía, con una interesante referencia a la historia del arte: “Es alta y esbelta, muy blanca de tez, los cabellos casi rubios [...] la boca se asemeja a la que Rafael supo hacerle a Beatrice Cenci”. (301)

También las grafías de mujeres jóvenes de extracción popular reflejan la influencia de la normalización escolar, del esfuerzo de alineamiento y de trazado de cada letra, pero este proceso de homogeneización de la escritura intervenía incluso en otro nivel: la elección de las frases y de las palabras que, si bien carentes de sintaxis, evocan modelos literarios conocidos a través de los textos de lectura en clase. La fuerza del “éxito” de la educación pública obligatoria con su repertorio estilístico se lee en las cartas que una campesina de un perdido valle piemontés, Caterina Janutolo (1869-1956) con un título básico, escribía en

junio de 1888 al novio emigrado a América:

Amada esperanza mía

Es tan grande la osadía que me permito que de veras mentiría si dijera que no me tiembla la mano al escribiros. Mi mente se turba y mi ciencia poco alterada no puede describir en esta mísera hoja esos sentimientos tan puros, esos latidos de alegría y de amor que mi corazón le propondría escribir [...]

No tiene gran importancia si tuvo o no apuntadores respecto de su capacidad para apropiarse de la escritura. Comoquiera que sea, Caterina continuó escribiendo hasta 1904, dirigiéndose a aquel que se había convertido en su marido siempre en la segunda persona del plural, como en la carta del 21 de junio de 1891: “Amado marido mío, [encabezado] con gran placer respondo a vuestra anhelada carta, la cual ya es la tercera sin que os hayan llegado las mías. Oh, qué feliz hacen a este corazón mío, ho [oh] escribidme a menudo marido mío puesto que estas son mis únicos consuelos”. (302)

Regresemos ahora a la definición de escrituras no literarias, y tengamos presente el estilo de Caterina Janutolo, que por lo demás tiene mucho en común con otros epistolarios conservados en el archivo de Pieve Santo Stefano. Si antes de hojear estos documentos esa definición nos parecía reductora, ahora de veras parece poco generosa y también un poco tergiversadora. ¿Estamos en verdad seguros de que quien se adentraba en el territorio de la escritura armado de pocos instrumentos, escaso hábito y confianza, quería “solo” comunicar algo preciso y no tenía presente el mínimo parámetro literario, conquistado aunque más no fuera que a través de la literatura de consumo, como, por ejemplo, las tan despreciadas novelitas “de mujeres” a lo Invernizio o los periódicos que publicaban cuentos por entregas o incluso los libros de lectura de las escuelas? ¿Excluimos la existencia de una mínima ambición expresiva y literaria en este llenar páginas de cuadernos o tarjetas postales, ensuciar papeles o, como escribía Eufrosina Serventi (1845-1923) a su prometido, “cubrir este papel con ‘patas de mosca’” (303)? (cfr. fig. 27).

Parma 16 Luglio 1870

Carissimo Padre!

Sempre ha mestizia il core,
Lungi da te, mio amore.

... sono e tu eri presso
... adesso non
... ancora rimango
... mesi, prima
... faccia ritorno; chi
... succedere in

Corinto addì 15. 9. 1870

Mia Carlotta Eugenia

La tua lettera ricevuta pochi momenti
portò grandissimo dolore e sventura
...; dietro tuo desiderio mi affrettai
pregandoti di procurarmi d'aspettare
... una seria malattia che
grande dolore, e non saprei
... distante sapendoti amare
... che mi rimangono per
... troppo lunghi e pa

Figura 27. Las “patas de mosca” de Eufrosina.

Una de las cartas de Eufrosina Serventi a Pietro, su prometido, 1870.

Pieve Santo Stefano, Archivio diaristico nazionale, Adn-1431 E/89.

La difusión de la lectura es un factor que ha de tenerse en gran consideración y al cual debe ser restituido el poder de instrumento de apropiación textual. (304) Y la relación de las mujeres con la lectura, más estrecha respecto de los hombres que compartían con ellas un mismo nivel sociocultural bajo, se reflejaba incluso en la “legibilidad” de su escritura y en la mise en page también de los textos llamados “no literarios”. Las escrituras femeninas se presentan, en efecto, con un porcentaje de legibilidad bastante superior al del otro sexo; y las mujeres, en cuanto a este aspecto específico, “parecen atribuirle mayor importancia”. (305) Evidentemente muchas deseaban llegar a producir una bella página ordenada y tomaban en cuenta el modelo gráfico de los textos impresos, con la ambición por tanto de adecuarse a la norma literaria estándar.

Pero es momento de pasar la página. Ya hemos entreabierto la puerta al siglo XX, ahora debemos abrirla de par en par y hacer que pase.

LOS INICIOS DEL SIGLO XX, O DONDE ESTA HISTORIA LLEGA A SU FIN

Nuestra narración se va acabando y fluye con prisa para desembocar en el gran mar de la historia de la escritura y navegar en él, en compañía de escribientes de ambos sexos. ¿Podemos establecer el momento en el cual sucedió, la causa desencadenante, la conjunción favorable para colocar la palabra “fin” y trazar

una línea clara? ¿Es acaso la obtención del primer Premio Nobel de Literatura por una mujer, la escritora sueca Selma Ottilia Lovisa Lagerlöf en 1909, el resultado de esa serie de conquistas que ya hemos registrado: escolarización masiva, acceso de las mujeres a la educación superior y a los estudios universitarios? No, lamentablemente no podemos cantar loas a un luminoso y progresivo camino de la civilización. Lo que estrechó a los miembros de todos los estratos y de los dos sexos en una relación intensa, irrenunciable, improrrogable con la escritura como nunca había sucedido antes fue en realidad una de las tragedias del siglo “corto”, una experiencia de masas que no involucró solo a Occidente: la Primera Guerra Mundial.

Primero demos un paso hacia atrás y tomemos una instantánea del estado del alfabetismo en Europa en el comienzo del trágico acontecimiento. No hay duda de que hubo un progreso significativo y continuo tanto en lo que atañe a los hombres como a las mujeres. (306) En gran parte de la Europa central y del norte la distancia entre los sexos se había acortado casi por completo y la población resultaba ampliamente alfabetizada: en Inglaterra, Gales y Escocia, en 1900 el porcentaje de cónyuges que no firmaban el acta matrimonial se reducía a alrededor de 3%, tanto en el caso de los varones como el de las mujeres. Cifras un poco superiores se verificaban en Irlanda, Prusia, Francia, Austria y Bélgica. En otros sitios la situación no era tan auspiciosa, aunque mejoraba constantemente: en 1867, en Italia 79% de las mujeres no sabía colocar su nombre contra 60% de los hombres, mientras que el censo de 1911 veía un descenso respectivo de 42 y 33%. Se encontraban, en cambio, porcentajes más altos en España en 1919, 59 y 41%, Portugal en la misma época 77 y 61% y en Rusia 83 y 61%. (307)

En esta situación irrumpió la guerra, que no se pareció a nada de cuanto se había vivido antes ni en el plano de la realidad ni en el plano del imaginario colectivo. Se había pensado en un conflicto breve y duró años, en enfrentamientos directos y fue un desgastante conflicto de trincheras, en una guerra “antigua” y en cambio se experimentó la modernidad: se introdujeron armas nuevas y terribles, entre ellas el gas nervioso, y los civiles fueron expuestos a represalias, bombardeos y deportaciones. Los Estados y los territorios involucrados se multiplicaron: cerca de setenta y cuatro millones fueron los soldados movilizadas, superando diez millones de muertos, en su mayoría jóvenes, y más del doble de heridos.

Fue una experiencia de masas, y en masa recurrieron a la escritura para anclar la propia existencia a un gesto capaz de aproximar o recordar la dimensión normal

de la vida, de crear puentes hacia el hogar y los afectos, en condiciones de contrarrestar, al menos en alguna medida, la nostalgia del país natal, y de representar una forma de resistencia a la pérdida de sí dentro de una multitud informe y regimentada. (308) Escribir y recibir cartas se transformó en una necesidad tan primaria de entregar la pluma o el lápiz a quien no poseía gran confianza con las letras y encima a analfabetos que aprendieron prontamente, ayudados o guiados por quienes tenían cerca, en las largas horas transcurridas en la trinchera o esperando en la casa. Todo pudor, vacilación, miedo de equivocarse o cometer una imprecisión se vieron destrozados por la onda de choque del carácter extraordinario de la vivencia.

A la topografía del extensísimo teatro de guerra deberemos por tanto superponer las redes epistolares, manejadas directamente por las organizaciones militares, pero sostenidas asimismo por la eficiencia e integración logradas por el sistema postal europeo, (309) e imaginar la realidad de tales flujos que se consolidaba en esa increíble cantidad de cartas, notas y tarjetas postales, (310) excepcional como ese momento histórico. Si a la escritura accedieron hombres que nunca se habían adentrado en ese territorio, lo mismo ocurrió a las mujeres, novias, esposas, hermanas y parientes que mantenían el hilo al otro extremo del flujo.

Emily Chitticks trabajaba como empleada doméstica en una finca en Essex, adonde en 1916 llegó William Martin para unirse al programa de adiestramiento militar con el cuerpo del Royal Devon Yeomanry. Martin había nacido en Cornualles en 1897 y había dejado su trabajo de campesino al estallar la guerra. Ambos eran de la misma edad, se habían conocido en agosto, se habían gustado y se comprometieron, y tras el desplazamiento del joven al norte, a otro campo, comenzaron a cartearse. El intercambio epistolar, que renovaba las promesas de matrimonio, se había profundizado desde el momento de la partida de William hacia Francia, el 5 de diciembre del mismo 1916, con uno de los batallones del Devonshire Regiment. La última carta de Emily, del 24 de marzo de 1917, que muestra su grafía escolar, redondeada, poco cursiva pero precisa, reenviada a la remitente con el sello *killed in action*, dado que el joven había muerto tres días después, testimonia en qué medida el grado de humor de una parte y de la otra dependía de la llegada de la correspondencia:

Mi muy querido Will, siento que debo escribirte una vez más a pesar de que no haya muchas novedades que contarte. Me pregunto cómo te estarás arreglando.

Estaría tan aliviada si recibiera una carta tuya. No puedo evitar sentirme un poco ansiosa, querido. Sé cómo debes de haberte sentido al no recibir, amor, una carta mía durante tanto tiempo. Sé, por supuesto, querido, que escribirás tan pronto como te sea posible, pero las horas pasan desanimadas y agotadoras sin saber de ti, si tan solo esta guerra se acabara, querido, y volviéramos a estar juntos (311) (cfr. fig. 28).

Emily nunca se casó y al final de su vida dejó por escrito que deseaba ser sepultada en compañía de las cartas de William, las cuales evidentemente para ella representaban el “cuerpo” del amor entre ellos.

XXXXXX 6 mile XXX
XXXXX

(P.Y) Cheer up darling, & don't worry
about me I am quite alright,
only anxious to get your letters.
There is good news in the paper.
Love from Mum & Dad.

Suffolk House.
Herongate
Brentwood
Essex.

28/3/17.

My Dearest Will. I feel I must write you again dear altho there is not much news to tell you. I wonder how you are getting on, I shall be so relieved to get a letter from you, I can't help feeling a bit anxious dear. I know how you must have felt darling when you did not get my letters for so long. Of course I know dear you will write as soon as ever you can, but the time seems so dull & weary without any news of you, if only this war was over dear & we were together again. It will be one day I

IWM

Figura 28. Escribir al frente de guerra.

Las cartas de Emily Chitticks y las de su prometido William, junto a las de muchas otras personas, se conservan en el museo de guerra Imperial War Museum de Londres.

Londres, Imperial War Museum, Documents 2554.

La misiva de Emily entra en el asombroso volumen total de cerca de dos mil millones de cartas que viajaron solo en Inglaterra durante la guerra dentro de una de las diecinueve mil sacas postales que cada día, durante 1917, atravesaron el Canal de la Mancha, transportando cartas, tarjetas postales y paquetes para las tropas británicas en el frente occidental. Afortunadamente, algunas cartas, entre las cuales estaban las de Emily y William, sobrevivieron y fueron recogidas en el Imperial War Museum de Londres, una de las instituciones que se formaron justamente para testimoniar los efectos de la Primera Guerra Mundial en la población civil.

Además de la producción de cartas, el alejamiento de los hombres de sus hogares, la pérdida de las referencias habituales, el amenazante aire bélico que vaciaba a los países y obligaba a éxodos forzados, impulsaron a muchas mujeres de extracción popular a escribir memorias, probablemente en continuidad con la costumbre de llevar diarios. No advirtieron solo el carácter perentorio de comunicar, sino asimismo la necesidad de “escribirse”, (312) de insertarse en la historia, de legar la propia imagen y los propios pensamientos dentro de esa “máquina destructora de vidas” que fue la guerra. Escribieron la primera página del cuaderno al inicio del conflicto o en el preciso instante en el cual advirtieron un claro corte temporal entre un antes y un después: “Ya que tengo tiempo aprovecho la ocasión de escribir mi vida comenzando por el mes de julio de 1914, después de haber pasado un bello día de kermés [...] era apenas la medianoche mientras dormía tranquilamente, de golpe me desperté al escuchar en la puerta del cuarto una voz en alemán que pronunciaba ‘guerra’”. (313) El

diario es de Amabile Broz, de veinticuatro años y habitante de un pueblito de Vallarsa en el sudeste de Trentino, bajo la dominación austrohúngara, que narra con vivacidad la partida de sus hermanos hacia el frente, la desolación por la falta de novedades, la confiscación de los bienes, la llegada de las tropas italianas, el éxodo forzado: “Si quisiera escribir todo lo que hemos pasado bajo esta tosca raza en Vallarsa necesitaría de un gran libro” (314) (cfr. fig. 29).

La vita di ...

Già che il tempo mi serve colgo l'occasione di scrivere la mia vita incominciando del mese di Luglio 1914 dopo di aver passato un bel giorno di festa di sagra a S. Ambr. di Tallarsa, essendo io ritornata a casa mia quella sera verso le 11 assieme alla mia compagna dopo di aver cenato sono andate a letto trascorsa che fu piena la mezza notte mentre io dormiva tranquillamente, tutto di balzo mi svegliai sentii sulla porta della camera una voce in tedesco che diceva guerra. Tutta spaventata mi alzai erano dei soldati che andavano in cerca dei padroni che tenevano cavalli del Governo venivano a prenderli.

Figura 29. El diario de Amabile Broz.

Trento, Fondazione museo storico del Trentino, Archivio della scrittura popolare, bob. 172; fonte: Quinto Antonelli et al. (eds.), Valeria Bais, Amabile Maria Broz, Giuseppina Cattoi, Giuseppina Filippi Manfredi, Adelia Parisi Bruseghini, Luigia Senter Dalbosco, Trento-Rovereto (TN), Museo storico-Museo storico italiano della guerra, 1996, p. 35.

1
Innsbruck 12/1 1914

Non posso dettagliare minutamente, le avvenimenti miei
successi durante il flagello di questa terribile guerra. Ma
tu o lettore puoi riflettere, ma credo che non ti riuscirà di-
ficile, il lasciar cadere una lagrima, sopra queste righe
la cui norma è tremante, mia ^{mano} vuol versare ricordando
al lettore,

Una madre al Calvario!

Capo I.

Un pensiero al marito.

Stava già il sole indorando le cime dei nostri monti, io
mi affetai alla finestra, osservando quando il marito mio
ritornava dal suo lavoro. Fra me stessa andava dicendo:
Sono già trascorsi dodici anni del nostro matrimonio, e pur ci
amiamo, di un sincero affetto. Quantunque molte conve-
enze, in riguardo a tante malattie, non la amore divenne mai-
meno, né per l'uno, né per l'altro. Ecco un rumoreggiare
di passi, mi stornio dalle mie idee. Sto osservando an-
cora, e proprio lui. — Come mai sei tornato più tardi del
solito? Come hai passata la notte?

Non tanto bene, rispose mio marito — Spinto dalla
mia curiosità chiesi: — C'è qualche cosa di male? —
Dodici ore di notte, segnava l'orologio; Un telegramma?
A malincuore, stavo riflettendo framme, qualche cosa di male
sarà successo, e tosto lo dovetti consegnarlo al mio S. direttore.

Figura 30. Memoria autobiográfica de Adelia Parisi Bruseghini.

Trento, Fondazione museo storico del Trentino, Archivio della scrittura popolare, bob. 156; imagen publicada en Antonelli et al. (eds.), Valeria Bais, Amabile Broz, Giuseppina Cattoi, Giuseppina Filippi Manfredi, Adelia Parisi Bruseghi, Luigia Senter Dalbosco, op. cit., p. 133.

Lo que sorprende es que estas escrituras por lo general preveían lectores; no se trata en efecto de notas sueltas y simples desahogos, sino de un relato que pretendía ser testimonio, rescate, pero también expresión de la propia subjetividad que no retrocedía ante la prueba de la escritura, a pesar de las vacilaciones gráficas y sintácticas, como demuestra el encabezado de Adelia Parisi Bruseghini, obrera de la Manifattura Tabacchi de una aldea de Rovereto: “No puedo detallar minuciosamente los acontecimientos que me sucedieron durante el flagelo de esta terrible guerra. Pero tú, ¡oh, lector!, puedes reflexionar, creo que no te resultará difícil dejar caer una lágrima sobre estas líneas cuya delgada y temblorosa mano mía quiere verter recordando: al lector” (315) (cfr. fig. 30).

Escrituras que no están privadas de figuras retóricas o frases floridas, si bien incorrectas, tomadas de los recuerdos de los libros de lectura y de textos de apoyo escolar, a menudo presentes en los comienzos de los textos, como en el de Giuseppina Cattoi: “Un bello mayo ya florecido, con la sonrisa de los graciosos pajarillos, que con su gorjeo alegraban nuestras tierras natales. El campo abundante de verdoso verdor ¡todo parecía precoz heraldo de tantos otros acontecimientos! [...] que no llegue más el día que desde aquí debemos partir”. (316)

Textos escritos para ser legados, cada uno distinto en estilo y decoro, pero eficaces en la comunicación y con buscadas referencias a formas literarias, si bien simples y de oídas, captadas o robadas quién sabe dónde, y que no ocultan un cierto placer en la escritura y alguna gracia al disponer las líneas como en un ejercicio escolar. Colocar estos textos dentro de la categoría de las escrituras no literarias parece por ende una operación reductora. Tampoco se trata de

escrituras intimistas, narran la disrupción de lo cotidiano, expresan puntos de vista particulares y diversos para cada escribiente. Y parece necesario hacer hincapié en ello: nos hallamos en presencia de una multitud de escrituras de hombres y mujeres, amontonadas en las buhardillas, en los sótanos, en rincones olvidados de las casas junto a las fotografías y a las postales que en ocasiones por destino o por fortuna llegan a algún archivo. El acceso de la masa de la población a la escritura en gran parte de Europa, por consiguiente, no fue un fenómeno de poca relevancia: marca un punto de no retorno también para la historia de la tradición escrita de cada una de las lenguas, más aún para el italiano, cuyo conocimiento entonces fue mucho mayor que con la Unificación decimonónica, en especial por la mezcla de personas de dispares proveniencias.

Alguien podría preguntarse si estos textos femeninos, memorias y diarios, son patrióticos. Algunos sí, otros menos, otros en absoluto. Por lo demás, también las mujeres y el movimiento feminista se habían dividido al hacerse patente la opción de posiciones diferentes, intervencionistas, por la neutralidad, pacifistas, y hallamos esa misma variedad asimismo en la pluma de las literatas. En el caso de ellas, sin embargo, había mucho más en juego. Aun si lo extraordinario de la experiencia vital impulsaba a mujeres corrientes a tomar la pluma y experimentar una narración autobiográfica, esa misma singularidad desafiaba a las escritoras propiamente en el terreno literario y corría el riesgo de llevarlas al silencio. Sin embargo, no fue así. Si bien es preferible no abrazar la tesis de que la Primera Guerra Mundial fue “un festival de la liberación sexual femenina”, (317) es cierto, con todo, que las literatas escogieron no retroceder, aunque debatiéndose entre los sentimientos encontrados y la idealidad, entre el pudor y la incorrección, el amor a la patria y los fervores nacionalistas. Con todo, escribieron acerca de todo ello, de hecho algunas europeas (y en mayor medida las estadounidenses) quisieron afrontar la guerra desde lo más cerca posible, poniéndole el pecho, y pidieron que se las enviase al frente de batalla como cronistas de los periódicos en los cuales colaboraban. Este fue el caso de la ítalo-húngara Stefania Türr (1855-1940), irredentista y primera corresponsal de guerra en Italia, quien orgullosa anunciaba en 1917 su partida en la revista *La Madre Italiana*: “Parto al frente, y querría gritarlo a voz en cuello en especial a aquella mujercita que viene hacia mí, toda emperifollada como una muñequita y dedicada por completo a mantener arreglados los pliegues de su vestido”. (318)

También estaba determinada a escribir al respecto la vienesa Alice Schalek (1874-1956), periodista de *Neue Freie Presse* que consiguió vencer las resistencias y ser admitida en la imprenta imperial, junto a la húngara Margit

Vészi, para seguir el desarrollo del conflicto en el frente alpino tirolés, en Serbia, en el territorio isontino y en Galicia. Reunió sus artículos en dos libros, *Tirol en armas*, de 1915, y *Junto al río Isonzo*. Marzo a julio 1916, publicado el siguiente año. (319)

Mucho más conocida en ese momento era Colette (seudónimo de Sidonie-Gabrielle Colette, 1873-1954), una de las personalidades literarias más importantes de principios del siglo XX, quien se acercó a la línea de fuego de Verdún y escribió reportajes elegantes para los diarios franceses que daban cuenta de la atmósfera, en especial de las largas horas de espera: “inquietas, iluminadas por el resplandor boreal de un bombardeo incesante, un resplandor rosa que resopla al horizonte, al noreste. Un suntuoso tronar lo acompaña, continuo, nutrido, que no desgarrar el oído, sino que resuena en todo el cuerpo, en el estómago y la cabeza, y en ocasiones la caída a modo de flores de las bengalas luminosas, que estallan la noche”. Pero si lograba transfigurar con gracia el horror, no podía ocultar el diminuto drama de la existencia: “Me bastaron ocho días para comprender que aquí, en esta Verdún atiborrada de tropas, provista de vituallas por una única línea férrea, la guerra es la costumbre, el cataclismo inseparable de la vida, como el trueno y la lluvia, pero el peligro, el verdadero, es ya no comer. [...] Comer, comer, comer, ¡y sí!, es necesario”. (320) Su descripción del rancho, escaso y preparado con lo que había, no dista, salvo por el rasgo cultivado y velado de ironía, de las voces de los diarios de las mujeres refugiadas o que resistían en sitios desocupados por la guerra que ya nos hemos encontrado, que anotaban la misma agotadora obsesión cotidiana.

Harto más dramática es la narración de la guerra de quienes acudían a socorrer a los heridos y habían decidido poner al servicio también su talento de escritura. La inglesa Vera Brittain (1893-1970) llevó un diario mientras se desempeñaba como enfermera voluntaria en el Women’s Auxiliary Army Corps en el frente francés, donde perdió a su hermano y a su novio. Una vez de regreso en Gran Bretaña al final de la guerra, logró continuar los estudios en la Universidad de Oxford y comenzó a publicar novelas y a desarrollar la actividad periodística; mientras tanto trabajaba en la reelaboración del diario y de las cartas escritas en el frente, que publicó en 1933 bajo el título *Testamento de juventud*, unas memorias de su experiencia en la guerra que consiguió representar a toda una generación en los ideales que la habían empujado a partir seguida luego del duro y mortal choque con la realidad del conflicto. El libro fue un best seller que incluso conmovió a los escritores e intelectuales de su tiempo, entre los que estaba Virginia Woolf. (321)

Incluso aquellas mujeres que no se aventuraron a ir al frente, decidieron canalizar su talento por el camino de la escritura, y cada una encontró la propia modalidad. Ahora parece sorprendente que una escritora quisiera familiarizar a los niños con la guerra, creando canciones de cuna y poesías para fomentar en ellos el sentido patriótico y aceptar las restricciones y las transformaciones de sus vidas: los padres alejados, las madres empleadas en servicios voluntarios, las mujeres que trabajaban en los puestos de los hombres en roles que hacían estallar las consuetudinarias diferencias de género. No obstante, hubo quien lo hizo: la británica Nina Macdonald publicó en 1918 *Wartime Nursery Rhymes*, acompañada de ilustraciones, que comenzaba con “Canta una canción de tiempos de guerra”, que expresaba la realidad de un niño de ese tiempo:

No puedo conseguir una doméstica, / se han ido a fabricar municiones, / porque la paga es mejor / la nana está siempre ocupada, / sin tiempo para jugar, / casi todos los días / cose camisas para los soldados. / Todos hacen algo para la guerra / Las chicas hacen cosas / que nunca antes habían hecho / como conductoras de autobuses, autos o furgones, / El mundo está patas arriba / desde que la guerra comenzó. (322)

Hubo acentos, tonos, estilos bastante diversos, desde la adhesión total a la propaganda hasta la mirada crítica y preocupada. Al comienzo de la guerra Virginia Woolf escribió a su amiga Katherine Cox que en Londres se murmuraba “que era el fin de la civilización y que el resto de nuestra vida ya no tenía valor alguno”. (323) Al año siguiente seguía con ansia las peripecias del querido amigo de Duncan Grant que buscaba escapar de la conscripción obligatoria, las noticias del fusilamiento de los desertores y apuntaba el incremento de una tendencia excesiva hacia la guerra: “Enterarse de lo que sienten nuestros compatriotas acerca de la vida es muy preocupante. Podría pensarse que en tiempos de paz eran inofensivos, aunque estúpidos: pero ahora que han sido incitados parecen estar llenos de las pasiones más violentas y viles”. (324) Sin embargo, es recién desde el otoño de 1917 que Virginia comienza a hacer que resuene en su correspondencia la amenaza de la guerra que se cierne sobre los techos de Londres, los daños, las personas asesinadas, intentando así mantener a raya la angustia y poner a resguardo a los amigos y parientes –“nos hemos salvado de los raides”– (325), mientras que el malestar tomaba cuerpo por la

penuria de los escasos alimentos. Invitaba a los amigos a su casa en la campiña, en Sussex, pero les pedía con amabilidad que llevaran consigo la cartilla de racionamiento: “todo se encuentra rigurosamente racionado”. (326) La monstruosidad de la guerra se asomaría, mucho antes que en la célebre Tres guineas, en la alienación de un veterano que regresa del frente, Septimus Warren Smith, quien pondrá fin a su vida en Mrs. Dalloway (novela publicada en 1925).

Matilde Serao, directora de *Il Giorno*, que antes del conflicto bélico había conferido a su periódico una línea de neutralidad, al comienzo de la guerra empezaba un diario sobre lo cotidiano al cual invitaba a las mujeres a colaborar. Publicado en 1916 por la editorial Treves con el título *Habla una mujer: diario femenino de la guerra*, en su prefacio alineaba sus inquietudes y la dificultad de tomar la pluma: “¿Escribir? ¿Escribir qué? ¿Qué osaré, alguna vez, escribir, versos de amor, prosas de novela? Mientras la guerra arde, estalla, destruye, cómo concentrarse para componer las pobres, pequeñas historias, para medir los ritmos de algunos versitos? ¿Cómo cerrar las ventanas del alma al estruendo terrible para escuchar la antigua voz interior, que sin labios nos hablaba?”. (327) Si eso era difícil para los escritores, Serao pensaba que era todavía más arduo para las escritoras:

¿Y las escritoras, las poetisas? De golpe son arrojadas fuera del fuerte, del agradable sueño que aliviaba sus almas, y cualquier visión era borrada de sus mentes, y una flecha mortal ha atravesado sus corazones, flecha letal. Todas volvieron a ser mujeres, las simples, oscuras mujeres, en su estremecida sensibilidad, en su ternura transida de sufrimiento, en todas sus vísceras maternas, sufrientes de un dolor innominado y que tiene todos los nombres; todas no han sido sino madres de soldados, mujeres de soldados, hermanas de soldados: todas han sido solamente solas almas femeninas. (328)

En realidad, Matilde no abandonó en absoluto la pluma y enfrentó “este terrible trago de la guerra”, empleando su escritura para infundir obediencia, coraje, espiritualidad e incitar a una vida industriosa: “Mujeres de Italia, nos fue dada una cruz, la guerra: llevémosla con coraje, con fuerza”. (329)

Annie Vivanti (1866-1942), nacida en Inglaterra de padre italiano y madre

alemana, vivió entre Estados Unidos e Inglaterra; al estallar la Primera Guerra Mundial era una escritora de éxito tanto entre el público como con la crítica. Atenta a las cuestiones de actualidad, partidaria de la independencia de los pueblos, dedicó muchas obras al acontecimiento que estaba convulsionando la vida de toda Europa. Entre ellas, *L'invasore*, redactado originalmente como obra de teatro, se publicó en 1915 y rápidamente se puso en escena en Milán porque en efecto suscitaba un vivo interés debido al apremiante y debatido tema de las violaciones durante la guerra y el dilema al que debían enfrentarse las mujeres de continuar o no con los embarazos resultantes. El eco de la agresión sistemática de los alemanes que ocuparon Bélgica hacia las mujeres se había difundido y Annie Vivanti quiso atravesar esta violencia en profundidad en la novela *Vae victis!* ('¡Ay de los vencidos!'), donde restituía la dignidad y la palabra a las víctimas, a quienes les dejaba la libertad de decidir su propio destino, cualquiera que fuese su decisión. (330)

Ambientado en la campiña inglesa, la novela iniciática de la británica Rebecca West (seudónimo de Cicely Isabel Fairfield, 1892-1983), *El regreso del soldado*, publicada en 1918, narra el discurrir del tiempo en la bella residencia aristocrática donde las mujeres de la familia, Kitty y Jenny, respectivamente esposa y prima de Chris, quien había partido al frente, mantenían las ocupaciones habituales, sin embargo asumían con el paso de los años nuevos roles y mayores responsabilidades; el retorno del protagonista masculino sacaba a la luz su profundo trauma psíquico y la incapacidad de retomar la vida allí donde la había dejado. (331)

Estas son solo algunas de las escritoras que mojaron la pluma en la materia candente de la guerra, que quisieron consolidarse narrando acerca del frente, de los soldados, de la muerte vista desde cerca y de todo lo que aquella transformaba, violaba y embrutecía. Es necesario subrayar que se trató, como por lo demás fue observado con rencor por un crítico, de una invasión de campo y de una toma de la palabra en territorios que parecían una prerrogativa exclusivamente masculina, y legítimos solo en quienes participaban en primera línea en el conflicto, en quienes abrazaban las armas y se exponían a la muerte. Las mujeres, en cambio, pretendieron interpretar a su manera este cataclismo de la historia mundial, rechazando considerar la guerra como un acontecimiento únicamente militar, y por ende masculino, yendo a observar más allá y detrás de las líneas de fuego, reuniendo el plano del frente de batalla con el del homefront (algo así como 'frente del hogar'). Se esforzaron en formar parte de la construcción de esa "autorrepresentación colectiva" que se puso en movimiento

por la enormidad de lo vivido, atravesando los confines de los géneros literarios y sobre todo saliendo del perímetro asignado a ellas de enfermeras, vivanderas, viudas y madres de soldados, obreras en los puestos de los hombres en las fábricas de armamentos y en muchísimas otras ocupaciones.

■

210. Cristina Trivulzio di Belgioioso, “Della presente condizione della donna”, en Nuova Antologia, 1, 1866, p. 113.

211. Madame de Staël, Della letteratura considerata nelle sue relazioni colle istituzioni sociali, traducción del francés a partir de la segunda edición, Milán, Pirotta e Maspero stampatori librai, 1803, p. XXI (ed. or. De la littérature considérée dans ses rapports avec les institutions sociales, 1800).

212. De l'esprit des traductions aparecería traducido en la revista Biblioteca italiana ese mismo año, suscitando un encendido debate.

213. Madame de Staël, De l'Allemagne, en ead., Oeuvres Complètes: Publiées Par Son Fils, Précédées D'une Notice Sur Le Caractère Et Les Écrits De Mme De Staël Par Madame Necker De Saussure, París, chez Truttel et Würtz, Libraires, 1820, p. 16.

214. Ibid., p. 116. De l'Allemagne, aparecido en 1810, sufrió el secuestro de todos los ejemplares; se publicó en Londres recién en 1819, tras una tirada clandestina en 1813, a causa de la censura napoleónica.

215. Madame de Staël, Corinne ou l'Italie, París, Librairie Stereotype, chez H. Nicolle, 1807.

216. Luisa Passerini, *Sogno di Europa*, Turín, Rosenberg & Sellier, 2009, pp. 26-27.

217. Madame De Staël, *Della letteratura considerata nelle sue relazioni colle istituzioni sociali*, op. cit., p. XXVIII.

218. Virginia Woolf, *Una stanza tutta per sé*, Florencia, il Saggiatore, 1963, p. 74 (ed. or. *A Room of One's Own*, 1929) [ed. esp.: *Un cuarto propio*, trad. Jorge Luis Borges, Alianza, 2004, p.72].

219. Jane Austen, *Orgoglio e pregiudizio*, introducción de Maria Luisa Astaldi, trad. de Maria Luisa Agosti Castellani, Milán, Rizzoli, 1982, p. 1 (ed. or. *Pride and Prejudice*, 1813) [ed. esp.: *Orgullo y prejuicio*, trad. José Jordán de Urríes y Azara, Madrid, Calpe, 1924].

220. Mary Shelley, *Frankenstein, ovvero Il moderno Prometeo*, Milán, Garzanti, 1991, p. 13 (ed. or. *Frankenstein; or, the Modern Prometheus*, 1818) [ed. esp.: *Frankenstein*, trad. José C. Vales, Ariel, 2017].

221. Virginia Woolf, *Una stanza tutta per sé*, op. cit., pp. 76-117 [ed. esp.: *Un cuarto propio*, trad. Jorge Luis Borges, Alianza, 2004].

222. Nacida en una rica familia judía, organizó un salón frecuentado por miembros de la intelectualidad alemana, entre quienes estaban Schlegel, Schelling, Alexander y Wilhelm von Humboldt. Mantuvo una correspondencia extensísima y refinada, además de llevar un diario publicado luego de su

fallecimiento. En 1958, Hannah Arendt dedicó a Rahel una magistral biografía, centrada en el desarraigo seguido a la conversión al catolicismo.

223. Maria Luisa Betri, “Il medico curante e confidente nella prima metà dell’Ottocento. Le lettere al dottor Carlo Speranza”, en Maria Luisa Betri y Daniela Maldini Chiarito (eds.), “Dolce dono graditissimo”. La lettera privata dal Settecento al Novecento, Milán, FrancoAngeli, 2000, pp. 355-368.

224. Giuseppe Gioacchino Belli, “Er legge e scrive”, 27 de agosto de 1835, citado en Mario Alighiero Manacorda, “Istruzione ed emancipazione della donna nel Risorgimento. Riletture e considerazioni”, en Simonetta Soldani (ed.), L’educazione delle donne. Scuole e modelli di vita femminile nell’Italia dell’Ottocento, Milán, FrancoAngeli, 1991, p. 3.

[* Tressette, juego de cartas muy popular en Italia \[N. de T.\].](#)

225. Maria Conti Belli, “Caro Peppe mio... ..tua Cicia”. L’epistolario di Maria Conti Belli al marito e al figlio, edición crítica, comentario lingüístico y glosario al cuidado de Rita Fresu, Roma, Aracne, 2006, carta del 4 de octubre de 1831, pp. 112-113. La citada, hija de un abogado romano, aunque era de buena familia, su acotado recorrido educativo había sido en algún instituto escolar religioso o había recibido una enseñanza privada. Mayor que Belli, aunque bastante más dotada de bienes, tras un matrimonio infeliz conoció al poeta en una asamblea de la Accademia Tiberina.

226. Charlotte Brönte, Jane Eyre, Milán, Garzanti, 1997, p. 131 (ed. or. 1847, firmada bajo el seudónimo Currer Bell, salida en octubre en Londres, publicada por Smith, Elder & Co.).

227. Richard D. Altick, *La democrazia fra le pagine. La lettura di massa nell'Inghilterra dell'Ottocento*, Bologna, il Mulino, 1990, pp. 265-266 (ed. or. *The English Common Reader*, 1957). Es interesante notar que entre los usuarios merecen una mención aparte las modistas, quienes evidentemente buscaban publicaciones de moda. Existía de todas maneras una fuerte diferencia entre las lectoras en el lugar y aquellas que preferían el préstamo a domicilio.

228. Paolina Leopardi, *Lettere ad Anna e Marianna Brighenti (1829-1865)*, Fermo, A. Livi, 2012, pp. 121-125.

229. Susan David Bernstein, *Roomscape: Women Writers in the British Museum from George Eliot to Virginia Woolf*, Edinburgo, Edinburgh University Press, 2013, pp. 113 y ss.

230. Publicada entre 1862 y 1863 en *The Cornhill Magazine*.

231. Susan David Bernstein, *Roomscape...*, op. cit., citas de Eleanor Marx en las pp. 33 y 37.

232. Suzanne Voilquin, *Memorie di una figlia del popolo. La sansimoniana in Egitto*, traducción y nota crítica de Ginevra Conti Odorisio, Florencia, Giunti, 1989, pp. 19, 20 y 32-33.

233. *La Femme libre*, nº 1, 1832.

234. Teresa Fioroni, *Lettere artistiche e familiari, 1830-1855*, al cuidado de

Franca Petrucci Nardelli, Roma, Istituto della Enciclopedia Italiana, 1981.

235. Harriet Martineau, *Illustrations of Political Economy*. N°. 1 *Life in the Wilds, A Tale*, Londres, Charles Fox, 1832, pp. XI, 4 y 54-55.

236. Ead., *Illustrations of Political Economy*. N°. 9: *The Farrers of Budge-row. The Moral of Many Fables*, Londres, Charles Fox, 1834, p. 144.

237. Flora Tristan, *Promenades dans Londres, París-Londres*, H.-L. Delloye éditeur-W. Jeffs libraire, 1840, pp. 3-4.

238. En *Mujercitas*, la señora March leía en voz alta a sus hijas obras de Fredrika Bremer [N. de los E.]

239. Fredrika Bremer escribió novelas feministas que reivindicaban el derecho de la mujer a la independencia tales como *Presidentens döttrar* ('Las hijas del Presidente') de 1834 y sobre todo *Herta*; ferviente pacifista, en 1854, durante la guerra de Crimea, publicó en *The Times* una invitación a todas las mujeres cristianas a formar una liga por la paz.

240. Otras denuncias "literarias" femeninas precedieron al poema de Elizabeth Barrett Browning: en 1833, Caroline Bowles había publicado *Tale of the Factories*, mientras que en 1836 Caroline Norton publicó *A Voice from the Factories*; cfr. Ellen Moers, *Grandi scrittrici, grandi letterate*, Milán, Edizioni di Comunità, 1979, pp. 45-49 (ed. or. *Literary Women*, 1963).

241. Elizabeth Gaskell, *Mary Barton: A Tale of Manchester Life*, Londres, Chapman and Hall, 1848, citas en las pp. V-VI y VII.

242. Karl Marx por otra parte elogió Mary Barton, colocándola junto a las obras de Charles Dickens, William Thackeray y Charlotte Brontë, cfr. E. Moers, *Grandi scrittrici, grandi letterate*, op. cit., pp. 44-45.

243. Virginia Woolf, *Un cuarto propio*, op. cit., p. 94.

244. Maria Teresa Mori, *Figlie d'Italia. Poetesse patriote nel Risorgimento (1821-1861)*, Roma, Carocci, 2011, pp. 71-72.

245. Suzanne Voilquin, *Memorie di una figlia del popolo*, op. cit., pp. 88-89.

246. Margaret Fuller, *Un'americana a Roma (1847-1849)*, al cuidado de Rosella Mamoli Zorzi, Pordenone, Studio Tesi, 1986, p. 15.

247. Cristina Trivulzio di Belgioioso, "Della presente condizione delle donne e del loro avvenire", op. cit., p. 113.

248. Luigia Codemo, *La rivoluzione in casa*, al cuidado de Lina Iannuzzi, Bolonia, Cappelli, 1966, p. 17 (la primera edición salió en Venecia en 1869).

249. Enrichetta Caracciolo, *Misteri del chiostro napoletano*, Florencia, Barbera, 1864, citas en las pp. 78, 85 y 97.

250. Caracciolo fue corresponsal de la Rivista partenopea de Nápoles, La Tribuna de Salerno y asimismo de Il Nomade de Palermo. Después de las memorias publicó varios escritos, entre los cuales se hallan, en 1866, Un delitto impunito: fatto storico del 1838. Dramma in 5 atti y Proclama alle Donne d'Italia, además de una recopilación de poesías satíricas contra las supersticiones, I miracoli, en 1874.

251. Virginia Woolf, Una stanza tutta per sé, op. cit., p. 41 [ed. esp.: op. cit., p. 43].

252. John Stuart Mill, La servitù delle donne, traducción y prefacio de Anna Maria Mozzoni, Lanciano (CH), Carabba Editore, 1926, p. 12 (ed. or. The Subjection of Women, 1869). El prefacio de Mozzoni, quien de inmediato tradujo el libro, y lo publicó al año siguiente de su primera edición inglesa, es de una inteligencia e ironía notables.

253. ¿Cómo se explica, entonces, la mayor capacidad de lectura descubierta en los datos italianos (recogidos por Daniele Marchesini, Il bisogno di scrivere. Usi della scrittura nell'Italia moderna, Roma-Bari, Laterza, 1992, p. 8), esto es, 28,8% de mujeres en condiciones de leer contra 12,8% de los varones? Por un lado, por la alfabetización primaria, funcional a la lectura de la Biblia y de los libritos de doctrina. Por el otro, podemos también entrever un mayor deseo de contacto con el libro, como experiencia vicaria, según todo lo ya expresado hasta aquí, y la subsiguiente expansión del público de lectoras.

254. Acerca de la “maternidad social”, que transformaba la reproducción en un trabajo social, véase Michelle Perrot, “Uscire”, en Georges Duby y Michelle Perrot (eds.), Storia delle donne in Occidente, vol. IV: L'Ottocento, al cuidado de Geneviève Fraisse y Michelle Perrot, Roma-Bari, Laterza, 1991, pp. 447-448 [ed. esp.: Historia de las mujeres, vol. IV: El siglo XIX, trad. de Marco Aurelio

Galmarini, Madrid, Taurus, 2000].

255. Acerca de la experiencia de las alumnas en las escuelas para maestras, el relato de Matilde Serao, “Scuola normale femminile”, publicado por entregas en Nuova Antologia, 79, 49, enero-febrero de 1885.

256. Graziella Gaballo, “Donne a scuola. L’istruzione femminile nell’Italia post-unitaria”, en Quaderno di storia contemporanea, 60, 2016, pp. 115-140.

257. Recién en 1947 se admitieron estudiantes mujeres residentes en la Universidad de Cambridge.

258. Anna Rossi-Doria, Diventare cittadine. Il voto delle donne in Italia, Florencia, Giunti, 1996, pp. 81-82; las Cortes de Apelación rechazaron la solicitud con una única excepción, la del presidente de la Corte de Apelación de Ancona, Lodovico Mortara, con la consecuencia de que diez mujeres fueron inscritas en las listas electorales de las comunas de residencia y allí permanecieron un tiempo prolongado: cfr. Marco Severini, Dieci donne. Storia delle prime elettrici italiane, Macerata, Liberilibri, 2012; Maria Rosa Cutrufelli, Il giudice delle donne, Milán, Frassinelli, 2016.

259. El voto de las mujeres en varios países europeos: Finlandia (1906), Noruega (1913), Dinamarca (1915), Irlanda (1915), Reino Unido (1918), Rusia (1918), Alemania (1919), Suecia (1919), Austria (1920), Hungría (1920), Checoslovaquia (1921), España (1931), Turquía (1934), Francia (1944), Italia (1945), Albania (1946), Bulgaria (1947), Yugoslavia (1947), Bélgica (1948), Rumania (1948), Grecia (1952), Suiza (1971) y Portugal (1976).

260. Con el número cada vez mayor de mujeres que vivían solas, en rechazo de la vida conyugal, se iba consolidando asimismo una cultura de la amistad femenina y de relaciones homosexuales que tuvo una repercusión incluso literaria, a menudo dramática: Radclyffe Hall (1886-1943) escribió *Il pozzo della solitudine* (ed. or. *The Well of Loneliness*, 1928), cfr. Judith R. Walkowitz, “Sessualità pericolose”, en Georges Duby y Michelle Perrot (eds.), *Storia delle donne in Occidente*, vol. IV: *L'Ottocento*, op. cit., pp. 432-437 [ed. esp.: *Historia de las mujeres*, vol. IV: *El siglo XIX*, trad. de Marco Aurelio Galmarini, Madrid, Taurus, 2000].

261. Ada Negri (1870-1945), “Madre operaia”, poema incluido en la recopilación *Fatalità*, Milán, Treves, 1892; la madre de la poeta, Vittoria Cornalba, de humilde extracción, era una obrera textil.

262. En el censo de 1861 solo 360.000 mujeres declaraban ser amas de casa. Ministero di Agricoltura, Industria e Commercio, *Statistica del Regno d'Italia. Censimento generale, 31 dicembre 1861. Popolazione di diritto*, Florencia, Tipografia Letteraria, 1864.

263. Joan W. Scott, “La donna lavoratrice nel XIX secolo”, en Georges Duby y Michelle Perrot (eds.), *Storia delle donne in Occidente*, vol. IV: *L'Ottocento*, op. cit., p. 363.

264. Teresa Filangieri Fieschi Ravaschieri, *Storia della carità napoletana*, Nápoles, Stabilimento tipografico di Francesco Giannini, 1875, vol. 1, pp. 31-32.

265. George Sand, *Consuelo*, al cuidado de M. Lessona, Turín, UTET, 1947; originalmente salió por entregas entre 1842 y 1843 en una revista; Marchesa Colombi, *In risaia. Racconto di Natale*, introducción de Riccardo Reim, Milán, Lombardi, 1992.

266. Matilde Serao, *Telegrafi dello Stato* (Sezione femminile), publicada inicialmente en dos entregas de la *Nuova Antologia*, en octubre y noviembre de 1884.

267. Otra novela sobre este tema es *Ricordi di una telegrafista*, escrito entre 1903 y 1904 por Clotilde Scannabissi y publicado en 1913.

268. En el caso de Italia, se pasó de 15.820 maestras y 18.443 maestros para el año escolar 1863-1864, a la superación de 1875-1876 con 23.818 y 23.266 respectivamente, al doble de la presencia femenina atestiguada en 1901-1902 con 44.561 maestras y 21.178 colegas varones: cfr. Anna Ascenzi, *Drammi privati e pubbliche virtù. La maestra italiana dell'Ottocento tra narrazione letteraria e cronaca giornalistica*, Macerata, EUM, 2012, p. 134.

269. Ida Baccini, *La mia vita*, introducción y edición al cuidado de Lorenzo Cantatore, Milán, Unicopli, 2004, p. 121.

270. Joan W. Scott, "La donna lavoratrice nel XIX secolo", op. cit., pp. 380-381. Ha de señalarse que las memorias del gremio de las mujeres, fundado en 1883 por Alice Acland, se imprimieron por primera vez en 1931 en The Hogarth Press, la editorial de Virginia y Leonard Woolf, con el título *Life as We Have Known It*. Las memorias de Jeanne Bouvier se publicaron en Poitiers en 1936.

271. Marie-Claire Hoock-Demarle, "Leggere e scrivere in Germania", en G. Duby y M. Perrot (eds.), *Storia delle donne in Occidente*, vol. IV: *L'Ottocento*, op. cit., p. 267. La obra fue publicada de manera anónima en 1909, con el prefacio de Auguste Bebel.

272. Publicada en Dresde, en poco tiempo se tradujo a veinte idiomas, entre los cuales: sueco (1890), ruso (1891), inglés (1892), italiano (1897), francés (1899) y español (1905).

273. Teresa Filangieri Fieschi Ravaschieri, *Storia della carità napoletana*, op. cit., pp. 37-39. Sobre ella un conmovedor retrato de Matilde Serao: “No murió una mujer, el pasado año, el diez de septiembre: se esfumó la más incomparable fuerza espiritual, desapareció la mejor parte de nosotras, la que resumía las tres virtudes del alma, la caridad, la fe y la esperanza”. (Matilde Serao, *Il Ventre di Napoli*, edición integral al cuidado de Patricia Bianchi, con un escrito de Giuseppe Montesano, Cava de’ Tirreni (SA), Avagliano, 2002, p. 185).

274. En su vastísima producción, Butler se ocupó también de obras biográficas y además de las dedicadas a sus parientes escribió una biografía de santa Catalina de Siena.

275. Maria Pia Casalena, *Scritti storici di donne italiane. Bibliografia (1800-1945)*, Florencia, Olschki, 2003, p. XXVI.

276. Caterina Pigorini Beri, “Lettera a Francesco Protonotari, 22 novembre 1885”, en Maria Cecilia Vignuzzi, “La partecipazione femminile al giornalismo politico-letterario. Italia e Francia tra Otto e Novecento”, tesis doctoral, Alma Mater Studiorum Università di Bologna-École Pratique des Hautes Études, 2008, p. 212.

277. Caterina Pigorini Beri, “Lettera a Giuseppe Protonotari, de 1893, director de Nuova Antologia”, *ibid.*, p. 214.

278. Maria Savi-Lopez, *Leggende del mare*, Turín, Loescher, 1894, p. 5.

279. Bénédicte Monicat, *Devoirs d'écriture. Modèles d'histoires pour filles et littérature féminine au XIXe siècle*, Lyon, Presses Universitaires de Lyon, 2006, p. 9, nota 6.

280. Rosalía de Castro, "Las Literatas", en *Almanaque de Galicia, para uso de la juventud elegante y de buen tono*, 3, 1866, pp. 56-58.

281. Todavía son pocos los estudios sobre la cantidad. Para Francia de las veinte de 1861 se contaban setecientas en 1909 de un total de tres mil escritores: cfr. Monique de Saint-Martin, "Les 'femmes écrivains' et le champ littéraire", en *Actes de la recherche en sciences sociales*, 83, 1990. Sobre las italianas: cfr. Gilda Corabi, "Scrittrici dell'Ottocento", en Sergio Luzzatto y Gabriele Pedullà (eds.), *Atlante della letteratura italiana*, vol. III: *Dal Romanticismo a oggi*, al cuidado de Domenico Scarpa, Turín, Einaudi, 2012, pp. 162-181.

282. Bénédicte Monicat, *Devoirs d'écriture*, op. cit., p. 17, nota 34.

283. Sobre las escritoras italianas a la cabeza de las redacciones de los diarios o como parte de ellas: cfr. Patrizia Zambon, *Letteratura e stampa nel secondo Ottocento*, Alessandria, Edizioni Dell'Orso, 1993, pp. 80-81.

284. Bénédicte Monicat, *Devoirs d'écriture*, op. cit., p. 15. Anaïs Lebrun, condesa de Bassanville, dirigió *Le moniteur des dames et des demoiselles* desde 1846 hasta 1850 y *Le dimanche des familles* desde 1856 hasta 1858; en 1867

publicó Code du cérémonial. Guide des gens du monde dans toutes les circonstances de la vie.

285. Ida Baccini, *La fanciulla massaia*, Florencia, Paggi, 1880, p. 25.

286. Neera, carta del 19 de mayo de 1893, en Patrizia Zambon, *Letteratura e stampa nel secondo Ottocento*, op. cit., p. 87.

287. Beatrice Battaglia, “L’Autobiografia di Margaret Oliphant. Vivere da scrittrice professionista nell’Ottocento inglese”, en *Memorie, Diari, Confessioni*, al cuidado de Andrea Fassò, Bolonia, il Mulino, 2007, pp. 269-294, citas en las pp. 284-286.

288. Matilde Serao, Carta a Gaetano Bonaventura, 22 de marzo de 1878, en Donatella Trotta, *La via della penna e dell’ago. Matilde Serao tra giornalismo e letteratura*, Nápoles, Liguori, 2008, p. 21.

289. Carolina Invernizio, *Il bacio d’una morta*, Mantua, Corraini, 2007, p. 25.

290. Eleanora Hallen, *Diaries*, 1834-1836, 1844-1846. Eleanora murió joven de tuberculosis. También se han conservado álbumes de bosquejos, cartas entre hermanas y los diarios de dos de ellas, Sarah y Mary.

291. Letizia Pesaro Maurogonato, *Il diario di Letizia*, 1866, Venecia, Nova Charta, 2004, p. 2.

292. Sobre los fondos de esta tipología de la Bibliothèque Nationale de París, cfr. Philippe Lejeune, *Le moi de demoiselles. Enquête sur le journal de jeune fille*, París, Éditions du Seuil, 1993.

293. Armando Petrucci habló de la “indiferencia hacia la conservación” de tales materiales profesada por los responsables oficiales de los procesos y de las instituciones de la “alta” cultura escrita: cfr. Armando Petrucci, *Scrivere lettere. Una storia plurimillenaria*, Roma-Bari, Laterza, 2008, pp. 132-133; edición en español, p. 148 [ed. esp.: *Escribir cartas, una historia milenaria*, Buenos Aires, Ampersand, 2018, trad. María Julia De Ruschi].

294. Anna Iuso, “Per una genealogia europea”, en Quinto Antonelli y Anna Iuso (eds.), *Vite di carta*, Nápoles, L’ancora del Mediterraneo, 2000, pp. 13-30.

295. Rita Fresu, “Scritture dei semicolti”, en Giuseppe Antonelli, Matteo Motolese y Lorenzo Tomasin (eds.), *Storia dell’italiano scritto*, vol. III: *Italiano dell’uso*, Roma, Carocci, 2014, p. 198.

296. Barbara Hans-Bianchi, *La competenza scrittoria mediale. Studi sulla scrittura popolare*, Tubinga, Max Niemeyer Verlag, 2005, pp. 5-15.

297. Ibid.

298. Pieve Santo Stefano, Archivio diaristico nazionale (en adelante ADN), Adn-6314 dp/11, Margherita Garrone, *Diario*, 1893-1900.

299. ADN, Adn-0641 mp/t, Carlotta Castiglioni, Memoria, 1893. Carlotta regresó a vivir a su país natal poco tiempo después de la muerte de su madre.

300. ADN, Adn-4390 dv/03, Giuseppina Croci, Descrizione dun viaggio da Milano a Sganghai. China, 1890; el texto fue publicado en Giuseppina Croci, Sul bastimento per Shanghai, Udine, Forum–Editrice Universitaria Udinese, 2011, colección de la Fondazione Archivio diaristico nazionale “Autografías”, 3. Giuseppina permaneció cinco años y regresó con un discreto patrimonio y con un buen conocimiento tanto del inglés como del chino.

301. ADN, Adn-3760 e/01, Bianca Alessandrini, Epistolario, 1879-1885. Bianca murió enferma, muy joven, en enero de 1885.

302. ADN, e/89, Caterina Janutolo, Epistolario, 1888-1904.

303. ADN, Adn-1431 e/89, Eufrosina Serventi, Epistolario, 1870-1871. El estilo de Eufrosina es todo menos negligente, véase por ejemplo la primera carta a Pietro Ugolotti del 22 de abril de 1870: “¡¡¡Nadie puede resistirse a la potencia del amor!!! No te burles pues de mi debilidad. Sus palabras desgarran mi corazón; No puedo ni nunca podré olvidarlo, lo amo con toda la fuerza de mi ánimo, y daría todo para reconquistar su corazón, único objeto que habría deseado poseer enteramente y para siempre”.

304. Bernard Lahire, “La division sexuelle du travail d’écriture domestique”, en Ethnologie française, XXIII, 4, 1993, p. 106.

305. Ibid., pp. 132-135.

306. En los últimos años del siglo XIX, formalmente la historia del alfabetismo estaba casi concluida para un número considerable de países: David Vincent, *Leggere e scrivere nell'Europa contemporanea*, Bolonia, il Mulino, 2006, pp. 38-39 (ed. or. *The Rise of Mass Literacy*, 2000).

307. Datos tomados de Carlo M. Cipolla, *Istruzione e sviluppo. Il declino dell'analfabetismo nel mondo occidentale*, Turín, UTET, 1971, pp. 118-125. Un análisis más detallado en Harvey J. Graff, *Storia dell'alfabetizzazione occidentale*, vol. III: *Tra presente e futuro*, Bolonia, il Mulino, 1989 (ed. or. *The Legacies of Literacy: Continuities and Contradictions in Western Culture and Society*, 1987), y en D. Vincent, *Leggere e scrivere*, op. cit., pp. 18-27, que, sin embargo, introduce una mirada crítica sobre los indicadores que ocultan las diferencias de competencia dentro del mundo de los alfabetizados y de las disparidades geográficas, entre el norte y el sur, las ciudades y el campo (ibid., pp. 13-18).

308. Antonio Gibelli, *L'officina della guerra. La grande guerra e le trasformazioni del mondo mentale*, Turín, Bollati Boringhieri, 1991, pp. 43-75. Antonio Gibelli fue el fundador del Archivio ligure della scrittura popolare.

309. En 1874 con el tratado de Bremen se colocaron las bases para la Unión Postal Europea que unió a todos los países en un sistema común de franqueo a precio fijo, que para el autor corresponde al “momento de pasaje a la edad adulta del alfabetismo” (D. Vincent, *Leggere e scrivere*, op. cit., p. 7).

310. Muchísimas personas de escasa alfabetización escogieron las tarjetas postales: “No es casual, por cierto, que entre los dos siglos los semianalfabetos o en cualquier caso las personas (incluidas las mujeres) pertenecientes a los estratos o categorías menos habituadas a la comunicación escrita tradicional, prefiriesen las tarjetas, postales o ilustradas, antes que la carta propiamente

dicha: es decir, la mayor parte, que no la mejor, de los correspondientes” (A. Petrucci, *Scrivere lettere*, op. cit., p. 142; ed. en español, p. 159). El número de tarjetas postales aumentó de manera extraordinaria: en 1913 viajaron por Europa cinco millones de piezas, también gracias al aumento del tiempo libre respecto del trabajo (D. Vincent, *Leggere e scrivere*, op. cit., pp. 200-201).

311. La carta de Emily Chitticks, junto a otros escritos de ella y a los de William, y de muchas otras personas se conservan en el Imperial War Museum de Londres. Emily murió en 1974.

312. Armando Petrucci, *Scrivere lettere*, op. cit., p. 148; edición en español, p. 164.

313. La memoria autobiográfica de Amabile Broz, nacida en la comuna de Vallarsa el 6 de febero de 1892, asistente a las escuelas populares, está contenida en un cuadernito de sesenta páginas, reproducida en Quinto Antonelli et al. (eds.), Valeria Bais, Amabile Maria Broz, Giuseppina Cattoi, Giuseppina Filippi Manfredi, Adelia Parisi Bruseghini, Luigia Senter Dalbosco, Trento-Rovereto (TN), Museo storico-Museo storico italiano della guerra, 1996, pp. 35-73.

314. Ibid., p. 45.

315. La memoria autobiográfica de Adelia Parisi Bruseghini, nacida en Sacco di Rovereto el 21 de diciembre de 1877, asistente a las escuelas populares, fue redactada en un cuaderno de contabilidad de alrededor de ochenta páginas, reproducida en Antonelli et al. (eds.), Valeria Bais, Amabile Maria Broz, Giuseppina Cattoi, Giuseppina Filippi Manfredi, Adelia Parisi Bruseghini, Luigia Senter Dalbosco, op. cit., pp. 133-191.

316. La memoria autógrafa de Giuseppina Cattoi, nacida en Lizzana el 8 de septiembre de 1896, que la autora define como Memorándum, fue escrita en un cuaderno escolar, y bajo la forma de carta enviada al párroco, utilizando solo las páginas impares (a la derecha), y con una subdivisión del texto y títulos de los párrafos, durante treinta páginas, al final hay una larga composición poética, reproducida en Antonelli et al. (eds.), Valeria Bais, Amabile Maria Broz, Giuseppina Cattoi, Giuseppina Filippi Manfredi, Adelia Parisi Bruseghini, Luigia Senter Dalbosco, op. cit., pp. 75-96.

317. Se trata de una afirmación de Sandra Gilbert, “Soldier’s Heart: Literary Men, Literary Women and the Great War”, en *Signs*, 8, 3, 1983, pp. 422-450, que ha querido evidenciar la inversión de los roles sexuales y los espacios de emancipación conquistados por las mujeres durante la Primera Guerra Mundial, en ausencia de los hombres enviados al frente.

318. Stefania Türr, *Alle trincee d’Italia. Note di guerra di una donna*, Milán, Cordani, 1917, p. 30.

319. Alice recibió condecoraciones al valor militar, pero luego de dos años su participación suscitó polémicas y fue vista como una degeneración de la femineidad, por ello perdió su acreditación. Reunió y publicó sus artículos y otros textos sobre el conflicto, cfr. Alice Schalek, *Isonzofront*. Marzo-Luglio 1916, traducción de Renato Ferrari, tablas e ilustraciones de Ferdinand Pamberger, introducción de Mario Silvestri, Gorizia, Librería Editrice Goriziana, 2014. De familia judía, fue arrestada en 1939 por la Gestapo, logró huir a Suiza para llegar luego a Nueva York.

320. Colette, *Oeuvres complètes*, vol. IV: *Les Heures longues*, París, Flammarion, 1973, citas en las pp. 363 y 365.

321. Vera Brittain, *Testament of Youth: An Autobiographical Study of the Years 1900-1925*, con una introducción de Mark Bostridge y un prefacio de Shirley Williams, Londres, Virago Press, 2004. Vera Brittain se convirtió en una activa pacifista y feminista, que escribió muchos ensayos sobre la historia de las mujeres y la novela *Honourable Estate* sobre la historia del movimiento de las mujeres, publicado en 1936.

322. *Wartime Nursery Rhymes*, publicado en Londres en 1918 por George Routledge & Sons, volvió a salir en Londres en 2014, reeditado por la British Library.

323. Virginia Woolf, *Le cose che accadono. Lettere 1912-1922*, al cuidado de Nigel Nicolson y Joanne Trautmann, traducción de Silvia Gianetti, Turín, Einaudi, 1980 (ed. or. *Letters of Virginia Woolf (1912-1922)*, 1978), carta nº 709 del 12 de agosto de 1914, p. 64.

324. *Ibid.*, carta nº 736 del 15 de noviembre de 1915, p. 88.

325. *Ibid.*, carta nº 879, 10 de octubre de 1917, p. 229, pero también en las anteriores y en las siguientes. Al cuñado, Clive Bell, le escribía en febrero de 1918: “Hemos pasado las últimas tres noches en el sótano, aunque no había mucha necesidad, pero cuando los empleados estuvieron a salvo no pude evitar pensar que sería una ironía si ellos se salvaran y nosotros muriéramos” (*ibid.*, carta nº 906, pp. 266-267).

326. *Ibid.*, carta nº 918 dirigida a Lytton Strachey del 24 de marzo de 1918, p. 279.

327. Matilde Serao, *Parla una donna. Diario femminile di guerra*, Milán, Treves, 1916, p. IX.

328. *Ibid.*, p. XII.

329. *Ibid.*, p. 6.

330. Annie Vivanti, *Vae victis! Romanzo*, Milán, Quintieri, 1917.

331. Rebecca West escribió en 1946 un interesante reportaje sobre los últimos días del proceso de Núremberg, “Serra con ciclamini. Il processo di Norimberga e la rinascita economica della Germania”.

CAPÍTULO 6

A MODO DE CONCLUSIÓN, CON UNA GLOSA FINAL

La historia de las escrituras femeninas –acceso y deseo, educación y conocimiento, capacidad y oportunidad– ha llegado a su fin. Ya fuera que se encontraran llenando cuadernos escolares, álbumes de recuerdos o de recetas, o que redactaran artículos de periódicos, novelas o ensayos, las mujeres, de todas maneras, ya escribían. Los vasos comunicantes estaban trabajando a todo ritmo y tampoco el impacto con los regímenes totalitarios de Europa consiguió afectar las capacidades conquistadas, aunque se esforzaron por hacerlo. (332)

Nuestra historia por tanto termina ahora. De aquí en adelante se abren otros caminos que llevarían a interrogarnos sobre la calidad de la escritura, sobre el estilo en relación al panorama más general de las formas expresivas, además en continua transformación, pero de veras es otra historia, más propiamente literaria. Ya hemos discutido acerca de ella con Virginia Woolf, el criterio “pluma o piqueta” concierne al criterio de la crítica y no al acceso a la escritura, a sus contextos, a las conexiones con las divisiones y las articulaciones de la historia o con la gran narración sobre la diferencia de género que se ha desarrollado a lo largo del tiempo. A pesar de que haya sido inevitable entrelazar la historia literaria, fuente nutricia de este recorrido, la óptica privilegiada ha sido la perspectiva histórica de la escritura, de su libertad y de su deseo.

Las mujeres en el pasado escribieron de todo y experimentaron todos los géneros literarios, pero quedaban obstáculos y restricciones a su libertad para acceder a la cultura; este deseo, al menos en Occidente, ya hoy se despliega plenamente, y la escritura de las mujeres, como la de los hombres, explora cada dimensión de la vida y de la literatura, accede a éxitos y reconocimientos, desde premios Nobel (nueve en el siglo XX, seis solo para los primeros años de nuestro siglo), (333) hasta la admisión en prestigiosas instituciones, valga para todas la elección de Marguerite Yourcenar a la Académie française en 1980. Desde la segunda mitad del siglo, el número de escritoras ha alcanzado el de sus colegas varones. Además, es bueno no perder de vista a las lectoras, porque en la experiencia que hemos narrado esta presencia en constante aumento, que ha ido estrechando más y más un pacto con las autoras, ha contribuido a reforzar las líneas de las escribientes, a hacer funcionar a manera de pistones los vasos comunicantes.

En el mundo actual, las mujeres son las más lectoras. Leen más, en cualquier latitud, a pesar de todo. En el mundo occidental las inscritas en la universidad, y sobre todo las graduadas, son más que los inscritos del otro sexo; no hay carrera en la cual las mujeres no hayan entrado, tal vez a contracorriente de lo establecido, es decir, por las buenas o por las malas, y en gran parte de las cátedras universitarias la presencia es mayoritariamente femenina.

Entonces, ¿ya no subsisten los inconvenientes? Como sabemos, no es así. El lado oscuro concierne más a la cuestión del poder que a la educación y en apariencia excede nuestro campo, pero vuelve a entrar en él por la ventana. El poder tiene varias formas. Por ejemplo, la de no hacer conocer la historia que se ha contado en este libro, que muestra una riqueza inmensa, diversificada, en absoluto monótona o inscrita solo en direcciones limitadas.

Reafirmémoslo una vez más: muchas de estas escritoras eran conocidas en su tiempo, luego se vieron sometidas al olvido que no está privado de culpas: alcanzó con no citarlas, no traducirlas, no reseñar sus obras, evitar incluirlas en biografías, repertorios, antologías, et ¡voilà!, la niebla se las tragó. ¿Fue porque empleaban la picota, acaso eran todas quejasas? No parecería, visto los géneros que abordaron, pero ha de tenerse en debida cuenta que a menudo debieron defenderse y sus vidas no fueron fáciles. En un cierto sentido podría decirse que las mujeres siempre han escrito también para responder a los prejuicios de los hombres, para romper esa tácita o explícita exigencia de conformarse al silencio, pero sería una verdad a medias y que por añadidura desmerece sus ambiciones. Y podríamos añadir, como ha hecho Ellen Moers respondiendo a las críticas de Virginia Woolf, quien había afirmado que el malestar femenino “hacía que la pluma de las novelistas saliese huyendo”, que “a nosotras, en cambio, ese malestar nos parece la fuente de la cual surgieron ese fuego y esa pasión”, (334) que alimentaron muchas de las novelas que hoy admiramos. Y tampoco parece que el criterio “pluma o piqueta” hubiese sido tan usado cuando de hombres se trataba. Hubo escritores mediocres de ambos sexos, pero en el caso de una mujer la mediocridad se ridiculizaba mientras que el talento la exponía al riesgo de permanecer recluida en el limbo de la excepcionalidad o del escándalo.

¿Cuántas de las mujeres que hemos encontrado se hallan presentes en los manuales escolares o en los cursos universitarios? (335)

Y, por otra parte, también en la vertiente de la historia de la escritura se ha prestado poca atención, y solo recientemente, a las escribientes comunes, que

han dejado cartas, testamentos, contratos, libros contables, cuadernos de recetas, diarios, pensamientos, incluyéndolas descuidadamente en la categoría de los analfabetos o semicultos. Una época historiográfica más atenta a la historia desde abajo y al nacimiento de centros de recopilación de escrituras populares está señalando nuevas perspectivas y haciendo mayor justicia.

Pero ha funcionado mucho más, como en el pasado, el “hazlo tú misma” de las mujeres que han decidido, sobre todo siguiendo al feminismo de la década de 1970, salir a redescubrir autoras, las “madres” de la literatura, como ya había señalado Woolf, construir o reforzar la genealogía femenina. Muchas estudiosas, y ahora también estudiosos, han recogido indicios, realizado antologías, repertorios, biografías que faltaban; los gender studies han sembrado y enriquecido el horizonte de presencias y de interpretaciones. Nacieron editoriales manejadas por mujeres con el propósito de redescubrir literatas y responder a las lectoras, que de cualquier manera leen de todo, sin distinciones de sexo, pero siempre tienen un ojo atento a sus semejantes. Para reparar las injusticias, el olvido, se han puesto la voluntad y el empeño femeninos, más que el lamento. Sin embargo, todavía hay mucho que hacer y sobre todo ha llegado la hora de que esta historia tan rica no quede en una gaveta, no dejarla en los márgenes, en los intersticios porque pertenece plenamente al camino de la escritura, del gran medio de comunicación, de expresión y de creatividad de los individuos sin importar su género.

El director de una gran cadena italiana de librerías ha afirmado, sin escrúpulo alguno, que no lee libros escritos por mujeres y tampoco los recomienda. (336) Llegados al término de esta narración, con toda razón puede rebatirse que de veras no sabe lo que se pierde.

¿HA EXISTIDO Y EXISTE “UNA” ESCRITURA FEMENINA?

No podía concluir este libro eludiendo este interrogante, aun cuando quien lee habrá tenido modo de comprender que la afirmación de la existencia de una escritura femenina excede la perspectiva de esta indagación puesto que el interrogante se plantea por fuera de la historia e ignora las transformaciones en el tiempo de los modelos culturales de construcción y de comunicación de las

identidades sexuales, haciendo eje más bien en un presunto “esencialismo” de la naturaleza femenina; aun así merece atención y respuesta porque su origen se arraiga en un momento histórico preciso, de particular interés y relevancia.

Veamos por tanto sus críticas, basadas en tres órdenes de cuestiones. En primer lugar, observamos que semejante afirmación define ante todo la escritura femenina en singular. Lo que he buscado documentar, por el contrario, es la existencia de una pluralidad de prácticas y de tipologías de escritura, de canales expresivos que van desde lo usual hasta lo más propiamente literario y que aconsejan consecuentemente que la palabra sea flexionada en plural. Se me replicará que tal aserción se dirige solamente a la escritura literaria, pero pienso que he demostrado suficientemente que también en este caso el plural es de rigor. Insistir en un único recorrido contradice además mi intento de volver visible los nexos entre los diversos usos de la escritura, de salir de la contraposición entre los dos polos, prefiriendo imaginar la presencia de un continuum y de vasos comunicantes. He subrayado pues la exigencia de restituir ecos narrativos y voluntades expresivas también a testamentos, memorias personales, diarios y cartas. Por lo demás, la literatura acoge muchos registros e incluye, entre otros, las fábulas, los proverbios, las canciones: formas de narraciones orales de las cuales a menudo las escrituras cotidianas, especialmente las femeninas, conservaban y conservan en parte todavía su sello. ¿Estamos de veras seguros de que todas las escrituras que definimos como comunes son extrañas a la literatura o están exentas de alguna forma de literariedad?

En segundo lugar, la existencia de una escritura femenina contrasta con lo que hemos visto desfilar ante nuestros ojos a lo largo de estos siglos y de los más diversos contextos: las mujeres han escrito de todo y sobre todo, han abrazado los géneros y las formas expresivas más variadas enraizándose en la historia, en la historia literaria y en las tradiciones culturales de los diversos países, en ocasiones con soluciones más bien divergentes, y en conexión con la transformación de los medios de comunicación. Las escritoras, ha advertido Elisabetta Rasy, “no forman parte de un corpus, no definen un sistema [...] No tendría sentido conducir una investigación ideológica, de contenido o de estilo sobre la producción femenina”. (337) Ellen Moers ya nos había puesto sobre aviso: “En sus escritos las literatas han usado toda forma y estilo posible, han echado luz sobre todos los caracteres y estados de ánimo, han sido radicales y conservadoras, de opiniones amplias o restringidas, trágicas y cómicas. No tiene sentido decir qué no pueden hacer las mujeres en el campo literario, porque la

historia nos muestra que han hecho todo”. (338)

¿Tiene sentido colocarlas a todas juntas en una única categoría? ¿No se comete una injusticia con ellas? ¿No vale la pena más bien operar para valorizar las diferencias entre ellas, la variedad, los contrastes y las excepciones?

Por último, abordamos la tercera cuestión: insistir en esta afirmación equivale a no tomar en seria consideración las palabras actuales de las escritoras que, si se les pregunta por su adhesión a “una” línea de escritura femenina, contestan, en general enojadas, más o menos en estos términos: “Escribo sobre el mundo y lo interpreto”. Es decir, equivale a decir que usan la pluma a partir de un acto creativo que tiende a superar los límites de sexo, estrato y horizonte geográfico, para representar toda la experiencia humana, que trasciende incluso los límites del cuerpo y las constricciones con las cuales de todos modos cada uno, varón o mujer, debe necesariamente rendir cuenta. Precisamente este enfoque era el que Virginia Woolf se aplicaba a sí misma y auguraba a sus colegas escritoras del presente y del futuro. Además, hoy con las enseñanzas de los estudios poscoloniales, la erosión de una concepción identitaria unitaria y orientada sexualmente en una dirección única y estable, este plano del debate resulta ampliamente desenfocado e inactual.

Sin embargo, lo dicho hasta ahora no debe negar la existencia de muchos puntos de contacto, de conexiones, de proximidades entre las escribientes de todo tipo y entre sus textos, que han emergido en la narración y que asimilan a las mujeres entre sí, primero en los obstáculos al acceso al alfabeto y en la exclusión de los recorridos formativos, aun cuando tal exclusión ha sido por un lado un impulso a la libertad de las formas gráficas, que hemos encontrado, pero por otro también un motivo de reinención del lenguaje y de sustitución de la tradición literaria y erudita con la ventaja de la imaginación, o con el recurso al propio cuerpo tratado como “documento” y fuente histórica. Con frecuencia se buscaba la legitimidad, pero no siempre, por fuera de los circuitos literarios, sustentándose en la fidelidad a los propios sentimientos y en la propia subjetividad, revirtiendo las desventajas de que partían. La libertad expresiva, que de ordinario ha caracterizado los textos femeninos, nació, aunque sea paradójico, precisamente del escaso acceso a un programa de estudios canónico y a la tradición exegética y doctrinal. Aun así, no era la condición ni la respuesta de todas, y mucho dependió de precisas circunstancias históricas, geográficas y de estrato social. No puede hablarse de posiciones marginales para todas: algunas se insertaron bien en contextos culturales, en ambientes intelectuales, en espacios mixtos y de

intercambio, como los salones, en absoluto aislados y, por el contrario, contiguos a las esferas del poder. Las escrituras de la intimidad a las que hemos pasado revista fueron un terreno muy frecuentado por las mujeres, pero algunas se apartaron de él y escogieron la narración histórica o el teatro o hasta la ciencia. El conflicto acerca de la escritura en cuanto medio expresivo, sobre el cual pesaba el llamado al silencio, ha atravesado la historia de las mujeres, ha consumido muchas energías femeninas y ha debilitado sus deseos, y esta sí que es una historia común. Tal conflicto, empero, no ha actuado en el plano de las escrituras usuales y personales, sino en el de aquellas públicas, y cada una de las mujeres que escribe ha reaccionado de modos diferentes y con estrategias variadas, dosificando o alternando modestia y ambición, ocultando su nombre real o desafiando el buen juicio, de lo cual salía ridiculizada o reconocida: subrayémoslo, los resultados han sido diversos en relación con contextos precisos, períodos históricos y características individuales. Las vidas y las subjetividades no son iguales ni extrapolables.

La complejidad aconseja pues usar la lupa, focalizar las diferencias, renunciando a medir a todas con el mismo rasero.

No obstante, es interesante remontarse a las experiencias y a los ambientes que favorecieron el nacimiento de un “mito” de la escritura femenina que se originó en Francia alrededor de mediados de la década de 1970, al hilo del feminismo. Simone de Beauvoir en *El segundo sexo*, publicado en 1949, había realizado una lectura impiadosa de los escritos de las mujeres que traicionaban, a su parecer, el estado de sujeción y de encadenamiento a la “naturaleza” femenina y que se reducían a un estilo “natural”, oral, corporal, incapaz de elevarse. A veinticinco años de distancia de aquel libro de tanta relevancia, tomó vida un proyecto de rescate y a la vez de valoración de la escritura femenina que invertía precisamente esa perspectiva: la raíz de la debilidad según la visión de Simone de Beauvoir se volvía, por el contrario, la fuerza y la clave de la diferencia. La escritura femenina no hablaba del cuerpo, era cuerpo, inmersión en un mundo de humores, silencios, fluidez y desorden; era indecible y escurridiza, y sobre todo irreductible al orden social y masculino. Así como en Simone de Beauvoir el vínculo de las mujeres con la naturaleza parece asfixiante y causa de una literatura marcada por la opresión, para el nuevo enfoque la naturalidad, la espontaneidad restituían a las mujeres la palabra de lo profundo, enraizada en la corporeidad. Fue en especial Hélène Cixous, y el grupo que se conformó en torno a ella, quien produjo su teoría, elaboró la noción de la “escritura femenina” que tuvo una vasta acogida en el movimiento de las mujeres y notables

repercusiones editoriales. Con este parámetro se juzgó a las escritoras, según una jerarquía de “fidelidad” que olvidó, empero, a quien no respondiese a ese criterio.

Si esta teorización ya ha sido desautorizada, en particular por las especialistas en literatura, pero además por las historiadoras e incluso por quienes en parte habían adherido a ella, como Christine Planté, es justo valorarla con una mirada histórica, asociándola a los cambios de ruta producidos por el feminismo en el ámbito del debate público y de los estudios: en un mundo académico y literario que se obstinaba en olvidar a las escritoras o aplicarles parámetros desmerecedores, constituyó una vía de salida de un estado de impasse, un modo para ignorar por completo los corsés interpretativos canónicos, a fin de emanciparse de la crítica literaria, para construir un paradigma nuevo y radical, para indicar referencias alternativas que parecían liberadoras y en parte lo fueron. Este enunciado, que en su momento equivalió a un grito de batalla, tuvo entonces un sentido, pero finalmente circunscribió y confinó la expresividad de las mujeres.

Y, a esta altura, las palabras de despedida no puedo sino confiarlas a Virginia Woolf, que en esta investigación siempre ha estado idealmente a mi lado. Al dirigirse a las jóvenes estudiantes de Cambridge, en una de las conferencias dictadas en 1928, les lanzó esta apremiante invitación: “Por eso les ruego que escriban toda clase de libros, por trivial o vasto que sea el tema. [...] Si quieren complacerme –y hay miles como yo– escribirán libros de viajes y aventuras, de investigación y de erudición, de historia y biografía y crítica y filosofía y ciencia”. (339)

La esperanza de Virginia Woolf se ha cumplido: las mujeres escriben de todo, pero, recordémoslo, también lo hicieron en el pasado.

■

332. Sobre las limitaciones a la educación superior de las mujeres y obviamente la faltante escolarización de las judías, véanse los ensayos de Victoria De Grazia, “Il patriarcato fascista. Come Mussolini governò le donne italiane (1922-1940)” y de Gisela Bock, “Il nazionalsocialismo. Politiche di genere e vita delle donne”, en Georges Duby y Michelle Perrot (eds.), *Storia delle donne in Occidente*, vol. v: *Il Novecento*, al cuidado de Françoise Thébaud, Roma-Bari, Laterza, 1992,

pp. 141-175 y 176-209 [ed. esp.: Historia de las mujeres, vol. v: El siglo XX, trad. de Marco Aurelio Galmarini, Madrid, Taurus, 2000].

333. Los premios Nobel de literatura obtenidos por mujeres: Selma Ottilia Lovisa Lagerlöf, 1909; Grazia Deledda, 1926; Sigrid Undset, 1928; Pearl Buck, 1938; Gabriela Mistral, 1945; Nelly Sachs, 1966; Nadine Gordimer, 1991; Toni Morrison, 1993; Wisława Szymborska, 1996; Elfriede Jelinek, 2004; Doris Lessing, 2007; Herta Müller, 2009; Alice Munro, 2013; Svetlana Aleksievich, 2015; Olga Tokarczuk, 2018 y Louise Glück, 2020.

334. Ellen Moers, *Grandi scrittrici, grandi letterate*, Milán, Edizioni di Comunità, 1979, p. 42 (ed. or. *Literary Women*, 1963).

335. Sobre el olvido y sobre el juego de la memoria oficial, cfr. Marcelle Marini, “Il ruolo delle donne nella produzione culturale. L’esempio della Francia”, en Georges Duby y Michelle Perrot (eds.), *Storia delle donne in Occidente*, vol. v: *Il Novecento*, op. cit., pp. 355-359 [ed. esp.: Historia de las mujeres, vol. v: El siglo XX, trad. de Marco Aurelio Galmarini, Madrid, Taurus, 2000, pp. 370-374].

336. <http://www.glistatigenerali.com/letteratura/paradossi-del-politicamente-scorretto-il-libraio-che-non-legge-le-femmine/> (último acceso: enero de 2022).

337. Elisabetta Rasy, *Le donne e la letteratura*, Roma, Editori Riuniti, 1984, pp. 10-11.

338. Ellen Moers, *Grandi scrittrici, grandi letterate*, op. cit., p. 10.

339. Virginia Woolf, *Una stanza tutta per sè*, Milán, il Saggiatore, 1963, pp. 122-123 (ed. or. *A Room of One's Own*, 1929) [ed. esp.: *Un cuarto propio*, trad. de Jorge Luis Borges, Madrid, Alianza, 2004, p. 120].

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

Sobre la historia del alfabetismo, véase Carlo M. Cipolla, *Istruzione e sviluppo. Il declino dell'analfabetismo nel mondo occidentale*, Turín, UTET, 1971; Harvey J. Graff, *Storia dell'alfabetizzazione occidentale*, Bolonia, il Mulino, 1989 (ed. or. *The Legacies of Literacy: Continuities and Contradictions in Western Culture and Society*, 1987); Robert A. Houston, *Cultura e istruzione nell'Europa moderna*, Bolonia, il Mulino, 1997 (ed. or. *Literacy in Early Modern Europe: Culture & Education [1500-1800]*, 1988); en los distintos capítulos me he referido a muchos otros estudios que podrán encontrarse en las notas. Sobre la historia de los y las escribientas y de la escritura, véase Armando Petrucci, "Per la storia dell'alfabetismo e della cultura scritta. Metodi - Materiali - Quesiti", en *Quaderni Storici*, número monográfico "Alfabetismo e cultura scritta", al cuidado de Attilio Bartoli Langeli y Armando Petrucci, 38, XIII, 1978, pp. 451-465 [ed. esp.: "Para la historia del alfabetismo y de la cultura escrita: métodos, materiales y problemas", *Alfabetismo, escritura y sociedad*, Barcelona, Gedisa, 1999, pp. 25-39]; id., *Scrivere lettere. Una storia plurimillenaria*, Roma-Bari, Laterza, 2008; Attilio Bartoli Langeli, *La scrittura dell'italiano*, Bolonia, il Mulino, 2000; edición en español: *Escribir cartas. Una historia milenaria*, trad. de María Julia De Ruschi, Buenos Aires, Ampersand, 2018.

Sobre la relación entre la oralidad y las mujeres, véase Tiziana Plebani, *Il "genere" dei libri. Storie e rappresentazioni della lettura al femminile e al maschile tra Medioevo ed età moderna*, Milán, FrancoAngeli, 2001, pp. 15-35; sobre las escrituras femeninas y las competencias de escritura, además de Attilio Bartoli Langeli, *La scrittura dell'italiano*, op. cit., y de id., "La scrittura come luogo delle differenze", en Marina Caffiero y Manola I. Venzo (eds.), *Scritture di donne. La memoria restituita*, Roma, Viella, 2007, pp. 51-57, cfr. A. Petrucci, *Scrivere lettere*, op. cit.; Luisa Miglio, *Governare l'alfabeto. Donne, scrittura e libri nel Medioevo*, Roma, Viella, 2008.

La cuestión del anonimato, al cual recurrieron las escritoras, o del seudónimo,

reaparecerá varias veces a lo largo del libro; una primera aproximación puede encontrarse en Marcy L. North, “Women, the Material Book and Early Printing”, en Laura Lunger Knoppers (ed.), *The Cambridge Companion to Early Modern Women’s Writing*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009, pp. 77-79.

1. ESCRITURAS Y TEXTOS MEDIEVALES DE LAS MUJERES

Los inicios (siglos X-XIII): entre las escrituras cotidianas y el arte de la copia

Sobre la oralidad y la escritura en el mundo medieval, véase Paul Zumthor, *La lettera e la voce. Sulla letteratura medievale*, Bolonia, il Mulino, 1990 (ed. or. *La Lettre et la Voix*, 1987). Más en general, Walter J. Ong, *Oralità e scrittura. Le tecnologie della parola* (trad. it. de Alessandra Calanchi), Bolonia, il Mulino, 1986 (ed. or. *Orality and Literacy*, 1982); sobre la participación de las mujeres en la producción de saberes y textos transmitidos oralmente, véase: Tiziana Plebani, *Il “genere” dei libri. Storie e rappresentazioni della lettura al femminile e al maschile tra Medioevo ed età moderna*, Milán, FrancoAngeli, 2001, pp. 15-35.

Sobre las escrituras de las monjas, véase Virginia Blanton, Veronica O’Mara y Patricia Stoop (eds.), *Nuns’ Literacies in Medieval Europe: The Hull Dialogue*, Turnhout, Brepols, 2013; Sylvie Duval, “Scrivere, contare, gestire. I libri di amministrazione dei monasteri femminili fiorentini (1320-1460)”, en Concetta Bianca y Anna Scattigno (eds.), *Scritture - Carismi - Istituzioni. Percorsi di vita religiosa in età moderna. Studi per Gabriella Zarri*, Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 2018, pp. 85-103; sobre sus grafías, véase Luisa Miglio, *Governare l’alfabeto. Donne, scrittura e libri nel Medioevo*, Roma, Viella, 2008, pp. 110-112. Sobre las escribientas, véase T. Plebani, *Il “genere” dei libri*, op. cit., pp. 166-171; Kourky Fianu, “Les femmes dans les métiers du livre. Paris (XIIIe-XVe siècle)”, en Herrad Spilling (ed.), *La collaboration dans la production de l’écrit médiéval, actes du XIIIe colloque du Comité international de paléographie latine* (Weingarten, 22-25 septembre 2002), París, École des

Chartes, 2003. Más en general, véase Marie-Clotilde Hubert, Emmanuel Poulle y Marc H. Smith (comps.), *Le statut du scripteur au moyen âge*, actes du XIIe colloque scientifique du Comité International de Paléographie Latine (Cluny, 17-20 juillet 1998), París, École des Chartes, 2000; Cynthia J. Cyrus, *The Scribes for Women's Convents in Late Medieval Germany*, Toronto, University of Toronto Press, 2009; Alison I. Beach, *Women as Scribes: Book Production and Monastic Reform in Twelfth-Century Bavaria*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004. Para una panorámica del capítulo, véase Luisa Miglio y Marco Palma, "Donne e cultura scritta nel medioevo", en Luisa Miglio y Paola Supino Martini (eds.), *Segni: per Armando Petrucci*, Roma, Bagatto Libri, 2002, pp. 197-205.

Los albores de las escrituras literarias

Sobre las escritoras medievales en general: Peter Dronke, *Donne e cultura nel Medioevo. Scrittrici medievali dal II al XIV secolo*, Milán, il Saggiatore, 1986 (ed. or. *Women Writers of the Middle Ages*, 1984); Katharina M. Wilson (ed.), *Medieval Women Writers*, Atenas (GA), University of Georgia Press, 1984; una rica antología en Danielle Régner-Bohler (ed.), *Voix de femmes au Moyen Âge, savoir, mystique, poésie, amour, sorcellerie, XIIe-XVe siècle*, París, Robert Laffont, 2006. Alessandra Bartolomei Romagnoli, Antonella Degl'Innocenti y Francesco Santi (eds.), *Scrittrici mistiche europee (secoli XII-XIII)*, Florencia, SISMEL-Edizioni del Galluzzo, 2015.

Sobre la concepción de autor en la Edad Media: Alastair Minnis, *Medieval Theory of Authorship: Scholastic Literary Attitudes in the Later Middle Ages*, Londres, Scholar Press, 2010; sobre las atribuciones a mujeres de obras anónimas: Tiziana Lazzari, *Le donne nell'Alto Medioevo*, Milán, Mondadori, 2010, pp. 130-136.

Sobre la Escuela médica salernitana y las mujeres sabias: Danielle Jacquart y Agostino Paravicini Bagliani (eds.), *La Scuola Medica Salernitana. Gli autori e i testi*, Florencia, SISMEL-Edizioni del Galluzzo, 2007. Más en general: Kate Campbell Hurd-Mead, *A History of Women in Medicine: From the Earliest Times to the Beginning of the Nineteenth Century*, Haddam (CT), The Haddam

Press, 1938; Monica Green, *Making Women's Medicine Masculine: The Rise of Male Authority in Pre-Modern Gynaecology*, Oxford Oxford University Press, 2008; Jole Agrimi y Chiara Crisciani, "Immagini e ruoli della 'vetula' tra sapere medico e antropologia religiosa (secoli XIII-XV)", en Agostino Paravicini Bagliani y André Vauchez (eds.), *Poteri carismatici e informali. Chiesa e società medioevali*, Palermo, Sellerio, 1992, pp. 224-261.

Sobre la autorización a expresarse en lengua materna: Tiziana Plebani, *Il "genere" dei libri. Storie e rappresentazioni della lettura al femminile e al maschile tra Medioevo ed età moderna*, Milán, FrancoAngeli, 2001, pp. 27-31.

Sobre María de Francia: Carla Rossi, *Marie, ki en sun tens pas ne s'oblie. Marie de France. La storia oltre l'enigma*, Roma, Bagatto Libri, 2007. Es notable la interesante mención de la pericia de las mujeres de la Escuela médica salernitana en el *lais Deuz Amanz* de María de Francia, donde el joven debe atravesar una dura prueba para poder casarse con su amada. Esta le aconseja: "En Salerno, tengo una parienta [...] ha practicado tanto el arte de la medicina que se ha hecho muy experta en fármacos"; el joven sigue el consejo de su tía y logra curarse a través del medicamento que la mujer le ha ofrecido, cit. en Patrizia Caraffi, *Figure femminili del sapere (XII-XV secolo)*, Roma, Carocci, 2003, pp. 27-28; sobre la imagen de María de Francia en su escritorio: T. Plebani, *Il "genere" dei libri*, op. cit., p. 18.

Sobre las *trobairitz*: Jean-Charles Huchet (ed.), "Trobairitz. Les femmes troubadours", en Danielle Régnier-Bohler (ed.), *Voix de femmes au Moyen Âge*, op. cit., pp. 3-73.

Voces de mujeres, escrituras de hombres

Sobre la feminización de la lírica medieval: Anne L. Klinck y Ann Marie Rasmussen (eds.), *Medieval Woman's Song: Cross-Cultural Approaches*, Filadelfia (PA), University of Pennsylvania Press, 2002. Sobre los destinos de las "canciones de las malcasadas" en el Renacimiento: Giovanni Battista Bronzini, "La 'Malmaritata' e poesia per musica nelle corti italiani del Rinascimento", en *Traditiones*, vol. 28, nº 2, 1999, pp. 53-59. Sobre las cantigas

de amigo: Esther Corral, “Feminine Voices in the Galician-Portuguese Cantigas de Amigo”, en A. L. Klinck y A. M. Rasmussen (eds.), *Medieval Woman’s Song*, op. cit., pp. 81-98. Sobre Les Évangiles des quenouilles: Laura Doyle Gates, “Distaff and Pen: Producing the Evangiles des Quenouilles”, en *Neophilologus*, nº 81, 1997, pp. 13-20; mientras sobre The Assembly of Ladies: Simone Celine Marshall, *The Anonymous Text: The 500-Year History of The Assembly of Ladies*, Oxford-Berna-Berlín-Bruselas-Fráncfort del Meno-Nueva York-Viena, Peter Lang, 2010.

Las escrituras de lo cotidiano en la civilización mercantil

Para una contextualización sobre la alfabetización y una rica bibliografía: Duccio Balestracci, *Cilastro che sapeva leggere. Alfabetizzazione e istruzione nelle campagne toscane alla fine del Medioevo (XIV-XVI secolo)*, Pisa, Pacini, 2004, donde está documentado asimismo el acceso a la alfabetización en el campo; Attilio Bartoli Langeli, *La scrittura dell’italiano*, Bolonia, il Mulino, 2000, pp. 41-75.

Sobre las maestras: A. B. Balestracci, *Cilastro che sapeva leggere*, op. cit., pp. 45-46; acerca de la discusión de los datos sobre la alfabetización a partir de Giovanni Villani, *Nuova Cronica*, al cuidado de Giuseppe Porta, Parma, Guanda, 2007, p. 27-44; Paul F. Grendler, *La scuola nel Rinascimento italiano*, Roma-Bari, Laterza, 1991, pp. 202-207 (ed. or. *Schooling in Renaissance Italy*, 1989); sobre la instrucción de las jóvenes en el ámbito toscano: Armando Petrucci y Luisa Miglio, “Alfabetizzazione e organizzazione scolastica della Toscana del XIV secolo”, en Sergio Gensini (ed.), *La Toscana nel secolo XIV. Caratteri di una civiltà regionale*, Pisa, Pacini, 1988, pp. 481-482; sobre escrituras en el ámbito veneciano, en Vittorio Formentin, “Scritture femminili veneziane nel Medioevo”, en *Atti e Memorie dell’Accademia Galileiana di Scienze, Lettere ed Arti in Padova*, vol. 127, parte III, 2014-2015, pp. 63-75; Linda Guzzetti, “Donne e scrittura a Venezia nel tardo Trecento”, en *Archivio veneto* [1927], serie V, año 130, vol. 152, fasc. 187, 1999, pp. 5-32.

Sobre la escritura de Alessandra Macinghi Strozzi: Manuela Doni Garfagnini, “Conduzione familiare e vita cittadina nelle lettere di A. M. Strozzi”, en

Gabriella Zarri (ed.), *Per lettera. La scrittura epistolare femminile tra archivio e tipografia (secoli XV-XVII)*, Roma, Viella, 1999, pp. 387-411.

Sobre otros géneros de escritura: Tiziana Plebani, “Scritture di donne nel Rinascimento italiano”, en Gino Belloni y Riccardo Drusi (eds.), *Il Rinascimento italiano e l’Europa*, vol. II: Umanesimo ed educazione, Costabissara (VI)-Treviso, Fondazione Cassamarca-Angelo Colla, 2007, pp. 255-258.

Sobre la epistolografía de las mujeres en aquella época: Karen Cherewatuk y Ulrike Wiethaus (eds.), *Dear Sister: Medieval Women and the Epistolary Genre*, Filadelfia (PA), University of Pennsylvania Press, 1993; T. Plebani, “La corrispondenza nell’antico regime. Lettere di donne negli archivi di famiglia”, en G. Zarri, *Per lettera*, op. cit., pp. 61-64.

Para los libros de contabilidad, registros y las escrituras cotidianas: Maria Grazia Nico Ottaviani, ““Nobile sorella mia honoranda””. Società e scritture femminili. Alcuni esempi perugini”, en Giovanna Casagrande (ed.), *Donne tra Medioevo ed età moderna in Italia. Ricerche*, Perugia, Morlacchi, 2004, pp. 153-216; Gemma Teresa Colesanti, “I libri di contabilità di Caterina Llull i Sabastida (xv sec.)”, en *Genesis*, vol. IX, nº 1, 2010, pp. 135-160; T. Plebani, *Il “genere” dei libri*, op. cit., pp. 198-200; sobre los testamentos femeninos: Maria Clara Rossi (ed.), *Margini di libertà. Testamenti femminili nel Medioevo*, Actas del Congreso Internacional (Verona, 23-25 de octubre de 2008), Caselle di Sommacampagna (VR), Cierre, 2010.

Una primera orientación sobre los egodocumentos: Rudolf Dekker (ed.), *Egodocuments and History: Autobiographical Writing in Its Social Context since the Middle Ages*, Hilversum, Verloren, 2002.

Acerca de la importancia del número de viudas y mujeres solas y de su agency: Maryanne Kowaleski, “Singlewomen in Medieval and Early Modern Europe: The Demographic Perspective”, en Judith MacKenzie Bennett y Amy M. Froide (eds.), *Singlewomen in the European Past, (1250-1800)*, Filadelfia (PA), University of Pennsylvania Press, 1999, pp. 38-81.

La ciudad y la escritura espiritual de las mujeres

Sobre las escrituras espirituales de las mujeres: Michel de Certeau, *Fabula mística. La spiritualità religiosa tra il XVI e il XVII secolo*, Bolonia, il Mulino, 1987, p. 155 (ed. or. *La fable mystique*, 1982 [ed. esp.: *La fábula mística* (siglos XVI y XVII), trad. de Laia Colell Aparicio, Madrid, Siruela, 2006]); Giovanni Pozzi, “L’alfabeto delle sante”, en Giovanni Pozzi y Claudio Leonardi (eds.), *Scrittrici mistiche italiane*, Génova, Marietti, 1988, pp. 21-42; Danielle Régnier-Boher, “Introduction générale”, en ead. (ed.), *Voix de femmes au Moyen Âge, savoir, mystique, poésie, amour, sorcellerie, XIIe-XVe siècle*, París, Robert Laffont, 2006, pp. XII-XVI. Acerca de las características autobiográficas de las místicas: Antonella Degl’Innocenti, “La mística femminile tra agiografia e autoagiografia”, en *L’autobiografia nel Medioevo*, Actas del 34º Congreso Histórico Internacional (Todi, 12-15 de octubre de 1997), Spoleto, Centro italiano di studi sull’Alto Medioevo, 1998, pp. 187-210.

Sobre Marguerite Porete: Romana Guarnieri, “Prefazione storica”, en Margherita Porete, *Lo specchio delle anime semplici*, Cinisello Balsamo (MI), San Paolo, 1994; Simone Weil fue una lectora de la obra de Porete, cfr. Luisa Muraro, *Lingua materna scienza divina. Scritti sulla filosofia mistica di Margherita Porete*, Nápoles, D’Auria, 1995, pp. 41-55. Acerca de Catalina de Siena: Lino Leonardi y Pietro Trifone (eds.), *Dire l’ineffabile. Caterina da Siena e il linguaggio della mistica*, Actas del Congreso (Siena, 13-14 de noviembre de 2003), Florencia, Edizioni del Galluzzo per la Fondazione Ezio Franceschini, 2006. Para Constanza de Castilla: Ángela Muñoz Fernández, *Memorias del coro. Constanza de Castilla y las políticas del recuerdo*, en Gabriella Zarri y Nieves Baranda Leturio (eds.), *Memoria e comunità femminili. Spagna e Italia, secc. XV-XVII = Memoria y comunidades femeninas. España e Italia, siglos XV-XVII*, Firenze University Press, Florencia 2011, pp. 27-47.

La gran aventura literaria de Christine de Pizan

Sobre la vida y la obra, una primera aproximación y bibliografía en Patrizia Caraffi, “Introduzione”, en Christine de Pizan, *La Città delle Dame*, Patrizia Caraffi y Earl Jeffrey Richards (eds.), Milán-Trento, Luni, 1998, pp. 5-38; sobre

su experiencia como aprendiz de copista y sobre sus retratos: Tiziana Plebani, “All’origine della rappresentazione della lettrice e della scrittrice. Christine de Pizan”, en Patrizia Caraffi (ed.), Christine de Pizan. Una citta per sé, Roma, Carocci, 2003, pp. 47-58.

El Humanismo de las mujeres

Sobre la recuperación de la elocuencia y la retórica en la lengua latina: Giorgio Bernardi Perini (ed.), Il latino nell’età dell’Umanesimo, Actas del Congreso (Mantua, 26-27 de octubre de 2001), Florencia, Olschki, 2004. Sobre las literatas humanistas y el latín: Laurie J. Churchill, Phyllis R. Brown y Jane E. Jeffrey (eds.), Women Writing Latin: From Early Roman Antiquity to Early Modern Europe, Nueva York, Routledge, 2002. Para todas, véase la antología de Margaret L. King y Albert Rabil (eds.), Her Immaculate Hand: Selected Works by and about the Women Humanists of Quattrocento Italy, Binghamton, Center for Medieval & Early Renaissance Studies, 1983. Las obras de estas literatas fueron traducidas al inglés e incluidas en la colección estadounidense The Other Voice, famosa por estar dedicada a las escrituras femeninas, editada por Chicago University Press; Cristina Fenu y Alessandra Sirugo (eds.), Colei che sola a me par donna. Femminilità tra letteratura e vita quotidiana nell’Umanesimo, Trieste, Comune di Trieste, 2014. Sobre la relación de algunas literatas con la universidad, en especial Padua y Bolonia, además de la ya mencionada Salerno, Jane Stevenson, Women Latin Poets: Language, Gender, and Authority, from Antiquity to the Eighteenth Century, Oxford, Oxford University Press, 2005, pp. 149-152. Sobre Fedele: Cassandra Fedele, Orazioni ed epistole, al cuidado de Antonino Fedele, Padua, Il Poligrafo, 2010; sobre Cereta: Silvia Lorenzini, “‘Scholastica discipula cum sub favillula humilioris ingenii sopita...’. Per un profilo biografico di Laura Cereta”, en Elisabetta Selmi (ed.), La scrittura femminile a Brescia tra il Quattrocento e l’Ottocento, Brescia, Fondazione Civiltà bresciana, 2001, vol. i, pp. 119-183.

Escrituras del poder y los inicios en la imprenta

Sobre las mujeres de poder: Letizia Arcangeli y Susanna Peyronel Rambaldi (eds.), *Donne di potere nel Rinascimento*, Roma, Viella, 2008; Cesarina Casanova, *Regine per caso. Donne al governo in età moderna*, Roma-Bari, Laterza 2014. Sobre las Montefeltro: Cecil H. Clough, “Daughters and Wives of the Montefeltro: Outstanding Bluestockings of the Quattrocento”, en *Renaissance Studies*, vol. 10, nº 1, 1996, pp. 31-55. Sobre las mujeres de los Paston que escribieron cartas y sus autobiografías: Diane Watt, “‘No Writing for Writing’s Sake’: The Language of Service and Household Rhetoric in the Letters of the Paston Women”, en Karen Cherewatuk y Ulrike Wiethaus (eds.), *Dear Sister: Medieval Women and the Epistolary Genre*, Filadelfia (PA), University of Pennsylvania Press, 1993, pp. 122-138.

Sobre la escritura por encargo: Armando Petrucci, “Scrivere per gli altri”, en *Scrittura e civiltà*, nº 13, 1989, pp. 475-487; Luisa Miglio, *Governare l’alfabeto. Donne, scrittura e libri nel Medioevo*, Roma, Viella, 2008, pp. 129 y 150. Sobre el poder carismático de las mujeres, profetisas, consejeras de los príncipes: Gabriella Zarri, *Le sante vive. Profezie di corte e devozione femminile tra ’400 e ’500*, Turín, Rosenberg & Sellier, 1990.

Sobre Antonia Pulci: Elissa B. Weaver, “Antonia Tanini (1452-1501), Playwright, and Wife of Bernardo Pulci (1438-88)”, en Laura Sanguineti White, Andrea Baldi y Kristin Phillips (eds.), *Essays in Honor of Marga Cottino-Jones*, Edizioni Fiesole (FI), Cadmo, 2003, pp. 23-37.

Sobre los tratados españoles en defensa de las mujeres: Ana Vargas Martínez, *La querella de las mujeres. Tratados hispánicos en defensa de las mujeres (siglo XV)*, Madrid, Editorial Fundamentos, 2016.

2. EL LARGO RENACIMIENTO DE LAS ESCRIBIENTAS

El Renacimiento en femenino y la alfabetización

Sobre los diversos recorridos de la alfabetización femenina: Robert A. Houston, *Cultura e istruzione nell'Europa moderna*, Bolonia, il Mulino, 1997, pp. 120-124 (ed. or. *Literacy in Early Modern Europe: Culture & Education [1500-1800]*, 1988).

El proceso a Bellezze Ursini se encuentra en Pietro Trifone, “La confessione di Bellezze Ursini ‘strega’ nella campagna romana del Cinquecento”, en *Contributi di filologia dell'Italia mediana*, nº 2, 1988, pp. 79-182, más tarde reunido en id., *Rinascimento dal basso. Il nuovo spazio del volgare tra Quattrocento e Cinquecento*, Roma, Bulzoni, 2006, pp. 185-290.

Sobre imprenta, democratización y público femenino: Tiziana Plebani, *Il “genere” dei libri. Storie e rappresentazioni della lettura al femminile e al maschile tra Medioevo ed età moderna*, Milán, FrancoAngeli, 2001, pp. 35-56. Sobre la cultura tipográfica, es también muy útil: Amedeo Quondam, “La letteratura in tipografia”, en Alberto Asor Rosa, *Letteratura italiana*, vol. II: *Produzione e consumo*, Turín, Einaudi, 1983, pp. 555-686; acerca de la incidencia en la lengua: Nicoletta Maraschio, “Grafia e ortografia. Evoluzione e codificazione”, en Alberto Asor Rosa, Luca Serianni y Pietro Trifone (ed.), *Storia della lingua italiana*, vol. i: *I luoghi della codificazione*, Turín, Einaudi, 1993, pp. 139-227.

Sobre los libros para aprender a leer y a escribir para mujeres: Tiziana Plebani, *Il “genere” dei libri*, op. cit., pp. 43-45; para los manuales ingleses y españoles respectivamente y la transformación del aprendizaje de la escritura: Heather Wolfe, “Women’s Handwriting”, en Laura Lunger Knoppers (ed.), *The Cambridge Companion to Early Modern Women’s Writing*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009, pp. 21-39; Antonio Castillo Gómez, *Dalle carte ai muri. Scrittura e società nella Spagna della prima Età moderna*, Roma, Carocci, 2016, pp. 40-49 [ed. esp.: *Entre la pluma y la pared. Una historia social de la escritura en los siglos de oro*, Madrid, Akal, 2006, pp. 34-44].

Las escritoras que conformaron “grupos”

Sobre las escritoras italianas, además de Carlo Dionisotti, “La letteratura italiana

nell'età del concilio di Trento", en id., *Storia e geografia della letteratura italiana*, Turín, Einaudi, 1967, pp. 183-204, son indispensables: Virginia Cox, *Lyric Poetry by Women of the Italian Renaissance*, Baltimore (MD), The Johns Hopkins University Press, 2013; ead., *Women's Writing in Italy (1400-1650)*, Baltimore (MD), The Johns Hopkins University Press, 2008, obras a las que se remite para todos los perfiles biográficos y las composiciones. Sobre los valores del humanismo y el avance de las mujeres: Linda Timmermans, *L'Accès des femmes à la culture (1598-1715). Un débat d'idées de saint François de Sales à la Marquise de Lambert*, París, Champion, 1993, pp. 20-39. Sobre el petrarquismo y las literatas: V. Cox, *Women's Writing in Italy*, op. cit., pp. 53-64, 77-9, 91-92; Fiora A. Bassanese, "Male Canon/Female Poet: The Petrarchism of Gaspara Stampa", en Antonio Toscano (ed.), *Interpreting the Italian Renaissance: Literary Perspectives*, Nueva York, Forum Italicum, 1991, pp. 43-54. Cfr. también Nunzio Rizzi, "E donna son, contra le donne dico: il canzoniere di Isabella di Morra", en *Carte italiane*, vol. 1, nº 17, 2001, pp. 17-30.

Sobre el arte del retrato con libros: Novella Macola, "I ritratti col Petrarca", en Antonio Daniele (ed.), *Le lingue del Petrarca*, Actas del Congreso de Estudios (Udine, 27-28 de mayo de 2003), Udine, Forum, 2005, pp. 135-157; Lina Bolzoni, *Poesia e ritratto nel Rinascimento*, Roma-Bari, Laterza, 2008.

Sobre las escritoras, las academias y la sociabilidad: Guillaume Alonge, "Le scrittrici nella prima età moderna", en Sergio Luzzatto y Gabriele Pedullà (eds.), *Atlante della letteratura italiana*, vol. II: *Dalla Controriforma alla restaurazione*, al cuidado de Erminia Irace, Turín, Einaudi, 2011, pp. 662-663. Virginia Cox ha documentado la pertenencia de las mujeres a las academias en V. Cox, *The Prodigious Muse: Women's Writing in Counter-Reformation Italy*, Baltimore (MD), The Johns Hopkins University Press, 2011, pp. 15-19; Diana Robin, *Publishing Women: Salons, the Presses, and the Counter-Reformation in Sixteenth-Century Italy*, Chicago (IL), University of Chicago Press, 2007, pp. 47 y 148.

Sobre el patronage femenino: Margaret L. King, *Le donne nel Rinascimento*, Roma-Bari, Laterza, 1991, pp. 183-191 (ed. or. *Women of the Renaissance*, 1991); Letizia Arcangeli y Susanna Peyronel Rambaldi (eds.), *Donne di potere nel Rinascimento*, Viella, Roma 2008; Éliane Viennot, *La France, les femmes et le pouvoir*, vol. i: *L'invention de la loi salique (ve-XVIe siècles)*, París, Perrin, 2006.

Renacimiento poético femenino más allá de los Alpes

Para Francia: Michèle Clément y Janine Incardona (eds.), *L'émergence littéraire des femmes à Lyon à la Renaissance (1520-1560)*, Saint-Étienne, Publications de l'Université de Saint-Étienne, 2008; sobre los salones franceses: Pierre de Nolhac, "Le premier salon littéraire de Paris", en *La Revue universelle*, n° 5, junio de 1921, pp. 537-552; sobre Antoinette de Loynes: Catherine M. Müller, "Éloges au féminin. La voix nouvelle d'Antoinette de Loynes (poétesse et traductrice) dans le 'Tombeau' de Marguerite de Navarre (1551)", en *Versants*, n° 46, 2004, pp. 49-63; sobre las Des Roches: Charles-Émile Camoin de Vence, *Deux Femmes de lettres au XVIe siècle (Madeleine et Catherine Des Roches)*, París, Ernest Thorin, 1882. Sobre el patronage y las obras de Ana de Francia: Éliane Viennot, "Rhétorique de la chasteté dans les Enseignements d'Anne de France à sa fille Suzanne de Bourbon", en Jean-Jacques Vincensini (dir.), *Le Corps dans son environnement culturel et politique*, París, Maisonneuve & Larose, 2003; sobre Margarita de Navarra: Bendi Benson Schrambach, "Marguerite de Navarre's Feministic Project in 'Heptaméron'", en *Women in French Studies*, 2012, número especial: Les femmes et la lecture, pp. 18-35.

Para Inglaterra, acerca de la circulación manuscrita de textos femeninos, incluso de tipo documental: Helen Ostovich y Elizabeth Sauer, *Reading Early Modern Women: An Anthology of Texts in Manuscript and Print (1550-1700)*, Nueva York, Routledge, 2004, pp. 15-20; para una primera referencia sobre las escritoras: Martin Randall, *Women Writers in Renaissance England: An Annotated Anthology*, Londres-Nueva York, Longman, 1999; Patricia Demers, *Women's Writing in English: Early Modern England*, Toronto, University of Toronto Press, 2005.

¿Escrituras solo de amor?

Sobre las diferentes tipologías de escritura: Axel Erdmann, *My Gracious*

Silence: Women in the Mirror of 16th Century Printing in Western Europe, Lucerna, Gilhofer & Ranschburg, 1999; Gabriella Zarri (ed.), Donna, disciplina, creanza cristiana dal XV al XVII secolo. Studi e testi a stampa, Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 1996; para Italia, véase la fuente Carte di donne. Per un censimento regionale della scrittura delle donne dal XVI al XX secolo pubblicada en dos volúmenes al cuidado de Alessandra Contini y Anna Scattigno, Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 2005 y 2007; y la colección Scritture di donne. La memoria restituita, al cuidado de Marina Caffiero y Manola I. Venzo, con nueve volúmenes publicados en Roma por Viella e inaugurada con el volumen citado de 2007.

Sobre las poetas genovesas que escribieron acerca de política: Konrad Eisenbichler, The Sword and the Pen: Women, Politics, and Poetry in Sixteenth-Century Siena, Notre Dame, University of Notre Dame Press, 2012. Sobre Beatriz Bernal: Donatella Gagliardi, Urdiendo ficciones. Beatriz Bernal, autora de caballerías en la España del XVI, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2010. Sobre los “libros de secretos”: Meredith K. Ray, Daughters of Alchemy: Women and Scientific Culture in Early Modern Italy, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2015, (en la p. 51 la autora defiende enfáticamente la posibilidad de que la obra de Isabella Cortese procediera de una pluma femenina); Eleonora Carinci, “Le Risposte di Leonora Bianca. Un gioco di divinazione del tardo Rinascimento”, en Monica Boria y Linda Risso (eds.), Laboratorio di nuova ricerca: Investigating Gender, Translation and Culture in Italian Studies, Leicester, Troubador, 2007, pp. 169-182.

En puntas de pie: mujeres y traducciones

Sobre la vasta circulación de las ideas: Julie D. Campbell y Anne R. Larsen (eds.), Early Modern Women and Transnational Communities of Letters, Farnham-Burlington (VT), Ashgate, 2009. Sobre las traductoras: Susanne Lotbinière-Harwood, Re-Belle et Infidèle. La traduction comme pratique de réécriture au féminin, Toronto-Montreal, University of Toronto Press-Les éditions du remue-ménage, 1991; Jean-Philippe Beaulieu (ed.), D’une écriture à l’autre. Les femmes et la traduction sous l’Ancien Régime, Ottawa, Presses de l’Université d’Ottawa, 2004; Manuela Álvarez Jurado, “La traduction à la

Renaissance. ‘Pour’ et ‘par’ les femmes”, en Eva Parra Membrives y Ángeles García Calderón (eds.), Traducción, mediación, adaptación. Reflexiones en torno al proceso de comunicación entre culturas, Berlín, Frank & Timme, 2013, pp. 19-26; Lori Chamberlain, “Gender and the Metaphorics of Translation”, en Signs, vol. 13, nº 3, 1988, pp. 454-472; Margarete Zimmermann, “Reggenti-Traduttrici-Salonnieres. La mediazione culturale al femminile”, en Susanne Winter (ed.), Donne a Venezia. Vicende femminili fra Trecento e Settecento, Roma-Venezia, Edizioni di Storia e Letteratura-Centro tedesco di Studi Veneziani, 2004, pp. 204-212.

Sobre casos individuales: Claude La Charité, “Marie de Cotteblanche, traductrice de Pierre Messie, ou l’espagnol en filigrane de l’italien”, en J.-P. Beaulieu (ed.), D’une écriture à l’autre, op. cit., pp. 211-227. Catherine M. Müller, “Jeanne de La Font e Anne de Graille. Riscritture cinquecentesche del Teseida di Boccaccio”, en Simonetta Mazzoni Peruzzi (ed.), Boccaccio e le letterature romanze tra Medioevo e Rinascimento, Florencia, Alinea, 2006, pp. 159-181; M. Álvarez Jurado, “Traduire pour instruire. Du dialogo della bella creanza delle donne d’Alessandro Piccolomini (1539) à l’Instruction pour les jeunes dames de Marie de Romieu (1572)”, en Eva Parra-Membrives, Miguel Ángel García Peinado y Albrecht Classen (eds.), Aspects of Literary Translation: Building Linguistic and Cultural Bridge in Past and Present, Tubinga, Narr, 2012, pp. 305-315; Joyce Boro (ed.), Margaret Tyler: Mirror of Princely Deeds and Knighthood, Londres, Modern Humanities Research Association, 2014.

La escritura de cartas, entre una práctica común y el género epistolar

James Daybell (ed.), Early Modern Women’s Letter Writing (1450-1700), Hampshire-Nueva York, Palgrave, 2001; id., “Letters”, en Laura Lunger Knoppers (ed.), The Cambridge Companion to Early Modern Women’s Writing, Cambridge, Cambridge University Press, 2009, pp. 181-193. Tiziana Plebani, “La corrispondenza nell’antico regime. Lettere di donne negli archivi di famiglia”, en Gabriella Zarri (ed.), Per lettera. La scrittura epistolare femminile tra archivio e tipografia (secoli XV-XVII), Roma, Viella, 1999, pp. 43-78; Marina D’Amelia, “Lo scambio epistolare tra Cinque e Seicento. Scene di vita quotidiana e aspirazioni segrete”, en G. Zarri, Per lettera, op. cit., pp. 79-110.

Marina Caffiero, “Per una storia delle scritture delle donne a Roma in età moderna e contemporanea”, en Marina Caffiero y Manola I. Venzo (eds.), *Scritture di donne. La memoria restituita*, Roma, Viella, 2007, pp. 17-22.

Sobre la producción impresa: Amedeo Quondam (ed.), *Le “carte messaggere”*. Retorica e modelli di comunicazione epistolare. Per un indice dei libri di lettere del Cinquecento, Roma, Bulzoni, 1981; sobre el volumen de Lando y un proyecto de valorización de la intelectualidad y de la experiencia femenina en varios campos y a menudo poco ortodoxa: Francine Daenens, “Donne valorose, eretiche, finte sante. Note sull’antologia giolitina del 1548”, en G. Zarri, *Per lettera*, op. cit., pp. 181-207.

Sobre la autoría de las cartas de Gonzaga que algunos estudiosos han atribuido a Lando, pero que más bien llevan a pensar en una intervención suya en el campo editorial, cfr. Renzo Bragantini, “Introduzione”, en Renzo Bragantini y Primo Griguolo (eds.), *Lucrezia Gonzaga, Lettere con appendice di nuovi documenti*, Rovigo, Minelliana, 2009, pp. XIII-XXVII; por el contrario, puede tratarse de un interesante caso de colaboración autoral: Meredith K. Ray, “Textual Collaboration and Spiritual Partnership in Sixteenth-Century Italy. The Case of Ortensio Lando and Lucrezia Gonzaga”, en *Renaissance Quarterly*, vol. 62, nº 3, 2009, pp. 694-747. Sobre las cartas de Hélienne de Crenne: Luc Vaillancourt, “Les Epistres familiares et invectives de madame Hélienne. Contentio orationis ou sermo pedestris?”, en id., *La lettre familière au XVIe siècle. Rhétorique humaniste de l’épistolaire*, París, Champion, 2003, pp. 191-233.

Escrituras de las mujeres y Reforma

La bibliografía sobre la Reforma es vastísima; para una primera aproximación: Elena Bonora, *La Controriforma*, Roma-Bari, Laterza, 2003; Gigliola Fragnito, *Cinquecento italiano. Religione, cultura e potere dal Rinascimento alla Controriforma*, Bologna, il Mulino, 2011; Lucia Felici (ed.), *Ripensare la Riforma protestante. Nuove prospettive degli studi italiani*, Turín, Claudiana, 2015.

Sobre las mujeres: Roland H. Bainton, *Donne della Riforma*, vol. i: *In Italia*,

Germania e Francia, con introducción de Susanna Peyronel Rambaldi, Turín, Claudiana, 1992 (ed. or. *Women of the Reformation, 1971-1973*); Kirsi Stjerna, *Women and the Reformation*, Malden (MA), Blackwell, 2009.

Sobres casos particulares de mujeres: Elsie Anne McKee, Katharina Schütz Zell, vol. 1: *The Life and Thought of a Sixteenth-Century Reformer*, Leiden, Brill, 1999, pp. 328-367; Eleonora Belligni, “Renata di Francia tra Riforma ginevrina e nicodemismo”, en Susanna Peyronel Rambaldi (ed.), *Giovanni Calvino e la Riforma in Italia. Influenze e conflitti*, Turín, Claudiana, 2011, pp. 117-143. Mary Jane Haemig, “Elisabeth Cruciger (1500?-1535): The Case of the Disappearing Hymn Writer”, en *The Sixteenth Century Journal*, vol. 32, nº 1, 2001, pp. 21-44; Gary Ferguson y Mary B. McKinley (eds.), *A Companion to Marguerite de Navarre*, Leiden-Boston (MA), Brill, 2013; Lucia Basso, “Anna Bijns. Le camere di retorica e la Riforma protestante”, en J. E. Koch, F. Paris, M. Prandoni y F. Terrenato (eds.), *Harba lori fa! Percorsi di letteratura fiamminga e olandese*, Nápoles, Università degli Studi l’Orientale, 2012, pp. 113-129; Thomas Head, “Marie Dentièrre: A Propagandist for the Reform”, en Katharina M. Wilson (ed.), *Women Writers of the Renaissance and Reformation*, Atenas (GA), University of Georgia Press, 1987, pp. 260-283; Irena Backus, “Marie Dentièrre. Un cas de féminisme théologique à l’époque de la Réforme?”, en *Bulletin de la Société de l’Histoire du Protestantisme Français*, nº 137, 1991, pp. 177-195; Susan M. Felch, “Introduction”, en Susan M. Felch (ed.), *The Collected Works of Anne Vaughan Locke*, Tempe (AZ), Arizona Center for Medieval & Renaissance Texts & Studies, 1999, pp. XV-XXV; Jonathan Gibson, “Anne Cook Bacon”, en *The Encyclopedia of English Renaissance Literature*, Chichester, Wiley-Blackwell, 2012, vol. i, pp. 29-30; Régine Reynolds-Cornell, *Witnessing an Era: Georgette de Montenay and the Emblemes ou Devises Chrestiennes*, Birmingham (AL), Summa Publications, 1987.

Sobre el vínculo de los sonetos de Colonna con las prédicas de Ochino: Giovanni Bardazzi, “Le rime spirituali di Vittoria Colonna e Bernardino Ochino”, en *Italique*, nº IV, 2001, pp. 61-101. Sergio Pagano y Concetta Ranieri, *Nuovi documenti su Vittoria Colonna e Reginald Pole*, Ciudad del Vaticano, Archivio Vaticano, 1989; Abigail Sarah Brundin, *Vittoria Colonna and the Spiritual Poetics of the Italian Reformation*, Aldershot, Ashgate, 2008; Olimpia Morata. *Cultura umanistica e Riforma protestante tra Ferrara e l’Europa*, Actas del Congreso Internacional (Ferrara, 18-20 de noviembre de 2004), al cuidado de Gigliola Fragnito, Massimo Firpo y Susanna Peyronel Rambaldi, en *Schifanoia*, número especial, 2007.

Después de la Reforma: una actividad editorial y una alfabetización en crecimiento, 1560-1630

Sobre el mundo del trabajo femenino, una síntesis en Anna Bellavitis, *Il lavoro delle donne nelle città dell'Europa moderna*, Roma, Viella, 2016, y un aspecto especial en cuanto al disciplinamiento en Tiziana Plebani, “Dal lavoro alla disciplina. Precettistica e libri di ricami”, en Helena Sanson y Francesco Lucoli (eds.), *Conduct Literature for and about Women in Italy (1470-1900): Prescribing and Describing Life*, París, Classiques Garnier, 2016, pp. 303-324.

Sobre la relación con las academias y los círculos intelectuales: Virginia Cox, “Members, Muses, and Mascots: Women and the Italian Academies”, en Jane E. Everson, Denis V. Reidy y Lisa Sampson (eds.), *The Italian Academies (1525-1700): Networks of Culture, Innovation and Dissent*, Cambridge, Legenda, 2016, pp. 132-169; Simone Testa, *Italian Academies and Their Networks (1525-1700): From Local to Global*, Nueva York, Palgrave, 2015, en particular sobre las mujeres, pp. 25-26, y V. Cox, *The Prodigious Muse: Women's Writing in Counter-Reformation Italy*, Baltimore (MD), The Johns Hopkins University Press, 2011, pp. 7-19.

Sobre el mundo de los monasterios: Gabriella Zarri, “Dalla profezia alla disciplina (1450-1650)”, en Lucetta Scaraffia y Gabriella Zarri (eds.), *Donne e fede. Santità e vita religiosa in Italia*, Roma-Bari, Laterza, 1994, pp. 215-222; Gianna Pomata y Gabriella Zarri (eds.), *I monasteri femminili come centri di cultura fra Rinascimento e Barocco*, Actas del Congreso Histórico Internacional (Bologna, 8-10 de diciembre de 2000), Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 2005; sobre las escrituras de las monjas: Elisabetta Graziosi, “Arcipelago sommerso. Le rime monacali tra obbedienza e trasgressione”, *ibid.*, pp. 145-173. Sobre Fiammetta Frescobaldi: Elena del Gallo, “Frescobaldi, Fiammetta”, en *Dizionario Biografico degli Italiani*, Roma, Istituto della Enciclopedia Italiana, 1998, vol. 50, pp. 475-476. Sobre el teatro en los conventos: Elissa B. Weaver, *Convent Theatre in Early Modern Italy: Spiritual Fun and Learning for Women*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002. Escrituras comunes: Tiziana Plebani, “Voci, scritture, libri da un convento”, en Concetta Bianca y Anna Scattigno (eds.), *Scritture - Carismi - Istituzioni. Percorsi di vita religiosa in età*

moderna. Studi per Gabriella Zarri, Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 2018, pp. 151-164.

Alfabetismo y disciplinamiento desde la segunda mitad del siglo XVI hasta principios del XVII

Sobre el disciplinamiento: Gabriella Zarri (ed.), *Donna, disciplina, creanza cristiana dal XV al XVII secolo*. Studi e testi a stampa, Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 1996; Colin Atkinson y Jo B. Atkinson, "Subordinating Women: Thomas Bentley's Use of Biblical Women in The Monument of Matrones (1582)", en *Church History*, vol. 60, n° 3, 1991, pp. 289-300.

Escrituras comunes en: Victoria E. Burke, "Ann Bowyer's Commonplace Book (Bodleian Library Ashmole MS 51): Reading and Writing among the Middling Sort", en *Early Modern Literary Studies*, vol. 6, n° 3, enero de 2001, pp. 1-28; Laura Casella, "Forme della memoria quotidiana. I 'libri' femminili come oggetti materiali (Friuli, XVI-XVIII secc.)", en Alessio Fornasin y Claudio Povolo (eds.), *Per Furio*. Studi in onore di Furio Bianco, Udine, Forum, 2014, pp. 133-142.

Acerca de las escuelas católicas y la escritura: Robert A. Houston, *Cultura e istruzione nell'Europa moderna*, Bologna, il Mulino, 1997, pp. 16-8; Miriam Turrini, "'Riformare il mondo a vera vita christiana': le scuole di catechismo nell'Italia del Cinquecento", en *Annali dell'Istituto storico italogermanico in Trento*, n° VIII, 1982, pp. 407-489; Adriano Prosperi, "Dalle 'divine madri' ai 'padri spirituali'", en Elisja Schulte van Kessel (ed.), *Donne e uomini nella cultura spirituale (XIV-XVII secolo)*, Roma, Bulzoni, 1986, pp. 71-90. Sobre el incremento de la lectura: R. A. Houston, *Cultura e istruzione nell'Europa moderna*, op. cit., pp. 154-155; Sobre el control: Xenia von Tippelskirch, *Sotto controllo. Letture femminili in Italia nella prima età moderna*, Roma, Viella, 2011.

Nuevas experiencias literarias y nuevas voces

Sobre el madrigal y las compositoras: Cecilia Luzzi, “Censura e rinnovamento cattolico nell’età della Controriforma. I travestimenti spirituali del Petrarca e il madrigale”, en Antonio Addamiano y Francesco Luisi (eds.), *Atti del Congresso internazionale di Musica Sacra. In occasione del centenario di fondazione del PIMS. Roma, 26 maggio – 1º giugno 2011, Ciudad del Vaticano, Libreria editrice Vaticana, 2013, pp. 321-339*; Jane M. Bowers y Judith Tick (eds.), *Women Making Music: The Western Art Tradition (1150-1950)*, Urbana-Chicago (IL), University of Illinois Press, 1987, pp. 162-163.

Sobre literatas en particular: Naomi J. Miller, *Changing the Subject: Mary Wroth and Figurations of Gender in Early Modern England*, Lexington (KY), The University Press of Kentucky, 1996; Serena Pezzini, “Ideologia della conquista, ideologia dell’accoglienza. La Scanderbeide di Margherita Sarrocchi (1623)”, en *Modern Language Notes*, vol. 120, nº 1, 2005, pp. 190-222; Susanne Woods, *Lanyer: A Renaissance Woman Poet*, Nueva York, Oxford University Press, 1999. Sobre Whitney: Patricia Demers, *Women’s Writing in English: Early Modern England*, Toronto, University of Toronto Press, 2005, pp. 128-132; Éliane Viennot, *Marguerite de Valois. “La reine Margot”*, París, Perrin, 2005; Patrizia Talamo, “Passioni e malattie nella “nueva filosofía” di Oliva Sabuco de Nantes”, en *Bruniana & Campanelliana*, vol. 12, nº 1, 2006, pp. 201-206.

Modelos femeninos de escritura y de santidad en la Contrarreforma

En general: Virginia Cox, *Lyric Poetry by Women of the Italian Renaissance*, Baltimore (MD), The Johns Hopkins University Press, 2013; Isabelle Poutrin, *Le voile et la plume. Autobiographie et sainteté féminine dans l’Espagne moderne*, Madrid, Casa de Velázquez, 1995.

Sobre Teresa de Ávila: I. Poutrin, *Le voile et la plume*, op. cit., pp. 23-32, 77-83, 346-347; Rosa Rossi, *Teresa d’Avila. Biografia di una scrittrice*, Roma, Editori Riuniti, 1993; los fragmentos fueron extraídos de Teresa de Ávila, *Opere complete*, al cuidado de Luigi Borriello y Giovanna della Croce, traducción de Letizia Falzone, Milán, Edizioni Paoline, 1998; acerca del contexto más general:

Marcel Bataillon, Erasmo y España. Estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI, México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1950, pp. 73-81, 199-216; Antonio Castillo Gómez, Dalle carte ai muri. Scrittura e società nella Spagna della prima Età moderna, Roma, Carocci, 2016, cap. 5, “Le difficoltà della scrittura femminile”, pp. 153-177 [ed. esp.: Entre la pluma y la pared. Una historia social de la escritura en los siglos de oro, Madrid, Akal, 2006, pp. 157-183]. Sobre De’ Pazzi: Maria Maddalena de’ Pazzi, Le parole dell’estasi, al cuidado de Giovanni Pozzi, Milán, Adelphi, 1984; Anna Scattigno, “Maria Maddalena de’ Pazzi tra esperienza e modello”, en Gabriella Zarri (ed.), Donna, disciplina, creanza cristiana dal XV al XVII secolo. Studi e testi a stampa, Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 1996, pp. 85-101; A. Scattigno, “Una comunità testimone. Il monastero di Santa Maria degli Angeli e la costruzione di un modello di professione religiosa”, en Gianna Pomata y Gabriella Zarri (eds.), I monasteri femminili come centri di cultura fra Rinascimento e Barocco, Actas del Congreso Histórico Internacional (Bolonía, 8-10 de diciembre de 2000), Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 2005, pp. 175-204.

Escrituras protofeministas

Jacqueline Broad y Karen Green, A History of Women’s Political Thought in Europe (1400-1700), Cambridge, Cambridge University Press, 2009; Sandra Plastina, Filosofo della Modernità. Il pensiero delle donne dal Rinascimento all’Illuminismo, Roma, Carocci, 2011; Susan Gushee O’Malley (ed.), Defences of Women: Jane Anger, Rachel Speght, Ester Sowernam and Constantia Munda, Aldershot, Scolar Press, 1996.

Sobre los saberes científicos de Moderata Fonte: Meredith K. Ray, “Prescriptions for Women: Alchemy, Medicine and the Renaissance Querelle des femmes”, en Anke Gilleir, Alicia C. Montoya y Suzan van Dijk (eds.), Women Writing back/Writing Women back: Transnational Perspectives from the Late Middle Ages to the Dawn of the Modern Era, Leiden-Boston (ma), Brill, 2010, pp. 135-161. Sobre Marie de Gournay: Michèle Fogel, Marie de Gournay. Itinéraires d’une femme savante, Fayard, París, 2004.

3. ESCRITURAS EN UN MUNDO TRANSFORMADO: DESDE LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS HASTA FINALES DEL SIGLO XVII

Un siglo de tinta

Sobre las escrituras cotidianas: Armando Petrucci, *Scrittura e popolo nella Roma barocca (1585-1721)*, Roma, Quasar, 1982; Isabelle Luciani, “De l’espace domestique au récit de soi? Écrits féminins du for privé (Provence, XVIe-XVIIIe siècle)”, en *Clio. Histoire, femmes et sociétés*, n° 35, 2012, número monográfico titulado *Écrire au quotidien*, pp. 22-32; Sylvie Mouysset, “Souffrir, panser, aimer. Écriture et conscience de soi au féminin (Europe, XVe-XXe siècle)”, en *Rives Méditerranéennes*, n° 44, 2013, pp. 17-37.

Sobre la epistolografía femenina: James Daybell y Andrew Gordon (eds.), *Women and Epistolary Agency in Early Modern Culture (1450-1690)*, Abingdon, Routledge, 2016; James Daybell, al explorar los usos femeninos, ha verificado que existen algunas diferencias significativas respecto de los usos masculinos: J. Daybell, “The Materiality of Early Modern Women’s Letters”, en J. Daybell y A. Gordon (eds.), *Women and Epistolary Agency*, op. cit., pp. 55-77. Una investigación sobre la abundante correspondencia de las mujeres friulanas: Laura Casella, “Il confine quotidiano. Scritture di donne in Friuli tra Cinque e Settecento”, en Maria Cristina La Rocca y Saveria Chemotti (eds.), *Il genere nella ricerca storica*, Actas del VI Congreso de la Società delle Storiche (Padua, 14-15 de febrero de 2013), Padua, Il Poligrafo, 2015, vol. i, pp. 1.058-1.059; Renata Ago, “Giochi di squadra. Uomini e donne nelle famiglie nobili del XVII secolo”, en Maria Antonietta Visceglia (ed.), *Signori, patrizi, cavalieri in Italia centro-meridionale nell’età moderna*, Roma-Bari, Laterza, 1992, pp. 256-264; Giorgia Arrivo, “Una dinastia al femminile. Per uno sguardo diverso sulla storia politico-istituzionale”, en Alessandra Contini y Anna Scattigno (eds.), *Carte di donne. Per un censimento regionale della scrittura delle donne dal XVI al XX secolo*, Actas de la jornada de estudio (Florenia, Archivio di Stato, 3 de febrero de 2005), II, Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 2007, pp. 49-57. Cfr. también los diferentes ensayos en Gabriella Zarri (ed.), *Per lettera. La scrittura*

epistolare femminile tra archivio e tipografia (secoli XV-XVII), Roma, Viella, 1999.

La política y la escritura

Acerca de la opinión pública y la información: David Zaret, *Origins of Democratic Culture: Printing, Petitions, and the Public Sphere in Early Modern England*, Princeton (NJ), Princeton University Press, 2000; sobre la importancia de la circulación manuscrita: François Moureau (ed.), *De bonne main. La communication manuscrite au XVIIIe siècle*, Oxford, Voltaire Foundation, 1993; id. (ed.), *La plume et le plomb. Espaces de l'imprimé et du manuscrit au Siècle des Lumières*, prefacio de Robert Darnton, París, Presses de l'Université Paris-Sorbonne, 2006.

Sobre las peticiones de las mujeres en Inglaterra: Joad Raymond, *Pamphlets and Pamphleteering in Early Modern Britain*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003; Amanda J. Whiting, *Women and Petitioning in the Seventeenth-Century English Revolution: Deference, Difference, and Dissent*, Turnhout, Brepols, 2015; Claire Gheeraert-Graffeulle, *La Cuisine et le forum. L'émergence des femmes sur la scène publique pendant la Révolution anglaise (1640-1660)*, París, L'Harmattan, 2005.

Sobre Elizabeth Alkin, interesante figura de activista, espía por la causa parlamentaria opuesta a los realistas, editora, propagandista y vendedora en la vía pública de hojas informativas: Marcus Nevitt, "Women in the Business of Revolutionary News: Elizabeth Alkin, 'Parliament Joan' and the Commonwealth Newsbook", en Joad Raymond (ed.), *News, Newspapers and Society in Early Modern Britain*, Londres, Routledge, 2013, pp. 109-140. Para Irlanda y las luchas de las mujeres: Andrea Knox, "Testimonies to History: Reassessing Women's Involvement in the 1641 Rising", en Louise Ryan y Margaret Ward (eds.), *Irish Women and Nationalism: Soldiers, New Women and Wicked Hags*, Dublín, Irish Academic Press, 2004, pp. 14-29.

Sobre la Fronda y las frondeuses: Michel Pernot, *La Fronde (1648-1653)*, París, de Fallois, 1994; Sophie Vergnes, *Les Frondeuses, une révolte au féminin (1643-*

1661), Seyssel, Champ Vallon, 2013; Hubert Carrier, *Les muses guerrières. Les mazarinades et la vie littéraire au milieu du XVII^e siècle*. Courants, genres, culture populaire et savante à l'époque de la Fronde, París, Klincksieck, 1996; Hubert Carrier, "L'action politique et militaire des femmes dans la Fronde", en Christine Fauré (ed.), *Encyclopédie politique et historique des femmes*, París, PUF, 1997, pp. 49-71. Sobre las mazarinades producidas por las mujeres: Roméo Arbour, *Les femmes et les métiers du livre (1600-1650)*, Chicago (IL)-París, Garamond Press-Didier Erudition, 1999, pp. 70-78; sobre la defensa contra el intento de borrar el recuerdo de la actuación de las frondeuses: Marc Fumaroli, "Les Mémoires du XVII^e siècle au carrefour des genres en prose", en XVII^e Siècle, 94-95, 1971, pp. 7-37; Hubert Carrier, "Pourquoi écrit-on des Mémoires au XVII^e siècle? L'exemple des mémorialistes de la Fronde", en Monique Bertaud y François-Xavier Cuhe (eds.), *Le Genre des Mémoires, essai de définition*, Actes du colloque international des 4-7 mai 1994, París, Klincksieck, 1995, pp. 137-151. Acerca de las memorias femeninas: Faith Evelyn Beasley, *Revising Memory: Women's Fictions and Memoirs in Seventeenth Century France*, New Brunswick (NJ)-Londres, Rutgers, 1990; Stephen Shapiro, "Histoire générale et histoire particulière", en Sylvie Steinberg y Jean-Claude Arnould (eds.), *Les Femmes et l'écriture de l'histoire (1400-1800)*, Mont-Saint-Aignan, Publications des Universités de Rouen et de Havre, 2008, pp. 119-127.

Las raíces del protagonismo y de la escritura femenina

Sobre el igualitarismo de las sectas protestantes: Merry E. Wiesner, *Gender, Church and State in Early Modern Germany*, Londres, Longman, 1998; Jane Couchman, "Protestant Women's Voices", en Allyson M. Poska, Jane Couchman y Katherine A. McIver (eds.), *The Ashgate Research Companion to Women and Gender in Early Modern Europe*, Farnham, Ashgate, 2013, pp. 160-162; acerca de los relatos de conversión: Claire Gheeraert-Graffeuille, "Rites de passage et récits de conversion: le témoignage de quelques anglaises au milieu du XVII^e siècle", en *Revue de la société d'études anglo-américaines des XVII^e et XVIII^e siècles*, n° 62, 2006, pp. 19-34; Dean Ebner, *Autobiography in Seventeenth Century England: Theology and the Self*, La Haya, Mouton, 1971; véase el número de *Genesis*, vol. VI, n° 2, 2007, *Conversioni*, al cuidado de Giulia Calvi y Adelisa Malena.

Sobre Bourignon: Xenia von Tippelskirch, “Antoinette Bourignon. Légitimation et condamnation de la vie mystique dans l’écriture (auto)biographique. Enjeux historiographiques”, en Sylvie Steinberg y Jean-Claude Arnould (eds.), *Les Femmes et l’écriture de l’histoire (1400-1800)*, Mont-Saint-Aignan, Publications des Universités de Rouen et de Havre, 2008, pp. 231-248; sobre Strouven: Renée Nip, “To Safeguard a Life’s Work: The Autobiography of Elisabeth Strouven (1600-1661)”, en Anne Bollmann (ed.), *Ein Platz für sich selbst. Schreibende Frauen und ihre Lebenswelten (1450-1700)*, Fráncfort del Meno, Peter Lang, 2011, pp. 215-242. Sobre Guyon: Joseph Beade et al., *Rencontres autour de la Vie et l’oeuvre de Madame Guyon*, Grenoble, Millon, 1997; la enseñanza de Madame Guyon influenció a Fénelon e inspiró el modelo femenino de educación de la casa fundada por Madame de Maintenon en Saint-Cyr.

Para la relación de las escrituras de las monjas con los confesores: Adriano Prosperi, “Diari femminili e discernimento degli spiriti. Le mistiche della prima età moderna in Italia”, en *Dimensioni e problemi della ricerca storica*, nº 2, 1994, pp. 77-103; más en general: Silvia Evangelisti, *Storia delle monache (1450-1700)*, Bolonia, il Mulino, 2012, pp. 75-84; para los españoles: Isabelle Poutrin, *Le voile et la plume. Autobiographie et sainteté féminine dans l’Espagne moderne*, Madrid, Casa de Velázquez, 1995; Antonio Castillo Gómez, *Dalle carte ai muri. Scrittura e società nella Spagna della prima Età moderna*, Roma, Carocci, 2016 [ed. esp.: *Entre la pluma y la pared. Una historia social de la escritura en los siglos de oro*, Madrid, Akal, 2006]. Sobre las escrituras de la intimidad: Jean-Pierre Bardet, Elisabeth Arnoul y François-Joseph Ruggiu (eds.), *Les écrits du for privé en Europe du Moyen Âge à l’époque contemporaine. Enquêtes, analyses, publications*, Burdeos, Presses Universitaires de Bordeaux, 2010.

Sobre la cultura de las frondeuses y de las damas de los salones: Benedetta Craveri, *La civiltà della conversazione*, Milán, Adelphi, 2001; Linda Timmermans, *L’Accès des femmes à la culture (1598-1715). Un débat d’idées de saint François de Sales à la Marquise de Lambert*, París, Champion, 1993, pp. 272-318. Sobre Scudéry: Georges Mongrédien, *Madeleine de Scudéry et son salon*, París, Tallandier, 1946; Karen Green, “The Amazons and Mademoiselle de Scudéry’s Refashioning of Female Virtue”, en Paul Salzman (ed.), *Expanding the Canon of Early Modern Women’s Writing*, Newcastle, Cambridge Scholars, 2010, pp. 150-167. La novela *Artamène* fue rápidamente traducida al italiano y publicada en Venecia; cfr. Luca Piantoni, “Una ripresa seicentesca. La Saffo di Madeleine de Scudéry nell’*Artamène* tradotta da Maiolino Bisaccioni”, en

Filologia e critica, vol. XXXVI, n° 2, mayo-agosto de 2011, pp. 205-224; sobre las novelistas francesas y el público: Nathalie Grande, *Stratégies de romancières: de “Clélie” à “La Princesse de Clèves”* (1654-1678), París, Champion, 1999; Ellen McClure, “Cartesian Modernity and La Princesse de Clèves”, en *Seventeenth-Century French Studies*, vol. 29, n° 1, 2007, pp. 73-80.

Escribir un destino diferente

Sobre divorcios y separaciones: Antoinette Fauve-Chamoux, “Matrimonio, vedovanza e divorzio”, en Marzio Barbagli y David I. Kertzer (eds.), *Storia della famiglia in Europa*, Roma-Bari, Laterza, 2001, pp. 307-351.

Acerca de la creciente oposición a un destino impuesto: Anne Jacobson Schutte, *By Force and Fear: Taking and Breaking Monastic Vows in Early Modern Europe*, Ítaca (NY)-Londres, Cornell University Press, 2011; Tiziana Plebani, “Se l’obbedienza non è più una virtù. Voci di figli a Venezia (XVII-XVIII secolo)”, en *Cheiron*, número monográfico Generazioni familiari, generazioni politiche (XVIII-XX secc.), al cuidado de Laura Casella, vol. XXV, n° 49, 2008, pp. 159-178. Sobre Tarabotti, las introducciones a las ediciones de sus textos: Arcangela Tarabotti, *L’inferno monacale*, al cuidado de Francesca Medioli, Turín, Rosenberg & Sellier, 1990; ead., *La semplicità ingannata*, edición crítica y comentada de Simona Bortot, presentación de Daria Perocco, Padua, Il Poligrafo, 2007.

Sobre las súplicas en general: Cecilia Nubola y Andreas Würigler (eds.), *Suppliche e gravamina. Politica, amministrazione, giustizia negli Stati italiani e nel Sacro Romano Impero* (secc. XIV-XVIII), Bologna, il Mulino, 2006; sobre las súplicas matrimoniales: Elisabetta Picchietti, “‘L’oratrice umilissima devotamente l’espone’. Le suppliche matrimoniali”, en Marina Caffiero y Manola I. Venzo (eds.), *Scritture di donne. La memoria restituita*, Roma, Viella, 2007, pp. 313-325; Irene Fosi, *La giustizia del papa. Sudditi e tribunali nello Stato Pontificio in età moderna*, Roma-Bari, Laterza, 2007, pp. 191-207.

Sobre el aumento de los célibes: un panorama resumido en Raffaella Sarti, “Nubili e celibi tra scelta e costrizione. I percorsi di Clio (Europa occidentale,

secoli XVI-XX), en Margareta Lanzinger y Raffaella Sarti (eds.), *Nubili e celibi tra scelta e costrizione (secoli XVI-XX)*, Forum, Udine 2006, pp. 156-180; debe recordarse que la mayoría de las domésticas eran obligadas a ser célibes; Judith M. Bennett y Amy M. Froide (eds.), *Singlewomen in the European Past (1250-1800)*, Filadelfia (PA), University of Pennsylvania Press, 1998.

Sobre Suchon: Cecilia Nubola, “Libertà, cultura, potere per le donne. Il Traité de la morale et de la politique”, en Gabriella Zarri (ed.), *Donna, disciplina, creanza cristiana dal XV al XVII secolo. Studi e testi a stampa*, Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 1996, pp. 333-346; Charlotte Sabourin, “Plaider l’égalité pour mieux la dépasser. Gabrielle Suchon et l’élévation des femmes”, en *Philosophiques*, vol. 44, n° 2, 2017, pp. 209-232.

Sobre la memoria de Camilla Faa: Graziella Parati, *Public History, Private Stories: Italian Women’s Autobiography*, Minneapolis (MN), University of Minnesota Press, 1996. Sobre Mary Astell: Sara F. Matthews-Grieco, “Mary Astell, l’educatrice femminista”, en Giulia Calvi (ed.), *Barocco al femminile*, Roma-Bari, Laterza, 1992, pp. 218-262; Jacqueline Broad, *The Philosophy of Mary Astell: An Early Modern Theory of Virtue*, Oxford, Oxford University Press, 2015.

La igualdad de leer, pensar, estudiar y escribir

En general: Linda Timmermans, *L’Accès des femmes à la culture (1598-1715). Un débat d’idées de saint François de Sales à la Marquise de Lambert*, París, Champion, 1993, pp. 122, 249-271; Carol Pal, *Republic of Women: Rethinking the Republic of Letters in the Seventeenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 2012, en particular sobre Van Schurman y Reginald Makin, pp. 52-76 y pp. 177-204; Jane Donawerth, *Conversational Rhetoric: The Rise and Fall of a Women’s Tradition (1600-1900)*, Carbondale-Edwardsville (IL), Southern Illinois University Press, 2012.

Universidades, academias, círculos e intelectualidad femenina

Acerca de algunos nuevos modelos educativos para las mujeres: Henriette Peters, *Mary Ward: A World in Contemplation*, Leominster, Gracewing, 1994; Jacques Prévot, *La Première Institutrice de France. Madame de Maintenon*, París, Belin, 1981, fue influenciada por Madame de Guyon.

Sobre Morell: Alba Espargaró, *Aventureres de la història. Els altres noms propis de la història de Catalunya*, Barcelona, L'Esfera dels llibres, 2006, pp. 147-158; sobre Elena Corner Piscopia: Francesco Ludovico Maschietto, *Elena Lucrezia Cornaro Piscopia (1646-1684), prima donna laureata al mondo*, Padua, Editrice Antenore, 1978; Patricia H. Labalme, "Women's Roles in Early Modern Venice, an Exceptional Case", en ead., *Beyond their Sex: Learned Women of the European Past*, Nueva York-Londres, New York University Press, 1980, pp. 129-152. Sobre la fama de la graduación de Corner Piscopia: Ruggero Rugolo, "Sul mito di Elena Lucrezia Cornaro Piscopia", en Susanne Winter (ed.), *Donne a Venezia. Vicende femminili fra Trecento e Settecento*, Roma-Venecia, Edizioni di Storia e Letteratura-Centro tedesco di studi veneziani, 2004, pp. 85-131. Sobre la imposibilidad de Patin de graduarse: F. L. Maschietto, *Elena Lucrezia Cornaro Piscopia*, op. cit., pp. 133-138. Sobre Anne Lefèvre Dacier: Giovanni Saverio Santangelo, *Madame Dacier, una filologa nella "crisi" (1672-1720)*, Roma, Bulzoni, 1984.

Sobre las academias del siglo XVII y las mujeres: un panorama europeo en Verena von der Heyden-Rynsch, *Salons européens. Les beaux moments d'une culture féminine disparue*, trad. de Gilberte Lambrichs, París, Gallimard, 1993; para Venecia: Tiziana Plebani, "La civiltà della conversazione a Venezia (XVII-XVIII secolo)", en *Memorie di lei. Corsi di storia delle donne*, gennaio-aprile 2003, Venecia, Provincia di Venezia, 2003, pp. 38-52. Para las mujeres incorporadas a la Accademia dei Ricovrati en el siglo XVII: Leda Viganò, "Le donne", en Paolo Maggiolo y Leda Viganò (eds.), *L'Accademia in biblioteca. Scienze, lettere e arti dai Ricovrati alla Galileiana*, vol. i: *Il Seicento Gli stranieri Le donne*, Padua, Biblioteca Universitaria, 2004, pp. 186-208. Acerca de las aparentes paradojas entre la misoginia y la filoginia en la Accademia degli Incogniti: Virginia Cox, "Members, Muses, and Mascots: Women and the Italian Academies", en Jane E. Everson, Denis V. Reidy y Lisa Sampson (eds.), *The Italian Academies (1525-1700): Networks of Culture, Innovation and Dissent*, Cambridge, Legenda, 2016, pp. 157-158; Lynn Lara Westwater, "Literary Culture and Women Writers in Seventeenth-Century Venice", en Anna

Bellavitis, Nadia M. Filippini y Tiziana Plebani (eds.), *Spazi, poteri, diritti delle donne a Venezia in età moderna*, Verona, QuiEdit, 2012, pp. 246-255.

Sobre Copio Sullam: Umberto Fortis, *La “Bella Ebreja”. Sara Copio Sullam, poetessa nel Ghetto di Venezia del '600*, Turín, Zamorani, 2003.

Sobre el mundo de las cantantes y compositoras vinculado a los Incogniti: Cecelia Hopkins Porter, *Five Lives in Music: Women Performers, Composers, and Impresarios from the Baroque to the Present*, Urbana-Chicago-Springfield (IL), University of Illinois Press, 2012, pp. 14, 18. Fenómenos de divismo, como en el caso de Anna Renzi, quien participó en las reuniones de los Incogniti, y otros, en Tiziana Plebani, “Prima dell’Ateneo: le donne e i luoghi della cultura”, en *Ateneo Veneto*, CXCI, tercera serie, vol. 5, n° i, 2006, número monográfico *Le Donne dell’Ateneo Veneto (1810-1921)*. *Cultura e Società a Venezia*, al cuidado de Tiziana Agostini, pp. 11-31. Sobre cantantes y la academia de Cristina de Suecia: Arnaldo Morelli, “Mecenatismo musicale nella Roma barocca. Il caso di Cristina di Svezia”, en *Quaderni storici*, vol. 95, n° 2, 1997, pp. 387-408. Sobre Elisabetta Sirani: Jadranka Bentini y Vera Fortunati (eds.), *Elisabetta Sirani: pittrice eroina (1638-1665)*, Bolonia, Editrice Compositori, 2004.

Una ciencia como amiga

En general: Pina Totaro (ed.), *Donne, filosofia e cultura nel Seicento*, Roma, Consiglio Nazionale delle Ricerche, 1999; Siep Stuurman, “Social Cartesianism: François Poulain de la Barre and the Origins of the Enlightenment”, en *Journal of the History of Ideas*, vol. 58, n° 4, 1997, pp. 617-640; Londa Schiebinger, *The Mind Has no Sex? Women in the Origins of Modern Science*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 1989.

Sobre Cristina de Suecia y la cultura científica: Wilma Di Palma (ed.), *Cristina di Svezia. Scienza ed alchimia nella Roma barocca*, Bari, Dedalo, 1990; Diego Poli (ed.), *Cristina di Svezia e la cultura delle accademie*, *Actas del Congreso Internacional (Macerata-Fermo, 22-23 de mayo de 2003)*, Roma, il Calamo, 2005. Sobre la ciencia y las modificaciones en las relaciones de género: Gianna

Pomata, “Donne e Rivoluzione scientifica. Verso un nuovo bilancio”, en Nadia Maria Filippini, Tiziana Plebani y Anna Scattigno (eds.), *Corpi e storia. Donne e uomini dal mondo antico all’età contemporanea*, Roma, Viella, 2002, pp. 165-192; Raffaella Simili (ed.), *Scienza a due voci*, Florencia, Olschki, 2006; Tiziana Plebani, *Un secolo di sentimenti. Amori e conflitti generazionali nella Venezia del Settecento*, Venecia, Istituto veneto di Scienze, Lettere ed Arti, 2012, pp. 37-43.

Sobre Anne Conway: Sarah Hutton, *Anne Conway: A Woman Philosopher*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004; Francesco La Nave, “Corpo e Spirito nella filosofia di Anne Conway”, en Guido Coccoli (ed.), *La mente, il corpo e i loro enigmi. Saggi di filosofia*, Roma, Stamen-Editoria Scientifica, 2007, pp. 97-110; Derval Conroy, *Ruling Women*, vol. i: *Government, Virtue, and the Female Prince in Seventeenth-Century France*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2015, pp. 91-93. Sobre Meurdrac: Sandy Feinstein, “La Chymie for Women: Engaging Chemistry’s Bodies”, en *Early Modern Women: An Interdisciplinary Journal*, nº 4, 2009, pp. 223-234; sobre Merian: Natalie Zemon Davis, *Donne ai margini. Tre vite del XVII secolo*, Roma-Bari, Laterza, 1996 (ed. or. *Women on the Margins*, 1995). Sobre Cavendish: David Cunning, *Cavendish*, Londres-Nueva York, Routledge, 2016.

Aventureras de la pluma

Sobre Behn: Janet Todd, *The Secret Life of Aphra Behn*, New Brunswick (NJ), Rutgers University Press, 1997; Derek Hughes y Janet Todd (eds.), *The Cambridge Companion to Aphra Behn*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004. Sobre las Mancini y otras aventureras: Elisabetta Graziosi, *Avventuriere a Bologna. Due storie esemplari*, Módena, Mucchi, 1998.

Narrar la historia

Sylvie Steinberg y Jean-Claude Arnould (eds.), *Les Femmes et l'écriture de l'histoire (1400-1800)*, Mont-Saint-Aignan, Publications des Universités de Rouen et de Havre, 2008; Natalie Zemon Davis, "Gender and Genre: Women as Historical Writers (1400-1820)", en Patricia H. Labalme (ed.), *Beyond Their Sex: Learned Women of the European Past*, Nueva York-Londres, New York University Press, 1980, pp. 153-182; Mary Spongberg, *Writing Women's History Since the Renaissance*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2002. Sobre Guevara: Tania Robles, "María de Guevara. Conciencia histórica y política exterior", en Elena Hernández Sandoica (ed.), *Política y escritura de mujeres*, Madrid, Abada, 2012, pp. 13-132; para Glikl bas Yehudah Leib: N. Z. Davis, *Donne ai margini. Tre vite del XVII secolo*, Roma-Bari, Laterza, 1996 (ed. or. *Women on the Margins*, 1995), pp. 7-66; sobre Staiger: Gabi Jancke-Leuttsch, "Clara Staiger, la priora", en Giulia Calvi (ed.), *Barocco al femminile*, Roma-Bari, Laterza, 1992, pp. 97-126; para Baitelli: Silvia Evangelisti, "Angelica Baitelli, la storica", en G. Calvi (ed.), *Barocco al femminile*, op. cit., pp. 71-95.

Otros géneros: nouvelle, poesía y teatro

Giuliana Morandini, *Sospiri e palpiti. Scrittrici italiane del Seicento*, Génova, Marietti, 2001; sobre Costa, quien se dedicó asimismo al teatro: Martino Capucci, "Costa, Margherita", en *Dizionario Biografico degli Italiani*, Roma, Istituto della Enciclopedia Italiana, 1984, vol. 30, p. 55. Sobre las escritoras españolas: Manuel Serrano y Sanz, *Apuntes para una biblioteca de escritoras españolas desde el año 1401 al 1833*, 2 t., Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1903-1905; Lucía Montejo Gurruchaga y Nieves Baranda Leturio (eds.), *Las mujeres escritoras en la historia de la literatura española*, Madrid, UNED, 2002.

4. EL SIGLO DE LAS LUCES

Mujeres que escriben diarios, mujeres que escriben a los diarios

En general sobre prensa, opinión y mujeres: Kathryn Shevelow, *Women and Print Culture: The Construction of Femininity in the Early Periodical*, Londres-Nueva York, Routledge, 1989, pp. 58-66; Catherine Gallagher, *Nobody's Story: The Vanishing Acts of Women Writers in the Marketplace (1670-1820)*, Oxford, Clarendon, 1994; Helen Berry, *Gender, Society and Print Culture in Late-Stuart England: The Cultural World of the Athenian Mercury*, Aldershot, Ashgate, 2003; Rosalind Ballaster, *Women's Worlds: Ideology, Femininity, and the Woman's Magazine*, Basingstoke, Macmillan, 1991.

Sobre la relación entre las mujeres y los cafés: Tiziana Plebani, “Luoghi di caffè, spazio pubblico e conflitti di genere”, en Lucio Tufani (ed.), *Femminile e maschile nel Settecento*, Florencia, Firenze University Press, 2018, pp. 33-46.

Una primera aproximación a las periodistas: Nina Rattner Gelbart, “Le donne giornaliste e la stampa nel XVII e XVIII secolo”, en Georges Duby y Michelle Perrot (eds.), *Storia delle donne in Occidente*, vol. III: *Dal Rinascimento all'età moderna*, al cuidado de Arlette Farge y Natalie Zemon Davis, Roma-Bari, Laterza, 1991, pp. 435-454 [ed. esp.: *Historia de las mujeres*, vol. III: *Del Renacimiento a la Edad Moderna*, trad. de Marco Aurelio Galmarini, Madrid, Taurus, 2000]; Suzan van Dijk, *Femmes et journaux au XVIIIe siècle*, en *Australian Journal of French Studies*, vol. 18, nº 2, 1981, pp. 164-178; Tiziana Plebani, “Giornaliste. Esperienze e percorsi all'esordio di una carriera femminile (XVII-XVIII)”, en Saveria Chemotti (ed.), *Donne al lavoro. Ieri, oggi e domani*, Padua, Il Poligrafo, 2010, pp. 89-113. Rosa María Capel Martínez, “Prensa y Escritura Femenina en la España Ilustrada”, en *El Argonauta español*, nº 7, 2010, <http://journals.openedition.org/argonauta/431> (última consulta 16 de enero de 2022). Sobre los diarios franceses para mujeres: Évelyne Sullerot, *Histoire de la presse féminine en France, des origines à 1848*, París, Armand Colin, 1966. Una síntesis sobre los diarios italianos en Elisa Strumia, “Tra Lumi e Rivoluzione. I giornali per le donne nell'Italia del Settecento”, en Silvia Franchini y Simonetta Soldani (eds.), *Donne e giornalismo. Percorsi e presenze di una storia di genere*, Milán, FrancoAngeli, 2004, pp. 181-210.

Sobre *The Female Spectator*: Lynn Marie Wright y Donald J. Newman (eds.), *Fair Philosopher: Eliza Haywood and “The Female Spectator”*, Lewisburg (PA), Bucknell, 2006; para *Le Journal Des Dames*: Nina Rattner Gelbart, *Feminine and Opposition Journalism in Old Regime France: “Le Journal Des Dames”*,

Berkeley (CA), University of California Press, 1987.

La escritura en la época de las Luces

Acerca de la escritura en la vida cotidiana: Daniele Marchesini, *Il bisogno di scrivere. Usi della scrittura nell'Italia moderna*, Roma-Bari, Laterza, 1992. Sobre el incremento de las escrituras del sí: Catriona Seth (ed.), *La fabrique de l'intime. Mémoires et journaux de femmes du XVIIIe siècle*, París, Laffont, 2013; Elisabeth Arnoul, "Le recensement national des écrits du for privé en France de la fin du Moyen Âge à 1914. Bilan des dépouillements de 2008 à 2011", en Jean-Pierre Bardet y François-Joseph Ruggiu (eds.), *Les écrits du for privé en France. De la fin du Moyen Âge à 1914*, París, Éditions du Comité des travaux historiques et scientifiques, 2014, pp. 259-273; Arianne Baggerman, Rudolf Dekker y Michael Mascuch (eds.), *Controlling Time and Shaping the Self: Developments in Autobiographical Writing since the Sixteenth Century*, Leiden, Brill, 2011. Menciona algunos egodocumentos de mujeres del norte europeo Rudolf Dekker, "Egodocuments in the Netherlands from the Sixteenth to the Nineteenth Century", en Erin Griffey (ed.), *Envisioning Self and Status: Self Representation in the Low Countries (1400-1700)*, Hull, Association for Low Countries Studies, 1999, pp. 255-285.

Sobre las cartas a Rousseau: Robert Darnton, *Il grande massacro dei gatti e altri episodi della storia culturale francese*, Milán, Adelphi, 2013, pp. 267-313 [ed. esp.: *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, México, Fondo de Cultura Económica, 2018]; Mary Seidman Trouille, *Sexual Politics in the Enlightenment: Women Writers Read Rousseau*, Albany (NY), State University of New York Press, 1997. Sobre las lectoras en la representación: Tiziana Plebani, "La rivoluzione della lettura e la rivoluzione dell'immagine della lettura", en Lodovica Braida y Silvia Tatti (eds.), *Il libro. Editoria e pratiche di lettura nel Settecento*, posfacio de Antonella Alimento, Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 2016, pp. 3-14.

La pluma de las viajeras

Sobre las viajeras: Jane Robinson, *Unsuitable for Ladies: An Anthology of Women Travellers*, Oxford, Oxford University Press, 2001; Claudia S. Schlicht, *Donne in viaggio sulla via della scrittura*, Perugia, Morlacchi, 2011; Luisa Rossi, *L'altra mappa. Esploratrici viaggiatrici geografe*, presentación de Margherita Hack, Reggio Emilia, Diabasis, 2005. Muchas escritoras de viajes inglesas en Madeleine Blondel, "Le récit de voyage féminin au XVIII^e siècle, en *Bulletin de la société d'études anglo-américaines des XVII^e et XVIII^e siècles*, n° 17, 1983, pp. 109-127; Sylviane Llinares, "Voyage par mer et tourisme aristocratique au XVIII^e siècle", en *Histoire, économie & société*, vol. 28, n° 2, 2009, pp. 15-35. Sobre las italianas: Ricciarda Ricorda, *Viaggiatrici italiane tra Settecento e Ottocento. Dall'Adriatico all'altrove*, Bari, Palomar, 2011. Sobre Boccage: Rotraud von Kulesa, "L'expérience du temps dans les lettres de voyage de Madame du Boccage", en Anne Coudreuse y Catriona Seth (eds.), *Le Temps des femmes. Textes mémoriels des Lumières*, París, Classiques Garnier, 2014, pp. 153-162. Sobre Lynch: Marianna D'Ezio, *Hester Lynch Thrale Piozzi: A Taste for Eccentricity*, Newcastle upon Tyne, Cambridge Scholars, 2010. Sobre Von La Roche: Alison E. Martin, *Moving Scenes: The Aesthetics of German Travel Writing on England (1783-1830)*, Londres, Legenda, 2008, pp. 41-67.

"El siglo de las mujeres" y la amistad entre los sexos

Sobre el protagonismo femenino en el siglo: Rebecca Messbarger, *The Century of Women: Representations of Women in Eighteenth-Century Italian Public Discourse*, Toronto, University of Toronto Press, 2002. Acerca de la sociabilidad: Elena Brambilla, *Sociabilità e relazioni femminili nell'Europa moderna. Temi e saggi*, al cuidado de Letizia Arcangeli y Stefano Levati, Milán, FrancoAngeli, 2013, pp. 18-78; Tiziana Plebani, "La ricerca italiana di genere su cultura femminile e Illuminismo", en Elena Brambilla y Anne Jacobson Schutte (eds.), *La storia di genere in Italia in età moderna. Un confronto tra storiche nordamericane e italiane*, Roma, Viella, 2014, pp. 139-156.

Sobre la amistad: Anne Vincent-Buffault, *L'exercice de l'amitié. Pour une histoire des pratiques amicales aux XVIII^e et XIX^e siècles*, París, Éditions du

Seuil, 1995; David Garrioch, “From Christian Friendship to Secular Sentimentality: Enlightenment Reevaluations”, en Barbara Caine (ed.), *Friendship: A History*, Londres, Equinox Press, 2009, pp. 165-214. Sobre la importancia de los intercambios epistolares en el espacio cultural del siglo XVIII: Marie-Claire Hock-Demarle, *L’Europe des lettres. Réseaux épistolaires et construction de l’espace européen*, París, Albin Michel, 2008; mientras que sobre los epistolarios femeninos: Brigitte Diaz y Jürgen Siess (eds.), *L’épistolaire au féminin, correspondances de femmes (XVIIIe-XXe siècle)*, colloque de Cerisy-La-Salle (1-5 octobre 2003), Caen, Presses Universitaires de Caen, 2006; Franca Zanelli Quarantini (ed.), *Lettere dall’Europa. Un secolo di corrispondenza al femminile*, Palermo, Sellerio, 2004.

Sobre Caminer: Catherine M. Sama, “Becoming Visible: A Biography of Elisabetta Caminer Turra (1751-1796) during Her Formative Years”, en *Studi veneziani*, n° 43, 2002, pp. 349-388. Para la correspondencia entre Grismondi y Mosconi Contarini: Rosa Troiano, “Paolina Grismondi. Note sulla scrittura femminile del Settecento (con un’appendice di documenti inediti)”, en Toni Iermano y Tommaso Scappaticci (eds.), *Da Dante al secondo Ottocento. Studi in onore di Antonio Piromalli*, Nápoles, Edizioni Scientifiche Italiane, 1994, pp. 291-326; Elisabetta Mosconi Contarini, *Al mio caro ed incomparabile amico. Lettere di Elisabetta Mosconi Contarini all’abate Aurelio De’ Giorgi Bertola*, al cuidado de Luisa Ricaldone, con una nota de Marco Cerruti, Padua, Programma, 1995. Sobre Wynne: Giustiniana Wynne, *Caro Memmo, mon cher frère. Seduzioni epistolari di una giovane angloveneziana in viaggio per l’Europa nel tempo di Casanova. L’inedito carteggio segreto di Giustiniana Wynne ad Andrea Memmo (1758-1760)*, al cuidado de Nancy Isenberg, Treviso, Elzeviro, 2010.

El sitio de las intelectuales y las escritoras: pastorelas y novelistas

Adriana Chemello y Luisa Ricaldone, *Geografie e genealogie letterarie. Erudite, biografe, croniste, narratrici, épistolières, utopiste tra Settecento e Ottocento*, Padua, Il Poligrafo, 2000.

Sobre el “retorno” de la poesía en el siglo XVIII: Carlo Enrico Roggia, *La lingua della poesia nell’età dell’illuminismo*, Roma, Carocci, 2013; sobre la Arcadia:

Elisabetta Graziosi, “Presenze femminili. Fuori e dentro l’Arcadia”, en Maria Luisa Betri y Elena Brambilla (eds.), *Salotti e ruolo femminile in Italia tra fine Seicento e primo Novecento*, Venecia, Marsilio, 2004, pp. 67-96. Sobre el debate paduano: Rebecca Messbarger y Paula Findlen (eds.), *The Contest for Knowledge: Debates over Women’s Learning in Eighteenth-Century Italy*, Chicago (IL), The University of Chicago Press, 2005.

Sobre la novela: Franco Moretti (ed.), *Il romanzo*, vols. I-III, Turín, Einaudi, 2001-2002; Rosamaria Loretelli y Ugo M. Olivieri (eds.), *La riflessione sul romanzo nell’Europa del Settecento*, Milán, FrancoAngeli, 2005; Paolo Amalfitano, Francesco Fiorentino y Giuseppe Merlino (eds.), *Il romanzo sentimentale (1740-1814)*, Pordenone, Studio Tesi, 1990. Sobre las novelistas inglesas y francesas: James Raven, “Gran Bretaña (1750-1830)”, en F. Moretti (ed.), *Il romanzo*, op. cit., vol. III, pp. 317-321; Nathalie Ferrand, *Livre et lecture dans les romans français du XVIIIe siècle*, París, PUF, 2002; amplias referencias en Ellen Moers, *Grandi scrittrici, grandi letterate*, Milán, Edizioni di Comunità, 1979.

Sobre las ganancias de la escritura de novelas: Isabelle Baudino, Jacques Carré y Cécile Révauger (eds.), *The Invisible Woman: Aspects of Women’s Work in Eighteenth-Century Britain*, Aldershot, Ashgate, 2005; sobre las de Austen: Robert D. Hume, “Money in Jane Austen”, en *Review of English Studies*, Nueva Serie, vol. 64, n° 264, abril de 2013, pp. 289-310.

“¡Qué gracia tiene la física cuando está bien peinada!”

Sobre el interés de las mujeres en la ciencia y las relaciones con la sociabilidad y la feminización de la cultura: Paola Bertucci, *Viaggio nel paese delle meraviglie. Scienza e curiosità nell’Italia del Settecento*, Turín, Bollati Boringhieri, 2007; Tiziana Plebani, *Un secolo di sentimenti. Amori e conflitti generazionali nella Venezia del Settecento*, Venecia, Istituto veneto di Scienze, Lettere ed Arti, 2012, pp. 40-77; Pnina G. Abir-Am y Dorinda Outram (eds.), *Uneasy Careers and Intimate Lives: Women in Science, (1789-1979)*, New Brunswick (NJ)-Londres, Rutgers University Press, 1987; Helena M. Pycior, Nancy G. Slack y Pnina G. Abir-Am (eds.), *Creative Couples in the Sciences*, New Brunswick (NJ)-

Londres, Rutgers University Press, 1996; Gianna Pomata, “Donne e Rivoluzione scientifica. Verso un nuovo bilancio”, en Nadia Maria Filippini, Tiziana Plebani y Anna Scattigno (eds.), *Corpi e storia. Donne e uomini dal mondo antico all’età contemporanea*, Roma, Viella, 2002, pp. 165-192; Tiziana Plebani, “La ricerca italiana di genere su cultura femminile e Illuminismo”, en Elena Brambilla y Anne Jacobson Schutte (eds.), *La storia di genere in Italia in età moderna. Un confronto tra storiche nordamericane e italiane*, Roma, Viella, 2014, pp. 141-154.

Sobre Bassi, Agnesi y Roccati: Marta Cavazza, “‘Dottrici’ e lettrici dell’Università di Bologna nel Settecento”, en *Annali di storia delle università italiane*, nº 1, 1997, pp. 109-125; sobre Bassi: ead., “Una donna nella repubblica degli scienziati”, en Raffaella Simili (ed.), *Scienza a due voci*, Florencia, Olschki, 2006, pp. 61-85; sobre Agnesi: Massimo Mazzotti, “Il cattolicesimo illuminato di Maria Gaetana Agnesi”, *ibid.*, pp. 13-37; sobre Barbapiccola: Paula Findlen, “Giuseppa Eleonora Barbapiccola”, en Rebecca Messbarger y Paula Findlen (eds.), *The Contest for Knowledge: Debates over Women’s Learning in Eighteenth-Century Italy*, Chicago (IL), The University of Chicago Press, 2005, pp. 35-66; sobre Leporin Erxleben: Londa Schiebinger, *The Mind Has no Sex? Women in the Origins of Modern Science*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 1989, pp. 257-260. Sobre las científicas españolas: Diego Ignacio Parada, *Escritoras y eruditas españolas*, Madrid, Minuesa, 1881; María José Casado Ruiz de Lóizaga, *Las damas del laboratorio. Mujeres científicas en la historia*, Barcelona, Debate, 2006.

Sobre Du Châtelet: Silvana Bartoli, *La felicità di una donna. Émilie du Châtelet tra Voltaire e Newton*, Florencia, Olschki, 2017.

Sobre las traductoras inglesas y las participantes de The Bluestockings Society: Mirella Agorni, *Translating Italy for the Eighteenth Century: British Women, Translation and Travel Writing (1739-1797)*, Londres-Nueva York, Routledge, 2014, pp. 33-80; sobre Carter: Judith Hawley, “Elizabeth Carter and Modes of Knowledge”, en Carolyn D. Williams, Angela Escott y Louise Duckling (eds.), *Woman to Woman: Female Negotiations during the Long Eighteenth Century*, Newark (DE), University of Delaware Press, 2010, pp. 157-170.

Escribir la Revolución

Sobre el tema “mujeres y Revolución”: Dominique Godineau, *Cittadine “tricoteuses”*. Le donne del popolo a Parigi durante la Rivoluzione francese, Milán, La Tartaruga, 1989 (ed. or. *Citoyennes tricoteuses*, 1988); Béatrice Didier, *Écrire la Révolution (1789-1799)*, París, PUF, 1989, pp. 57-72; Olwen Hufton, *Women and the Limits of Citizenship in the French Revolution*, Toronto, University of Toronto Press, 1992. Sobre el reconocimiento del papel de las mujeres en los inicios de la Revolución francesa: Haim Burstin, *Rivoluzionari. Antropologia politica della Rivoluzione francese*, Roma-Bari, Laterza, 2016, pp. 187-219; Alberto Mario Banti, *L’età contemporanea. Dalle rivoluzioni settecentesche all’imperialismo*, Laterza, Roma-Bari, 2009, con un exhaustivo apartado de título “Donne nella Rivoluzione”, pp. 75-81.

Sobre los llamados y las peticiones producidas por las mujeres: Paule-Marie Duhet, “Introduzione”, en s/a, *Cahiers de doléances. Donne e Rivoluzione francese*, Palermo, La Luna edizioni, 1989; Laura Pisano y Christiane Veauvy, *Parole inascoltate. Le donne e la costruzione dello Stato-nazione in Italia e in Francia (1789-1860)*, Roma, Editori Riuniti, 1994.

Sobre De Keralio: Annie Geffroy, “Louise de Keralio-Robert, pionnière du républicanisme sexiste”, en *Annales historiques de la Révolution française*, n° 344, 2006, pp. 107-124. Sobre Macaulay: Natalie Zemon Davies, Natalie Zemon Davis, “Gender and Genre: Women as Historical Writers (1400-1820)”, en Patricia H. Labalme (ed.), *Beyond Their Sex: Learned Women of the European Past*, Nueva York-Londres, New York University Press, 1980, pp. 154-155.

Sobre Williams: Roberta Adelaide Modugno, “Mary Wollstonecraft interprete del 1789”, en *Mary Wollstonecraft, Scritti sulla Rivoluzione francese*, al cuidado de Roberta Adelaide Modugno, Soveria Mannelli (CZ), Rubbettino, 2007, pp. 11, 51, 55, 60 y 81.

Sobre Wollstonecraft: M. Wollstonecraft, *Scritti sulla Rivoluzione francese*, op. cit.; ead., *Tempo di rivoluzioni. Sui diritti degli uomini e delle donne. Con un discorso di Emma Goldman*, al cuidado y con introducción de Giannarosa Vivian, Santa Maria Capua Vetere (CE), Edizioni Spartaco, 2004.

Sobre Labrousse: Marina Caffiero, *La Repubblica nella città del Papa. Roma 1798*, Roma, Donzelli, 2005, pp. 141-177.

Sobre las revoluciones italianas: Elisa Strumia, “Rivoluzionare il bel sesso”. Donne e politica nel triennio repubblicano (1796-1799), Nápoles, Guida, 2011; L. Pisano y C. Veauvy, Parole inascoltate, op. cit. Sobre De Fonseca: Elena Ugnani, La vicenda letteraria e politica di Eleonora de Fonseca Pimentel, Nápoles, La Città del Sole, 1998. Sobre el texto “La causa delle donne”, atribuido por Annarita Buttafuoco a Annetta Vadori: Annarita Buttafuoco, “‘La causa delle donne’. Cittadinanza e genere nel triennio ‘giacobino’ italiano”, en ead. (comp.), Modi di essere. Studi, riflessioni, interventi sulla cultura e la politica delle donne in onore di Elvira Badaracco, Bolonia, EM Ricerche, 1991, pp. 99-106.

5. DESDE EL SIGLO XIX HASTA LA PLENA ALFABETIZACIÓN A COMIENZOS DEL SIGLO XX

Las raíces de Europa en el espíritu de una escritora

Sobre el papel de Madame de Staël: en general, Michel Winock, Madame de Staël, París, Fayard, 2010; para Italia: Ezio Raimondi, Romanticismo italiano e Romanticismo europeo, Milán, Bruno Mondadori, 1997, pp. 12-25; Francesca Serra, “Povera Italia”, en Sergio Luzzatto y Gabriele Pedullà (eds.), Atlante della letteratura italiana, vol. III: Dal Romanticismo a oggi, al cuidado de Domenico Scarpa, Turín, Einaudi, 2012, pp. 8-13. Sobre el grupo de Coppet, del cual también formaba parte Benjamin Constant, durante un período prolongado compañero de Madame de Staël: Maurizio Bossi, Anne Hoffmann y François Rosset (eds.), Il Gruppo di Coppet e il viaggio. Liberalismo e conoscenza dell’Europa tra Sette e Ottocento, Actas del VII Congreso de Coppet (Florenia, 6-9 de marzo de 2002), Florenia, Olschki, 2006. Sobre Corinne, ou l’Italie, cfr. la edición al cuidado de Anna Eleanor Signorini y Michele Rak, Milán, Mondadori, 2006.

La genealogía en acción

Son fondamentali: Ellen Moers, *Grandi scrittrici, grandi letterate*, Milán, Edizioni di Comunità, 1979; *parejas de literatas madre e hija* en Gilda Corabi, “Scrittrici dell’Ottocento”, en Sergio Luzzatto y Gabriele Pedullà (eds.), *Atlante della letteratura italiana*, vol. III: *Dal Romanticismo a oggi*, al cuidado de Domenico Scarpa, Turín, Einaudi, 2012, p. 166, y Mariolina Rascaglia, “Da madre a figlia. Percorsi ottocenteschi del sapere di genere”, en Laura Guidi (ed.), *Scritture femminili e storia*, Nápoles, ClioPress, 2004, pp. 173-190.

Sobre el incremento de las escrituras cotidianas: Maria Luisa Betri, “Il medico curante e confidente nella prima metà dell’Ottocento. Le lettere al dottor Carlo Speranza”, en Maria Luisa Betri y Daniela Maldini Chiarito (eds.), “Dolce dono graditissimo”. *La lettera privata dal Settecento al Novecento*, Milán, FrancoAngeli, 2000, pp. 355-368; Daniel Fabre, “Corrispondenti. Scritture di donne e cosmologia della modernità”, en Anna Iuso (ed.), *Scritture di donne. Uno sguardo europeo*, Actas del Congreso del 12 y 13 de marzo de 1999 (Arezzo y Pieve Santo Stefano), Arezzo-Siena, Quaderni della Biblioteca Città di Arezzo-Protagon Editori Toscani, 1999, pp. 79-102; Agnès Fine, *Scritture femminili come riti di passaggio*, *ibid.*, pp. 53-74.

Sobre el cambio de función de la correspondencia: Armando Petrucci, *Scrivere lettere. Una storia plurimillenaria*, Roma-Bari, Laterza, 2008, p. 133. [ed. en español: *Escribir cartas. Una historia milenaria*, trad. de María Julia De Ruschi, Buenos Aires, Ampersand, 2018].

Leer para escribir, escribir para leer

Acerca de la lectura en las mujeres: Marie-Claire Hoock-Demarle, “Leggere e scrivere in Germania”, en Georges Duby y Michelle Perrot (eds.), *Storia delle donne in Occidente*, vol. IV: *L’Ottocento*, al cuidado de Geneviève Fraisse y Michelle Perrot, Roma-Bari, Laterza, 1991, pp. 258-259 [ed. esp.: *Historia de las mujeres*, vol. IV: *El siglo XIX*, trad. de Marco Aurelio Galmarini, Madrid,

Taurus, 2000]; Patrizia Dogliani, *L'Europa a scuola. Percorsi dell'istruzione tra Ottocento e Novecento*, Roma, Carocci, 2008, p. 69. Sobre las lectoras: Martin Lyons, "I nuovi lettori del XIX secolo. Donne, fanciulli, operai", en Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (eds.), *Storia della lettura nel mondo occidentale*, Roma-Bari, Laterza, 1995, pp. 373-394.

Sobre las mujeres y los lugares de lectura: Fred Lerner, *The Story of Libraries: From the Invention of Writing to the Computer Age*, Nueva York, Continuum, 1998, pp. 142-147; para Inglaterra: Richard D. Altick, *La democracia fra le pagine. La lettura di massa nell'Inghilterra dell'Ottocento*, Bolonia, il Mulino, 1990, pp. 68-97 (ed. or. *The English Common Reader*, 1957); Reinhard Wittmann, "Una 'rivoluzione della lettura' alla fine del XVIII secolo?", en G. Cavallo y R. Chartier (eds.), *Storia della lettura nel mondo occidentale*, op. cit., pp. 337-369. Para Francia: Françoise Parent-Lardeur, *Les cabinets de lecture. La lecture publique à Paris sous la Restauration*, París, Payot, 1982, en particular, pp. 13, 22-23, 27-28, 52-59. Un cuadro general, más detallado para Suiza, en Christiane Genequand (ed.), *Sociétés et cabinets de lecture entre Lumières et romantisme*, actes du colloque organisé à Genève par la Société de lecture le 20 novembre 1995, Ginebra, Société de lecture, 1995. Para la situación italiana: Luigi Mascilli Migliorini, "Lettori e luoghi della lettura", en Gabriele Turi et al. (eds.), *Storia dell'editoria nell'Italia contemporanea*, Florencia, Giunti, 1997, pp. 77-97.

Sobre las lectoras en la British Library: Susan David Bernstein, "Too Common Readers at the British Museum", en Susan David Bernstein y Elsie B. Michie (eds.), *Victorian Vulgarity: Taste in Verbal and Visual Culture*, Farnham, Ashgate, 2009, pp. 101-117; Susan David Bernstein, *Roomscape: Women Writers in the British Museum from George Eliot to Virginia Woolf*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 2013.

Sobre Eleanor Marx: Rachel Holmes y Eleanor Marx: *A Life*, Londres, Bloomsbury, 2014.

En la escuela de la realidad

En general: Ellen Moers, *Grandi scrittrici, grandi letterate*, Milán, Edizioni di Comunità, 1979, pp. 41-74; *Sobre las sansimonianas*: Christiane Veauvy, “L’espressione pubblica delle donne alle origini dello Stato-nazione in Francia (1760-1848)”, en Laura Pisano y Christiane Veauvy, *Parole inascoltate. Le donne e la costruzione dello Stato-nazione in Italia e in Francia (1789-1860)*, Roma, Editori Riuniti, 1994, pp. 111-117.

Acerca de la escritura de Teresa Fioroni: Luca Serianni, *Il primo Ottocento. Dall’età giacobina all’Unità*, Bologna, il Mulino, 1989, pp. 173-177. *Sobre Martineau*: Ginevra Conti Odorisio, *Harriet Martineau e Tocqueville. Due diverse letture della democrazia americana*, Soveria Mannelli (CZ), Rubbettino, 2003; *sobre el compromiso social de Bettina Brentano-von Arnim*: Elke Frederiksen y Katherine Goodman (eds.), *Gender and Politics*, Detroit (MI), Wayne State University Press, 1995, pp. 19-20, 73-74, 185-201; *sobre Gómez de Avellaneda*: Brígida M. Pastor, “Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873)”, en Brígida M. Pastor y Lloyd Hughes Davies (eds.), *A Companion to Latin American Women Writers*, Woodbridge, Tamesis, 2012, pp. 37-54; *sobre Bremer*: Helena Forsås-Scott y Fredrika Bremer (1801-1865), en ead., *Swedish Women’s Writing (1850-1995)*, Londres-Atlantic Highlands (NJ), Athlone Press, 1997, pp. 34-51; *sobre el poema de Barrett y el contexto*: Marilyn D. Button y Jessica A. Sheetz-Nguyen (eds.), *Victorians and the Case for Charity: Essays on Responses to English Poverty by the State, the Church and the Literati*, Jefferson (NC)-Londres, McFarland & Company, 2014, pp. 121-141. *Acerca de Gaskell y sus obras*, Jill L. Matus (ed.), *The Cambridge Companion to Elizabeth Gaskell*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007.

Y sucedió un cuarenta y ocho

Sobre los salones italianos del siglo XIX: Maria Teresa Mori, *Salotti. La sociabilità delle élite nell’Italia dell’Ottocento*, prefacio de Marco Meriggi, Roma, Carocci, 2000. Para la evolución de las tertulias en Italia, cfr. también Maria Luisa Betri y Elena Brambilla (eds.), *Salotti e ruolo femminile in Italia tra fine Seicento e primo Novecento*, Venecia, Marsilio, 2004.

Sobre Renier Michiel, Milesi Mojon y Teotochi Albrizzi: Maria Pia Casalena,

Biografie. La scrittura delle vite in Italia tra politica, società e cultura (1796-1915), Milán, Bruno Mondadori, 2012, pp. 42, 312-314 y 321-323. Sobre las poetas patriotas: Maria Teresa Mori, Figlie d'Italia. Poetesse patriote nel Risorgimento (1821-1861), Roma, Carocci, 2011, pp. 71-78 y ss. Benedetto Croce, *ibid.*, p. 60, hizo notar la herencia de la Arcadia en manos de las patriotas de la Unificación. Mientras, sobre la particular relación entre madres, patria e hijos varones: Marina D'Amelia, *La mamma*, Bolonia, il Mulino, 2005.

Sobre Sand: Elena Musiani, "Entre romantisme et politique. Un itinéraire italien de George Sand", en Noëlle Dauphin (ed.), *George Sand, terroir et histoire, actes du colloque de l'Université d'Orléans* (29 et 30 octobre 2004), Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2006, pp. 231-245; sobre las relaciones y la correspondencia con Mazzini: Fabio Luzzatto, *Giuseppe Mazzini e George Sand. La relazione e la corrispondenza*, Milán, Fratelli Bocca Editori, 1947.

Las mujeres de Europa asisten a la escuela

Una primera aproximación al nexo entre voto-educación e historia de los movimientos políticos de las mujeres: Anne Marie Kaeppli, "Scenari del femminismo", en Georges Duby y Michelle Perrot (eds.), *Storia delle donne in Occidente*, vol. IV: L'Ottocento, al cuidado de Geneviève Fraisse y Michelle Perrot, Roma-Bari, Laterza, 1991, pp. 483-523 [ed. esp.: *Historia de las mujeres*, vol. IV: El siglo XIX, trad. de Marco Aurelio Galmarini, Madrid, Taurus, 2000]; y sobre la prioridad de la educación: *ibid.*, pp. 498-500; Sylvia Paletschek y Bianka Pietrow-Ennker, *Women's Emancipation Movements in the Nineteenth Century: A European Perspective*, Stanford (CA), Stanford University Press, 2004.

Sobre la situación de la educación: Patrizia Dogliani, *L'Europa a scuola. Percorsi dell'istruzione tra Ottocento e Novecento*, Roma, Carocci, 2008, pp. 27-37. Una recapitulación en Carlo M. Cipolla, *Istruzione e sviluppo. Il declino dell'analfabetismo nel mondo occidentale*, Turín, UTET, 1971, pp. 118-125; Harvey J. Graff, *Storia dell'alfabetizzazione occidentale*, vol. III: *Tra presente e futuro*, Bolonia, il Mulino, 1989, pp. 284-303 (ed. or. *The Legacies of Literacy: Continuities and Contradictions in Western Culture and Society*, 1987); sobre la

formación de las mujeres en Italia: Simonetta Soldani (ed.), *L'educazione delle donne. Scuole e modelli di vita femminile nell'Italia dell'Ottocento*, Milán, FrancoAngeli, 1989; ead., "La fortunosa conquista di un'istruzione secondaria da parte delle giovani italiane", en Emanuela Bruni, Patrizia Foglia y Marina Messina (eds.), *La donna in Italia (1848-1914). Unite per unire*, Milán, Silvana Editoriale, 2011, pp. 15-26. Sobre la escuela, la separación de los géneros y la sexofobia: Judith R. Walkowitz, "Sessualità pericolose", en Georges Duby y Michelle Perrot (eds.), *Storia delle donne in Occidente*, vol. IV: *L'Ottocento*, op. cit., pp. 405-440 [ed. esp.: *Historia de las mujeres*, vol. IV: *El siglo XIX*, trad. de Marco Aurelio Galmarini, Madrid, Taurus, 2000].

Sobre el surgimiento de la educación superior femenina y sus características: P. Dogliani, *L'Europa a scuola*, op. cit., pp. 68-69; Sonsoles San Román, *Las primeras maestras. Los orígenes del proceso de feminización docente en España*, Barcelona, Ariel, 2006; Graziella Gaballo, "Donne a scuola. L'istruzione femminile nell'Italia post-unitaria", en *Quaderno di storia contemporanea*, nº 60, 2016, pp. 115-140.

Sobre el acceso a la universidad, son escasos los estudios comparativos de la realidad europea; además de P. Dogliani, *L'Europa a scuola*, op. cit., pp. 74-76, véase un interesante recorrido historiográfico en Natalia Tikhonov Sigríst, "Les femmes et l'université en France (1860-1914). Pour une historiographie comparée", en *Histoire de l'éducation*, vol. 122, nº 2, 2009, pp. 53-70.

Sobre el sufragismo italiano: Anna Rossi-Doria, *Diventare cittadine. Il voto delle donne in Italia*, Florencia, Giunti, 1996; Annarita Buttafuoco, "Apolidi. Suffragismo femminile e istituzioni politiche dall'Unità al fascismo", en *Cittadine. La donna e la costituzione*, Actas del Congreso de estudios promovido por la Associazione degli Ex Parlamentari della Repubblica (Roma, 22-23 de marzo de 1988), Roma, Camera dei deputati, 1989, pp. 5-53.

El caleidoscopio de las escrituras

Sobre las condiciones de trabajo de las mujeres: Joan W. Scott, "La donna lavoratrice nel XIX secolo", en Georges Duby y Michelle Perrot (eds.), *Storia*

delle donne in Occidente, vol. IV: L'Ottocento, al cuidado de Geneviève Fraisse y Michelle Perrot, Roma-Bari, Laterza, 1991, pp. 355-385 [ed. esp.: Historia de las mujeres, vol. IV: El siglo XIX, trad. de Marco Aurelio Galmarini, Madrid, Taurus, 2000]; sobre las nuevas tipologías de trabajo: Rachel G. Fuchs y Victoria E. Thompson, "Working for Wages", en ead., *Women in Nineteenth-Century Europe*, Basingstoke-Nueva York, Palgrave Macmillan, 2005, pp. 61-83; Simonetta Ortaggi Cammarosano, "Condizione femminile e industrializzazione tra Otto e Novecento", en Stefano Musso (ed.), *Tra fabbrica e società. Mondi operai nell'Italia del Novecento*, Milán, Feltrinelli, 1999, pp. 109-172. Para una primera aproximación a las luchas y el socialismo: Franca Pieroni Bortolotti, *Socialismo e questione femminile in Italia (1892-1922)*, Milán, Mazzotta, 1974.

Sobre la condición de maestra: Antonio Santoni Rugiu, *Maestri e maestre. La difficile storia degli insegnanti elementari*, Roma, Carocci, 2006; Anna Ascenzi, *Drammi privati e pubbliche virtù. La maestra italiana dell'Ottocento tra narrazione letteraria e cronaca giornalistica*, Macerata, EUM, 2012, y sobre la hostilidad en el primer período y las cuestiones morales, relacionadas con el suicidio de Italia Donati en 1886, *ibid.*, pp. 77-132.

Sobre la importancia del periodismo y de las mujeres involucradas: Giovanni Ragone, "La letteratura e il consumo: un profilo dei generi e dei modelli nell'editoria italiana (1845-1925)", en Alberto Asor Rosa (ed.), *Letteratura italiana*, vol. II: Produzione e consumo, Einaudi, Turín 1983, pp. 712-717; Silvia Franchini y Simonetta Soldani, "Introduzione", en ead., *Donne e giornalismo*, Milán, FrancoAngeli, 2004, pp. 17-35; para los modelos extranjeros: S. Franchini, "Cultura nazionale e prodotti d'importazione. Alle origini di un archetipo italiano di 'stampa femminile'", *ibid.*, pp. 82-107.

Sobre Lynn Linton y otras corresponsales extranjeras: Lee Anne Bache, "Making More Than a Name: Eliza Lynn Linton and the Commodification of the Woman Journalist at the Fin de Siècle", en F. Elizabeth Gray (ed.), *Women in Journalism at the Fin de Siècle: Making a Name for Herself*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2012, pp. 21-36; R.G. Fuchs y V.E. Thompson, *Women in Nineteenth-Century Europe*, op. cit., pp. 79-80.

Acerca de Beccari: Marjan Schwegman, Gualberta Alaide Beccari. *Emancipazionista e scrittrice*, Pisa, Domus Mazziniana, 1996; sobre Arenal, quien fue ensayista y escribió en 1895 *Estado actual de la mujer en España*: R.G. Fuchs y V.E. Thompson, *Women in Nineteenth-Century Europe*, op. cit., pp. 158

y 152; sobre Parren: Athina Tarsouli, “Callirhoe Parren”, en *Nea Estia*, vol. XXVII, nº 315, 1940, pp. 173-176; sobre Suttner: Paola Maria Filippi (ed.), *Parlare di pace in tempo di guerra. Bertha von Suttner e altre voci del pacifismo europeo*, con un trabajo de Marlene Streeruwitz, Rovereto (TN), Osiride, 2015.

Un siglo pedagógico y prolífico

Sobre el compromiso pedagógico y normativo de las escrituras femeninas: Bénédicte Monicat, *Devoirs d'écriture. Modèles d'histoires pour filles et littérature féminine au XIXe siècle*, Lyon, Presses Universitaires de Lyon, 2006; Bonnie G. Smith, *Ladies of the Leisure Class: The Bourgeoises of Northern France in the Nineteenth Century*, Princeton (NJ), Princeton University Press, 1981; acerca de las católicas: Michela De Giorgio, “Il modello cattolico”, en Georges Duby y Michelle Perrot (eds.), *Storia delle donne in Occidente*, vol. IV: *L'Ottocento*, al cuidado de Geneviève Fraisse y Michelle Perrot, Roma-Bari, Laterza, 1991, pp. 155-191 [ed. esp.: *Historia de las mujeres*, vol. IV: *El siglo XIX*, trad. de Marco Aurelio Galmarini, Madrid, Taurus, 2000]; sobre las protestantes: Jean Baubérot, “La donna protestante”, *ibid.*, pp. 192-208.

Sobre Bourdon: B. Monicat, *Devoirs d'écriture*, op. cit., pp. 8-9, 11, 22, 63-64 y 220-224; sobre Butler: Diana Nea, *Sex, Gender, and Religion: Josephine Butler Revisited*, Nueva York, Peter Lang, 2006; sobre Willard: Ruth Bordin, *Frances Willard: A Biography*, Chapel Hill (NC)-Londres, The University of North Carolina Press, 1986, en particular, pp. 163-167 y 172-173.

Sobre las escrituras históricas de las mujeres: Maria Pia Casalena, *Scritti storici di donne italiane. Bibliografia (1800-1945)*, Florencia, Olschki, 2003; ead., *Biografie. La scrittura delle vite in Italia tra politica, società e cultura (1796-1915)*, Milán, Bruno Mondadori, 2012; sobre Fattiboni: Domenico Berardi, “Fattiboni, Zellide”, en *Dizionario Biografico degli Italiani*, Roma, Istituto della Enciclopedia Italiana, 1995, vol. 45, pp. 332-333.

Para las temáticas del folclore y las voces femeninas: Tiziana Plebani, “L’eredità dei canti popolari a Venezia e nel Veneto. Eruditi, voci femminili e storia cittadina”, en Francesco Bruni (ed.), *Niccolò Tommaseo. Popolo e nazioni*,

italiani, corsi, greci, illirici, Roma-Padua, Editrice Antenore, 2004, pp. 281-318. Sobre Pigorini Beri y el contexto más general: Maria Cecilia Vignuzzi, La partecipazione femminile al giornalismo politico-letterario. Italia e Francia tra Otto e Novecento, tesis doctoral inédita, Alma Mater Studiorum Università di Bologna-École Pratique des Hautes Études, 2008; Paola De Sanctis Ricciardone, L'Italia di Caterina. Demologia e antropologia nelle opere di Caterina Pigorini-Beri (1845-1924), Roma, Bagatto Libri, 1990; sobre el interés suscitado por las mujeres extranjeras como Carrington y Busk: Giorgia Alù, Beyond the Traveller's Gaze: Expatriate Ladies Writing in Sicily (1848-1910), Oxford, Peter Lang, 2008, pp. 120-122.

El riesgo de la mediocridad

Sobre el número de escritoras y su estatus: Bénédicte Monicat, Devoirs d'écriture. Modèles d'histoires pour filles et littérature féminine au XIXe siècle, Lyon, Presses Universitaires de Lyon, 2006; Christine Planté, La Petite soeur de Balzac. Essai sur la femme auteur, París, Éditions du Seuil, 1989; Monique de Saint-Martin, "Les 'femmes écrivains' et le champ littéraire", en Actes de la recherche en sciences sociales, n° 83, 1990, pp. 52-56; para las italianas, además de Maria Pia Casalea, Scritti storici di donne italiane. Bibliografia (1800-1945), Florencia, Olschki, 2003, y de ead., Biografie. La scrittura delle vite in Italia tra politica, società e cultura (1796-1915), Milán, Bruno Mondadori, 2012, cfr. Patrizia Zambon, Letteratura e stampa nel secondo Ottocento, Alessandria, Edizioni Dell'Orso, 1993, y Gilda Corabi, "Scrittrici dell'Ottocento", en Sergio Luzzatto y Gabriele Pedullà (eds.), Atlante della letteratura italiana, vol. III: Dal Romanticismo a oggi, al cuidado de Domenico Scarpa, Turín, Einaudi, 2012.

Sobre Oliphant: Beatrice Battaglia, "L'Autobiografia di Margaret Oliphant. Vivere da scrittrice professionista nell'Ottocento inglese", en Andrea Fassò (ed.), Memorie, Diari, Confessioni, Bologna, il Mulino, 2007, pp. 269-294; sobre Baccini: Franco Cambi (ed.), Ida Baccini. Cento anni dopo, Roma, Anicia, 2013; sobre Serao: Donatella Trotta, La via della penna e dell'ago. Matilde Serao tra giornalismo e letteratura, con antologia di scritti rari e immagini, Nápoles, Liguori, 2008; sobre Marlitt: Todd Kontje, Women, the Novel, and the German Nation (1771-1871): Domestic Fiction in the Fatherland, Cambridge, Cambridge

University Press, 1998, pp. 183-201; acerca de Braddon: Sandra Petrignani, “L’Inghilterra secondo Braddon”, en Mary Elizabeth Braddon, *Il segreto di Lady Audley*, Roma, Fazi Editore, 2016; sobre Invernizio y su éxito: Antonia Arslan, “Il linguaggio di Carolina Invernizio. ‘Il bacio di una morta’”, en ead. (ed.), *Dame, droga e galline. Romanzo popolare e romanzo di consumo tra Ottocento e Novecento*, Padua, CLEUP, 1977, pp. 155-197; Ornella Ponchione y Antonella Saracco (eds.), *Carolina Invernizio. Il gusto del proibito?*, Actas del Congreso (Govone, 13-14 de octubre de 2006), Turín, D. Piazza, 2011; sobre sus ediciones: Ada Gigli Marchetti, *Libri buoni e a buon prezzo. Le edizioni Salani (1862-1986)*, Milán, FrancoAngeli, 2011, pp. 20-23.

¡Plumas defectuosas, plumas imperfectas, plumas de cada día... Plumas!

Sobre la práctica del diario: Béatrice Didier, *Le journal intime*, París, PUF, 1977; Philippe Lejeune, *Le moi des demoiselles. Enquête sur le journal de jeune fille*, París, Éditions du Seuil, 1993, pero el autor ha dedicado muchos otros trabajos a este tema; Christa Hämmerle, “‘Il libricino da chiudere a chiave’. Diari popolari femminili dell’Otto-Novecento”, en Anna Iuso (ed.), *Scritture di donne. Uno sguardo europeo*, Actas del Congreso del 12 y 13 de marzo de 1999 (Arezzo y Pieve Santo Stefano), Arezzo-Siena, Quaderni della Biblioteca Città di Arezzo-Protagon Editori Toscani, 1999, pp. 33-51.

Sobre la división “sexual” de la escritura: Bernard Lahire, “La division sexuelle du travail d’écriture domestique”, en *Ethnologie française*, vol. XXIII, n° 4, 1993, pp. 504-516; id., *La raison des plus faibles. Rapport au travail, écritures domestiques et lectures en milieu populaires*, Lille, Presses Universitaires de Lille, 1993, pp. 161-170; id., “Masculin-féminin. L’écriture domestique”, en Daniel Fabre (ed.), *Par écrit. Ethnologie des écritures quotidiennes*, textos reunidos por Martin de La Soudière y Claudie Voisenat, París, Éditions de la MSH, 1997, pp. 145-161.

Sobre el diario de Hallen publicado parcialmente: Caroline Parry (ed.), *Eleanora’s Diary: The Journals of a Canadian Pioneer Girl*, Richmond Hill, Scholastic Canada, 1994. Sobre este y otros diarios de la época: Frances Hoffman y Ryan Taylor, *Much to Be Done: Private Life in Ontario From*

Victorian Diaries, Toronto, Natural Heritage, 2007.

Sobre los centros europeos de recopilación de materiales “populares”: Anna Iuso, “Per una genealogia europea”, en Quinto Antonelli y Anna Iuso (eds.), *Vite di carta*, Nápoles, L’ancora del Mediterraneo, 2000, pp. 13-30. Sobre el interés en la cultura popular: Antonio Gibelli, “C’era una volta la storia dal basso...”, *ibid.*, pp. 159-175. Sobre la definición de escrituras “populares –‘escribientes pertenecientes a una clase social medio-baja (artesanos y campesinos, obreros y comerciantes) que comparten una proximidad social y hasta una formación escolar similar. Pero se trata de una elección de objeto de estudio realizada con cierta amplitud, con la intención de acentuar sobre todo el papel de los escribientes comunes, contrapuesto al de los escritores (profesionales de la escritura)’–”, sobre el campo semántico relacionado con estas y sobre el surgimiento de esta historiografía, cfr. Quinto Antonelli, “L’Archivio della scrittura popolare della Fondazione Museo storico del Trentino”, en *Storia e futuro*, n° 45, diciembre de 2017; sobre las escrituras de los semicultos: Paolo D’Achille, “L’italiano dei semicolti”, en Luca Serianni y Pietro Trifone (eds.), *Storia della lingua italiana*, Turín, Einaudi, 1993-1994, vol. II, pp. 41-79. Pero sobre los límites de estas definiciones: Sandro Bianconi, “L’italiano lingua popolare. La comunicazione scritta e parlata dei ‘senza lettere’ nella Svizzera italiana dal Cinquecento al Novecento”, prefacio de Gaetano Berruto, Florencia-Bellinzona, Accademia della Crusca-Casagrande, 2013, pp. 13-14. Sobre el cambio de perspectiva: Rita Fresu, “Scritture dei semicolti”, en Giuseppe Antonelli, Matteo Motolese y Lorenzo Tomasin (eds.), *Storia dell’italiano scritto*, vol. III: Italiano dell’uso, Roma, Carocci, 2014, pp. 195-200; Enrico Testa, *L’italiano nascosto. Una storia linguistica e culturale*, Turín, Einaudi, 2014, pp. 8-24.

Un exquisito análisis y la definición teórica del campo de las escrituras “mediales” del Archivio diaristico nazionale de Pieve Santo Stefano: Barbara Hans-Bianchi, *La competenza scrittoria mediale. Studi sulla scrittura popolare*, Tubinga, Max Niemeyer, 2005.

Los inicios del siglo XX, o donde esta historia llega a su fin

Acerca de la alfabetización en Europa a principios del siglo XX, además de Carlo M. Cipolla, *Istruzione e sviluppo. Il declino dell'analfabetismo nel mondo occidentale*, Turín, UTET, 1971, y de Harvey J. Graff, *Storia dell'alfabetizzazione occidentale*, Bolonia, il Mulino, 1989 (ed. or. *The Legacies of Literacy: Continuities and Contradictions in Western Culture and Society*, 1987); David Vincent, *Leggere e scrivere nell'Europa contemporanea*, Bolonia, il Mulino, 2006 (ed. or. *The Rise of Mass Literacy*, 2000).

Sobre las mujeres y la Primera Guerra Mundial: Françoise Thébaud, “La Grande Guerra. Età della donna o trionfo della differenza sessuale?”, en Georges Duby y Michelle Perrot (eds.), *Storia delle donne in Occidente*, vol. v: *Il Novecento*, al cuidado de Françoise Thèbaud, Roma-Bari, Laterza, 1992, pp. 25-90 [ed. esp.: *Historia de las mujeres*, vol. v: *El siglo XX*, trad. de Marco Aurelio Galmarini, Madrid, Taurus, 2000].

Sobre la relación entre la escritura y la Primera Guerra Mundial: el espléndido libro de Antonio Gibelli, *L'officina della guerra. La Grande Guerra e le trasformazioni del mondo mentale*, Turín, Bollati Boringhieri, 1991.

Las memorias autobiográficas femeninas citadas en el texto se conservan en el Archivio della scrittura popolare del Museo storico di Trento y del Museo della guerra di Rovereto y fueron publicadas en: Quinto Antonelli, Diego Leoni, Maria Beatrice Marzani y Giorgia Pontalti (eds.), Valeria Bais, Amabile Maria Broz, Giuseppina Cattoi, Giuseppina Filippi Manfredi, Adelia Parisi Bruseghini, Luigia Senter Dalbosco, Trento-Rovereto (TN), Museo storico-Museo storico italiano della guerra, 1996.

Sobre las escritoras de guerra: Sandra Gilbert, “Soldier’s Heart: Literary Men, Literary Women and the Great War”, en *Signs*, vol. 8, nº 3, 1983, pp. 422-450; Sandra Gilbert y Susan Gubar (eds.), *No Man’s Land: The Place of the Woman Writer in the Twentieth Century*, New Haven (CT), Yale University Press, 1989; Sayre P. Sheldon, *Her War Story: Twentieth-Century Women Write about War*, Carbondale-Edwardsville (IL), Southern Illinois University Press, 1999; Carla Gubert, *Cronache dal fronte domestico. Le scrittrici italiane e la grande guerra*, en Mercedes Arriaga Flórez, Salvatore Bartolotta y Milagro Martín Clavijo (eds.), *Ausencias. Escritoras en los márgenes de la cultura*, Sevilla, ArCiBel Editores, 2013, pp. 585-603. Acerca de Türr: Nunzia Soglia, “Il racconto dal fronte. Il reportage di Stefania Türr”, en *Studi Interculturali*, nº 3, número especial Guerra, intercultura, transcultura, al cuidado de Umberto Rossi, 2015,

pp. 15-28; sobre Vivanti: Nunzia Soglia, “L’orrore degli stupri di guerra nelle opere di Annie Vivanti”, en *altrelettere*, revista virtual, enero de 2016, DOI: 10.5903/al_uzh-33.

6. A MODO DE CONCLUSIÓN, CON UNA GLOSA FINAL

¿Ha existido y existe “una” escritura femenina?

Una breve pero sustanciosa contribución de Merete Stistrup Jensen reconstruye los hitos, las etapas y los textos de la teoría de la “escritura femenina”: “La notion de nature dans les théories de l’écriture féminine”, en *Clio*, nº 11, 2000, pp. 165-177. Cfr. también Marcelle Marini, “Il ruolo delle donne nella produzione culturale. L’esempio della Francia”, en Georges Duby y Michelle Perrot (eds.), *Storia delle donne in Occidente*, vol. v: *Il Novecento*, al cuidado de Françoise Thèbaud, Roma-Bari, Laterza, 1992, pp. 355-359 [ed. esp.: *Historia de las mujeres*, vol. v: *El siglo XX*, trad. de Marco Aurelio Galmarini, Madrid, Taurus, 2000]. Además de Cixous, enfoques similares orientados al campo simbólico y filosófico en Julia Kristeva y Luce Irigaray; otro enfoque interesante es el del libro de Béatrice Didier, *L’écriture-femme*, París, PUF, 1981; y, más en general, Elena Gajeri, “Studi femminili e di genere”, en Armando Gnisci et al. (eds.), *Introduzione alla letteratura comparata*, Milán, Mondadori, 1999, pp. 296-340. Christine Planté publicó *La Petite Soeur de Balzac* en 1989, y en 2015, al reeditarla, sintió la necesidad de revisar la perspectiva, precisando en el posfacio su posición “contre les mythes de l’écriture féminine” [contra los mitos de la escritura femenina], reconstruyendo su historia e indicando sus antídotos: “l’histoire et la comparaison” [la historia y la comparación]. Además, su texto fue precedido, para dotarlo de criterio histórico, de un prefacio de la historiadora Michelle Perrot.

Para una crítica al mito de la escritura femenina: Letizia Panizza y Sharon Wood, “Introduction”, en Letizia Panizza y Sharon Wood (eds.), *A History of Women’s Writing in Italy*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, p. 1: “We would not subscribe to the notion of écriture féminine [...] as is there were an

essentialist distinction between the way women and men use language” [No somos partidarias de suscribir a la noción de *écriture feminine*... como si existiera una diferencia esencialista en el modo en que mujeres y hombres usan el lenguaje]. Se opone a una visión esencialista y a la necesidad de apuntar “to the plurality and instability of the category of ‘woman’” [a la pluralidad y a la inestabilidad de la categoría de “mujer”] Laura Lunger Knoppers, “Introduction: Critical Framework and Issues”, en ead. (ed.), *The Cambridge Companion to Early Modern Women’s Writing*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009, p. 9; otros puntos de discusión en Anna Iuso (ed.), *Scritture di donne. Uno sguardo europeo*, Actas del Congreso del 12 y 13 de marzo de 1999 (Arezzo y Pieve Santo Stefano), Arezzo-Siena, Quaderni della Biblioteca Città di Arezzo-Protagon Editori Toscani, 1999; reflexiones y discusiones para el panorama italiano en Anna Maria Crispino (ed.), *Oltre canone. Per una cartografia della scrittura femminile*, Roma, manifestolibri, 2003.